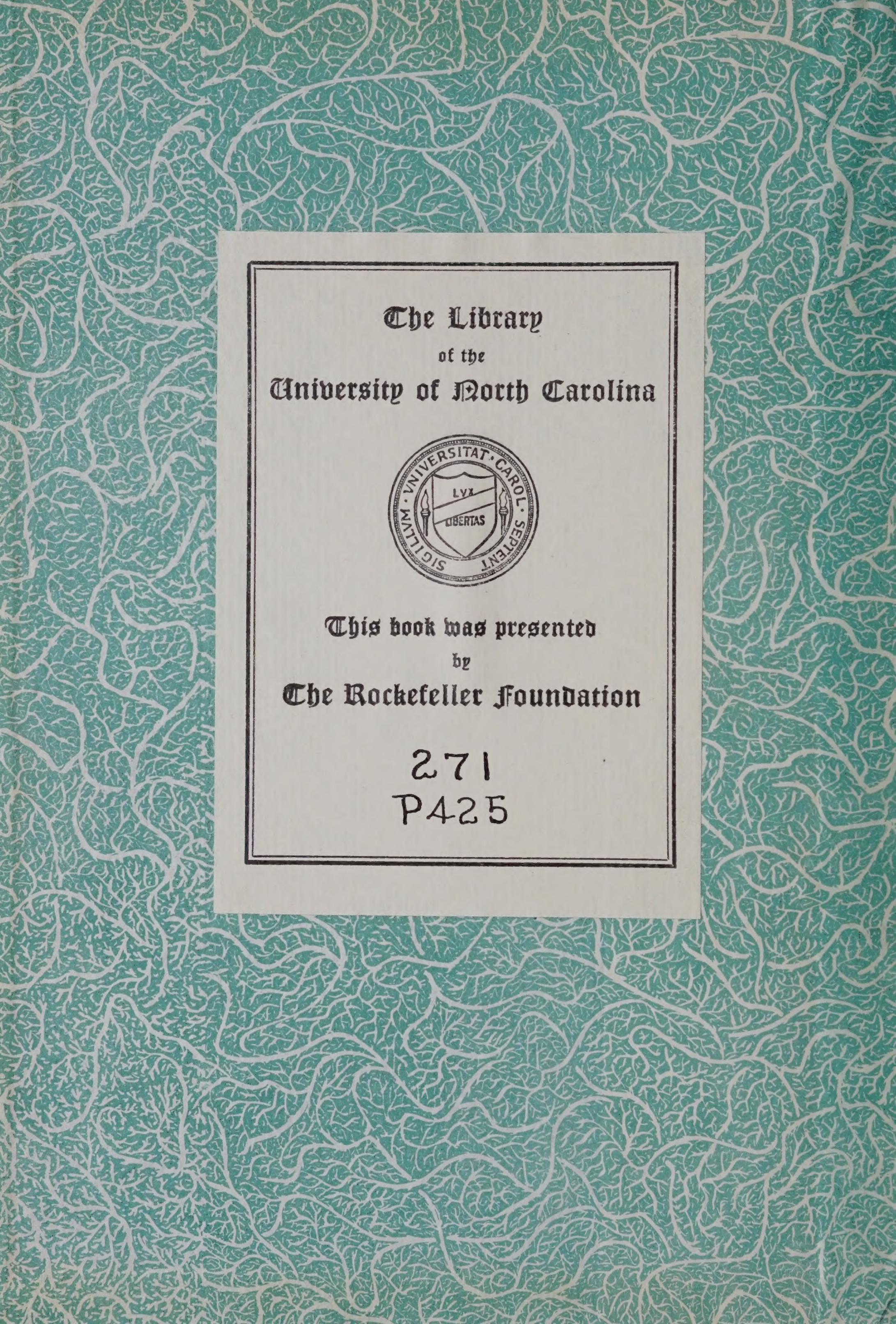
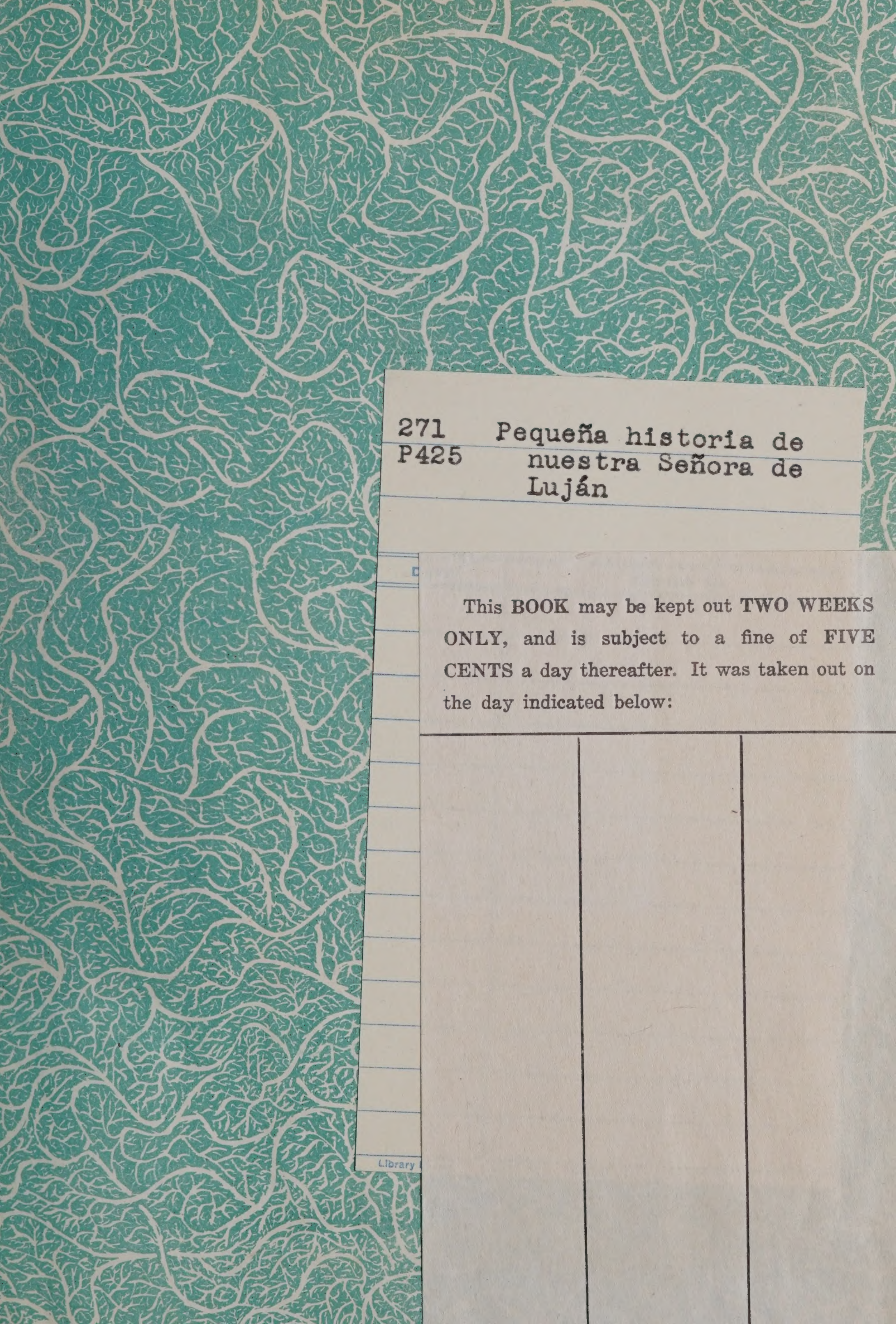




RIA

DE LUJAN

Un sacerdote
de la
Congregación

Nuestra Señora
de
Luján

PEQUEÑA HISTORIA
DE
NUESTRA SEÑORA DE LUJAN

Nihil obstat:

J. BAUDEN, Visitador

BUENOS AIRES,
Junio 15 de 1925.

Imprimatur:

C. E. BURDET, Vic. Gen

LA PLATA
Agosto 11 de 1925.

A

LA EXCELSA REINA

DE CIELOS Y TIERRA

MARÍA SANTÍSIMA DE LUJAN

Y

AL ILMO. Y RMO.

MONS. DN. FRANCISCO ALBERTI

Dignísimo Obispo

de la

DIOCESIS DE LA PLATA

BENDITO ASIENTO

DEL

TRONO DE MARIA

BUENOS AIRES

IMP. TUDURI, VENEZUELA 645 - 47

1925

HONOR Y GLORIA

A LA PATRONA PRINCIPAL

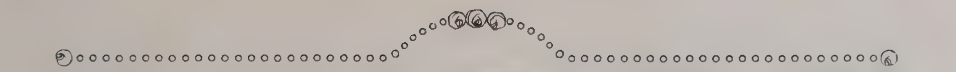
PROCLAMADA Y JURADA

DE LA

DIOCESIS DE LA PLATA



Ntra. Sra. de LUJAN



PROLOGO



ABIÈNDOSE agotado la voluminosa Historia de Nuestra Señora de Luján escrita por el erudito P. Salvaire, así como los diversos Compendios que de ella hicieron tanto el mismo autor como el eximio escritor Luis Varela; y abarcando todas esas obras sólo los hechos anteriores a los últimos cincuenta años, hemos intentado remediar esta doble deficiencia y satisfacer el incesante pedido de los fieles, haciendo una Pequeña Historia media entre la primera tan extensa y las segundas tan reducidas; pero extensiva hasta nuestros días.

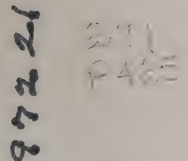
Para el efecto, hemos espigado y transcrito casi textualmente de aquellas obras, cuanto nos ha parecido conducente a nuestro fin, haciendo lo propio con los escritos posteriores especialmente con La Perla del Plata, revista mariana de Luján nacida precisamente en la fecha en que terminaron aquellas primeras publicaciones.

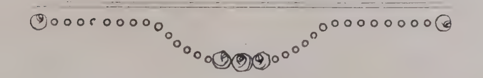
Se nos perdonará haber querido amenizar ciertos capítulos, añadiéndoles alguna poesía pertinente aparecida en la antedicha revista.

Dígnese María Santísima de Luján aceptar este pequeño obsequio de amor y gratitud, y ofrecerlo Ella misma al devoto peregrino como prenda muy sincera de maternal cariño.

Lujan, 8 de Diciembre de 1925.

(Fiesta tradicional de la Inmaculada Concepción)







DECLARACION

De conformidad con lo mandado por el Papa Urbano VIII, declaramos que en este libro sólo pedimos la fe común y ordinaria que suele darse a toda historia sincera y diligentemente escrita; y que si en ella empleamos algunas veces las palabras "milagro", "portento", "santo" y otras por el estilo, no pretendemos con ellas adelantarnos ni contravenir al juicio que eventualmente podría llevar nuestra Santa Madre Iglesia, a la que sometemos plenamente este modesto trabajo.



A MARIA DE LUJAN

"Todo el mundo con afán
"Os quiere por protectora
"Amparadnos gran Señora
"Virgen pura de Luján.

(Canto popular).

Oh, Perla resplandeciente
Que el Plata ostenta gozoso,
Tesoro maravilloso
De celestiales favores,
Objeto de los amores
De todo el Orbe creyente,
Mi corazón dulcemente
Os rinde las tiernas flores
Que sus afectos le dan
Y a Vos mis suspiros van,
Como van ¡Oh, Madre mía!
Los que férvido os envía
"Todo el mundo con afán".

Vuestra poética historia
Que de los labios maternos,
Cuando éramos niños tiernos,
De los juegos olvidados,
Oíamos encantados,
Con infantil embeleso,
¿Quién no guarda en la memoria?
Ella, al par que vuestra gloria,
Nos manifiesta el exceso
De clemencia que atesora
Vuestra alma para el que implora
Su dulzura sin medida,
Y en el rodar de la vida
"Os quiere por protectora".

Con mil prodigios patentes
Al mundo tenéis suspenso,
Y de su amor el incienso
Tres Repúblicas unidas,
Os tributan complacidas,
Humillando, reverentes,
A vuestras plantas sus frentes,
Mientras con trovas sentidas
Vuestra gloria encantadora
Celebran hora tras hora,
Y acompañando sus sones
Os dicen los corazones:
"Amparadnos, gran Señora".

¡Oh, bien haya, Virgen pía,
Bien haya el feliz instante
que os vió de bondad radiante,
Llegar el suelo Argentino!
El espíritu dañino
Rugió de saña aquel día,
Y en el Edén, ¡oh, María!
Los ángeles que en brillante
Séquito, ante Vos están,
Casi con celoso afán
La dicha del Plata vieron,
Casi envidia nos tuvieron
"Virgen pura de Luján".

S. Fernández.



PRIMERA PARTE

ORIGEN DE LA VIRGEN DE LUJAN
DE SU SANTUARIO
Y DE SU PUEBLO

1630 - 1730

"Florebit solitudo quasi lilium".
El desierto florecerá como el lirio.
(ISAIAS XXXV. 1)



Reproducción de un antiguo grabado



CAPITULO I

Maravilloso origen de la bendita Imagen de Nuestra Señora de Luján.—Su primer oratorio doméstico en casa de D. Rosendo de Oramas.—Reflexiones filosófico-morales.



UENTA la historia que allá por los años 1630 atravesaba las llanuras de la Pampa en dirección a los virreynatos de Chile y del Perú, debiendo pasar en su tránsito por Córdoba de Tucumán, una caravana formada por carretas tiradas por bueyes que conducían mercaderías diversas, y jinetes que las dirigían y escoltaban.

Aquel medio de locomoción, primitivo, pesado, largo y dispendioso, era el único que por entonces se conocía y se empleaba en las tierras de América. Para el espíritu aventurero de la época, la expedición tenía todos los prestigios del romanticismo sentimental, unido a los atractivos caballerescos del peligro.

La conquista no había aun completado su obra civilizadora. El europeo sólo dominaba la tierra que había ocupado con la cruz o la espada; mientras el indio salvaje, el aborigen, el poblador primitivo, considerándose el señor de la comarca, dominaba en absoluto sobre el desierto dilatado e inmenso como el océano, y amenazaba

con sus constantes y repentinas invasiones el recinto poblado que la civilización había arrebatado a su dominio.

En las carretas que formaban la caravana de aquella tarde serena, iban confundidas mercaderías de todo género, destinadas a los diversos puntos del tránsito y del término del viaje; y, entre esos artículos de comercio, en un carretón, que, acaso aislado como propiedad particular de un solo dueño, se había incorporado a la tropa, iban dos cajones que contenían cada uno una imagen de la Virgen, encargadas por un piadoso portugués, habitante de Sumampa, pedanía en aquel tiempo de Córdoba del gran Tucumán, hoy día más propiamente de Santiago del Estero, y remitidas por un amigo y paisano desde el Brasil, para que una de ellas, a elección, sirviese a los oficios del Culto Católico, en la capilla levantada en su estancia, distante cuarenta leguas del poblado.

Un tal comercio entre colonos españoles y portugueses, que en cualquier otro tiempo hubiera podido extrañar, por cuanto estaba reservado a las respectivas naciones y metrópolis, no ofrecía en ese momento ninguna dificultad, por estar unidos bajo un mismo cetro el Reino de Portugal y de Castilla, por alianza matrimonial de sus tronos.

Los viajeros habían llegado sin ningún percance después de tres días de camino, al paso llamado entonces del *Arbol solo* y posteriormente *de la Virgen*. Vadearon el río de Luján, y llegada la hora de oración, se detuvieron en un lugar propicio, a orillas de la Cañada de la Cruz, distante poco menos de cinco leguas de la actual Villa de Nuestra Señora de Luján, y a la vista de una humilde choza fabricada de adobes y cubierta de paja, morada a la sazón, de cierto individuo también portugués, llamado Rosendo de Oramas.

Era esta la práctica de los viajes en ese tiempo. Se marchaba de día, y al llegar la noche, las carretas se detenían, se formaba con ellas un simulacro de recinto fortificado, y, mientras los tripulantes de aquella especie de escuadra del desierto, rodeaban el fogón donde se preparaba el asado tradicional; vigías, colocados en la altura, procuraban penetrar con su mirada en las lejanías del horizonte, tratando de divisar en lontananza a la tribu salvaje que acaso se aprestaba al asalto.

Felizmente aquella noche de 1630, la caravana de que hablamos no tuvo tropiezo alguno. El tiempo había sido bueno; los caminos eran fáciles; los bueyes en excelentes condiciones, y todo hacía presagiar un éxito completo en la expedición.

Sobre todas esas ventajas, que a los caminantes ofrecía la naturaleza, podía agregarse la fe que alimentaban sus almas, levantándolas a celestes alturas en alas de la esperanza.

La oración, alzada en el desierto en aquellas noches de vigilia y de zozobra, perfumada con los suaves aromas de las yerbas de la pampa inhospitalaria, parecía como un refugio contra las asechanzas de los bárbaros moradores de la llanura...

En la mañana del cuarto día del viaje de la caravana de que venimos hablando, uncidos los bueyes al yugo de cada una de las carretas, se dió la voz de marcha. Todos los vehículos siguieron, fácilmente su viaje, pero apenas puestos en camino, tuvo la expedición que detenerse.

¿Qué acontecía?

Uno de los pesados carretones que formaban el convoy no podía moverse del sitio en que se había detenido la noche anterior. En vano se buscó la causa: nada explicable producía aquel hecho.

Los animales estaban robustos; las ruedas pisaban de lleno sobre la tierra endurecida, sin pantanos u otros inconvenientes del camino que detuviesen el avance; la carga era la misma con que se había podido venir de Buenos Aires. Y, sin embargo, en tanto que el resto de la expedición podía seguir marchando sin tropiezos, sólo aquel carretón se detenía como si una fuerza misteriosa le hubiese enclavado en la tierra desierta.

En vano se acudió al expediente conocido de uncir más yuntas de bueyes, de excitar el arranque de las bestias con picanas y gritos, de descargar gradualmente la carreta hasta dejar tan sólo dos pequeños cajones insignificantes.

¡Todo fué inútil! El vehículo no se movió un ápice del lugar donde se había detenido.

Preguntado el portugués conductor de lo que había en esos cajones, dijo que nada de particular sino unas pequeñas imágenes de la Virgen destinadas a un paisano suyo de Sumampa de Córdoba, para una nueva capilla.

Discurriendo entonces sobre tan inexplicable suceso y presintiendo alguna arcana revelación de lo Alto, cierto individuo de los presentes (movido quizás por inspiración divina), dijo al conductor: "Señor; saque del carretón uno de estos dos cajones y observemos si camina." Así se hizo, pero en vano; pues por más que tiraban los bueyes y a pesar del menor peso y de no estar atascadas las ruedas, el carretón permaneció inmóvil. "Truéquense, pues, los cajones, replicó el mismo, y veamos si no hay en esto algún misterio." Sacóse el cajón que había quedado y cargóse nuevamente el primero; y sin más estímulo, tiraron los bueyes cómodamente y sin ninguna dificultad movióse el carretón.

Aquí fué cuando llegó la admiración a romper el silencio, a soltarse la lengua de todos en piadosas exclamaciones, repitiendo a una voz ¡milagro!, ¡milagro! Y cada uno glosando a su manera la palabra de los Sagrados Libros, diría lo propio que decían los egipcios a Faraón al contemplar los prodigios de Moisés: *digitus Dei est hic!* es evidente que todo esto es obra de Dios!

Pasado el primer momento de estupor y admiración, todos convinieron en que esto no podía significar otra cosa, sino un adorable designio de la Divina Providencia, de que se quedase en aquel mismo paraje la Imagen de la Virgen encerrada en el cajón.

Naturalmente, pronto se apoderó de todos los circunstantes la legítima curiosidad de contemplar la prenda preciosa que estaba encerrada en aquella arca.

Uno de los asistentes procedió a la apertura del cajón; y todos fueron testigos de que, en efecto, según lo había declarado el portugués conductor, en él se contenía una efigie de María Inmaculada. de poco más de media vara de alto.

Al punto, llenos de la más dulce emoción y piedad, postrados en tierra, la veneran e imprimen en ella sus más fervientes ósculos, entre tiernos afectos y alabanzas que pronuncian sus lenguas a Dios y a la Virgen.

Si en ese día la imagen misteriosa recibió los primeros cultos de los creyentes, también en esa hora fué por primera vez llevada en procesión sobre hombros humanos.

La familia de Oramas, su servidumbre y las gentes de la comarca hasta quienes había llegado la noticia del prodigio, la condujeron procesionalmente desde el campo hasta las casas inmediatas, dejándola depositada en la mejor habitación de aquella modesta vivienda.

Fué este el primer oratorio doméstico que tuvo Nuestra Señora de Luján; pero como los troperos que habían conducido las carretas hasta la Cañada de la Cruz, los unos al seguir para Córdoba, los otros al regresar a Buenos Aires, iban todos esparciendo la nueva del milagro, pronto la casa de Oramas fué pequeña para contener a tanto peregrino, ansioso de contemplar la imagen veneranda y de pedir la intercesión y los favores de María.

Las piadosas oraciones de aquellos paisanos fueron las primeras tributadas a María de Luján, y sobre ellas puede decirse se edificó la Basílica que hoy día, forma uno de los más célebres santuarios de la cristiandad.

El alma humana, cuanto más naturalmente obra, más se aproxima a su Creador. La fe es sencilla y se insinúa en el alma como el perfume de la flor en el olfato aunque no esté visible.

¡Es que hay allí misterio!
"Vacila el hombre ante su influjo y mudo
"Cierra los ojos para ver más lejos...

Esto es lo que sucedió al grupo de personas humildes que formaban la caravana que en 1630 atravesaba la pampa lujanense.

Y no podía ser de otro modo.

¿Es acaso menos misteriosa para nosotros la ley que hace brotar el fruto de la semilla arrojada en la tierra; la que pinta y perfuma las flores, sin que jamás la paleta o el aroma se equivoquen, dando a la rosa la fragancia y la blancura del lirio o vice-versa; son digo, menos maravillosas las leyes que rigen los astros, dan rumbo a los cometas y sueltan o detienen el curso de la savia en el tronco del

árbol, que las que detienen o sueltan una carreta en su marcha a través de la Pampa?

Al Supremo Hacedor de cuanto existe, al Creador de mundos y de almas; al que dió fuego al sol y al polo nieves, giro a las áuras y diafanidad a las nubes; que puede reducir todo a la nada, como de ella todo lo sacara; al Dios de lo creado e increado; al que da leyes a todo lo existente y las derroga según su omnímoda voluntad, poca cosa es producir el hecho de detenerse una carreta en medio del campo sin causa aparente.

La multiplicación de los panes en el desierto, dice San Agustín, no es mayor milagro para Dios, que la multiplicación del trigo en el campo: en ambos hay una cierta aptitud radical y una potencialidad objetiva por donde puedan ser realizados, sino habría en el fondo una contradicción manifiesta entre el hecho y su posibilidad.

En la realización de los hechos, Dios procede de dos modos distintos: o deja que sigan su curso las leyes comunes y ordinarias que estableció desde el principio para el efecto, y entonces tenemos hechos *naturales;* o interviene y modifica, alarga, acorta suspende en todo o en parte la aplicación de esas mismas leyes, y entonces tenemos hechos sobrenaturales y *milagrosos.*

La constatación del milagro es a veces sumamente fácil: basta ver, como aquí, si una misma carreta en igualdad de circunstancias se detiene o marcha; si un hombre que fué ciego, después ve; si uno que murió resucita y vive.

Sobre la burla de tal o cual incrédulo que invocá pomposamente el título de la ciencia, está la fe de los millares de peregrinos de toda clase y condición social, que, desde aquella mañana de 1630, han venido a depositar, a los pies de la Imagen bendita, sus devotas ofrendas, buscando consuelo en sus infortunios...

¿Qué es la ciencia sin fe? Corcel sin freno,
a todo yugo ajeno,
que al impulso del vértigo se entrega,
y a través de intrincadas espesuras
desbocado y a oscuras
avanza sin cesar y nunca llega.



EL TRONO DE MARIA EN LA PAMPA

Allá donde Colón, cruzando mares,
Divisó los talares
Del inculto salvaje de la Pampa;
A orillas mismo del soberbio Plata
Que a veces se desata
Y su oleaje por doquier estampa;

Allá donde sus rayos semi ardientes
El sol resplandeciente
Abandona en poéticas mañanas,
Y hace brotar en la anchurosa playa
A guisa de atalaya
Variadas flores de color de grana;

Allá donde los pájaros entonan
Y en mil ondas pregonan
Al salvador de un nuevo continente,
Hay un trozo de tierra americana
Que sirve de peana
A la Madre del Dios Omnipotente.

Luján en la corriente precursora
Que señala a deshora:
Con las soberbias torres ojivales
Del augusto Santuario de María
El suspirado día
En que hallarán consuelo los mortales....

¡Oh Madre! yo te invoco con cariño;
Cual se adormece el niño
De su madre querida en el regazo
Yo quisiera exhalar postrer aliento
Llegar al firmamento
Adormecido, ¡oh Madre, entre tus brazos.

J. B. L.





CAPITULO II

Descripción de la bendita Imágen de la Virgen de Luján. — Sus diversos vestidos y adornos en el tiempo pasado. — Impresión que su vista suele producir en los fieles.



ejemplo de aquellas buenas gentes que presenciaron el milagroso detenimiento de la carreta en medio de la Pampa, y destaparon pronto el misterioso cajoncito para ver la preciosa Imagen que contenía, nosotros también, vamos de inmediato a satisfacer nuestra legítima curiosidad, mirando y contemplando este precioso tesoro que el cielo nos diera.

La Imagen de Ntra. Sra. de Luján, es pequeña en altura, como lo es la del Pilar de Zaragoza, y otras muchas, que la piedad de los fieles venera en los diferentes Santuarios del Orbe Católico.

Con esta particularidad de la pequeñez de tantas y tan afamadas Imágenes, nos enseña la divina Sabiduría que para confundir la humana soberbia, suele elegir instrumentos al parecer humildes e insignificantes a los ojos del mundo, para la realización de sus altos designios.

La altura total de nuestra Sagrada Efigie es como de 17 pulgadas, aunque con su corona de oro nimbada y con bajar algo más los vestidos sobre la peana, aparece tener como dos piés de altura.

Por tener vestiduras sobrepuestas a las de la talla, en la actualidad, sólo se ven de ella las manos, cuello y rostro, cuyas facciones son bien proporcionadas.

El rostro es óvalo. El semblante modesto, grave y al mismo tiempo dulcemente risueño, concilia a la vez benevolencia con su irresistible atractivo, y respeto debido a la majestad de Reina y gran Señora.

La frente es espaciosa; los ojos grandes, claros y azules; las cejas negras y arqueadas; la nariz algo aguileña; la boca pequeña y recogida, los labios iguales y encarnados cual rosa; las mejillas

sonrosadas y las demás facciones, como ya lo hemos dicho, bien proporcionadas.

Dirige la mirada algún tanto hacia la derecha, si bien no pocas personas, piadosas las unas, y pecadoras las otras, aseguran que no se atreven a detener sus ojos en ella, porque les parece que su mirada las sigue donde quiera que se coloquen, y les arguye y reprende mudamente de sus faltas o tibieza.

El color del rostro aunque muy agraciado, es un tanto moreno, en lo cual se asemeja a muchas otras imágenes célebres de la cristiandad, aunque no parece que tiene ese color sino como consecuencia de su mucha antigüedad.

Tiene sus delicadas manos, asimismo bien formadas, juntas y arrimadas al pecho en actitud de quien humildemente ora.

Tal es la Santa Imagen, como la fabricara el artífice, y libre de la vestimenta que constantemente lleva sobrepuesta. Esta vestidura se compone de un manto azul, hoy muy descolorido, sembrado de estrellas blancas; teniendo debajo una túnica encarnada pero muy amortiguada por el tiempo.

Con todo mérito podría aplicársele el cuarteto que cantan los madrileños en honor de su Vírgen tan afamada de la Almudena:

Tiene el manto azul tan bellas
Flores de varios colores,
Que con ser pintadas flores
Dan envidia a las estrellas.

Los pies de la Santa Imagen descansan sobre unas nubes, desde las cuales emerge la media-luna, que tradicionalmente se pone a las plantas de la Vírgen Inmaculada, y luego como jugueteando inocentemente entre aquellas nubes, descuellan cuatro graciosas cabecitas de querubes, con sus pequeñas alas desplegadas de color ígneo.

Finalmente, diremos que la materia con que ha sido fabricada la Santa Imagen es de arcilla cocida, como las que suelen destinarse al uso privado y doméstico en las familias cristianas.

He aquí la descripción exacta de nuestra Venerable Efigie, tal como es sin el adorno de las ricas vestiduras con que, en la actualidad, se venera.

En un principio, y durante algún tiempo, estuvo expuesta al culto de las devotas, con el solo traje de talla que le diera el artífice; pero bien pronto, la adornaron con ricos vestidos que ocultaron el ropaje primitivo, como se deduce del hecho de que sus primeros cuidadores recogieran piadosamente el polvo y abrojo de sus fimbrias.

¿Cuál sería la forma y el color del primer traje así sobrepuesto?

Difícil sería determinarlo con precisión por falta de datos al respecto. Pero no sería aventurado afirmar que constaría de una túnica blanca recubierta en gran parte con un manto azul, cual co-

rresponde a las Inmaculadas, a cuyo misterio está dedicada nuestra bendita Efigie de Luján.

Los más antiguos grabados que conocemos y que remotan a los años de 1788 u 89, son de esa misma forma y color, sólo que el manto tiene una especie de sobremanga muy extendida y levantada del lado izquierdo, sin ningún motivo aparente que lo requiera, a no ser el estilo de aquellos siglos en que abundaban los volados y pliegues de mucho movimiento en las imágenes de los santos.

Después las dos sobremangas aparecieron simétricamente caídas de ambos lados hasta más abajo de la cintura, como se puede ver en la preciosa imagen de plata repujada que S. Ilma. Monseñor Alberti donó al Museo Colonial de Luján, y en la pequeña de madera donada por don Juan Carlos Amader, en nombre de su señora madre, que la había recibido de sus abuelos, y la conservaba como preciosa reliquia.

Más tarde desaparecen las dos mangas, pero en cambio, se levantan las dos extremidades del manto azul hasta la altura del cuello, lo que da al conjunto una forma abultada hacia el centro de la Imagen. Así la representan muchos grabados que solían venderse por los años de 1872.

Finalmente en 1887, con motivo de coronarse solemnemente la bendita Imagen, el P. Salvaire le bajó modestamente las dos puntas del manto hasta los pies, y le añadió el nimbo gótico radiado desde el centro a la periferia, que la distingue de cualquier otra Inmaculada similar; así como el óvalo radiado desde la periferia para afuera es el distintivo especial de la Inmaculada de Guadalupe.

Algo diremos ahora, aun cuando no sea con toda la extensión que se merece, sobre la irresistible y saludable impresión que, en su presencia experimenta todo devoto, más aun, cualquier persona, por pecadora que sea, con tal de no haberse por completo extinguido en su alma la lumbre de la fé, y sobre todo, si es por primera vez que la contempla.

¿Cuántas veces, no lo hemos visto con nuestros propios ojos, en personas que blasonando de escépticas, vinieron, por mera curiosidad a contemplar la venerable y célebre Efigie de la Vírgen de Luján? En un principio, deslizábase entre sus labios enjutos la arrogante sonrisa de la fría incredulidad; en pié y erguidos, examinaban la Santa Imagen, mirando con ojos de benigno desdén y desprecio, a los humildes creyentes que al lado de ellos oraban arrodillados con fé y ternura, y tal vez con suplicantes lágrimas en los ojos; pero poco a poco, notábamos que esas personas iban cambiando de facciones, y veíamos como la emoción embargaba su alma, como flaqueaban sus rodillas y a impulso de una mano invisible pero de irresistible potencia caían de hinojos; y ¡cosa admirable! contemplábamos bañado su rostro en lágrimas, y trémulos sus labios, como de quien ora con ansias!

Sin duda tratarían entonces de rememorar después de muchos años la dulce plegaria que en sus días de inocencia, habían aprendido tiernos niños, en el regazo materno y que no habían repetido quizás desde aquella venturosa edad.

¡Impresión inefable! ¿Cuántos dulces recuerdos no se agolparían entonces al corazón herido del pobre desheredado de la fé? Momento indescriptible que solo podría compararse, cuando tras de oscura y siniestra tempestad, se abre el cielo y aparece el sol alumbrando con sus resplandores las horas postreras del día.

Tal es la general impresión que deja la contemplación de nuestra santa Imagen. Esto era más sensible todavía en el antíguo camarín, donde se la podía ver desde más cerca. Se distinguía en ella algo así como un remoto vislumbre de lo que debió manifestar el divino original cuando vivía en la tierra: algo tenía de su divino Hijo que fué el más hermoso de los hijos de los hombres: *"Speciosus forma prœ filüs hominum"*.

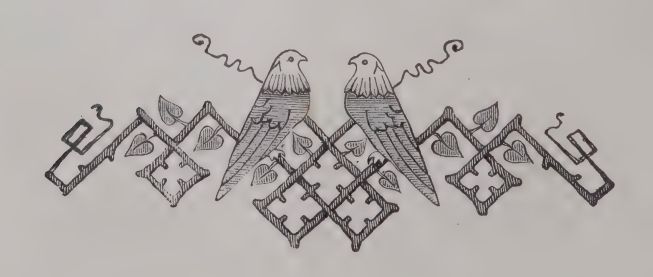
Nicéforo al terminar la descripción de Nuestro Señor, dice que se parecía en todo a su divina y casta Madre. El Dante su contemporáneo expresa el mismo pensamiento y es probable que no fuese copia de aquél:

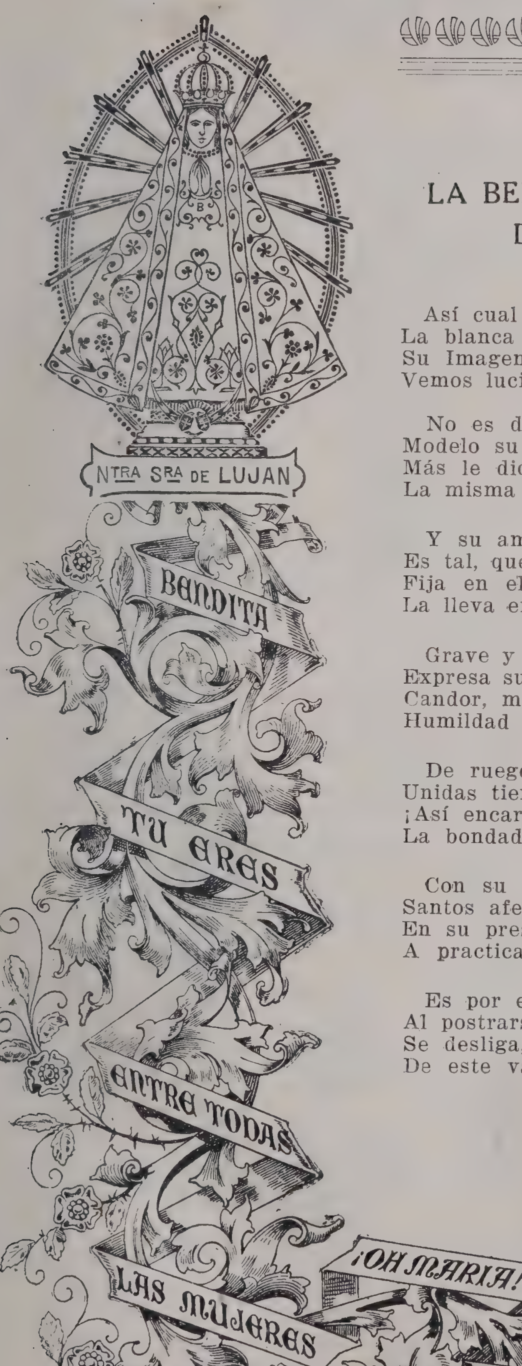
"Riguarda omai nella facia c'ha Cristo
Piú sassomiglia, che la sua chiarezza
Sola, ti puó disporre a veder Cristo.

Repara ahora en el semblante que más se asemeja a Jesús: sólo él podrá por su claridad disponerte a ver a Cristo".

La semejanza entre ambos era tal, dice el Cardenal Borromeo, al citar este terceto, que fácilmente podía conocerse al Hijo por la Madre, o a la Madre por el Hijo: *"vel ex Matre Filium, vel ex Filio Matrem"*.

Siendo esto así, no nos cansemos de repetir aquella sublime plegaria que hemos aprendido sobre el regazo de nuestra madre de la tierra y dirigida a nuestra Madre del cielo: Et Jesum benedictum.... y después de este destierro, muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre, ¡oh clementísima, oh piadosa, oh dulce Vírgen María!"





LA BENDITA IMAGEN DE MARIA

Así cual vemos brillar
La blanca luna en el cielo,
Su Imagen, toda consuelo,
Vemos lucir en su altar.

No es de artística beldad
Modelo su rostro santo
Más le dió divino encanto
La misma divinidad.

Y su amorosa atracción,
Es tal, que quien la mirada
Fija en ella, retratada
La lleva en su corazón:

Grave y risueña a la vez,
Expresa su Imagen pura
Candor, modestia, dulzura,
Humildad y sencillez.

De ruego en demostración,
Unidas tiene sus palmas
¡Así encarece a las almas
La bondad de la oración!

Con su modesta actitud
Santos afectos enciende,
En su presencia se aprende
A practicar la virtud.

Es por eso que el mortal,
Al postrarse ante su planta
Se desliga, se levanta
De este valle terrenal.

S. Fernández.



Fac-símil de la 1.ª ermita en la casa del señor Oramas con sus primeros promeseros o visitantes, del 1630 al 1671



CAPITULO III

Benéfica influencia social de la Vírgen de Luján. — Primera Ermita que le construye D. Rosendo de Oramas. — El negrito Manuel se constituye su esclavo perpétuo.



UANDO un historiador imparcial estudie las causas que han producido una mayor moralidad en los primitivos moradores de Luján, más que en los otros puntos de la provincia de Buenos Aires, la más estricta justicia le obligará a reconocer, que el culto conservado y constante de la Vírgen milagrosa, ha influído poderosamente sobre el espíritu de los habitantes de estos lugares.

Desde que los primeros creyentes tributaron culto a María de Luján en la casa de Oramas, la preocupación de los gauchos de esos pagos, fué el temor de ofender a la Vírgen que los había honrado, viniendo a residir entre ellos.

Entonces la hospitalidad se hizo más amplia y generosa en todos los hogares, porque a medida que la noticia se difundía en parajes más lejanos, el número de peregrinos aumentaba, viniendo algunos de largas distancias y teniendo por tanto, que buscar albergue en los ranchos de los vecinos del modesto oratorio.

Así fué aumentando el prestigio de esta Imagen, debido sólo a la fé creciente de los que llegaban a sus plantas para implorar sus favores.

Don Rosendo de Oramas, en un momento dado, llegó a comprender que su vivienda era ya recinto demasiado estrecho, para recibir los peregrinos que llegaban de todas partes, y entonces pensó que era menester construir para esta milagrosa Imagen una casa propia y más digna de ella.

Si ha de creerse, como se debe, a la tradición, conservada en documentos escritos por los descendientes inmediatos de los testigos de esos hechos, la erección de esa primera Ermita, es también una de las mayores demostraciones de amor que se ha rendido a su Imagen.

Como si desde su excelsa morada, la Madre de Dios hubiera presentido que su advocación bajo el nombre de María de Luján, habría de provocar, por parte del racionalismo, las mismas luchas que otros Santuarios han provocado, al erigirse la primera Ermita de

Nuestra Señora de Luján y durante los cuarenta años que en ella se rindió culto a su Imagen, es sólo el creyente menesteroso y humilde, es sólo el enfermo y el afligido consolado, quienes hacen la obra de construcción y la obra de propaganda.

A D. Rosendo de Oramas, cuyos medios de fortuna parecía que no alcanzaban a permitirle construir por sí solo la Ermita, le sobraron elementos para alzar en poco tiempo el edificio ansiado.

A sus esfuerzos se unieron el trabajo personal de los creyentes, y los recursos de los agradecidos viandantes que encontraban en María la estrella segura en su camino a través del desierto pampeano.

Levantar una buena Ermita por pequeña que fuese en aquellos tiempos, y en medio de las soledades inmensas del desierto, era en verdad obra que requería colosal esfuerzo por parte de la gente.

La falta de árboles en la Pampa hacía difícil toda construcción, y sabido es que en la Cañada de la Cruz, como en las márgenes del Río Luján no había en esa época, otra madera que pudiera ofrecer sino algún sauce inútil para el caso.

Sin embargo, el celo y el deseo de dar una casa propia a la Imagen ya tan venerada, hizo que sus creyentes fuesen a las lejanas islas del Paraná, y desde allí trajesen las maderas y los juncos que sirvieron para construir las paredes y el techo pajizo de aquel vasto rancho, que luego fué la santa Ermita donde veneraron a María centenares de peregrinos llegados sucesivamente de todos los ámbitos de la República.

Durante muchos años los fieles siguieron el camino de la sencilla Ermita, como los pastores siguen el rumbo de su estrella y los náutas se guían por la Cruz del Sud.

Y, para que la fé triunfase sobre la duda sistemática contra el sacerdocio, en toda esa serie de hechos y de manifestaciones a la Vírgen de Luján, el clero y la Iglesia, es decir, los prelados y los sacerdotes individualmente, no figuran en nada ni por nada, ni en la erección de la Ermita, ni en la propaganda de los prodigios de la Augusta Señora.

¿Quién haría las veces de pontífice y sacerdote en aquella Ermita campestre?

Esto incumbía de suyo a Dn. Rosendo de Oramas como dueño de casa que era y vecino de mayor espectabilidad; pero comunmente lo hacía el famoso Negrito Manuel, tan íntimamente ligado a la vida y milagros de la Virgen de Luján.

De todos los dones que se hicieron por aquella época a la bendita Imagen, ninguno ha sido más especialmente útil a su culto, que el de ese niño esclavo arrebatado de su cálido hogar del Africa, para implantarlo en alguna hacienda de América en condición servil, de la que se libró por la milagrosa parada de la Virgen en medio de la Pampa.

¿De quién era ese niño? ¿Quién lo dió?

Algunos dicen que era de Dn. Rosendo; otros que era del carretero portugués quién lo dejara al cuidado y servicio de la ben-

dita Imagen con la que había venido del Brasil. Lo cierto es que él se consideró siempre como sacristán y camarero perpétuo de la misma.

Cuando Dn. Rosendo de Oramas hubo construído la Ermita que la sagrada Imágen tuvo como primera morada, destinó o aceptó a su servicio a ese negrito africano de ocho años de edad llamado Manuel, sin apellido, y que, testigo del prodigio de la parada de las carretas, acaso fué uno de los seres más impresionados por el acontecimiento.

Al punto, hubo de sentir fomentarse en su alma candorosa un amor irresistible hacia aquella dulce Madre de los pequeños y de los afligidos, cuya preciosa Imàgen resplandecía, rodeada con la aureola del milagro ante sus miradas deslumbradas.

El mismo simulacro de María objeto a todas luces sagrado, participaba, según su ingénuo entender, de las grandezas, de las prerrogativas y del poder de su celestial prototipo. Desde entonces, en lo más íntimo del alma del Negrito Manuel, se formó una unión firme e indeleble entre su corazón y la Santísima Vírgen, patentizada en su sagrada Imagen.

Desde aquel día, el candoroso Manuel se enamoró exclusivamente de la santa Imagen, y muy gustoso se quedó allí de asiento para servirla y obsequiarla con toda proligïdad y esmero. Todo su cuidado era procurar el aseo y decencia de su altarsito. Se aplicaba con tanta solicitud al culto de esta divina Señora, que nunca tenía su Imagen sin luz. Se manifestaba extremoso en la guardia y custodia de ella, a tal punto que de él hubiera podido decirse, usando el estilo algo pomposo de aquella época; que era cual otro Argos vigilantísimo de tal Belleza y celoso de su decoro.

Había puesto en ella todo su corazón, porque en ella tenía su tesoro, según frase del Evangelio. A ella había sido donado por esclavo y él entendía perfectamente lo que importaba una tal donación.

Durante cuarenta años el Negrito Manuel, que fué el cultor imperturbable de aquella veneración; fué el propagador constante de los milagros de su divina Patrona; fué el sacristán de su Ermita, el guardador de sus tesoros, el infatigable apóstol de su culto.

Cuando los peregrinos llegaban a la Ermita, era Manuel quién los recibía. Como Juan en el desierto predicaba anunciando la venida de Jesús, Manuel se inspiraba refiriendo los prodigios de María, y como cada mes, cada día podía aumentar un nuevo favor obtenido por su gracia, el panegírico del negro esclavo de la Vírgen, se hacía cada vez más extenso y más conmovedor.

Las páginas que conservan las tradiciones de esa época en la historia de Nuestra Señora de Luján, están impregnadas de la suave ternura que se siente junto a la cuna purísima del Lirio de los valles.

Pasaron los años, y aquel pequeño africano que guardaba el altar y la Imagen de la Vírgen, se convirtió en un hombre. Don Rosendo de Oramas había muerto y la codicia de sus herederos pretendió hacer del esclavo de la Vírgen el siervo de los hombres. El ne-

gro tuvo la conciencia de su derecho y de su deber. Negó que tuviese otra Señora y Dueña que la bendita Vírgen, y lleno de fé en el éxito de su causa, huyó de los que pretendían volverle a la esclavitud, se presentó a los tribunales de Buenos Aires, y ante ellos intentó probar que no tenía otro amo que Nuestra Señora de Luján.

El litigio amenazaba prolongarse, pero merced a la intervención de una buena alma de Dios que ofreció al heredero cien pesos por su rescate, cedió éste su disputado derecho, quedando zanjadas las dificultades, acaso sin saber Manuel por qué medios lo habían sido.

Triunfante y ufano, dueño de sus acciones en la tierra, pero sujeto siempre a sus deberes para con su celestial Señora, volvió de nuevo a consagrarse a ella sin temores ni zozobras.

Si antes había sido custodio fiel del sagrado depósito, desde ese día consagró su vida exclusivamente a su servicio.

Atender a los enfermos, enseñar a los ignorantes, los caminos de Dios, socorrer a los menesterosos, consolar a los afligidos; tales eran las obras de misericordia en que, con suma edificación, le veían todos los peregrinos continuamente ocupado.

Por fin se le verá un día, llegado a una venerable ancianidad, vestido de tosco sayal, y con luenga barba blanca a manera de ermitaño, morir como un San Pablo en el desierto, para ir a contemplar en el cielo a Aquella cuya bendita imagen había servido toda su vida en la tierra.

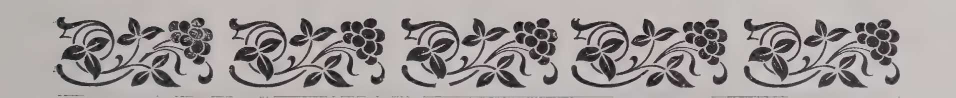
Eso fué en vida el famoso Negrito Manuel de la tradición mariana; eso será al morir! Mientras tanto seguiremos admirando su piadosa actuación en favor de María y de su Santuario.

EXEMPLA TRAHUNT

Solo una cosa en mi precaria vida,
Vírgen santa y querida,
Mi alma anhela con afán inquieto:
Pues que a tu sombra amiga y bienhechora
Feliz gocé mi juventud primera,
Envuelto en los celajes de mi aurora,
Deja también, oh! Vírgen amorosa
Que sea tu presencia bondadosa
El término final de mi carrera,
Y en el día sin fin de la ventura,
Proclame, como anuncio de victoria,
Tu nombre radiante de hermosura
En las excelsas cumbres de la Gloria.

J. M. Z.





CAPITULO IV

La bendita Imagen pasa a poder de Doña Ana de Mattos. — Sucesiva tristeza y alegría del Negrito Manuel. — Traslación solemne de la bendita imagen desde la casa de Don Rosendo a la de Doña Ana de Mattos.

LA buena alma de Dios que tan oportunamente interviniera en el pleito del Negrito Manuel, debía también tomar la defensa de los intereses de la bendita Imagen en 1670.

¿Por qué y cómo?

Siempre por la misma razón; la conducta observada por el heredero universal de Don Rosendo de Oramas, que lo era el Maestro D. Juan de Oramas y Filiano, su hijo según toda probabilidad, y Cura Rector, a la sazón, de la Santa Iglesia Catedral de Buenos Aires.

Este hombre mirando las cosas muy de otro modo que los demás, veía por un lado que en aquel culto tributado a María de Luján por aquellos campesinos, no intervenía por nada la autoridad eclesiástica, y que por otra parte, disminuían sus intereses, por la merma que producían en sus ganados, todos aquellos *novenantes* y *promeseros,* como se decía en aquellos tiempos.

Por lo que había resuelto desde un principio hacer desaparecer poco a poco todo aquello, sacando inmediatamente de por medio al Negrito Manuel, vendiéndolo a otro dueño, como ya sabemos; pero no habiéndolo logrado, pensó obtendría el mismo resultado trasladando a otra parte la morada de sus encargados y caseros; pero el Negrito Manuel siguió quedándose con su Dueña en las casas así abandonadas.

En breve tiempo sin embargo, los ranchos que formaran la estancia y sus dependencias quedaron inhabitables; pero en medio de ese cuadro de muerte y desolación, y gracias al cuidado del Negrito Manuel, siempre quedaba en pié la Ermita de la Virgen ostentando en su cumbrera y testero la Santa Cruz de la Redención, como en medio de las borrascas del mar de Galilea, se divisaba desde lejos el mástil de la barca de Pedro, donde estaba Aquel que manda a los vientos y los mares.

Ya sabemos que el instrumento formal de que debía valerse la divina Providencia para salvar de una completa ruina la morada da María, era Doña Ana de Mattos,cuyo nombre y cuya piedad deben siempre unirse a las virtudes del Negrito Manuel, cuando se recuerda a Nuestra Señora de Luján.

Era esta virtuosa dama una descendiente de los primeros pobladores de la Provincia de Buenos Aires, y, en tales condiciones, obtuvo de las autoridades edilicias de aquella época ciertas mercedes que las leyes acordaban a los descendientes de los conquistadores.

Su piadosa madre, Dña. Francisca Encinas, moribunda en 1630, cuando comenzaba la milagrosa historia de la Vírgen de Luján, hizo que, antes de morir ella, su hija Ana contrajese matrimonio con el sargento mayor Dn. Marcos de Siqueyras uno de los vecinos más ricos y de mayor reputación de la ciudad de Buenos Aires.

En 1643 Dña. Ana de Mattos Siqueyras quedó viuda, y, como universal heredera de su esposo, propietaria de una vasta extensión de tierra situada sobre las márgenes del Río Luján.

Cuando la muerte de Don Rosendo de Oramas produjo el descuido de la Ermita levantada en su campo, descuido que había causado su ruina sin la constancia y el celo del Negrito Manuel, Dña. Ana de Mattos que desde muchos años atrás era devota de la imagen querida, resolvió traerla consigo a su estancia, donde estaría a salvo de las indiadas que amenazaban renovar sus invasiones devastadoras.

La casa de la estancia de Dña. Ana, estaba situada a cinco cuadras más o menos, del lugar donde existe hoy el Santuario de Nuestra Señora de Luján.

Los campos que rodeaban aquella casa, poblados de ganados, pertenecían también a la piadosa señora, la que había convertido su morada casi en fortaleza, defendida en parte por fosos y en parte por el mismo Río de Luján a cuya márgen se levantaba.

Persuadida Dña. Ana que allí estaría con más seguridad la bendita Imagen, y que sería mejor cuidada, apersonóse ante el heredero de Don Rosendo, Maestro Juan de Oramas y Filiaño, para comprarle los derechos que pudiera tener a la bendita Imagen; lo cual consentido por éste, a causa de los motivos ya dichos, entró en posesión Dña. Mattos de la Sagrada Imagen, y llena de regocijo y gratitud, la hospedó en la mejor habitación de su casa, sin preocuparse del Negrito Manuel, quién no podía oponérsele, por cuanto si él era de la Virgen, la Virgen no era suya. Quedóse pues el Negrito Manuel en las viejas taperas de Oramas.

No cuenta la historia, ni la tradición ha recogido los motivos que la piadosa señora tuvo para no llevar junto con la Imagen, a su inseparable y fiel custodio, el Negrito Manuel; y el hecho es tanto más de extrañar cuanto que, fué esta misma Doña Ana, el principal auxiliar, que él tuvo en su pasado pleito para poder consagrarse por toda la vida al servicio del culto a María de Luján.

¿No habría aquí de por medio una piadosa cuestión de celos y de no compartir con nadie los cuidados que debían prodigarse a la bendita Imagen?

Sea lo que fuere, si nada nos dicen a ese respecto ni la tradición ni la historia, ambas nos refieren, por asombroso que parezca, que la misma noche del día en que Dña. Ana de Mattos trasladó la Imagen de la Ermita a su casa, la Vírgen abandonó ésta y se volvió misteriosamente a aquélla, con gran contento del Negrito Manuel, quién vió que si él no quería abandonar a su Dueña y Señora, tampoco ésta le quería abandonar a él.

La tradición añade que, habiéndose repetido el hecho otra vez en la noche siguiente, la buena señora, no sabiendo a qué atribuirlo y temerosa de ofender a su Augusta Patrona, no intentó volver a llevársela ni substraerla tampoco a los cuidados del negro africano.

Es el caso que gobernaban respectivamente, en esa época, la Provincia y la Iglesia de estas tierras, dos hombres ejemplares y piadosísimos, de quienes consta en sendos documentos, que en los largos años que tuvieron el poder, sólo se ocuparon en atender las necesidades del pueblo. Estos dos hombres eran el Gobernador Mariscal de Campo Dn. José Martínez de Salazar y el Ilmo. Obispo Fray Cristóbal de Mancha y Velazco.

A ellos acudió Dña. Ana de Mattos en la tribulación de su espíritu afligido. Aquella creyente fervorosa temía, en todos los momentos, ver caer en poder de los salvajes la Imagen veneranda, vistos los peligros de cada momento.

Las fronteras habían tenido que ser abandonadas, puede decirse, porque estando en guerra en esa época, 1671, la España con la Francia, cruceros armados de la flota de Luis XIV habían llegado al Plata, y el gobernador Salazar había tenido que desguarnecer los fortines que defendían las poblaciones contra los indios, para poder impedir el desembarco de tropas extranjeras en estas playas.

No obstante estas preocupaciones apremiantes el gobernador Salazar escuchó con mucha solicitud el pedido de Dña. Ana y puesto al habla con el Obispo Diocesano resolvieron entre sí hacer personalmente la traslación de la Santa Imagen de la Ermita a casa de Dña. Ana.

Entonces fué cuando, por los años de 1671, en medio de la Pampa, se efectuó uno de los actos más hermosos producidos por el catolicismo en América del Sur.

Al gobernador Salazar y al Obispo Mancha habían acompañado cabildantes canónigos, militares y gentes de condición acomodada de la ciudad de Buenos Aires. En el trayecto hasta la cañada de la Cruz, el número de viajeros había aumentado de manera que, cuando llegaron a la estancia de Oramas, era numeroso el séquito de los dos grandes personajes.

Cuando puestas de acuerdo las autoridades civil y religiosa resolvieron trasladar la Sagrada Imagen, la piedad y el fervor que

encendían aquellas almas, pareció aumentar las fuerzas físicas de aquellos hombres de Dios.

Cuenta un historiador, casi contemporáneo, que en esa época, tanto el Obispo Mancha como el Gobernador Salazar eran dos ancianos, y, sin embargo, ellos y todos los demás que formaban la crecida concurrencia, alzando en andas la Imagen, cruzaron a pié las cinco leguas que separan la Cañada de la Cruz del Río de Luján, empleando para ello dos días, pues la noche del primero descansaron en casa del capitán Dn. Pedro Rodríguez Flores.

Cuando llegaron a la estancia de Dña. Ana, hallaron, en la mejor habitación de la casa, un altar improvisado por ella para recibir y guardar provisionalmente a su ilustre Patrona.

Allí fué colocada la efigie de Nuestra Señora de Luján; allí se ofició por primera vez de pontifical; allí se celebraron durante tres días fiestas en su honor, y allí, por fin, quedó legalmente consagrado el culto de nuestra Virgencita, con la autorización dada por el Diocesano para que se celebrasen misas en su altar.

Es aquí donde verdaderamente, empieza el culto público de la sagrada Imagen.

El Negrito Manuel había triunfado. Su Dueña y Patrona iba, por fin, a tener un altar digno de ella.

Es esta la primera vez en que se encuentran juntas, en la historia de María de Luján, las más altas autoridades de la Iglesia y del Estado. Es esta la vez primera que a su altar se allega un Prelado y un Gobernador.

Hasta entonces ella había recibido sólo el culto de los humildes y de los afligidos; hasta entonces sólo había escuchado preces de ruego o agradecimiento, pronunciados por gentes sencillas de espíritu, que llegaban hasta su altar con la fé en el alma y la esperanza en su corazón.

Pero, desde que estos ilustres personajes llegaron a la vieja Ermita, la sagrada Imagen tuvo más que preces y oraciones: tuvo tributos y homenajes rendidos a su Efigie por la doble autoridad Civil y Religiosa.

El culto que hasta entonces, durante tantos años había permanecido como privado en solo aquellas gentes a quienes llegaba la noticia de los sucesos que en Luján se producían, tomaba, desde ese día, todas las apariencias y formas de un culto público, debidamente autorizado.

Algo más: la influencia milagrosa de María de Luján, los prodigios que a ella se atribuían, dejaron de ser la leyenda de la comarca, para adquirir toda la autoridad del fallo dado por el Prelado Diocesano.

Fray Cristóbal de Mancha y Velasco hizo levantar una información respecto a los hechos que se atribuían a la Veneranda Imagen; examinó por sí mismo los testigos; visitó los lugares y se convenció de la verdad de cuanto la tradición venía repitiendo de padres a hijos desde ya cuarenta años.

Podemos pues ahora proclamar oficialmente a faz del universo, que Luján es el lugar elegido por el Dios infinitamente bueno y condescendiente, para que en él se levantara el trono de las misericordias de María, y fuese el teatro de los más admirables portentos, y donde se abriese la fuente inagotable de todos los favores y piedades; el sitio bendito finalmente, al que con toda verdad pueden aplicarse las palabras de esta hermosa profecía de Isaías, cuya oportunidad y suaves alusiones penetrará sin duda el piadoso lector:

"La tierra intransitable y desierta se alegrará, saltará de gozo la soledad y florecerá como el lirio.

"Fructificará abundantemente con sumo contento y alegría, saltará de júbilo y cantará alabanzas....

"Aquí veréis la gloria del Señor y la hermosura de vuestro Dios, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob.

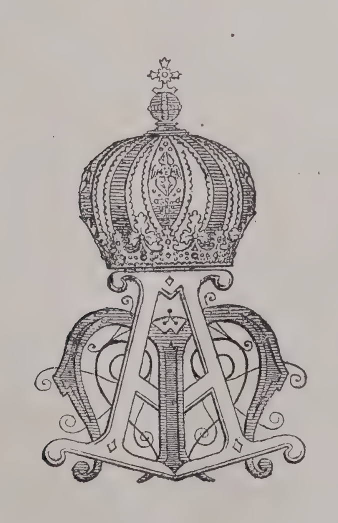
"Confortad pues las manos flojas, y robusteced las rodillas débiles.

"Decid a los apocados de corazón: alentáos y no temáis; mirad que el mismo Dios vendrá y os salvará.

"Aquí serán abiertos los ojos de los ciegos y expeditos los oídos de los sordos.

"Aquí el cojo brincará como el ciervo, y soltada será la lengua de los mudos.

"Pues habrán surgido aguas saludables en el desierto y torrentes de gracia en la soledad". — *Isaías XXXV.*





CAPITULO V

Doña Ana de Mattos levanta a María una capilla especial.—Ingénuas amonestaciones del Negrito Manuel a la Virgencita por ciertas salidas misteriosas. — Narración de una de ellas.



ESDE el día tan memorable de la solemne traslación de la Santa Imágen a la estancia de Dña. Ana de Mattos, jamás volvió a irse Nuestra Señora a la antigua Ermita de Oramas; lo que atribuyeron unos, y no sin fundamento, a la presencia del representante de Dios el prelado diocesano, en el acto de la traslación, a la devota solemnidad con que se efectuara este hecho, y finalmente a la venida también del Negrito Manuel.

La forma en que se hizo la traslación; la autoridad y distinción de las personas que tomaron parte en ella; la gran procesión y demás festejos que la acompañaron, y sobre todo, la afirmación hecha por tanta gente autorizada, de la verdad de los milagros atribuidos a la Vírgen: todas estas circunstancias reunidas, hicieron que el prestigio de la santa Imagen aumentara considerablemente.

El número de peregrinos fué cada vez más asombroso, y, con ellos, el celo de los dos nobles custodios del nuevo Oratorio, Dña. Ana de Mattos y el Negrito Manuel.

Un año después de hallarse la Virgen en casa de aquella dama en 1672, ésta comprendió no sólo que el aposento de su casa, convertido en oratorio, era demasiado pequeño para el culto que se tributaba a la Vírgen, sino que la Imagen no debía continuar bajo el mismo techo que la cubría a ella y su familia.

Hizo entonces construir inmediata a su casa, pero independiente, una pequeña capilla y allí trasladó la ya tan venerada Efigie de la Madre de Jesús.

Conjuntamente con esa construcción, otros ranchos se levantaron en las inmediaciones, unos por gentes que habían tenido que abandonar sus poblaciones para huir de los salvajes, otros porque venían a buscar a los pies de la Vírgen la salud del cuerpo o la del alma.

Esto último dió origen a una especie de Hospedería que iba tomando cada vez mayor incremento y desarrollo a la par del Santuario de María. De esta hospedería pudo decirse como de tantas otras similares que existen en Europa junto a numerosos Santuarios que:

"Todo lo tienen limpio, aunque pobre,
"Sin que nada les falte ni les sobre".

El alma tanto del Santuario como de la hospedería era el Negrito Manuel quien obrando ahora de acuerdo con Doña Ana de Mattos, no podía nunca encontrarse corto de recursos para ambas cosas, por las que de todo modo se habría sacrificado.

Si la esclavitud de un hombre debe siempre sublevar su conciencia, porque la dignidad propia exige la libertad, el Negrito Manuel aceptó con alegría su servidumbre porque tenía por Dueña y Señora a María de Luján.

Cuentan las crónicas que el Negrito Manuel se identificó tanto con la imagen de que era custodio, que en sus celestes coloquios con la Augusta Señora, llegó hasta a reprenderla; pues era voz común entre las buenas gentes de aquel entonces que la milagrosa Virgen solía escaparse por las noches de su nicho, para ir a consolar a algún desvalido con su presencia o para curar algún enfermo con su influjo, volviendo luego a su Ermita, cubierto el traje con abrojos y lodo del camino.

En estas circunstancias era cuando el Negrito Manuel, profundamente conmovido la reconvenía, diciéndole con toda sencillez y candor de su alma: ¿Pero, Señora mía, qué hacéis? ¿Qué necesidad tenéis Vos, de salir de vuestro nicho para remediar cualquier necesidad, siendo como sois tan poderosa para obrar tanta maravilla sin salir de aquí? y ¿cómo es que sóis tan amiga de pecadores que salís en busca de ellos cuando véis que no os hacen caso y os tratan tan mal? ¡No lo merecen!...

¡Qué ingenuidad en estas palabras del Negrito Manuel, pero, por lo mismo, cuán fácilmente ellas dejan traslucir el temor que tenía de que su Dama alimentara predilecciones por él ignoradas!

En los "Portentos de Ntra. Sra. de Luján", y bajo el epígrafe de *Una escapada de la Virgen*, se lee la siguiente narración que si bien es de fecha más próxima a nosotros, viene aquí como un anillo al dedo para confirmar lo dicho anteriormente, por más asombroso que parezca:

"Perdido en la inmensidad de nuestros campos, como un esquife en medio del océano, casi cubierto por altos cardales, se hallaba en años lejanos, en un partido distante de Luján, un humilde rancho que servía de accesorio a una estancia.

En él vivía un matrimonio joven, empleado en el cuidado de una majada de ovejas. Juan llamábase él y ella Felicia, y ambos, aunque en su esfera campestre, eran apuestos y bien dotados.

Nuestros paisanos suelen ser bizarros y bien parecidos, y entre sus mujeres las hay a veces hermosas en su primera juventud, cuando el trabajo y las intemperies todavía no han hecho sus estragos.

Ellos parecían destinados el uno al otro por sus iguales condiciones y formaban una bella pareja.

Pero debemos decir que, a pesar de su juventud y demás favorables circunstancias no eran felices.

¡La felicidad! Por cierto no se halla en este mundo que es un desierto árido, un sendero escabroso, que no se puede recorrer sin cansancio y sin sentir dolorosas heridas. Pero muchas veces los hombres mismos contribuyen con su imprudencia a hacerlo más penoso y se privan por su propia obra de la relativa felicidad que le sería dado disfrutar.

Aquel matrimonio no era feliz; se había atravesado en medio el fantasma siniestro de los celos. Juan sufría de ellos horriblemente y, aunque no había motivo real, nunca falta a esta desgraciada pasión pábulo con que alimentarse y una apariencia que la justifica. Su mujer había sido muy cortejada antes de casarse, había tenido otros festejantes antes que él, y, aunque al presente no tuviera la menor queja de ella, él no estaba completamente seguro de su cariño y de su virtud. ¡Triste situación por cierto y llena de zozobras, por no pisar en nada de sólido ni en pró ni en contra!

Así, él vivía intranquilo y preso de mil cuidados. Tenía celos de todo, hasta del viento que pasaba y murmuraba entre las pajas de su rancho, hasta de su propia sombra. Parecíale ver siniestros bultos que desaparecían furtivamente entre los cardos. A cada paso armaba escenas de quejas y reproches a su mujer, que a veces ella agriada contestaba, degenerando en tristes reyertas, que turbaban como una oscura nube la paz conyugal.

Un desgraciado incidente vino a complicar la situación. Felicia tenía un hermano a quien no veía desde largos años; era un hombre de malos antecedentes y perseguido por la justicia. Este hombre llegó un día a la casa en ausencia de Juan, demorándose algunas horas para ver y conversar con su hermana; después se fué, como había venido, furtivamente.

No faltó quien lo observase, soplando en el oído a Juan que había visitas en su casa, y atizando malignamente el fatal incendio que ardía en su alma. ¡Oh! ¡Raza de endiablados soplones que se complacen en enredar todas las cosas!

Desde aquel día nació, como un hongo venenoso en noche de menguante, un pensamiento horrible en el alma de Juan; él se creyó ofendido, y, en el arrebato de sus celos, determinó dar muerte a su mujer aún cuando hubiese de huir después a los Indios como otros tantos. Estaba resuelto a todo.

El vino a su casa una noche, retardando y estando ya su mujer acostada. Después de haber cerrado con cuidado la puerta tomó una gran daga, bien afilada, y fuése hacia la cama para ejecutar su criminal propósito; Felicia despertó:

¿Qué tienes, Juan? — le dijo — ¿Qué tienes? — repite, viendo su fisonomía demudada.

—¡Infiel! le contestó él con sombría fiereza, sé todo lo que pasa; encomienda tu alma a Dios, pues hoy no escaparás de mis manos.

La mujer lanzó un grito; pero ¿quién había de oirla? estaban completamente solos; no había más que los canes que gemían afuera lúgubremente. Quiso huir, pero estaba la puerta cerrada. Entonces recurrió al último expediente, las protestas y las súplicas.

—No soy culpable, no he hecho ningún mal. Nadie ha venido aquí.

¡Cómo nadie! ¿Y el hombre que estuvo ayer?

—Era mi hermano.

—¡Tu hermano! ¿Y nunca lo he conocido!... ¡Puros engaños! Vas a morir ahora mismo y estás mintiendo. ¡Irás a arder con el demonio en los infiernos!

—¡Juan, por Dios! Soy inocente. ¡Por la Virgen de Luján te lo aseguro!

—A buen puerto acudes. ¡Como sabes que ella no te ha de venir a desmentir!... Pero tampoco ha de valerte en el caso.

Y levantó la daga para dar el golpe. Oyóse en esto un grito de suprema angustia:

—¡Madre mía y Señora de Luján, ayúdame.

Y... allí... allí estaba ella, ella misma, pequeñita, con su vestido de raso blanco y su manto de terciopelo azul, allí estaba sobre la cabecera de la cama: Juan la vió rodeada de una aureola de blanca luz, acaso preanunciando inocencia.

Ella le habló, le dijo con una voz suave como el soplo del céfiro:

—Hijo mío me han llamado a prisa y aquí estoy. ¡Vengo desde muy lejos para ser testigo de la verdad!

El cuchillo cayó de las manos de Juan. Un sudor frío corrió por su cuerpo y se desplomó con el rostro sobre el pavimento. Su mujer también cayó prosternada a su lado.

Un rato estuvieron así. Cuando se levantaron no estaba más la Señora, pero el matrimonio estaba reconciliado. Una paz octaviana reinó en adelante en la casa y ninguna sombra vino a turbar su felicidad.

Al otro día, la Imagen de María estaba como siempre en su nicho; pero su vestido se veía lleno de pequeños abrojos y flechillas por la orla de plateados encajes.

Ella había hecho una de sus escapadas e iba a dar que hacer a su sacristán.

Algún tiempo después, dos jóvenes casados venían desde muy lejos a postrarse ante la Santa Imagen, y darle, con muchas lágrimas, las gracias por un insigne favor!...

Parece que, para granjearse el amor y devoción de los fieles en medio de los cuales erigió la divina María alguno de sus Santuarios preferidos, quiso valerse con frecuencia de procederes idénticos. Encontramos en la historia de Ntra. Sra. de Catamarca, episodios en un todo parecidos a los de Luján; y del mismo modo que

en la historia de ésta, aparece el inocente Negrito Manuel, en la del Valle tiene una parte principal un anciano venerable llamado Salazar.

Ni extrañe el crítico añade el primitivo cronista de Ntra. Sra. de Luján, estas salidas de la Imagen, ni menos que en su vestuario se encontrasen cadillos o barro. No es esta la primera Imagen de la Virgen que hiciese este portento; y dejando por ahora varios, hablaré sólo de uno, del que hace memoria el Rdo. P. fray Agustín de Santa María en su "Santuario Mariano".

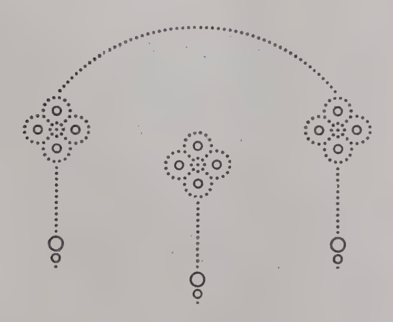
Dice ese autor: "que en la Catedral de Lisboa, se venera una Imagen o Simulacro que por sentencia del Juez eclesiástico, estuvo antes colocada en la Iglesia parroquial de San Pablo, y que de un día a otro se pasó a la Catedral, por sí misma, o sin que impulso humano tuviese concurso alguno en este tránsito; y lo más admirable, al parecer, por sus propios pies; porque en la fimbria de la túnica talar que viste, se hallaron no pocas manchas de barro, con algunos de aquellos insectos que suelen criar los ladazales".

Estas diversas Imágenes andarían realmente por sus propios pies, o serían llevadas por los ángeles, como le sucedió al divino original el día de su gloriosa Asunción a los cielos, y a su casa cuando de Nazaret se trasladó a Loreto pasando por Dalmacia?

No sabemos que haya mortal en el mundo que pueda responder a esta pregunta. Cuestión por lo demás bien inútil, pues en ambos casos interviene el milagro, que es precisamente lo que quisiera eliminar el incrédulo.

Pero se dirá, en la última suposición ¿a qué vendrían los cadillos y abrojos pegados a las fimbrías del ropaje de la bendita Imagen?

Sólo Dios y la Virgen lo saben; pero acaso no sería aventurado decir que con estos cadillos, abrojos y polvos del camino, María nos quisiera significar que está dispuesta a dar cualquier paso para nuestro mayor bien. Delante de una revelación tan consoladora poco importa de donde vinieren los signos físicos y materiales con que se nos la da a conocer, seguros de que no le faltarán a María Santísima medios de procurárselos.





DULCE CERTEZA

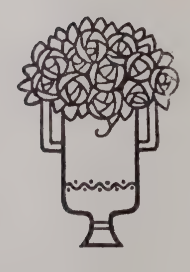
Yo sé que allá en el paraiso existe
Un corazón, sin límites honrado;
Cuyo trono, al de Dios aproximado,
Casi la misma majestad reviste.

Yo sé que de ese corazón consiste
La dicha, en verse amado del Amado,
Y aunque del bien sin fin posesionado,
Sé que no olvida nuestro valle triste.

Yo sé que en ese corazón resuena
El ¡ay! que el mío fatigado lanza,
Sé que de él baja a serenar mi pena

Como dulce caricia, la esperanza,
Sé que mis horas vela noche y día
Un corazón de madre: el de María.

S. Fernández





CAPITULO VI

Milagrosa curación del Licenciado Dn. Pedro de Montalbo. — Se constituye Capellán perpétuo de María. — Se levanta un Santuario mayor. — Muerte del Negrito Manuel.



ACIAN ya como unos seis años que la milagrosa Imagen recibía culto en la pequeña Capilla de Dña. Ana de Mattos. Creciendo su fama, se aumentó también el deseo de sus devotos de que tuviese Palacio más decente y Trono más proporcionado a su regia dignidad.

Doña Ana de Mattos, lejos de oponerse a los deseos de los peregrinos quiso iniciar ella misma esta obra tan importante dando por de pronto el terreno necesario según se desprende del siguiente documento:

"Corriendo el año de 1677, por el amor y devoción que tuvo siempre Dña. Ana a esta soberana Imagen hizo donación de todo el sitio que se necesitaba para fabricar una Capilla en que se colocara la Santísima Imagen, con más, una cuadra de sitio en contorno de ella, distante como 4 o 5 cuadradas de su misma vivienda".

Inmediatamente se abrieron los cimientos del nuevo edificio, colocando solemnemente su piedra fundamental el celoso Carmelita Fr. Gabriel, por cuanto estos religiosos solían venir de vez en cuando a celebrar misa y atender los demás actos del culto.

Sin embargo, faltando quien vigilara el trabajo de un modo constante, éste anduvo lentamente hasta el año de 1682, en que llegó moribundo a la Capilla el distinguido presbítero D. Juan Pedro de Montalbo, buscando alivio al pie de María en Luján.

Su viaje fué un verdadero *vía crucis*. Apenas conducido a la puerta del Santuario, un síncope hizo temer por su vida, pues estaba gravemente enfermo de una afección cardíaca complicada con tísis pulmonar.

Desuncidos los bueyes, lo bajaron sus acompañantes desmayado del carretón y lo presentaron al Negrito Manuel.

El devoto africano viéndole en aquel estado de postración, con sumo respeto y caridad, por ser el visitante un ministro del Señor

le ungió el pecho con el sebo de la lámpara que ardía constantemente ante la sagrada Imagen y con esto volvió el enfermo a su sentido. Y empezando Manuel a consolarlo díjole que tuviese confianza, y creyese firmemente que había de sanar, porque su Ama lo quería para su primer capellán.

No ignoraba D. Pedro la virtud y santidad del Negrito Manuel, y cuán buen abogado era para con la Madre de Dios; oyó pues con respeto y alegría sus insinuaciones, y le prometió que si, en efecto, la Virgen le daba la salud, él se quedaría para siempre de Capellán de su Imagen bendita.

En seguida tomó el africano algunos de aquellos cadillos y abrojos que solía guardar, cuando los despegaba del vestuario de la sagrada Imagen al volver ella de sus andanzas en busca de pecadores y afligidos, y mezclándolos con un poco de barro del que sacudía de sus fimbrias, pidió a cierta señora muy devota también de la Virgen, llamada Doña María Díaz, le hiciera de todo ello un cocimiento. Dióselo a beber al enfermo, en nombre de la Santísima Virgen, y con sólo ese remedio quedó éste para siempre libre de sus ahogos y enteramente sano, por especial disposición divina.

Agradecido al milagro, que para él y para los que presenciaron su curación, era de una evidencia indiscutible, hizo la promesa a la Virgen de permanecer en estos lugares, convirtiéndose en Capellán perpétuo de su templo.

Enterado bien pronto el Licenciado Don Pedro de Montalbo, del proyecto que se tenía de levantar un nuevo templo a María, abrazó con entusiasmo la feliz idea y se dió a ella en cuerpo y alma.

Montalbo pertenecía a una familia pudiente de la capital; sus relaciones eran vastas; su posición en el clero y en la sociedad, muy distinguida; y, habiendo sido él precisamente el favorecido con el milagro, la noticia del prodigio se dilató con gran rapidez.

Al cumplir su promesa de consagrarse exclusivamente a la gloria de María, vióse confirmado en su título de Capellán del Santuario por el prelado diocesano, quien le dió facultad de administrar los sacramentos, y prestar los auxilios espirituales de la religión a los habitantes del contorno, a los peregrinos y demás visitantes.

Cuando Don Pedro de Montalbo se encargó de la dirección espiritual y material de nuestro bendito Santuario, era mayordomo de los trabajos Don Manuel Casco de Mendoza, Capitán del Rey, hombre rico que, agradecido a favores que, según afirmaba, adeudaba a la Virgen, había puesto su brazo, su tiempo y su fortuna al servicio de la magna obra.

No obstante, como este señor residía en Buenos Aires, la dirección técnica de los trabajos le era muy difícil, y ésta la había tenido hasta entonces un platero, conocido popularmente con el nombre de *el platero Juan*, y que, a su oficio, unía la especialidad de *trazar las líneas de las paredes y darles la plomada correspondiente*.

Era en estas condiciones que el licenciado Montalbo continuaba los trabajos. En ellos se invertían todas las sumas que la piedad de los fieles entregaba al Santuario y que el Negrito Manuel, convertido en limosnero de la Virgen, reunía recorriendo las estancias y pidiendo ofrendas de cualquier género para su divina Patrona.

Sin embargo, esto no bastaba; y fué menester que el Licenciado, recordando que era Capellán de Aquella que es Reina de Cielos y Tierra, pidiese a su amigo, el entonces Gobernador Don José de Garro, una ofrenda del fisco con la que pudiese terminar una obra tan del servicio de Dios y de su Purísima Madre, como del bien público.

Así lo hizo éste, antes de entregar el gobierno a su sucesor Don José H. de Herrera, acordándole una valiosa limosna con la que se concluyó el Santuario.

¿Cómo sería este primer Santuario de Nuestra Señora de Luján? ¿Cuáles sus dimensiones, sus formas, su riqueza?

Los documentos de aquella época, que hemos minuciosamente consultado, no nos han proporcionado nada de positivo al respecto.

Pero una particularidad muy digna de notarse en su favor, es que según consta de documentos oficialmente conservados en los archivos del Cabildo de Luján, él fué construído en ladrillos cocidos, bien que con barro, cuando todavía en 1691 "la misma Casa Capitular del Cabildo de la ciudad de Buenos Aires era formada de tapias de tierra de poca consistencia" según se desprende de un acuerdo de ese mismo Cabildo habido en ese año.

El sistema de emplear material de ladrillos en la fábrica de los edificios, no había entrado en uso todavía entre nosotros; sólo empezó por los años de 1665; y el introductor de ellos en esta tierra, lo fué el Gobernador Don José Martínez de Salazar.

"Este Gobernador, leemos en el ya citado documento del Cabildo de Buenos Aires, carga con todo el peso de la dirección de la Iglesia Catedral y junta de materiales, que es de toda dificultad en esta tierra; y hasta que los introdujo y trajo, no se conocían los de cal, ladrillo y teja, a que se ha aplicado".

Debiéronse pues componer esos materiales en este mismo lugar desierto, con el único fin de edificar el proyectado templo, y para el efecto fué necesario establecer un horno formal de ladrillos, el cual sería seguramente el primero existente en toda la extensión de estas campañas.

Si no hubiera perseverado en la opinión del pueblo y afirmádose, cada día más, por nuevos portentos, la fe en el milagroso origen y en la virtud sobrenatural de nuestra santa Imagen ¿es de creer que con tanto entusiasmo, y a costa de tantos sacrificios, se hubiera acometido, en medio del despoblado, obra en aquellos tiempos de tan difícil realización? ¿Habría acudido las gentes como lo dice otro documento a los montes que hay en el Río Paraná, y a las márgenes del Río de las Conchas, a fin de sacar las maderas, leñas,

cañas, pajas y todo lo demás que fructifican los montes; por ser dichos montes realengos, como lo son los pastos y las aguadas, que Dios y el Rey, han cedido a los habitantes de estos Reinos para aprovechamiento del Común?''

Es probable, por lo tanto, que en su forma, este primer Santuario correspondería a las mejores iglesias de ese tiempo, las que, como se sabe y se puede ver todavía en las provincias del litoral y Paraguay, constaban de un gran cuadrilongo de adobes o ladrillos cocidos, recubierto de un gran techo de dos aguas, el cual abarcaba en los cuatro costados unos aleros o galerías, dónde solían resguardarse del sol, de la lluvia, y aún pasar la noche los *novenantes y promeseros* que venían de lejos, para cumplir con sus devociones a la Virgen.

Sea lo que fuere, lo cierto es que el nuevo Santuario se terminó y se inauguró en 1685.

Quieren las crónicas que fuese en ese año, y, probablemente, agrega un historiador, en el 8 de Diciembre, consagrado al culto de la Inmaculada Concepción de María, cuando se hizo ''la nueva traslación de la santa Imagen, desde el tan conocido oratorio de Doña Ana de Mattos al nuevo templo, más capaz y mejor aderezado''.

Los festejos que se hicieron para celebrar el gran acontecimiento recordaron y superaron los de la primera traslación de la Bendita Imagen desde la humilde Ermita de Oramas al opulento oratorio de Doña Ana de Mattos.

El Negrito Manuel había por fin visto colmados los dos más grandes deseos de su corazón: María tenía un templo oficialmente reconocido y consagrado a su Culto, y había en ese templo un verdadero y piadoso Ministro del Señor que pudiera atender a los devotos.

Lleno de años y de méritos, podía el Negrito Manuel, como lo hiciera el anciano Simeón después de haber visto a Jesús, el Deseado de las naciones, cantar apacible y tranquilo su ''*Nunc dimittis servum. Domine*''.

En efecto, hallándose en la última enfermedad, dijo, un día, que su Ama le había revelado que había de morir el viernes, y que el sábado siguiente lo llevaría a la gloria. De hecho su muerte aconteció en el día que había dicho, y se puede creer piadosamente que se verificó por entero su vaticinio, siendo trasladada su alma bendita al Cielo, en aquel mismo día consagrado a la Virgen para poder contemplar allí el divino Original, cuya venerable Efigie tanto había amado y cuidado en la tierra.

Murió en olor de santidad, por cuyo motivo es tradición que su cuerpo fué sepultado detrás del Altar Mayor de aquel Santuario, descansando de este modo a los pies de su amada Imagen de Nuestra Señora de Luján.

La piedad de los fieles no quiso separar de María en muerte a aquel que en vida no había nunca querido separarse de ella.

''¡Beati mórtui qui in Dómino moriuntur!''

El lector nos ha de perdonar que nos hayamos detenido en pintar con singular predilección, el fiel retrato del Negrito Manuel.

No podemos negarlo; a pesar de su nativo color, la figura de este candoroso muchacho nos ha interesado y cautivado sobre toda ponderación.

"Pero hay más: fuera de lo interesante y simpático de la historia del piadoso esclavo de la Virgen de Luján, hemos visto en todo esto unas graves lecciones para ciertos hijos de nuestro siglo, tan dados al orgullo y nécia vanidad.

El mundo juzga, las más de las veces, las cosas tan solamente por la corteza; y en todos tiempos, el pobre negro es generalmente objeto de desprecio, para la mayor parte de los que no quieren reconocer que bajo la oscura capa del africano, puede haber una alma tan blanca como la que más. Pero Dios no se contenta con mirar la corteza, sino que su mirada penetrante escudriña lo más íntimo del corazón: *Homo videt ea quœ parent, Deus autem intuetur cor;* y cuando el corazón que el investiga es puro, el entero ser resplandece a sus ojos; y sólo aquel que fuere puro y blanco de alma, será entre sus manos, digno y eficaz instrumento de obras grandes, útiles y duraderas en este mundo y de eterna recompensa en el otro.

LA UNICA ENVIDIA DEL NEGRITO MANUEL

Esa Lámpara bella, Madre mía,
Que ardiendo noche y día,
Veo en tu camarín.
Envidioso me tiene
Porque siempre encendida se sostiene
Para Tí, solamente para Tí.

Más de una vez la contemplé con celos,
¡Oh Reina de los Cielos!
Y exclamé con pasión:
¡Quién su lámpara fuera,
Y ante su efigie milagrosa ardiera
En puras llamas de filial amor!

S. Fernández.







CAPITULO VII

Fallecimiento de Doña Ana de Mattos y de Don Pedro de Montalbo. — Visita del historiador P. Lozano. — Sucesivos y últimos Capellanes del Santuario en vísperas de ser parroquia.



L Negrito Manuel tuvo un digno y esclarecido sucesor en Don Pedro de Montalbo, quién después de haber tenido la dicha y felicidad de concluir el primer Santuario de la Virgen de Luján, lo inauguró con mucha solemnidad el 8 de Diciembre de 1685, como ya queda dicho. Agradecido cada vez más el nuevo Capellán por el beneficio de su milagrosa curación, y en cumplimiento de la promesa que había hecho, de consagrar su vida a propagar el Culto de Nuestra Señora de Luján, empeñóse en atender espiritualmente y materialmente a los muchos peregrinos que acudían al Santuario, y a celebrar anualmente con gran solemnidad la fiesta de la Inmaculada Concepción, el 8 de Diciembre.

Con esto tomó la devoción a la Virgen de Luján tanto incremento que no sólo los vecinos en Buenos Aires, sino también los de las provincias más remotas, venían, en piadosas romerías a buscar en este santuario, el remedio a sus dolencias.

Por su parte, la virtuosa Doña Ana de Mattos, que ya había entrado en una apacible ancianidad, feliz testigo del aumento, que cada día iba tomando el culto de su amada Imagen, "no contenta con haber donado el terreno para fabricar el mencionado Santuario, a la mayor honra y gloria de Nuestra Señora de Luján, reconociendo que sólo Dios era quien le había dado las conveniencias que tenía y en la campaña tierras en abundancia, deseosa por último de procurar al Capellán los recursos necesarios para solemnizar las fiestas de la Pura y Limpia Concepción, hizo donación a la Virgen de una suerte de estancia en aquella otra banda del Río de Luján, a fin de que aumentase el Culto de la divina Señora, y para que se celebrase anualmente su función con magnificencia".

Esta *suerte de estancia situada* al otro lado del Río, de que habla este documento, sería probablemente aquella que, aún ahora por los antiguos habitantes de este pueblo, sigue conociéndose allí

con el nombre de "Estancia de la Virgen", bien que ya no le pertenezca y esté dividida y subdividida en varias propiedades distintas, desde el Decreto Rivadaviano.

Es voz y fama que ella contenía miles de vacunos, con los que se hacía frente, en efecto, a los gastos de las fiestas de la Virgen que duraban varios días, y que se carneaba generosamente para los *novenantes y premeseros* que llegaban al Santuario de todas partes.

Durante mucho tiempo y aún por los años de 1874, los nuevos dueños de esos terrenos se creían en cierto modo obligados a contribuir a los gastos que se hacían el 8 de Diciembre de cada año, y los Curas del Santuario, pasaban a recoger esos donativos, que se hacían en especie o dinero a gusto de aquellos generosos vecinos.

Después de haber hecho las susodichas donaciones de terreno, es probable que la piadosa Doña Ana de Mattos, no tardó en dar su alma a Dios y su cuerpo a la tierra, según expresión de aquellos tiempos, siendo bendecida y amada de todo el vecindario que veía en ella a una madre y a una santa.

También murió en la paz del Señor el Licenciado Don Pedro de Montalbo, después de haber servido de Capellán perpétuo de la Virgen, durante unos veinte años próximamente, pues llegó, enfermó y sanó en 1682 y murió en 1701.

Había prometido consagrar a María de Luján todos los instantes de su vida, por haber recibido de ella la curación milagrosa de sus dolencias; y así lo hizo sin desmayar un solo instante. Hubiera preferido más bien morir que faltar a su palabra. Como fray Luis de León podía repetir a María aquellos famosos versos:

"Cortar me puede el hado
la tela del vivir sin que me ampare;
más aunque el cielo airado,
María, el dolor doblare;
olvídeme de mí si te olvidare.

"A Tí sola me ofrezco;
a Tí consagro cuanto yo alcanzare;
sin Tí nada merezco,
y mientras yo dudare
olvídeme de mí si te olvidare.

"Nací para ser tuyo
viviré si esta gloria conservare,
la libertad rehuyo,
y mientras yo reinare,
olvídame de mí si te olvidare.

"El alma te presento
y si el furioso mar la contrastare,
diré con sufrimiento,
mientras más la tocare,
olvídeme de mí si te olvidare.

El sólo hecho de que un hombre de la talla del Licenciado Don Pedro de Montalbo, tan serio, formal e instruído, perteneciente a una familia pudiente de la Capital, con vastas relaciones, y con una posición distinguida en el alto clero y en la sociedad, se hubiese

determinado a pasar una vida tan retirada, oscura e incómoda, como la que se llevaba en esta remota campaña, abona muchísimo, tanto en favor de la realidad de su curación, como en pró de la legitimidad del Culto que se tributa a la Virgen de Luján.

La muerte del esclarecido Licenciado no legitima menos estas dos cosas. Es de tradición que en los últimos años de su vida, se le oía decir con frecuencia estas palabras: "Yo no tengo más heredero de mis bienes que a mi Madre"; así solía llamar a la Virgen desde su curación. Y en efecto, conforme reza un documento público del año de 1701, "dispone que del remanente de sus bienes cumplidas las mandas y legados de dicha memoria, sea la única y universal heredera, dicha Santa Imagen de Nuestra Señora de Luján.

La muerte de Montalbo, trajo al Santuario, como Capellán, al doctor Don Bernardino Berdún de Villaysán, quien parece que tuvo mucho interés por hacer progresar todo lo que a su Capellanía se refería.

Merece este sacerdote especial mención, porque desde ese modesto puesto que ocupó en 1701, a la muerte de su antecesor, fué lentamente ascendiendo en jerarquía, hasta que en 1731 el Obispo Fray Juan de Arregui le confirmó en el cargo de Provisor y Vicario General, para morir más tarde en 1752 en esa alta dignidad de la Iglesia.

Este fué el primer Capellán que se hizo cargo de la Capellanía que el Cabildo, en Sede vacante, por muerte del Ilmo. Fray Pedro Fajardo, constituyó con el producto de la venta de los bienes dejados a la Virgen por Don Pedro de Montalbo, así como también de otra Capellanía de 1400 pesos que directamente dejara constituída el difunto sobre una propiedad raíz.

Con posterioridad al Capellán Berdún han desempeñado la Capellanía del Santuario de Luján sacerdotes siempre distinguidos, y que de allí han ascendido a ocupar otros puestos eminentes en diferentes iglesias del país:

Ellos han sido: Fray Pedro Nolasco de Santa María, mercedario que desempeñó el cargo de 1707 a 1708; el presbítero D. Andrés de Aldana y Suárez que desempeñó el puesto desde 1708 a 1714 y murió más tarde en 1719 repentinamente en Buenos Aires; el Maestro Don Ignacio de Ruyloba, próximo pariente de Ruyloba Caldederón, Gobernador del Paraguay, asesinado por los Comuneros de Asunción. Don Ignacio fué dos veces Capellán, la primera desde 1714 a 1717, y la segunda desde 1719 hasta 1722.

Fué durante este segundo período, en que el Maestro Ruyloba actuó de Capellán, que llegó a Luján en 1720 el célebre escritor P. Lozano que estaba viajando para escribir su voluminosa "Historia del Paraguay, Tucumán y Río de la Plata" recorrió todos estos pagos, visitando el afamado Santuario; veneró su Imagen, objeto entonces del Culto entusiasta de todos los habitantes de estas provincias; hizo varias investigaciones en los archivos; interrogó a

personas ancianas y fidedignas, y luego escribió, sobre la Virgen, las siguientes líneas que tanto redundan en favor de cuánto hemos dicho hasta aquí con respecto a la bendita Imagen:

"Luján... memorable... por el Santuario de Nuestra Señora de Luján, que es famosa por las grandes maravillas de María Santísima en todas estas provincias, cuyos moradores, especialmente en Buenos Aires, Santa Fé y Córdoba, le frecuentan con devoción, no siendo menor la de los navegantes que experimentan en sus peligros y borrascas muy presentes el favor de la Reina celestial. implorando el Patrocinio de Nuestra Señora de Luján".

Al poco tiempo de haber lanzado el P. Lozano la aseveración, al parecer extraña, de ser Nuestra Sra. de Luján Patrona de los navegantes; como para confirmarla más y más, fué botado en España en 1730, el célebre barco "Nuestra Señora de Luján", el cual según los registros del Cabildo de Buenos Aires, durante muchos años, cruzó por entonces la inmensidad de los mares, ostentando a las miradas del Viejo y del Nuevo Mundo, esculpida en su proa, la sagrada Efigie y el nombre de nuestra buena Madre, según era costumbre invariable de los Españoles, en aquellos tiempos de fe, en que grababan siempre en la proa de cada uno de sus navíos, la imagen del Santo o de la Santa, a cuyo patrocinio y custodia la habían puesto.

Al Maestro Ruyloba le siguió en la Capellanía del Santuario de Luján el Dr. Don Francisco Javier Rendón desde 1722 hasta 1728, pues aunque mantuvo el título hasta 1730, no la desempeñó él, sino el Dr. D. Diego de Valdivia y Aldete, que la ocupó a causa del ruidoso proceso que a Rendón se le hizo injustamente.

Ese proceso tuvo por origen acusaciones maliciosas sobre pretendidas malversaciones de fondos pertenecientes al Santuario; habiendo sido preso eclesiásticamente en la Catedral de Buenos Aires, de la que se fugó a Corrientes; y habiendo desde allí apelado a la Autoridad Eclesiástica de Charcas, aquella le absolvió viniendo a morir como Canónigo Magistral de la Catedral de Buenos Aires.

Para los objetos de este libro ninguno de estos Capellanes merece otra especial mención, pues nada hicieron de particular que merezca la atención o la crítica del observador.

No queremos sin embargo concluir estas páginas que a ellos se refieren sin hacer una aclaración que puede ser útil para más adelante con el objeto de evitar lamentables confusiones.

Después de haberse erigido el Santuario en parroquia, la historia empieza a hablar tan luego de Cura y tan luego de Capellán; es que el Curato y la Capellanía fueron eventualmente desempeñados por dos personas distintas, corriendo la primera con solo la parte espiritual y la segunda con la material o festival. No falta sin embargo quienes en los tales Capellanes vean unos simples tenientes a las órdenes del Cura párroco, quien les confiaba la parte material de su ministerio pastoral.

Sea lo que fuere, es desde entonces que nace el título de *"Cura y Capellán del Santuario"* que llevaron algunos de los que se hicieron cargo de él; así como otros más tarde, se llamaron "Cura Vicario y Capellán" cuando el Cabildo de Luján, de acuerdo con las autoridades eclesiásticas, había creado, en su jurisdicción los diversos partidos de San Lorenzo de Navarro, del Fortín de Mercedes, del Carmen de Giles y otros según iremos viendo más adelante.

En el decurso de esta historia tendremos ocasión de notar que los más célebres Capellanes han sido el Dr. Don Carlos José Bejarano, Don Gabriel José de Maqueda y Don Felipe José de Maqueda, estos últimos hermanos ambos, y sobrinos del primero.





CAPITULO VIII

Origen maravilloso del pueblo de Luján. — La Bendita Virgen es incontestablemente su Primera y Principal Fundadora. — Documentos oficiales que comprueban esta verdad.



L detenerse milagrosamente María en la campaña de Luján, echaba allí indudablemente las bases del pueblo de ese mismo nombre.

Su Oratorio estando próximo al camino carretero que conducía a los Virreynatos de Chile y del Perú, era natural que los viajeros, al emprender tan largo y peligroso viaje, se detuvieran allí para pedir la protección de María y el auxilio de sus piadosos custodios.

A esta aglomeración de gente transitoria y peregrina debía pronto corresponder naturalmente un cierto número de personas fijas y permanentes para atenderlas. Por otra parte la estabilidad del Capellán Don Pedro de Montalbo aseguraba allí un servicio religioso muy raro y sumamente apreciado, sobre todo en aquellos tiempos.

Desde el principio de haberse radicado allí la bendita Imagen, empezó, pues, a formarse a su rededor el núcleo de una naciente población; razón por la cual vióse inducida Doña Ana de Mattos a hacer donaciones de terrenos cada vez mayores "a Dios y a su Santísima Madre", según rezan documentos de aquel tiempo; pues no dejaba de comprender aquella virtuosa señora lo que ella misma dice en un escrito de aquella época, a saber:

"Que esto siendo frontera, quedaban por venir los indios, y que se nos podría quedar la Capilla sin gente; para lo que era menester que la Capilla se hiciese estable desde sus fundamentos; y el primer fundamento es el sitio que es preciso sea propio de la Capilla, y allí cerca puedan los vecinos hacer sus casas en forma de pueblo, como en cosa propia de la Capilla; y allí fortalecerse para el abrigo de los alborotos de los enemigos, y se vaya haciendo pueblecito en forma, lo que nunca se hará en tierra ajena, en la que nadie quiere fundamentarse y con razón."

Gracias a las generosas donaciones de Doña Ana de Mattos, el pago del Río de Luján, lugar antes desierto y despoblado, comenzó a tener sus primeras habitantes. Pero éstos aumentaron mucho más con la construcción del Templo de Don Pedro de Montalbo.

Con toda probabilidad podemos discurrir, que asistiendo en este paraje, varios oficiales en todo género de artes para atender en la obra, muchos de ellos, a fin de vivir con alguna comodidad, hubieron de conducir aquí sus familias, por lo cual comenzarían a fabricar, al lado de la Iglesia en construcción, algunas chozas aunque toscas y desaliñadas.

A estos oficiales de la obra vinieron muy pronto a añadirse los devotos de la Virgen; porque con la noticia de estarse edificando un Santuario de importancia en este lugar, y no cesando la Celestial María de favorecer a sus devotos con milagros y prodigios, no podía menos de ir en aumento el número de fieles, viniendo ellos a menudo de la Ciudad de Buenos Aires y de los demás pagos de las Provincias.

Estos devotos empezaron, pues, a edificar con mayor orden y simetría algunas casas, formando de esta suerte una pequeña aldea a la que la voz pública denominó desde entonces: "El Pueblo de Nuestra Señora de Luján".

No tardaron, empero, de mezclarse con la devoción de unos, el deseo de lucrar y comerciar de otros: comenzaron a concurrir a este pago, hoteleros, mercaderes y negociantes empeñados en expender a la muchedumbre de propios y extraños, todo género de bastimentos necesarios para el mantenimiento de la vida humana.

Y por fin, formada ya regularmente la nueva población, vinieron asimismo a aumentar el número de sus moradores, aquellos individuos que, sin objeto muy determinado, obedeciendo simplemente al instinto de la sociabilidad, quieren "vivir bajo cruz y campana", según antigua expresión, y eligen para establecerse aquellos parajes que le parecen más gratos, aquellos pueblos que parecen más ordenados; porque donde florece la religión, suele haber trabajo, orden, paz y adelanto.

Así principió el Pueblo de Luján, sin intervención de poder humano alguno y de una simple semilla que dejara caer de su pico la Blanca Paloma, para luego convertirse en un gran árbol en cuyas ramas vinieron a posarse las innumerables aves del cielo, o sea los devotos de María.

Si más tarde los hombres tomaron alguna parte en ello, sólo fué para reconocer oficialmente y consagrar un *hecho ya consumado*, independiente de su intervención.

En plena consonancia con estas ideas, veremos que cuando el Gobernador Andonaegui, en 12 de Octubre de 1755, eleve el pueblo de Luján a la categoría de Villa, lo que implicará Cabildo propio e independiente del de Buenos Aires, en el Auto de erección dirá que: "En nombre de su Majestad (que Dios guarde) la titula con el nombre de Villa de Nuestra Señora de Luján "*por ser esta Milagrosa Señora su primera fundadora y el atractivo de la cristiana común devoción.*"

A su turno Fernando VI, al confirmar la erección de esta Villa, por Cédula Real de 30 de Mayo de 1759, dirá lo mismo y por la misma razón.

Por eso también los Cabildantes de Luján jurarán por Patrona y Protectora de su pueblo y territorio a la misma Virgencita de este nombre y la pondrán en su Escudo de Armas.

Ellos proclamarán y tendrán siempre como el mayor timbre de su gloria el maravilloso origen de este pueblo: "siendo esta Villa de Ntra. Sra. de Luján, dirán, en su acuerdo de 19 de Julio de 1765, la primera que en esta provincia se ha fundado en adelantamiento de los dominios de Su Majestad, a costa y mención de los mismos vecinos, que por guarecerse de los enemigos infieles que frecuentemente invadían, se habían congregado al amparo de esta Soberana Reina", etc., etc.

De Luján puede decirse en verdad, lo que la imaginación delirante de los paganos, decía de sus grandes ciudades, a saber, "que venían de los dioses".

Luján no es la obra de los hombres, sino de la Madre de Dios: "María es su primera y principal Fundadora".

En los archivos administrativos de las autoridades que han gobernado en España y en América la comarca donde hoy se levanta el Santuario de Luján, no existe documento alguno fehaciente que la fundación de un pueblo en ese punto fuese pensamiento concebido u ordenado por alguna autoridad política o administrativa.

Ni era posible que tal pensamiento se acariciara, dadas las condiciones de población de estas dilatadas campañas. Entre la ciudad de Buenos Aires y el Río a que dió nombre el Capitán Luján, pereciendo ahogado en él al perseguir a los salvajes que ocupaban esas tierras, media una distancia de doce leguas. Toda esa vasta zona era casi desierta, y los indios asolaban las campañas como soberanos dominadores de la planicie.

En tales circunstancias, ningún gobernante podía pensar en la conveniencia de fundar, en medio del desierto, una población indefensa y sin objeto político ni administrativo, sobre todo en aquellos tiempos coloniales en que todo se hacía en fuerza de un decreto Real de España después de prolijas informaciones.

A los primeros pobladores de Luján, atraídos a aquellas solitarias heredades por el solo imán de su amor, devoción y gratitud a la milagrosa Virgen, nos parece oirles repetir, aplicándolos al Santuario de Luján los abrasados suspiros del Rey Profeta por su templo de Jerusalén:

"Oh! cuan amables son tus moradas Señora de las misericor-
"dias!

"Nuestra alma suspira y padece deliquios, ansiando estar en los
"atrios de María.

"El pajarillo halló un hueco donde guarecerse y la tórtola pa-
"ra poner sus polluelos.

"Para nosotros tus altares, oh María Reina y Madre nuestra, " Virgen pura de Luján.

"Bienaventurados, Señora, los que moran en tu casa, los que se "ponen bajo tu amparo.

"Más vale un solo día en los atrios de tu Santuario, oh María, que millares fuera de ellos!

"Hemos escogido vivir pobres y desconocidos en el pueblo de "María, antes que habitar ricos en los tabernáculos de los impíos."

Tales serían indudablemente los sentimientos que experimentarían nuestros padres, cuando vinieron a establecer sus hogares a la sombra del primer Santuario de nuestra bendita Taumaturga.

Hemos visto el maravilloso origen de la Imagen bendita de Luján, de su Santuario y de su pueblo; asistiremos luego al asombroso desarrollo respectivo de los mismos.

LA PRIMERA FUNDADORA DE LUJAN

Nuestra Virgen de Luján,
Doquiera extiende su fama,
Y cada pueblo la aclama
Y todos cultos le dan.

En tanto que el Paraguay
La nombra su dulce Egida,
Como Patrona querida
La venera el Uruguay.

Mientras la noble Nación
Que atesora su hermosura
Su nombre ensalza, y le jura
Filial y eterna afección.

De ésta en el seno eligió
Un sitio desconocido,
Que *Ella sola* ha enaltecido
Y en él, *su Villa fundó.*

Desde ahí, del gran Jehová
La que es Madre, Hija y Esposa,
Siglos ha que generosa
El bien derramando está.

¡Oh como atraen la cruz
Y el vetusto campanario
De este querido Santuario
De la Madre de Jesús!

Así cual vemos brillar
La blanca luna en el cielo,
Su Imagen toda consuelo
Vemos lucir en su altar.

En él, se palpa, se ve
Su grandeza prepotente;
En él la impiedad se siente
Aplastada por la fe.

S. Fernández.



SEGUNDA PARTE

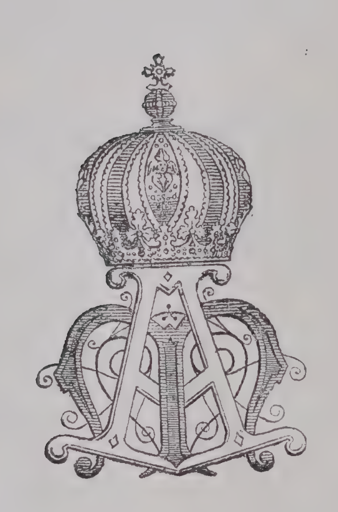
LA VIRGEN DE LUJAN DURANTE LA EPOCA COLONIAL

1730 - 1806

"Gloria filiorum patres eorum".

La gloria de los hijos son sus padres.

(PROV XVII. 6)





CAPITULO I

Erección del Curato de Nuestra Señora de Luján. — El piadoso Capellán José de Andújar es nombrado su primer Cura en propiedad por oposición.



EN aquel tiempo, no había en todo el territorio de la actual Provincia de Buenos Aires otro Curato de Españoles, sino el de la Catedral. Era si se quiere, el Santuario de Luján, como una Ayuda de Parroquia de dicho Curato, pero dependiente de él; tanto es así, que en el primer libro de Bautismos del Santuario, que empieza el 15 de Marzo de 1731, se dice que las partidas anteriores a esa fecha deben buscarse en la parroquia de la Catedral al Norte (La Merced).

Desde el año de 1720, no dejaba de preocupar seriamente un tal estado de cosas, y eran patentes a los ojos de todos, los inconvenientes que necesariamente había de acarrear a los párrocos una jurisdicción tan inmensamente dilatada. Y todo ello no obstante, habiendo maduramente meditado en el asunto, el Ilmo. Obispo Fray Pedro de Fajardo, no se determinaba a proceder todavía a la erección de parroquias rurales. Y, a fe! que si tal proyecto ofrecía grandes ventajas, no dejaba, según el sabio y prudente Obispo, de tropezar con no pequeños inconvenientes, que le inclinaban a dejar las cosas en el *statu quo*. Era, en efecto, tan sumamente reducido el número de vecinos de esta Provincia en aquella época, que daba lugar al Prelado para dudar de sí, una vez promulgado el Auto de erección de las nuevas Parroquias, alcanzarían los Curas encargados de ellas a tener la suficiente congrua para su mantenimiento y para vivir con el decoro debido a su estado.

Por lo demás, no estaban tan desatendidos los moradores del campo, como se podría creer. En aquellos tiempos de fe ardiente y sincera piedad, los hombres pudientes y de categoría, tenían cuidado de erigir en sus estancias, Oratorios y Capillas para el servicio público de sus faeneros, y llamaban periódicamente algún sacerdote del clero secular o regular que las atendiera, o también tenían sacerdote propio, que se quedaba de fijo en ellas.

Así, para limitarnos al sólo y extenso partido de Luján, diremos que sobre la Cañada de la Cruz, inmediato al de Areco, un acaudalado vecino de Buenos Aires, D. Esteban Lómez "tenía una Capilla de San Luis de Gonzaga, donde asistía como Capellán el Pbro. Miguel Lómez, el propio hijo de D. Esteban. En Luján abajo, había otra, erigida por el Capitán D. Mayoriano Casco, bajo la advocación de Ntra. Sra. del Rosario, donde residía el Capellán D. Sebastián Cordovez.

La más famosa de estas Capillas, era la de San Antonio de Areco, fundada y ricamente dotada por el General D. José Ruiz de Orellano, de la que los vecinos decían al Obispo en 1729: "Tenemos una Capilla en este mismo Río, con el aseo de dos altares y ornamentos necesarios y un Capellán costeado por el propio señor, donde concurren todos los vecinos a oir misa los días festivos, y a la Comunión anual; en que tenemos el alimento y consuelo espiritual en nuestras enfermedades, con la puntualidad que experimentamos en dicho Capellán". Lo fué en un principio el Pbro. D. Cristóbal de Giles, hermano político del General, quien se había casado en primeras nupcias con Doña Rosa de Giles, y después se había consagrado al servicio de Dios.

Sin embargo, y a pesar de todo lo que acabamos de decir, el servicio religioso era por lo general bastante deficiente; pues si eran muchas las Capillas, no eran tantos los Capellanes que pudieran o quisieran aceptar semejantes puestos; y por el hecho mismo de ser meros Capellanes, no se tenían por obligados a la residencia que es deber de los párrocos; de allí nacían los clamores de no pocos vecinos de la campaña, que pedían con instancia se les diera Curas párrocos en propiedad.

El piadoso Gobernador de esta Provincia, que lo era desde 1717, D. Bruno Mauricio Zabala, se hizo el eco de estos clamores; y con fecha 15 de Abril de 1730, se dirigió al Venerable Cabildo, Gobernador del Obispado, sede vacante por la muerte del Ilmo. Fray Pedro Fajardo, solicitando la creación de un cierto número de Curatos en la campaña.

El Cabildo Civil de la Ciudad "con la más viva y eficaz representación unió su ruego al de los habitantes de esta jurisdicción, cuya longitud es de más de sesenta leguas".

Movido por tan poderosas instancias, y después de corridos los trámites que se estilan en semejantes asuntos, el Cabildo Eclesiástico de Buenos Aires, Gobernador del Obispado:

"Congregado en el Aula Capitular de sus Acuerdos, para tratar y conferir las cosas, tocantes al servicio de Dios Nuestro

Señor, mayor lustre de esta Santa Iglesia y bien y utilidad espiritual de los habitadores de esta Diócesis, decretó en 25 de Octubre de 1730, la erección de seis Parroquias rurales, las primeras que en realidad se hayan formado en estas campañas, y que fueron: San Antonio de Areco, Monte Grande y Costa, Matanza y las Conchas, Santiago del Baradero y Arrecifes, Santa Cruz de los Quilmes y Magdalena, teniendo estos dos últimos por anejos los Curatos de Naturales, y por fin, el Pago de Luján, con todo el territorio que comprehende de una y otra banda del Río, así mismo con parte del Pago del Río de las Conchas que comprehende toda la otra banda de él hasta el dicho de Luján. Y los feligreses que el referido Pago comprehende con la parte del mencionado Pago de las Conchas, constan de la razón firmada por el Dr. D. Francisco Xaxier Rendon; y se le asigna a este Curato por Parroquia propia, la Capilla nombrada de Nuestra Señora de Luján, con declaración de que las Capellanías que obtiene, no están aligadas a dichos Curatos.''

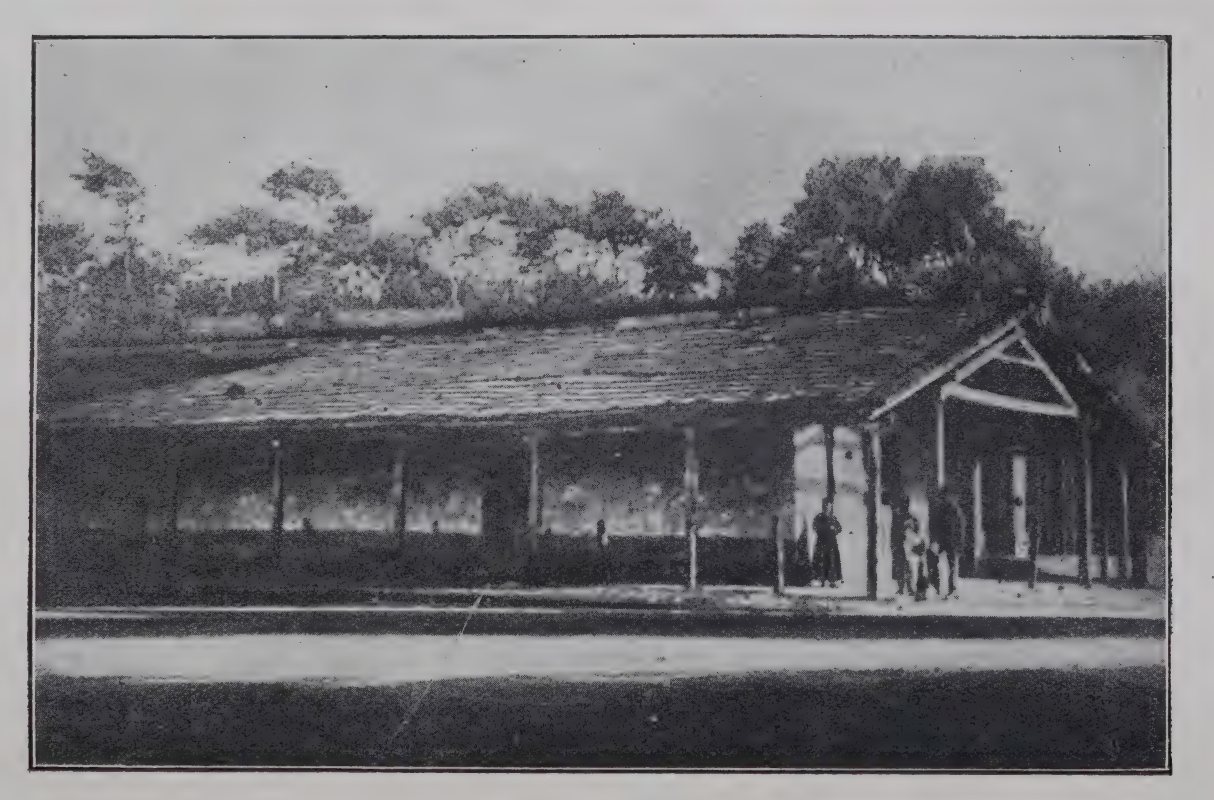
Tal es la historia de la erección del célebre ''Curato de Nuestra Señora de Luján'', que conforme entonces aparece en los grandes concursos de oposición a los diferentes Curatos de la Diócesis, parece haber sido el más importante de todos los Curatos de esta Provincia durante todo el curso del siglo antepasado, prescindiendo del Curato de la Catedral de Buenos Aires.

En 1730, desempeñaba ya desde algún tiempo el empleo de Capellán de Nuestra Señora de Luján, el Dr. D. José de Andújar. Era este celoso Capellán hijo del Capitán D. Francisco del Rincón y Andújar, hombre de mucha distinción, que había ocupado varios oficios públicos con general aplauso.

Cuando en Octubre del mismo año, el Cabildo Eclesiástico, en Sede Vacante, decretó la erección de los Curatos de campaña, citando a concurso a los clérigos de la Diócesis, el Dr. D. José de Andújar, se presentó a los primeros, y aunque los más de los clérigos domiciliarios del Obispado, se presentaran también, lo ganó incontestablemente y con mucho aplauso nuestro Capellán, quien a los pocos días, el propio Cabildo ''confiando en la conciencia, letras y experiencia del mencionado D. José de Andújar'' le despachaba el título de Vicario Foráneo para toda la extensa jurisdicción del Río de Luján.

Era el Dr. Andújar tierno y amante devoto de María de Luján, celosísimo por el decoro de su Santuario. Desde los primeros días de su ingreso en el oficio de Capellán de la Virgen había presenciado la fe ardiente de los numerosos devotos de la Santa Imagen, que de todas partes acudían a este bendito Santuario, como a la fuente de todas las gracias: por lo que, desde el momento en que fué nombrado Cura de la parroquia redobló su celo y fervor siendo dechado y modelo para sus Tenientes o Capellanes, que lo fueron el presbítero D. Fernández Ruiz Corredor, Fray José Ignacio, franciscano y el Maestro D. Isidro de Illesca.

Le veremos pronto emprender la reconstrucción del Santuario de Luján con una buena voluntad digna de mejor suerte.



Semblanza del primitivo Santuario y salón donde quedó veinte y tres años. — 1740



CAPITULO II

El Ilmo. Obispo Fray Juan de Arregui y el Cura D. José de Andújar intentan levantar un nuevo Sántuario de más amplias proporciones. — Lastimoso resultado de sus laudables esfuerzos.

TREINTA años después de muerto el Licenciado D. Pedro de Montalbo, esto es en 1730, ya el Santuario edificado por él, no era capaz de recibir tantos concurrentes como venían a visitar a la Virgen.

Por otra parte, el peso de más de cincuenta años pasados sobre el edificio desde el principio de su interrumpida construcción, añadido al hecho de que fuera formado con ladrillos y barro, había un tanto comprometido su solidez; y de consiguiente él era una amenaza contínua contra la seguridad personal de los peregrinos.

El cura Andújar profundamente impresionado por el estado ruinoso de la Casa de Dios donde, a la vez que el Santísimo Sacramento se veneraba la Bendita Imagen de Nuestra Señora, se propuso renovarla cuanto antes. Con este objeto no cesaba de exponer a la Sede Vacante la insuficiencia del recinto y su estado ruinoso para que buscara medios de remediar estos males.

Mientras que él, por este lado y otros, se preocupaba santamente de procurarse elementos con que realizar su obra, aconteció que llegó a este lugar el Ilmo. Fray Juan de Arregui, que acababa de ser nombrado Obispo de Buenos Aires, en reemplazo del Ilmo. Fray Pedro Fajardo, pasado a mejor vida.

Este nuevo e ilustre Prelado, natural de Buenos Aires, descendiente de familia noble y de abolengo en el país, hermano de otro Obispo del mismo apellido y antecesor del Obispo Fajardo, pero trasladado para el Obispado de Cuzco, al enterarse de los proyectos de construcción del nuevo Santuario, abrazó la idea acaso con un entusiasmo excesivo, tomando por modelo del nuevo Santuario la Iglesia de San Francisco de Buenos Aires, de la que él había sido anteriormente guardián.

Del estudio de los documentos de aquella época parece poder deducirse, tanto por las frecuentes visitas que hacía al Santuario.

como por sus largas permanencias en él, que se había constituído él mismo en sobrestante de la obra.

A principios de Marzo de 1772, le vemos marchar a la ciudad de Córdoba para su Consagración; pero regresa a los dos meses sin conseguirla y sin saberse por qué motivo.

Regresa de nuevo a su querido Santuario de Ntra. Sra. de Luján, dónde se aplica con todo ahinco al fomento del nuevo templo. Al cabo de otros tres meses empero, se marcha nuevamente D. Juan de Arregui, con el objeto de proveer a su canónica consagración; más es hacia el Paraguay que dirige esta vez sus pasos.

Esta segunda ausencia había de resultar en todo funesta, particularmente para el adelanto del nuevo Templo de la Vírgen de Luján, por lo mucho que había de durar. Era en efecto el Obispo Arregui, como el alma de la empresa, y él solo conocía qué palanca había de moverse para atraer los recursos correspondientes a la magnitud del proyecto.

Es el caso que cuando llegó nuestro Obispo a la Asunción, halló a esta ciudad en la más completa anarquía política. El autor y caudillo principal de la facción de los Comuneros, Dn. José de Antequera, acaba de expiar en Lima, con la pena de muerte, el delito de rebelión y de sedición que perpetrara, al plantar en el Paraguay, el odioso régimen de la Comuna.

Pero la noticia de la ejecución de Antequera, lejos de atemorizar y apaciguar el espíritu de los facciosos, enconó por el contrario más y más las pasiones de los individuos que componían la Junta de la Comuna; porque comprendían claramente que la suerte de Antequera, era la que a ellos les estaba reservada, siempre que llegasen a caer en manos del inflexible Virrey Marqués de Castel-Fuerte; por cuyo motivo no admitían se les hablara de rendición.

No ignoraban los Comuneros el temple bondadoso y condescendiente del anciano Obispo del Río de la Plata, tan opuesto al severo y rígido Obispo del Paraguay D. Fray José de Palos, y pusieron sus ojos en él, para hacerle desempeñar el oficio de escudo ante las autoridades, tan luego hubo arribado a aquella ciudad.

¿Hasta qué punto condescendiera con ellos el Ilmo. Arregui? no es el caso de averiguarlo, bástanos saber que perdió allá un tiempo precioso y larguísimo, llegando hasta proponer al Prelado del Paraguay, la permuta de entrambos Obispados.

A la extraña propuesta del obispo Arregui, opuso al obispo Palos una terminante negativa, aprovechando a la vez esta oportunidad para descubrirle el camino errado que seguía al prestarse a las sediciosas maquinaciones de los comuneros, y amenazándole con negarle la Consagración episcopal, si no interponía todo su valimiento para encarrilar a los facciosos en el camino del deber y del orden.

De vuelta, en medio de su legítimo rebaño, los papeles de la época nos lo muestran reanudando la obra del Santuario de Luján, que por su funesta ausencia había permanecido durante más de dos años fatalmente paralizada. Los mismos documentos nos autorizan

a conjeturar que su tiempo lo dividía igualmente, parte en su Ciudad Episcopal, y parte en este Santuario de Luján, dónde contaba siempre con la ayuda del celoso cura Dr. José de Andújar y el Maestro Illesca, capellán, hasta que en Diciembre de 1736, pasó a mejor vida a la edad de 84 años, sin que le fuera concedido ver terminada la obra de su predilección, el Santuario de Ntra. Sra. de Luján, como le sucediera a Moisés a la vista de la tierra de promisión.

¿Qué fué de esa obra que había costado tantos afanes y sufrido tantas interrupciones en su construcción?

Fallecido el obispo Arregui y transcurrido un cierto tiempo de duelo prudencial, el Cabildo Eclesiástico de Buenos Aires se consideró heredero del compromiso moral contraído por el Ilustre Pastor para con su Patrona y con su grey, de dedicarse a construir el nuevo templo, que a la vez reclamaban el culto siempre creciente de la sagrado Imagen y el cuantioso aumento de peregrinos.

Con este propósito vinieron de Buenos Aires dos sacerdotes jesuitas, arquitecto el uno especialmente, y conocido con el nombre de Primoli Queries. De primera vista reconocieron la inutilidad de la construcción practicada hasta entonces, pues, por las muchas interrupciones y cambios de mano, así como por la falta del techo, las paredes estaban enteramente vencidas y fuera de plomada.

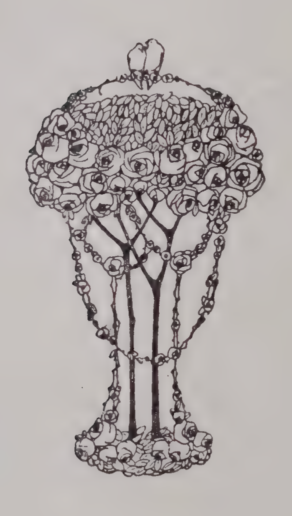
Después de discutir, de dudar y finalmente de transigir por cuanto la planta era de magníficas proporciones y disposiciones, se decidió abandonar la obra empezada por el Obispo y proceder a la simple construcción de un vasto salón de 50 varas de largo, adonde trasladar la sagrada Imagen hasta mejor oportunidad.

En todo el tiempo que duró la Sede Vacante, y en los primeros años del gobierno del Obispo Fray José de Peralta Barrionuevo y Rocha Benavides, se procedió a fabricar la porción de ladrillos correspondiente a la altura que dicha Iglesia provisoria y sus dependencias debían tener, para que la obra fuese conforme en un todo al dictámen de los mencionados peritos.

En Septiembre de 1738, el Dr. D. José de Andújar había ascendido al Curato de la Catedral de Buenos Aires, dejando el cargo de Ntra. Sra. de Luján al licenciado D. Miguel González de Leyva, miembro de una de las familias más respetables de esta provincia, la cual ha de dar constantemente hasta después de la Independencia, hombres notables a todas las carreras sociales.

Al tomar posesión de su empleo de párroco interino, el capellán D. Miguel Leyva advirtió que, por la suspensión de los trabajos, iba el estado de la antigua Capilla, encerrada en la fábrica del gran Templo, haciéndose cada vez más ruinosa, y recabó autorización suficiente para tejar, acomodar y aderezar en la mejor forma que se podía el mencionado salón con objeto de trasladar a él la sagrada Imagen.

Según todas las probabilidades, quedaría concluido este trabajo para el día siete de Diciembre de ese mismo año de 1740, víspera de la festividad de la Pura y Limpia Titular de la Santa Imagen de Luján. En ese mismo día 7 de Diciembre, se sacaría dicha imagen del nicho en que había sido colocada cincuenta y cinco años antes, por manos del primer capellán D. Pedro de Montalbo, y trasladaríase con el Santísimo Sacramento, con toda pompa y devoción a un nicho provisorio, acondicionado al efecto, en el mojinete del salón, el cual servirá de Santuario durante unos veinte y tres años próximamente.





CAPITULO III

Milagrosa curación de Dn. Juan de Lezica y Torreguri. — Levanta con el Obispo Marcellano y Agramont el segundo santuario oficial de la Vírgen de Luján.



ON el malogrado ensayo del Obispo Arregui no había adelantado la condición material del Santuario: al contrario, había empeorado; y sin embargo las exigencias del Culto y los anhelos de los peregrinos iban siempre en aumento, como es fácil de suponer.

Al cura interino Don Miguel de Leyva había sucedido el Dr. D. Francisco Javier Navarro, quién ocupó el puesto desde 1739 hasta 1772.

Entonces fué cuando en Junio de 1741, llegó al Santuario Fray José de Peralta, que Electo Obispo de Buenos Aires, había atravesado la cordillera desde Chile, y como anteriormente el Obispo Arregui, iba a tomar posesión del gobierno de la diócesis.

Se detuvo algún tiempo en estos lugares; estudió cuidadosamente las necesidades del templo; consultó peritos; y encontrando divididas las opiniones nada resolvió hasta 1755, en que habiendo sido nombrado Capellán del Santuario el Pbro. Dr. D. José de Bejarano, joven inteligente y emprendedor, se decidió la construcción inmediata de un nuevo templo.

El obispo Peralta había fallecido en 1746, habiendo sido ascendido a Trujillo; pero su sucesor Dr. D. Cayetano de Marcellano y Agramont, resolvió que una parte de las haciendas de la Vírgen se destinase al pago de las maderas de construcción, que eran necesarias para el templo, con el propósito de procurar se utilizasen algunas de las obras ya realizadas.

Así, en preliminares, en discusiones y en acopio lento de materiales, pasaron algunos años quedando frustrados los vivísimos deseos del capellán Bejarano y la voluntad del Obispo Marcellano y Agramont.

Como, en todo lo que se refiere a Nuestra Señora de Luján, se ha mezclado siempre lo providencial y lo maravilloso, en estas circunstancias, no faltó tampoco la manifestación de la voluntad Divina, en los acontecimientos que iban a producirse.

Cuando las tribulaciones y las dificultades habían apagado todos los entusiasmos, dejando en las almas sólo la esperanza como refugio supremo, llegó de tránsito al Santuario, un varón justo y piadoso, a quién el Señor había divinamente preparado para semejante destino, por una serie de prodigios que recibiera de Nuestra Señora de Luján, soberana Señora que conquistó desde luego todos los afectos de su noble corazón.

Era éste Dn. Juan de Lezica y Torrezuri, a quién con justicia debe considerarse, no sólo como el fundador del segundo santuario de Nuestra Señora de Luján, sino también como el más poderoso auxiliar que tuvo la milagrosa Vírgen en el engrandecimiento de la villa que lleva su nombre.

Don Juan de Lezica era una verdadera personalidad de aquellos tiempos. Desde 1750, en que ejerció el cargo de Regidor del Cabildo de Buenos Aires, hasta 1776 en que desempeñó las funciones de Juez Comisario de la Real Audiencia, el señor Lezica, había ejercido multitud de empleos de dignidad, de responsabilidad y de confianza. Era Vizcaíno de orígen; católico de convicciones profundas y tradicionales; descendiente de padres ilustres y piadosos; estaba poseído de aquel espíritu aventurero de la época, que hacía de un mismo hombre un soldado y un apóstol, un potentado y un mercader, un hidalgo y un mercenario.

Muchas habían sido sus correrías habiendo atravesado casi por completo toda la América desde el Ecuador hasta Buenos Aires, negociando siempre y aumentando, con el éxito prodigioso de su comercio, su cuantiosa fortuna.

Refieren las crónicas que después de haber sido tan feliz en sus negocios y expediciones, D. Juan de Lezica fijó su residencia en Bolivia (La Paz) y después pasó a Buenos Aires, no tanto por voluntad propia, como obligado por una enfermedad que le acometió.

Después de sufrir once meses, y cuando la ciencia desesperó de curarle, se acordó de los prodigios atribuídos a la Vírgen de Luján; y llegó a este Santuario, traído materialmente en un carretón, pero espiritualmente llevado al pié del altar de la Vírgen en alas de su profunda esperanza.

Esto acontecía en 1737, un año después que Lezica había contraído matrimonio en La Paz, con Doña Elena de Alquiza, cuyo nombre figura por su piedad, como auxiliar de su marido en la consagración a María de Luján.

Cuando Lezica arribó al Santuario, su estado de salud inspiraba muy serios temores. El, sin embargo, tenía fé y esperanza, y estas dos grandes alas del alma, influyeron decididamente sobre su cuerpo para levantarlo de su postración. Comenzó a rezar el novenario que ofreciera a María de Luján desde Buenos Aires, uniendo a esta medicación espiritual la absorción del agua de un manantial que había inmediato al Santuario, donde los enfermos del estómago decían encontrar alivio por la composición del agua que manaba, y

que unida al aceite de la lámpara de la Vírgen, formaba un remedio saludable.

Cualesquiera que sean las causas a que el hecho se atribuya, lo cierto es que Dn. Juan de Lezica se restableció de su dolencia, y su agradecimiento a la divina Señora fué tan profundo y sincero, que tuvo allí inaudita ostentación.

Curado ya, Lezica volvió a sus negocios, y su figura se pierde de vista hasta después de once años, en que, de nuevo, por la vieja dolencia, torna a buscar otra vez el remedio en el Santuario.

Restablecido nuevamente en su salud, se persuade de que tiene una misión celeste que llenar, y él, que había levantado a María una capilla en la hacienda de Yungas, en Bolivia, perteneciente a su esposa, se propone reemplazar en Luján el templo destruido, por otro más digno de la Augusta Señora a quien ya tenía dedicado un altar en su corazón.

El buen capellán que entonces desesperaba, encontró en la providencial llegada de Lezica, y en su decisión de consagrarse al servicio de la Vírgen, el auxiliar poderoso que necesitaba.

A noticia del obispo llegaron pronto los antecedentes personales y habilidosos de Dn. Juan de Lezica y Torrezuri, así como de su piadosa intención con respecto al templo de la Vírgen de Luján.

Inmediatamente hízole llamar el obispo Marcellano, y creyendo hacer acto honroso a la Virgen y beneficioso a la Iglesia, dictó Auto, por el que nombraba a Don Juan de Lezica y Torrezuri, Director, Administrador de la obra del nuevo templo, con el título, los honores y preeminencias que las Bulas pontificias y las leyes españolas le acordaban como ''Fundador, bienhechor y Síndico del Santuario de Nuestra Señora de Luján''.

El honrado vizcaíno tomó con empeño su encargo. Asesorado por dos arquitectos, Dn. Antonio Macellá y Dn. Joaquín Marini, combinó con ellos el templo al que todavía siglo y medio más tarde, llegaban los peregrinos a implorar a María de Luján, y traerle las ofrendas de su devoción y agradecimiento.

No era fácil, por aquellos tiempos, resolver los problemas complejos que obstaculizaban la obra del Santuario.

El piadoso Dn. Bruno de Zabala había muerto y le reemplazaba en el gobierno de la provincia Dn. Miguel de Salcedo, quién llamado a delinear la Villa y concluir con el capricho o la emergencia de construir cada cual su morada alrededor del Santuario según su gusto y paladar, procedió a su cometido conformándose estrictamente a lo que mandaban al respecto las leyes de Indias, sin hacer mayor caso del Santuario, cuyos antecedentes no conocería todavía, y que estaba por lo demás bastante pobremente representado entonces por el simple salón provisorio.

En consecuencia, el gobernador Miguel de Salcedo había dado a cada cuadra ciento cincuenta varas y cada cuadra había sido dividida en suertes de treinta y cinco varas de frente por setenta y cinco de fondo; prohibiéndose que una sola persona, sea ella física o moral, pueda obtener más de una suerte, para evitar, dicen

los documentos pertinentes, que todo el terreno, o lo más de él viniese a parar en manos de un mismo propietario, lo que constituiría una grave rémora para la población y el progreso del lugar.

Cuando después sobrevino Dn. Juan de Lezica para llenar su cometido, se encontró frente a frente con esta situación, y como el lugar del primitivo Santuario estuviese ocupado por el gran salón provisorio y los escombros de la malograda iglesia del Obispo Arregui, Lezica comprendió que era menester buscar otro sitio apropiado para el nuevo templo.

Pero esto no era fácil; pues por un lado existía la prohibición legal de que un solo propietario, aunque fuese entidad moral, pudiese poseer más de una suerte de terreno en poblado; y por otro, se mandaba que en campaña toda iglesia parroquial se levantase en las plazas. Además de esto, sucedía que Doña Ana de Mattos, aleccionada sin duda por lo que había sucedido en la estancia de Oramas, y queriendo asegurar a la bendita imagen, cuyos derechos ella había comprado, una morada propia, fija y segura, al donar el terreno para la nueva capilla en 1677, había declarado terminantemente que hacía esa "donación con calidad y condición de que la Santa Imagen no pudiese llevarse en cualquier otro lugar que la cuadra que se extendía en contorno de la indicada capilla, so pena de nulidad de la donación y que todo volviese a los herederos, los que tendrían cuidado de recoger a sí mismo la Santa Imagen en el caso de la supuesta remoción".

Estrechado por todas estas disposiciones legales, el benemérito Dn. Juan de Lezica, empezó por recurrir al Prelado Diocesano, como juez de donaciones, testamentos y legados píos con arreglo a las leyes de esa época; y aquel ilustre Pastor con Auto especial, visto el caso, autorizó la adquisición del nuevo local para el templo y también la enajenación del antíguo.

Restábale ahora a Dn. Juan de Lezica procurarse una suerte de terreno que estuviese sobre la plaza. Para ello resolvió pedir en propiedad para el nuevo templo, el segundo solar de la acera sur de la plaza del pueblo; solar que como todos, estaba compuesta de sólo treinta y cinco varas de frente por setenta y cinco de fondo; solicitando a su turno el capellán en propiedad para su habitación el sitio adjunto, y construir su casa en el fondo del mismo, junto a la sacristía con el buen fin de dar mayor desahogo a ese costado del santuario; solicitándose asi mismo con el mismo objeto la esquina este para cementerio y la oeste para la Hospedería fundada por el Negrito Manuel, y dejada a cargo de los sucesivos sacristanes.

Indudablemente que lo propio harían personas adictas al santuario, con respecto a los sitios colocados a espaldas de estos cuatro, pero nunca fueron edificados, por cuanto la gente prefería estar con frente a la plaza o a lo largo de la Calle Real, hoy día San Martín, que era la continuación del camino carretero de aquel mismo nombre, que conducía a las provincias del interior.

Lo cierto se que más tarde cuando hubieron caducado las leyes de Indias, el santuario estuvo en posesión de toda la manzana, donde se ubicaban las carretas de los *novenantes* y *promeseros*.

Mientras tanto, la estricta aplicación de las leyes de Indias desde el principio, por el gobernador Miguel de Salcedo, nos explica un hecho que ha llamado siempre la atención a todo peregrino o visitante del Santuario.

¿Por qué, se preguntaban, el edificio destinado a servir de morada a una Imagen tan milagrosa, no ocupa el centro de la cuadra en que está edificado?

Esos tales, hubieran podido hacerse la misma pregunta con respecto al Histórico Cabildo de Luján, que tampoco ocupa el centro de su cuadra, y la casa del Virrey que está ubicada en la adjunta esquina norte.

La razón está dada con todo lo dicho; y no sería quizás muy aventurado afirmar, que éste es también el motivo de ocupar esquinas de cuadras muchos edificios públicos de aquel tiempo, así como las antiguas iglesias de Buenos Aires, inclusa la misma catedral.

Una vez allanadas todas las dificultades aludidas, el honrado vizcaíno Don Juan de Lezica asesorado por los arquitectos, D. Antonio Macellá y D. Joaquín Marini, se convenció de que los viejos materiales servirían sólo para dar fortaleza a los cimientos de la nueva Iglesia, y contó con la inmensa cantidad de ladrillos amontonados para la obra del obispo Arregui.

El Santuario de Lezica comenzó a construirse el 24 de Agosto de 1754, en forma monumental cavándose sus cimientos hasta la tosca, y fué argamazado en su mayor parte con cal de Córdoba y una arena gruesa y especial que la tradición atribuye a un milagro de la Vírgen que fuese encontrada en las inmediaciones, cuando los maestros de obra se hubieron convencido de que era imposible hacer la mezcla con la tierra de esos parajes.

Iniciados los trabajos, todos compitieron en celo porque ellos progresasen. Las autoridades y los prelados, los magnates y los poderosos, contribuyeron con dádivas; los humildes y los pobres con sus economías o con el propio trabajo de sus brazos.

Don Juan de Lezica y Torrezuri, honrado, austero, trabajador infatigable, secundado siempre por el celoso capellán D. José de Bejarano, llevó a cabo el plano que había ideado en tales condiciones de seguridad, de economía y de rapidez, que, cuando en 1762 se preparaba a descansar, después de ver terminada su obra, a la que sólo faltaban los últimos detalles, los religiosos del convento de Santo Domingo en Buenos Aires, le rogaron y obtuvieron de él que terminase, como lo hizo, la Iglesia que ellos habían comenzado, y no acertaban a concluir.

El varón ilustre aceptó el encargo, pero antes debía dar cima a su grande obra. Si la sagrada Imagen tenía ya templo digno de su culto, las condiciones de inferioridad y dependencia en que se

encontraba la población que rodeaban al Santuario, no satisfacían el espíritu selecto de Don Juan de Lezica y Torrezuri.

El Cabildo de Buenos Aires pretendía que estas comarcas dependían de su autoridad, y aun cuando podría haberse supuesto que había en el espíritu de los Reyes Españoles el propósito de proteger al Santuario, desde que le acordaron a éste la renta del puente colocado sobre el Río Luján, nada oficialmente se había estatuído a este respecto: era preciso alcanzar una formal declaración de libertad administrativa.

Ya veremos cómo D. Juan de Lezica se empeña en esta nueva obra con el mismo entusiasmo que había empleado en la realización de la anterior.

RETORNO DEL AGRACIADO

A tus altares me condujo un día,
La fé de mi creencia,
Y, envuelto en el perfume del incienso
Que siempre aquí se eleva,
Alcé mi ruego, mi plegaria, triste
Como la sombra que la tarde vela,
Pidiendo que amparases a los míos
Con los favores de tu gracia inmensa.
Tú me oíste, Señora, y aquí vuelvo
Agradecido, con el alma llena
De emoción y de ternura,
Humilde en mi esperanza y fé sincera,
A postrarme de nuevo a tus altares
Para implorar de nuevo tu clemencia.
Vengo esta vez, perdido entre los fieles
De un pueblo que venera
Tu santa Imagen, y a tus pies coloca,
Como sublime prenda
De su afectuosa adoración cristiana
La morada que eterna
Trocaré en tu Santuario.

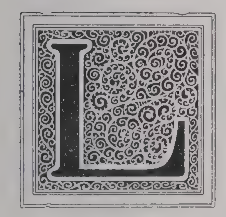
Luis Varela.





CAPITULO IV

El Gobernador D. José de Andonaegui eleva el pueblo de Luján a la categoría de Villa con Cabildo y territorio propios. — Confirmación de esto mismo por Cédula Real de Fernando VI. — El Cabildo jura por Patrona a la Vírgen de Luján.



OS trabajos de D. Juan de Lezica y Torrezurí en favor de una mejor posición política para el pueblo de Luján, no debían tardar en obtener el más feliz resultado, como se desprende del siguiente Auto del gobernador D. José de Andonaegui:

"En la ciudad de la Santísima Trinidad, Puerto de Santa María de Buenos Aires a 17 de Octubre de 1755. El Excmo. Señor D. Joseph de Andonaegui, teniente general de los Reales Ejércitos, Gobernador y Capitán General de estas provincias del Río de la Plata; habiendo visto los autos de las fojas antecedentes sobre la pretensión hecha por D. Juan de Lezica y Torrezuri, por sí y en nombre de los vecinos y pobladores del Santuario de Ntra. Señora de Luján, como a 14 leguas de esta ciudad, y las diligencias practicadas para su formal fundación, según lo prevenido en las reales Leyes de Indias. y contenido en el parecer de su Teniente General fecha 16 de Julio del presente año, y lo últimamente expuesto por él que dió, el 10 de Octubre, en inteligencia y vista del formal delineamiento de dicha población, con los lugares y sitios públicos necesarios en semejantes casos, y en terreno correspondiente al éjido como también la copia de vecinos que se hallan existentes y poblados con casas y solares en la buena constitución, que lo demuestra el mapa puesto a continuación de dichas diligencias por el comisionado de ellas, D. Domingo González; dijo Su Excelencia que sin embargo del citado último parecer en orden de la remisión de los Autos al real y Supremo Consejo de las Indias, fundado en la Ley 6ª, Lib. 4º. Título 7º.... Y respeto que el contenido de la expresada ley no milita en el caso presente, pues no se trata de *fundar nuevamente población, por estar poblada muchos años ha*, la que se pretende titular con el nombre de Villa... Y usando Su Excelencia de las facultades que le están concedida por la ley... *En nombre de Su Majestad* (q. D. g.) *la titula con el nombre de Villa de*

Ntra. Sra. de Luján, por ser esta milagrosa Señora su primer fundación y el atractivo de su cristiana común devoción; y en consecuencia de este título se apellide con él y todos la nombren, guardándole los fueros y privilegios, franquicias y libertades que le corresponden por tal título de Villa, según las disposiciones de las Reales Leyes; y para su mayor decoro, subsistencia e incremento, en consecuencia de la citada ley, declara Su Excelencia por ahora deber constar el Consejo, Cabildo y Regimiento, de los ministros y oficiales siguientes, para su gobierno y recta administración de justicia y haya de constar y conste según la Constitución presente, de un alcalde ordinario, tres regidores y un alguacil mayor; todos con voz y voto en el Cabildo y Ayuntamiento, los cuales nombrará Su Excelencia con títulos separados de este Auto y correspondientes a sus empleos por la primera vez; y después se nombrarán por el Ayuntamiento y Consejo, anualmente conforme a la costumbre, como los demás ministros subalternos que hallase dicho Cabildo por necesarios para el gobierno de la república.

"Y siendo indispensable asignar a dicha Villa los términos de su jurisdicción, se le señala los hayga de tener y gozar y ejercer desde el Río de las Conchas hasta el Río de Areco, por ser límites permanentes, y comprehender los hacendados de aquel paraje y por la parte del Sur, todas las campañas que corresponden hasta las fronteras de los indios infieles; y por la del Norte hasta el Río de la Plata que es su regular término.... Y por este su Auto así lo proveyó, mandó y firmó Su Excelencia de que doy fé. — Joseph de Andonaegui. — Ante mí: Phelipe Vasquez Pelayo, Éscribano público. — Buenos Aires y Octubre 22 de 1755 años".

Con este importante documento que nos hemos empeñado en transcribir en todo lo sustancial, cualquiera puede darse cuenta: de que el pueblo de Luján existía ya como tal, antes de este primer acto de erección; — que María de Luján fué su "primera fundación y el atractivo de su cristiana y común devoción"; — que su honroso título de Villa y su consiguiente Cabildo se debe a esta Excelsa Señora; — que a Ella se debe también que éste haya obtenido una jurisdicción territorial propia y bastante extensa. Todas cosas que enaltecen sobremanera a nuestra buena Madre de Luján, y que en vano le disputará más de una vez el Cabildo de Buenos Aires.

Con fecha 10 de Noviembre de 1755, el señor Alonzo de la Vega, Teniente del Rey de esta Plaza de Buenos Aires, y gobernador por ausencia del propietario, que lo era, como ya sabemos, D. José de Andonaegui, nombra primeros Cabildantes de Luján, en nombre de Su Majestad, a D. Thomas de Torres por Alcalde ordinario; a D. Javier de Leyva, D. Juan Fredes y a D. José Cheves por regidores; a D. Salvador Castellanos por Alguacil Mayor, y como Procurador General a D. Juan de Lezica y Torrezuri.

Después de esto el Cabildo de Luján no tardó en entrar en función según se desprende del acuerdo siguiente:

"En la Villa de Ntra. Sra. de Luján, a siete de Enero de 1756 años, en la interina casa que ha tomado en esta Villa para sus jun-

tas y acuerdos, hasta tanto que fabrique la casa en el solar asignado en la demarcación..." se procede a la instalación oficial del Cabildo, con lo que entra a funcionar desde entonces.

La cédula del Rey Fernando VI, dada en Villaviciosa a 30 de Mayo de 1759, confirmando el título de "Villa de Nuestra Señora de Luján" que se le había dado ya por el gobernador de la provincia, dice así:

"Por tanto, por el presente, doy y concedo mi real licencia para que el referido pueblo o partido se llame, desde ahora en adelante "Villa de Nuestra Señora de Luján", y quiero y es mi voluntad que use la jurisdicción que le corresponda en el término y territorio que nuevamente le señalare el enunciado gobernador de Buenos Aires, moderando el que antes le asignó, en la forma y circunstancias que se le previene por despacho de la fecha de éste, y que goze dt todas las honras, privilegios y prerrogativas que deben gozar las demás Villas de las Indias y de estos Reinos".

Con fecha 1º de Diciembre de 1763, reunidos otra vez los Cabildantes "tratóse en primer lugar acerca de la publicación de la Real Cédula de D. Fernando VI. Acordaron todos unánimes y conformes que con la correspondiente solemnidad, se publicase a son de caja en los lugares acostumbrados, y por voz del pregonero del Cabildo, según era uso y estilo en semejantes casos, la Real confirmación del título de Villa, para que tan plausible gracia del soberano llegase a noticia de todos los vecinos estantes y habitantes".

Arreglado este primer punto, el Alcalde Ordinario de la Villa, D. Joaquín Cabot y Montaner, se levantó en medio de sus colegas del Cabildo, y tomando la palabra pronunció con voz conmovida un discurso sobre el asunto principal de ese Acuerdo, a saber la elección del Patrono o Patrona que era conveniente de dar a la nueva Villa, y dijo: "Ya ha llegado la hora de jurar en vuestro propio nombre y en nombre de vuestros conciudadanos, hasta la más remota generación, a la que habéis de elegir por Patrona de esta Villa".

Al oir estas palabras los asistentes se incorporaron, y llenos del más santo entusiasmo, unánimes protestan "que no quieren reconocer por Patrona de esta Villa y su territorio, sino a la Soberana Reina, nuestra Madre y Señora de la Purísima Concepción de Luján; y al mismo tiempo, la juran por tal Patrona, ante Dios Nuestro Señor, y en su nombre, como en el nombre de todos los vecinos de esta jurisdicción y sus descendientes".

Aquello debió ser indudablemente un espectáculo sumamente conmovedor para todos esos hombres sencillos y sumamente devotos de María de Luján.

Desde ese tiempo el escudo de armas del Cabildo de esta Villa lleva en su centro la Imagen bendita de Ntra. Sra. de Luján.

La denominación de "Villa de Ntra. Sra. de Luján" que el Rey Fernando VI daba oficialmente a este pueblo, al par que demostraba en la mente del monarca el piadoso intento de realzar a la Vírgen Santísima y de reconocerla por primera y principal funda-

dora del mismo, halagaba también sobremanera a los pobladores que se habían acogido al amparo de su regazo maternal, y se habían siempre mostrado fieles súbditos del rey.

Este nombre de Villa, dado a este pueblo cuando todavía se distinguía tan poco por su adelanto material, era una muestra de especial benevolencia, que le honraba sobremanera. Madrid la capital de la Metrópoli Española y residencia habitual de su corte. guarda todavía el noble y poético nombre de Villa: se le llama la Villa coronada o simplemente la Villa de Madrid; igual cosa hubiera podido hacerse con esta Villa de Luján, sin perjuicio de su ulterior desarrollo al punto de vista edilicio y material, y sin aparentar renunciar por esó a sus más puras glorias del pasado.

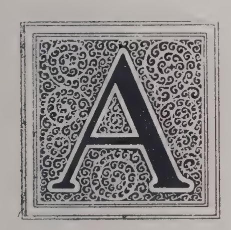




SANTUARIO COLONIAL DE LUJAN
empezado bajo la dirección de Don Juan de Lezica y Torrezuri en 1756
e inaugurado el 8 de Diciembre de 1763

CAPITULO V

Inauguración del Santuario levantado por D. Juan de Lezica. — Víspera del tan suspirado día. — Traslación de la bendita Imagen a su nuevo Camarín.—Regocijos populares. — Oda compuesta por D. Felipe José de Maqueda.



FINES del mes de Diciembre del año de 1761, este Santuario recibió la visita del Ilmo. Sr. D. Manuel Antonio de la Torre. Este prelado que había venido a las Indias en calidad de llecimiento del de Buenos Aires D. José Anto-Obispo del Paraguay, luego que acaeció el fa-obispo del Paraguay, luego que acaeció el fa-nio Bazurco, fué promovido a la Sede del Río de la Plata.

El primer acto de este celoso Pastor, aun antes de haber hecho su solemne entrada en la Capital, fué manifestar su tierna devoción a Ntra. Sra. de Luján, pontificando el día 1º de Enero de 1762 en la capilla provisoria, puesto que no estaba aun inaugurado el nuevo templo.

La presencia del digno prelado en este Santuario y la alta distinción con que se sirvió honrarlo a los ojos de todos sus diocesanos, fué como un sello indeleble de aprobación impreso a todo lo obrado hasta la fecha, y un poderoso estímulo a lo que aun quedaba por hacer en el orden religioso y político.

Bajo este último punto de vista, el ilustre D. Juan de Lezica ya se había puesto a la obra, como lo hemos visto con el mismo entusiasmo que con el templo. Había acudido a la capital de la provincia, a la del Virreynato y a la Capital mismo del Rey de España, y sucesivamente había obtenido del gobernador D. José de Andonaegui, del Virrey Marqués de Superunda y del Rey Fernando VI que se diera el título de Villa a la población de Luján, y siguió empeñándose en procurarle nuevas ventajas.

Mientras tanto veníase acercando el solemne día de la inauguración del nuevo Santuario y de la traslación a él de la bendita Imagen.

El día 7 de Diciembre de 1763, víspera del gran día, por la tarde, todos los vecinos de esta Villa y su jurisdicción, se reunieron en la plaza principal, montados todos en caballos ricamente enjaezados, luciendo cada paisano sus más preciosas prendas, a fin de asistir al Paseo del Estandarte Real.

Este paseo del Estandarte, era en los tiempos coloniales, la ceremonia civil de mayor importancia, la fiesta verdaderamente popular.

En esta solemne ocasión enarboló y tremoló el pendón, D. Juan de Lezica y Torrezuri, Alférez Real perpetuo de la villa de Nuestra Señora de Luján, siendo muy numerosa y lucida la comitiva que le acompañó por las varias calles de la población.

Extraordinario fué el gozo de todos los moradores de la nueva Villa de Ntra. Sra. de Luján, y aun de todos los habitantes de esta provincia del Río de la Plata, cuando terminado ya el Santuario que su amor y agradecimiento habían levantado en honor de su tan amada Patrona, vieron acercarse el día en que había de realizarse la solemne traslación de la milagrosa Imagen y su definitiva colocación en su nuevo trono de gloria.

Ya desde algunos días antes, las campañas circunvecinas, empezaron a despoblarse en favor de la Villa; pues todas aquellas gentes sencillas, deseosas de presenciar tan interesante y devoto espectáculo, bajaban de todas partes en dirección al Santuario.

En aquellos afortunados tiempos de fé robusta y de patriarcales costumbres, iluminadas todas las inteligencias con la luz de las mismas creencias, movidos todos los corazones por los mismos sentimientos respecto de las cosas dvinas y humanas. ¡Cuán hermosas, atractivas y verdaderamente populares eran las fiestas cristianas! Eran ellas, un concierto admirable en que ni una nota discrepante dejábase percibir. Aquello era verdaderamente el *cor unum et anima una,* de los fieles de la primitiva Iglesia; así es que el franco júbilo resplandecía sobre todos los semblantes, la dulce alegría era el saludable ambiente en que se movían todos los corazones. Con razón dice el libro de la sabiduría: "¡Bienaventurado el pueblo que sabe alegrarse!"

La aurora del día 8 de Diciembre, día de la grande y anhelada solemnidad, encuentra ya innumerable multitud de personas de todos estados, sexos, edades y condiciones reunidas en torno del nuevo Santuario.

Como a las nueve horas de la mañana, se renovó el paseo del Estandarte Real, en la forma del día anterior, terminado el cual se procedió a la solemne traslación del Santísimo Sacramento y de la Bendita Imagen.

El señor Deán y Vicario General del Obispado D. Francisco de los Ríos, acompañado de los sagrados ministros llevó bajo un rico palio, la Custodia Sacramental. Luego después sacaron en procesión a la Santa Imagen de Ntra. Sra. de Luján, llevada en andas ricamente aderezadas, por cuatro sacerdotes que fueron: el capellán José de Bejarano, un religioso de Sto. Domingo, otro de S. Francisco y un Mercedario. Salió también en procesión la Imagen del Señor San José, (el pequeño) que dieran a este santuario las madres Capuchinas del Convento de Buenos Aires. Era pues, toda la sagrada familia que cambiaba de casa e iba a ocupar la magnífica habitación preparada por don Juan de Lezica.

En pos de ella, caminaban devotamente muchos indivíduos del clero secular y regular; el Cabildo de la Villa, a cuya cabeza figuraba el noble síndico del Santuario y Procurador General D. Juan de Lezica y Torrezuri, así como una notable orquesta de música, traída de la ciudad, que era seguida de una multitud innumerable de fieles.

En todos los grupos, no se oían otras voces que de alabanza a María. El dulce nombre de *Madre,* salía de todos los labios y los que eran hijos agradecidos, no se cansaban de celebrar con trasportes de regocijo la traslación a su nueva morada de la que, tan a manos llenas, había vertido tantos y tan señalados favores sobre ellos.

Una vez colocado el Santísimo Sacramento en su Tabernáculo, la Santa Imagen en su camarín y San José en su altar, se dió principio a la Misa Solemne, durante la cual el Dr. D. Francisco Javier Navarro, Cura Vicario del partido de Luján, predicó, ante el pueblo numeroso que llenaba el Santuario y se agolpaba afuera de las grandes puertas, un devoto panegírico de la Vírgen, lleno de maravillosa unción y que encendió en todos los corazones la llama del más entusiasta celo para el culto de la Santa Imagen.

Ocho días de solemnísimas funciones, tuvieron lugar en el nuevo Santuario. Los más afamados oradores sagrados de la ciudad de Buenos Aires, publicaron las glorias de María explicando la maravillosa historia de la Sagrada Imagen de Luján, recordando sus portentos y beneficios, y robusteciendo de este modo, la innata devoción de los habitantes de esta provincia hacia tan soberana Señora.

Durante el día se hicieron continuas descargas de carabinas y arcabuces, corridas de toros, juegos de caña y sortijas; y de noche se quemaron sendos fuegos artificiales, distintas especies de voladores, cohetes tronantes, ruedas y montantes, de modo que a los ojos y según decir de aquella gente sencilla, "estaba la Plaza y la Villa toda hecha un incendio", y podía decirse también una "sala de música" por cuanto la banda venida de Buenos Aires recorría la plaza y las calles durante todo el día.

Así transcurrieron los ocho días de solemnes fiestas que nuestros padres dedicaron a la inauguración del nuevo Santuario y a la colocación, en su camarín, de la Santísima y Veneranda Imagen; y del mismo modo que pasadas nuestras augustas ceremonias religiosas, y durante largo espacio de tiempo, quedan aun como impregnados nuestros templos con la fragancia del incienso, así el grato y perfumado recuerdo de estas grandes solemnidades quedó, durante un largo intervalo de tiempo, grabado en la memoria y el corazón de los hijos de esta provincia; y su narración era la materia preferida de las conversaciones, ora de las familias, en los humildes ranchos de nuestras campañas, ora de los caminantes cuando a la hora de oración se juntaban todos los de una tropa o caravana a la lumbre del fogón tradicional junto a las carretas.

Y así termina la larga peregrinación que la efigie de la Madre de Jesús hizo en esta parte de América, recorriendo sucesivamente todas las gradaciones del templo católico, desde la sencilla oración primitiva elevada en medio del campo sin más cúpula que la bóveda azulada; para llegar al través de la Ermita, del Oratorio, de la Capilla, del Santuario y de su camarín hasta la magnífica Basílica, que, para testificar a las edades futuras la piedad de nuestro pueblo, está concluyéndose actualmente en el mismo paraje elegido por D. Juan de Lezica y Torrezuri, y aprobado por el obispo Marcellano y Agramont, ratificado por sus sucesores en la sede episcopal de esta provincia en Buenos Aires.

A MARIA SANTISIMA

Nuestra Señora en su devota Imagen de Luján

A vos sagrada Imagen, bello hechizo,
De un corazón que amante os reverencia,
Os consagra este don, que por ser vuestro,
Es muy justo, Señora, que a vos vuelva.

Ya no sufre mi amor que alguno ignore
Del vuestro las tiernísimas finezas,
Los prodigios sin par, los grandes bienes
Que en Luján derramáis a manos llenas.

Os quedásteis, Señora (sea bendito,
Momento tan feliz para esta tierra);
Os quedásteis aquí para ser Madre
Amorosa, benigna, dulce y tierna.

La devoción robaba nuestra dicha,
Pero vos en piedades siempre inmensa,
Santificar quisísteis nuestro suelo
En él fijando santa residencia,

Aquí depositado habéis el alma;
Y vuestro corazón en dulce prenda
Lo habéis dado (¡dignación pasmosa!)
A vuestros hijos que os veneran;

Aquí admitís benigna nuestros cultos,
Nuestros votos de amor, nuestras ofrendas;
Enjugáis compasiva nuestro llanto,
Y nos llena de honor vuestra presencia.

Aquí, cual torre de David hermosa,
Mil broqueles y escudos os rodean,
Que os revisten de un poder divino
Al que librada está nuestra defensa.

Aquí, místico pozo de aguas vivas,
Refrigeráis las almas que sedientas
De remotas regiones (¡oh prodigio!)
Vienen a Vos con ansia de beberlas.

Aquí ordenáis cual Reina poderosa,
(Pues que así nuestra fe lo experimenta!
A las nubes del cielo.... (¡cuantas veces!)
Y obedientes fecundan nuestra tierra.

Aquí, las plagas destructoras ceden,
Cuando vos atendéis nuestra miseria;
Vuestra bondad, cual gérmen prodigioso,
Produce frutos que a todos alimentan.

Aquí, los elementos obsecuentes
A vuestra voz deponen su fiereza,
Y halagando el poder que los reprime
Benéficos influjos nos dispensan.

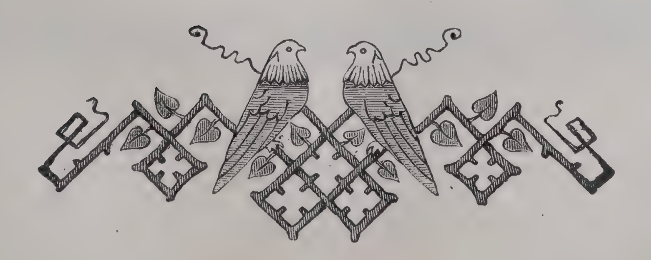
Aquí sois iris celestial divino,
Cuya vista agradable nos consuela,
Nube fecunda que destila bienes
Para cuantos la ven, con solo verla.

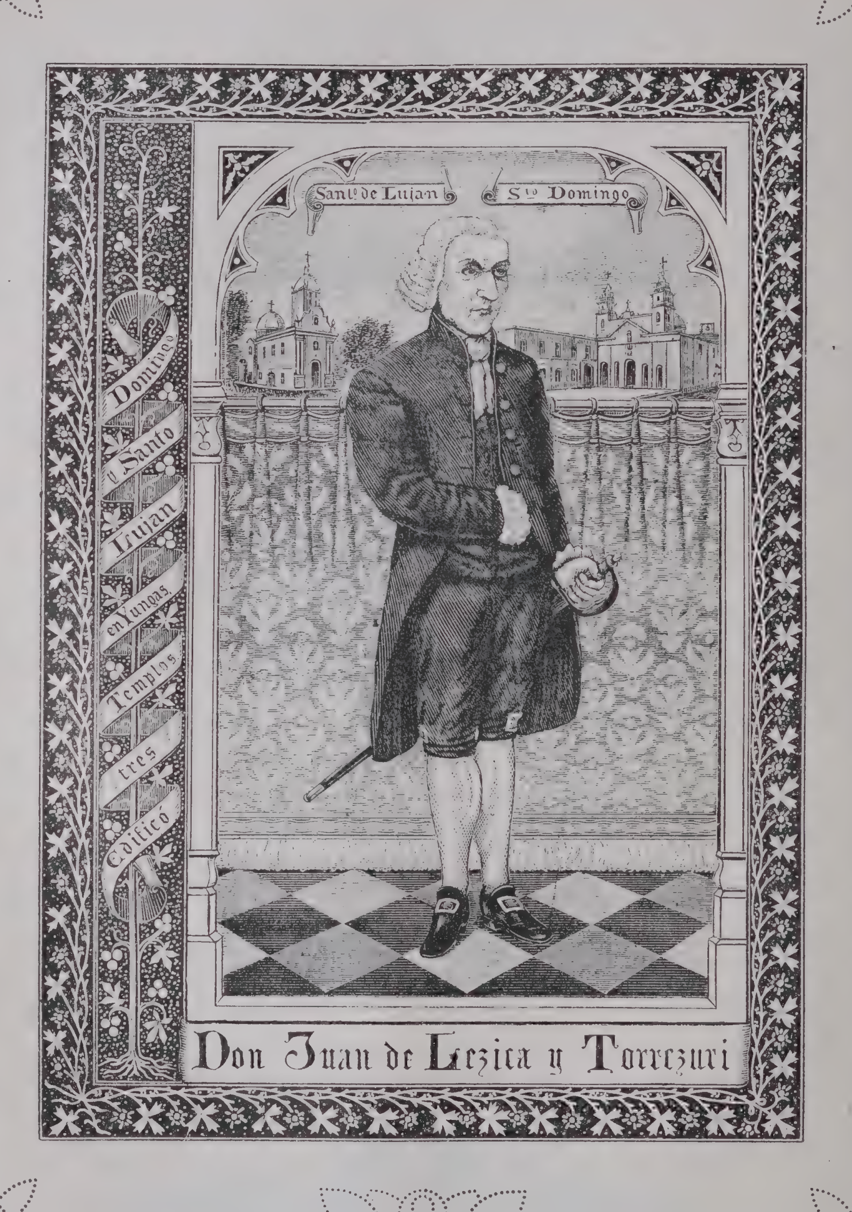
Aquí, Señora, en fin, Vos sois el todo
De esta Villa dichosa por ser vuestra;
Vuestra por elección anticipada,
Vuestra por posesión, que será eterna

Su gratitud os hace este presente
Perenne Monumento, clara prueba
De que no sella, con fatal olvido,
La que dan de amor vuestras finezas.

Y yo el más pobre, el más humilde hijo,
(A vos ¡oh Madre debo mi existencia!)
Junto con este don, hoy os consagro
El alma, el corazón y mis potencias.

Felipe José Maqueda.
Capellán.



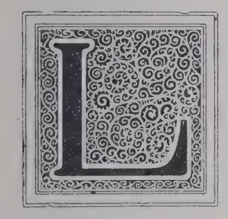


Don Juan de Lezica y Torrezuri



CAPITULO VI

Los tres florones de la Corona Mariana: — el virtuoso Capellán, Dr. D. Carlos Bejarano — el Ilmo. Obispo Dr. Marcellano y Agramont, y el infatigable Síndico D. Juan de Lezica y Torrezuri.



A suma que representan todos los donativos traídos de todas partes o recolectados por los limosneros de la Vírgen para erigir su bendito santuario, formaron un total de *cincuenta y siete mil, trescientos noventa y ocho pesos fuertes* y *siete reales* y *cuarto*. Suma por cierto considerable en aquellos tiempos.

Contribuyó no poco a tan importante resultado la generosidad y desprendimiento del virtuoso Capellán Dr. D. Carlos Bejarano, pues lejos de ambicionar, este digno ministro del Altar, puestos más elevados a que podía aspirar por su mérito y su capacidad, dedicó su vida entera al único servicio de esta Soberana Señora de Luján; y muy lejos de aprovecharse de su situación para adelantar sus intereses personales, sacrificó gustoso de los mismos bienes que recibiera en herencia de sus mayores, para el adelanto del Santuario, a cuya obra había él generosamente consagrado su ingenio, sus desvelos y sus fuerzas todas.

Después de su muerte, acaecida el día 17 de Mayo de 1775, encontraron sus albaceas que, por testamento dividía todos sus bienes en dos partes iguales; mitad a su hermana Dña. María Josefa Bejarano de Maqueda, a fin de poder seguir educando a sus dos hijos: D. Gabriel y D. Felipe de Maqueda en la carrera sacerdotal, para que le sucediesen en su oficio de Capellán de la Vírgen de Luján, como en efecto se realizó; y mitad a la Soberana Señora de Luján, a quien daba de esta manera un auténtico y supremo testimonio de su constante amor y fidelidad.

No menos contribuyó a aquel importante resultado pecuniario, el devoto obispo Dr. D. Cayetano de Marcellano y Agramont, quien a más del apoyo moral que prestaba a la empresa, en cada una visita que hacía a este Santuario, dejaba en manos del Capellán o del Síndico valiosas limosnas; sellando finalmente su generosidad con la donación de mil pesos, el día en que, de paso por Luján, iba a tomar posesión de la Metropolitana de Charcas a que fuera promovido en Abril de 1759.

Pero, quién más eficazmente contribuyó al fomento y terminación de este Santuario, justicia es proclamarlo, fué D. Juan de Lezica y Torrezuri.

Varón religioso, instruído, apasionado para todo lo bueno, y más particularmente para el culto de su divina Bienhechora; honrado, recto, grave en su exterior, más grave en toda su conducta, lleno de madurez, esto es de prudencia, de criterio, de calma, de mansedumbre y de firmeza supo, a pesar de sus muchas y variadas atenciones, llevar a cabo la grandiosa empresa de que le encargara la confianza del dignísimo Obispo D. Cayetano de Marcellano y Agramont, con toda felicidad y fidelidad. Empleaba en el desempeño de su alto cometido toda la franqueza, sencillez, candor y piedad de un niño. Se le hubieran podido aplicar con toda justicia y verdad aquellos célebres versos de Ariosto:

Un umil volger d'occhi, un andar grave.
Avea piacevol viso, abito onesto,
Un parlar sí benigno é si modesto
Che pareva Gabriel, che dicesse: Ave.

Parecía en efecto, este verdadero hidalgo cristiano haberse olvidado de sus propios intereses y privados negocios, para no ocuparse más que en la honrosa comisión que se le había confiado. Es así, que en el año de 1755, el Ilustre Cabildo de la Capital, le elige por Regidor, pero "él declina esta distinción, motivando su negativa, sobre tener su atención y su tiempo empeñado en la fábrica del Santuario de Luján".

Y si para fomentar esta obra en que está empeñado, ve agotados los fondos de la Virgen, él con mano generosa y discreta, facilita lo necesario de su propio peculio, sin exigir en ninguna circunstancia que el Santuario le reditúe sus avances, y muchas veces, "haciendo absoluta gracia a la fábrica, de aquellas crecidas sumas que había adelantado, sin embargo de tener la presunción de que podían ser de legítimo cargo".

Regularmente, conforme lo pedía su título de Síndico de la obra, daba cuenta al Prelado de la administración de su cometido, "siempre con la verdad e ingenuidad que eran de esperarse de su gran cristiandad", y en cada presentación de cuentas merecía la aprobación y los aplausos de dichos prelados, como consta por los Autos de visita, que hemos visto consignados en los libros pertenecientes a D. Juan de Lezica y Torrezuri.

La construcción de este célebre Santuario de Ntra. Sra. de Luján, duró poco más de nueve años, siendo incontestablemente en su tiempo, uno de los mejores de estas provincias, y como hemos leído en un escrito antiguo, "más propio de una ciudad populosa que de estas soledades".

¡Cuán cierto es que la fé y el amor, pueden más que los recursos materiales, porque Dios suele bendecir y hacer fructificar estas hermosas virtudes. El amor y la gratitud habían acumulado los materiales necesarios a ese gran Templo y la Fé capaz de transportar montañas, supo moverlos y levantó sus paredes.

Y ahora preguntaremos aquí a todo espíritu recto y libre de vulgares preocupaciones: ¿Qué dice, que proclama este movimiento admirable, este entusiasmo de todo un pueblo, de todas las clases de una sociedad, afanándose en cooperar a la fábrica de un Templo relativamente suntuoso, en medio de estas solitarias llanuras?

¿No es éste, por ventura, un argumento altamente elocuente en favor de lo maravillosa que es nuestra Santa Imagen?...

Cuando D. Juan de Lezica y Torrezuri hubo concluído el Santuario de Luján y agenciado ante el rey de España la erección de ese pueblo en Villa con su propio y correspondiente Cabildo civil, se trasladó a Buenos Aires para cumplir su compromiso con los R.R.P.P. Domínicos de concluir su Iglesia de Sto. Domingo. Durante diez y siete años tuvo Lezica a su cargo esa tarea. En 1779 rindió cuenta de su administración y quedó constancia de que había donado sumas considerables para que las obras pudieran terminarse. El resto de los gastos fué sufragado por subscripciones organizadas por el mismo Lezica y su esposa. El dinero no alcanzó, con todo, para que se construyera la segunda torre de Santo Domingo, que sólo pudo concluirse en 1849. Dicen que para estimular a su esposo a concluir esta obra, la piadosa Dña. Elena de Alquiza se condenó mientras tanto a no llevar más que una sola carabana a sus orejas!

A la muerte de D. Juan de Lezica, ocurrida en Abril de 1784, se le tributaron solemnes honras fúnebres en Buenos Aires y en Luján. Fué sepultado en el templo de Santo Domingo con esta inscripción:

✝

Aquí yace D. JUAN
De LEZICA y TORREZURI
Natural de Cor-
tezubi, en el Seño-
rio de Viscaya, Patro-
no que fué de este
convento y edificó
este Templo con
el auxilio de las
limosnas públicas
y privadas. Murió
el día 11 de Abril de
1784

El 19 de Junio de 1924 sus restos fueron piadosamente exhumados por los siempre agradecidos religiosos de Santo Domingo, y colocados en un artístico mausoleo que está adherido a una de las pilastras de la nave izquierda del templo que él edificara. Al fondo está colocada la antigua lápida funeraria, y al pie una hermosa placa de bronce que dice lo que fué en vida el preclaro varón.

En el salón de honor del nuevo Santuario de Luján, se conserva preciosamente una tela del ilustre varón pintada al óleo y de cuerpo entero por una de sus bisnietas. Está con peluca y pantalón corto a la usanza de los caballeros de aquellos tiempos, y en un ángulo se lee esta leyenda latina: *Tria templa ædificavit*, tres templos edificó. Estos son, el de Yungas en Bolivia, el de Luján en estas campañas y el de Santo Domingo en la Capital Federal.

Hoy día el templo que edificara en Luján ya no existe, es cierto; pero no por la acción demoledora del tiempo, que para esto estaba demasiado bien cimentado, sino para ceder el lugar a una espléndida Basílica, contenida en gérmen en aquel templo, y cuyos escombros, por lo demás, reducidos a polvo de ladrillo, pero siempre bañados con las lágrimas y plegarias de las pasadas generaciones, han entrado en la nueva construcción bajo la forma de argamasa, por los dulces recuerdos que ellos entrañaban.

El honroso título de "Villa" también ha desaparecido lastimosamente para ser reemplazado por el nombre común de ciudad, pero ese título preclaro existe todavía en el corazón de todos los que rinden culto al noble abolengo y glorioso recuerdo, y permanecerá siempre consignado en los fastos de la inolvidable historia de este pueblo, para eterno recuerdo de cuanto lo apreciara y distinguiera el Rey Fernando VI de España al concedérselo.

El histórico Cabildo de Luján, también ha dejado de existir como entidad moral, pero como tal subsiste siempre en los anales del pasado con especial timbre de gloria para nosotros; y como entidad física continúa siempre de pie en su arquitectura severa y majestuosa: el Gobierno de la Provincia ha resuelto hacer de él el Museo Colonial e Histórico de la misma, donde se darán cita todos los recuerdos de antaño, todo lo que tenemos de más precioso como testigo de nuestra antigua civilización y de nuestro acendrado amor a María de Luján. Pero esto merece un capítulo aparte que vendrá en su debido tiempo y lugar cuando se haga.



La terrible invasión de 1780 desbaratada por María de Luján
(De un antiguo grabado)

CAPITULO VII

María de Luján preserva a su pueblo de una terrible epidemia que devasta toda la campaña de la provincia, y libra a su Villa de una horrible invasión de indios.



N los tiempos pasados más que en los presentes, debido acaso al menor cultivo de los campos, solían aparecer de vez en cuando alguna de esas calamidades públicas que siembran el espanto, la desolación y la muerte entre los habitantes de un país.

Las medidas de orden espiritual que a más de los temporales solían entonces tomar los Cabildantes, eran de recurrir oficialmente a la Vírgen de Luján, quién se complacía en recompensar su fé, despachando favorablemente sus plegarias.

En 1778 el Cabildo de Buenos Aires, refiriéndose a las consecuencias de una gran sequía de varios años seguidos, decía: "que los vecinos y moradores de este distrito, no hallando con qué suplir la falta de trigo, se habían visto obligados a mantener sólo de carnes, de que había resultado numerosas enfermedades que los habían desolado... y que prosiguiendo sin embargo la seca y esterilidad, los animales de esta campaña con la ocasión de haber la langosta acabado los pastos y la tierra, por falta de agua, no habiendo producido los nuevos necesarios para mantenerlos, unos se alzaban corriendo a buscar su mantenimiento en los bosques de las sierras, donde la tierra era más fértil, y los otros perecían por este hecho en gran cantidad, por cuyo motivo, había aparecido una nueva y más terrible epidemia ocasionada por el hambre que amenazaba concluir con todos los habitantes de esta provincia".

A tan lamentable estado se hallaba reducida una gran parte de la misma, cuando entró el invierno de 1778. El flagelo empezó entonces a desarrollarse con tanto furor que invadió los partidos de San Nicolás, Salto, Pergamino, Fontezuelas, Arrecifes, Arroyo de Tala, Rincón de San Pedro y Baradero, amenazando entrar en el de Luján.

"Era tal la intensidad de la peste, según carta del Maestro de Campo General D. Manuel de Pinazo, Alcalde ordinario saliente de la Villa de Luján, que de solo las compañías del cargo de D. Diego Tri-

llo, compuestas de menos de trescientos hombres, ya se había llevado 196, sin incluir mujeres, niños y forasteros''.

El Virrey y el Cabildo de Buenos Aires justamente alarmados por las fatales consecuencias que podía tener este mal, de común acuerdo, disponen: ''que salgan para cada uno de los Partidos inficionados de la peste, un médico o cirujano y un sangrador; y que el botiquín que han de llevar de las medicinas, lo franquée de su botica el Padre Prefecto de los Belermitas... Ordénase igualmente que se pase el correspondiente oficio al señor Provisor y Vicario General del Obispado, para que incontinenti nombre sacerdotes eclesiásticos de probidad, bien sean clérigos, bien sean religiosos de las Comunidades de la Ciudad, prontos a marchar dos a cada uno de los Partidos mencionados a suministrar el pasto espiritual por no poder solos los Curas y Tenientes dar cumplimiento a sus obligaciones en la actualidad, por ser tantos los inficionados de peste''.

Tan múltiples y acertadas medidas dan claramente a conocer la gravedad del mal que amenazaba a Luján.

Pues bien, apenas la epidemia se hubo manifestado en los contornos, cuando el Cabildo de la Villa, comprendiendo que para alejar el terrible flagelo, nada valdría tanto como el recurso a su buena Patrona, no cesó, conforme era uso y costumbre mandar celebrar novenarios y rogativas, con el fin de que ella obtuviera de su divino Hijo, la preservación del vecindario. Y ¡cosa admirable! María Santísima amparó tan visiblemente a su querida Villa ''que no solamente ninguno de sus habitantes llegó a contagiarse, sino que cuantos vinieron enfermos de afuera luego recuperaron prontamente la salud''.

Esto es lo que dice textualmente el Cabildo de Luján en un oficio que dirige al Virrey con el objeto de recabar con que unir el regocijo popular a las preces de agradecimiento a María.

''Excelentísimo Virrey: El Cabildo y Regimiento de la Villa de Nuestra Señora de Luján, suplica a Vuestra Excelencia se sirva conceder licencia de poder sacar del campo cien toros para hacer las corridas que se acostumbran en obsequio de Nuestra Madre y Señora de Luján, como Patrona de ella; respecto de andar el ganado en la campaña, y todos los criadores de esta jurisdicción lo llevan a bien; pues en el día nos protege con especialidad, preservándonos de la contagiosa peste que inunda la campaña, mostrándonos que esta Villa disfruta no solamente que no muera nadie, sino que cuantos vienen enfermos de afuera, luego recuperan la salud; por lo que esperamos de la benignidad de Vuestra Excelencia nos conceda esta gracia, a que quedaremos eternamente agradecidos. Nuestro Señor guarde la importante vida de Vuestra Excelencia muchos años. Villa de Nuestra Señora de Luján, y Octubre 29 de 1778. Besan las manos a Vuestra Excelencia sus más humildes súbditos. Manuel de Carrasquedo, Manuel Antonio de la Riva, Matías Santa Ana''.

Lidiar toros, en demostración de gratitud, por beneficios tan señalados alcanzados por la mediación de la Santísima Virgen, pue-

de parecer, a la verdad, un medio algún tanto extraño a los modernos poco familiarizados con las costumbres de los antepasados. Pero dejando a un lado esta faz del documento oficial, es evidente que esta solemne declaración del Cabildo de Luján ante todo un Virrey como D. Juan José Vértiz, y éste, poniendo al pie de la misma su propia firma precedida de la forma acostumbra "Como se pide", son argumentos que abogan mucho en favor de la protección de María.

Pocos años después, en 1780, la intervención de la Virgen de Luján en favor de este departamento se manifestó también de un modo evidente en una terible invasión de indios que la amenazaba.

Declarada en 1779 la guerra entre España e Inglaterra, todos los jefes de las grandes colonias fueron notificados para que pusieran los fuertes en estado de defensa y los puertos y costas al abrigo de audaces tentativas, pues conocido era el tradicional arrojo de los marinos ingleses.

De consiguiente el Virrey D. Juan José Vértiz desguarneció de tropas y cañones los fortines del interior para trasladarlos a las costas.

Sabedores los indios de esta novedad, y descontentos de que con esto no se les siguiera atendiendo como antes en sus necesidades, según convenio y costumbre, se levantaron en masa, con el fin de asolar y destruir los pueblos y robar las haciendas en la vasta pradera de Buenos Aires, inclusa la del pueblo de Luján, hasta entonces bastante respetadas por ellos generalmente.

De ahí vino el malón de 1780 a que nos referimos y que motivó la intervención de la Virgen de un modo tan estupendo.

Sacamos este detallado relato del libro de difuntos de esta parroquia donde la consignó el Cura de aquel entonces, el Maestro D. Cayetano de Róo, antes de apuntar las partidas de defunción de los Lujanenses que murieron en la refriega. Dice así:

"Con motivo de haberse roto la paz con los indios en la frontera de Luján, por orden del Ecmo. Señor Virrey, D. Juan José Vértiz, y Maestre de Campo D. Juan de Sardeni, que habían mantenido por muchos años sin hostilizar este Partido, sucedió este día, empezando desde la primera noche antecedente que vinieron a vengarse en número tan considerable, cual jamás se había visto; pues aseguró el Sargento Mayor D. Matías Corro y los demás oficiales a su comando, que llegarían a dos mil, lo que aparece ser verdad por las hostilidades que hicieron, tomando por objeto de sus iras casi nueve a diez leguas que hay desde las puntas de la Cañada de la Cruz hasta lo de Mateo Puebla, en cuyo rancho hicieron las hostilidades más atroces, pues después de haber robado unos todas las haciendas que había en este espacio (sin reservar las de Nuestra Señora de Luján), y cuyo número ascienden según unos hasta sesenta mil, otros hasta cien mil, y otros hasta ciento veinte mil; otros acometían como leones a los ranchos y estancias, donde con la mayor inhumanidad los mataban dejando cada hombre como un mártir, según como nuestros

ojos lo vieron, y las mujeres y niños bien atados los llevaban cautivos, cuyo número, según la verdad de lo que se averiguado, no llegó a cincuenta; pero aún habrían sido más sensibles el dolor y la pena, si como lo temíamos, se hubieran acercado, o intentado entrar en la Villa en donde no había defensa ninguna, sino la de la Belladona Divina del Cielo y Patrona especial de esta Villa, María Santísima de Luján, quien como Madre especial defendió, en esta ocasión, a sus tristes hijos de las manos de los más crueles enemigos; porque ni ellos se olvidaron de Ella, recurriendo a buscar su amparo y protección en el mismo tiempo y hora que se supo estaban los indios distantes cinco leguas que hay desde la estancia de D. Pedro Alvarez, clamando las voces sonoras de las campanas misericordia, y rompiendo el aire hasta llegar al trono de la gloria, y los corazones en los ojos con lágrimas y en la boca con las palabras entonando a coro las celestiales horas en su Santísimo Rosario, en señal de misericordia para que se aplacase la divina justicia de su Hijo Santísimo; se los presentaron con el Santísimo Sacrificio de su Cuerpo y Sangre: el instrumento de que se valió esta Soberana Señora para que sus enemigos no llegasen a su Santuario fué una densa niebla que no les dejaba conocer el lugar ni campo donde andaban: así logramos sus hijos su patrocinio y amparo, y en señal del más filial reconocimiento el día dos de Septiembre, día sábado, le cantamos una misa con el *Te Deum laudamus* y asistencia del pueblo. Pero ¿quién creyera que los indios no habían de satisfacer sus iras con la mortandad que toda la mañana de San Agustín habían hecho, con los robos de tantas haciendas y cautivos, sino que, al caer la tarde, habían de esperar a nuestra gente que se habían juntado como doscientos y once hombres, y los habían de esperar seis leguas afuera de la Guardia para acometerlos? Ello así fué que, al ponerse el sol, tuvieron la refriega tan ardiente de parte de ellos que a no haber sido la alta Providencia del Señor, todos los nuestros son triste despojo de los indios, bien que fué una temeridad la de los nuestros el acontecimiento, pero según dijeron, los oficiales no habían comprendido el número de la indiada hasta que estuvieron sobre ellos; por fin murieron cuarenta y cuatro que fueron los que se trajeron a darse sepultura. Esta es la relación en breve de lo acaecido este día; en los corazones de esta Villa y de todos los vecinos y moradores de este Pago, ha quedado y quedará para siempre la memoria de tan gran suceso, y yo he querido dejar en este libro un documento perpétuo, para que recurriendo a lo pasado temamos a Dios, quien justamente nos castiga, como para que en los venideros demos gracias a esta Divina Señora y Madre de Luján, por cuya intercesión se libró esta Villa de su ruina, y para que más por intenso se vea lo ruinoso de este suceso, iré poniendo las partidas de los muertos que son como sigue... Mtro. Cayetano de Róo". — (Siguen las partidas).

Pero, María no solamente defiende a su pueblo de las invaciones de los indios, sino que liberta a los pobres incautos que caen en sus manos, como lo veremos en el siguiente capítulo.



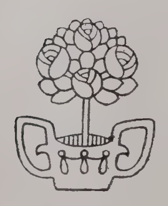
MARIA PROTEJE A SU PUEBLO DE LAS EPIDEMIAS

Parece que el cielo su faz noble y grata
Volviendo hacia el Plata
Que guarda gozoso en Perla sin par;
Por ella a sus hijos perdona indulgente
Por ella clemente.
Sus penas en goces hoy quiere trocar.

Oh sí! La esperanza que triste y llorosa
Sus alas de rosa,
Tenía plegadas y mustias ayer,
Hoy muestra hechicera sus fúlgidas galas
Y espacia sus alas
Y vierte raudales de ingénuo placer.

La fe, cuya lumbre magnífica y pura,
Cuya alma hermosura
Nublar pretendía la cruel impiedad,
Hoy rasga las brumas del negro ateísmo
Y espanta al abismo
Su altiva firmeza, su real majestad.

S. Fernández.





CAPITULO VIII

Hallazgo de un megaterio antidiluviano en las barrancas del Río Luján. — Se le manda a España. — Extraña ocurrencia de Carlos III. — Juicio de un naturalista con respecto al subsuelo lujanense.



EBEMOS consignar aquí, entre paréntesis, un hecho que, si bien pertenece a otro orden de ideas, no deja por eso de ser muy glorioso para Luján.

Ya sabemos que los religiosos Mercedarios y Domínicos solían venir a menudo a este pueblo para ayudar, primero a los Capellanes, y después a los Curas, en sus faenas espirituales.

En una de esas jiras fué que, en 1787, el piadoso domínico del convento de Buenos Aires Fr. Manuel de Torres, nacido en esta Villa en 1750, y homónimo del Mercedario Fr. Manuel Torres en el Cabildo abierto de 1810, descubrió en los barrancos del Río Luján, a la altura de Jáuregui el primer Megaterio de gran tamaño que se conociera en el mundo.

El Virrey Nicolás de Campo, marqués de Loreto, lo envió al Rey de España Carlos III quién lo puso en el Museo de Ciencias Naturales de Madrid, donde causó y causa todavía la admiración de todos los naturalistas. Este curioso esqueleto antidiluviano mide 5 metros de largo por 3.50 de alto y está perfectamente conservado, dando a entender las dimensiones que tendría con sus carnes y pieles.

Al acusar recibo de la pieza, el Ministro Antonio Porlier formuló el siguiente pedido que patentiza los pocos conocimientos de los sabios de aquella época en la moderna ciencia de la paleontología:

"El Rey Carlos III manda encargue al Virrey de Loreto a que procure por cuantos medios le sean posibles averiguar si en el partido de Luján, o en otro de los de este virreinato se puede conseguir algún animal vivo, aunque sea pequeño de la especie de dicho esqueleto, remitiéndolo vivo, si pudiere ser, y en su defecto, disecado y relleno de paja, organizándolo y reduciéndolo al natural, con todas las demás precauciones que sean oportunas, a fin de que llegue bien acondicionado, y tenga S. M. la complacencia de verle en los términos que desea".

El príncipe de las ciencias naturales, el inmortal Cuvier, en su obra titulada: "Recherches sur les ossements fossiles", se ocupa con preferente atención del Megaterio de Luján, diciendo: "que es de todos los animales, fósiles, de gran tamaño, el mayor, hasta ahora el más raro, y el primero cuya ostología haya sido completamente conocida, porque se tuvo la felicidad de encontrar casi todos los huesos, reunidos y también porque se puso el mayor cuidado en montarlos en esqueleto".

El sabio americanista D. Manuel Ricardo Trelles, publicó en el tomo IV de la "Revista de la Biblioteca de Buenos Aires" bajo el epígrafe: "El Padre Fr. Manuel de Torres", todos los documentos oficiales relativos a nuestro interesante Megaterio, juntamente con las láminas ejecutadas en 1787 por D. Francisco Javier Pizarro, teniente del Real Cuerpo de Artillería, antes que se moviera el esqueleto y se arriesgara la dislocación o fractura de sus partes.

Finalmente el Diccionario Enciclopédico Hispano Americano, de Montaner y Simón, en su tomo 12, p. 721, trae un buen grabado, así como una extensa descripción de nuestro Megaterio.

Cuando en Octubre de 1886 el P. Salvaire se fué a Europa para agenciar la Coronación de la Virgen, y visitar las más famosas catedrales con objeto de prepararse a la erección de nuestra Basílica, estando de paso en Madrid, quiso ver el famoso esqueleto:

Mi primera impresión, dice, fué de asombro, pero luego lo miré con cariño por venir de Luján y conocer próximamente el lugar de su extracción.

Al lado había un gran cartelón que databa probablemente de 1789, con sendas faltas de ortografía, las que subsanadas, decía así:

"*Esqueleto de un animal desconocido, que se halló enterrado en la barranca del Río Luján.* — El sobredicho Río corre inmediato a la Villa de ese nombre, distante 13 leguas de esta ciudad de Buenos Aires, al rumbo de Oeste y Sud-este. A legua y media de la misma Villa al Sud-este se descubrió soterrado en su barranca que tiene de alto dos varas en este lugar, y el Río 16 de ancho en la parte superior, y 8 en la inferior. Desagua el mismo Río en el de la Plata, a 11 leguas de distancia del lugar en que se descubrió, lleva poca agua no habiendo lluvias que le hagan engrosar. El terreno de este paraje es de lomas de pequeña elevación y sin árboles.

En toda la América no se ha hallado noticia de algún animal de semejante configuración a la de éste, ahora, ni de su corpulencia; pues se observa que siendo el esqueleto de tal grandeza, cuanto abultaría si estuviese cubierto de sus carnes y cuero; ignórase si acaso será animal anfibio o acuático, si bien que parece sea terrestre, por respecto a sus uñas, que indican hayan sido bastantemente largas, inferencia que se saca de la circunferencia de sus dedos. No se asemeja al elefante (aunque parece que se aproxima a igualarlo en grandeza) porque las patas son muy diferentes, como lo son los huesos de las piernas: tampoco no se le encuentra semejanza con el rinoceronte que ordinariamente tiene 13 pies de largo, y el descubierto llegará a 18, y se juzga de diferente figura; ni tampo-

co con la gran bestia de América (llamada anta) que comúnmente no excede de 6 a 7 pies. En esta barranca y en distintos lugares se hallan dispersos porciones de huesos de otros animales de la misma especie y algunos de menor tamaño del que se presenta en este esqueleto.''

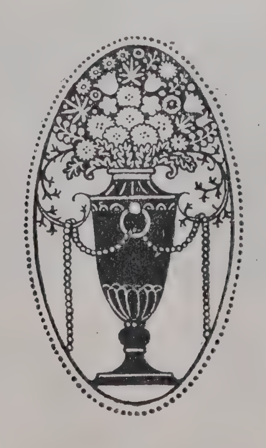
Mientras estaba yo copiando este cartelón, dice el P. Salvaire, se hallaba a mi lado un naturalista francés, ocupado en diseñar el esqueleto, prorrumpiendo de vez en cuando en exclamaciones de admiración. Al cabo de un rato se dirigió a mí diciéndome que a tener los medios, él quisiera emprender viaje hasta Luján para estudiar detenidamente el terreno en que se había descubierto ese fósil, el más interesante de cuantos existen o al menos se conocen. Y como le contestase que tenía, desde muchos años, mi residencia en esa Villa de Luján, y que era cosa frecuente que los mismos paisanos hallasen huesos parecidos a los que estaban a nuestra vista, él me miró con asombro y me dijo: Pues yo le envidio su suerte, porque si las cosas son como Vd. dice, esa Villa de Luján merece el título de Capital del mundo geológico.

¡Honor y gloria! a nuestro piadoso Fr. Manuel de Torres que tal renombre y fama procuró a la tierra que eligiera María para asentar el trono de sus misericordias.

Pero, ¿no habrá sido además Fr. Manuel de Torres el precursor del famoso Ameghino? No sería de ningún modo extraño que el recuerdo de aquel feliz hallazgo fuera el principio de la vocación científica de Don Florentino.

Lo cierto es que él empezó sus primeros trabajos en los barrancos de Luján, siguiendo las pisadas del piadoso Domínico.

Por lo demás no sería ésta la única deuda de gratitud que él tuviera con los frailes, como se verá en su debido lugar, cuando empiece a trabajar.

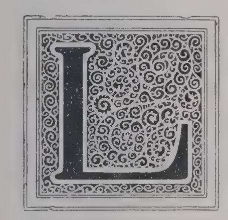




Antiguo Altar Mayor en que se depositaron las banderas tomadas al enemigo, remitidas por el Gral. Belgrano y Coronel French.

CAPITULO IX

Se intenta establecer en Luján un Convento Mercedarios Redentores de cautivos. — Oposición que hace el Consejo de Indias. — María Santísima libra de los indios a unas pobres cautivas.



LAS frecuentes invasiones de indios a que estaban expuestos los pueblos fronterizos y aún los mismos suburbios de la ciudad de Buenos Aires, habían traído muy temprano a estas playas a los religiosos Mercedarios Redentores de pobres cautivos.

En Luján, donde solían venir con mucha frecuencia, se habían captado tan hondamente la simpatía de la población, que pronto se acarició la idea de fundar allí un convento de su orden.

Ya bajo la administración del benemérito Cura Dr. Francisco Navarro se había resuelto dar pasos en vista de la realización de este proyecto que había nacido al calor de los muchos servicios prestados en todo género, ya sea a título de Capellanes, que varios de esos religiosos habían desempeñado eventualmente en el Santuario, ya sea como misioneros de tránsito por aquellas comarcas. Pero los pasos oficialmente dados ante el Rey para ese efecto, solo datan de la institución del Cabildo, el cual, se inspiró en su petición, de un documento redactado mucho tiempo atrás por el susodicho Dr. Francisco Navarro.

El Cura del siguiente período administrativo, Dr. Don Cayetano de Roó, no podía mostrarse indiferente a ese proyecto.

Ambas autoridades se dirigieron por separado al Rey en su real y supremo Consejo de Indias. Este fué el primer paso que dió en su primer Acuerdo el Cabildo de Luján, luego que su título de Villa fué confirmado por Cédula Real.

He aquí la exposición del Cura Dr. D. Francisco Javier Navarro, que sirvió de base a la del Cabildo:

"Señor: Con el pleno conocimiento que tenemos todos los vasallos de la Real piedad con que Vuestra Majestad desde su Solio, en estas largas distancias, promueve y aumenta en toda la monarquía el beneficio espiritual de las almas, no puedo menos que poner en la alta consideración de Vuestra Majestad lo

que tanto creo que cederá en bien de esta nueva Villa de Ntra. Sra. de Luján de la Provincia de Buenos Aires, y en alivio de mis continuas tareas cuyo tesón, sin interrupción alguna, por ser sólo yo el Párroco, hace intolerable su carga; porque siendo la mies mucha, y el operario único, encuentro muchas dificultades para dar satisfacción al ministerio; por ser mucha la frecuencia del sacramento en todo el año, y muchas las funciones y en especial la del cumplimiento de la Iglesia, que a estar sin ajenos socorros, me fuera imposible moralmente el cumplir con mis obligaciones En cuya atención, yo y a nombre de mis feligreses, suplico a la Real piedad de Vuestra Majestad, se digne concedernos se pueda fundar en ella un Hospicio de religiosos, y que éste sea de la Sagrada Orden de Ntra. Sra. de las Mercedes, Redentores de cautivos; porque éstos, con su infatigable celo y caridad, y sus continuas asistencias en el púlpito y confesonario, han sido y son los que me ayudan a desempeñar mi obligación, favor que espero, y espera toda esta mi feligresía de la real magnificencia de Vuestra Majestad.

Nuestro Señor guarde la Real Persona de Vuestra Majestad por dilatados años, como la Cristiandad ha menester. Diciembre 29 de 1756. Dr. Francisco Javier Navarro.''

Es cosa singular, que deseándose unánimemente fuese instituído en esta Villa un Hospicio de Mercedarios, con el objeto principal de acudir al auxilio y rescate de los pobres cautivos, el Cabildo y el Cura, en los informes que escriben al Rey con el fin de conseguirlo, no hagan ninguna mención de ello, y solo refieran los servicios ministeriales que podrían prestar.

Olvidarían seguramente unos y otros la prescripción terminante de las Leyes de Indias, que prohibían hubiese religiosos o se fundasen conventos, donde ya hubiese Curas clérigos que atendiesen las poblaciones.

Pero el Supremo Consejo de Indias la tuvo presente; por lo que ateniéndose únicamente a los términos de la petición, aconsejó al Monarca su rechazo, lo que en efecto sucedió, por Real Cédula expedida de Aranjuez a veinte y tres de Abril de mil setecientos setenta y siete.

A pesar de esto produjéronse más tarde nuevas instancias en el mismo sentido; pero es probable que quedasen encarpetadas en el Archivo Supremo del Consejo de Indias, pues nada se volvió a saber de ellas.

He aquí ahora cómo María Santísima de Luján liberta por sí misma a unas pobres cautivas arrebatadas en la invasión de 1780.

Desbaratada admirablemente aquella invasión en la forma que sabemos, mediante una misteriosa nube que extravió a los indios y la redujo otra vez a la Villa, éstos, al retirarse, penetraron en las casas aisladas que había en la campaña y se llevaron algunas cautivas.

Sabido es el trato inicuo y feroz que siempre han dado los indios a los cristianos que caen en sus manos. Durísima por demás es

la suerte de aquellas desgraciadas víctimas de la ferocidad, sobre todo si son mujeres. Para ellas estaban reservados los trabajos más pesados que no se encargarían a mozos de cordel.

¡Qué escenas tristes y lastimeras, no se veían en aquellas tolderías! Jóvenes modestas y virtuosas llegaban a ser el juguete de las pasiones brutales de aquellos bárbaros desenfrenados que impíamente las atormentaban y degollaban por poco que pretendieran resistir a sus infames instintos!

¡Cuántas lágrimas! ¡Cuántos suspiros! ¡Cuántas fervorosas plegarias no se elevaban al cielo, allá en los toldos salvajes, por parte de las infortunadas cautivas, y aquí en las familias por parte de los atribulados parientes y amigos!

Pero ¿cuántas veces también, la piadosa Madre de Luján, oía benigna las súplicas de los desdichados cautivos y de sus atribulados parientes?

Entre las muchas liberaciones extraordinarias que se efectuaron mediante la dulce intervención de María de Luján, sólo hablaremos de la que tuvo especial revuelo en su tiempo, y fué consecuencia de la aludida invasión a este pueblo en 1780.

Entre las cautivas hubo la joven Justa Flaminia Fredes, de 18 años de edad, hija de Doña Victoria Pintos de Fredes, acaso parienta de aquel Don Juan Fredes, uno de los primeros Cabildantes de Luján nombrados expresamente por Don Alonzo de la Vega, en ausencia del Gobernador Andonaegui.

Contaba más tarde la joven cautiva que estando en medio de los indios, no cesaba día y noche de clamar a la Virgen de Luján para que la librase de su triste cautiverio, prometiéndole que si llegase a salvarla, no faltaría todos los sábados hasta el fin de su vida, de venir a barrer descalza su Santuario; sintió entonces que su devoción a Ntra. Sra. de Luján le infundía una grande confianza y mucho ánimo.

En la misma tribu, había una negrita que era de Buenos Aires y que los indios habían cautivado en una entrada que habían hecho hasta cerca de la ciudad. Esta negrita suspiraba también mucho por su libertad. Entonces entraron las dos en relación y proyectaron juntas su fuga. La negrita le dijo, una noche, mostrándole en el cielo una estrellita: Yo sé que caminando y mirando siempre esta estrellita, iremos a dar a Buenos Aires; y en esa misma noche, emprendieron las dos su marcha, poniéndose bajo el amparo y protección de Ntra. Sra. de Luján, representada en la estrellita: ¡Estrella de la mañana, ruega por nosotros y guianos a tierra cristiana!

Caminaban de noche; pero de día, temiendo ser sorprendidas por alguna partida de infieles, se escondían entre las cortaderas, pues en aquel tiempo, todos estos campos eran como un bosque de cortaderas. La misma noche que precedió al día en que llegaron a Luján, ni sabían que estaban tan cerca de los cristianos; a la madrugada, siguiendo siempre el centelleo de la pequeña estrella, ¿cuál no fué su admiración y su alegría cuando se encontraron enfrente de la Villa de Luján?

En ese momento su pobre madre, según su costumbre, estaba rogando y llorando en el camarín por la vuelta de su hija. La vinieron pronto a avisar que su Justa acababa de llegar acompañada de una negrita también cautiva, envueltas las dos en quillangos que llamaban *quillapis*, hechos de pieles de zorrinos. Al oir esto, da la madre un grito de acción de gracias a María de Luján, y baja apresurada a abrazar a su hija. Las demás personas que presenciaban esta escena, aconsejaban a la madre que vistiera a su hija de un modo más decente antes de entrar al Santuario. No, contestó la madre; yo la quiero presentar a nuestra común bienhechora conforme me la ha devuelto ella de la Pampa.

Así fué, y ambas derramaron dulces lágrimas ante la Imagencita de la Virgen de Luján en su camarín. Justa vivió todavía mucho tiempo con su madre, cumpliendo siempre fielmente su promesa cada sábado. Finalmente se casó y se avecindó en Buenos Aires, desde donde solía venir cada tanto a cumplir su promesa.

La historia de la estrellita que sirvió de guía en el desierto a la cautiva Justa Fredes y la negrita, nos trae a la memoria los siguientes versos sacados de un antiguo cántico de la Virgen y de otros que compuso al respecto nuestra infatigable poetisa de la Perla del Plata.



LA ESTRELLITA DE JUSTA FREDES

¿Por qué el cautivo en triste soledad,
Sollozando con lúgubre gemido
Tu nombre invoca, Virgen de piedad,
De amor y de esperanza poseído?
. . . .
. . . .
Porque tú eres la vida de este mundo
La Estrella del que sufre en este suelo.

I

Dos jóvenes cautivas suspiraban
Bajo el yugo del indio sin clemencia,
Y en su dolor con íntima vehemencia
La dulce Virgen de Luján llamaban.

De repente, una de ellas, su mirada
Con emoción fijando en una estrella:
Guiémonos solo por su lumbre bella,
Dijo a su compañera desolada.

Y emprenden ¡ay! su fuga silenciosa,
Sin más escudo que su fe en María,
Y no perecen, no; la Virgen pía
Al hogar las devuelve cariñosa!

II

Los que tenéis un corazón sensible,
Con sentimiento religioso y tierno,
De cariño filial y amor materno
Contemplad una escena indescriptible.

Ved una madre que con su hija llora
De gozo, en el Santuario de María,
Y bendecid con ellas, a porfía,
Tan poderosa y tierna salvadora.

S. Fernández.





Es la Virgen de LUJAN, la fundadora de la primera Villa y del primer templo parroquial de la campaña de la Provincia de Buenos Aires.



CAPITULO X

La Virgen en Luján defiende a su Villa de una fuerte sequía. — Milagrosa curación de D. Manuel de Rivera. — Primeros grabados de la Imagen de la Virgen. — Visita del sabio naturalista Don Félix de Azara.



N 1788 ya no son ni las pestes ni las hordas salvajes que mueven a solicitar la protección de María de Luján en favor de este departamento, sino una seca pertinaz y terrible que amenazaba arruinar todo el país.

"Era tal la seca, dice un documento oficial, que se veía a los novillos mantenerse sólo con las raíces, que con las manos y los pies arrancaban de la tierra, ocupando el tiempo en llenar el espacio con sus gritos en solicitud de aguas para beber", y cuando los dueños de las haciendas se descuidaban algún tanto, esos animales dejaban las agotadas estancias para ir a buscar pastos y aguas en campos menos talados.

En estas tristes circunstancias no pocos de entre los vecinos de Luján y aún de la Ciudad de Buenos Aires, solicitaron, como supremo recurso, que se sacase de su nicho y se llevase en solemne rogativa y procesión la devota Imagen de Ntra. Sra. de Luján, "para aplacar, decían, el castigo que nos está agobiando en tiempos tan calamitosos".

Obtenido el permiso de la autoridad diocesana, dióse principio al acto con una solemne Novena a Ntra. Sra., a la que asistieron las autoridades de la Villa y el pueblo en masa. Entre tanto llegaban de la Ciudad de Buenos Aires ocho religiosos del Convento de Santo Domingo, acompañados de gran números de fieles en representación de sus conciudadanos, para implorar el amparo y auxilio de la milagrosa Protectora de estas comarcas.

Terminóse la Novena el 22 de Mayo, en cuyo día, celebrábase en aquel año la fiesta del Corpus Christi. Por la mañana, amaneció el día enteramente sereno. A las pocas horas arreció fuertemente el viento Norte, lo que alentó las esperanzas de cuantos habían acudido a la función; pero después de medio día volvió a serenarse el aire, como poniendo a mayor prueba la fe de los devotos. A la tarde, una inmensa muchedumbre habíase congregado en el Santuario con el fin de tomar parte en la procesión.

Aprovechando esta circunstancia el Capellán del Santuario, D. Gabriel de Maqueda, pronunció una plática, tomando por texto estas palabras del Salmista: "¿Dónde están, Señora tus antiguas misericordias". Y después de haberlas enumerado con piadosa elocuencia, pidió que las perpetuara.

Se formó y salió la procesión en seguida. Llevaban en hombros a la santa Imagen cuatro Dominicanos revestidos con alba y estola, que fueron los Padres Fray Manuel de Torres, Fray Javier de Leiba, Fray Mateo Quintero y Fray Jacinto Olivera, oriundos los cuatro de esta Villa, o emparentados con las principales familias de ella.

Seguían tras ellos los demás religiosos y clérigos, así como todos los miembros del Cabildo que en aquel año lo componían: el Comandante de Milicias D. Carlos Tadeo Romero, alcalde ordinario, D. Ventura López Carmelo, D. Manuel de la Riva, D. Pedro Antonio Chaves, regidores, y el Alguacil Mayor D. Gavino de la Rosa, cada uno con velas de cera en la mano; acompañados de varios otros vecinos de categoría, como ser el Maestro de Campo General D. Manuel de Piñazco, el Capitán Martín Lobo, Sarmiento, D. Antonio Pereyra y Mariño, D. Pedro Pablo de Leyba, D. José Lino Gamboa y una gran multitud de fieles, cantando todos el Santo Rosario.

Llegada que hubo la piadosa comitiva al término designado, hacia las quintas del pueblo, y colocada la santa Imagen en el sitial preparado de antemano, se cantaron las preces indicadas en el Ritul Romano para solicitar la lluvia.

¡El Cielo no obstante parecía inflexible!

Pero habían llegado a los oídos de la Virgen bendita los clamores del pueblo: *et clamor meus ad te veniat*: y como para ella lo mismo es pedir que conseguir; he aquí que en medio de un cielo absolutamente sereno, aparece inopinadamente al horizonte una pequeña nube, que, como aquella del profeta Elías, sube, sube, se vá extendiendo con asombrosa rapidez, entolda luego toda la bóveda azul, y vierte al punto una suave llovizna, que se convierte en copiosa y abundante lluvia tan luego la comitiva hubo regresado al Santuario.

Quién podría explicar el entusiasmo de toda esa gente agradecida a tan señalado favor? Expresiones de alabanza brotaron de todos los labios; y confundidas las voces del pueblo con las de los sacerdotes, de los hijos de la Villa y los forasteros, formaban todas ellas un solo y mismo cántico de amor y agradecimiento a María de Luján.

Deseosos empero de que no se perdiera el recuerdo de tan señalado favor, los Cabildantes resolvieron consignarlo en sus libros Capitulares para perpetua memoria y edificación de las futuras generaciones. De ahí lo hemos sacado nosotros.

Al oir el relato de este suceso, los librepensadores lo atribuirán sin duda a una simple casualidad de la naturaleza; pero nosotros, con esa misma libertad de pensar que ellos, veremos, con nuestros mayores, en tantas casualidades reunidas, la evidente protección y amparo de María Santísima de Luján en favor de su pueblo predilecto.

A la verdad, sería bastante extraño que el simple mortal pudiese descubrir el secreto de librarse del granizo con tirar cañonazos al aire, o producir artificialmente la lluvia con solo arrojar a las nubes arena electrizada, y que el Soberano Señor de Cielos y Tierra no pudiera encontrar modo de hacer llover, a ruego de su bendita Madre y de sus fieles devotos.

"Alabad al Señor; porque justo es cantarle himnos. Cántese a "nuestro Dios un grato y digno cántico...

"El es que cubre el cielo de nubes, y dispone la lluvia para "la tierra.

"El que produce en los montes el heno, y la yerba para los "animales al servicio del hombre.

—"Alabad al Señor; porque es justo cantarle himnos.

(Salmo 146)

En este mismo período de tiempo y siempre bajo la administración espiritual del ilustre presbítero Dr. D. Cayetano José María de Roó, prodújose por los años de 1788 una curación milagrosa que contribuyó no poco a que aumentara y se divulgara la devoción a María de Luján, pues permitió se tuviera su bendita Imagen reproducida por la estampa y honrada en todas las moradas.

Es el caso que vivía en aquel entonces un tal Manuel de Rivera, Comandante del Cuerpo de Artillería, veterano y director al mismo tiempo de la Maestranza, que se hallaba establecida en la Real Fortaleza de Buenos Aires. Era artífice, para ese tiempo y para el país, sumamente diestro y hábil en todas las obras de bronce y otros metales.

Por el año de 1788 atacóle una grave y peligrosa enfermedad sin esperanza humana de salvar; puso entonces su confianza en el auxilio de la Virgen potente, a quien desde su llegada a esta Provincia había tomado por su Protectora y Abogada, bajo su advocación de Ntra. Sra. de Luján, y le prometió que si alcanzaba la salud, grabaría sobre cobre su sagrada Imagen para que se pudiese divulgar y venerar en todas partes.

Alcanzó, en efecto, el piadoso Rivera su salud y cumplió con fidelidad su promesa del mejor modo que pudo.

He aquí, como el primer grabado en cobre que se hizo en el país, fué para representar a la Virgen de Ntra. Sra. de Luján.

Tenemos a la vista uno de esos grabados y sabemos que la plancha en cobre estaba en 1881 en posesión de Don Andrés Lamas, quien la hizo figurar en la exposición de ese año. Representa a María de Luján con vestiduras sobrepuestas a las de la talla: túnica blanca y manto azul con dos sobremangas, la del lado izquierdo muy extendida y levantada, como dijimos correspondía a aquella época primitiva.

En 1721, la larga administración del Dr. Don Cayetano José María de Róo tuvo por fin su término. Le sucedió interinamente Don Gabriel José Maqueda, teniendo a su hermano Don Felipe como Capellán.

Sucedióle Don Marcos Cano Cortés, como Cura efectivo, desde 1791 hasta 1797; volviendo a ser capellanes los dos hermanos Maqueda.

En 1797 ganó por coucurso el Curato de al Villa de Luján el Pbro. Dr. Don Vicente Montes Carvallo, y permaneció en él hasta el año de 1808, retenido por sus feligreses que le hicieron desistir de presentarse a otros concursos más importantes. Con todo, después de este año se presenta a hacer oposición para obtener el beneficio de Evangelio de la Catedral.

Siendo Cura de la Villa de Luján le cupo el honor de entregar al Sargento Mayor Don Tomás de la Ruvia el Real estandarte el 30 de Julio de 1806 en las circunstancias solemnes y decisivas para la patria Argentina, que veremos más adelante.

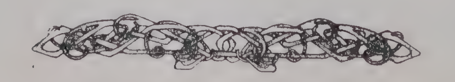
Durante la administración anterior de D. Marcos Cortés, fué, cuando Luján recibió la visita de el sabio naturalista D. Félix de Azara, quien fuera enviado de España, para estudiar la flora y fauna de estas tierras, así como lo que hubiere en ellas de interesante; pues el envío del gran Megaterio antidiluviano, hallado en los barrancos de Luján por Fr. Manuel de Torres, había despertado la atención del Rey sobre lo que pudiera haber aquí de interesante al punto de vista de la historia natural.

Féliz de Azara a pesar de estar imbuído en doctrinas contrarias, y bien poco inclinado, de consiguiente, a admitirlas tradiciones populares en que hubiese algo de sobrenatural, no pudo pasar en silencio lo que vió al respecto, y escribe en 1796 lo que va a contiunación, rindiendo homenaje a nuestra bendita Imagen de la Virgen y a nuestro Santuario:

"En Luján se venera una Efigie de Nuestra Señora de la Concepción, cuya altura no pasa de media vara, ni en lo material tiene recomendación. Sin embargo se reputa milagrosa y por eso la hacen muchas visitas y ofrendas los peregrinos de Buenos Aires, Santa Fe y Tucumán. Un portugués la trajo del Brasil y la dejó en dicha Villa. El pueblo dice que el portugués se vió precisado a dejarla aquí porque ella no quiso seguirle a donde se proponía llevarla".

Como se ve Don Félix de Azara no puede menos de reconocer la importancia que ya había adquirido la devoción a Nuestra Señora de Luján durante aquel período colonial; pero lo hace en términos tan modestos y comedidos, que esta devoción parece ser solamente propia de la gente sencilla del campo y de algún que otro pueblero.

La mirada retrospectiva que vamos a dar en los capítulos siguientes sobre el particular, nos mostrará, al contrario, que de ella participaron las msá altas personalidades del Clero oe la Milicia y de la Magistratura, y que por ser relativamente nueva, la advocación de "Nuestra Señora de Luján" no es por eso menos respetable que otras muchas.



¡QUIEN LO CREYERA!

A Ti claman, Señor la plebe opresa
Y el déspota vencido;
Tu auxilio imploran el león sin presa
Y el ruiseñor sin nido:

Todos a tu poder se supeditan
Y, besando tu huella,
Todos, Señor, tu amparo solicitan,
Con razón o sin ella.

Sólo el **sabio** a dudar de Ti se atreve:
El con saña ferina,
Ciego escupe a la fuente donde bebe
Y al sol que ilumina.

Haciendo escarnio de la fe sencilla,
No sabe ¡oh vil recelo!
Ni doblar en la tierra la rodilla
Ni alzar la vista al cielo.

Si halla claras las huellas inmortales
Receloso se aleja
Ve la miel rebozando en los panales
¡Y aún duda de la abeja!

F. Balart.





CAPITULO XI

Devoción de los sacerdotes, Obispos, Nuncios, Cardeñales y Papas, así como de los Gobernadores, Virreyes y Monarcas de España a María, bajo la advocación de Nuestra Señora de Luján.



UANDO en 1761, después de un maduro y detenido examen de esta cuestión, el Obispo Diocesano fr. Cristóbal de la Mancha y Velasco, de común acuerdo con el gobernador Don José Martínez de Salazar, acompañados ambos de numerosos cabildantes, canónigos, militares y una infinidad de gente acomodada de la ciudad de Buenos Aires, resolvieron dirigirse a Luján para proceder a la traslación solemne de la bendita imagen desde la ermita de Don Rosendo de Oramas a la casa de Doña Ana de Mattos, por cierto que entendieron reconocer oficialmente el culto que se tributaba a María bajo la advocación de Nuestra Señora de Luján.

Allí por primera vez el Ilmo. Señor Obispo celebró de pontifical ante su imagen y autorizó se celebren otras misas en lo futuro. El que hasta entonces, durante tantos años, había sido un culto meramente privado y doméstico, tomó desde ese día todas las formas de un culto público y oficial debidamente autorizado.

Hay más: la influencia milagrosa de María de Luján, los prodigios que a ella se atribuían, dejaron de ser la leyenda de la comarca para adquirir toda la autoridad del fallo dado por el prelado diocesano.

Fray Cristóbal de la Mancha y Velasco hizo levantar una información respecto a los hechos que se atribuían a la veneranda imagen; examinó por sí mismo los testigos; visitó los lugares y se convenció de la verdad de cuanto la tradición venía repitiendo de padres a hijos desde hacía cuarenta años.

En los albores de la devoción a Nuestra Señora de Luján, cuando el Licenciado Don Pedro de Montalbo se constituyó espontáneamente en primer Capellán, hemos dicho que el solo hecho de que un hombre de su talla, tan serio, formal e instruído, perteneciente a una familia pudiente de la capital, con vastas relaciones, y con una posición distinguida en el alto clero y en la sociedad, se haya determinado a pasar una vida tan retirada, oscura e

incómoda, como la que se llevaba entonces en aquella remota campaña, abonaba muchísimo, tanto en favor de la realidad de su curación milagrosa, como en pro de la legitimidad del culto que se tributa a María bajo su advocación de Nuestra Señora de Luján.

Pero, ¿qué diremos ahora cuando hemos visto sucesivamente desfilar a los pies de María de Luján a toda una pléyade de sacerdotes, no menos ilustres que aquél desde todo punto de vista, y que llegaron aún a ocupar los más altos puestos de la jerarquía eclesiástica, como sucedió con el Dr. D. Bernardino Berdúm y Villaysán, quien llegó a desempeñar el oficio de Provisor y Vicario General en la Curia de Buenos Aires, durante más de 20 años?

¿Qué diremos ahora que sabemos que todos los Obispos Diocesanos de Buenos Aires, vieron en la Santa Imagen de Luján la más preciosa joya de su Iglesia y tuvieron a honra poner bajo su protección y amparo el desempeño de su ministerio pastoral?

Y no solamente Obispos de Buenos Aires profesaron y manifestaron fe sincera y ardiente devoción a Nuestra Señora de Luján, sino también innumerables Prelados de diferentes Iglesias, que, tanto en la época actual como en los tiempos pasados, le han dado testimonios públicos de confianza y amor.

A fines del año de 1734, el venerable Obispo del Paraguay, D. Fray José de Palos, Prelado digno de eterna memoria por sus ejemplares virtudes, visitaba devotamente nuestro Santuario, en compañía del Obispo de Buenos Aires, D. Fray Juan de Arregui.

En 1748, movido de su tierna devoción hacia la Santísima Virgen de Luján, y deseoso de contribuir a la fábrica de la nueva Iglesia, el Ilmo. D. Andrés Vergara y Uribe, Obispo de Santa Cruz de la Sierra en el Alto Perú, hace en su testamento donativo de 1.500 pesos al Santuario de Nuestra Señora de Luján.

En 10 de Agosto de 1764, dos obispos, el Ilmo. D. Manuel Abad e Illanes, Obispo de Córdoba y el Ilmo. D. Diego Salguero de Cabrera, Obispo de Arequipa, de paso ambos, siguiendo camino para sus respectivas Diócesis, visitan este Santuario y permanecen aquí durante cuatro días consecutivos, implorando a María de Luján.

El domingo 18 de Septiembre de 1780 el Carmelita Fray José Antonio de San Alberto, Obispo electo de Córdoba, va a Buenos Aires para recibir su consagración episcopal de manos del Ilmo. Fray Sebastián Malvar y Pinto, siendo padrino el Exmo. Virrey Juan José de Vertiz, y luego ambos obispos vienen a postrarse a los pies de Nuestra Señora en este Santuario.

En Octubre de 1782, los dos obispos de Arequipa y de Guamanga que acababan de desembarcar en Buenos Aires, emprenden su viaje al Perú, y de paso visitan el Santuario, poniendo bajo el amparo de la prodigiosa Señora su dilatado viaje y sus apartadas Diócesis.

El Ilmo. Señor D. Angel Mariano Moscoso, Obispo de Córdoba, de viaje hacia su Diócesis, se detiene en 9 de Junio de 1794, en

este Santuario, con el objeto de venerar e implorar a la Santísima Virgen de Luján, y en esta circunstancia administra el Sacramento de la Confirmación en esta Iglesia.

En el año de 1811, el Ilmo. Señor D. Rodrigo de Orellana, Obispo asimismo de Córdoba, se hallaba desde algunos meses, confinado en la Guardia de Luján, por los motivos políticos que nadie ignora por poco que esté instruído en la historia de este país. En tan triste situación, uno de sus más predilectos consuelos era el de alcanzar de sus guardianes el permiso de bajar hasta la Villa, deseoso de encomendarse a la dulce y misericordiosa Señora. Luego que el devoto Capellán D. Felipe José de Maqueda, auxiliado por el celoso misionero franciscano Fray Antonio Oliver, hubo escrito la reseña histórica y Novena de Nuestra Señora de Luján, el atribulado prelado hizo sus delicias, durante su soledad, de la lectura de esa historia y la recitación de esa Novena, concediendo 40 días de indulgencia por cada oración que se rezase de ella.

A los quince días del mes de Abril de 1820 el Dr. D. Benito Lazcano, Obispo que será más adelante de Córdoba, diputado entonces de aquella ciudad a la Cámara de Representantes, viene a cumplir personal y devotamente en este Santuario una promesa que tenía ofrecida a Nuestra Señora de Luján.

Más tarde veremos venir, como se dirá más extensamente en su lugar, a los Señores Obispos de Montevideo, D. Jacinto Vera, D. Inocencio María Yéregui; y los Arzobispos D. Mariano Soler y D. Juan Francisco Aragone; repetidas veces al Obispo del Paraguay D. Juan Sinforiano Bogarín; y al Arzobispo de Chile Ilmo. D. Mariano Casanova y el Obispo Ramón Angel Jara, en circunstancias por siempre memorables.

Ni demostraron menos devoción a la Santísima Virgen de Luján los Delegados Apostólicos representantes de la Santa Sede ante el Gobierno de la República, quienes, desde el Exmo. Mariano Marini, hasta estos últimos de todos conocidos, no solamente vinieron en particular varias veces, sino que también presidieron numerosas peregrinaciones.

Un día veremos también llegar a Luján en piadosa peregrinación, a los dos únicos Cardenales que hasta ahora han pisado las playas americanas: Su Eminencia Aidan Gasquet en 1922, y Su Eminencia Juan Benlloch y Vivó, en 1923. El primero, de nacionalidad inglesa y Abad que fué de los Benedictinos; y el segundo español, Arzobispo de Burgos, quien será recibido por el Gobierno en calidad de huesped distinguido, como se verá en su lugar.

Finalmente varios Romanos Pontífices, se han dignado mirar desde el solio de San Pedro, con especial amor y cariño a este célebre Santuario y enriquecerlo con las más preciosas gracias del Tesoro de la Iglesia. Clemente XI, Clemente XIV, Pío VI, Pío IX y León XIII han expedido varios Breves conducentes al desarrollo de la devoción a Nuestra Señora de Luján, y otorgado numerosos e importantes favores espirituales a sus devotos.

Al hablar de los Soberanos Pontífices no debemos aquí olvidar un hecho único en la historia de los Santuarios americanos, y es el siguiente:

El 17 de Enero de 1824, el Santuario de Luján recibía la visita de Monseñor Juan Muzzi, Arzobispo de Filipo y Nuncio Apostólico con destino a Chile; traía como Secretario al joven canónigo D. Juan Mastái Ferretti, quien más tarde había de llenar el mundo con la fama de su grandeza, de sus virtudes y de sus tribulaciones incomparables, bajo el nombre del inmortal Pío IX.

¡Qué honor para este Santuario, haber albergado en su seno al gran Pontífice de la Inmaculada, del Syllabus, del Concilio Vaticano y de la Infalibilidad Pontificia!

Cuando celebraba en el Camarín de Luján delante de la pequeña Imagen de la Inmaculada, ¿pensaría acaso que un día le sería dado añadir a la corona de María el más hermoso florón que darse pueda?

¡Qué hermosas y raras coincidencias en favor del bendito Santuario de Luján, y de la preciosa joya que él encierra!

Nadie nos perdonaría si pasáramos así tan ligeramente sobre la visita de estos últimos personajes eclesiásticos: nos proponemos ser más extensos cuando llegue el momento propicio.

Además de las personas eclesiásticas que acabamos de mencionar, vemos también que desde los tiempos más remotos visitaron este célebre Santuario muchísimos personajes del orden político, y especialmente un gran número de Gobernadores y Virreyes de esta Provincia del Río de la Plata.

Nos contentaremos con recordar aquí a los Gobernadores Alonso de Mercado y Villacorta, el vencedor de los calchaquíes en el Valle de Catamarca; a José Martínez de Salazar, el mismo que acompañó al Obispo de Mancha y Velasco en la memorable traslación de la Virgen de Luján, en el año 1671; a José de Garro ,el amigo del primer Capellán de la Virgen, Don Pedro de Montalbo; a Manuel de Tejado y Velasco; a Alonso de Arce y Soria; a Baltasar de García Ros; a Bruno Mauricio de Zabala, el fundador de Montevideo; a Miguel de Salcedo, quien hizo el trazado de Luján; a José de Andonaegui, decidido cooperador de Don Juan de Lezica en todo lo que respecta a la institución y fomento de la Villa de Nuestra Señora de Luján; y al Marqués de Valdelirios, Comisionado extraordinario del Rey de España, que se prendó de la Virgencita.

Debemos mencionar también al Virrey Marqués de Villa García, de tránsito para su Virreinato del Perú; y a los Virreyes del Río de la Plata: Pedro de Ceballos, Juan José de Vértiz, Nicolás de Arredondo, Marqués de Avillés; Joaquín del Pino; y al Marqués de Sobremonte, quien fijara su residencia campestre en Luján al lado del Cabildo.

Finalmente, al Rey de España Fernando VI, quien si no vino corporalmente a Luján, vino con su alma y corazón para colmarlo de los honores y distinciones que ya sabemos.

Uno de los argumentos más poderosos para determinar la convicción de algo sobrenatural en la Santa Imagen de Luján, y más capaz de avivar la devoción y confianza hacia la divina Señora, es sin duda esta serie imponente de personajes de toda jerarquía, dignidad y posición social, en general varones de gran virtud y no pequeño criterio, asiduos durante más de dos centurias en postrarse con fervor y fe, a los pies de la humilde pero maravillosa Imagen de la Madre de Dios, e incansables los más de ellos en confesar señaladas gracias conseguidas por su intercesión.

Los que combaten todo lo que la Iglesia practica, atacan también esta veneración de las imágenes, olvidando que ellos mismos, en la práctica de lo que llaman virtudes cívicas, erigen en las plazas públicas monumentos, que no son otra cosa que altares levantados a la memoria de los grandes hombres, para que a su pies se congreguen los pueblos en los aniversarios clásicos y sigan el ejemplo que ellos han dado.

Los católicos creemos que nuestros santos, de los que las imágenes no son más que una representación sensible, son intermediarios de nuestros votos para con Dios. Es verdad que la soberbia humana pretende rechazar todo lo sobrenatural y divino como incomprensible a su razón y por lo tanto inaceptable. Pero si el hombre fuese capaz de explicar todos los misterios y secretos de las obras de Dios, la humanidad estaría compuesta de divinidades.

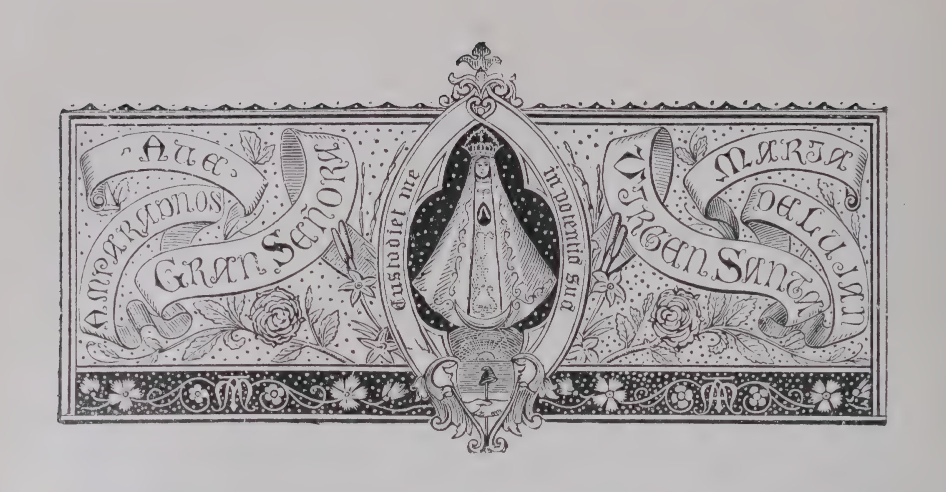
La razón humana es tan limitada en sus alcances, que, para reconocerlo, basta comparar los conocimientos que hoy tenemos de las cosas de la tierra, con los que de ellas tenían los hombres de hace siglos y años apenas.

¿Por qué nos piden a los católicos que expliquemos en su esencia misma los misterios de nuestra fe, que son sobrenaturales, cuando ellos en el orden meramente natural, no han podido explicarse la vida de la mínima flor que nace en sus jardines?

Viven envueltos en la sombra misteriosa de todo cuanto les rodea en el mundo material ¿y pretenden que nosotros les expliquemos en su misma naturaleza todos los misterios del mundo moral?

Los católicos que creemos lo que nuestra Santa Madre Iglesia nos enseña, no hacemos acto de absurda abdicación de la propia inteligencia. No: pensamos, reflexionamos, estudiamos y, si no nos rendimos a la autoridad de la evidencia, donde no puede haberla, nos rendimos a la evidencia de la autoridad, convencidos de que Dios no puede ni engañarse ni engañarnos, y que sus obras están arriba de la razón humana, pero no en contra de ella. Nos sentimos satisfechos con adorar al Dios que es toda Verdad: *"Deus Veritas est"*.

Ciencia, poder, honores, fortuna,
Son ondas de humo que disipa el viento;
Para encontrar la paz, el pensamiento
Torna a la fe que iluminó su cuna.



A LA VIRGEN DE LUJAN



Al morir mi buena madre
Me dejó una Virgencita;
Es la Virgen más bonita
Es la **Virgen de Luján.**

Y con lágrimas postreras,
Si me quieres ver, me dijo,
Ruega siempre, ruega, hijo,
A la **Virgen de Luján.**

Dénle, pues, voz a mi pecho,
Y a mis labios den concento,
Que daré el postrer aliento
Por la **Virgen de Luján.**

Sois estrella de los cielos,
De las Pampas sois el faro,
Sois del gaucho dulce amparo,
Virgen Santa de Luján.

Un Argentino.



TERCERA PARTE

LA VIRGEN DE LUJAN
DURANTE LA
RECONQUISTA E INDEPENDENCIA

1806 - 1860

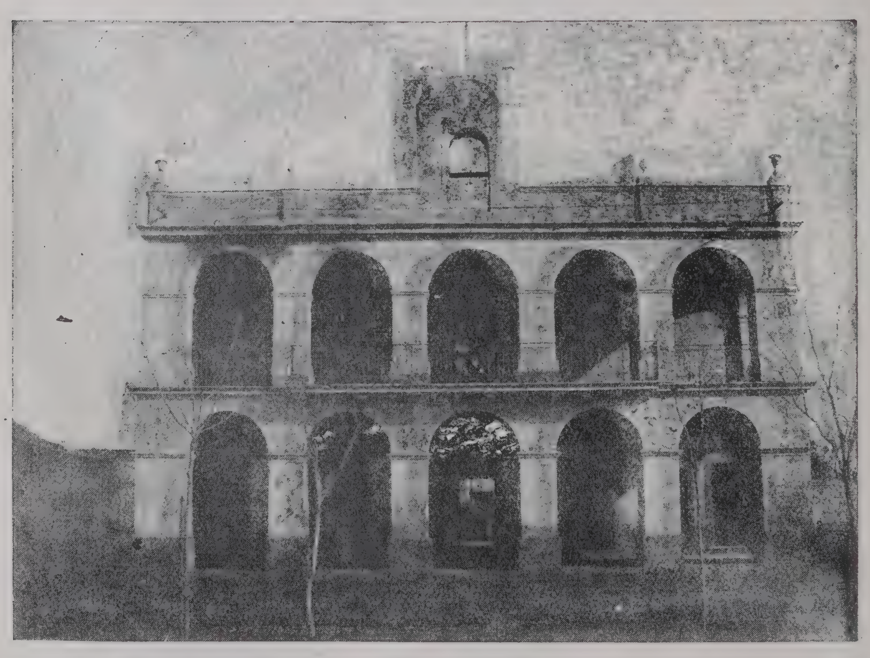
"In te speraverunt patres nostri, et liberasti eos.

En ti confiaron nuestros padres, y los libertaste.

(Ps. XXI. 5)



Antigua residencia de los Virreyes en Luján, donde el Marqués de Sobremonte pensó un momento guardar los caudales del Rey cuando se produjo la Invasión de los Ingleses.



El histórico Cabildo de Luján donde los ingleses detenidos prisioneros sembraron entre los criollos las ideas de independencia de la Metrópoli española.



CAPITULO I

Invasión inglesa. — Las fuerzas de la Reconquista se preparan a la sombra del Santuario. — Los ingleses presos en el Histórico Cabildo siembran semillas de independencia entre los criollos.



EL día 27 de Junio de 1806 es sorprendida y tomada la plaza de Buenos Aires por el Mayor General Británico don Guillermo Carr Beresford. Pero pasado el primer momento de estupor, los patricios pensaron levantarse como un solo hombre en contra del agresor. Cada uno de ellos se preguntaba como Rubén Darío con respecto a su querida Nicaragua:

"¿Seremos entregados a los bárbaros fieros?
¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?
¿Ya no hay nobles hidalgos ni bravos caballeros?
¿Callaremos ahora para llorar después?...

Alguien ha dicho, en efecto, que "si Witelock hubiera triunfado en el sitio de Buenos Aires, los grandes diarios de la Argentina se publicarían en inglés".

Pero no, mil veces no, no se publicarán en inglés, ni nosotros hablaremos inglés, sino por lujo y acaso... por consideración; pero sólo más tarde, sólo después del célebre Tratado de Comercio celebrado con aquel país el 2 de Febrero de 1825, al que deberemos en gran parte, es preciso reconocerlo, nuestro adelanto y nuestro progreso, mediante la admirable red ferrocarrilera que abarca en sus metálicas mallas todo el país.

El antiguo sistema colonial no admitía distingos, y sabido es que al solo nombre de "comercio extranjero" se revolvía furiosa la armazón administrativa de la madre patria. No quedaba, pues, más recurso para Inglaterra en la vital contienda comercial, que la emancipación o la conquista de las colonias españolas, cuyo monarca, por lo demás, estaba entonces en mala postura con el de Francia.

¡Emancipación... sea; pero conquista... no, mil veces, no! Allí están Liniers, Pueyrredón y el noble pueblo de Luján.

Hay en la historia de la Villa de Luján una peculiaridad que la singulariza entre todas las poblaciones de la Provincia del Plata.

Luján aparece desde el principio pugnando por su autonomía y luchando durante más de 50 años con el Cabildo de Buenos Aires, al que nunca quiso reconocer como superior, por cuanto ambos emanaban de una misma autoridad real, y con derechos propios y privativos de todo Cabildo.

Luján había obtenido su título de Villa y su consiguiente Ayuntamiento sin ninguna intervención de Buenos Aires: *¡inde iræ!*.

Pero luchó siempre denodadamente: obtuvo en apelación ante el Rey de España el derecho de usar los títulos de "ilustre" y de "señoría" que le disputaba el Cabildo de Buenos Aires. Ganó contra el mismo, el derecho de percibir la renta del puente levantado, por sus propios medios, y que era el segundo que aparecía construído en esta parte de América, y el primero en la campaña de Buenos Aires, con el título de "Puente Real".

No obstante esta lucha de intereses puramente edilicios, siempre que ha sido menester guardar prisioneros importantes, sin someterlos a los tormentos de los inmundos calabozos, las autoridades los han confiado a la custodia del buen pueblo de Luján.

Y siempre que ha sido menester el brazo y el valor de sus hijos para defender la patria o el imperio de sus instituciones, la Villa de Luján ha respondido al llamado del patriotismo, ofreciendo todo su valor y todo el contingente de su pueblo. Allí se reclutaron los primeros contingentes del ejército patriota para expulsar al inglés.

El general inglés que pudo apoderarse de Buenos Aires indefensa en 1806, será vencido en 1807; pero ese general con el ojo práctico del militar y la perspicacia del político, se dará cuenta de que sus vencedores no habían sido propiamente los jefes ni las tropas españolas que defendían la ciudad, sino otros más diestros en la lucha: los brazos criollos manejados por el alma de Liniers, general de nacionalidad francesa.

Pero ¿quién es Liniers? ¿Cómo siendo extranjero podía tomar el mando de las tropas criollas y españolas?

No es este el lugar de responder extensamente a esta pregunta ajena a nuestro intento; pero lo haremos aunque en pocas palabras por tratarse de un gran devoto de María de Luján, cuyas glorias redundan en favor de esta misma Reina y Señora.

"Santiago Liniers nació en Niort de Francia, el 25 de Julio de 1753, e hizo los primeros estudios con los Padres del Oratorio. Obe-

deciendo a su vocación militar, al cumplir doce años, fué aceptado en calidad de paje por el gran Maestro de la Orden de Malta. Más tarde fué autorizado para usar la Cruz de la Orden. El mismo año consiguió los despachos de subteniente y entró a servir en el Regimiento de Caballería de Piemont-Royal, permaneciendo en este cuerpo hasta ei año de 1774.

España se aprestaba a la sazón para expedicionar contra la Regencia de Argel. Liniers, que acababa de cumplir veinte y un años, y a quien la inacción contrariaba sobremanera, hallábase de guarnición en Carcassonne, cuando llegó la noticia. Inmediatamente elevó su renuncia al barón de Talleyrand, Coronel de su Regimiento, y traspasó en el acto la frontera. Sediento de aventuras y anhelando peligros, se embarcó como voluntario en Cartagena, y fué a alcanzar la escuadra española, surta en Cádiz, y dispuesta a hacerse a la vela rumbo al Africa.

En 16 de Noviembre de 1775, fué admitido en el colegio de guardia-marinas de Cádiz, y el 21 de Diciembre de 1782, al cumplirse siete años de su ingreso, recibió el grado de capitán de fragata, ascenso sin ejemplo en la marina española.

Pocos meses después de firmada la paz con Inglaterra, en 1783, España, tratando de aprovechar la escuadra organizada, renovó las hostilidades en Argel. Liniers mereció en la nueva campaña los elogios que le prodigó el Comandante Barceló. España, desgraciada también en esta segunda empresa, escuchó las proposiciones de paz de los berberiscos. Liniers fué enviado a Trípoli con su fragata, para concluir la paz con el Dey, y presentarle los obsequios de Carlos IV. Caballero de palabras y maneras distinguidas, cautivó la voluntad del príncipe, quien desprendiéndose del sable damasquino que llevaba, lo ciñó a la cinutra del noble mensajero, quien satisfecho de la acogida, solicitó y obtuvo la libertad de los cautivos españoles, franceses e italianos, llevándolos consigo de regreso.

Bendecido por cien familias, recibió también la bendición nupcial a la edad de 30 años, uniéndose en matrimonio con la señorita Meuviel, de origen francés, pero nacida en Málaga.

Así es cómo Liniers, que si era francés, mucho de español tenía, pudo en agradecimiento a los servicios prestados a la corona de España, recibir de ella honores y cargos.

El Gobierno le destinó a principios de 1788, al Río de la Plata, donde habiendo enviudado, contrajo segundas nupcias, el 3 de Agosto de 1791, con la señorita Martina de Sarratea; viniendo de esta manera a ser también algo criollo, y elemento decidido a tomar a pecho la defensa de Buenos Aires, contra su eterno adversario el inglés.

El héroe de las campañas de Argel, Gibraltar, Mahón, Brasil y Barragán, estaba preparado para serlo también de Buenos Aires, y lo fué en efecto ganando la decisiva batalla del Miserere, hoy Plaza 11 de Septiembre. Por esto España siempre noble, hidalga y agradecida no titubeará cuando esto sepa en agraciarle hasta con el título de Virrey en sustitución del medroso Marqués de Sobremonte.

Tal era el ilustre general Liniers, de quien ha dicho Rivera Indarte "que fué el primero que ciñó con laureles entretegidos la frente del pueblo argentino. Sin la fe de su alma, sin la entereza de su carácter, a esta hora hablaríamos inglés en vez de español".

Beresford se encontró, pues, con un general de verdad, Don Santiago de Liniers, al frente de las tropas que atacaban la plaza y operaban la Reconquista, comprendiendo que esas tropas, en su mayor parte, estaban formadas por el elemento nativo, reclutado especialmente en la campaña.

En efecto, en las reuniones secretas que, con tal motivo, formaban los patriotas en Buenos Aires, Liniers sostenía que "para no exponerse a un fracaso seguro, era preciso contar con los auxilios de Montevideo".

Logró convencer a la Junta, y fué comisionado con el joven Juan Martín de Pueyrredón para trasladarse a la Banda Oriental, a fin de concertar con el Gobernador, Ruiz Huidobro, la obra santa de la Reconquista de Buenos Aires. Pero éste que había recibido instrucciones distintas del Virrey de Sobremonte, opúsosele en un principio, hasta que convencido por los argumentos de Liniers y la decidida actitud del vecindario, autorizóle para levantar en aquella banda un cuerpo de voluntarios, mientras despachaba Pueyrredón a la banda occidental, para hacer lo propio, y reunirse ambas fuerzas en el punto denominado *Los Olivos*, y marchar juntos a la Reconquista de Buenos Aires.

En la organización de esas tropas cupo a la Villa de Luján la honra de contribuir con los primeros y mejores elementos sacados de su seno y de su guardia de Areco, del Pilar y de la Capilla del Señor, que casi todos habían pertenecido a su territorio antes de segregarlos de su seno el Cabildo de la Villa, y todos muy devotos de María de Luján y amantes de las "medidas de la Virgen", cintas de la altura de la misma, que llevaban devotamente al cuello o en forma de escarapelas, cosa que después se generalizó entre los patriotas.

Don Juan Martín de Pueyrredón llegó allí en compañía de un grupo de patricios, entre los que figuraba ya el joven Martín Rodríguez, y dió principio a la formación del cuerpo destinado a servir de vanguardia al ejército con que Liniers desde la Banda Oriental debía operar la Reconquista de Buenos Aires.

Los primeros y más poderosos auxiliares con que contó Pueyrredón, fueron las mismas autoridades de la Villa: en cinco días, los patricios habían reunido centenares de hombres decididos a la lucha.

El Coronel Olavarría que se encontraba en la frontera acudió con su Regimiento de Blandengues a la Villa de Luján e incorporándose las tropas regulares a los voluntarios, se pusieron todos a las órdenes de aquél, para marchar hacia Olivos que era el primer punto elegido para la reunión.

No puede un hombre que se ha propuesto escribir la historia de la Virgen, de su Santuario y de su pueblo, olvidar aquí ciertos pormenores dignos de toda consideración, como ser, que a la sombra del Santuario se reclutasen y formasen los héroes de la Reconquista.

que éstos fueran en gran parte hijos de Luján y sus contornos, que se juntasen por gran empeño de los cabildantes y por fin que, en esas circunstancias, no teniendo el Regimiento de Voluntarios, estandarte propio, y no pudiéndoselo dar el Cabildo ni su jefe le Coronel Olavarría, se le ofreció el Estandarte real ''que es el mismo con que se juró esta Villa, y no tuvo este Cabildo cosa mejor que poder ofrecer, en servicio y defensa de la patria, pues de un lado iban las armas de nuestro católico monarca y del otro el retrato de la Purísima Concepción de María, misterio al que está dedicada la Virgen de Luján''.

La entrega del susodicho Estandarte se hizo con toda solemnidad. Por la mañana del día 30 de Julio, se cantó, delante de la Imagen descubierta de la Virgen, una misa solemne en presencia de toda la tropa formada del valiente Pueyrredón y Martín Rodríguez, quienes un día serán ambos supremos magistrados de la ya naciente República Argentina.

¿Con qué fervor, en circunstancias tan graves, no elevarían preces a la celestial Madre y Patrona, todos estos corazones de soldados creyentes y de ciudadanos nobilísimos?

Colocóse, durante todo el Santo Sacrificio de la misa, el Real Estandarte en el Altar Mayor, a manera de voz elocuente que impetraba al Dios de las batallas y a su dulcísima madre, el triunfo sobre los enemigos de la Patria. Concluida la ceremonia religiosa, el Cura D. Vicente Montes Caraballo entrególo al Sargento Mayor D. Tomás de la Rúvia, haciendo oficio de Alférez Real. Este, después de haberlo tremolado ante la Sagrada Imagen y rendídolo a la Majestad Divina, lo sacó y paseó por las calles principales de la Villa seguido de un lucido y numeroso acompañamiento.

''Finalmente, después de haberse hecho varias salvas, fué conducido al Cabildo, en cuyos balcones se enarboló hasta la una de la tarde, hora en que caminó con el ejército hacia el campamento de Perdriel, punto de reunión, y donde tomó parte en el combate que allí mismo se libró, y que es por esto conocido en la historia por ''La acción de Perdriel''.

Olavarría y Pueyrredón dirigían el núcleo de las tropas bisoñas que en un principio fueron sorprendidas por una columna enemiga doble en número. Atrincherados en el caserío lograban detener al enemigo y diezmarlo, a pesar de la superioridad de armas y de número que aquél tenía. El trance se volvía desesperado, los soldados empezaban a desbandarse, cuando de repente Pueyrredón concibe un plan, que con razón, un eminente historiador ha llamado ''un hecho superior a un valor común''.

De acuerdo con Olavarría acomete el ala izquierda del enemigo con el designo de colocarse a retaguardia e interceptar la artillería y las municiones, que quedaban a cuatro cuadras de distancia.

''¡La juventud y el arrojo no bastaron!

Una bala de cañón derriba el caballo que Pueyrredón montaba, viéndose obligado para salvar la vida a montar en ancas de uno de sus soldados. Logra tomar un carro de municiones, pero él y todo

aquel pequeño ejército "se vió en la necesidad de ceder y dispersarse, ganando a lo menos reputación, y haciendo conocer al enemigo lo que podía temer."

Hemos querido narrar con algún detalle este episodio, porque deseábamos señalar cómo Beresford y demás oficiales ingleses habían podido darse cuenta de la importancia del elemento nativo, no sólo en la capital, sino también en la campaña, cosa de que sabrán valerse más tarde, como veremos.

La acción de Perdriel se singulariza para los historiadores de Luján, porque ella es el motivo de la primera recompensa acordada a caudillos patricios y a tropas nativas, y porque ella sirve también para evidenciar que a la sombra del Santuario, orando ante el Altar de la Virgen antes de emprender la campaña, fué cuando se formó el primer núcleo de tropas argentinas que más tarde había de dar, con la independencia de la patria, páginas de gloria inmarcesible.

Tampoco debe olvidarse que el pendón que guió nuestras tropas bisoñas a la victoria fué el del Cabildo de Nuestra Señora de Luján, donde ella estaba pintada, y que fué cedido a Pueyrredón por no tener otra enseña que dar a sus soldados.

No menos sagrado fué el pendón que por su lado emplearon las fuerzas de Liniers, pues era el de la Cofradía del Santísimo Sacramento establecida en la Catedral, llevaba a un lado una gran custodia bordada en oro, y al otro el escudo de armas de Buenos Aires pintado al óleo. Ninguna enseña les pareció más apropiada a los patricios para luchar contra los que estimaban ser enemigos al mismo tiempo de su patria y de su fe.

Este precioso pendón subsiste todavía. Guardólo cuidadosamente durante muchos años la benemérita familia de los Estrada que estaba emparentada con el malogrado Liniers. Pasó después en poder del íntimo amigo de la misma, el Padre Salvaire cuando era Cura de Luján. Hoy día los Padres del Santuario lo depositaron en el Museo Histórico Colonial de Luján, donde ocupa un lugar de honor, y está a la vista y contemplación de todos los amantes de las glorias nacionales.

Operada la Reconquista, los jefes del ejército británico y parte de sus tropas fueron confinados a Luján, y confiada su custodia al celo y patriotismo nunca desmentidos de las autoridades y del pueblo de la histórica Villa.

Fué entonces que Beresford, en los días de su cautiverio en Luján, y mientras preparaba los elementos de su fuga, habló con entusiasmo a los patriotas de su propio valer, incitándolos a emanciparse de la metrópoli española; llegando hasta a ofrecerles todo el apoyo de la Gran Bretaña para el día en que el movimiento revolucionario se produjese.

Mucho se ha escrito con respecto a la fuga de los oficiales ingleses del Cabildo de Luján, como también respecto a los móviles que indujeron a sus cooperadores en el elemento nativo. Sin embargo, es unánime la opinión que D. Saturnino Rodríguez Peña, D. Guillermo White, el Coronel D. Antonio Olavarría, D. Aniceto Padilla

y otros argentinos ilustres, tenían entonces con Beresford y sus oficiales, conferencias de alta trascendencia para el porvenir de estos países.

Mientras tanto, los soldados de tropa detenidos en Luján, casi todos irlandeses y por lo tanto católicos de corazón, frecuentaban el Camarín de la Virgen, encontrando en ella un dulce lenitivo a su cautiverio.

Más tarde, cuando la semilla arrojada en Luján haya brotado, cuando se haya producido en Buenos ires, con repercusión en todas las provincias, el gran movimiento de Mayo, la historia reconocerá que las conferencias celebradas en el Cabildo de esta Villa tuvieron consecuencias trascendentales en la marcha de los acontecimientos. La Gran Bretaña será la primera de las naciones del mundo que reconocerá nuestra independencia, y acaso las armas y municiones que se emplearon en los últimos combates por la emancipación americana del Sud, serán compradas con el oro inglés, producto del primer empréstito hecho por un mercado europeo a una nación americana.

Recordaremos al terminar este Capítulo la apremiante exhortación de San Bernardo respecto a la devoción a María en general:

"¡Oh, hombre, quien quiera que seas! Tú sabes que la vida presente es semejante a mar borrascoso y agitado de una deshecha tempestad; ¿quieres evitar el naufragio? Vuelve los ojos sin cesar hacia María, fija tus continuas miradas en esa benéfica estrella que te servirá de guía. Si las tentaciones, a manera de viento impetuoso se levantan contra ti, si te hallas entre los escollos de las aflicciones, y en peligro de sucumbir, mira la estrella, invoca a María; *respice stellam, voca Mariam*. Si te sientes agitado de las olas del orgullo, de la ambición, de la envidia, de la detracción; vuélvete a la estrella, invoca a María; *respice stellam, voca Mariam*. Si la cólera, la avaricia, el deleite, ponen la nave de tu alma en peligro de naufragar; levanta tus ojos a María, pídele socorro; *respice ad Mariam*. Si la enormidad y el horror de tus crímenes te perturba, si al considerar la terribilidad de los juicios de Dios se apodera la tristeza de tu corazón, y estás próximo a precipitarte al abismo de la desesperación; atiende a María; *cogita Mariam*. En fin, en todos los peligros, en todas las angustias, en todas las ansiedades, piensa en María, invoca a María, haz que su santo nombre esté sin cesar en tu boca y en tu corazón; *in periculis, et angústiis Mariam cogita, Mariam invoca, non recedat ab ore, non recedat a corde*".

Y concluye el santo con las siguientes palabras, que debieran estar grabadas en todos los corazones, y que la Iglesia ha adoptado juntamente con el pasaje que acabamos de citar:

"Siguiendo a María no te extraviarás: *ipsam sequens, non devias;* rogando a la misma, no perderás la confianza de alcanzar: *ipsam rogans, non desperas;* si la Virgen te sostiene, no caerás: *ipsa tenente, non corruis;* si te protege, nada tienes que temer: *ipsa protegente, non metuis;* si te conduce, el camino se te hará llevadero:

ipsa duce, non fatigaris. En una palabra, si María te es favorable, llegarás al feliz término del viaje, y al puerto de salvación: *ipsa propicia, pervenis ad salutem æternam*.

EL SOLDADO CRIOLLO

Curtido por la pólvora que humea,
Noble con el amigo y el contrario,
Audaz hasta emprender lo temerario
Y más valiente cuanto más pelea.

En rústica mochila, que blanquea,
Lleva su pan, su equipo y su salario,
Y al pecho en un bendito escapulario
La Imagen de la Virgen de su aldea.

Semejante al pedazo de metralla
Que el cañón a los aires abandona,
Muere desconocido en la batalla.

Y hoy que la fama su valor pregona,
Para el que lucha y vence, y sufre y calla,
¿No ha de tener la patria una corona?

Spectator.





CAPITULO II

La semilla de independencia empieza a germinar. — La Junta de Buenos Aires y el Cabildo de la Villa. — Meritoria acción política de los dos curas, Caraballo y Argerich.

La semilla de independencia arrojada por los ingleses en el Cabildo de Luján, y después esparcida a los cuatro vientos de esta provincia del Río de la Plata, había caído en terreno propicio.

Puede asegurarse que las luchas emprendidas para arrojar a los ingleses, no fueron más que el ensayo y como el preámbulo de esfuerzos próximos y mayores, cuyas consecuencias debían ser imponderables para los combatientes de ambas márgenes del Río de la Plata.

Desde aquel momento, los pueblos ríoplatenses concibieron la conciencia de sus propias fuerzas; y el pensamiento de la independencia absoluta de estas provincias del dominio de los monarcas españoles no cesó de ganar terreno, hasta que el movimiento de Mayo de 1810 vino a ser como el estallido de la voluntad general por largos años comprimida.

Por otro lado, en Europa, el Rey de España estaba supeditado a Napoleón; pero aquí, los nativos de estas tierras, que no habían querido ser ingleses, tampoco querían ser franceses.

¡La guerra por la independencia de todo poder extraño estaba, pues, declarada en buena lid!

Durante toda la magna epopeya de Mayo, la Virgen de Luján brilla en el firmamento del cielo argentino cual estrella polar que lo guía a la victoria y a su propia libertad.

Desde el principio de la Revolución el Cabildo de Luján no podía dejar de seguir un movimiento libertador que había nacido en su propio seno. Lo mismo puede decirse de todos los habitantes de la Villa. Su Cura, que lo era por ese tiempo el Dr. D. Vicente Montes Caraballo, el mismo que en 30 de Julio de 1806 había entregado el Pendón del Cabildo a las fuerzas reconquistadoras al mando de Pueyrredón, ahora en el año 10, se hace un deber de concurrir

al Cabildo abierto de Mayo y dar su voto, diciendo: "que se conforma en todo con el voto del Señor Cornelio Saavedra; entendiéndose debe tener voto decisivo el caballero síndico procurador general".

Con fecha 29 de Mayo de 1810, la Junta Provisional Gubernativa envía un bando al Cabildo de Luján anunciándole su instalación y le ordena lo publique en todo ese distrito de su cargo. "El cual entendido por Sus Señorías unánimes y de común acuerdo dijeron que daban y prestaban el debido obedecimiento al expresado oficio de la Junta Provisional; y en su virtud se publicase por bando en la forma acostumbrada y se diese cuenta a dicha Junta de su cumplimiento, insertando en él que este Ilustre Cabildo ha determinado mandar celebrar una Misa cantada con *Te Deum*, costeada del peculio de Su Señoría, para que concurriendo el vecindario rueguen a Dios por el buen éxito de Nuestra Patria con lo que concluyeron este acuerdo que firman por ante sí a falta de Escribano Público ni Real que le dan fe. — Andrés Migoya. — Estanislao Aguirre. — Esteban Torres."

Al año siguiente el Cabildo de Luján vuelve a dar señal de vida dirigiéndose a la Junta Provisional Gobernadora en los términos siguientes:

"En la Villa de Nuestra Señora de Luján, a 20 días del mes de Mayo de 1811. El Cabildo y Regimiento de ella; juntos en su Sala de Consejo; acordaron Usías que por el 25 del mes presente iba a cumplirse un año en que se instaló la Excelensísima Junta Gobernadora de estas Provincias determinaron en prueba de regocijo que asistía a este Ilustre Consejo en memoria de un suceso que afianza estos dominios a nuestro legítimo Señor, mandar celebrar el expresado día 25 del presente, en la Iglesia parroquial, una Misa solemne con *Te Deum;* que la noche víspera se iluminen las calles, a cuyo efecto se hará saber esta determinación al pueblo por medio de cedulones que se fijarán en los lugares de estilo, con lo que concluyó este acuerdo y firmando: Bonifacio Colman. — Esteban Torres. — Juan Luis Ramírez. — Salvador Aguirre."

Es de notar cómo el Cabildo de Luján es el eco fiel de la Junta de Buenos Aires, hasta en las indecisiones del primer momento y las precauciones que después se toman para no chocar con los ánimos que indecisos todavía y no se decidieran a pronunciarse por la absoluta independencia de estas provincias de la metrópoli española cuya futura suerte no estaba todavía definitivamente resuelta en Europa.

Más tarde, cuando esté más afianzada la idea de independencia y cuando al Dr. Vicente Montes Caraballo, haya sucedido en el Curato el ilustre maestro Don Francisco de Argerich, dadas las relevantes prendas de este nuevo Cura, las Asambleas del año 12 y 13 le contarán en el número de sus congresales, figurando a la par de Segurola, Sola, Zabaleta, Gómez y otros preclaros ministros del Altar.

La larga e importante actuación de este Cura, que se extiende desde el 14 de Noviembre de 1809 hasta 1824, en que la muerte le

sorprendió en este puesto, nos invita a dar algunos detalles sobre su vida.

El maestro Don Francisco Argerich nació en Buenos Aires el 12 de Marzo de 1765, y perteneció a una familia que en todo tiempo puso todo el caudal de su fe y patriotismo al servicio de la religión y de la patria, estando ligado su nombre a los grandes acontecimientos de nuestra independencia.

Fueron sus padres Don Francisco Argerich y Doña Josefa del Castillo, se dedicó a la carrera eclesiástica y fué elegido el 18 de Diciembre de 1801 para el Curato del Rosario de Santa Fe, para pasar el 14 de Noviembre de 1809, como Cura y Vicario de Luján.

Después de la victoria de Salta fué el Pbro. Argerich quien recibió los trofeos arrancados al enemigo y ofrendados por Belgrano a la Virgen de Luján. El también fué quien, al año siguiente, a 25 de Septiembre de 1812, recibió y ofrendó a María de Luján las banderas prometidas por el Coronel French en la defensa de Montevideo. Allí, bajo su celosa custodia, flamearon las banderas de Belgrano y French hasta el año 20, el año fatal¡ ...

El año de anarquías, de lamentables y funestas discordias intestinas amargó los últimos años de ese Cura Vicario, como lo veremos más adelante en otro capítulo.

En 1819, el Gobierno de Cornelio Saavedra, conociendo las altas cualidades del Cura de Luján, lo comisiona para levantar un censo general en la campaña, "no dudando un momento que coadyuvará con todo su celo, influjo y amor acendrado al bien de su patria".

Como lo veremos más extensamente en su debido tiempo, el Cura Argerich dirigió el 23 y 24 de Abril de 1822 un doble oficio al Superior Gobierno por conducto del Pbro. Dr. Valentín Gómez, protestando contra la incautación de los bienes del Santuario.

Finalmente, a principio de 1824, cúpole recibir en Luján a Monseñor D. Juan Muzzi, Arzobispo de Filipo y Nuncio Apostólico en Chile, acompañado de su secretario, el entonces Canónigo Juan Mastái Ferreti, y más tarde Sumo Pontífice con el nombre inmortal de Pío IX.

La tradición de patriotismo y de civismo práctico de que dió prueba este benemérito sacerdote no se ha extinguido, perdurando su nombre a través del tiempo.

El Pbro. Francisco Argerich se durmió en la paz del Señor a la sombra del Santuario que tanto defendiera y bajo el benéfico manto protector de María, a cuyo servicio consagrara los 15 últimos años de su apostólica vida.

En los libros parroquiales de Luján se lee su partida de defunción concebida en los términos siguientes:

"El 6 de Abril de 1824, se sepultó en el cementerio de esta iglesia de Nuestra Señora de Luján el cadáver del Maestro D. Francisco Argerich, cura en propiedad de dicha iglesia; murió ayer, habiendo recibido todos los sacramentos, se le hizo oficio solemne con 8 postvigilias y misa cantada a cuerpo presente. Doy fe. José Joaquín Reyna."

CAPITULO III

Devoción a María de Luján de los muchos e ilustres presos políticos confiados al pueblo y Cabildo de Luján— Muerte edificante de Santiago Liniers, gran devoto de María.



EMOS dicho que siempre que ha sido menester asegurar prisioneros importantes, sin someterlos a los tormentos de los duros calabozos, las autoridades de Buenos Aires los han confiado a la custodia del buen pueblo y Cabildo de Luján.

Desde 1762, en que el Gobernador y Capitán General de esta provincia, Don Pedro de Ceballos, confinaba a esta Villa los principales oficiales que había hecho prisionero al tomar la plaza de la Colonia del Sacramento, hasta los últimos movimientos de la República, la Villa de Luján aparece en efecto como el pueblo elegido para la detención de los personajes cuya influencia ha pesado en los acontecimientos que se han producido durante dos siglos.

Luján no ha sido una cárcel ni un presidio de hombres eminentes y distinguidos. La preferencia dada por todos los Gobiernos a este pueblo para el efecto, reconoce como causa las condiciones peculiares de patriotismo lealtad y religiosidad en que se ha desarrollado esta población.

Como todas las agrupaciones humanas que se forman alrededor de un Santuario que nace del prestigio del milagro, las gentes primitivas que fundaron Luján eran almas buenas, dominadas por el santo temor de Dios y ajenas a las ambiciones humanas.

Es este, en efecto, otro timbre de gloria para esta Villa y una nueva ocasión ofrecida a los devotos de María de manifestarle su amor.

Apenas iniciada la Revolución en 1810, Luján sirve de albergue al Ilmo. Obispo español de Córdoba, Don Rodrigo Orellana, el cual más tarde debía salvar la vida en "Los Loros" donde eran fusilados sus compañeros, por poco afectos como él a la Revolución.

Después de la batalla de San José en la Banda Oriental, en 1811, la Junta de Gobierno de Buenos Aires, manda confinados a Luján, al Coronel Bustamante y a 33 oficiales del cuerpo realista,

quienes encontraron su consuelo en el pequeño Camarín de la Virgen, como antes lo encontraran las tropas inglesas de la invasión.

Más tarde, en 1817, es deportado a Luján el General Cornelio de Saavedra, por todo el tiempo que dura el juicio de residencia, que se le forma en Buenos Aires, siendo mientras tanto asiduo visitante del Camarín y un ferviente devoto de María de Luján.

También vendrán a su tiempo los ilustres generales Belgrano, Paz y Mitre y acaso algún otro que se nos escapa.

Entre los ilustres presos confinados en Luján hemos nombrado al Ilmo. Obispo de Córdoba Don Rodrigo Orellana. Este nombre nos recuerda el de sus compañeros de desventura, especialmente el de Don Santiago Liniers tan devoto de María. Por esto y por ser él quien es, aunque no haya estado preso en Luján, contaremos su muerte edificante en los brazos de María.

Liniers, que estaba al servicio de España, y que, a pesar de no ser español, había sido agraciado por el Rey de España hasta con el título de Virrey, por su valiente defensa de Buenos Aires, creyó debía personalmente mantenerse fiel a Fernando VII; por lo que, en aquellos tiempos de azoramiento y ofuscación, fué inscripto en la lista fatídica de los condenados a muerte por la Junta. Eran ellos:

Concha, D. Juan Gutiérrez, Capitán de Navío y Gobernador Intendente de Córdoba.

Liniers, D. Santiago, Brigadier de los Reales Ejércitos y Exvirrey.

Allende, D. Santiago, Coronel de Caballería y Comandante de Armas de Córdoba.

Moreno, Don Joaquín, Tesorero de la Real Hacienda de Córdoba.

Orellana, Dr. D. Antonio Rodrigo, Obispo Diocesano de Córdoba.

Rodríguez, D. Victorino, Asesor de Gobierno.

Todos ellos, estando en marcha para el Perú, donde pensaban refugiarse, fueron alcanzados el 7 de Agosto de 1810, en el bosque de "Los Loros", cerca de "Cabeza de Tigre" y fusilados allí mismo, salvándose únicamente el Obispo Orellana, por su carácter episcopal. Antes de la ejecución, Liniers pidió al prelado se dignara poner, en una de sus manos atadas, el santo rosario que llevaba en su bolsillo, y después de la descarga, vivo aún, murmuraba agonizante el nombre de María. Así murió Liniers, como lo enseñaba San Félix de Cantalicio:

Con el rosario en la mano,
Los ojos en el suelo,
y el alma en el cielo.

¡Cuántos fusileros habrán sentido oprimírseles el corazón al hacer fuego sobre esas nobles víctimas, y cuántos jefes se habrán arrepentido después, una vez pasado el primer momento de ofuscación!

Los cadáveres fueron sepultados allí mismo, en un foso común, sin ninguna señal que lo recordara.

El P. Pacheco, religioso franciscano, uniendo la primer letra del apellido de esas nobles víctimas, incluyendo la del Obispo Orellana, formó la palabra "Clamor" la que gravó en la corteza de un chañar del bosque de "Los Loros", como reclamando, con esto, para Liniers y sus compañeros, sepultura más decorosa.

Oyó este clamor Don Santiago Derqui, ex-Presidente de la Confederación Argentina, quien valiéndose de un anciano, postillón cuando mozo, y conocedor del sitio de la sepultura, exhumó esos restos mortales y los trasladó provisoriamente en la ciudad de Paraná, en el sepulcro de Don Esteban Ramos y Rubert.

Más tarde, el jefe interino del Poder Ejecutivo Nacional, General Don Bartolomé Mitre, respondiendo a la Nota de 27 de Junio de 1862, que le dirigió el Agente de España encargado de solicitar las cenizas de Liniers, dijo: "Cualesquiera que sean las causas que motivaron el desgraciado fin de Liniers, el Gobierno que surgió de la Revolución y el pueblo argentino, no pueden olvidar los servicios que prestó al país durante el régimen colonial, y muy especialmente en la defensa y reconquista de esta ciudad, contra los ejércitos ingleses que la invadieron en 1806 y 1807."

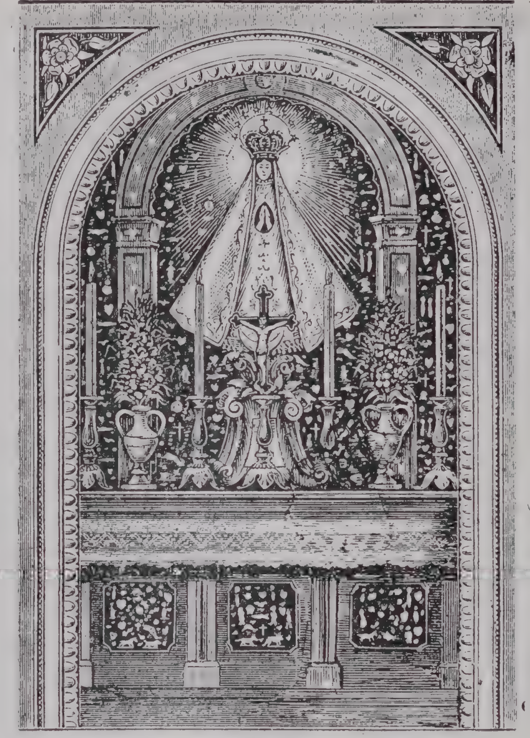
Sin embargo de esta primera respuesta evasiva, pocos días después, a consecuencia de una solicitud de Doña Carmen de Liniers, reclamando los restos mortales de su señor padre, apoyándose en la Ley 3, título 13, partida 1ª, el mismo supremo funcionario ordenó se entregaran las mortales cenizas tan codiciadas, el 9 de Julio de ese mismo año, en la fiesta de los Prodigios de la Santísima Virgen.

¿No sería esta inesperada entrega de los restos mortales, un nuevo prodigio de María de Luján, en favor de su fiel devoto Don Santiago Liniers, quien, poniendo en ella toda su confianza, había mandado formar el Ejército de la Reconquista, instrumento de su mayor timbre de gloria en estas tierras americanas, a la sombra del bendito Santuario de Luján, recibiendo como enseña el pendón donde ella estaba pintada y marchaba como generala de aquel pequeño ejército, conduciéndolo a la victoria.

Terminaremos lo referente al ilustre Liniers con estas oportunas y memorables palabras del General Bartolomé Mitre:

"Gloria es debida al héroe franco-hispano-argentino de la Reconquista y la defensa de Buenos Aires; sobre su tumba pueden darse el abrazo de fraternidad españoles y argentinos y honrar juntos la memoria de un hijo de la heroica Francia".





Altar del Camarín de Ntra. Sra. de LUJAN en 1812 al depositarse en él las banderas arrebatadas al enemigo por los ínclitos Jefes Manuel Belgrano y Domingo French.



Gral. MANUEL BELGRANO
creador de la Bandera Argentina
insigne devoto de Ntra. Sra. de LUJAN
a quien consagró su ejército y gloriosos
trofeos de guerra.

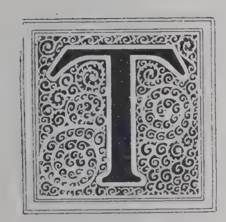


Gral. DOMINGO FRENCH
Siendo Coronel consagró su regimiento
y banderas del enemigo a la
Virgen de LUJAN en su visita al
Santuario en 1812.



CAPITULO IV

Devoción del General Belgrano a Nuestra Señora de Luján. — Pone su carrera militar bajo el amparo y protección de la Virgencita Milagrosa. — Le envía dos banderas arrancadas al enemigo en Salta.



ODOS los más grandes hombres de Estado, escribe uno de los más célebres ministros de guerra de la República francesa, el General Bertaud, todos los más ilustres jefes militares han estimado siempre que el sentimiento religioso era la más poderosa de las fuerzas morales.

"Un ejército, en efecto, es mucho más poderoso por su fuerza moral que por su fuerza real y numérica. La fuerza moral entra por las tres cuartas partes en las cosas militares, mientras que la fuerza real no representa sino una cuarta parte.

"De todos los sentimientos morales, empero, que elevan el corazón del hombre, prosigue el mismo autor, el más poderoso es, incontestablemente, el sentimiento religioso. En él encuentra el soldado la esperanza que le sostiene y fortifica.

"Más que otro ninguno, el hombre de guerra se siente bajo la mano de Dios y necesita creer en la otra vida, para aceptar varonilmente la grande idea del sacrificio.

"He aquí por qué los más afamados capitanes se han siempre afanado por desarrollar en ellos y en sus soldados el sentimiento religioso. La cruz y la espada son armas igualmente victoriosas que siempre se ayudan."

A este punto de vista el General Belgrano es una de las mayores glorias argentinas que merece capítulo aparte.

Cuando en Septiembre de 1810, sale de Buenos Aires, improvisado General, al frente de su pequeño ejército, llegando a la Villa de Nuestra Señora de Luján, se detiene aquí para poner su nueva carrera y sus grandes empresas bajo la protección de la Virgen Milagrosa; y al efecto, manda celebrar una misa solemne en honor de María, a la que asiste personalmente a la cabeza de sus tropas; y después de robustecer su corazón con el cumplimiento de este acto religioso, prosigue, lleno de fe y de esperanza, el camino que le trazara la conciencia, animado por el Maestro D. Francisco Argerich, Cura en aquel entonces del Santuario de Luján.

Pocos meses después de la memorable batalla de Tucumán, encuéntrase Belgrano en Salta en presencia de los realistas, siendo inevitable el choque entre los dos ejércitos. En semejantes circunstancias, Belgrano no dejaba jamás de implorar fervorosamente el auxilio del Cielo; y en este caso concreto, el esforzado y devoto caudillo "ofrece a la Milagrosa Virgen de Luján, parte de los trofeos de la Victoria, si su intercesión le alcanza del Dios de los ejércitos el completo triunfo de las armas de su patria naciente."

Ambos ejércitos contrarios vinieron a las manos el 20 de Febrero de 1913, en las inmediaciones de la ciudad de Salta, siendo esta batalla, si no la más decisiva, al menos una de las más importantes que libraron los patriotas en la guerra de la independencia, por el efecto moral que debía producir en el ánimo de los soldados.

En aquella memorable jornada, fué enteramente batido el General Tristán, coronándose Belgrano de inmarcesibles laureles.

Entre otros trofeos que arrebató Belgrano al enemigo, deben contarse cinco banderas. Destinó una a la Virgen de las Mercedes, de Tucumán, por ser ella Capitana Generala del Ejército Patriota, dos a la ciudad de Buenos Aires, por ser la capital de la Provincia; y las otras dos restantes a Nuestra Señora de Luján, que era la más preciosa prenda de su corazón.

El oficio por el cual anuncia el General Belgrano al Cabildo de Luján la remisión de las banderas, es notable a todas luces, por cuanto en él se consignan los sentimientos de su devoción y gratitud hacia Nuestra Señora de Luján. Esta admirable profesión de fe, quisiéramos verla grabada en letras de oro en el mármol o el bronce y verla colocada para eterna memoria en el Santuario de Nuestra Señora de Luján.

Dice así la referida nota:

"Por la Patria. Al Señor Presidente y demás Señores del Ilustre Cabildo, Justicia y Regimiento de la Villa de Luján, General del Ejército Auxiliar del Perú:

Remito a Usía dos banderas de división, que en la acción del 20 de Febrero, se arrancaron de las manos del enemigo, a fin de que se sirva presentarlas a los pies de Nuestra Señora a nombre del Ejército de mi mando, en el Templo de ésa, para que se haga notorio el reconocimiento en que mis hermanos de armas y yo estamos a los beneficios que el Todopoderoso nos ha dispensado por su mediación; y exciten con su vista la devoción de los fieles para que siga concediéndonos sus gracias. Dios guarde a Usía muchos años. Junin, 3 de Mayo de 1813. Manuel Belgrano".

La fiesta de la colocación de las banderas ante la Sagrada Imagen, tuvo lugar a mediados de Julio de 1813. Y como si Dios hubiese querido recompensar al héroe, el Presidente del Cabildo de Luján que recibía esas banderas, y debía ofrecerlas más tarde en su debido momento, era su propio hermano, Don Carlos Belgrano, quien dirigió las suntuosas fiestas en que aquellas fueron colocadas a los pies de Nuestra Señora de Luján.

Desde la víspera del día señalado para la festividad, llegó a Luján un gran concurso de gente. El Superior Gobierno accediendo a una petición del Cabildo de la Villa, había mandado para esta circunstancia un destacamento de fuerza armada, con su respectiva dotación de oficiales y banda de música militar.

Las Casas Capitulares, así como las de todos los vecinos, estaban profusamente embanderadas.

A la hora determinada, se dirigieron hacia las casas del Ayuntamiento los cabildantes con su traje de ceremonia, los oficiales con su uniforme de gala, los alcaldes de la Santa Hermandad de los diferentes partidos dependientes de la Villa, los principales vecinos de ésta y no pocos notables patriotas que habían acudido de la ciudad, para autorizar con su presencia esta importante función.

Luego que todos los invitados hubieron ocupado sus respectivos sitios en la Sala Capitular, dos de los concurrentes tomaron las banderas y las presentaron abatidas, en señal del triunfo reportado sobre ellas, al Presidente Don Carlos Belgrano, quien al recibirlas hizo una breve arenga, encomiando el memorable triunfo que en la ciudad de Salta habían conseguido las armas, y venerando en los valientes del ejército auxiliador del Perú ese patriotismo admirable, con que, a costa de tantos sacrificios habían afianzado la estabilidad del gobierno independiente de la América y afirmado la nueva Patria Argentina.

Luego se formó la comitiva, la que paseó con toda pompa los dos estandartes por las calles principales, regresando al Ayuntamiento en medio de la fuerza en formación y de un numeroso concurso que unía las manifestaciones de su entusiasmo y regocijo a los acordes de la música marcial.

Al colocarse después las dos banderas a la expectación pública en los balcones del Cabildo donde permanecieron hasta el día siguiente, la multitud rompió en mil y mil vítores a la patria, a los esforzados vencedores de Tristán y más particularmente al ilustre General Belgrano.

Al anochecer del mismo día se iluminaron las Casas Capitulares, verificándose igual cosa en los edificios de todos los vecinos, de conformidad con el bando del Ayuntamiento que así lo disponía.

Ansiosa la gente de ser testigo de una ceremonia, que por lo suntuosa e inusitada llamaba la atención general, además de los que ya dijimos habían acudido la víspera, siguieron viniendo por la mañana del día designado otros muchos, los que, acercándose la hora de la función, corrían en tropel al Santuario, para tratar de asegurarse un lugar en su recinto, pues para tan grande muchedumbre resultaba muy estrecho.

Estaba el Templo profusa y bellamente adornado.

A la hora indicada, entre los festivos repiqueteos de las campanas, las salvas de fusilería, estruendo de toda clase, bombas y cohetes, los acordes de la música militar y las entusiastas aclamaciones de todo el pueblo, fueron conducidas al templo las banderas

conquistadas, en la misma forma y con igual acompañamiento que en el paseo de la víspera.

A la puerta del Santuario esperaba la comitiva del Maestro Don Francisco Argerich, Cura Vicario de este Partido de Luján y Diputado a la sazón a la Asamblea General Constituyente, rodeado de los Curas y Capellanes de las diferentes parroquias de la jurisdicción de Luján y de otros varios respetables eclesiásticos, todos los cuales habían acudido a esta función, no sólo para darle mayor realce y lucimiento, sino también para corresponder a la cortés invitación del Cabildo de la Villa y dar pruebas de su sincero patriotismo.

Luego que hubo llegado el numeroso cortejo al atrio de la Iglesia, el Sargento Mayor, Presidente Don Carlos Belgrano, dirigió la palabra al Maestro Argerich, indicándole que en cumplimiento de la voluntad del General en Jefe del Ejército auxiliar del Perú, venía a poner en sus manos y confiar a su cuidado los nobles trofeos de la victoria de Salta, para que se sirviera a su vez depositarlos, en nombre del General y de su Ejército, a los pies de Nuestra Señora de Luján, en testimonio de público agradecimiento por los beneficios que el Ejército entero confesaba haber recibido de lo Alto, por mediación de esta Soberana Protectora.

El Maestro Argerich recibió en sus manos los gloriosos trofeos, y entrando la comitiva en el recinto del Santuario, en medio de los graves acordes del órgano y de los cantos litúrgicos, fué a depositarlos religiosamente a los pies de la antigua y milagrosa Imagen de aquella misma Virgen Inmaculada que desde lo alto del cielo miraría complacida un semejante espectáculo de fe y religiosidad.

Difícil es explicar la emoción que experimentarían todos los asistentes ante esta sencilla a la par que imponente demostración patriótica, realzada y ennoblecida por aquella severa y augusta majestad que a las funciones públicas imprimen siempre las ceremonias religiosas.

En seguida cantóse una misa solemne; y añade la tradición que un ilustre orador de aquella época, pronunció una notable oración patriótica, terminándose tan memorable función con el canto del *Te Deum*, en acción de gracias por la visible protección concedida por el Cielo a la causa americana.

Durante el día, hubo en la plaza principal regocijos públicos, corridas de toros, juegos de cañas y sortijas. A la noche volvieron a iluminarse las Casas Capitulares y todas las casas particulares, reinando la mayor animación y júbilo en todo el inmenso gentío que había bajado a presenciar estas grandes festividades.

Tal fué, en resumen, la memorable función de la entrega de las banderas arrancadas al enemigo, en la batalla de Salta, y las que en testimonio de su fe, devoción y gratitud, dedicara el inmortal Belgrano a la Milagrosa Virgen de Luján.

Las banderas destinadas por el General Belgrano al Santuario de Luján, no figuran ya al pie de la Sagrada Imagen, pues fueron substraídas posteriormente del Santuario en 1820, sin saberse

ni por quién, ni porqué, ni tampoco el destino que se le diera; pero este hecho de vandalismo no prueba acaso más que la ingratitud de unos, o la rivalidad patriótica de otros, o finalmente la poca religiosidad de terceros, sin destruir por eso la elocuente manifestación de fe que el ilustre General argentino tenía en la Virgen de Luján.

De todos modos, ya en consonancia con estos mismos sentimientos, el 27 de Febrero de 1812, siendo Belgrano organizador de las fuerzas del Rosario en Santa Fe, acaso inspirado por los colores del vestuario de su Virgencita Inmaculada, había enarbolado la inmortal bandera azul y blanca, en cuyo centro irradiaba el Sol de Mayo, como en el seno de María resplandece Jesús, divino Sol de Justicia.

LAS BANDERAS ARREBATADAS

I

¡Se oye en el campo, fragoroso acento!
Y rebramando el viento
Se arroja entre las nubes, que en girones
Van a ocultar el Sol. ¡Tiembla la tierra!
Es el grito de guerra
Pronunciado a la vez por cien legiones.

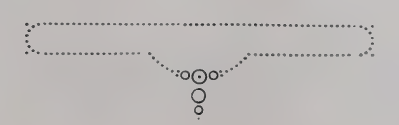
El jinete veloz, el fuerte infante
Con ánimo arrogante
Se lanzan de tropel en la batalla,
Llevando con su diestra la bandera
A donde solo impera
El silbido del plomo y la metralla.

Es que en reñido y desigual combate
El patriota se bate
Contra las huestes del pendón hispano,
Y de la libertad la bella enseña
Se ve ondear risueña
En los brazos robustos de Belgrano.

¡Los aceros se chocan! Negra nube
Hacia los cielos sube
Cubriendo a los soldados con su manto!!...
Mas pronto se descorre el triste velo
Que tapizaba el cielo
Y los iberos huyen con espanto.

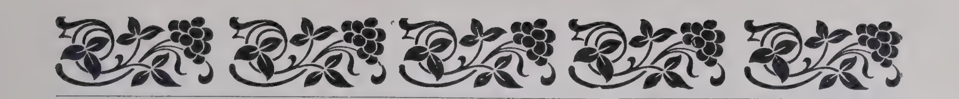
El áureo Sol desde la cumbre enhiesta
Contempla en la floresta:
Besar el polvo, rotas en girones!
Cinco banderas en la lid gloriosas,
Que temieron medrosas
Las más valientes e ínclitas naciones.

G. Granwell.





El 25 de Septiembre de 1812 el Coronel Domingo French con su Regimiento Nº. 3 formando Cuadro en la plaza frente al Santuario, realiza la jura de la Bandera y proclama a la Virgen de LUJAN Patrona de su Regimiento.



CAPITULO V

El Coronel French émulo de Belgrano en su devoción a María de Luján. — La jura Patrona de su regimiento, le promete las banderas que arrancare al enemigo y se las trae personalmente.



N 1812, el fogoso Coronel Domingo French, ya entonces célebre por haber sido Comandante del importante regimiento de la *Estrella* compuesto de la porción más entusiasta de la juventud porteña, recibió del Supremo Gobierno el comando del Regimiento núm. 3, y la orden de marchar hacia las provincias del Norte, con el objeto de reforzar al ejército de Belgrano, ya en vísperas de medirse con el enemigo realista en la famosa batalla de Tucumán.

Antes de ponerse en marcha, el Comandante viendo a sus oficiales y soldados animados de la firme convicción que la causa que sirven es de Dios, les propone elegir a la *Virgen de Luján por principal Patrona del Regimiento,* lo que equivalía reconocerla y proclamarla por su Capitana; moción que aplauden al punto todos los soldados y queda inmediatamente resuelta y sancionada.

Para hacer aún más imponente, si cabe, la ceremonia, determina el Coronel postergar el solemne juramento, con el fin de efectuarlo en la misma Villa de Ntra. Sra. de Luján, para que Ella sea testigo del mismo.

El Regimiento sale de Buenos Aires, el 23 de Septiembre de 1812, victoreado por todo el vecindario de la Capital, que hace votos ardientes por el éxito y triunfo de un cuerpo tan bizarro y patriota.

Desde la diana del día siguiente, el Coronel French despacha un ordenanza con un doble oficio destinado al Cabildo el uno, y el otro al Cura del Santuario, diciendo:

"Señor Cura: El Regimiento núm. 3, de mi cargo, parte en esta hora a acampar del otro lado del Puente de esa Villa, con destino a las provincias del Norte; mañana piensa allí jurar sus banderas, celebrando antes este acto una Misa solemne a la Santísima Virgen de ese título que ha elegido por Patrona; será como a las 10 del día, y creo que con asistencia del Ilustre Cabildo, según se lo suplico en esta hora, y espero que Vd. por su parte prevenga lo

conveniente para la mayor solemnidad; que con todo el costo que por esta razón se haga, se verificará por el Regimiento. Dios guarde a Vd. muchos años. Campamento de la Cañada de Alvarez, a las 6 de la mañana de hoy 24 de Septiembre de 1812. Domingo French".

En 24 de Septiembre de 1812, el Regimiento núm. 3, entró en efecto en la Villa de Luján, y pasó a formar su campamento del otro lado del Puente. Durante todo el día, fiesta de Ntra. Sra. de las Mercedes, el Coronel, los jefes, los oficiales y toda la tropa visitaron el Santuario y oraron con la mayor fe y fervor poco comunes, ante la Sagrada Imagen de su Patrona.

¡Coincidencia notable!

Dos años antes, por estos mismos días de fines de Septiembre, un Ilustre General, arrodillándose igualmente con grande devoción, con todo el ejército ante la Sagrada Imagen de Ntra. Sra. de Luján, poniéndose bajo su poderosa protección. Era Belgrano. Ahora, el 24 de Septiembre de 1812, mientras que el Coronel French se postra muy religiosamente a su turno, con todo su Regimiento, a los pies de la misma Sagrada Imagen, implorando las bendiciones del Cielo sobre las armas patriotas, por la mediación de aquella divina Señora, en aquella misma hora, hállase Belgrano empeñado en lo más recio de la batalla contra el ejército realista; y he aquí que la bendición del Cielo desciende en efecto de un modo evidente sobre las armas patriotas, y en aquel mismo día, el heroico y piadoso Belgrano gana la célebre batalla de Tucumán.

Al día siguiente, 25 de Septiembre, a la hora indicada, el Regimiento núm. 3, se forma en orden de parada desde las Casas Capitulares hasta el pórtico del Santuario. Salió entonces el Cabildo de la Villa, cuyos individuos eran, en aquel año, el Capitán D. José Jerónimo Colmán, el Capitán D. Valentín Olivares, el Alférez D. Roque Jacinto Pérez y D. Francisco Rocha. Acompañaban al ilustre Cabildo el Coronel French, las dos banderas del Regimiento y toda la oficialidad. Al pasar la comitiva ante las tropas, hicieron éstas los honores de estilo, replegándose sucesivamente para formar en vista del Santuario. Entre tanto el clero salió del Templo para recibir al Coronel, al Cabildo y a la oficialidad y presentarles el agua bendita.

Desde el principio de la ceremonia, el Comandante del Cuerpo, tomando entre sus manos las dos banderas del Regimiento, las entregó, puesto en pie, al Cura, quien las colocó a los lados del Altar Mayor, estando la Imagen de Ntra. Sra. descubierta; con esto a las afueras del Santuario, tres descargas de la tropa y repique general de las campanas, y de esta suerte quedó oficialmente reconocido el Patrocinio de nuestra bendita Madre de Luján, sobre el Regimiento núm. 3.

Al concluir la Misa solemne, y cuando todos los espíritus y corazones se hallaban aún bajo la dulce y saludable impresión de la ceremonia religiosa de su consagración a la bien amada Virgen, el Coronel French, poniéndose frente al Regimiento que estaba for-

mado en cuadro en la plaza principal, y teniendo a la vista las banderas de ambos batallones del Regimiento, dirigió a la tropa una breve pero enérgica arenga, sobre la fidelidad que iban todos a jurar a sus banderas.

En seguida él, prestó juramento, el solemne juramento de fidelidad; luego recibiólo de los demás jefes y oficiales, y, finalmente levantando la voz, preguntó a la tropa, con la fórmula prescripta para el caso, si juraba fidelidad a la Bandera de la Patria, a cuya interrogación todas las voces pronunciaron un grito unánime y entusiasta: ¡Sí, juro y amén!

Entonces el intrépido Coronel, conformándose a los usos seguidos, en aquellos tiempos heroicos, desenvainó su espada y la colocó horizontalmente contra el asta de la bandera del primer batallón; mientras que el Teniente Coronel, Comandante del segundo, hacía otro tanto con su bandera, y desfilando sucesivamente todos los soldados besaban, uno tras otro, aquella cruz militar, sellando con su ósculo el juramento que acababan de prestar.

Con esta ceremonia, efectuada a la sombra del Santuario de Ntra. Sra. de Luján, hubo de parecer, a los ojos de nuestros valientes soldados, que su juramento adquiría algo de más sagrado que en otras circunstancias.

No seguiremos aquí el Regimiento predilecto de la Virgen de Luján, en las diversas jornadas de su gloriosa carrera por ser tal digresión ajena al objeto de este libro. Por lo demás, llegamos ahora a la memorable circunstancia en que el mismo Regimiento núm. 3 manifestó nuevamente su sincera devoción a Ntra. Sra. de Luján, y su gratitud por los beneficios por ella conseguidos.

Hallábase nuestro Regimiento, por Mayo y Junio de 1814, entre las tropas que al mando del General Carlos María de Alvear sitiaban la plaza de Montevideo, enérgicamente defendida por el General Vigodet, a la cabeza de 6.000 españoles.

El caso era grave, porque, en efecto, si el ejército patriota alcanzaba la capitulación de Montevideo, era éste, a no dudarlo, un golpe mortal para los realistas; pero, si al contrario, en alguna salida enérgica que hiciera el ejército sitiado, sostenido con las baterías de la plaza, conseguía derrotar a los sitiadores, la causa de los patriotas quedaba gravemente comprometida, pues en este caso Pezuela, envalentonado por sus triunfos recientes de Vilcapugio y Ayohuma, contra Belgrano, podía realizar la ansiada unión de sus fuerzas con las de Vigodet, para hacer un ejército invencible por mucho tiempo.

En tan solemnes coyunturas y a mediados de Junio, recordando el Coronel French el poder y bondad de la celestial Patrona de su Regimiento, y después de haber tomado el parecer de los jefes y oficiales del cuerpo, y obtenido el unánime consenso de la tropa, hace voto a la Santísima Virgen de Luján, por sí propio y a nombre de todo su Regimiento, de donarla y traerle personalmente a la cabeza de todo el cuerpo las dos banderas de su Regimiento número 3, así como los trofeos que por su mediación conquistara

al ejército realista, si llegase la plaza de Montevideo a caer en poder de los patriotas.

La divina María manifestó bien a las claras cuan grata le era semejante demostración de piedad, pues, en ese mismo mes de Junio de 1814, capituló la plaza de Montevideo, y el 23, entró en la ciudad la fuerza del General Alvear, quedando en su poder 5.500 prisioneros y 8 banderas, de las cuales 1 cayó en poder del Coronel French, recibiendo el alto honor todas las tropas de verse declaradas por ley de 27 del mismo mes: "beneméritos de la patria en grado heroico".

Al año siguiente, habiendo recibido French la orden de marchar al Perú, con todas sus tropas, quiso aprovechar la oportunidad para cumplir debidamente los votos hechos a la Santísima Virgen de Luján.

Con ese objeto hallándose ya en camino, dirigió al Cura de la Villa el siguiente oficio en que manifiesta sus intenciones:

"Deseoso el Regimiento de mi mando de cumplir con sus votos para con su Patrona la Santísima Virgen de Luján, a quien ha donado sus dos banderas y otra de los enemigos tomada en Montevideo, suplico a Vd. lo espere para celebrar una Misa Cantada el día de mañana, sin más pompa que la análoga a la precipitada marcha que llevamos al Perú. Dios guarde a Vd. muchos años. Campamento en el Puente de Márquez, 11 de Septiembre de 1814.—Domingo French."

A pesar de la premura del tiempo, espléndida fué la fiesta de la colocación de estas banderas en el Santuario de Luján. La ceremonia recordó en todo la de Belgrano, con esta notable particularidad, que en ésta asistió el mismo French y su Regimiento, y fué el propio jefe quien presentara las banderas a la milagrosa Imagen, circunstancia que no había podido realizar Belgrano sino mediante su hermano Carlos.

Y ahora, ¿quién podría pintar la fe, la emoción, el júbilo, el entusiasmo y la esperanza de todos aquellos valientes guerreros del Regimiento núm. 3, al encontrarse nuevamente, después de tres largos años de ausencia, de combates, de heroicas hazañas y de peripecias de todo género a los pies de la Patrona, de la cual habían incesantemente recibido las señales y pruebas evidentes de la más solícita y constante protección?



ENTREGA DE LAS BANDERAS A MARIA

II

La mañana está hermosa! Suave brisa
Con alegre sonrisa
Tiende su vuelo entre las gayas flores...
Viste a los cielos de rosada aurora
Que el sol naciente dora
Con sus rayos de luz multicolores.

Todo respira paz... Dulce contento!
Hasta el sutil aliento,
Que perdiera al morir la flor marchita,
Revive al roce de la brisa pura
Que en la verde espesura
Corriendo sin cesar se precipita.

Y vuelven con más júbilo las aves
Cuyos cantares suaves
Se pierden al pasar por la enramada!
Y el arroyo que corre en la pradera
Su linfa más ligera
Arrastra por la pampa dilatada!!!

Mas, ¿qué rumor escúchase lejano
Sobre el inmenso llano!
Cual redoble creciente de atambores!
Y gritos de victoria! y alegría
Se mezclan a porfía
Con el trotar de potros voladores?

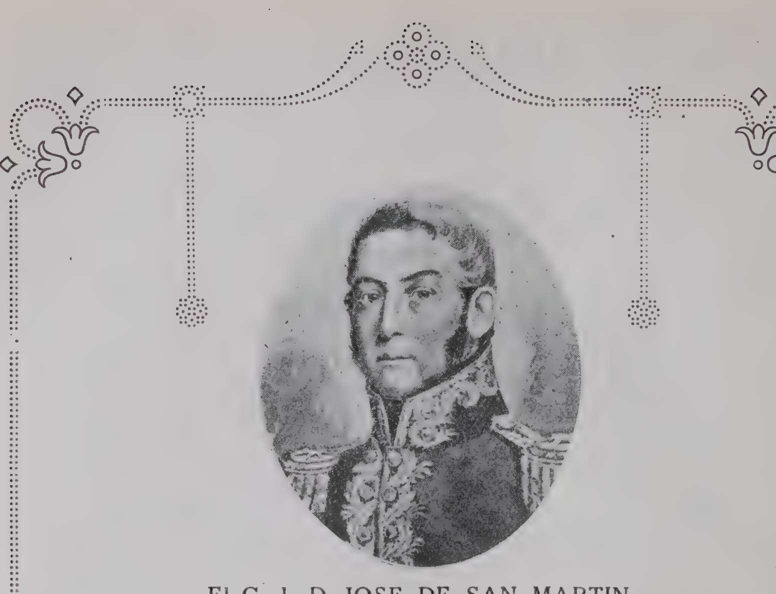
Es el pueblo que lleva entre sus manos
Dos pendones hispanos
Rotos en el fervor de la pelea!...
El héroe del combate los destina
A la Virgen divina
Que le ayudó en su lucha gigantea.

¡Ved cual se acercan! Ante el ara santa
En que posa su planta
La dulce Reina del porteño suelo!
Se deposita la gloriosa presa
Que de halagar no cesa
El sacro incienso al ascender al cielo!

Loor eterno! Inmarcesible gloria!
A la noble memoria
del gran French y del ínclito Belgrano
Que levantaron con piedad sincera
A la celeste esfera
La Religión del pueblo Americano!!...

D. Granwell.





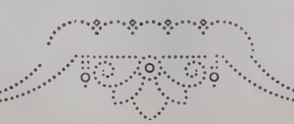
El Gral. D. JOSE DE SAN MARTIN
visitó dos veces a la Virgen de LUJAN al venir de incognito y vencedor de Maipo y Chacabuco el 10 de Mayo de 1818 y después de libertar al Perú al retirarse del ejército el 5 de Diciembre de 1823.



Gral. Gregorio Las Heras
siguió a San Martín en toda la campaña.



Gral. D. Tomás Guido
el inseparable secretario de San Martín.




CAPITULO VI

Nobleza de alma del General San Martín para con Belgrano y viceversa. — Admirable conducta de Belgrano detenido preso en Luján. — Su muerte edificante.



ESPUES de la brillante batalla de Salta, el Gobierno, en vista de la formación en Montevideo del ejército español a las órdenes de Vigodet, había recomendado a Belgrano "que en precaución de cualquier mal resultado se abstuviese absolutamente de empeñar ninguna acción general, procurando conservar a toda costa aquel ejército que era la única esperanza que restaba".

Pero Belgrano temía que la inacción envalentonara al enemigo y le hiciese creer que flaqueaban las fuerzas patriotas. Viéndose atacado, libró batalla sufriendo la doble derrota de Vilcapugio y Ayohuma por haber sido reforzado el ejército español, durante los últimos tiempos.

Después de este descalabro, "el general San Martín, que desde Buenos Aires había conducido fuerzas para el ejército de Belgrano, por disposición del Gobierno tomó el mando en jefe de aquella aniquilada legión y la condujo a la ciudadela de Tucumán, para organizarla convenientemente.

Por los informes de varios jefes, y en especial del Comandante Dorrego, llegó a deducir que no era el camino del Alto Perú el mejor para expedicionar sobre Lima, y que sería muy difícil el éxito de las empresas conducidas por tales montañas.

Convencido de lo imposible que era verificar aquel pensamiento, renunció en breve el mando del ejército retirándose a la provincia de Mendoza por razones de salud.

La situación personal del General Belgrano era difícil en presencia de San Martín, y comprendiéndolo este último trató de atenuar los disgustos que sufría Belgrano después de las dos derrotas que sabemos. Apercibiéndose de cierta desinteligencia entre Belgrano y Dorrego por las burlas que éste le dirigía sin ninguna moderación, resolvió sacarlo del ejército y enviarlo a Buenos Aires; pero como se trataba de un oficial benemérito cuya valentía en los últimos combates era digna de las mayores consideraciones, lo recomendó

altamente al gobierno de la capital, como persona distinguida, cuyos servicios podrían ser de utilidad en otra parte''.

Esta atención de San Martín no pasó desapercibida a los ojos de Belgrano, y cuando éste recibió orden del superior gobierno para permanecer detenido en Luján, testigos presenciales podrán contar que hacía grandes elogios del General San Martín a quien acababa de entregar sus tropas, y sólo se preocupaba de exhortar a las poblaciones al respeto del gobierno y a la obediencia a las autoridades.

La grandeza de alma y el patriotismo no se han desmentido nunca en Belgrano. Cuenta la historia que cuando enfermo de cuerpo, quebrantado de espíritu y lacerado el corazón por las injusticias y aún por las injurias que recibiera, después de sus infortunios, de parte de aquellos mismos compañeros de armas a quienes había distinguido y querido con preferencia, viéndose detenido por orden del Gobierno en esta Villa de Nuestra Señora de Luján, alma grande y resignada en la adversidad, visitó nuevamente este Santuario, donde sus ojos pudieron contemplar flameantes ante la Sagrada Imagen, los gloriosos trofeos de su triunfo que él mismo dedicara a la milagrosa Virgen, y arrodillándose devotamente ante la venerable efigie, oró con fervor y efusión, implorando, sin duda, fortaleza y cristiana resignación.

No contentándose con su acción personal en bien de la causa libertadora a que había consagrado todas sus fuerzas, incitaba al Cura Párroco de Luján a que en sus sermones y en sus pláticas predicase la concordia, la unión entre los argentinos a fin de que más pronto pudiese terminar la guerra con el triunfo de la plena independencia.

Llamado poco después a Buenos Aires, sigue desde allí exhortando al Cura de Luján a que persevere siempre en lo mismo.

En Abril de 1816 fué cuando el maestro Argerich recibió de Don Manuel Belgrano la célebre carta en que éste se lamenta por el triste rumbo que iban tomando las cosas al doble punto de vista político y social, y le pide lo contrarreste en cuanto de él depende. He aquí la carta:

''Cuando el monstruo de la anarquía aparece en un Estado, cuanto hay de sagrado exige que se contraiga la atención a destruirlo por todos los medios que la razón, la prudencia y la fuerza bien administrada pueden presentar; pero siendo más poderosa para tales cosas la fuerza moral que procede de la opinión, y conociendo yo que ésta sólo puede afirmarse desde la cátedra del Espíritu Santo, que, con nuestra Religión, veo expuesta a su ruina, a la par que las demás instituciones civiles que nos gobiernan, me dirijo a encargar a usted, con el mayor encarecimiento, que predique y exhorte a nuestros ciudadanos, cuyas almas dirige, para que no le den entrada, y sí, por el contrario, se empeñen en conservar el orden, haciéndoles ver las funestas consecuencias a que se exponen, y que nuestra ruina así física como moral, es inevitable si le dan la más mínima entrada a la fiera horrenda que concluirá por devorarnos a todos.

Espero, pues, que considerando usted que sólo me conduce el deseo de la tranquilidad general, el sostén de nuestra Santa Religión, y el de que haya un orden mientras no se señale por quien corresponda el que debemos seguir, querrá contribuir por cuantos medios estén a su alcance a tan justos fines, advirtiéndome lo que pueda estar de mi parte para cooperar al mismo objeto, seguro de que me hallará pronto a emplear todos mis esfuerzos por él. Dios guarde a usted muchos años. Cuartel General en el Rosario, Abril 3 de 1816. — Manuel Belgrano.''

Finalmente, en Marzo de 1820, cuando ya amagaba la terrible anarquía de aquel año fatídico, tres meses antes de su muerte, después de nuevas tribulaciones y adversidades, habiendo apurado hasta las heces la copa de la ingratitud y perfidia de sus oficiales y subalternos rebelados contra su autoridad en Tucumán, volvió a transitar, casi moribundo, por esta Villa de Nuestra Señora de Luján. Visitó nuevamente, pero por postrera vez, su amado Santuario; y conociendo ya, sin duda, que era próximo el fin de su noble y bien llenada carrera, ¿con qué fervor y confianza no imploraría el supremo auxilio de la que siempre había invocado como a Patrona de su amada Provincia y Protectora de su ejército?

Llegó ya rendido a Bs. Aires el valiente e irreprochable soldado. Tres meses aún permaneció enfermo. Una de sus últimas palabras fué esta que deja admirablemente traslucir a la vez, su fe religiosa y su ardiente patriotismo: ''Estoy pensando en la eternidad a donde voy, y en la tierra querida que dejo. Yo espero que los buenos ciudadanos trabajarán por remediar sus desgracias.''

Belgrano murió como siempre había vivido, cual valiente y fervoroso católico. Está sepultado en el atrio del templo de Santo Domingo de Buenos Aires en un magnífico sarcófago de mármol y bronce que unos cuantos ángeles llevan a la gloria en triunfo.



BELGRANO PRESO EN LUJAN

III

El templo está en silencio sordo y mudo
Como el dolor agudo
Que al triste corazón ha deshojado!
La columnia fría! el tosco techo!
Infunden en el pecho
Mortal angustia y un terror sagrado.

Al pie del ara un venerable anciano
Cuyo cabello cano
Marca el estigma de la edad doliente!
¡Llora!... ¡Gime!... Parece combatida
Su cabeza abatida
Por la desgracia y el dolor creciente!!

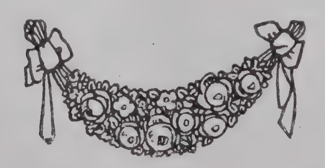
¡El odio vil! ¡La pérfida fortuna!
Que marchitó una a una
Las bellas flores de sus puras glorias,
Pretenden deslustrar con lodo inmundo
A los ojos del mundo
El fúlgido esplendor de sus victorias!

¡Alza al cielo su mano temblorosa!
¡Plegaria cariñosa!
Su mustio labio con fervor murmura,
Que sube humilde y de hermosura llena
A la región serena
Que adora con su luz la Virgen pura!

Al parecer la Virgen le consuela
Porque su rostro vela!
La paz y la alegría... ¡Es Belgrano!
Que se encuentra en el fondo sumergido
De aterrador olvido
En que le vió gemir un pueblo hermano.

¡Sombrío manto! ¡Funeraria loza!
La lidia vergonzosa
Cubra del tiempo que la patria llora!
Mientras cantamos la piadosa hazaña
Que la pasión no empaña
Del héroe grande que hoy el pueblo adora!

D. Granwell





Brigadier Cornelio Saavedra
Primer Presidente de la
Junta en 1810
pasó mucho tiempo en Luján

Gral. Matias Zapiola
fué fervoroso devoto de
MARIA DE LUJAN



Gral. D. José Rondeau
residió en Luján

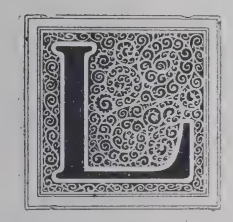


Gral. José Martín Pueyrredón
compañero inseparable de
San Martín, se desterró
voluntariamente y volvió a su
patria después de 3 años.



CAPITULO VII

Devoción de los demás próceres de la Independencia a María de Luján.—Sus frecuentes visitas al Santuario.—Legendaria unión de la cruz y de la espada en todo tiempo.



A digresión que nos hemos permitido hacer en obsequio a la devoción a María de Luján por parte del General Belgrano y del Coronel French no debe hacernos olvidar la de tantos otros próceres, devotísimos como ellos de esa buena Madre. Casi todos los jefes y oficiales, así como todo el ejército de aquellos heroicos tiempos, veneraron la Sagrada Imagen de Luján, distinguiéndola con ricas ofrendas y particulares muestras de especial devoción.

Tendríamos que extralimitarnos si quisiéramos consignar aquí, en detalle, todos los rasgos de piedad hacia nuestra Augusta Patrona, con que aquellos verdaderos héroes edificaron entonces y estimularon en la grande obra de la libertad de su patria, así al pueblo como a sus soldados.

No podemos, sin embargo, resistir al deseo de mencionar siquiera algunos nombres de tantos ilustres devotos de la Virgen de Luján.

Es un Nicolás de la Quintana, padre de dos jefes célebres en las guerras de aquella época, el cual, Comandante General de toda la frontera durante muchos años, elige su domicilio en la Villa de Nuestra Señora de Luján, y, grande devoto de la Virgen, se estima altamente honrado por haber sido elegido para desempeñar el cargo de Mayordomo de la Cofradía del Rosario, canónicamente erigida en este Santuario.

Es el Brigadier D. Cornelio de Saavedra, Jefe del Estado Mayor General, el Primer Presidente de la Junta formada en el mismo día 25 de Mayo de 1810, el cual nombrado en 1819 Delegado General del Gobierno para el mando de todas las fuerzas de la campaña "establece su cuartel general en la Villa de Luján, solicitando del Cura Vicario, el favor de residir, él y su Estado Mayor, en las mismas viviendas del Santuario, y edifica durante más de seis meses a todos los moradores de este vecindario, por su asiduidad al templo,

por la perfecta devoción con que oye diariamente la Santa Misa con todo su Estado Mayor, subiendo con frecuencia hasta el Camarín de la Virgen donde ora humildemente arrodillado ante la Sagrada Imagen".

Es el Brigadier D. Juan Ramón Balcarce, Jefe él también del Estado en una ocasión, y que con toda su familia, pasa largas temporadas en esta Villa "donde tiene casa propia, y cuya particular y tierna devoción a la Virgen de Luján es, en aquellos años, como proverbial entre los vecinos de este pueblo".

Son los generales Pueyrredón, Rondeau, Martín Rodríguez, Viamont, Alvarez y Thomas, todos sucesivamente Directores del Estado, y muchos otros, los que en diferentes circunstancias, y cuando solos o a la cabeza de sus ejércitos hubieron de transitar por esta Villa, jamás dejaron de visitar el célebre Santuario, orar con fervor ante la Sagrada Imagen, e implorar para sus empresas la protección de la milagrosa Virgen de Luján.

Es el Brigadier General Don Miguel Estanislao Soler, el cual, acampado con su numeroso ejército, durante cerca de un año, en las inmediaciones de la Villa de Luján, manda en "todos los domingos y días festivos el ejército o parte de él a la Misa Mayor con la banda de música y cajas".

Son el General Belgrano y el Coronel French que rivalizan en su devoción a María de Luján, en frecuentes visitas, y en dedicarle los trofeos de sus victorias, como ya extensamente hemos dicho.

Es el General San Martín, el héroe legendario que ha merecido perpetuar su memoria en las estátuas erigidas en las plazas públicas, y obtenido el mausoleo bajo la bóveda de nuestra Iglesia Metropolitana, cuando en 1818 regresaba victorioso de Chile, vencedor en Maipo y Chacabuco, y más tarde cuando en 1823 volvía del Perú a recoger, como premio a su abnegación y heroísmo, la ingratitud de sus contemporáneos, visitó el Santuario acompañado por muchos jefes y oficiales de su ejército vencedor.

Es el malogrado Coronel D. Manuel Dorrego, quien, desde su estancia de Baudrix, donde pasaba largas temporadas, manda frecuentemente celebrar misas en el Camarín de la Virgen de Luján, y no pocas veces se costea desde dicha estancia a este Santuario para oírlas personalmente.

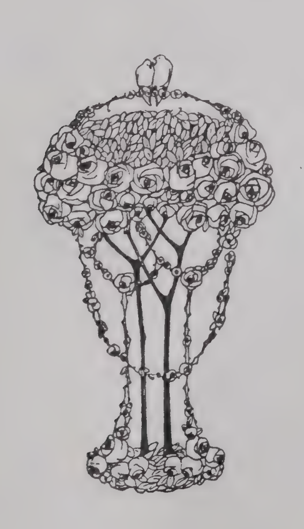
Es el piadoso y simpático General Zapiola, descendiente del benemérito constructor del segundo Santuario de Luján, D. Juan de Lezica y Torrezuri, el cual habiendo recibido de sus mayores como la más preciosa herencia, la devoción a Nuestra Señora, la transmite fielmente a sus descendientes. Este glorioso compañero de San Martín, que "antes de morir, pudo comunicar a los suyos, que ni un solo día, en su larga existencia, había pasado sin rezar a la Virgen, la devota oración de San Bernardo: *Acordaos oh piadosísima Virgen*. Juntamente con el escapulario de Nuestra Señora del Carmen, llevaba constantemente y hasta su muerte, sobre su pecho, una medalla de la Virgen de Luján, que consideraba como

un precioso talismán contra tantos y tan graves peligros a que se vió expuesto en su azarosa vida de soldado. Cada vez que emprendía una nueva y gloriosa jornada, pedía al Capellán de la Virgen se sirva celebrar una Misa a su intención ante su Sagrada Imagen, para llamar las bendiciones de tan poderosa intercesora sobre todas sus empresas".

Los restos mortales de este esforzado soldado y piadoso devoto de María de Luján, descansan hoy día en la tumba que fué de Don Juan de Lezica y Torrezuri, en la Iglesia de Santo Domingo de Buenos Aires, especie de panteón donde varios héroes de la Patria esperan, como nuestro Zapiola, el turno de su glorificación.

¡Oh! cuán bello y consolador es ver desfilar primero ante el trono de María de Luján, todos esos mismos heroes y próceres que Julián Charras verá pasar un día:

"Plenas las miradas de chispas de Sol,
Integros sus actos igual que su honor,
Tal como un cortejo de sombras augustas
Conduciendo el arca de Mayo hacia Dios."



LA BANDERA DE MAYO

De tu vestidura real, todo primores,
Los bellos y suavísimos colores.
¡Oh, Virgen de Luján! nuestra bandera
Se apropió placentera,
Y al contemplarla tremolante y suelta
Como deidad esbelta,
Nos recuerda su célica hermosura,
Tu Concepción Inmaculada y pura.

¡Oh, la Bandera grande entre las grandes,
De azul de cielo nieve de los Andes!
Dióle al crearla en venturoso día,
Los tintes, la armonía
De tu ropaje bicolor, ufano
El ínclito Belgrano,
Por eso al verte a ti se piensa en ella,
Y por eso, como gloriosa, bella.

¡Oh, la Bandera límpida de Mayo!
Si ella reluce de su Sol al rayo,
Ante el cual majestuosa se despliega,
Si esplendente en la refriega,
Si fulgura y flamea en la victoria,
En tus días de gloria,
Cuando a tus pies ondulan sus cendales,
Brillan más sus colores celestiales.

Es porque allí proclamaste, Señora,
De su tierra feraz y encantadora,
Donde brotan las flores a porfía
Por darte su ambrosía;
Donde pueblan los pájaros el aire
Por cantar tu donaire;
Donde el sol, las estrellas y la luna,
De alumbrarte cifran su fortuna.

¡Oh, que siempre te rinda su homenaje
La que es rico girón de tu ropaje!
¡Oh, que nunca la manchen con sus manos,
Serviles ni tiranos!
Protégela tu amor, tu amor divino,
Y haz que cada argentino
Copie la alta virtud de tu alma bella,
Como ha copiado tus colores ella!

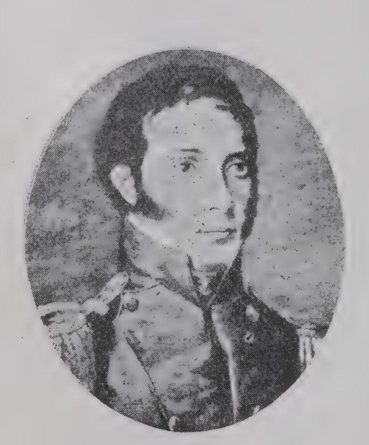
S. Fernández.



Gral. D. MIGUEL E. SOLER
proclamado Gobernador y Capitán General de la campaña de Luján.



Gral. MARIANO NECOCHEA
sincero devoto de Ntra. Sra. de LUJAN, acompañó a San Martín en Chile y Perú.



Coronel MANUEL DORREGO
pasaba largas temporadas en Luján; visitó muchas veces su Santuario.



Brigadier JUAN RAMÓN BALCARCE
tenía casa propia en Luján, con su familia visitaba seguido el Santuario.







CAPITULO VIII

El Cabildo de la Villa en unión con los oficiales y Jefes de la milicia ciudadana nombran al General Soler Gobernador de la Provincia y logran imponerlo como tal a la Junta de Buenos Aires.



HEMOS dicho que siempre que ha sido necesario el valor de los hijos de la patria para defender su territorio o el imperio de sus instituciones, el Cabildo y el pueblo de Luján ha respondido dignamente al llamado del patriotismo.

De lo primero tenemos una prueba patente, en el reclutamiento que se hizo de fuerzas en Luján para la defensa y Reconquista de Buenos Aires; de lo segundo tenemos una demostración elocuente en el hecho importante que vamos a narrar.

Desde los últimos días de 1819, el General Don Miguel Estanislao Soler, había acampado en las inmediaciones de la Villa de Luján, al frente de un ejército relativamente poderoso, en el que, unido a la tropa veterana, figuraba gran parte de la milicia de la Provincia. El General Soler se colocaba en Luján como en un punto estratégico, para desde allí poder seguir, acompañar, o cambiar los acontecimientos que se producían o podían producirse en la ciudad de Buenos Aires.

La anarquía había adquirido sus formas más agudas. Las situaciones se cambiaban a cada hora. El Gobernador elegido en la mañana de un día, era destituído a las doce por otro nuevo gobernante, que a su vez dejaba de serlo por la noche.

Estas continuas incertidumbres de la capital reflejaban de una manera funesta sobre todas las poblaciones de la Provincia.

En estas circunstancias, el Cabildo de Luján se resolvió a asumir personería como representante de los intereses generales, y a desempeñar un papel importante que le ha señalado distinguido lugar histórico en los acontecimientos de aquel año.

Entonces fué cuando, el Cabildo de Luján, así como los jefes y oficiales de la milicia ciudadana que formaba en el ejército del General, cansados de tantos cambios como se efectuaban incesantemente en el Gobierno del Estado, resolvieron constituir una asamblea, que como la del 22 de Mayo de 1810 y que llamaron también "Cabildo Abierto", pusiera remedio a este mal.

Allí, en la plaza pública, reunidas las autoridades, militares y pueblo, el 17 de Junio de 1820, se aclamó Gobernador y Capitán General de la Provincia al Brigadier General Don Miguel Soler, asumiendo el Cabildo de Luján la representación de la campaña por ser él el único Cabildo constituído que en ella existía.

El mismo día, ese hecho se puso en conocimiento de las autoridades de los partidos vecinos, siendo inmediatamente reconocido el General Soler como Gobernador por los partidos de Las Conchas, San Fernando, Cañada de Giles, San José de Flores, Chascomús, Lobos, Salado y otros. El Cabildo de Luján comunicó este mismo día al General Soler la designación que se había hecho de su persona como Gobernador y Capitán General de la Provincia para bien de la misma y del país entero.

El General Soler le responde también el mismo día en la forma siguiente:

"Muy Ilustre Cabildo, Justicia y Regimiento de la Villa de Luján: He recibido y me he impuesto de la representación que han elevado a V. S. los Señores Jefes y Oficiales de estas Milicias de Caballería de la campaña, y me ha dirigido V. S. con nota de este día. Ella hace a mi persona un singular honor, por el que a mi nombre espero se servirá esa Ilustre corporación tributarles las más expresivas gracias, como yo lo hago directamente a V. S., pero respecto a hallarse existente y en sus funciones la Honorable Junta de Representantes, he determinado remitirle una copia de aquélla, y desearía si fuese posible se aguarde la resolución de dicha Honorable Junta sobre el reconocimiento, que ha decretado V. S., de Gobernador y Capitán General en mi persona. Tengo el honor de ofrecer a V. S. mis respetos y consideraciones. — Campo de Libertad, 17 de Junio de 1820. — Miguel Soler."

Momentos después y acallados sin duda los escrúpulos del General Soler, éste escribe oficialmente al Ayuntamiento lo siguiente:

"Muy Ilustre Cabildo, Justicia y Regimiento de la Villa de Luján: Si me decidí a dirigir en copia a la Honorable Junta la representación de los Señores Jefes y Oficiales de Milicias que se hallan reunidos al frente de esta Villa, y esperar su resultado, fué porque estaba persuadido que ese Honorable Ayuntamiento y los dignos habitantes de su jurisdicción se hallaban representados en aquélla por medio de su Diputado. En este momento acabo de saber que no lo está, y por consiguiente no tengo embarazo ya en servir la honra con que se me distingue, protestando de nuevo no perdonaré sacrificio alguno para llevar adelante así la seguridad de la Provincia como la tranquilidad y sosiego de los beneméritos habitantes de la campaña. Tengo la honra de ofrecer a esa Honorable Corporación mis respetos. — Campo de la Libertad, 17 de Junio de 1820. — Miguel Soler."

Después de mucho tira y afloja, como era natural lo hubiera, con el Cabildo de Buenos Aires; por fin este Cabildo, concede el reconocimiento, como consta en el libro de acuerdos de 1820, foja 87, que dice:

"En acuerdo extraordinario de 23 de Junio de 1820, del mismo Cabildo de Buenos Aires, se apersonó en la Sala el Señor Brigadier D. Miguel Estanislao Soler nombrado Gobernador y Capitán General de la Provincia, prestó el juramento de ley ante el Señor Presidente, y quedó posesionado del empleo: y mandaron los S. S. se publique inmediatamente por el Bando para que se le tenga y reconozca por tal Gobernador y Capitán General, e imprima para noticia del público."

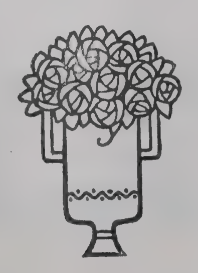
Esta solución fué en gran parte debida a la comunicación que hiciera de su nombramiento el mismo General Soler a la Junta de Representantes que funcionaba en la Capital, pidiendo su reconocimiento con fecha 19 de Junio de 1820.

Sin la firme persuación de obrar según las intenciones y el apoyo de María, este acto de audacia y de gobierno, no se habría emprendido y habría sido mirado como una ridícula fanfarronada de las autoridades de un villorio, alzándose contra el poder de la capital de la Provincia.

Por otra parte, como el General Soler estaba al frente de un ejército poderoso, y avanzaba sobre Buenos Aires desde su famoso "Campamento de la Libertad", y como era menester buscar y encontrar solución a aquella terrible anarquía, el hecho fué que el General Don Miguel Soler, electo Gobernador y Capitán de la Provincia por el Cabildo de Luján, fué reconocido en ese carácter por la Junta de Representantes y por el Cabildo de Buenos Aires.

Apenas en ejercicio del mando, el primer acto del General Soler, fué poner el hecho en conocimiento del Cabildo de Luján, como si hubiese querido señalar con un acto oficial de gobernante, el triunfo político de sus entusiastas electores.

En todos estos acontecimientos no fué pequeña la influencia que ejerció el culto de María de Luján. El ejército de Soler oía misa todos los domingos en el Santuario; muchos de sus jefes y oficiales comulgaban en su Camarín, y casi todos los soldados llevaban consigo medallas con la efigie de la Virgencita de Luján o cintas de la medida de su altura a las que se tenía y se tiene todavía especial devoción.




Ave
Amparadnos
Gran Seño
Virgen Santa
de Luján
Maria
Inm da Conn
8 Dec 1854
Visita el Santo
18 Eno 1824
En 17 y 18 de Enero de 1824.
S. S. Pio IX entonces Juan Mastaï Ferretti
Visita el Santuario de Nra Sra de Lujan



CAPITULO IX

Decreto expoliador de Rivadavia.—Protesta del celoso Cura Argerich.—Visita al Santuario del Nuncio Apostólico Monseñor Muzzi en compañía del Canónigo Mastái Ferretti, futuro Papa Pío IX.



UIEN había de decir que el himno de amor y gratitud a María de Luján, coreado tan unánimemente por los próceres de la Independencia y tantos otros ilustres ciudadanos había de tener en breve su nota discordante?

Y, sin embargo, la tuvo, en el mal aconsejado decreto de Incautación de los bienes del Santuario suscripto por Rivadavia con fecha 1º de Julio de 1822.

Decimos mal aconsejado, porque nos halaga el pensar que sin esto Rivadavia no lo habría firmado, pues si bien bebió algún tiempo en las cenagosas aguas del liberalismo, con todo, siempre conservó un fondo de piedad cristiana como se desprende de su testamento que veremos más adelante. No falta quien añada que en 1822 Rivadavia no era más que el Ministro de Gobierno del General Rodríguez; pero se sabe que como tal, él era el alma de la Administración Nacional.

Sea lo que fuere, lo más claro del caso es que a consecuencia de este triste decreto, el Santuario se vió pronto en la imposibilidad de hacer frente a los gastos de su conservación material y a la solemnidad acostumbrada del Culto de María.

Es verdad que el Decreto disponía en su Art. 3º que "las primeras cantidades que produzcan las rentas de los bienes del referido Santuario serían destinadas a la reparación del templo de Luján, con arreglo al informe y presupuesto que el Jefe de Ingenieros ha presentado y aprobado".

Pero esto no debía pasar nunca de ser un simple buen deseo, frustrado acaso por las circunstancias difíciles por que pasaba el país; en todo caso no constituía más que un beneficio transitorio y por una sola vez, en cambio de un fondo seguro y estable con que hacer frente a cualquiera eventualidad en el porvenir.

Todas estas consideraciones no escapaban a los fieles devotos de María. Pero, ¿qué hacer? El Cabildo de Luján, tan poderoso y celoso en otros tiempos para defender los intereses de la Villa

y del Santuario, había perdido su entidad política en virtud de la ley de 28 de Diciembre de 1821, que dice terminantemente en su Art. 1º: "Quedan suprimidos los Cabildos, hasta que la Representación crea oportuno establecer la Ley de Municipalidades".

No quedaba, pues, más que la autoridad religiosa; y como las razones que fundamentaban el decreto parecían atacar algún tanto al Maestro Argerich, Cura del Santuario, éste como buen sacerdote y gran patriota que era, elevó al Superior Gobierno, un humilde pero bien razonado Memorial, que le honra sobremanera en el doble carácter que investía, y que reduce a polvo los fundamentos del decreto.

Decíase, entre otras cosas, que los bienes del Santuario no tenían otro objeto que el culto de una Imagen, sin rendir ningún servicio al Estado. Argerich demuestra lo contrario, recordando que tanto su propio Curato como las haciendas de la Virgen habían servido a las tropas y su oficialidad durante meses enteros. Y que por fin ese no es el objeto del culto rendido a Dios y a los santos, sino de un modo indirecto como ser la moralización de los habitantes; no siendo, por cierto, entre los devotos de María, donde se reclutan los bandidos y criminales que llenan las cárceles y que tanto cuestan al erario público.

Pero "quod scripsi, scripsi", lo escrito, escrito está. El 26 de Noviembre de 1825, se enajena la esquina Este de la cuadra del Santuario en favor de D. Joaquín Menchaca, a trueque de un terreno situado a 10 cuadras Nordeste, camino del Pilar, para trasladar allí el Cementerio, que hasta entonces había estado junto a la Iglesia. Más tarde se enajena la esquina Oeste donde estaban los caserones de la hospedería del Santuario; y así todo lo demás. Pero pasemos a otra cosa...

En la tarde del día 17 de Enero de 1824, que era un sábado, llegaban por el camino de Buenos Aires a la Villa de Nuestra Señora de Luján "dos carrozas tiradas por 4 caballos cada una de ellas. En pos de las dos carrozas, seguía una carreta cargada con todo género de equipajes, tirada así mismo por cuatro caballos. Sobre cada uno de éstos, que estaban atados a dichos vehículos, iba montado un jinete que lo guiaba. Precedía a este cortejo una ordenanza en gran uniforme".

Al avanzar estas carrozas por la calle Real de la Villa, todos los vecinos de ella se agolpaban en ambas veredas, a las puertas y ventanas de las modestas casas, ostentándose en todos los semblantes una extremada curiosidad y juntamente un profundo respeto.

La casa de Posta de la Villa, donde solían posar todos los que siguiendo viaje hacia las provincias, pasaban por esta localidad, se llamaba "La Posta de Núñez", estaba situada rumbo al Sur en la esquina de la cuadra inmediata tras el Santuario de Nuestra Señora de Luján. Allí estaba esperando a los misteriosos viajeros, el Cura párroco, el bien conocido Maestro Argerich, acompañado de algunas personas notables del vecindario.

Luego que las carrozas hubieron hecho alto, bajaron de ellas un Prelado eclesiástico de venerable aspecto, tres clérigos, un religioso de Santo Domingo y algunos pajes.

¿Quiénes eran estos personajes, cuyo tránsito por esta Villa, acostumbrada, sin embargo, a ver a menudo pasar por sus calles las más variadas comitivas, tenía el privilegio de despertar en todos sus vecinos tanto interés y tan vivas demostraciones de respeto y veneración?

El venerable Prelado era el Excelentísimo Señor Arzobispo de Filipo, Monseñor D. Juan Muzzi, Nuncio Apostólico con destino a Chile, el primer representante de la Santa Sede, que hollaba este suelo americano; el religioso domínico era el Rdo. P. Fray Raymundo Arce que regresaba de Roma a la tierra de su nacimiento; y los clérigos eran el Deán de la Catedral de Santiago de Chile, D. José Ignacio Cienfuegos, agente del Gobierno de aquella Nación en la Corte del Vaticano; el Abate D. José Sallusti, historiógrafo de la expedición; y el más joven de ellos, que atraía sobre su persona las miradas simpáticas de todos, por la distinción y nobleza de sus facciones, por la afable mansedumbre que resplandecía en sus límpidas miradas, por la atractiva afabilidad de su habitual y dulce sonrisa, y por ese no sé qué de grande que suele traslucirse en el semblante de todos aquellos que están llamados a altos destinos, y que es como el sello visible del genio y de la predestinación; el más joven de todos, decimos, era el Canónigo D. Juan Mastái Ferretti, quien pasados tres lustros había de sentarse en la Silla Apostólica, y llenar el mundo entero, bajo el título de Pío IX, con la fama de su nombre, de su grandeza, de sus virtudes, de sus ingentes tribulaciones, y acaso un día con el honor de los altares y la aureola de los santos.

Cuando en 1º de Enero de 1824, llegaron a Buenos Aires el Vicario Apostólico y sus compañeros, el pueblo tan profundamente religioso de esta ciudad, les recibió con indecible entusiasmo, y todas las principales familias los acogieron con las más altas consideraciones.

"El Gobierno de Rivadavia, al contrario, se condujo con ellos como podía esperarse de quien publicara recientemente los tristes Decretos de expoliación que conocemos. Molestado Rivadavia del entusiasmo despertado por el Representante de la Santa Sede, le mandó que abandonara la ciudad lo más pronto posible. A fuerza de súplicas, el Provisor de la Diócesis había conseguido del Nuncio que daría Confirmaciones en la Catedral, por haber pasado muchos años sin que se hubiese administrado este Sacramento, "se habían puesto carteles por todas partes, para anunciar el día determinado, " pero algunas horas antes de ejecutarlo, pasó oficio el Gobierno " prohibiendo se diera la Confirmación; y cuando intentaron recla- " mar, Rivadavia fingió una indisposición para dispensarse de reci- " bir a nadie".

"Además, conocedor, Rivadavia, del profundo espíritu religioso que reinaba entre los virtuosos moradores de la campaña y más particularmente en esta Villa de Nuestra Señora de Luján, había despachado a las autoridades de la misma, órdenes conducentes a estorbar toda demostración en favor del Nuncio. Conviene, se decía textualmente en dichas órdenes que tenemos a la vista, "conviene " no negarles aquella hospitalidad que requiere solamente el orden " urbano, pero es preciso, que al tránsito por esta jurisdicción, no " le permitan de modo alguno, ni por ningún pretexto, ejercer " funciones de su ministerio archiepiscopal, supuesto que en la Pro- " vincia no está facultado para ello, por las autoridades del país." ¿Dónde está la tan decantada libertad de cultos?

"El Nuncio Pontificio llegó a esta Villa profundamente atediado por todo esto; así fué, que mientras estuvo en el territorio de esta Provincia negóse absolutamente acceder a las súplicas de cuantos le solicitaron se dignase presentar ante el pueblo, aún cuando fuera solamente para bendecirle, y colmar los vivos anhelos que todos tenían de gozarse con la vista del Representante del Padre común de los fieles.

"En vano, el Cura Vicario de la Villa, le instaba condescendiese al ofrecimiento que le hacía, de un aposento en la casa parroquial; el Nuncio, agradeciendo el ofrecimiento, no quiso aceptarlo y prefirió quedarse en la Casa de Posta".

Describiendo esa casa, el Abate Sallusti, acaso por despecho o por confundirla con otra posta del interior del país, dice que "era una cabaña de paja y adobes de tierra"; pero no era así, pues la hemos alcanzado a ver todavía personalmente por los años de 1872, y nos consta que era una de las buenas casas de la población: era de ladrillos cocidos y techo de dos aguas cubierto de tejas, con sus puertas y ventanas bastante airosas.

Lo cierto es que el Nuncio mandó levantar en ella un altar portátil para celebrar al día siguiente el Santo Sacrificio, mientras que los sacerdotes de su comitiva, y en particular el joven Canónigo Mastái Ferretti, celebraron en el Camarín de la Virgen.

¡Qué honor para este Santuario, el haber recibido la visita del inmortal Pío IX. Sí, el Pontífice ilustre, cuyo reinado superó en duración al reinado de cualquiera de sus antecesores; el gigante del siglo XIX, el gran Papa de la Proclamación del Dogma de la Inmaculada Concepción, a que estaba dedicada nuestra Virgencita de Luján; el Papa del Syllabus, ese admirable elenco de todos los errores modernos; el Papa del gran Concilio del Vaticano y de la Infalibilidad Pontificia, ha celebrado el Santo Sacrificio de la Misa en nuestro diminuto Camarín!...

Séanos lícito hacer notar de paso, al piadoso lector, una coincidencia bien digna de mencionarse.

El día en que el joven Canónigo D. Juan Mastái Ferretti celebraba el Santo Sacrificio en el Santuario de Nuestra Señora de Luján, la Iglesia Romana solemnizaba la fiesta de la Cátedra de

San Pedro en Roma; y por consiguiente, aquí mismo, los labios augustos del que más tarde había de ser el gran Pío IX sentado en esa misma augusta cátedra, tuvieron que proferir las divinas y proféticas palabras de Jesús a Pedro y a sus sucesores, contenidas en la Misa de ese día: "Tú eres Pedro y sobre esta piedra yo levantaré mi Iglesia, y las puertas del Infierno no prevalecerán contra ella; yo te daré las llaves del Reino de los Cielos; cuanto ligares sobre la tierra, quedará ligado en el cielo, y cuanto desatares en la tierra quedará desatado en el cielo". ¡Feliz Santuario de Luján! quizás eres el único en el mundo en que se han realizado tan grandes y tan numerosas coincidencias a la vez!

Veintidos años más tarde, estas inmortales palabras recibieron su pleno cumplimiento, en la persona del joven y angelical visitante del Santuario de Nuestra Señora de Luján.

Aquel mismo día, 18 de Enero, se despidieron los ilustres viajeros de Luján y prosiguieron su camino, no sin llevarse el joven Canónigo una grata impresión de su visita a nuestra bendita Taumaturga del Plata.

PIO IX ANTE LA VIRGEN DE LUJAN

Helo aquí prosternado
Ante esa Efigie milagrosa y pía,
Testimonio el más puro y acabado
Del amor poderoso de María,
Prueba maravillosa y elocuente
De la bondad del Dios Omnipotente.

De extranjeras regiones
Llego en hora feliz a nuestro suelo,
Do recibió las altas bendiciones
De la graciosa Emperatriz del cielo,
Que de Luján en la modesta Villa
Por sus mercedes prodigiosas brilla.

Y helo a sus pies de hinojos,
En místico y piadoso arrobamiento,
Vueltos a Ella sus amantes ojos,
Que traslucen de su alma el sentimiento,
Mientras se agita su fervoroso seno
De vivo gozo y entusiasmo lleno.

Y la excelsa Señora
Antes que Reina, Madre compasiva
Que solícita atiende a quien le implora,
De su plegaria humilde y expresiva
Las peticiones íntimas le alcanza,
Y con mil dones colma su esperanza.

Mas ¿por qué su semblante
Demuda la emoción? ¿Por qué sus ojos
Brillan con luz extraña y fulgurante,
Mientras prosigue su oración, de hinojos,
Sin desviar un momento la mirada
De la Imagen insigne y venerada?...

Tal vez vierte en el alma
De su devoto fiel santas dulzuras
La Virgen de Luján gloriosa palma
Mostrándole en las lúcidas alturas,
La que premio será de los embates
Que sufrirá por Dios en mil combates.

Tal vez la magna y bella
Dignidad que el Eterno le prepara
En el seno magnánimo de Aquella
Que jamás su pureza mancillara,
Porque es del Cristo la divina Esposa
Presiente, ve, en imagen misteriosa.

En la augusta presencia
De nuestra amable y tierna Protectora,
Bebe a raudales sobrehumana ciencia,
De la que es Ella dulce escanciadora,
¡Sí, quien de los apóstoles Maestra
Fué, su admirable Institutriz, se muestra!

Y su piedad inflama,
Y en su alma del Espíritu divino
Los dones sacratísimos derrama,
Y su noble altísimo destino,
Le descubre al que lejos de sus lares
Vino a olvidar ante Ella sus pesares.

¡Oh dichoso viajero!
¡Feliz afortunado peregrino!
¡Tú, siendo en estas playas extranjero,
Supiste arrebatarle al argentino
De la flor que embellece sus vergeles
El aroma balsámico y las mieles!

Sí; la casta paloma,
Que su nido en Luján ha fabricado,
Distingue al hijo de la angusta Roma
Con las finezas de su amor sagrado,
Y en tanto que le halaga y le consuela
¡Quien sabe que misterios le revela!

¡Oh! muros respetables,
Del Santuario famoso de María,
Confiadme los coloquios inefables
Que oísteis conmovidos aquel día,
Y al escucharos, de mi lira agreste
Brotará luego un cántico celeste!

¡Cuan tierna y prolongada
Es la oración del hijo reverente
Que de su Madre en la morada
Ve el tiempo deslizarse blandamente,
Sin que le deje de un pesar la huella,
Sin que le robe una esperanza bella.

Si, quien en fausto día
Llenó el Orbe de gozo incomparable
La Pureza aclamando de María,
En un dogma, tal vez el más amable
Que en nuestra excelsa religión se admira,
Ante la Virgen de Luján se inspira.

El autor invencible
Del Syllabus, el alma del sagrado
Concilio Vaticano, el que infalible
Declaró la palabra del Papado,
Mostrando así su autoridad bendita,
Ante la Virgen de Luján medita.

El Pontífice santo,
De medio siglo la ilustrada gloria
Que al vicio y al error causaba espanto,
Pío IX, cuya fúlgida memoria
Cual un astro inmortal serena brilla,
Ante la Virgen de Luján se humilla.

S. Fernández.



El gran Papa que visitó el Santuario de
Nuestra Señora de LUJAN



CAPITULO X

Intimas relaciones de Rivadavia con el Santuario de Luján cuando niño. — Causas que malearon sus ideas. — Muerte edificante que hizo en Cádiz arrepentido de sus extravíos.



UANDO uno recuerda la educación profundamente cristiana que daban nuestros abuelos a sus hijos durante el coloniaje. Cuando se sabe que clérigos y seglares se unieron de alma y corazón para alcanzar la Independencia nacional. Cuando se ha visto desfilar toda una esclarecida pléyade de próceres e ilustres ciudadanos ante el trono de María de Luján para implorar su auxilio y protección a medida que se desarrollaba la grande epopeya de Mayo; y después corear todos unánimes el himno de amor y agradecimiento a tan excelsa Señora por su eficaz protección, no se concibe que haya podido haber una voz discordante, y que ésta haya sido la de una inteligencia más preclara y favorecida. Daría uno cualquier cosa para que ese desentono no se hubiese producido!...

Un escrito remitido en 1901 a nuestra revista mariana "La Perla del Plata" por el Sr. Canónigo Don Marcos Escurra, actual Deán de nuestra Metropolitana, nos da la clave del enigma, y nos muestra que Don Bernardino Rivadavia ha tenido cuando niño íntimas relaciones con el pueblo y Santuario de Luján, las que motivaron acaso que la incautación de los bienes de la Virgen no fuera incluído en el Decreto general, sino en otro posterior, como consecuencia ineludible de un primer error cometido.

El escrito remitido es como sigue:

"Los hermanos Maqueda, Don Gabriel y Don Felipe, virtuosos e ilustrados sacerdotes, asistían como Capellanes al Santuario de Luján por los fines del siglo pasado y principios del presente. Uno y otro eran devotísimos de Ntra. Sra. y especialmente dedicados al culto de la Sagrada Imagen.

Entonces existía ya el curato con su antiguo caserón de tejas y su gran patio plantado de paraísos. Allí venía a visitarlos y pasar largas temporadas con ellos, su hermana Doña Justina de Maqueda, dama virtuosa y de distinguidos principios en aquella época, en Buenos Aires. Con ella venía un niño, su sobrino, al cual

ella profesaba especial afecto y el cual con el tiempo debía ser un hombre grande y famoso en la historia patria, Don Bernardino Rivadavia.

Entonces era un humilde niño, amable e inteligente, que se hacía querer de todos y recibía con provecho las lecciones de Religión y moral que le daba su digna tía. Muchos días felices para él se deslizaron a la sombra de aquel Santuario, repartiéndolos entre los alegres recreos infantiles, que fortifican el cuerpo, y las fervorosas prácticas de devoción, que allí como en su centro siempre ha ardido, nutriendo el espíritu y comunicándole luz y calor al corazón.

Pero el niño se hizo un joven demasiado despierto y arrogante, y después de recibirse de abogado, pasó a Europa a perfeccionar sus estudios, con la asistencia a las cátedras que aquí faltaban, y el espectáculo de una civilización más adelantada en las grandes capitales del viejo mundo.

Allí se desarrolló completamente su intelectualidad y adquirió nuevos y preciosos conocimientos, los cuales habían de ser beneficiosos sin duda para su país; pero, desgraciadamente, su espíritu se imbuyó en el funesto veneno del filosofismo imperante en la época y a la moda, por obra de los reputados sabios de la Enciclopedia, se alteraron notablemente su ideas religiosas y se resfrió su piedad.

Cuando volvió a Buenos Aires, después de largos viajes y misiones diplomáticas, realizadas con éxito en las naciones europeas, fué llamada a cooperar con sus notables conocimientos y aptitudes en el gobierno de la patria incipiente y no bien organizada después del año 20, bajo la administración del General Rodríguez.

Allí fué su obra mitad grandiosa, llena de resultados benéficos y digna de mayores aplausos; mitad ensombrecida por los abusos y desmanes con que atacó los derechos de la conciencia religiosa, mezclando al César en las cosas de Dios, y trató de deslustrar el culto divino poniendo la mano sobre los bienes eclesiásticos, dedicados a fomentarlo.

¡Ay! en la incautación de los bienes del clero, en medio de una funesta obsecación, lisonjeada por los aplausos de los aduladores que nunca han faltado, no trepidó también en hacerla extensiva a los bienes pertenecientes al Santuario de Nuestra Señora de Luján, que cobijó su infancia! Las tierras, las haciendas, las ofrendas, que la piedad de los fieles consagran a la milagrosa Virgen, hasta los cálices y alhajas preciosas destinadas al culto, todo fué sacrificado a la absorción gubernativa, cual insaciable Gargantúa, dejando al Santuario en la más estricta reducción, por no decir necesidad y pobreza.

Afortunadamente ni los hermanos Maqueda, ni la piadosa Doña Justina contemplaron aquel atentado, realizado por su pupilo; años antes habían pasado a un mundo mejor y recibido en la mansión de los justos el premio de sus virtudes. Fué al honrado, fogoso y patriota Cura Argerich, a quien tocaron aquellos disgustos y

sofocones, y a quien cupo también el honor de protestar valientemente contra el expolio.

Mas el insigne estadista que tantos bienes hizo a su patria con sus instituciones, que fundó las escuelas municipales, que creó la Sociedad de Beneficencia, tan honrosa para las damas y madres argentinas, tan benemérita en esta populosa ciudad desde largos años, principio y modelo de todas las asociaciones caritativas, no puede negarse que en este punto cometió una notable aberración y una falta, agravada por la ingratitud. Los recuerdos de su infancia, la fama tradicional, el mérito histórico, debían haberle detenido en su camino de reformas, siquiera a las puertas de aquel venerable Santuario! A los pies del antiguo Simulacro de María debía haber doblado sus rodillas como tantos otros héroes y grandes hombres argentinos!

No lo hizo y por ello fué castigado. El había sido ingrato con la celestial protectora de su infancia, y fué perseguido durante toda su vida por la ingratitud de sus conciudadanos.

En el colmo de los honores, llevado a la Presidencia, sintió su agudo dardo clavársele en el pecho. Combatido rudamente, lleno de adversarios por todos lados, ultrajado, viendo contestados sus beneficios, desvirtuados sus propósitos e intenciones, al año justo tuvo que abandonar el honorable sillón del primer magistrado, en 1827, con el alma llena de desencanto.

Regresó a Europa, viajó, mas, en ningún punto halló la paz y tranquilidad que buscaba. Anhelando siempre por la patria, cuya imagen le era lo más querida y tenía siempre presente, volvió de nuevo a ella, y de su puerto se vió rechazado, no pudiendo desembarcar a causa de la revuelta política que en ese tiempo nos ha amagado.

Lleno de amargura tuvo que volver sus pasos y andar sin cesar en nuevas peregrinaciones, como el *Judío errante*, de Montevideo al Brasil, de Río de Janeiro a Lisboa. Por fin, en Cádiz le sorprendió la muerte en el desamparo y el olvido, en 1847.

Mas en aquella última hora no le desamparó la celeste Madre que invocara de niño. Volvió desengañado del mundo y sus vanidades, del extraviado sendero del filosofismo, al camino llano y sin tropiezo, a la clara luz de la fe católica que profesaron sus padres. Recibió con devoción los últimos sacramentos y reconciliado con la Iglesia, murió en Paz, dejando piadosas mandas para los Santos Lugares en que se operó nuestra Redención, y unas 500 misas por celebrar para la salvación de su alma.

Allí reconoció, sin duda, el valor y respetabilidad de las ofrendas que la piedad cristiana dedica al culto divino, los cuales, en mal hora como gobernante tratara de desvirtuar.''

La copia legalizada de su edificante testamento extendido en Cádiz, donde murió, la tiene el publicista e historiador Don Julio Migoya García.

En vida pudiéronsele aplicar los versos que sobre el gigante de los tiempos modernos escribió un poeta, y que vertidos al romance dicen:

"Demasiado bien ha hecho para que mal se diga de él;

"Demasiado mal ha hecho para que de él se diga bien.

Pero después de su muerte edificante es preciso recordar aquel dicho cristiano: "*De mortuis nisi bene*".

LA ULTIMA AGONIA

....

Mi último momento se aproxima:
El postrer testamento de un cristiano
Con cándida alegría,
Quiero dejar en mi última agonía
A la Madre de Dios a quien estima
Mi pobre corazón americano.

Oh Virgen de Luján a quien mi pluma
Con dicha consagraba en este mundo,
Recibe en tu regazo
El alma de un creyente, y con tu brazo,
Destruye de Satán la ígnea espuma
Que aflige el corazón del moribundo.

En tus manos, ¡oh Madre idolatrada!
Encomiendo mi espíritu postrero;
Si es dulce y placentero
Cantar tus glorias en el patrio suelo,
Más dulce es para una alma encadenada
Dejar la vida y remontarse al cielo.

Quiero morir, como los santos mueren
Llorando las desdichas del pasado;
Quiero morir, ¡oh Madre!,
Dejando en manos del Eterno Padre
Mi fe, mis obras cuanto pobres fueren
Envueltas en el lábaro sagrado.

Si cuando niño penetré inocente
Los límpidos umbrales del Santuario,
Que al morir penitente
Descanse en paz, en mi marmóreo lecho,
A la sombra del árbol del Calvario
Y ostentando tu Imagen en mi pecho;

Que muera pronunciando con cariño
Tu nombre sacrosanto, ¡Madre mía!;
Y como tierno el niño
Contemplando a su madre se adormece,
Cuando postrera vez tu Imagen bese
Así yo muera Empetratriz María!

J. T. de R.





General JOSE Mª. PAZ
preso en Lujan
del 1835 al 1839



HIPOLITO VIEYTES
desterrado a Luján en 1811
casi dos años



Gral. JUAN CARLOS ALVEAR
vivió un tiempo en Luján



GUILLERMO BROWN
formó su hogar en Luján





CAPITULO XI

Subida al poder de Don Manuel de Rosas. — Se preocupa del Santuario. — Manda preso al General Paz en el Cabildo. — Diversos Curas Párrocos durante esa temporada.

AL dimitir Rivadavia el poder el 3 de Febrero de 1827, le sucedió Dorrego, quien tomado a traición y entregado a Lavalle, éste le manda fusilar en el campamento de Navarro el 13 de Diciembre de 1828.

A este propósito dice Don José Manuel Estrada: "La historia ha juzgado ya al Coronel Dorrego: no debió morir. El General Lavalle improbó su propia acción, y la memoria de su ilustre víctima le arrancaba lágrimas de arrepentimiento. Yo creo en el arrepentimiento de los mártires y en el llanto de los bravos".

Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que a Dorrego le sucedió Don Manuel de Rosas, quien fué elegido el 8 de Diciembre de 1829, con *facultades extraordinarias* para un período de tres años, que luego se prolongó hasta el 3 de Febrero de 1852, día en que fué vencido en Caseros.

A consecuencia del lastimoso estado a que fué reducido el Santuario después del Decreto Rivadaviano que lo dejara sin bienes, apenas subió al poder Don Manuel de Rosas, se vió precisado a permitir que se acudiera a la generosidad espontánea de los fieles para hacer frente a las más urgentes reparaciones de aquel edificio.

Don Manuel de Rosas, tan semejante en muchas cosas al Rey de Francia Luis XI, había conservado en medio de sus actos despóticos y como rezago de su educación cristiana, una gran devoción a María de Luján; de ahí las frecuencias visitas a su Santuario.

En una de las que hiciera por esos tiempos, Don Manuel mandó que se reemplazaran las viejas tejas que recubrían las bóvedas del Santuario con baldosas; lo cual no se llevó a cabo, acaso por no haberlas en plaza en cantidad suficiente; pues el techo se nos aparece más tarde recubierto con solo una espesa capa de argamasa.

Es interesante leer la respuesta que hace Don Manuel a una solicitud que le dirige el Síndico del Santuario en favor del mismo, con fecha 30 de Marzo de 1830.

Dice así:

"Como se pide, y al efecto sirva este decreto de suficiente autorización para que los Síndicos que firman esta representación, puedan proceder a pedir la limosna en todo el territorio de la Provincia. Al mejor efecto, el Gobierno ordena a todas las autoridades militares y civiles, que visto este decreto franqueen a los Síndicos y sus Agentes, cuantos auxilios necesitaren, para mejor llenar los objetos de esta obra tan religiosa, como importante. Los Sres. Síndicos darán cuenta al Gobierno cada dos meses, o en las oportunidades que creyeren convenientes, del estado de sus trabajos, debiendo los subscriptores devotos, que contribuyan, expresar a continuación sus limosnas, para que obren en todo tiempo las debidas constancias unidas al origen y principio de tan importante obra.—Rosas.—Maza, Secretario."

Los perjuicios de orden material y moral que se habían previsto desde un principio como consecuencia lógica del mal inspirado decreto Rivadaviano, iban pues produciéndose en el Santuario, bajo la acción destructora del tiempo, y sólo acudiendo continuamente a la generosidad privada podían remediarse.

Y como si esto no fuera suficiente desgracia, llegó un día aciago en que un rayo, cayendo en la intersección de la bóveda y de la cúpula o media naranja del Santuario, produjo en ambas una abertura de consideración, que si no llegó a comprometer la solidez del edificio, fué sin embargo suficiente para abrir camino a la humedad y hacer que goteara desde la bóveda a la menor lluvia que se producía.

Por otro lado, los célebres mazorqueros de Rosas y los diversos bandos políticos que recorrían constantemente la campaña, ponían en peligro los caminos y hacían que la gente de bien se retrajera del Santuario y se quedara, como entonces se decía, "en poblado".

Luján no dejaba por eso de ser la prisión privilegiada de los políticos de alguna consideración.

En Septiembre de 1835, el dictador manda poner preso en el Cabildo de Luján el valiente General Don José M. Paz, quien queda allí hasta el 23 de Abril de 1839. Ese Cabildo de Luján constituye toda una página de la historia de la Revolución Argentina y de la guerra que ensangrentó a la Patria en días luctuosos.

Allí a la sombra del Bendito Santuario, el valiente General Paz meditó, corrigió y escribió sus "Memorias Póstumas" que han dado lugar a tantas controversias; allí perdió su generosa madre que había querido compartir su prisión y fué sepultada en el cementerio de la Villa; allí nacieron y fueron bautizados en el Santuario sus tres hijos, José María Ezequiel, Catalina que murió a los pocos meses y fué enterrada junto a su abuela, y por fin Margarita.

Y, como si lo desconocido hubiese querido preparar los acontecimientos, el General Paz, el prisionero unitario que los federales de Córdoba le habían enviado a Rosas, a quien éste había encerrado en un cuarto alto del Cabildo de Luján, presenció desde allí que el

día 31 de Octubre de 1835, entre gran agitación de la población y movimiento inusitado de tropas, llegaban por el camino del interior, al mismo Cabildo donde él estaba preso, los tres hermanos Reinafé, aquellos a quienes Rosas acusó de la muerte de Facundo Quiroga, y a quienes, a pesar de la brillante defensa que de ellos hiciera el Doctor Vélez Sársfield, mandó fusilar inmediatamente, porque era menester sellar, con la muerte, el labio que pudiera revelar a los contemporáneos verdades que debía ignorar, o por lo menos poner en duda la historia.

Contaban los moradores de la Villa que aún vivían en 1897 y asistieron siendo muy jóvenes a los acontecimientos de esos tiempos, que los Reinafé, en la única noche que estuvieron en Luján, se pasaban orando y suplicando que se les llevase a presencia de María. No se les concedió, como tampoco se les permitió comprar ni aceptar objeto alguno que representase el Culto de María de Luján.

Así fueron pasando muchos años, todos ellos bien tristes para el Santuario que parecía olvidado y abandonado de los hombres que vivían en los remotos pueblos de campaña; pero más tristes todavía para los hombres, que estaban privados de la vista de María de Luján y de sus favores maternales.

En adelante ya no se vuelve más a hablar de Capellanes distintos del Cura párroco, acaso sea porque ya no había más temporalidades que cuidar en el Santuario.

Después del Maestro Argerich, a quien le cupo elevar al Superior Gobierno el Memorial que sabemos, y que desempeñó el Curato desde 1809 hasta 1824, se sucedieron en el espacio de 50 años más o menos, unos quince Cura párrocos, que actuaron uno, dos, tres años cada uno, sin dejar en pos de sí hechos dignos de especial mención, al menos que nosotros sepamos.

Mencionaremos, sin embargo al Pbro. Don Francisco Cortaberría, el octavo de todos ellos, que administró la parroquia desde 1839 hasta 1841 y que durante tan poco tiempo logró levantar una buena casa parroquial de azotea junto a la sacristía, cerrar el claustro con una hermosa verja de fierro y adornar el gran patio interior con una doble fila de árboles paraísos y un hermoso jardín de flores con qué embalsamar el Camarín de la Virgen Santísima.

Los dos últimos Curas de esta época de transición entre las glorias del pasado y las venideras para nuestro Santuario bendito, fueron el Pbro. Don Juan Fargüel y el Canónigo Honorario Don Luis Duteil, el primero fué Cura desde 1856 hasta 1868. Durante su administración, con la ayuda del Juez de Paz Don José M. Real, logró cubrir de azulejos la cúpula de la iglesia y del Camarín. Murió en esta parroquia el 19 de Agosto de 1868 y fué enterrado en el pretil exterior de la iglesia en el sitio que corresponde ahora a la escalinata de la puerta Este u Oriental de la Basílica. A su muerte siguió regenteando la parroquia su teniente Don Francisco Poggi hasta el 30 de Agosto, en que fué nombrado titular el Canó-

nigo Honorario Don Luis Dutiel, quien dejó la parroquia el 25 de Octubre de 1871, en la forma y circunstancias que diremos más adelante.

DIAS ACIAGOS

¡Oh Dios! no supimos vivir como hermanos,
De la dulce patria nuestras mismas manos
Las tiernas entrañas osaron romper:

Y por castigo al cielo le plugo
Hacer que marchemos uncidos al yugo
Que oscuro salvaje nos quiso imponer.

Y tú, Buenos Aires, antes vencedora,
Humillada sufres que sirvan ahora
Todos tus trofeos de alfombra a su pie?

¿Será que ese monstruo robártelos pueda,
Y de tí se diga que solo te queda
El mísero orgullo de un tiempo que fué?...

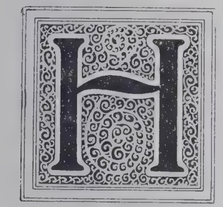
J. C. Varela.





CAPITULO XII

A pesar del aparente abandono del Santuario durante la anarquía política, María siguió siempre protegiendo a sus devotos. — Algunos hechos que demuestran esta verdad.



ACIA el fin de la guerra de la Independencia, el culto de María de Luján sufrió diversas alternativas debidas a la turbulencia de los acontecimientos políticos que harto conocemos. Pero no por eso dejó María de proteger y agraciar a los habitantes de estas tierras donde le plugo sentar el trono de sus bondades.

Las reglas de severa crítica que nos hemos impuesto al escribir este libro, nos hacen omitir una infinidad de casos que personalmente consideramos como maravillosos; pero ese sacrificio que hacemos al medio ambiente tan descreído de nuestros días, no debe ser parte para que dejemos de registrar ciertos hechos que tienen todavía acaso en su favor testigos de mayor excepción, ya sean ellos presenciales o de primera audición.

Entre esos hechos, cuéntase en primer lugar la curación de la tenaz sordera del Coronel Don Juan Rodríguez, la ceguera del peón Raimundo Lucero, y el testimonio que hechos semejantes arrancaron a un pastor Metodista.

He aquí como Don Luis Rodríguez cuenta oficialmente la curación de su Señor Tío, el Coronel Don Juan Rodríguez:

"Allá por los años de 1850, vivía en Córdoba mi tío el Coronel de línea Dn. Juan Rodríguez, hombre valiente y generoso, de un carácter militar experimentado y de una constitución de acuerdo con sus prendas morales: vigorosa y fuerte.

Sin que él, ni ninguno de los miembros de la familia se dieran cuenta de las causas que hubieran podido influir en la naturaleza de mi tío, notaron un buen día, que se expresaba con alguna dificultad al hablar, especialmente en ciertas letras o sílabas de difícil pronunciación; mal, que poco a poco fué tomando mayores proporciones, al extremo que llegó un momento en que, ni aún para indicar las más apremiantes necesidades de la vida podía valerse de la palabra, poderoso medio que Dios ha puesto en el hombre para comunicarse con sus semejantes, y del cual el Coronel Rodríguez se veía completamente privado.

Inútil parece asegurar fueron consultados los mejores médicos que tenía en aquel tiempo la docta ciudad; que le fueron aplicados todos los remedios que indica la terapéutica científica, como la *casera* y que ni ésta ni aún los *curanderos* más afamados pudieron conseguir la más leve mejoría para el valiente soldado, que como tal, cansado de tanto sufrimiento, comenzó a sentir en su mente la traidora enemiga del cristiano resignado al dolor: la incredulidad, y dió principio a la no interrumpida serie de quejas y reproches a la Divina Providencia *"que no quería sanarle"*, según su propia expresión; al extremo de que se negara a tomar medicamento alguno, pues todos sólo servían para *"envenenarle más y más el cuerpo"*, valiéndonos de su propia expresión.

En este estado resolvió trasladarse a esta Capital, de Buenos Aires, aconsejado por su familia y amigos, a fin de consultar a las celebridades científicas y ver si encontraba un alivio a su mal, cuando ya estaba resuelto en lo alto, que "una gran Médica, sin título académico de esta tierra, ni borlas de doctorado", sería quien había de curar el cuerpo y el alma de aquel enfermo obstinado.

Al pasar por la Villa de Luján, pues entonces los viajes se hacían todavía en carreta o en mula, y el camino más corto y cómodo era el que atraviesa por esa Villa, se detuvo el Coronel a visitar la población y *"el tan mentado Santuario de la Virgen"*, como él decía; sin que se le hubiera ocurrido siquiera elevar una plegaria en demanda de la misericordia divina que intercediera en su favor; sin embargo de que no faltara quien le hiciese esta indicación...

Pero él partió en seguida para la Capital, e inmediatamente de llegar a ella y presentar el sin número de recomendaciones que traía para las notabilidades médicas de más nombre, entre las que había una que en su desesperación se vió precisado también a aceptar, para que Don Juan Manuel de Rosas le hiciera ver con su propio médico, se puso en severo tratamiento.

Transcurrieron los días y las semanas, y los ilustres discípulos de Hipócrates muy luego tuvieron que declararse impotentes para curar al Coronel, sin que hubiera uno solo, entre los muchos consultados, que pudiera decir cuál era el mal que le aquejaba. Se agotaron todos los remedios indicados por la ciencia, y desde la ortiga silvestre hasta el termo-cauterio y la electricidad, se recorrió toda la escala y no hubo uno sólo que ni siquiera mejorara al enfermo...

La noche del vigésimo nono día, el enfermo se acostó como de costumbre, sin aplicarse medicamento alguno por creer tiempo perdido el hacerlo, sin presentir siquiera la más leve mejoría, y resignado ya, con todas sus esperanzas perdidas, a guardar su eterno mutismo!... y quedarse para siempre... mudo!

Sin embargo, desde algún tiempo se le venía sorprendiendo al Coronel, y cada vez más a menudo, con la vista fija y suspensa como quien vuelve a ver una escena pasada hace poco... Había sido que una vieja mulata de Luján, entre unos mates y otros que le iba alcanzando, le había arrancado la promesa de dar a la Virgen una

limosna de 100 pesos si en el plazo de un mes él se sentía, sino curado, al menos mejorado de su mal.

El Coronel había venido recordando esta promesa, y por eso, cuando llegado el vigésimo nono día, apenas los rayos de un esplendoroso sol de primavera penetraron en la estancia donde tranquilamente dormía, se le adelantó su asistente, llevando el tradicional mate amargo, y le tocó levemente, diciéndole: "¡Coronel, son las ocho!"

Despertóse éste e incorporándose en el lecho, apoyado sobre su brazo derecho, mira a su antiguo compañero, un viejo y veterano soldado, restregóse los ojos con la mano, y alargando la otra como para tomar el mate, al tiempo que exhalaba un hondo suspiro le dijo: *"¡En vano son promesas!"*

Asustado al oír su propia voz, incorporóse súbitamente, sentándose como herido por una corriente eléctrica, y con más admiración aún, como si dudara del éxito visible que experimentaba al ver cumplida su promesa, interrogó al asistente diciéndole: *"¿Hablo yo?... Corre, pregúntalo a la señora y dile que venga!"* Aquél corrió a cumplir la orden, y vino la patrona de la casa a cerciorarse de aquella realidad, y a confirmar con su palabra aquel patente milagro de la Virgen de Luján, que se efectuaba precisamente en el momento en que expiraba el plazo de los 30 días que se le había acordado.

Poco a poco fué acentuándose su mejoría, y quince días después se expresaba con la misma facilidad con que lo había hecho antes de contraer la enfermedad; y si el Coronel Rodríguez recobró el habla al decir esta frase atrevida: *"En vano son promesas"*, toca a nosotros resolver si esto es verdad!

Es verdad que todas las promesas no se cumplen siempre de aquel mismo modo como uno las pide; pero siempre se realizan sino de ese modo, de un modo aún mejor, sin que sepamos a veces en qué ni cómo. Dicho está en el Santo Evangelio: *"Pedid y recibiréis, buscad y encontraréis, golpead y se os abrirá"*.

"Raimundo Lucero". — Los libros del Santuario conservarán siempre con solicitud y agrado el nombre de esta persona tan visiblemente favorecida de María Santísima de Luján. Como él no sabía escribir, dictó el extraordinario suceso que ponemos a continuación:

"Raimundo Lucero, oriundo de la provincia de Mendoza, y domiciliado en Chivilcoy desde hace dos años, estaba cargando en Abril próximo pasado en carretas unos fardos de pasto seco, cuando, teniendo los ojos levantados hacia arriba, sintió se le caía en el izquierdo algo como una gota de líquido, aunque más tarde supo haber sido la ponzoña de algún insecto venenoso; pues a los pocos momentos se le hinchó el ojo y luego toda la cara, y, por último, el cuerpo entero, a tal extremo, que los médicos desesperaban de salvarle, y él mismo veía acercarse irremisiblemente la hora fatal de su muerte.

En este lance terrible, no contando ya más en la eficacia de los auxilios de la ciencia, Raimundo Lucero, que ya en su provincia de Mendoza como en el pueblo de Chivilcoy había oído mentar varias veces el poder de la milagrosa Virgen de Luján, puso toda su confianza en la mediación de esta soberana y tiernísima Señora, y le hace la promesa de venir a pie descalzo desde Chivilcoy a este Santuario (91 kilóm.) si Ella se digna alcanzarle la gracia por él tan ardientemente solicitada, cual era la de salir del inminente riesgo de la vida y conservar intacta la vista.

Desde aquella oferta siente gran mejoría; los remedios, antes ineficaces, obran el esperado efecto; y aún cuando el ojo izquierdo conserva todavía las indelebles señales de la enfermedad y de las trabajosas manipulaciones que ha sufrido, hoy, sin embargo, se encuentra sano, logrando conservar el uso perfecto de la vista.

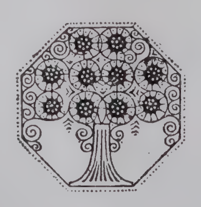
En agradecimiento de este beneficio recibido, según él confiesa, por valimiento de María de Luján, llega a este Santuario habiendo hecho el viaje a pie descalzo desde el pueblo de Chivilcoy. La indicada relación se halla seguida del testimonio del médico D. Jacinto Blanco que ha examinado al enfermo en el acto de hacer esta declaración.

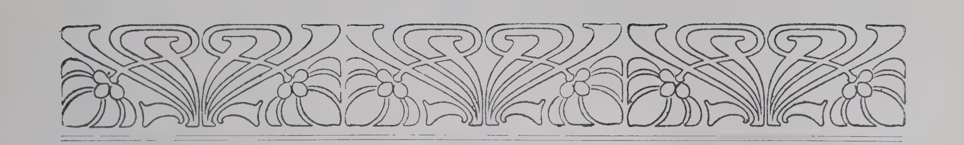
Si por gracia de Dios conservamos la vista corporal, roguemos a la bondadosa Madre de Luján no perdamos nunca la vista espiritual del alma, mucho más preciosa que la del cuerpo.

Testimonio de un Metodista. — Al escribir reiteradas alabanzas del Santuario y de su milagrosa Imagen, podría juzgarse por algún espíritu malévolo que hay parcialidad en ellas, pues los ministros de la Iglesia Católica por fuerza han de encarecer y admirar el culto de María Santísima;mas ayer cumplió un año que un Protestante o miembro de la Iglesia Metodista quiso consignar en el libro de la Virgen este elocuente testimonio:

"Me ha llamado profundamente la atención la fe que se revela en los rostros y actitud de los devotos de Luján que rendían esta mañana sus fervientes votos ante la Virgen del Santuario. Realmente eso maravilla y conmueve el alma. Palabras estas que quedan grabadas aquí por la pluma de un miembro de la Iglesia Metodista. — Ernesto Michelozzo." — Libro 2º, pág. 250.

¡María Santísima le alcance a este buen Metodista la gracia inefable de una buena conversión!





CONSOLATRIX AFLICTORUM

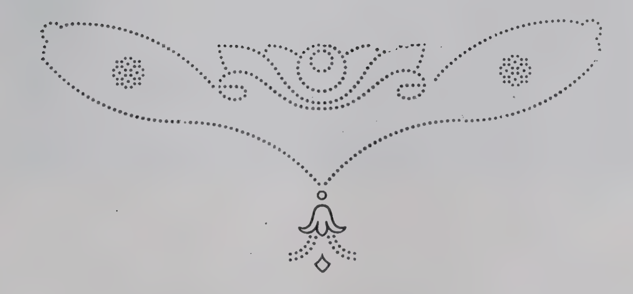
¿Quién a tus plantas, celestial Señora,
Se postró fervoroso en este suelo
Y en tu semblante no encontró consuelo
De verdadera Madre y protectora?

Eres ¡oh, Virgen de Luján, aurora
Que rasgas del pecado el negro velo;
Claro destello de apacible cielo,
Nota de melodía encantadora!

La pobre viuda que desprecia el mundo,
El triste enfermo en dolorosa cama,
El nauta en su dolor grande y profundo;

Todo el que sufre y a tus plantas llama,
Halla consuelo en tu amor fecundo,
Vive en felicidad y muere en calma.

J. C. de Alva.





Fotografía de la compañera de la Virgen de Luján y que llegó a Sumampa en donde se venera con el título de Nuestra Señora de la Consolación en la Provincia de Santiago del Estero.

CAPITULO XIII

Santuarios filiales de Nuestra Señora de Luján que nacieron al calor de la gran devoción a tan Excelsa señora. — Superioridad del Santuario primitivo sobre todos los demás.



L retiro y la soledad en que quedó Nuestra Señora de Luján durante toda la temporada de turbulencias políticas, así como el forzoso abandono que hicieron de su Santuario los piadosos peregrinos, nos invitan a echar una mirada sobre los múltiples Santuarios filiales que nacieron al calor del amor a María de Luján, para suplir la imposibilidad física o moral de allegarse al genuino y primitivo, ya sea por la distancia, las enfermedades, o cualquier otra circunstancia independiente de la voluntad humana.

María de Luján, que en los albores de su estada en la estancia de Oramas, en medio de la Pampa, solía bajar de su nicho y recorrer los campos en busca de desgracias que aliviar, con gran descontento del Negrito Manuel y gran alegría de los agraciados, permitió que, en el decurso del tiempo, se levantaran, en diversos lugares, algo así como unas sucursales del trono de sus bondades y misericordias, en favor de los muchos mortales que gimen y lloran en este nuestro gran valle de lágrimas.

El primero de estos Santuarios filiales data del principio mismo de la devoción a Nuestra Señora de Luján.

A pocas leguas de la Ciudad de Mendoza, hay una población que se llama "Villa de Luján".

¿De dónde viene este nombre y cómo se formó esta Villa?

A principio del siglo pasado, toda la vida de aquellas regiones consistía en el comercio de vinos y aguardiente que hacía con la ciudad de Buenos Aires mediante las tradicionales carretas de bueyes.

Una vez, el dueño de una de esas carretas, enfermó gravemente en esta Capital. No encontrando alivio en los remedios humanos, dirigió sus miradas hacia la Virgen de Luján, de la que tanto oyera hablar, prometiéndoles ir en piadosa romería hasta su Santuario, si lograba sanar.

Oyó piadosa la Madre de Dios los clamores de su devoto, y éste, en agradecimiento, fuése al Santuario y compró una Imagen de la Virgen para venerarla en su casa al regreso de su viaje.

Sucedió allá en los Andes lo que aquí a orillas del Río Luján: María empezó a derramar sus beneficios sobre los devotos que acudían a ella. La fama de estos portentos atrajo en dicho paraje, tal concurso de visitantes, que luego hubo necesidad de levantar allí mismo casas y edificios para hospedar a tanto devoto como acudía.

De esta suerte fué tomando poco a poco aquel sitio forma de población, la cual, en virtud de su piadoso origen, vino a apellidarse: "Villa de Luján"; pudiendo aplicársele con todo mérito a esa Villa, aquello que de la nuestra dijo en el Auto de su erección el Gobernador D. José de Andonaegui: "por ser esta divina Señora su primera fundación y el atractivo de la cristiana y común devoción".

—En la República de Chile, en las llanuras de Atacama, hay también un pueblo que se llama "Luján", cuyo nombre, según hemos podido averiguar, le viene de los prodigios obrados entre los habitantes de ese vecindario mediante la invocación a Nuestra Señora de Luján, y por la filial y constante devoción que se le tenía en aquellos tiempos remotos "en toda la extensión del Reino del Perú", como lo dice el Comisionado D. Francisco de los Ríos, en el Auto de su visita a este Santuario, el 9 de Enero de 1737.

—En la República Oriental existe la "Parroquia de Nuestra Señora de Luján del Pintado". Hoy Villa de la Florida. ¿Cuál es su origen? A fines del siglo pasado un número bastante crecido de vecinos, habíanse agrupado en forma de población al pie de la sierra o cuchilla del Pintado. Desde un principio pusiéronse bajo la protección de Nuestra Señora de Luján por la experiencia que tenían de sus maternales beneficios. En los primeros años del siglo pasado, encontrándose ya con el suficiente número de vecinos, pidieron la erección de su partido en Parroquia, jurando por su Reina y Patrona, a la Santísima Virgen María, bajo la advocación de Nuestra Señora de Luján. El Obispo Diocesano, que lo era entonces el Ilmo. Señor Don Benito de Lué y Riega, aprobó todos estos procedimientos, y en 16 de Febrero de 1805, erigió aquel Partido en Parroquia bajo la advocación tan ansiada por sus piadosos moradores.

—En la Provincia de Catamarca, tan célebre por su filial devoción a la Inmaculada, encontramos también una Parroquia denominada de "Nuestra Señora de Luján de Villa Prima", debida como todas las otras similares a los favores de María. De ella nos da el R. P. Fray Mauricio Pérez, la relación de los orígenes muy modernos, y muy bien narrados en sus Memorias.

"En el año de 1862, escribe, pasando de Catamarca para La Rioja, paré en un pueblito llamado de Villa Prima, en donde no había templo ni capilla; pero en la casa donde paré, tenían un cuadro pequeño que representaba a Nuestra Señora de Luján, a quien tanto los dueños de casa como los vecinos, profesaban la más viva devoción, alumbrándola todos los días, principalmente en las tribulaciones y emergencias de la guerra, que en ese año era desastrosa. Viendo yo como aquellas gentes afluían de todas partes a invocar su protección y amparo, y presenciando la necesidad que había allí de proporcionar un templo, capilla u oratorio, procuré inspirar esta

idea a la señora dueña de casa, quien me dijo que todos conocían esta necesidad. Felizmente, lo que entonces fué una simple idea, hoy he sabido que se ha convertido en realidad; pues allí se ha erigido un templo, que se halla constituído en "Parroquia de la Purísima Concepción de Luján".

—Tenemos noticias de varios otros pueblos de la República, y entre ellos uno de la Provincia de San Luis, y otro de la de Salta, que igualmente se titulan de Luján; y aunque, a la verdad, no hemos podido conseguir datos y pormenores históricos sobre el orígen de esos pueblos, las noticias, sin embargo, que nos han dado personas fidedignas, nos autorizan a opinar que ellos también se deben a la ardiente devoción de sus respectivos vecinos a Nuestra bendita Imagen de Luján.

—Parroquias hay que tiene a Nuestra Sñora de Luján por Patrona y Titular, como ser Pigüe, en la Diócesis de La Plata, y Dalmacio Vélez en la de Córdoba; y son muchas las parroquias que si no le tienen dedicado un altar, reservado a la bendita Imagen un lugar preferente en su templo, o le dedican algún oratorio filial de la parroquia, tal sucede en Avellaneda.

—La Iglesia parroquial de San Ponciano en La Plata, gracias al celoso empeño de su Cura párroco, Monseñor Federico Rasore, ha heredado al célebre revestimiento de cedro en parte dorado, que adornaba el antiguo Camarín del Santuario en Luján, así como una de las pocas Virgencitas que fueron modeladas sobre la genuina y verdadera Imagen.

—Los seminaristas argentinos que estudiaron en Roma, le dedicaron en el Colegio Pío Latino, una magnífica capilla interna, para hacer más llevadera la nostalgia del bendito terruño donde sentó sus reales la Taumaturga del Plata.

—En Roma en la Iglesia Votiva Consagrada a S. Joaquín, por el gran Papa León XIII un americano dedícale allí el mejor altar a la Sma. Virgen de Luján en gratitud por favores obtenidos.

—Sabemos de un acaudalado español que se enriqueció aquí, que le levanta una iglesia en Galicia, así como de otros que tanto en España como en Italia han fundado asilos y hospitales en su honor.

No insistiremos sobre la pureza de convencimiento que a todo espíritu observador trae en favor del Culto de Nuestra Señora de Luján la mera contemplación de este admirable desarrollo y extensión de su culto. Si esto no es capaz de atraer la mirada aún de los más prevenidos, ya podemos decir que nada habrá en el mundo, que pueda en adelante persuadir a semejantes espíritus, de la verdad y aún de la mera existencia de las cosas.

Sin embargo a pesar de tantos santuarios filiales como han nacido al calor del amor a María, ninguno supera al primitivo y genuino levantado en el lugar que María misma eligió para sentar el trono de sus bondades.

Los hijos siempre son hijos y la madre siempre es madre: "Multae fili congregavererunt divitias; tu supergressa es univer-

sas". Muchas hijas nacieron de tí, Virgen bendita de Luján; todas ellas allegaron riquezas del cielo para derramarlas sobre los mortales afligidos y desolados; pero tú, como Madre que eres de todas ellas, las has superado a todas en beneficios de cuerpo y alma.

Esa pequeña Imagen que podemos ver cuando queremos en su precioso Camarín, ha sido el punto convergente de millares de almas probadas por el infortunio, y que, destituídas de todo socorro humano, han confiado en la mediación de María para obtener el bien que anhelaban.

Si viésemos esta pequeña Imagen en la vidriera de un escaparate, pasaríamos de largo sin detenos para mirarla siquiera. Pero cuando al visitar el templo de Luján, nos hallamos en su presencia, y la vemos rodeada de los testimonios que, grabados en la piedra pregonan los innumerables beneficios que obtuvieron, después de posar en ella la mirada, tantos seres humanos, enfermos y atribulados; cuando los consideramos huyendo de los centros de población, donde el escepticismo del siglo se condensa y forma una atmósfera malsana para el alma; cuando reflexionamos en todo ello, un sentimiento piadoso, dulce, lleno de respeto, de veneración, de gratitud, se apodera de nosotros y la misma humildad del simulacro nos mueve a levantar el alma al Cielo para admirar las maravillas operadas por la misericordia del Señor, a ruego de la Madre amorosa que nos dió el Calvario a todo el género humano y muy especialmente a los argentinos en el Santuario de Luján.

EN EL SANTUARIO DE LUJAN

¿Qué importan las fatigas y el sol y el viento
Y el polvo del camino? ¡Feliz momento!
¡Dichoso día!
¡Ya estoy en el recinto del Templo sacro!
¡Ya diviso entre cirios tu Simulacro
Virgen María!

Es en este paraje, por Tí elegido,
Donde Dios, que mil veces lo ha distinguido,
Fía a tu diestra
Sus tesoros; tesoros que ya en tus manos,
Son propiedad legítima de los cristianos,
¡Propiedad nuestra!

Es tu Casa, oh María, seguro amparo,
Claraboya del cielo, luciente faro
De la esperanza,
Bello oasis en medio del áspero yermo
Donde el triste se alegra, donde el enfermo
Salud alcanza.

Aquí nuestros **ex-votos** ves complacida,
Aceptando amorosa y agradecida
Tan pobres dones.
Quien te deja una ofrenda que poco vale,
Cuán rico, al retirarse, cuán rico sale
De bendiciones!

Nuestra alma, aquí, dichosa con sus creencias,
Se abandona al impulso de sus tendencias
A lo infinito,
Como si de la tierra se desligara,
Como si de ésta al Cielo la transportara
Tu amor bendito.

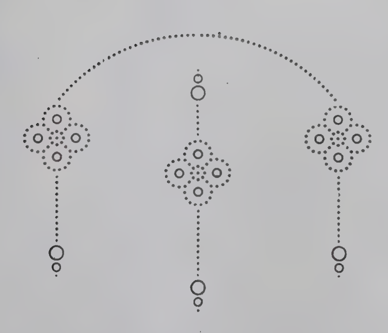
Las miras, los proyectos, las ambiciones
Que en el mundo fermentan, cuantas pasiones
Nos avasallan
Y oscurecen, insanas, nuestras conciencias,
Aquí pierden nocivas efervescencias,
Aquí se acallan.

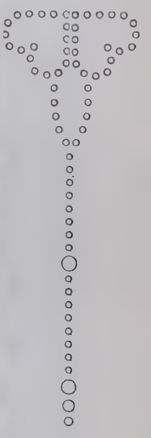
Si abrumados de males del mundo huimos
Y aquí nos refugiamos, y aquí gemimos,
Bálsamo santo
En nuestras llagas viertes. ¿Tal medicina
Es hecha de tus lágrimas, Madre divina?....
¡Nos amas tanto!

Y como tierna madre, tierna maestra,
Si el alma a tu enseñanza dócil se muestra,
Nos iluminas
Con celestiales toques e inspiraciones,
Y hacia las rectas sendas, con tus razones
Nos encaminas.

Tal vez al alejarnos de este recinto
El mundo en su azogado, gran laberinto
Llegue a extraviarnos;
Pero a perdernos ¡nunca! si, esperanzada
Volvemos a tu casa nuestra mirada
Para orientarnos.

S. Fernández.





Primera peregrinación general del 3 de Diciembre de 1871

CUARTA PARTE

LA VIRGEN DE LUJAN
EN LOS PRINCIPIOS DE LA
ERA CONSTITUCIONAL

---

1 8 6 0 - 1 8 9 0

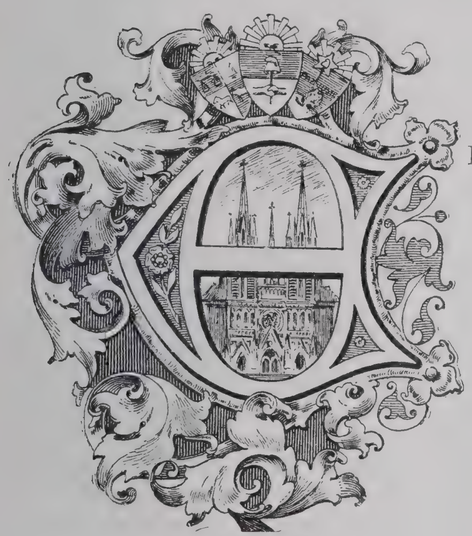
"Transfert Deus regna atque constituit".

Transfiere Dios los reinos y los constituye.

(DAN. II - 21)

CAPITULO I

Aurora de mejores días para María de Luján. — Prolongación Ferrocarril Oeste. — Primera peregrinación general al Santuario. — Descripción del mismo en aquel tiempo.



L olvido y abandono aparente en que estaba el Santuario de Luján, a causa de la turbulencia de los tiempos, debía tener su término.

Un día había de venir en que el pueblo Argentino, rompiendo las cadenas que le tenían atado al despotismo y anarquía, volvería a respirar las dulces áureas de la libertad, diciendo a María de Luján lo que el rey Salomón a la esposa de los Cantares:

"Levántate, apresúrate, amiga mía, paloma mía, y vénte;

"Pues ya pasó el invierno de la tribulación, disipáronse las
" lluvias del dolor;

"Despuntan las flores en nuestra tierra; llegó el tiempo de la
" poda; el arrullo de la tórtola se ha oído ya en nuestros campos;

"La higuera arroja afuera sus brevas: esparcen su olor las flo-
" recientes viñas;

"Levántate, pues, amiga mía, beldad mía y vénte....

"Muéstrame tu rostro, suene tu voz a mis oídos; pues tu voz
" es dulce y hermoso es tu rostro".

¡Salve! vida, dulzura, esperanza nuestra. ¡Salve!

Dos acontecimientos debían servir de instrumento a la Divina Providencia, para traer nuevamente en masa al Pueblo Argentino, al pie del trono de María de Luján. El uno era de orden material, el otro, de orden moral. El primero fué la prolongación del Fe-

rrocarril Oeste, que debía acortar la distancia entre Luján y la Capital; y el segundo, la Primera Peregrinación General del 3 de Diciembre de 1871, que debía mover las masas populares.

Para más de uno, tanto nacional como extranjero, el Santuario de Luján, perdido en su pueblito de campaña, debía ser el objeto de un feliz hallazgo en aquella circunstancia antes de haberse prolongado el Ferrocarril.

Refiere uno de los ingenieros empleado en la obra que buscando los orígenes de la población de Luján, quedó sorprendido sobremanera al conocer su historia.

Ese viajero de otros mundos, donde la civilización se difunde por medios materiales, se admiraba al encontrarse con una ciudad que no debía su fundación a ninguna orden administrativa ni política, y cuya existencia no había siquiera dependido de la voluntad humana.

De Luján puede decirse con verdad, lo que la imaginación en delirio de los paganos decía de sus grandes ciudades, a saber, que venían de los dioses. Luján no es la obra de los hombres, sino de Dios, teniendo por intercesora a su divina Madre: "María es su primera y principal fundadora". Como ya ampliamente lo tenemos demostrado al principio.

El otro hecho, de orden espiritual, que providencialmente estaba llamado a renovar la devoción, del pueblo argentino hacia Ntra. Sra. de Luján, fué la Primera Peregrinación General de 3 de Diciembre de 1871, decretada por el Ilmo. y Rmo. Señor Dr. D. Federico Aneiros, obispo titular de Aulón y vicario capitular de la Arquidiócesis, después del sensible fallecimiento del primer arzobispo de Buenos Aires, Ilmo. Monseñor Mariano José Escalada de feliz memoria, en Roma, donde había ido a efecto de asistir al Concilio Eucuménico del Vaticano.

Esta Primera Peregrinación General tenía un doble objeto: desagraviar a Dios por los tristes acontecimientos políticos que se desarrollaban en Roma y demás Estados Pontificios, y dar gracias a la divina Providencia por la cesasión de la terrible fiebre amarilla en nuestro país. De este último motivo poco habla la Pastoral del Ilmo. Monseñor Aneiros, no queriendo renovar dolores.

El precioso recuerdo del día 3 de Diciembre de 1871, quedará profundamente grabado con caracteres indelebles en los análes del Santuario, y en los fastos memorables de la Iglesia Metropolitana de Buenos Aires.

¿Para cuántos hombres el Santuario de Luján habrá sido toda una revelación inesperada? ¿Para cuántos amantes de María, venidos de allende los mares, este bendito Santuario, habrá reemplazado en su corazón a otro similar situado en su tierra en la cumbre de un monte o en el fondo de algún valle? ¡Para cuántos esta Primera Peregrinación a Luján, sería el principio de otras muchas, para bien de su cuerpo y de su alma, de su vida y de su muerte!

Entre los peregrinos de toda clase y condición que vinieron entonces a Luján, estaba el P. Jorge María Salvaire, sacerdote de

la Misión, hijo de San Vicente de Paul. Venía en representación del célebre "Colegio San Luis", que estos Padres tenían en la calle Esmeralda, y que era frecuentado por los Agrelo, Amespil, Durañona, Irigoyen, Lértora, Martínez de Hoz, Mosquera, Magnasco, Ortiz Basualdo, Rasore, Sáenz Peña, Udaondo y tantos otros que no recordamos, pero que, quién más quién menos, habían de ayudar tanto a sus antiguos maestros en Luján. Sírvales este recuerdo de eterno agradecimiento.

Desde un principio el P. Salvaire con su entusiasmo juvenil, su genio artístico, su vasta preparación y su profunda piedad, quedó gratamente impresionado y enamorado de la Virgencita de Luján, sin sospechar siquiera el importante papel que debía desempeñar un día en el desarrollo del culto de la misma y en la construcción de la Magna Basílica actual.

Desde entonces, allá en sus adentros, le parecía que no había proporción entre una Imagen tan preciosa y el Santuario que la cobijaba. Una perla tan valiosa, solía decir de regreso a Buenos Aires, merece un estuche de más valor y mérito que el que tiene en la actualidad.

Dios debía un día darle razón y ponerle en circunstancias de realizar tan hermoso pensamiento.

Mientras tanto importa conocer este bendlto Santuario.

Cuando en 1871 se efectuó la Primera Peregrinación General, el Santuario de Luján era todavía tal como lo había edificado D. Juan de Lezica en 1754, salvo los deterioros que las injurias del tiempo le habían infligido, como sucede a toda obra humana.

El frente es bastante sencillo. Lo compone un solo cuerpo de 13 metros de ancho por 10 de alto crudamente horadado a su base por una portada arqueada sin archivuelta ni adorno alguno, encima de la cual se abre a 1 metro de distancia una ventana cuadrilonga para dar luz a la tribuna interior. A cada lado de la puerta y a proporcionada distancia, suben dos pilastras como para sostener un gran cornisón corrido, encima del cual se levanta un gran frontón, cuyo centro termina en semicírculo; circundando un nicho que contiene una Virgen Inmaculada; los dos lados bajan hasta la extremidad del cornisón en graciosa voluta. Finalmente, por detrás de todo esto se levanta en el centro una torre algo pesada con su cupulin y su cruz de remate.

Mirada esta iglesia a vuelo de pájaro desde las ventanas posteriores de la torre revela un edificio de 60 metros 50 centímetros de largo sobre 13 metros de ancho. A los dos tercios de su largo surge una gran cúpula o media naranja, la que tiene a su costado el principio o arranque de un techo triangular, como si el templo estuviese destinado algún día a tomar la forma de una cruz latina.

El interior está de acuerdo con su sencillez exterior. Antes de llegar a los arcos toráxicos que sostienen la cúpula, las paredes costaneras están adornadas con una arquería empotrada en ellas, en cuyos huecos se alojan altares y confesionarios. La bóveda es semicircular o de media caña algo prolongada a su base antes de po-

sarse sobre la cornisa. Sobre ésta y parte en la bóveda hay unos lunetos con unas ventanas que dan escasa luz y aire al Santuario.

En el presbiterio se abren a cada lado las puertas respectivas de la sacristía y contrasacristía; un esta última se encuentra la escalera que sube al Camarin de la Virgen, el cual está adosado al testero de la Iglesia, con la que se comunica mediante un nicho abierto en la pared, y donde está la bendita Imagen con su peana giratoria, para que se le de vuelta durante las funciones, pues de ordinario ella está con frente al Camarín donde recibe con mayor intimidad a sus fieles devotos.

Sinceros admiradores de la fe de nuestros antepasados, vemos en la obra de este Santuario emprendido en 1754, un monumento de entusiasmo religioso y ardiente devoción a Ntra. Sra. de Luján. Reconocemos también que, tomando en consideración la época en que se construyó, la penuria de toda clase de medios y las tendencias generales de aquel entonces en punto a bellas artes, ese Santuario es un edificio de relativo mérito y valor, que merece ser contado entre los más notables que levantó la piedad de nuestros mayores en este país.

Pero así y todo no se puede negar que considerado de un modo absoluto y en sí mismo, este Santuario ya no corresponde ni al ideal de un templo católico, ni tampoco a la celebridad de un edificio que por sus antecedentes históricos, y la reverencia con que le rodean todos los hijos de estas católicas naciones, se merezca el título de Santuario Nacional de Ntra. Sra. de Luján.

Por lo demás, todas las paredes del edificio son bien gruesas, de ladrillo bien cocido, y cimentadas con cal de Córdoba y una arena gruesa que inesperadamente se descubrió en una bizcachera de los contornos.

Era voz y fama entre los ancianos del pueblo, que esta Iglesia sirvió más de una vez de refugio seguro contra los malones de la indiada, en los tiempos remotos de su construcción, lo que por lo demás estaba de acuerdo con su exterior severo y adusto.

EL BENDITO SANTUARIO

Cuando en él penetramos respetuosos,
Buscamos anhelosos,
Con fe sencilla, con amor profundo,
A la Virgen de la historia peregrina,
La que es gloria argentina,
Siendo gloria también del nuevo mundo.

Allí, en régio templete cincelado,
De esmalte adornado,
Su rostro dulce y agraciado muestra
La milagrosa Flor de nuestra Pampa,
Que de un fiel de Sumampa
No quiso depender, para ser nuestra.

Algo sublime, célico, inefable,
Algo que no le es dable
Definir a mi labio, harto mezquino,
De esa Efigie bendita se desprende,
Algo que el alma enciende
En los incendios del amor divino!....

Y de aquel paraíso pequeñito,
    Que es su solio bendito,
Nunca acaban de verse los ex-votos,
Que expresarnos parecen a porfía,
    La piedad de María,
Y la expresiva fe de sus devotos.

Con respeto y amor allí el guerrero
    Depositó su acero,
Sus medallas de honor el estudiante,
Su pluma de oro el escritor cristiano,
    Pluma que fué en su mano
Contra toda maldad arma pujante.

Allí, realzando su gentil decoro,
    Vemos espigas de oro,
Ye de plata bajeles diminutos:
Estos son presentallas del marino,
    Aquellas del genuino
Y humilde labrador, bellos tributos.

A sus vetustos muros adheridos,
    Vemos bronces bruñidos,
Con inscripciones que a María exaltan,
Juntos a hermosos cabellos virginales
    Y coronas nupciales
Que en marcos de oro y de ébano resaltan.

Allí entre joyas ricas en valía
    Por su real pedrería,
De alta matrona, dádiva suntuosa,
Dejó la hija del pueblo, complacida,
    Su alhajuela querida,
De sus bodas memoria venturosa.

No le falta a aquel sitio consagrado,
    Simbólico bordado,
Que hiciera fijo en Dios su pensamiento,
En obsequio a la Virgen soberana
    Una virgen cristiana,
Al santo abrigo de claustral convento.

En él también un puesto han conseguido,
    Del mísero, impedido
Curado por la Virgen milagrosa
Que todo mal con su virtud sujeta,
    Una y otra muleta,
Que allí la gratitud colgó piadosa.

Sus muros y su altar están vestidos
    De metales pulidos,
Que en pequeñitas láminas, humanos
Miembros figuran. Y sin voz, sin frases,
    Nos repiten veraces:
"¡María es la salud de los cristianos!"

Allí.... más basta. Nunca terminara
    Si mi pluma intentara
Prolija enumerar en este día,
Los objetos que sin número encierra
    Ese edén de la tierra
Que el Camarín llamamos de María.

S. Fernández.

Reproducción de una antigua pintura ejecutada en vida del Santo; fué de propiedad de la Reina Ana de Austria y hoy se encuentra en la Casa-Madre de la Congregación de la Misión, sita en París.

Este auténtico retrato de San Vicente de Paul, Apostol y Patrono de toda Obra de Caridad, es el fundador de las dos primeras Comunidades instaladas en la Villa de Ntra. Sra. de Luján, bajo su Maternal protección; los PP. de la Misión regentean la Parroquia y el Santuario más de 50 años; y las Hijas de Caridad Vicentinas primeras educacionistas de los niños de los hogares Lujanenses.







CAPITULO II

Los sacerdotes de la Misión, hijos de San Vicente de Paul se hacen cargo del Santuario. — El P. Eusebio Freret su primer Cura. — Sus primeros trabajos.



OR los años de 1870 estaba al frente del Santuario el señor Canónigo Honorario, Luis Duteil, quién con la perspicacia que le era peculiar, echó pronto de ver que Luján podría llegar a ser un centro de devoción y de renovación espiritual para todo el país.

Reflexionando sobre este particular el buen cura se presentó un día Monseñor Aneiros Arzobispo de Buenos Aires, de quien dependía entonces el Santuario, y le comunicó sencillamente sus ideas. Monseñor Aneiros escuchó complacido su exposición, y le dijo que él también venía pensando la misma cosa.

Con razón o sin ella, los dos fueron de parecer que, para esto, era preciso confiar el Santuario a alguna comunidad relativamente moderna y bastante arraigada en el país, que le consagrara toda la actividad uniforme y solidaria de sus miembros, como sucedía con los célebres Santuarios de Loreto en Italia, Monserrat en España, Einsiedeln en Suiza y Lourdes en Francia. Si a ellos les iba tan bien con sus custodios especiales, ¿por qué no sucedería lo mismo con los de Luján? Por lo que empezaron los dos a trabajar de común acuerdo en la realización de este proyecto.

Por su parte, el Canónigo Duteil no tardó en dar su dimisión del Curato de Luján, dejándolo interinamente en manos de su Teniente, el Pbro. Bartolomé Mota; y por la suya, el Prelado empezó a tantear el ánimo de las Comunidades que podían entrar en esta combinación.

En aquellos remotos tiempos éstas no eran más que dos: los Bayoneses, hijos del actual Beato Miguel Garicoits y los de Sacerdotes de la Misión o Lazaristas, hijos de San Vicente de Paúl; pero ninguno de ellos se daban por aludidos. Sus respectivos superiores se resistían a hacerse cargo de esta obra, ya por carecer de personal suficiente, ya también por tener respectivamente entre manos un colegio de segunda enseñanza que secundaba los pocos del Estado y prometía hacer mucho bien a la juventud del país.

Los que más parecía estaban llamados a hacerse cargo del Santuario, eran los Bayoneses, pues su Colegio San José, hoy día tan famoso, estaba entonces en sus comienzos y colocado en los suburbios; mientras que el Colegio San Luis de los Lazaristas situado en la calle Esmeralda era más frecuentado y gozaba de mucha fama en la capital y campaña. Pero, los primeros se resistían más, diciendo que Mons. Escalada los había mandado llamar para atender principalmente a la numerosa colonia vasca de la capital y sus contornos, y que no debían alejarse mucho del centro de su acción.

Estando así las cosas, le tocaba a la Divina Providencia manifestar su divina voluntad; ésta lo hizo claramente en 1871, mediante dos acontecimientos notables: la terrible fiebre amarilla y la Primera Peregrinación de que hemos hablado. Esta puso de manifiesto la necesidad que el Santuario tenía de un personal homogéneo, sobre todo en estas grandes concurrencias, que era preciso multiplicar para bien espiritual de las almas; y la fiebre amarilla que desorganizó por completo el personal docente del Colegio San Luis.

El flagelo fué tan terrible que arrebató dos, tres y hasta cuatro miembros de una misma familia. Fallecieron sólo en el recinto de la ciudad como unos sesenta sacerdotes asistiendo a los enfermos. Entre ellos murió el célebre P. De Lavaissiére fundador y director del Colegio San Luis, el P. Patoux nombrado su sucesor, y varios otros colaboradores externos muy adictos al colegio.

Ante esta evidente manifestación de la voluntad divina, el P. Freret, lugarteniente del Visitador o Provincial residente en el Brasil, tuvo qué hacerse cargo del colegio San Luis, y se presentó al señor Arzobispo, poniéndose él y los suyos a su disposición. Después de haber recibido su santa bendición y sus augurios de feliz éxito, se trasladó a Luján para hacerse cargo del Santuario y ser oficialmente instalado como Cura el 2 de Febrero de 1872.

Más tarde vinieron poco a poco del Colegio San Luis y para tenientes suyos los P.P. Julio Montagne, Jorge Salvaire y finalmente el P. Esteban Tanoux, luego que pudo entregar al señor Arzobispo la Iglesia de las Victorias que estaba construyendo, y que pasó después a manos de los Padres Redentoristas en 1883, cuando vinieron al país; mientras que el P. Tanoux, al poco tiempo, regresaba a Europa y moría Obispo en la Martinica.

También vino del Colegio San Luis, el joven Antonio Scarella, con miras de entrar en la Comunidad Vicentina, en lo que fué pronto seguido por otro ex alumno, Antonio Brignardello, y de su propio hermano Santiago Scarella, los tres después sacerdotes en Luján. El primero fué durante mucho tiempo testigo ocular de muchas cosas referentes al Santuario, el segundo desempeñó el curato a la muerte del P. Salvaire, habiendo pasado ocho años a su lado secundándolo activamente en la construcción de la monumental obra desde que se abrieron los cimientos, siendo el brazo derecho del finado P. Salvaire según el mismo lo afirmaba en vida; y el tercero se particularizó como sobrestante de la nueva obra durante varios años.

Apenas el P. Freret se hubo hecho cargo del curato, se entregó de lleno a la reforma material y moral del mismo, ayudado eficazmente de sus múltiples y generosas relaciones de la capital.

Empezó por lo más apremiante y más caro a su corazón: el Camarín de la Virgen. Recubría entonces su interior un damasco de seda mordoré, que por cierto debió ser muy lindo y precioso al principio; pero que entonces estaba descolorido y en gran parte enmohecido por la humedad. Reemplazólo por un rico revestimiento de cedro con pilastras, cornizas, cúpula y demás adornos dorados, y renovó también el altarcito y el nicho de la Virgen, en armonía con el todo.

Dicho revestimiento de cedro se halla actualmente en la Iglesia de San Ponciano, en La Plata, formando con él un rico Camarín a la Santísima Virgen de Luján.

Concluida la cámara privilegiada de María, pasó al templo. Aseguró con fuertes llaves de fierro las rajadas y humedecidas bóvedas, recubrió el techo con un sólido embaldosado, e hizo correr todo a su rededor un buen parapeto de material, por cuanto, siendo el techo un paso obligado para subir a la torre, constituía un peligro continuo para sacristanes y monaguillos. Pintó el interior del templo con un color uniforme pero serio y adecuado, y finalmente retocó los altares, especialmente el Mayor que tenía cuatro angelones de bastante mal gusto que sostenían otras tantas columnas salomónicas del retablo.

La acción pastoral se hizo sentir a la par en el orden moral. Los niños tuvieron regularmente sus clases de Catecismo, los adultos sus prédicas dominicales y las diversas Asociaciones sus pláticas especiales. El 19 de Marzo de 1873 fundó la Asociación de las Hijas de María para las niñas mayores y la de los Santos Angeles para las menores. Obtuvo que las Hermanas Vicentinas transformaran en escuela parroquial de niñas el sanatorio privado que ellas tenían en Luján.

Cuán acertada haya sido esta medida nos lo dicen las autoridades y caballeros que confeccionaron el Album del Centenario en Luján, en las siguientes palabras:

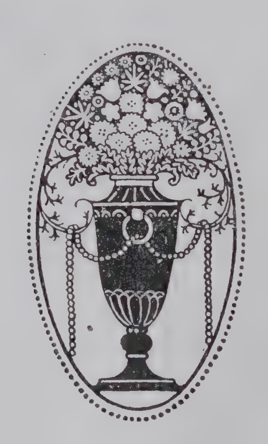
"Toda una hermosa tradición de bondades y virtudes encierra el piadoso establecimiento que la Caridad cristiana ha fundado en esta ciudad, la que siente por él, afectuoso respeto, cariño y admiración hacia las beneméritas religiosas que tienen a su cargo las tareas inherentes a la dirección y administración del colegio, y la atención de los niños menesterosos que, en su hospitalario asilo anexo al colegio, reciben educación, alimentos y vestidos.

En las aulas de esa escuela han cursado sus estudios infinidad de niñas lujanenses de varias generaciones que, inspiradas en las nobles enseñanzas de las benefactoras maestras del citado colegio, han llevado después a sus hogares, con sus virtudes de esposas y su cariño de madres, un caudal de elevados sentimientos para inculcar a sus hijos, un tesoro de infinitas afecciones que nacieron al abrigo de ese asilo bienhechor".

Pero lo que merece una mención especial es la fundación de un colegio parroquial de niños bajo el título de "Seminario de Ntra. Sra. de Luján" para divulgar la enseñanza secundaria, realzar las ceremonias del culto y recaudar las vocaciones eclesiásticas que hubiere, en vista de la fundación incesante de nuevos pueblos en la dilatada campaña de Buenos Aires. El P. Fréret era de parecer que todo cura celoso por la gloria de Dios, la salvación de las almas y el bien del país, debía poner su grano de arena a una obra tan importante. Con ese fin había establecido cursos de latinidad en su colegio parroquial y le había llamado Seminario.

Después de dos años de proficua labor, el P. Freret renunció el Curato, por cuanto su avanzada edad y los achaques consiguientes, le impedían recorrer fácilmente la campaña en pos de las ovejas descarriadas o rezagadas, como hubiera querido hacerlo.

Este año de 1874 en que dió su dimisión el P. Freret a principios de Enero, nos recuerda que el pueblo de Luján, sirvió una vez más de noble prisión a un ilustre político, el general D. Bartolomé Mitre, rendido en "La Verde" al comandante Arias. En Luján, Mitre planeó su gran "Historia del general San Martín" y como él, visitó algunas veces a María de Luján en su bendito Camarín.





EL HISTORICO CAMARIN

Es la sala de audiencia de María
Do acuden cada día,
Grandes, pequeños, sabios e ignorantes.
Es de sus gracias centro esclarecido
Do encuentra el afligido
Todo consuelo en todos los instantes.

Es un oásis bello y regalado,
Do el viandante extenuado
A restaurar sus fuerzas se detiene;
Es un celeste imán que la ternura
De la única pura,
Para atraer los corazones tiene.

Hace ya treinta lustros que a sus puertas,
De hallar favores, ciertas,
Ansiosas llegan las devotas gentes,
Siendo ese dulce y místico Santuario,
Tierno depositario
De los votos más íntimos y ardientes.

Acaso en toda su extensión no encierra
La americana tierra
Monumento más santo y venerable,
Ni sitio más querido y visitado
Que ese ilustre y sagrado
Camarín, de virtud imponderable.

¡Bendito Camarín! Puerto seguro
De Paz. Baluarte puro
De la fe. Santa y mística Atalaya,
Desde donde la célica María
Cual constante vigía
De su pueblo en la guarda no desmaya!

Broquel de la piedad, donde cien veces
Levantaron sus preces
Los heroes que iluminan nuestra Historia!....
Honor a tu grandeza esclarecida,
Y alabanza cumplida
Y gloria a la que es causa de tu gloria!

S. Fernández.





El antiguo santuario refaccionado en 1875

CAPITULO III

El P. Emilio George sucede al P. Freret. Sus giras apostólicas. — Su interés por el joven Ameghino y por la benemérita Camila Rolón. — Refacción del frente del antiguo Santuario.

EL P. Freret había renunciado el Curato de Luján por no poder recorrer la campaña en busca de las ovejas rezagadas. Sucedióle el P. Emilio George el 18 de Enero de 1874, quien todavía joven y lleno de salud se entregó por entero a esas correrías apostólicas.

Las primeras consecuencias de ellas fueron las comuniones generales de hombres que estableció el Domingo del Buen Pastor, con objeto de cumplir con el deber pascual. Estas comuniones generales perduran todavía y fueron durante mucho tiempo la especialidad de la parroquia de Luján.

Fué entonces cuando el P. George se interesó por el joven Florentino Ameghino, a quien solía encontrar buscando piedras fósiles en los barrancos del Río Luján. Ameghino era en aquellos tiempos simple ayudante de una Escuela de Mercedes, y deseaba una posición más favorable a sus estudios predilectos de paleontología. Al saber esto el P. George le recomendó a su gran amigo Dn. José Manuel Estrada, quien había sido jefe del Departamento de Escuelas de la Provincia y puso al joven en estado de emprender su alto vuelo en el dominio de la ciencia, donde dió algunos aleteos no siempre igualmente felices, al decir de sus colegas en paleontología.

Un poco más tarde fué la benemérita Camila Rolón quien acudió al P. George para que le ayudara a fundar su "Instituto de las Hermanas Pobres Bonaerenses de San José".

A los ojos de Camila nadie podía agenciar mejor los intereses de San José como aquel que manejaba tan bien los de María su esposa en Luján.

A este respeto, el Pbro. Pruneda en su hermosa biografía que escribió de la Madre Camila en 1924, nos dice del P. George lo siguiente:

"Conocía bien la vida íntima de las comunidades religiosas, por su actuación en la dirección de las Hijas de la Caridad. El

Señor le había dotado de claro talento y de dones especiales para discernir espíritus. Pudo por eso conocer bien pronto el espíritu que guiaba a Camila, sin omitir, como director prudente, las probaciones que requería la gravedad del caso. Poseía, además, una fuerza poderosa que empleó después abundantemente para la fundación y progreso del Instituto que proyectaba Camila: un gran corazón fácil de entusiasmarse por todo lo que se refería a la caridad. Era un hijo sincero y digno del gran Apóstol de la caridad San Vicente de Paul''... Un poco más lejos prosigue diciendo:

''Acerca de la sencillez y bondad del P. George, da testimonio el Ilmo. y Rvmo. Señor Obispo Mons. D. Francisco Alberti, a quien oímos decir, que siendo él seminarista, al ir a Luján con sus compañeros admiraba estas virtudes en el mencionado religioso, que no se desdeñaba de tomar parte en los juegos de los seminaristas, a quienes trataba con sumo cariño. No es necesario encarecer el valor de este testimonio de tan inteligente y virtuoso Prelado...

Camila después de reiteradas instancias recabó del P. George el permiso para exponer su deseo al Ilmo. Mons. Aneiros... quien escuchó con sumo interés toda la exposición de Camila y se propuso estudiar con detención su proyecto.

Así lo hizo el bondadoso Prelado, y el fruto de su detenido estudio fué el permiso que dió a Camila para que según la idea que le había manifestado hiciese escribir el Reglamento de la nueva institución, indicándole para esto al Rdo. P. George''.

Ese Reglamento presentado en Diciembre de 1880, fué el grano de mostaza de que habla el Evangelio, y que sembrado en terreno propicio se hizo un árbol grande, en forma que las aves del cielo bajaron y se posaron en sus ramas. La comunidad naciente creció en efecto admirablemente, fué en su debido tiempo aprobada por la Santa Sede, y hoy tiene casas no sólo en varias provincias de la República, sino también fuera de ella y hasta en Europa. Aún desde lejos el P. George siguió siempre a esta comunidad con amor de padre y le prodigó sus cuidados y sus consejos hasta su muerte.

El Santuario de Luján reclamaba desde tiempo atrás una obra de gran aliento y habilidad que el P. Freret había dejado para su sucesor. Era la refacción total del frente de la antigua iglesia construída en 1754, el que ya no estaba en armonía con los tiempos presentes.

Mientras el templo de Luján, con todo ser pesado y bajo, estuvo en medio de los primitivos ranchos pajizos o casitas cubiertas de teja española, se destacaba siempre desde lejos en el horizonte en medio de la vasta campaña, como un faro luminoso que guiara a los caminantes en dirección del trono de María.

Pero más tarde, cuando empezaron a levantarse los altos parapetos de las casas modernas y las de dos pisos con sus miradores, el aspecto desastroso que producía el Santuario con su masa negrusca y pesada, se hizo más sensible y parecía restarle mucho de su importancia a los ojos del vulgo, algún tanto deslumbrado con las nuevas y airosas construcciones.

Era necesario hacer algo para destruir esa triste impresión y poner el Santuario en mayor armonía con las exigencias del tiempo presente.

Después de maduro examen, estudiado el pro y el contra de una refacción que debía ser forzosamente algo costosa; considerando que las paredes eran gruesas, sólidas y bien cimentadas con cal, se resolvió doblar la altura de la torre para que fuera siempre el faro luminoso que guiara a los fieles desde lejos, y levantar algo también el frente de la Iglesia para ponerlo más en armonía con las demás construcciones.

El erudito P. Salvaire, ya ausente de Luján en 1875 cuando empezaron estos trabajos, por haberse ido a misionar entre los indios de la Pampa, nos hará la descripción le estos trabajos, a su regreso, en estos términos:

La fachada del Santuario, que es lo pricipal que se ofrece y llama la atención del visitante, es sin contradicción la parte más notable del edificio. Ha sido restaurada poco há según el estilo bizantino de la segunda época. Delicada y ostentosa tiene ciertos rasgos se semejanza con las iglesias romano-bizantinas de Ancona, Rávena, Pisa y otras ciudades de Italia.

En el sentido vertical la fachada se compone de tres cuerpos, separados entre sí por cuatro abultados estribos o pilastras de forma cuadrangular. En el sentido horizontal está dividida también en tres zonas por dos molduras apropiadas. Cada una de las fracciones que de allí resultan tienen una ventana, o dos gemelas, según convenga; pero en las del medio, hay la portada en la de abajo, un nicho de la Virgen en la inmediata superior y un rosetón pentilobado en la más alta, la cual simula un techo de dos caídas de agua rematado con una cruz.

Finalmente, como a 50 centímetros más atrás de todo esto, en la misma dirección que las dos pilastras del centro, se eleva escueta la torre compuesta de dos cuerpos superpuestos, casi cúbicos. El inferior lleva en su centro la esfera del reloj; y el superior, está horadado en sus cuatro costados por dos largas ventanas gemíneas con abasones que arrojan afuera la lluvia del cielo, y el sonido de las campanas. Encima del encornisamiento se levanta un elegante cupulín octogonal acompañado en los ángulos por cuatro pináculos, y que remata en una airosa cruz.

En lo restante del templo no se hicieron por entonces mayores refacciones, por no necesitarse tanto, como en el frente y en la torre.

Un momento se pensó construir los dos cruceros que como sabemos, estaban simplemente esbozados por dentro a cada lado, por los arcos torácicos, y por fuera, por la forma triangular del techo, en la intersección de la cúpula o media naranja.

Esto habría dado más amplitud y belleza al Santuario, y había permitido hacer en cada crucero una escalera directa al Camarín para subir por un lado y bajar por el otro, sin necesidad de entrar en el presbiterio y contra-sacristía para el efecto; pero debió re-

nunciarse a ello a causa de las rajaduras de la bóveda y de la cúpula, que ya conocemos, y las fuertes trepidaciones que debía producir la demolición de los gruesos sotoarcos laterales.

Acaso lo dispuso así la Divina Providencia en vista de que, al pricipio del siglo siguiente, la escalera del camarín debía ser mucho más régia que aquella por inaugurarse ya esa parte del nuevo Santuario, en ocasión de celebrarse el quincuagésimo aniversario de la proclamación del Dogma de la Inmaculada Concepción de María.

Bajo la administración del P. George el "Seminario de Ntra. Sra. de Luján" fundado anteriormente por P. Freret, sin dejar de ser un externado para los niños de la población, empezó a ser también un internado para los de la campaña y pueblos circunvecinos y aún de la Capital que aspiraban a recibir una fuerte educación crisiana.

¡Cuántos niños que hoy día son sacerdotes celosos o buenos padres de familia, repartidos en las diversas esferas de la actividad humana, recuerdan con amor y cariño la educación recibida a la sombra del Santuario y Camarín de María de Luján, y la transmiten a sus hijos cual herencia más preciosa que puedan dejarles!

EL HISTORICO CAMARIN

¡Mansión semidivina, cuyas puertas
 Siempre hallamos abiertas,
Como abiertas las arcas de sus dones!
¡Oh felices, felices los que fieles
 Traspasan sus dinteles
En busca de maternas bendiciones!

Inquietudes, congojas, amarguras,
 Interiores torturas,
Secretas agonías y desmayos,
Que al corazón le abruman y entristecen,
 En él se desvanecen
Como la niebla a los solares rayos.

Allí del hombre lo que a Dios aspira,
 Y en Dios su centro mira,
El alma, en fin, por merecer el cielo,
Se resigna a sufrir con mansedumbre
 La mortal pesadumbre:
¡Su herencia positiva en este suelo!

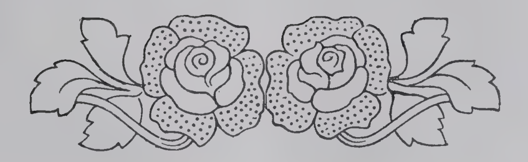
Oh! qué nuevo vigor, oh! qué confianza,
Oh qué santa esperanza,
Recibe allí, qué paz consoladora!
Oh! cuál la envuelve en su divina llama,
La ilumina e inflama,
La fe, de Cristo eterna y salvadora!....

Ahí, a ese lugar favorecido,
Por María elegido,
Quisiera conducir mi débil mano
Al infeliz, al desdichado ateo,
Que en su atroz devaneo
Desprecia la fe augusta del cristiano.

Verle quisiera ahí, ya contemplando,
Ya leyendo o palpando
Los testimonios claros, los vestigios,
Que a despecho de hostiles prevenciones
E impías negaciones.
Confirman mil mercedes, mil prodigios.

¡Oh! si aún ahí, donde es tan evidente
La acción omnipotente
No confesara herido por la gracia,
A un Ser creador, eterno e infinito,
Fuera su error maldito,
Satánica y horrible contumacia!...
....

F. Fernández.





El antiguo Camarín reformado en 1873



CAPITULO IV

La Virgen de Luján y el P. Salvaire entre los indios del desierto. — Conversión de los caciques Catriel y Railef. — Muerte edificante de este último en Luján. — Un milagro en la Pampa.

EN Enero de 1874, mientras el P. George venía a consagrar sus energías en favor de María de Luján, el P. Salvaire partía para emplear las suyas en la conversión de los indios de la Pampa.

Allá fué en compañía del P. Fernando Meister su nuevo superior y de varios militares de fama, obedeciendo a la voz de sus superiores.

No nos pese: a través de las líneas quebradas de los hombres, Dios sabe trazar sus líneas rectas con que alcanza siempre dulce pero seguramente sus fines. El P. Salvaire saldrá de allá bien fogueado y convertido en instrumento poderoso, para labrar a María de Luján el trono más hermoso de toda la Argentina, y acaso de toda la América del Sud.

Poco tiempo después de llegado a su destino y planteada ya su tienda de misionero, el P. Salvaire confía al papel las primeras efusiones de su alma, dice con S. Pablo:

"*Ostium mihi apertum est et magnum et evidens et adversarii multi* (1 Cor. XVI. 9)".

"Empiezo una misión difícil y llena de contratiempos, y a causa de los innumerables obstáculos que se atraviesan en mi camino, mi alma frecuentemente desfallece, y al verme solo en el desierto, rodeado de salvajes, la idea de las dificultades que deberé vencer para reducirlos me atormenta a causa del poco fruto que recojeré después de tantos sacrificios y fatigas... y acaso finalmente moriré víctima de aquellos que vengo a evengelizar... ¡Oh! Jesús mío! fortalecedme en el momento terrible, en que se rompan todos los lazos de mi frágil existencia!...

Hoy, jueves 29 de Enero de 1874, hemos tenido la dicha de poseer por primera vez y adorar a Jesús Sacramentado en el oratorio que hemos improvisado en una pieza de nuestra modesta habitación.

Ayer preparé el pequeño Tabernáculo, tapizándolo interiormente, con un paño de seda que me dieran en Luján como recuerdo,

cuando abandonaba tan pesaroso aquel querido Santuario y su milagrosa Virgencita; entretanto yo me afligía al pensar en la pobreza y miseria de esta casa donde bajaría y habitaría el Rey de los Reyes.

¡Oh mi Jesús! He aquí que estaréis obligado a renovar casi todas las circunstancias de vuestra Navidad en el portal de Belén... Nadie sabrá aquí el prodigio de amor que acaba de obrarse bajo este techo; solamente algunos pocos humildes indios vendrán a visitaros, y los conduciremos cual si fuéramos vuestros ángeles al pie de vuestro pesebre, y ellos cuales nuevos pastores os adorarán''.

Con fecha 20 de Julio de 1874, el P. Meister escribía a Monseñor Aneiros, dándole a conocer las buenas disposiciones en que estaba la familia del Cacique Catriel, y diciéndole que estaba seguro que se convertiría si pudiese comprender el amor infinito de Dios manifestado en la Encarnación de su Hijo N. Señor.

No solamente se convirtió, en efecto, esa familia, sino que también dió su hijo Lorenzo para que se educara y acaso llegara al sacerdocio; lo cual no se efectuó a causa de viejas costumbres atávicas en los indios; pero quedó siempre un buen cristiano, sumamente agradecido por el favor recibido.

También se convirtió a poco andar el venerable Cacique de la tribu Araucana, José María Railef, con toda su familia y parte de su tribu.

El Cacique Railef era una de esas naturalezas privilegiadas, naturalmente rectas y buenas, tan difíciles de encontrar en el paganismo. Era todo un diamante sin pulir, arrojado quien sabe porqué disposición providencial en medio del desierto de la Pampa, acaso para probar ál hombre que su salvación o perdición está siempre en sus manos.

El caso de Railef recordaba al P. Salvaire aquel célebre dicho de Santo Tomás: que si llegare algún pagano a observar regularmente todos los preceptos de la ley natural, Dios, antes de permitir que ese tal se perdiere, le había de enviar, aunque fuera milagrosamente, algún ángel o misionero para que se instruyera en las verdades de la fe. Ese misionero para Railef fué el P. Salvaire.

El deseo de recibir la Confirmación le hizo emprender al Cacique el viaje a la Capital, en compañía de su misionero y de un hijo suyo. Durante ese viaje murió de una hemorragia, a la sombra del Santuario de Luján, en la noche del día 2 de Octubre de 1874.

Al día siguiente el P. Salvaire anunciaba este fallecimiento al Señor Arzobispo en estos términos:

''El Venerable Cacique Don José María Railef ha rendido su bella alma a Dios esta noche a las once y media. Conservó su pleno conocimiento hasta el último suspiro. Su muerte ha sido la del justo, esto es, santa y tranquila. Sus últimas palabras fueron estas: ''Se me acaba de decir que una gran Señora viene a buscarme''. Siempre he creído que este venerable anciano, cuya alma era tan recta y tan naturalmente cristiana, bien que no tuviera aún mayores conocimientos de la Santísima Virgen, no dejaría por eso de ser

muy agradable a María, que tanto ama a los pobres y pequeños y a los que tienen el corazón humilde y recto. Y quien sabe si no es especial favor de esta tierna Madre, el que este justo haya sido traído a Luján para rendir su último suspiro a la sombra del Santuario, y si esta gran Señora que venía a buscarlo no era la Madre de Jesús''.

De regreso a la Pampa, el P. Salvaire continuó desempeñando su Santa Misión junto a los indios, empeñándose con mucho éxito en el rescate de cautivos cristianos, como se ve en la ''Revista de derechos y letras'' del Dr. D. Estanislao Zeballos.

En una de las invasiones que los Indios Ranqueles hicieran en tierras cristianas, apoyándose en que el Gobierno no cumplía con sus promesas, los indios se llevaron algunas cautivas.

Por su lado, el General Rivas tomó preso a un nieto del Cacique Namuncurá y lo tenía aprisionado en la fortaleza de la Blanca. Los indios, a fin de poder rescatar a este prisionero, contando con la buena fe del General, le enviaron una pobre cautiva cristiana para hacer el canje; pero el General, considerándolo insuficiente, guardó la cautiva sin entregar el prisionero.

A ruego de los indios intervino el P. Salvaire, a quien el General Rivas contesta lo siguiente con fecha 17 de Junio de 1874:

''Estimado Señor: Recibí su carta, en la que me pide gracia para el indio Ignacio Pallán, detenido como prisionero de guerra en el campamento de Blanca Grande. Concedo gustoso a Vd. el pedido, y con mucha satisfacción, a fin de que estos pobres desgraciados privados de la gracia de Dios, comprendan y aprecien como deben la misión que a Vd. lo lleva hacia ellos. Aceptando los deseos de su carta, le reitero mi amistad, y soy S. S. S. y amigo. — I. Rivas.''

El indio Ignacio Pallán sabrá apreciar, en efecto, la misión del P. Salvaire, en un día de gran peligro para éste, en ocasión de haberse internado entre los indios para rescatar a los demás cautivos que había.

El poderoso Namuncurá que en un principio alentara al P. Salvaire en su misión humanitaria, y que aún le había mandado una escolta de 30 hombres, con la que el Padre se encontró el 27 de Octubre en Karrhué, le traicionó después y le puso en peligro de perder la vida, a consecuencia de calumnias propaladas por los vendedores de alcohol y otros traficantes que veían peligrar sus ilícitas ganancias con la conversión de la indiada.

''Un milagro en la Pampa''. Con este título es que Pastor Obligado cuenta en sus ''Tradiciones Argentinas'' este episodio de la vida del P. Salvaire. Lo transcribiremos tal cual, aunque un poco largo, por respeto a la pluma tan bien cortada de este célebre escritor:

''Una de las nubladas mañanas grises del frío otoño, en que todo aparece triste al través de melancólica neblina, cierto atribulado Sacerdote francés, hallábase en la Pampa, al Sur de Buenos Aires, en apurado trance, del que creía no salir con vida. Sobre la árida lomada, bajo nubes encapotadas, divisaba como venía amane-

ciendo perezosamente el día, día sin noche para él, según se le había anunciado. Ebrias chusmas salvajes le rodeaban, más feas que un susto, azuzaban la indiada para que lancearan cuanto antes al pobre cristiano, ¡que había introducido la peste de la viruela en la indiada!

La noche entera había pasado el cautivo en continua oración, encomendándose a todos los Santos y al aclarar las luces de su último día, recordando la Virgen de los campos, de que nuestros paisanos eran tan devotos, hizo un voto solemne a Nuestra Sra. de Luján "de consagrarse exclusivamente por toda la vida a su servicio inmediato, constituyéndose en propagador incansable de su Culto y de su Iglesia, si salvaba por un milagro, que no de otro modo podía salvar."

Denunciado por las adivinas ante el Cacique principal de la tribu de ser el introductor de la viruela, peste que a la sazón diezmaba la toldería, sin otro trámite, se le condenó a ser lanceado a la salida del sol, y quemado inmediatamente para extinguir en él el germen de epidemia tan devoradora. Demás está advertir que el pobre Sacerdote atribulado, tan limpio de culpas como de viruelas, no había llevado otro contagio que el de la Propaganda Evangélica. Pero había sido sorprendido echando agua sobre los recién nacidos, y exorcismos acompañados de palabras que ni el más ladino lenguaraz entendía; más, se llamaba Padre de hijos que no le veían; llevaba corona (tierra adentro, en que todos son iguales y todo es de todos) a usanza india; indudablemente tenía "gualicho" (diablo); andaba en secretitos con las indias, principalmente con aquellas que en el día del alumbramiento iban a romper el hielo de la laguna, donde madre y recién nacido se metían temblando por el frío de su primera ablución, según decían; por hacerles algo, o bautizarlas según él; sobre todo, era perro cristiano, causa más que suficiente para cargarle o responsabilizarlo, como única de cuantos males sufría la indiada. No había remedio; todo estaba ya preparado para la ejecución. El cuadro no era cuadro, pero era círculo o semicírculo y en rápidas evoluciones concéntricas de la caballería pampa, iba ésta estrechándose en sus correrías en el valle de la misma.

Sorteados los cuatro lanceros que con larguísimas lanzas adornadas de plumas de avestruz, variaban sus caballos lanzados a la carrera para ensartarle; un mocetón se desprendió del grupo, le volteó el sombrero, y aunque no le distinguía corona, crecido ya el cabello, se detuvo a contemplarlo, y tirándole el poncho, dijo al partir a escape: "Tapando, hermano, no muriendo de susto". Pero la actitud de todos los indios que lo rodeaban no era para desvanecer el de su ánimo quebrantado por largos y continuos sufrimientos. Su agonía se prolongaba, y entonces repitió la última y ferviente oracin: "Socorredme, Madre mía y Señora de Luján, en el angustioso trance en que me encuentro. ¡Venir y morir tan lejos de los míos! ¡Ya no veré más mi Iglesia, mi aldeíta ni a mis padres!...

¡Qué desgracia! Desde los Pireneos llegué a predicar el Evangelio, y al comienzo de mi propaganda en estos desiertos, me sacri-

fican los mismos que esperaba convertir. ¡Dios mío!, os pido la salvación de mi alma. Si es posible escape de muerte tan horrible, hago la promesa de consagrar mi vida entera al inmediato servicio del Santuario y a extender la propagación de tu culto.

¡Oh Virgen Santa de Luján, que nunca desamparaste a los que a tu favor se acogieron! Publicaré tus milagros y caminaré toda la tierra pidiendo limosna para engrandecer tu Iglesia.''

Tendido y acurrucado sobre el campo, como vislumbre de última esperanza, por la abertura del poncho pampa entreveía a lo lejos al indio que se le aproximó agitándose en acalorada discusión cerca del grupo que rodeaba al Cacique, y manoteando hablaba a gritos muy ligero sin interrumpirse, señalando con su lanza el lugar donde se hallaba la víctima; como si descendiera un consuelo de su última plegaria, le pareció observar que, entre alaridos y protestas, el tumulto de la indiada se apaciguaba un poco. Cual si se detuvieran en su avance, los círculos parecían dilatarse, y después de mucha algazara imponiéndose el Cacique, la orden de mando hizo bajar a su voz lanzas que se blandían en el aire.

Entonces arrodillándose en la suprema oración de una agonía que se prolongaba, vió desprenderse al indio amigo, volviendo a todo galope, sofrenar su potro y gritar con expresión de contento:

¡Salvado hermano! ¡Levantando!

Ni un Demóstenes ''pampa'' más convincente en su peroración que el verboso orador de la tribu, abogando por salvar al cristiano que le había salvado...

El Reverendo Padre Jorge María Salvaire, de la Congregación de la Misión que reconoce como Patrono a San Vicente de Paúl, en sus primeras excursiones a los toldos, fué encargado por el Ministro de Guerra Doctor Alsina, de parlamento de paz, y en vísperas de caer cautivo, diversos socorros había llevado. Poco antes, al salir del Azul, consiguió del Jefe de la Frontera perdonara a un joven cuatrero que estaba en capilla para ser fusilado. Casualidad o milagro fué que llegara éste al toldo del Cacique su padre, el día señalado para lancear a su salvador.

El Padre Salvaire, desde entonces popularmente conocido por el ''Padre Salvado'', no tardó mucho tiempo en empezar el cumplimiento de su promesa, y en vez de un monumento, levantó dos a la Virgen de su devoción. Concluído que hubo la voluminosa ''Historia de la Virgen de Luján'' que es otro monumental esfuerzo, paciente obra de benedictino, propagando su culto, se fué hasta el otro mundo, recolectando limosnas por todas partes. De Roma regresó con la espléndida corona exornada de perlas y diamantes, que el mismo Santo Padre León XIII, bendijo por sus propias manos, y que robada luego del Camarín de la Virgen, no fué chico milagro se recuperara.''

Hasta aquí el Doctor Obligado, cuyo relato queremos en parte rectificar en cuanto a la causa del contraste experimentado por el Padre Salvaire, que fué debido al sórdido interés de ciertos malos

comerciantes y no precisamente al bautismo, que administraría sin duda con toda prudencia y decoro.

El relato del regreso del P. Salvaire se encuentra en una carta que escribiera el P. Meister con fecha 5 de Enero de 1876.

Según ella, pasado el primer momento de efervescencia, el P. Salvaire fué admitido a dar explicaciones; las que naturalmente dejaron satisfechos a los Caciques reunidos para el efecto. Estos se convencieron de que no había tal cicatriz maligna en la coronilla de la cabeza, sino que ella había sido simplemente rasurada algún tiempo antes. Por lo tanto, se mostraron más acomodaticios; sobre todo cuando supieron que las mercaderías y provisiones que traía el P. Salvaire en sus carretas, por valor de 48.000 pesos moneda corriente antiguo o sea 1.400 de los actuales, les estaban destinadas a título de obsequio y pago de los cautivos a redimir. Sin más trámites empezaron a repartirse todo aquello; pero no sin antes pasarlo por la punta de una lanza por si había algún veneno o ''gualicho'' que sacudir.

Creyendo entonces el P. Salvaire que estarían plenamente satisfechos, preguntó a Namuncurá por los cautivos prometidos; pero éste se encogió de hombros; sin embargo comprendiendo el bochorno que había de pasar el P. Salvaire regresando entre los suyos con las manos vacías, le dió un niño y una niña de 10 a 12 años, y finalmente nueve otros cautivos, pero éstos por una suma convenida y pagadera lo más pronto posible.

Después de 4 días pasados así entre la vida y la muerte, el P. Salvaire emprendió camino de regreso con su comitiva y los once cautivos rescatados, despachando de antemano un chasque que franqueara las 90 leguas que le separaban del más próximo fortín, para tranquilizar a la oficialidad.

Todo fué bien hasta el segundo día; pero de repente divisóse a lo lejos una gran polvareda con una turba de indios que se venían a todo escape para apoderarse nuevamente del P. Salvaire, acaso descontentos del reparto que se había hecho, y esperanzados en mayor compensación. Avisado el P. Salvaire oportunamente por una buena alma de Dios, emprendió una carrera tendida de 37 leguas, con la que logró ponerse en salvo dentro de la frontera cristiana.

A poco tiempo de esto, la perspectiva de la próxima conquista del desierto que tanto debía ilustrar al General Julio Roca, concluyó con la misión y devolvió al P. Salvaire a su querido Luján, para cumplir con la promesa hecha en trance tan peligroso de su vida.

DESPEDIDA DE UN HIJO A SU MADRE

Voy a partir, oh Madre idolatrada,
Donde la Ley de la Obediencia impera!
Dáme tu bendición; dámela entera
Dáme tu bendición, Madre adorada.

Yo debo abandonar tu hogar bendito,
Ese hogar por los pueblos venerado
Y luchar con espíritu esforzado
Cual luchan de la patria los proscritos!

¿Debo dejarte entonces, mi esperanza?
¿Debo dejarte para siempre, oh Madre?. . .
Si hoy acudo al llamado de mi Padre
Jamás te olvidaré, pues soy tu esclavo!

Si en los anales de la historia
Un recuerdo pudiera dedicarte,
Yo diría que es mi dicha sólo amarte
Amarte más y más hasta la gloria.

Si eres rosa gentil cuya corola
Gotas de sangre ostenta en sus orillas,
Yo declaro, llorosas mis mejillas,
Que tú serás mi inmaculada estola.

Si al recorrer mis cuitas y dolores
Llego a postrarme ante tu imagen bella,
Ella guiará cual refulgente estrella
Mis pasos hacia el mar de tus amores.

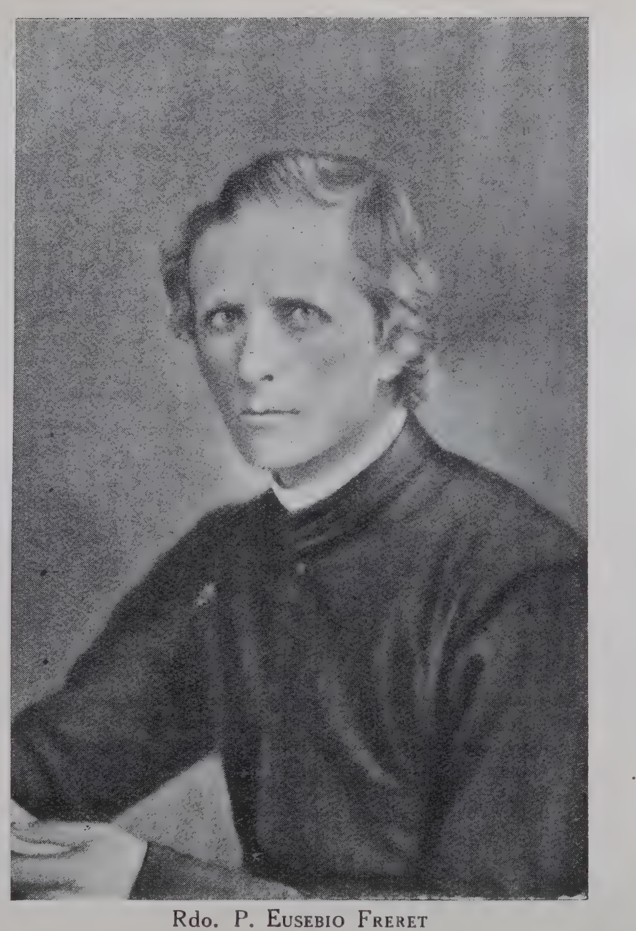
Recibe pues mi agradecido acento
Como muestra de amor y de cariño,
Y cual madre que vela por el niño
Señalame el confín del firmamento.

Yo no tengo otro amparo que tu manto,
Porque eres Madre de sin par consuelo;
Si tú me alientas subiré a los cielos
Eternizando en él mi dulce canto.

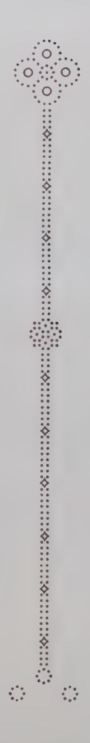
Voy a partir.... Tú sabes Madre mía
Que mi pluma cantó tus maravillas;
Doblando pues, mi frente y mis rodillas
Espero en tí, emperatriz María.

J. B. L.





Rdo. P. Eusebio Freret
1er. Cura de los Padres de la Misión. - 2 de Febrero 1872



Rdo. P. Emilio George, 2.º Cura de los
P. de la Misión, se hizo cargo el 18 de Enero dc 1874.



CAPITULO V

María de Luján salva de un naufragio inminente a cuatro sacerdotes y demás pasajeros. — Antecedentes del caso. — Votos y promesas de los pobres navegantes a la Taumaturga del Plata.



L poco tiempo de haber salvado al P. Salvaire del peligro de la vida que corriera tierra adentro, María de Luján salvaba también a cuatro sacerdotes y demás pasajeros, del que corrían aguas afuera, legitimando así una vez más el hermoso título de Estrella del Mar y Patrona de los navegantes que le dieron desde un principio los fieles devotos. Por la calidad de las personas que aquí intervienen, contaremos el hecho detalladamente.

Mientras la Misión del P. Salvaire establecida a este lado de la indiada en la Pampa, agonizaba por la perfidia de los malos cristianos de la frontera y la falta de protección oficial, el P. Emilio Savino, de la misma Congregación, establecía a espensas particulares otra Misión a la retaguardia de la indiada en la Patagonia. Esta Misión prometía en breve una cosecha espiritual tan abundante y tan gradualmente mayor, que el P. Savino previendo la imposibilidad de recogerla con los pocos elementos que se le podían dar, resolvió entregarla a los P. P. Salesianos, diciendo con S. Pablo: "Dúmmodo Christus annuntietur, in hoc gaudeo et gaudebo".

Los hijos de Don Bosco habían llegado recién al país el 14 de Diciembre de 1875, acompañados del cónsul argentino en Savona, don Juan B. Gazzolo, y bendecidos por el inmortal Pío IX. Eran numerosos, casi todos jóvenes, llenos de vida, y solo pedían trabajar cuanto antes en la viña del Señor.

De consiguiente el día 7 de Mayo de 1878, se embarcaban en le vapor "Santa Lucía" con dirección a Patagonia, el señor secretario del Arzobispado, que lo era entonces el doctor don Antonio Espinosa, los P. P. Salesianos don Santiago Costamagna y don Ernesto Rabagliati, y el misionero Lazarista Emilio Savino, con el objeto de proceder oficialmente a la transferencia de la Misión y sus dependencias.

Iban también en ese vapor, el teniente coronel don Daniel Cerri, los sargentos mayores, don Camilo García, don Miguel Linares y don Ramón Pérez; el comisario pagador don Régulo Martínez (hijo). Terminada la transferencia en favor de los P. P. Salesianos,

se reembarcaron los nombrados pasajeros con un buen número de comerciantes, así como varias señoras y señoritas, para retornar a la Capital en el Vapor Argentino "Santa Rosa".

Al día siguiente, lunes 13 de Mayo, como si el diablo hubiese temido el paso que se había dado en favor de la Patagonia, el tiempo amaneció con viento contrario, pampero fuerte, tormenta y copiosa lluvia. A la noche del mismo día: arreciaba la borrasca; el timón no gobernaba la nave.

A eso de las 9 de la noche, una manga marina acometía al vapor con toda su fuerza y se llevaba el timón, parte de la baranda, parte de la obra muerta en proa y popa, así como varios aparejos. El viento llevaba el vapor quien sabe donde y adentro, los pasajeros, como bultos inertes, iban de un lado y otro.

El día 14, por la mañana la noticia de la pérdida del timón hizo cundir un pavor intenso entre los pasajeros, y todo se creían irremisiblemente perdidos. Muchos se confesaron esperando la muerte por momentos. Entretanto seguía la borrasca y el viento pampero. Tres veces intentóse poner velas para moderar los movimientos del buque, y las tres veces, el huracán se las llevó todas. Hasta los marineros se mareaban; todos estaban lastimados en la cara y las manos de los golpes que no cesaban de recibir con los fuertes sacudimientos del buque. Varios pasajeros solicitaban de continuo a los sacerdotes no se cansasen de pedir a Dios, por la intercesión de María, se dignase apaciguar la tempestad. El Padre Costamagna arrojó al mar dos rosarios, uno a proa y otro a popa, como en otros tiempos arrojara Sarita Elena un clavo del Señor en el Adriático, para aplacar la tempestad que amenazaba su vida. Se repartieron rosarios y medallas entre los pasajeros y marineros que los solicitaban.

A la una y media de la mañana del día 16, pareció que el buque iba a hundirse. Entre el ruído de las olas embravecidas y las ráfagas de viento pampero, se percibía el llanto de las señoras, las promesas a la Estrella de la Mar, protectora de los navegantes, las exclamaciones de los pasajeros, y el rezo en alta voz de las letanías de la Virgen y otras oraciones.

Durante lo más recio de la tormenta, los cuatro sacerdotes que iban en el vapor, hicieron la promesa a Nuestra Señora de Luján, de ir los cuatro juntos a celebrar la misa a su Santuario, si por su mediación salvaba la tripulación entera del inminente riesgo de perecer.

El 16, el cielo pareció haber escuchado favorablemente los ruegos y súplicas de tantos atribulados, pues el día amaneció bueno. Se hizo un timón, el cual también se rompió, al querer virar a fin de tener el pampero de proa. Se empezó a trabajar otro timón con el cual a la tarde, pudo dar vuelta el buque y tomar rumbo al norte. El capitán decía que en 20 años que gobernaba buques, era la primera vez que se veía obligado a retroceder en su marcha; lo que prueba claramente lo horrible y peligroso de esta tempestad.

Este mismo día 16, en que el mar empezara a apaciguarse, a indicación del comerciante don Benito L. Ramayon, todos los pasa-

jeros ofrecieron oir en corporación una misa de acción de gracias a la Virgen, en un templo de Buenos Aires, al día siguiente del desembarque, si lograban llegar al puerto.

Entretanto, la misericordiosa Estre de la Mar, había oído amorosamente tantos ruegos y acogido complacida tantas promesas; y así fué que el 18 de Mayo, el sábado, día consagrado por la Santa Iglesia al culto de María Inmaculada, después de tres días de evidentes peligros y mortales congojas, amaneció el buque en el Río de la Plata, y finalmente, el domingo 19, los náufragos del "Santa Rosa" pisaban las deseadas playas de Buenos Aires.

El lunes 20, el capitán y pasajeros cumplían su promesa, en la Iglesia de Nuestra Señora de la Merced, oyendo la misa en acción de gracias a la Santísima Virgen, la cual fué celebrada por el Doctor Don Antonio Espinosa, con asistencia del señor Arzobispo, quien quiso asociarse a tal acto de agradecimiento.

Concluída la misa, los cuatro sacerdotes, que habían viajado en el "Santa Rosa" se embarcaban en el tren para Luján, presurosos de cumplir la promesa hecha a la Virgen de este título, en los supremos momentos de peligro en que casi zozobraron tantas vidas, celebrando en efecto el Santo Sacrificio de la misa en el mismo Camarín de Nuestra Señora, el día martes 21 de Mayo de 1878, y reconociendo que era a la mediación de esta soberana Señora a la que ellos debían la conservación de su vida.

En los días 20 y 21 de Mayo de 1878, casi todos los diarios de Buenos Aires se ocuparon extensamente del naufragio que estuvo a punto de sufrir, en medio del Atlántico, el vapor argentino "Santa Rosa".

La mayor parte de los datos de que se compone esta nuestra relación, son tomados de un interesante artículo que apareció en "La América del Sud" del 21 de Mayo de ese año, y de las declaraciones de los mismos náufragos, testigos presenciales del hecho.

Con todo esto, dióse por sobradamente efectuada la transmisión oficial de la Misión Patagónica a los PP. Salesianos, quienes dándose por recibidos de ella, hicieron en aquellas remotas tierras todas las maravillas de naturaleza y de gracia que son del dominio público.





LOS NAUFRAGOS

. . . .
Y al fin llegaron: sin timón, sin velas,
Tiñendo las estelas
Tal vez con sangre de reciente herida;
Terrible fué el azar: promesa hicieron,
Y las olas calmarse al punto vieron:
¡La Virgen Santa les salvó la vida!

¿Quién describir pudiera el entusiasmo
Y al par, el mudo pasmo
Que en todo el pueblo su relato excita?
Dulce llanto, perdón de alguna ofensa
Se oyen sólo, y la voz, la voz inmensa
De "A la Ermita a dar gracias! ¡A la Ermita!"

Y a la luz indecisa de la aurora,
Se les ve a aquella hora
Por el campo venir al Santuario.
Mas en tanto que arriban a la cumbre,
Van, por piadosa, inmemorial costumbre,
Recitando las preces del Rosario.

Llegan al cabo ante la Virgen pura,
Y se oye, allá en la altura,
Ave, maris stella, en sus cantares;
Himno de gratitud y de alabanza,
Que repitiendo van en lontananza,
Con su eterno rumor los anchos mares.

¡Oh fé cristiana, de ventura fuente!
Aún en el alma ardiente
Vives del pueblo, cual su amparo y guía.
Yo en mí te siento, y con fervor te adoro:
Tú eres de inspiración rico tesoro...
Mientras reine la Cruz, habrá poesía.

J. L. de Novoa.





El antiguo Santuario y el Camarín reformados con todas sus dependencias en 1876



CAPITULO VI

Primera Presidencia del General Roca. — Ráfagas de ultraliberalismo en las alturas. — Gran peregrinación de la Asamblea Nacional de los Católicos al Santuario de Luján.



L 12 de Octubre de 1880 el General don Julio A. Roca ocupó por primera vez la Presidencia de la República, y durante ella, el doctor Dardo Rocha, sucediendo a Tejedor, ocupó la Gobernación de la Provincia de Buenos Aires.

Hasta entonces esta ciudad había sido simultáneamente el asiento de ambas autoridades nacionales y provinciales; pues, la residencia que el anterior presidente Avellaneda estableciera de aquellas primeras en Belgrano, era más ficticia que real.

Pero luego que Dardo Rocha fué Gobernador de la Provincia de Buenos Aires, ésta cedió definitivamente la ciudad del mismo nombre para Capital Federal de la República y proyectó fundar la Ciudad de La Plata para su propia Capital provincial.

Este hecho trascendental debía traer por concomitancia la fundación de un nuevo Obispado en La Plata, con jurisdicción en toda la Provincia, quedando limitada la del Arzobispo a la sola Capital Federal y sus alrededores.

Esto, que iba a ser un bien para la Iglesia, no había de hacerse sin que paralelamente se alborotara el Infierno y sus secuaces para restarle importancia y neutralizar el bien que se esperaba.

Entonces apareció la escuela sin Dios, que tanto daño causa a la formación moral de la generalidad de los ciudadanos; la cual trajo, como resultado de una incidencia al parecer insignificante, la entrega de sus pasaportes al señor Internuncio Monseñor Mattera.

Era natural que los católicos argentinos se emocionaran. "Grande y memorable será para siempre en los anales del Santuario de Nuestra Señora de Luján, el día 31 de Agosto de 1884.

"Los católicos argentinos no habían podido contemplar impasibles los fatales avances del ultra-liberalismo, que encaramado en lo alto, amenazaba dar al traste con las creencias y prácticas religiosas que nos legaron nuestros antepasados, con las costumbres y tradiciones de los pueblos cristianos y civilizados, y con las mismas libertades públicas.

"Movidos del doble amor a nuestra Sacrosanta Religión Católica y a la Patria, y deseosos de paralizar los funestos estragos del ultra-liberalismo, y de trabajar con todo tesón al fomento de nuestra Santa Religión y a la restauración, en medio de la sociedad argentina, del Reino social de Jesucristo, habían llegado el 15 del corriente mes de Agosto, a la Capital de la República, en número de 180 ciudadanos, sacerdotes y seglares de los más espectables del país para, reunidos en forma de Congreso, estudiar los medios más adecuados, a fin de conseguir los nobles fines que se proponían, iniciando sus cristianas tareas, en el mismo día en que la Santa Iglesia Católica celebra la gloriosa Asunción de María Santísima a los cielos, bajo la presidencia honoraria del Excelentísimo Señor Arzobispo, Doctor Don Federico Aneiros y bajo la efectiva del benemérito ciudadano don José Manuel Estrada; habiéndolas terminado con el más completo éxito, reconfortados con la preciosa bendición de nuestro Santísimo Padre León XIII, el 30 del corriente en la fiesta de Santa Rosa de Lima, Patrona de la América Meridional.

"Al terminar sus nobles e interesantes tareas, el distinguido presidente del Congreso Católico indicó a los señores delegados, como digna coronación de la obra, la devota peregrinacin a este venerable Santuario de Nuestra Señora de Luján."

¡Palpitación de ánimo argentino!
Postradas a tus pies, Madre y Señora,
La paz del alma y de la patria amada
El generoso corazón te implora.

Oigamos al respecto lo que dijeron, "La Unión" y la "Voz de la Iglesia":

"De grande, merece ser calificado la manifestación que realizaron el domingo, los delegados de la Asamblea Católica, en unión con los muchos otros distinguidos correligionarios, figurando entre ellos el doctor dn Joaquín Requena, presidente hnorario del Club Católico de Montevideo, y los doctores Francisco Bauzá y Luis Lenguas, miembros del mismo.

"Componíanla más de quinientas personas de lo más escogido de la sociedad argentina, tanto por su ilustración como por su prestigio social.

"Magistrados, oradores, periodistas, abogados, médicos y comerciantes formaban esta numerosa falange de creyentes que, llevados por sentimientos piadosos, deseaban vehementemente prosternarse a los pies de Nuestra Señora de Luján, cuyo Santuario, como dijimos en otra ocasión, es un monumento vivo que habla a nuestros corazones, aviva nuestra fe y fortalece nuestra esperanza...

"Al llegar a la Estación de Luján fueron recibidos por un numeroso grupo de socios de la Asociacin Católica de la Villa, presidido por el señor Arzobispo que había ido el día anterior, y por el dignísimo presidente de la misma, el Doctor Domingo Fernández, y los P. P. del Santuario, con la cruz parroquial, algunos estandartes y la bandera argentina.

"Bajar de los coches y organizarse en grandiosa y religiosa procesión fué cosa de un instante. Era un espectáculo edificante el que presentaba esa columna, que avanzaba orando y entonando himnos sagrados, entre la espectación de los habitantes del pueblo, que se agolpaban al paso de los peregrinos, y miraban con marcada simpatía esa explosión de piedad y de fe cristianas ilustres.

"Al llegar a la Iglesia varios sacerdotes salieron a la vez a celebrar el santo sacrificio para facilitar a los peregrinos la audición de la santa misa y recibir la comunión a los que la deseaban.

"Después de algunos momentos de descanso, los peregrinos se dirigieron al local del Club Católico de la Villa que debía ser solemnemente bendecido e inaugurado. Al hacerlo el Ilustrísimo Señor Arzobispo, dijo:

"Gran número de veces he bendecido casas, unas para habitación de Ministros del Señor, otras para familias, pero ahora me cabe la gloria de bendecir una casa para la defensa de la Casa de Dios; para impedir la acción maléfica de sus enemigos; para conservar en el pueblo la influencia de sus santas doctrinas; para salvar la inocencia del niño, y aún del anciano.

"La ilustre historia del milagroso Santuario de María de Luján, contiene desde hoy una página más y de las más brillantes. Los miembros de la Primera Asamblea de los Católicos Argentinos han venido a depositar a los pies de la Santísima Virgen el Código de sus resoluciones.

"Bien pueden ellos figurar al lado de los guerreros que depositaron los trofeos de sus victorias al pié de María, y junto a aquellos que sobresalieron por su piedad y su amor a Ella".

PEREGRINACION DE LOS DELEGADOS CATOLICOS

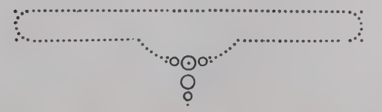
¡Son ellos! Paso, paso a los creyentes,
Paso al Prelado augusto que los guía,
Que vienen a postrarse reverentes,
Ante la excelsa Imagen de María!

Así, bizarra la Argentina, muestra
Como rico blasón, su Fe divina:
¡Mal que le pese a la impiedad siniestra,
Intrusa, advenediza en la Argentina!

Muestra que adora a Dios crucificado,
Que ama a la Virgen al rendirle honores,
Que es fiel al Culto, al Dogma y al Papado:
¡Mal que les pese a exóticos errores!

Llegad, llegad Romeros, sin desmayo,
A la noble entre mil, Villa Mariana,
Do acudían los próceres de Mayo,
¡Tan grandes en valor y en fe cristiana!

S. Fernández.



Su Santidad León XIII bendice la Corona en
la audiencia concedida al P. Salvaire
el 30 de Septiembre de 1886.



CAPITULO VII

El Padre Salvaire publica la voluminosa historia de la Virgen. — Se va a Roma para alcanzar la Solemne Coronación de la misma, así como la Misa y Oficio propios.



ATE ei de fructu manuum suarum; et laudent eam in portis opera ejus''. Darle alabanzas, fieles devotos para que ella goce del fruto de sus manos; y que sus obras la alaben ante el tribunal de los ancianos y jueces de Israel, que hacen justicia a las puertas de la ciudad.

Para cumplir con esta recomendación y como supremo remedio a los males que afligían a la sociedad argentina, fué que el Padre Salvaire se resolvió por fin a publicar su voluminosa ''Historia de Nuestra Señora de Luján, su origen, su santuario, su Villa, sus milagros y su culto'', y trabajar en la solemne Coronación de la bendita Imagen.

Había empezado a trabajar en su historia pacientemente desde 1875 en que volvió de su misión de los indios de la Pampa, donde estuvo a punto de perder la vida, como ya sabemos. Tuvo que suspender sus estudios en 1881 para salir otra vez al desierto en compañía del Ilustrísimo Monseñor Espinosa; durante varios meses recorrió las soledades de la Pampa, recogiendo óptimos frutos de bendición en sus trabajos apostólicos.

Por fin, en los años de 1882 y 83, volvió a darse con afán a los estudios históricos de la Villa de Nuestra Señora de Luján y su bendita Imagen. Su obra es un verdadero trabajo de benedictino, dice Pedro Goyena en la Introducción a la misma: no hay biblioteca pública ni privada, que no haya recorrido; convento ni cabildo civil o eclesiástico que no haya consultado; archivos episcopales o domésticos que no haya registrado; ha leído centenares de volúmenes, algunos con verdadera utilidad, otros con escaso provecho, los más sin resultado alguno; pero siempre animado del mismo afán de encontrar un dato, una fecha, un apellido que le faltaba.

En 1884 dedicóse a coordinar y redactar su obra; obra llena de méritos y sacrificios, que mereció los más justos aplausos y elogiosos conceptos de parte del Señor Arzobispo Aneiros y demás Obispos de la Argentina, Uruguay y Paraguay, como igualmente de los historiadores argentinos General Bartolomé Mitre, José M.

Estrada, Santiago Estrada, Pedro Goyena y de otros sinceros admiradores de tan importante obra que se publicó el año de 1885.

Mucho podría escribirse en favor de este monumento intelectual y concienzudo, pero basta decir que fué la poderosa palanca de que se sirvió el piadoso escritor para levantar el monumento moral de la Coronación Pontificia de María de Luján, y el otro monumento físico de la Magna Basílica.

Gloria sin fin al héroe de la inmortal cruzada emprendida en favor de la Madre de Dios, bajo el simpático título de María de Luján.

Era el año 1886 cuando determinóse el P. Salvaire ir a Roma con credenciales del Exmo. Señor Arzobispo de Buenos Aires, de los Obispos del Uruguay y Paraguay, y en nombre de los moradores de las tres Repúblicas Rioplatenses, para presentar a Su Santidad León XIII, la ponderada Historia, y pedir la grandiosa e importante gracia de la Coronación de la Santísima Virgen de Luján.

El primer acto de esta clase que se efectuó en ambas Américas, el 8 de Mayo de 1887, fué debido al celo y laboriosidad del fiel devoto de María, el R. P. Jorge María Salvaire.

Pero no anticipemos y dejemos contar al mismo P. Salvaire su audiencia con el Sumo Pontífice.

"Era el día jueves, 30 de septiembre de 1886. Había llegado el gran momento para mí. Hice con el mayor respeto y convicción las tres genuflexiones determinadas por el ceremonial de las recepciones papales, y luego besé con suma veneración el pié del Vicario de Jesucristo.

Entre tanto, sentí al Maestro de Cámara de Su Santidad, Monseñor Della Volpe, que decía al Sumo Pontífice: Santísimo Padre este es el señor Don Jorge Salvaire, Misionero Lazarista, que viene de Buenos Aires, comisionado por los Obispos de la República Argentina...

—Ah!... Sí... sí... — dijo entonces el Santa Padre, con voz afectuosa; — de Buenos Aires... de Buenos Aires... ya estoy bien enterado de este asunto... Los Obispos de esa República me piden la Coronación de una sagrada Imagen de la Virgen que allí se venera...

—Santísimo Padre, — dije entonces, — vengo hasta los sagrados pies de Vuestra Santidad, en nombre del Excelentísimo Señor Arzobispo de Buenos Aires, de los Obispos sus sufragáneos, y del Ilustrísimo Señor Obispo de Montevideo en la República del Uruguay, y de Asunción, en la del Paraguay, a implorar de su benevolencia algunas importantes gracias en favor del antiguo Santuario de Nuestra Señora de Luján del que, con el auxilio del Cielo me ha sido dado escribir la Historia con que tengo, en este momento, el sumo honor de obsequiar a Vuestra Beatitud.

Ofrecí entonces al Santo Padre el ejemplar ricamente encuadernado de la Historia, en tres volúmenes, que le tenía reservado, y Su Santidad, tomando uno, consideróle hojeándolo un momento.

Mientras tanto, dije al Sumo Pontífice:

—Santo Padre, este Santuario de Luján es el único de América que haya sido honrado con la visita del glorioso antecesor de Vuestra Santidad, el inmortal Pío IX.

—Es cierto, — replicó León XIII — ya me habían informado de ello..., y luego añadió: ¿Y es usted, hijo mío, quien ha escrito esta voluminosa obra?

—Así es, Santísimo Padre.

—Ah! Pero es esta una obra magnífica. Felicito a usted; le felicito muchísimo y le agradezco con todo mi corazón este precioso ofrecimiento. — Y entregó la obra a uno de sus camareros.

—¿Y qué favores quiere usted que yo conceda a ese célebre Santuario de Luján?

—Santísimo Padre, el Ilustrísimo Señor Arzobispo de Buenos Aires y los demás obispos de la República Argentina y también el del Uruguay y el del Paraguay, suplican en primer lugar a Su Santidad, se digne bendecir personalmente esta corona de oro destinada a la antigua y milagrosa Imagen de Nuestra Señora de Luján.

El Sumo Pontífice tomó entonces entre sus manos la corona que le alcancé y estrechándola suavemente entre sus dedos, dijo estas palabras:

—Oh! Sí, sí.... esta corona de oro para la Santísima Virgen!... Aquí la tengo esta corona... la toco con mis manos... y es mi intención formal, es mi voluntad, que sea bendecida.... — y levantando sus ojos al cielo, después de un momento de silencio, exclamó: — y yo la bendigo. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

—Amén! — contesté desde lo más íntimo de mi corazón.

León XIII examinó entonces detenidamente la corona... ¡Qué bella, — dijo, — qué hermosa es esta corona! Ah! Hé aquí el escudo de armas de mi antecesor Pío IX!...

—Sí, Santísimo Padre, y allí está también el escudo de armas de Vuestra Santidad.

—Ah! Muy bien. Y ¿dónde ha sido fabricada esta preciosa joya?

—Acabo de hacerla fabricar en París, Santísimo Padre.

—En París, perfectamente... Y ¿todos estos diamantes que son tantos, y esas piedras preciosas, cómo los ha conseguido usted?

—Todas estas piedras preciosas, y esos diamantes, Santísimo Padre, han sido expresamente ofrecidos para esta corona, por las damas de Buenos Aires y de Luján; pues allá es grande la devoción que profesan los argentinos a Nuestra Señora de Luján.

—Muy bien, muy bien! Ah! Qué generosidad y qué digno desprendimiento en esas buenas damas argentinas.

—Ahora bien,—añadió Su Santidad, entregándome la corona;— Esta corona ya está bendecida: y yo le encargo a usted que, en mi nombre y en mi lugar, la ponga sobre la cabeza de la Santa Imagen de Luján.

—Ah! Santísimo Padre, — dije yo — agradezco infinitamente tanto honor, pero ello es demasiado para mí, y permítame Vuestra Santidad suplicarle se digne delegar al Excelentísimo Señor Arzobispo de Buenos Aires, para que por autoridad de Vuestra Santidad, corone solemnemente la sagrada Imagen de Nuestra Señora de Luján.

—Tiene usted razón, hijo mío... El Señor Arzobispo de Buenos Aires.... — y dirigiéndose a sus camareros — pero para ello, sería necesario un Breve, y en este tiempo está cerrada la secretaría de Breves.

—Santísimo Padre, — díjole entonces Monseñor Della Volpe — hay todavía un día; solamente mañana se cierra la secretaría de los Breves.

—Entonces, — replicó el Santo Padre, — presto, presto... que se expida un Breve al Señor Arzobispo de Buenos Aires, en el que se exprese que yo mismo he bendecido esta corona y que le delego para coronar solemnemente a esa venerable Imagen, en mi nombre y por mi autoridad.

—Mil gracias, Santísimo Padre, — dije yo entonces, lleno de indecible emoción, y sintiendo las lágrimas agolparse a mis ojos, al considerar que tenía ya conseguido lo más importante de mi comisión, y al ver realizados mis más constantes anhelos: — Empero no es esto todo, Santísimo Padre, y tengo aún que implorar de la bondad paternal de V. Santidad, siempre en nombre de los mencionados Prelados, nuevos favores.

—Muy bien, hijo mío, y ¿qué favores son estos?

—Los mismos Prelados solicitan de V. Santidad la institución de una fiesta solemne que se titularía: Festum Protectionis Beata Maria Virginis, sub título de Luján para la IV Domínica después de Pascua de Resurrección; y yo suplico a V. Santidad se digne autorizarme a presentar esta solicitud a la Sagrada Congregación de los Ritos, en nombre de V. Santidad, pidiendo el Rito de primera clase para la mencionada festividad....

—Con mucho gusto, hijo mío, debe usted dirigirse en este sentido a la Sagrada Congregación de Ritos. Y ¿qué más?

—Solicito aún, Santísimo Padre, de la generosa condescendencia de Vuestra Santidad, la Bendición Papal in perpétuum, para que sea otorgada a los fieles en el Santuario de Luján, cada año en ese día de la festividad de la Protección de Nuestra Señora de Luján.

—También, también, con tanto gusto.... pero es preciso que usted se dirija para regularizar y documentar todo esto a la Sagrada Congregación de Indulgencias, y pida usted además allí mismo todos los demás favores espirituales que juzgue a bien para ese Santuario, que yo de mi parte, muy complacidamente, todo, todo lo concedo.

—Cuantas gracias no debo yo rendir a Vuestra Santidad, por tanta bondad y benevolencia con que se ha dignado atender a mis súplicas!....

El Santo Padre se dignó entonces tomar entre sus manos la nómina que le presentaba para que la bendijera, y echando en ella una ojeada y la mano derecha.

—Oh! Sí... los Obispos, — dijo, — los católicos de América!.... Sí, hijo mío, todas estas obras y todas esas personas que están en esta lista, todas ellas en general, y cada una en particular, con todo mi corazón y con toda voluntad, las bendigo.... Sí, las bendigo y a usted también, hijo mío, le bendigo muy particularmente. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Postré entonces la frente contra el suelo; acerqué mis labios trémulos con la emoción más profunda al pie sagrado de León XIII, y me parecía que no podía arrancarme de aquel sitio bendito.

Entretanto, el Santo Padre inclinándose cariñosamente hacia mí, ofrecióme su mano a besar, y yo olvidando acaso en ese momento las reglas del ceremonial, tomé entre las mías, estreché con afectuosa veneración y no me cansaba de cubrir de ósculos esta mano bendita que, al paso que dirigiera a la Inmaculada Virgen unos tiernísimos cánticos poéticos más suaves que la miel, ha escrito esas gigantescas Encíclicas que iluminan las naciones con luz vivísima, en el camino de la salvación social, y dan un golpe mortal a las sectas anticristianas.

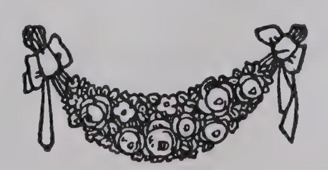
Mi audiencia había terminado. Volví a besar respetuosamente el pie de Su Santidad, y después de las acostumbradas genuflexiones, me retiré, aunque no sin un profundo pesar, de la presencia del Augusto Vicario de Jesucristo, con el corazón rebozando de admiración, de consuelo y de esperanza.

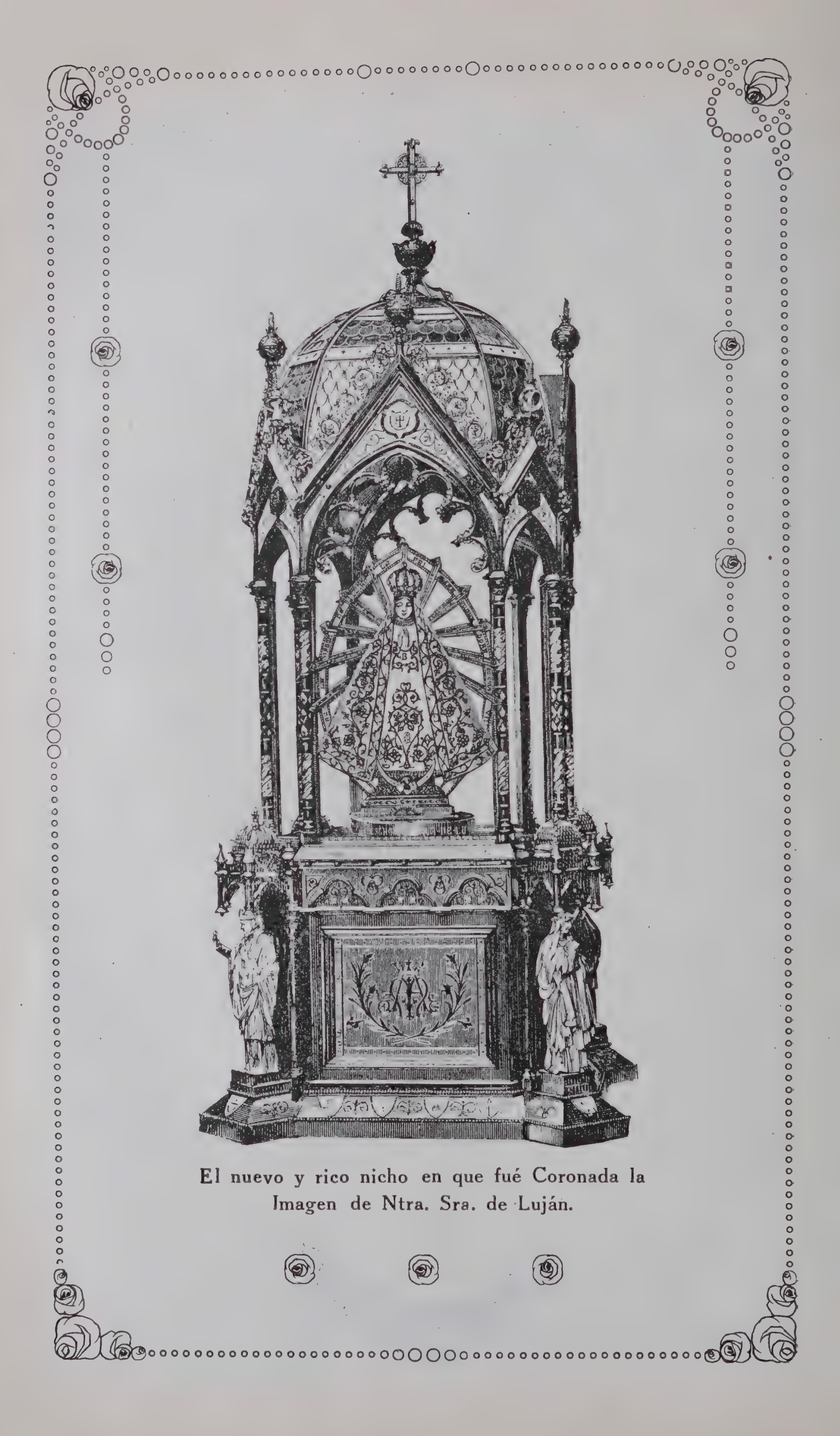
Tal es Excelentísimo Señor Arzobispo el fiel relato de la audiencia que he tenido el honor insigne de recibir, el día 30 de septiembre, de Su Santidad León XIII.

Felicito ardientemente a V. S. Iltma. y Rma. por el éxito tan completo de la comosión que se había dignado confiarme cerca de la Santa Sede, para mayor gloria de nuestra amada Protectora, la Santísima Virgen de Luján, y para consuelo y aliento de los católicos argentinos.

Los católicos argentinos iban a necesitar muy pronto de ese consuelo y amparo. Bajo la primera Presidencia del General Julio Roca una racha de liberalismo había de invadir las alturas, y ellos no pudiendo contemplar impasibles estos atropellos, se habían de reunir de todas las provincias en ilustre Asamblea en Buenos Aires, bajo la presidencia honoraria del Arzobispo y efectiva de don José Manuel Estrada para estudiar el modo de conjurar un mal tan grande.

El 31 de Agosto de 1884 venían en número de 180 en peregrinación a Luján para poner sus resoluciones a los pies de María.





El nuevo y rico nicho en que fué Coronada la Imagen de Ntra. Sra. de Luján.



CAPITULO VIII

Descripción de la Corona de la Virgen. — Solemne coronación de Nuestra Señora de Luján en nombre de S. S. León XIII por el Ilustrísimo Monseñor Aneiros, Arzobispo de Buenos Aires.



UAN bella es! había exclamado el Papa León XIII al tener en sus manos la Corona de la Virgen para bendecirla.

¡Cuán bella es! hemos podido repetir nosotros, teniéndola en las nuestras al regresar de Europa el Padre Salvaire.

¡Cuántos consoladores recuerdos y cuántos pensamientos llenos de esperanza despierta al contemplarla!

Toda refulgente por las numerosas y bellísimas alhajas que, para hacerla fabricar, ofrecieron tan espontáneamente los devotos de Nuestra Señora de Luján, si bien esta Corona es verdaderamente magnífica en su conjunto, más hermosa aún nos parece cuando la consideramos en sus muchos detalles, recordando con emoción cuánto importa cada una de esas alhajas en ella refundidas.

Aquí, en efecto, cada prenda que adorna esta regia diadema tiene su historia, cada brillante y diamante que en ella se vé chispear, cuenta en caracteres igneos, algún sacrificio acaso heroico, y cada piedra que matiza sus elegantes volutas es símbolo de los senmientos más puros, más generosos o más intensos de algún corazón argentino.

Y todas estas piedras preciosas, todos estos brillantes, todas estas valiosas alhajas, transformadas ahora en espléndida Corona, nos hablan con tan viva elocuencia de la tiernísima devoción de esas damas argentinas que tan generosamente se desprendieron de sus joyas de mayor estimación, para obsequiar con ellas a Nuestra Señora de Luján, que no podemos ya resistir al deseo de intentar una descripción, de esta bella Corona, de la cual la piedad de los donantes ha hecho una joya de imponderable valor y el talento del artífice una obra maestra del arte cristiano.

Un afamado artífice de París fabricó tan preciosa joya, combinando y enlazando las ofrendas de la piedad argentina con suma inteligencia y maestría.

Se necesitaron no menos de 70 días de labor asíduo de los operarios cinceladores, lapidarios, esmaltadores y engastadores para terminarla.

El estilo de la Corona pertenece al gótico, llamado florido, el cual impera generalmente en todas las obras de arte del siglo XIV, y ha producido las obras de orfebrería más preciosas, incontestablemente, que se conocen en el mundo.

Siendo la imagen de Nuestra Señora de Luján, como es notorio, de escasas dimensiones es muy natural que su corona lo sea también, y este es el motivo por lo que no se han podido engarzar en ella las piedras de mayor tamaño, sino las más pequeñas, aunque felizmente las más preciosas.

Es toda de oro finísimo, registrado de 18 quilates. Su peso total es de 500 gramos; mide su diámetro en la parte más prominente unos 13 centímetros y tiene de altura hasta la cúspide de la cruz 14 centímetros.

Su forma es la de Corona Imperial.

Compone su base una diadema, toda cuajada de finísimas filigranas que serpentean y se enroscan sobre unas chapas de oro. Constituye el conjunto de la diadema, a más de la venda inferior, caprichosos follajes y doce flores simbólicas según el estilo medioeval, de las cuales seis son algo más erguidas que las otras. Seis volutas o arcos de esbelta curvatura, igualmente cubiertas de rica filigranas, arrancan de las seis flores más pequeñas y van a reunirse en el centro común sobre el cual descansa un globo de lápis-lázuli ceñido por dos arcos de brillantes, dominados por la cruz matizada de ambos lados con brillantes y piedras, la cual remata noblemente toda la obra.

Hay además en esta Corona doce piezas esmaltadas, elaboradas con suma delicadeza. Seis de ellas colocadas en la parte más saliente de las volutas, representan otras tantas cabezas de querubes, envueltos por vía de aureolas en sus alas de ígneos colores. Allí están representados estos espíritus celestiales como para cantar perpetuamente los loores de la que es su Reina y Madre nuestra. Los otros seis esmaltes, ejecutados con igual perfección, representan diferentes escudos y van distribuídos en la venda de la diadema; son los de la República Argentina, Pío IX, León XIII, Arzobispo, España y República Oriental.

En una faja que atraviesa interiormente la Corona se lee por una parte: "O María, ora pro pópulo", ¡Oh María! ruega por tu pueblo, y en la otra opuesta: "Bendecida por S. S. León XIII, en 30 de septiembre de 1886.

Circunda finalmente la Corona a manera de aureola un círculo de doce estrellas, en el centro de cada cual resplandece un hermoso brillante, así como entre cada intersticio de las estrellas.

A la generosidad de los amantes de Nuestra Señora de Luján, pertenece la gloria de haber tejido tan magnífica Corona para su Madre y Señora; es esta diadema la obra de su abnegación y desprendimiento.

—La solemne coronación de Nuestra Señora de Luján, tuvo lugar en la IV Domínica después de Pascua, en la que se fijara en Roma su fiesta especial, y la que cayó en 1887 el día 8 de Mayo.

Revistió todas las proporciones de un verdadero acontecimiento, cuya memoria será imperecedera entre los millares de católicos que lo presenciaron.

Jamás se vió en Luján ni en pueblo alguno de la República, ni quizás en otro de América alejado de la Capital, una concurrencia semejante a la que invadió esta Villa en el día de la Coronación.

Calculóse en 40.000 el número de personas que asistieron a esa imponente manifestación de fe religiosa, venidas de la Capital, de Montevideo, y puede decirse de todas las poblaciones de la campaña y de la República entera.

Luján en sí mismo parecía otro; su común y triste aspecto de pueblo de campaña habíase trocado en jovial, alegre y expansivo, notándose únicamente en él entusiasmo y movimiento.

Las calles y plazas de la Villa, así como la mayor parte de sus casas, estaban profusamente adornadas con banderas de todas las nacionalidades, vistosos gallardetes e innumerables escudos alusivos a la memorable circunstancia.

El frente del Santuario había sido adornado con exquisito gusto, y ofrecía un golpe de vista espléndido. En el frontón bajo el reloj, veíase un gran dibujo de la Corona con este lema en caracteres proporcionales: "Gloria a Nuestra Señora de Luján!" En el nicho central, bajo un hermoso dosel de grana y oro habíase colocado una preciosa estatua de la Virgen milagrosa; y al pié, los tres escudos de la Argentina, Uruguay y Paraguay. En el arco de la portada se leía: "Super caput ejus coronam de lápide pretioso"; y en las columnas laterales, en dos guirnaldas, una de rosas y otra de azucenas: "Florebit solitudo" — "Sicut lilium".

A la derecha de la fachada, hacia el medio, mostrábase un grandioso cuadro de León XIII, y a la izquierda haciendo simetría, el de Pío IX, ambos pintados al óleo.

El interior del templo estaba también adornado con profusión de flores, luces y cenefas graciosamente onduladas. En los pilares, cubiertos con requísimas colgaduras de damasco celeste, ostentábanse los escudos del Uruguay, Paraguay y de las 14 provincias argentinas; y en el promedio, pintados en elegantes escudos, varios emblemas de la Madre de Dios, con unas explicaciones en versos latinos.

De la cornisa del templo pendían largos estandartes, con el monograma de María alternando en ellos los colores de la Inmaculada con los pontificios. En el crucero y en el presbiterio notábanse los blasones episcopales de la Argentina, Uruguay y Paraguay y los de la Congregación de la Misión y de las Hijas de la Caridad.

La ornamentación del Altar Mayor, donde se veía, en suntuoso nicho de dorado y esmaltado bronce, la venerable imagen, simbolizaba el trono de la Emperatriz, realzada de oro y púrpura, y embellecido por preciosos candelabros y artísticos ramos de flores, obsequio de las principales familias de Luján y de la Capital.

Comprendiendo los organizadores de la fiesta que el templo sería pequeño para la concurrencia, habían dispuesto un altar monumental al aire libre, eligiendo para ello una loma ubicada al margen del pueblo, distante unas 6 cuadras al S. E. de la iglesia, sobre la que se erigió un gran tablado de 5 varas sobre el nivel del suelo, hábilmente decorado de arriba abajo con arquerías y pasamanos de estilo gótico.

En medio de este tablado levantábase el bien concertado altar, y un poco más atrás, dominándolo, una meseta destinada al nicho de la Imagen milagrosa. En derredor del improvisado recinto hallábanse dispuestos lujosos sillones para los prelados y demás autoridades eclesiásticas y civiles.

Todo esto estaba recubierto de un gran toldo que servía de defensa contra los rayos del sol; y en lo alto flotaban varias largas banderolas con los colores nacionales y pontificios.

Poco después de las 9 del gran día, dirigióse el Metropolitano, junto con los demás Obispos, el clero secular y regular y un gentío inmenso al altar de la coronación, acompañando a la Virgen. Al salir de su Santuario la Imagen de Luján que desde casi una centuria no había sido sacada de su camarín, todos los fieles experimentaron una gran conmoción que se traslucía en las lágrimas de sus ojos y se manisfestaba en los aplausos y víctores.

Desde el Santuario hasta el altar provisorio la procesión ofrecía un espectáculo discontínuo y nunca visto.

Abrían la marcha el grupo de caballeros de la Virgen, a caballo, vestidos con hermosos trajes blancos y celestes los unos, y blanco y amarillo los otros.

Después venían alternándose bandas de música, colegios, asociaciones piadosas, Seminario Conciliar, autoridades nacionales, provinciales, locales y el pueblo.

Las andas de la Corona iban con guardia de honor llevadas por 8 sacerdotes con dalmaticas de brocato de oro.

Las de la Santísima Virgen, con guardias de honor también iban llevadas por ocho sacerdotes revestidos de ricas casulla.

Después venían todos los Obispos de la Provincia eclesiástica del país, los de Montevideo, El primer Internuncio, y finalmente el Arzobispo, quien debía coronar la Virgen y el Obispo de Cuyo, quien debía pontificar.

Este último llegado al pie del altar de la coronación, vistió los ornamentos sagrados del caso.

Le asistían el canónigo Milciades Echagüe, delegado del Capítulo de San Juan, como presbítero asistente; como diácono, el primer vicario foráneo de Santiago del Estero, canónigo Rainerio Lugones; y como subdiácono, el primer presbítero Pío del Corro, delegado del Cabildo Catedral de San Juan de Cuyo.

Iba a celebrarse por vez primera la hermosa misa del oficio propio de Nuestra Señora de Luján, que con rito de segunda clase y con octava había concedido S. S. León XIII a todas las Diócesis de las tres Repúblicas: Argentina, Oriental y Paraguay.

Excede a toda ponderación el bellísimo espectáculo que en aquellos instantes ofrecía el cuadro que ante los ojos se presentaba.

Rodeando el ara santa los Prelados y demás ministros del Señor, casi todos ellos con riquísimos ornamentos. Sobre las escaleras que daban acceso al nicho de la Virgen, numerosos sacerdotes que, revestidos de casullas recamadas de oro y extendiendo las manos juntas hacia el venerable Simulacro, le formaban su guardia de honor. En la planicie que circundaba el monumento, la inmensa muchedumbre en piadosa espectativa. A retaguardia las tropas cuyas bandas dejaban oir a trechos hermosas marchas triunfales. A los lados de la Capilla los Caballeros de la Virgen, montaron en sus briosos corceles. En una vasta tienda o pabellón inmediato, grandiosa orquesta de ochenta profesores ejecutando selectas armonías; y todo ello alumbrado y realzado por un soberbio sol de otoño...

Mas, es imposible describir las impresiones que allí recibían el corazón y el alma.

¡Qué cuadro tan sublime y encantador! ¡Qué prodigio de la fe de un pueblo entero!

Hasta el más indiferente, al presenciar aquel espectáculo, veíase obligado a exclamar: ¡Aún hay fe en Israel! ¡Aquí.... aquí está la verdad y la luz! ¡Esto sólo puede realizarlo la divina Religión del Hijo de María! ¡La verdadera religión!

Al Santo Evangelio, levantóse el Excelentísimo Señor Arzobispo, delegado apostólico y pronunció un hermoso discurso alusivo al acto que se celebraba.

Uno de los instantes más imponentes de la Misa fué el de la Elevación de la Hostia. El Coronel Espina dió las voces de ¡¡presenten!! ¡¡rindan!! y los soldados como un solo hombre, bajaron las armas en señal de homenaje al Dios que se ofrecía en el incruento Sacrificio, místico recuerdo y aplicación del sangriento drama del Calvario. Lo mismo hicieron conjuntamente los abanderados que se hallaban delante del Altar con sus gloriosas banderas, y al propio tiempo se inclinaban los innumerables estandartes religiosos, diseminados en todas partes, y caía de rodillas la inmensa multitud!

Terminada la misa, el Exmo. Señor Arzobispo, designado por su Santidad para coronar la santa Imagen en representación de su Augusta Persona, se revistió del amito, del alba y de la capa pluvial, ciñendo por vía de cíngulo, una faja de seda blanca con bordados y flecos de oro, llevada por mucho tiempo por el Sumo Pontífice León XIII, y que había traído de Roma el Señor Comisionado para el efecto de la Coronación.

En seguida, acompañado de los Señores Obispos de Cuyo, de Montevideo. de Claudiópolis y de los Señores Vicarios Capitulares de Córdoba y de Salta, se acercó al altar con la mitra en la cabeza y el báculo pastoral en la mano, inclinó la frente ante la venerable Imagen, se arrodilló y entonó el "Regina Cœli", que continuaron el clero y el coro de cantores.

Entretanto, el Señor Arzobispo subió a la tarima en que estaba el nicho de la Virgen, precedido de un acólito y de un sacerdote que

llevaba la diadema, y que era el P. Salvaire el mismo Sr. Comisionado, alma de toda la fiesta.

Llegado a la presencia de la Imagen, la saludó reverente, la incensó por tres veces, y tomando respetuosamente la corona la colocó conmovido en la cabeza de la Virgen diciendo: "Sicuti per manus nostras coronaris in terris, ita et a Christo gloria et honore coronari mereamur in cœlis", así como eres coronada en la tierra por nuestras manos, del mismo modo merezcamos ser coronados en el cielo de gloria y honor por Cristo Nuestro Señor.

En ese mismo momento, todas las bandas de música rompieron a tocar marchas triunfales, los batallones hicieron una triple descarga de fusilería; se dispararon cohetes y bombas; repicaron las campanas y se echaron a volar gran número de palomas blancas que arrastraban en pos de sí largas cintas de los colores inmaculados y pontificios, como mensajeras del júbilo que llenaban los corazones de todos los que tenían la dicha de asistir a aquel espectáculo sorprendente; y al mismo tiempo viéronse correr por todos los semblantes lágrimas de dulce e indecible emoción.

El regreso de la Procesión fué aún más imponente que la ida. Mientras los Caballeros de la Virgen, abriendo la marcha, habían descendido paulatinamente y llegaban ya a las primeras casas del pueblo, la extremidad de la columna, cercada por el batallón 6º de línea formado en mitades, estaba aún cerca del Altar. Iba la Procesión por una amplia calle trazada por dos líneas rectas de largos mástiles, en cuyos extremos aparecían izadas banderas de todas las naciones.

Pero no era ésta la única columna de peregrinos que regresaba al Santuario; tres o cuatro más, casi tan largas y compactas como la primera, habíanse desprendido de la multitud tomando por las calles transversales con dirección al campo donde acababa de verificarse la Coronación.

Los peregrinos llegaron al Santuario a las dos menos cuarto de la tarde, gran número de ellos todavía completamente en ayunas.

El orden observado en este gran desfile fué irreprochable, no habiéndose traslucido en él la menor irreverencia.

La Virgen Coronada ya, y siempre en el nicho portátil fué colocada sobre andas en el presbiterio, para salir nuevamente a recorrer las calles principales del pueblo por la tarde.

Las festividades se prosiguieron con igual solemnidad durante todos los días de la Octava, ocupando diariamente la Sagrada Cátedra del Espíritu Santo,, por la mañana y por la tarde, los más afamados oradores del Clero Argentino y del Uruguayo. Además cada uno de estos memorables días, alguno de los Prelados presentes celebró de Pontifical.

Durante los ocho días, Luján se vió continuamente visitado por una extraordinaria y selecta concurrencia, al par que casi todo lo que Buenos Aires tiene de más distinguido tuvo a grande honor venir a prosternarse en aquella semana ante el altar de María.

Puede afirmarse que la Coronación de Nuestra Sra. de Luján ha sido un acontecimiento espléndido y sin rival en los fastos religiosos de las Repúblicas Sud-Americanas.

¡Loado sea Dios!
¡Loada sea María Inmaculada!
¡Loada sea especialmente la Virgen de Luján!

A MARIA DE LUJAN EN SU CORONACION

¿Qué eléctrica chispa los pechos inflama?
¿Qué férvida llama
Abrasa las almas en célico amor?
¿Qué insólito gozo conmueve la Villa
Do plácida brilla
De América hermosa la mística Flor?

¿Por qué las campanas benditas resuenan,
Y cruzan y llenan
Los aires sutiles, la etérea región,
Sus vivos repiques de alegres tañidos?
¡Acentos queridos
Que el alma percibe con santa emoción!

¿Por qué de los fieles se ven los semblantes
De dicha radiantes?
¿Qué nueva celebran con tal brillantez?
¿Cuál es el origen de tanta alegría?
¿Qué tiene este día
De augusto, de bello, de tierno a la vez?...

Oh día de faustas y hermosas memorias,
Tú exaltas las glorias
De Aquella que es gloria del célico Edén,
Por eso los hijos del Pueblo Argentino
Con gozo genuino
Se dan en tu seno cordial parabién.

Y en dulces transportes evocan aquellos
Recuerdos tan bellos
Del **ocho de Mayo**, del día inmortal,
Del día, cien veces feliz, en que el cielo
Dejó en nuestro suelo
Caer de sus gracias precioso caudal.

Del día en que llenos de santas fruiciones,
Y oyendo los sones
De espléndida orquesta, de cánticos mil,
La sien ceñir vimos de nuestra Patrona
Con regia corona
Que bien evidencia su gloria gentil.

Tan caros recuerdos bendicen mil veces,
Y elevan sus preces,
Y tiernos afectos van de ella en pos,
Y acordes repiten con santa alegría:
"Salud a María
La Reina del cielo, la Madre de Dios"!...

S. Fernández.





La Imagen de Nuestra Señora de Luján, colocada en el Altar Mayor después de su Coronación. — 1887



CAPITULO IX

Entusiasmo general por la erección de un nuevo Santuario más digno de María de Luján y del pueblo Argentino. — Discutida ubicación del mismo.



A sabemos que en la mente del P. Salvaire los monumentos que debían levantarse en honor de María de Luján eran principalmente tres: uno de orden intelectual: la voluminosa Historia de la Virgen; otro de orden moral: su Solemne Coronación; y otro finalmente de orden físico: la magna Basílica.

Según él estos tres monumentos estaban subordinados entre sí y debían nacer el uno del otro por un concurso de voluntades gradualmente mayor.

El primero, que solo pedía su cooperación personal, ya estaba levantado hace tiempo; el segundo, que exigía además el concurso de las autoridades religiosas, acaba de efectuarse con toda felicidad; sólo faltaba realizar el tercero, que exigía la colaboración de todo el pueblo devoto de María.

Este concurso el pueblo lo dió a raíz de la Solemne Coronación. Al regresar del acto religioso celebrado tan espléndidamente bajo la inmensa bóveda azul del cielo, la del antiguo Santuario pareció baja y mezquina. Nunca se comprendió mejor la desproporción que había entre la milagrosa Imagen de la Virgen de Luján y el techo que la cobijaba. Nunca fué más evidente para todos, lo que el P. Salvaire había visto desde un principio, esto es, "que una Perla tan preciosa merecía un estuche de más valor y mérito que el que tenía en la actualidad".

Enardecidos los ánimos, inflamados los corazones, movidas las voluntades a impulso de un solo sentimiento, todos exclamaron a una voz: "Queremos para María de Luján un Santuario más grande, más rico, más hermoso: un Santuario digno de Ella y del Pueblo Argentino".

¡Serían pues cumplidos los ardientes votos del P. Salvaire en favor de María de Luján, su Salvadora!

Pero para esto era necesario resolver previamente una gran cuestión que venía preocupando el ánimo de los Padres Custodios del Santuario desde mucho tiempo atrás.

¿Dónde se edificaría la magna Basílica?

Dos sitios distintos se ofrecían a la vista: el uno era el que ocupaba el actual Santuario con frente a la plaza Belgrano; el otro el que debía ocupar más tarde la Casa Municipal con frente a la plaza Colón.

Ambos sitios tenían en su favor buen acopio de razones y buen número de defensores, aún entre los mismos Padres. Por el primero abogaba el P. Salvaire y por el segundo el P. George; y en esto, cada uno de ellos obedecía a su mentalidad particular y a la idea predominante que se formaban del futuro templo. El uno, como Cura y Pastor de la feligresía, veía más que todo en él una Iglesia parroquial, y como tal lo quería en el centro de la población y alejado de las periódicas inundaciones del río; el otro, como acérrimo propagador del Culto de María, veía sobre todo en él un lugar de peregrinación, y como tal, no lo quería enclavado en medio del caserío y lejos de las poéticas orillas del río Luján.

El P. Salvaire revela haber hecho un estudio muy detenido de esta cuestión, y es muy interesante oir lo que dice al respecto:

''El proyectado Santuario Nacional, dice, debe levantarse en el mismo sitio que ocupa el actual, primero por exigirlo así la tradición de la Iglesia y su misma legislación que no permite sea mudado un templo del sitio que ocupara desde un principio, sino por razones y en casos gravísimos; en segundo lugar, por respeto a la voluntad terminante de la primera dueña de la Imagen que la dió a condición de que no se sacara nunca del terreno que para ella daba también; y en tercer lugar por otras muchas razones de orden sentimental y piadoso que en estos casos son de mucha consideración y que es dulce enumerar.

Este sitio, efectivamente, es santo y digno en verdad de la mayor veneración, tanto por parte de los verdaderos patriotas amantes de las glorias de su país, como por parte de los fervorosos católicos amantes de sus piadosas tradiciones.

¿De cuántos recuerdos piadosos y en sumo grado respetables no está realmente empapado este suelo bendito, recuerdos que deben hacerlo altamente venerable a los ojos de los católicos argentinos?

Van más de doscientos años que en este mismo sitio se halla venerada por siete u ocho generaciones sucesivas la Santa Imagen de Ntra. Sra. de Luján, verdadera Fundadora de esta Villa. Desde el trono que en este mismo sitio le levantaron la fe, el amor y la gratitud de tantos devotos suyos, ha visto acudir por millares a sus plantas, peregrinos de todas partes, de todas edades, de todas condiciones.

Este suelo sagrado ha sido hollado, besado con respeto, frecuentemente regado por abundantes lágrimas y consagrado por los ardientes suspiros y fervorosas oraciones de innumerables personajes, nuncios apostólicos, obispos, prelados sacerdotes, virreyes, gobernadores, generales, sabios e inocentes pastores, ricos y pobres menesterosos, ilustres matronas y humildes mujeres del pueblo, en-

fermos y afligidos, justos y pecadores, todos los cuales aquí han encontrado: éstos, consejo y acierto en su gobierno; aquéllos, valor y heroísmo en sus arduas campañas emprendidas por la creación de la libertad de la patria; quienes, luces en sus estudios; quienes, voz de caridad en medio de su opulencia, y quienes, resignación y paciencia en sus necesidades; y finalmente, casi todos, remedio en sus dolencias, consuelo en sus aplicaciones o perdón en sus miserias espirituales, quedando siempre abierta y franca en este lugar privilegiado la fuente inagotable de las misericordias y de los portentos.

Este sitio ha sido testigo de promesas, de votos, de sacrificios y de actos de abnegación y desprendimiento, tantos, tan admirables y heróicos que si el mundo los conociera y los pudiera numerar, quedaría atónito y confundido ante este cúmulo de dramas inefables del espíritu y del corazón, tanto más sublime cuanto más íntimos.

Este sitio ha sido santificado por la visita, las oraciones y las lágrimas del Inmortal Pontífice de la Inmaculada Concepción, el gran Pío IX, y por la memorable peregrinación de la primera Asamblea de los Católicos Argentinos que, en día aciagos para la Religión y la Iglesia, se habían congregado para acometer en esta República la magna obra de la restauración del Reinado social de Nuestro Señor Jesucristo.

Ha sido santificado, finalmente, por las imponderables demostraciones de la fe y amor de innumerables católicos durante los nueve días que prosiguieron las grandes solemnidades de la Coronación de la Milagrosa Imagen, y por las manifestaciones de los mismos sentimientos de año en año más notables y fervorosos y de las que ese inolvidable acontecimiento ha sido el feliz origen.

Todos estos motivos ¿no son acaso bastantes para justificar la elección de este sitio elegido y santificado, con exclusión de cualquier otro lugar aunque fuese más aparente y extenso, para erigir en él el Santuario que por excelencia sea el testimonio de la fe y de la invicta esperanza de los católicos argentinos?

Pero hay otras consideraciones que no debemos olvidar, y son las múltiples visitas que hicieron a este mismo sitio los Padres y Próceres de la Patria durante la reconquista y la grande epopeya de la Independencia.

¿Y no serían estos gloriosos recuerdos motivos sobrado decisivos para que todos los amantes de las gloriosas tradiciones patrias manifiesten sus vivas simpatías en favor del sitio actual, con preferencia a cualquier otro aún más adecuado al parecer, en unión con los católicos que tantas razones tienen, como acaba de demostrarse, para empeñarse en que, cueste lo que costare, la futura Basílica de su amada Patrona se levante, no en cualquier lugar, sino en aquel propio que entraña tan gloriosos y preciosos recuerdos?

Se ha hablado de la conveniencia de la erección del nuevo Santuario en la zona alta de la Villa, porque el actual Santuario hallándose a las márgenes del río, y tendiendo la Villa a extenderse hacia el Este, si se construyera el Santuario Nacional en aquella zona, se encontraría en el centro de la población, con gran ventaja de la misma.

Prescindiendo de las razones antedichas, nos parece aún fuera de razón el motivo que se acaba de señalar. El ámbito de la Villa no es por cierto tan extenso para que pueda razonablemente sostenerse, que en cualquier parte de sus extremos que se halle edificada la Iglesia parroquial, se encuentre fuera del alcance de sus vecinos; y si efectivamente llegase su radio a extenderse de una manera notable hacia el Este, entonces levántese enhorabuena, en los parajes indicados, una capilla o iglesia que más adelante llegará tal vez a ser parroquial; pero como quiera que sea, resérvese siempre con el mayor respeto, para la futura Basílica Nacional el sitio primitivo secular y tradicional. En Londres, el célebre Santuario que se ha levantado a orillas del pueblo y junto al río Gave, no es óbice para que subsista siempre en el corazón de aquella pequeña ciudad la antigua Iglesia parroquial.

El celebérrimo Santuario del Pilar de Zaragoza, en España, fué erigido por disposición divina, desde los primeros años del cristianismo, a las márgenes del río Ebro, y más inmediato aún al cauce de ese tormentoso río, de lo que el Santuario de Luján está al de este mismo nombre; y aunque en el curso de más de 18 siglos se viese ese Santuario repetidas veces, amenazado y azotado por las terribles avenidas del río, y que más de 10 veces tuvo que ser reedificado por éste u otros motivos, y por más que la ciudad de Zaragoza se fuese extendiendo cada día más hacia el Sud-Oeste, jamás empero ni soñaron sus religiosos vecinos en llevarlo a otro sitio más adecuado ni más central. Multiplicaron, sí, los edificios religiosos a medida que se fué aumentando la población de la ciudad; levantaron asimismo macizos malecones para defensa de su amado Santuario; elevaron su piso a mayor altura contra los peligros de las inundaciones; pero jamás sufrieron que se indicara para sus reiteradas construcciones otro paraje que no fuera el propio sitio elegido y santificado que ocupaba desde un principio.

¿No es acaso conveniente que a imitación de los piadosos zaragozanos, al tratar de erigir el futuro Santuario Nacional de Luján, se tenga igual consideración y respeto para el sitio tradicional que desde tanto tiempo ocupa el Santuario actual?

Este argumento es tanto más decisivo cuanto que hoy día, si se llevara más al Este la Iglesia, se dejaría completamente desamparado el gran barrio obrero de Santa Helena del otro lado del río, el cual rivalizará acaso pronto en población con el antiguo núcleo de la ciudad, que tanto se quiere favorecer.

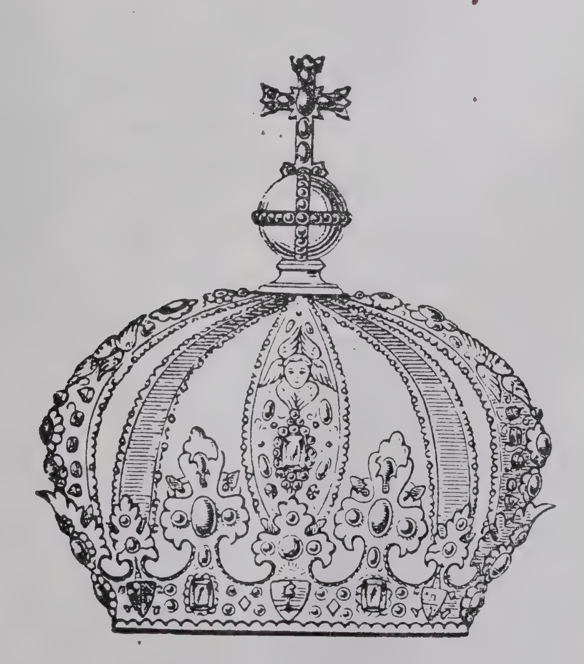
Pero, dirá alguno, en hora buena, que se conserve el Santuario en la cuadra primitiva junto al río; empero, que a lo menos se edifique el nuevo en el centro de la cuadra, y no en el costado de ella; pues si primitivamente no se pudo contravenir a las leyes de Indias, como se ha dicho ya, estas leyes han caducado con la Independencia y no hay motivo de seguir con esta anomalía.

Dispénsenos el lector, pero motivos hay y sobrados para seguir con ella; no ya en virtud de las leyes de Indias, sino en atención

a todo lo que se acaba de decir, para no trasladar el Santuario de una plaza a otra. El área de terreno ocupada por el primitivo Santuario ha sido mil veces santificada por las oraciones y lágrimas de varias generaciones, y debe por lo tanto incluirse en el nuevo; y si éste se encuentra reclinado al costado Este de la cuadra, el nuevo lo estará también, aunque un poco menos, por ser el frente del nuevo Santuario más ancho que el del antiguo y empezar ambos en una misma pared costanera del lado Este. El área del antiguo Santuario corresponde al terreno ocupado hoy día por la nave lateral y las capillas Este. La puerta principal del antiguo Santuario, coincide con la puerta Este del nuevo, y el antiguo Camarín, a la parte anterior del Crucero del Sagrado Corazón de Jesús.

De todo lo cual resulta que los devotos que oraron o recibieron alguna gracia en un determinado sitio del antiguo Santuario, pueden fácilmente hoy día orar y dar gracias allí mismo en el nuevo.

De todos modos, aun cuando se hubiese querido poner el nuevo Santuario exactamente en el medio de la cuadra, no se habría podido por no disponer a tiempo de los terrenos necesarios para el efecto, por razones ineludibles y completamente ajenas a la voluntad de los Custodios del Santuario, como se verá más adelante.



Fac-símil de la Corona bendecida por Su Santidad León XIII.

EL NUEVO SANTUARIO

¡Oh magna Señora! Tu Villa bendita
De amor hoy palpita,
Y acoge en su seno la fiel multitud
Que cruza sus calles con pecho anhelante
Por ver un instante
Tu Imagen excelsa de excelsa virtud.

"¡Corramos al templo!" los fieles que te aman,
Con júbile exclaman,
Sonriendo, sus torres sagradas al ver,
¡Que mucho, si esperan en él congregados,
De hinojos postrados
Loor tu grandeza, tu amor obtener!

¿Si esperan en día tan bello y propicio,
Del gran Sacrificio
Hacer a los cielos piadosa oblación,
Y oir al ministro de Dios, que tu historia
Colmada de gloria
Hoy va a recordarles con férvida unción?

"¡Corramos al templo!" repiten los fieles,
Y ya sus dinteles
Traspasan ¡descubren al fin tu beldad!
Mas ¡ay! que no todos coronan su empeño,
Tu templo es pequeño,
Y es muy numerosa la fiel cristiandad.

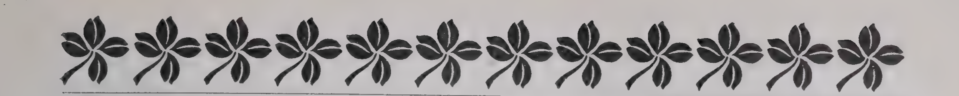
Un nuevo Santuario reclama este día
Tu honor, oh María,
Un nuevo Santuario reclama tu amor,
Un nuevo Santuario do puedan reunidos,
Los hijos queridos,
Loar a su Madre con tierno fervor.

Católicos ¡ea! mostrad con los hechos
Que son vuestros pechos
Ardientes hogueras de fe perennal:
¡Dejad por ofrendas el oro y el cobre!
¡Que el rico y el pobre
Fabriquen, Señora, tu Casa triunfal!

¡Católicos fieles! alzándole un templo
Dareis alto ejemplo
De amor a su culto, y al mundo direis
Que el Pueblo de Mayo sin merma atesora
La fe salvadora
Y honrando a la Virgen, a Dios honrareis.

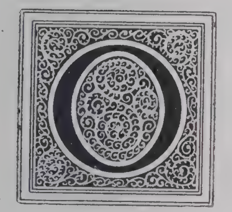
¡Oh Virgen excelsa! tus tiernos devotos
Hoy hacen mil votos,
Ansiando erigirte brillante mansión.
¡Ayuda, dirige benigna y piadosa
Su empresa grandiosa!
¡Y envía a tu Pueblo tu real bendición!

S. Fernández.



CAPITULO X

Nuevo problema a resolver. — Estilo arquitectónico que debe adoptarse. — Ventajas respectivas del romano-bizantino y del gótico-ojival. — Elección definitiva de este último.



TRA cuestión que en aquel tiempo tuvo muy divididos los ánimos, fué la del estilo a emplearse en la construcción del nuevo Santuario de Ntra. Sra. de Luján.

El P. Salvaire, con su genio de artista, abogaba por el imponderable estilo gótico-ojival, tan grandioso y lleno de místicos significados en su conjunto y en todas sus partes; y quería que se empleara la piedra sillar, al igual de las más renombradas basílicas de Europa. *Lápides clamabunt* había dicho, y las piedras tenían que hablar, cueste lo que costare.

El P. George, más positivo y reposado, prefería el estilo romano-bizantino por parecerle más graves y más en armonía con la situación de la iglesia militante en este bajo suelo; y se contentaba con una buena construcción en ladrillo y cal, como las mejores que había en el país.

El romano-bizantino que con el andar del tiempo había dejado de ser meramente pagano para hacerse cristiano, sin por eso espiritualizarse tanto como el gótico-ojival, le parecía un feliz intermedio que participaba de las bellezas de sus dos congéneres sin tener ninguno de sus inconvenientes respectivos.

Las iglesias bizantinas, decía él, sin carecer de encantos propios, están más al alcance de nuestras posibilidades, y más en relación con los elementos comúnmente empleados en el país. No requieren como las iglesias góticas el empleo de sillares para sus muros y de piedras sólidas para sus delgadas columnas sus nervaduras y sus aristas. No exigen tampoco una mano de obra tan delicada y prolija, ni especiales obreros para el laboreo de la piedra. Por lo mismo también, ellas resultan más baratas y más hacederas.

Las iglesias ojivales, al contrario, a más de ser caras en su construcción, lo son también en su conservación, debido a sus múltiples pináculos tan endebles y a la delicadeza de sus líneas. Ellas

constituyen una perpetua hipoteca que pesa fuertemente sobre el erario de la fábrica y administración de la parroquia.

Por lo demás la iglesia bizantina no deja de prestarse a una rica decoración interna; al contrario, ésta constituye su nota propia y característica, como se puede ver en Santa Sofía de Bizancio, y en tantas otras iglesias de ese estilo, diseminadas así en Oriente como en Occidente; sólo que esa decoración puede sufrir retardos sin inconveniente y hacerse según vienen los recursos, como sucede con la Basílica del Sagrado Corazón de Montmartre en París.

Añádase a esto que las iglesias bizantinas son de construcción mucho más rápida que las ojivales, y que éste es un punto capital, tratándose de un Santuario que es al mismo tiempo iglesia parroquial.

Importa sobremanera que el ejercicio ordinario del culto no se interrumpa ni se modifique en cuanto posible, para que no se desbande la grey cristiana y no abandone sus prácticas de piedad. Ahora bien, esto es casi imposible cuando las construcciones o renovaciones de un templo deben durar varios lustros, y el pastor debe oficiar en locales provisorios y continuamente distintos.

¿Qué respondía a todo esto el P. Salvaire?

El P. Salvaire respondía simplemente lo que le inspiraba la grande misión que había recibido de María al librarle de una muerte inminente en medio de los indios de la Pampa.

La gran Basílica debe edificarse, decía, porque bien se la merece María de Luján por los incesantes beneficios que ha prodigado a los Argentinos; y ellos quieren edificársela de piedra para eternizar mejor su agradecimiento.

Que el nuevo Santuario se edifique, pues, en dos fracciones distintas, que una de ellas englobe el Santuario actual, y que éste no se destruya hasta que la otra fracción pueda ser habilitada; así no se interrumpirán los cultos ordinarios.

Los gastos de construcción y de conservación del nuevo Santuario, corren por cuenta de María, que bien sabrá hacerles frente, con tal que no nos durmamos.

El estilo debe ser el gótico-ojival porque ese es el que más corresponde al ideal de la iglesia cristiana.

Es preciso que el atrevido vuelo de sus flechas o agujas eleven entre el cielo y la tierra la cruz de nuestro Redentor a modo de pararrayo, contra la justicia divina irritada por los pecados del mundo.

Es preciso que por encima del caserío de la Villa Mariana, la Basílica extienda a lo lejos su mirada vigilante para protegerla, que irradie su benéfica luz en la noche tenebrosa del crimen, que levante sus dos torres hacia el cielo a modo de brazos suplicantes armados de la cruz redentora.

Es preciso que esta Basílica sea como el supremo esfuerzo de la materia buscando modo de aligerarse, desechando, cual lastre inoportuno el peso ya tan adelgazado de sus muros, para reemplazarlos, al subir, con una sustancia menos pesada y más lúcida, sus-

tituyendo a la opacidad de la piedra la epidermis diáfana de los vitrales policromos.

Es preciso que esta Basílica sea como un libro siempre abierto, donde aún los más indoctos y sencillos, puedan a todas horas leer los más sublimes misterios de nuestra santa Religión, los ejemplos de virtud dados por Cristo, por su Santísima Madre, por los Santos y héroes del Cristianismo, cuya sola consideración impulsa al hombre de buena voluntad a imitarlos.

Ahora bien, ningún estilo arquitectónico responde mejor a este sublime ideal, como el gótico-ojival, por los múltiples significados místicos que encierra en todas sus partes, por sus imágenes ingenuas, sus pinturas, los emblemas sembrados por doquier y sus hermosos vitrales policromos donde campean los santos y santas refulgentes de esplendorosa luz.

En nuestro Santuario de Luján, gozaremos por vez primera de ese simbolismo religioso, de esas sombras, de este misterio que en los tiempos góticos penetran hasta el fondo del alma, abismándola a pesar suyo en la meditación y la plegaria.

Nuestros ojos quedarán llenos de admiración y de un sentimiento indefinible al considerar esa fábrica aérea, de una ligereza inconcebible y de un arranque ascensional tan sorprendente que por instantes nos parecerá que toda ella va a tomar el vuelo hacia las alturas, como una alma que se desprende de la corrupción de este cuerpo mortal para volar al seno de su Dios inmortal.

Véase cuán hermosamente expresa todo esto Núñez de Arce, en los siguientes versos:

MEDITACION

Cuando recuerdo la piedad sincera
con que en mi edad primera
entraba en nuestras viejas catedrales,
donde postrado ante la cruz de hinojos
alzaba a Dios mis ojos,
soñando en las venturas celestiales;

¡Hoy que mi frente atónito golpeo,
y con febril deseo
busco los restos de mi fe perdida,
por hallarla otra vez, radiante y bella
como en la edad aquella
¡desgraciado de mí! ¡Diera la vida!

¡Con qué profundo amor, niño inocente
prosternaba mi frente
en las losas del templo sacrosanto!
Llenábase mi joven fantasía
de luz, de poesía,
de mudo asombro, de terrible espanto.

Aquellas altas bóvedas que al cielo
levantaban mi anhelo;
aquella majestad solemne y grave;
aquel pausado canto parecido
a un doliente gemido,
que retumbaba en la espaciosa nave;

Las marmóreas y austeras esculturas
de antiguas sepulturas,
aspiración del arte a lo infinito;
la luz que por los vidrios de colores
sus tibios resplandores
quebraba en los pilares de granito;

Hacer de donde en curva fugitiva,
para formar la ojiva,
cada ramal subiendo se separa,
cual del rumor de multitud que ruega,
cuando a los cielos llega,
surge cada oración distinta y clara;

En el gótico altar inmoble y fijo
el santo crucifijo,
que extiende sin vigor sus brazos yertos,
siempre en la sorda lucha de la vida,
tan áspera y reñida,
para el dolor y la humildad abiertos;

El místico clamor de la campana
que sobre el alma humana
de las caladas torres se despeña,
y anuncia y lleva en sus aladas notas
mil promesas ignotas
al triste corazón que sufre o sueña;

Todo elevaba mi ánimo, intranquilo
a más sereno asilo:
religión, arte, soledad, misterio....
todo en el templo secular hacía
vibrar el alma mía,
como vibran las cuerdas de un salterio.

Y a esta voz interior que solo entiende
quien, crédulo se enciende
en fervoroso y celestial cariño,
envuelta en sus flotantes vestiduras
volaba a las alturas,
virgen sin mancha, mi oración de niño.

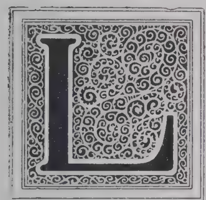
N. de Arce.





CAPITULO XI

Bendición de la piedra fundamental del nuevo Santuario.— El Padre Salvaire es enviado a misionar en el Uruguay. —El Padre George renuncia el Curato de Luján.



LEGADO el momento de bendecir la piedra fundamental del nuevo Santuario, Monseñor Aneiros resuelve hacerlo en el sitio primitivo, tanto por las razones ya conocidas, como por no haberse preparado con tiempo otro lugar.

En consecuencia, el domingo en la Octava de la Solemne Coronación, por la tarde, 15 de Mayo de 1887, se organizó una procesión al sitio indicado, tomando en ella parte los representantes de la Provincia, las Asociaciones católicas con sus banderas, los delegados de los Obispos del Paraguay y Paraná, los Vicarios Capitulares de Córdoba y Salta, los Ilustrísimos Obispos de San Juan de Cuyo y de Montevideo y el Excelentísimo Arzobispo rodeado del Venerable Cabildo Metropolitano, de un numeroso clero secular y regular y de un gentío inmenso; y dióse principio a la ceremonia, conformándose en todo con lo prescripto por la Santa Liturgía.

Después se labró un acta en pergamino, haciendo constar en ella todo lo concerniente a este suceso; firmáronla los notables presentes y se la colocó en seguida junto con algunas medallas y monedas del tiempo, en una cajita de plomo, que luego se incorporó a la piedra, como es costumbre hacerlo.

Dió término a esta ceremonia una hermosa alocución del señor Arzobispo, quien tomó por texto estas palabras tan oportunas del Ofertorio de la Misa propia de Nuestra Señora de Luján, y que puso en los labios de la misma: "Elegí este lugar y lo santifiqué para que esté perennemente aquí mi nombre, y que mis ojos se inclinen compasivos y mi corazón atienda con solicitud a los que me invocaren".

Resulta en esta forma, la doble cuestión de la ubicación y del estilo, que debía adoptarse para el nuevo Santuario, se empezó a creer en un principio, que el Padre Salvaire podría estar encargado especialmente de las nuevas obras, y el Padre George seguir como cura párroco, renovándose de este modo la antigua distinción que había habido, entre el cura y el capellán del Santuario: el uno más especialmente encargado de lo espiritual y el otro de lo material; pero el señor Arzobispo no tardó mucho en comprender que esta

antigua distinción, que pudo hacerse sin inconvenientes durante el coloniaje en que todos se conocían y formaban una misma familia, no podía adoptarse en nuestros tiempos tan distintos de aquéllos, por no saber la gente a quien dirigirse en sus distintas necesidades, máxime por la vía epistolar que debía ser forzosamente considerable; lo cual había de entorpecer la obra más bien que ayudarla.

Mientras tanto, el Padre Salvaire fué momentáneamente enviado a Montevideo como Superior de la pequeña casa de misión que los Padres Lazaristas tenían allí, antes de anexarla a la parroquia de la Unión, para descansar un poco de tantos trabajos que había soportado, y en vista de los mayores que aquí la esperaban todavía.

Algo más tarde, el 8 de Octubre de 1888, el Padre George, renunció el Curato de Luján para que pudiera venir el Padre Salvaire a realizar los magnos proyectos de la Basílica, e ir él a reemplazarlo como Superior de la casa de Montevideo.

Es increíble la dolorosa impresión que causó esta renuncia del Padre George, tanto en Luján como en Buenos Aires; no faltando seguramente quien la recuerde todavía con cierta emoción.

El Padre George se vió obligado a marcharse disimuladamente por la estación Cortines, que está sobre la línea del Pacífico, para despistar las muchas centinelas de vista apostadas en el camino de la de Luján, sobre la del Oeste.

El recuerdo de este buen Padre, quedó tan profundamente grabado en el corazón de la feligresía, que cuando volvió a pasar por aquí después de 19 años de ausencia, en Marzo de 1907, en dirección al Pacífico, en calidad de Misionero Apostólico y Delegado General de la Obra de la Propagación de la Fe, en las Repúblicas de Chile, Perú y Bolivia, los vecinos del pueblo, al sólo anuncio de su llegada se trasladaron a la Estación para recibirlo en triunfo, sin distinción de creencias y de ideas: "De pronto, decía al día siguiente un diario de la localidad, le vimos descender del carruaje, sonriente siempre, emocionado, con una lágrima temblando en sus ojos claros: y en ese momento cuando nos adelantábamos a recibirle, un hombre se desprendió del grupo y abriéndole los brazos lo estrechó largo rato sobre su pecho. Ese hombre era el doctor Greaghe, el conocido anarquista, el irreconciliable enemigo de las religiones y de los gobiernos!

El doctor Greaghe, médico de la localidad, muchos años atrás, había conocido al Padre George junto al lecho de los que sufrían dolores y miserias, y él, el rebelde, se había sentido desarmado por tanta caridad y tanta virtud".

Finalmente, cuando el 19 de Octubre de 1915, el Padre George rindió su alma a Dios en Buenos Aires, los lujanenses reclamaron sus restos mortales, para darle honrosa sepultura en la Basílica, junto a los del Padre Salvaire que ya le había precedido en la tumba.

El señor Kaiser y el señor Barnech, jefes ambos de la Municipalidad pronunciaron respectivamente en esta dolorosa circuns-

tancia un sentido discurso donde volcaron todo su corazón de antiguos alumnos y feligreses, henchido de gratitud y de amor.

El señor Kaiser, empezó diciendo:

"¡Ha muerto el Padre George!.... Una brillante luz de caridad y de virtud se ha extinguido en la tierra: en el cielo de los buenos y de los justos una nueva fulgurante estrella se ha encendido!

"Ministro de Cristo, ajustó su vida a las enseñanzas de su divino Maestro: amó a los hombres y derramó sobre ellos toda la bondad de su gran corazón".

Siguió el señor Kaiser largo rato sobre ese tenor, mostrando lo que fué en vida el Padre George, y concluyó diciendo:

"Su alma en las regiones de la luz habrá ya recibido la recompensa eterna que mereció, y su cuerpo aquí, entre nosotros, descansará velado por el imperecedero cariño de los que fueron sus amigos, sus discípulos, sus hijos espirituales, cuyo cariño, veneración y respeto formarán la corona perfumada, adorno inmarcesible de su tumba".

El señor Barnech terminó su discurso, diciendo:

"Descansa en paz, alma generosa, aquí donde fué el campo de tu acción gloriosa, aquí donde se rendirá culto imperecedero a tu memoria de varón bueno y esforzado, y cuando a través de la fría lápida lleguen a tí, místicas, acariciadoras, tristes y dolientes, las suaves armonías de los cánticos y plegarias, recibe con ellas el homenaje perenne y férvido de todos los que gustamos las exquisitas delicadezas de tu noble espíritu y de tu gran corazón".

VITA MUTATUR NON TOLLITUR

Je dis que le tombeau qui sur les morts se ferme
Ouvre le firmament.
Et que ce qu'ici bas nous prenons pour le terme
Est le commencement.

Yo te saludo, oh muerte redentora,
Y en tu esperanza mi dolor mitigo,
Obra de Dios perfecta; nó castigo,
Fino don de su mano bienhechora.

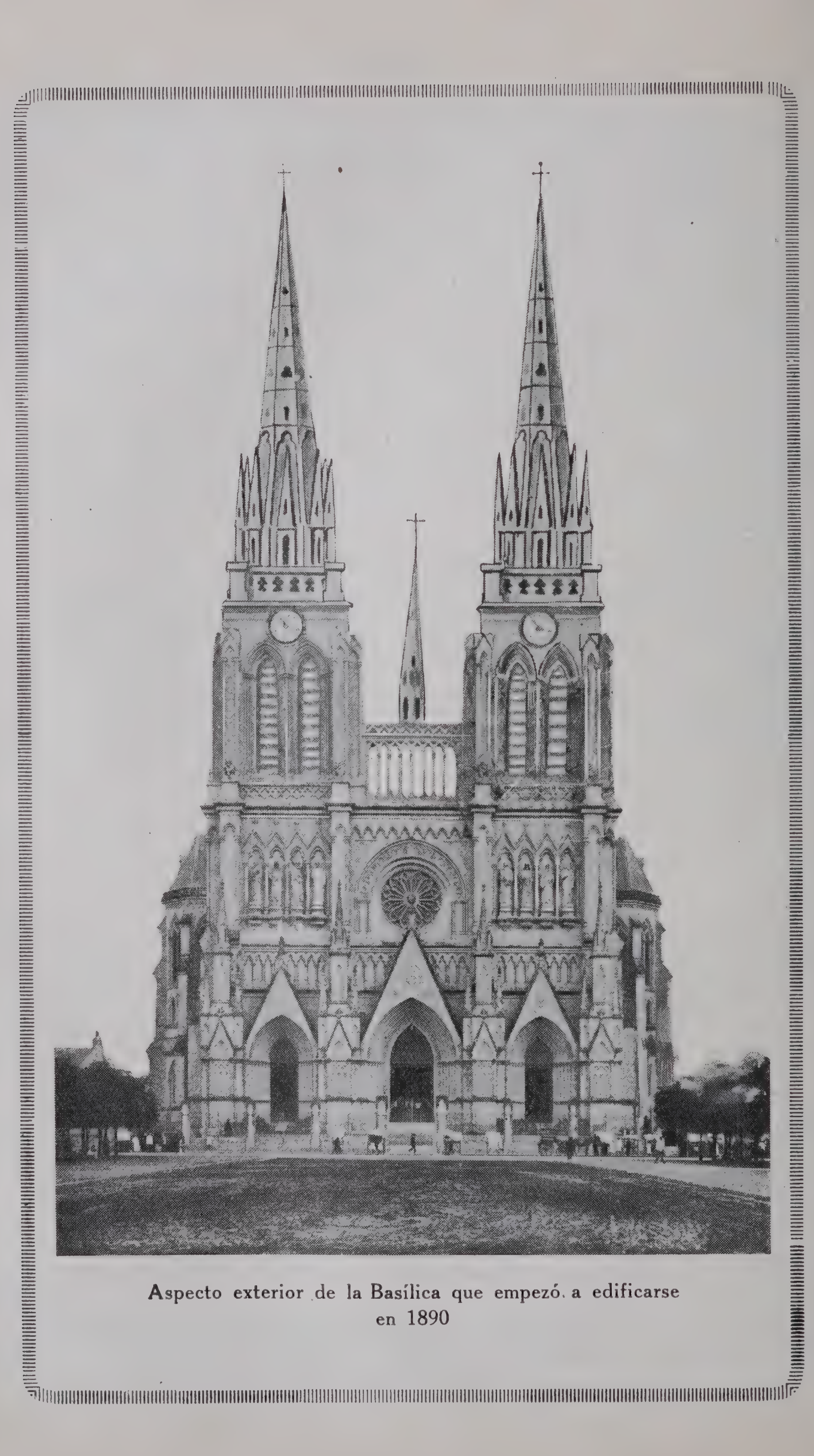
¡Oh de un día mejor celeste aurora,
Que al alma ofrece perdurable abrigo,
Yo tu rayo benéfico bendigo,
Y lo aguardo impaciente de hora en hora!

Ante las plagas del linaje humano,
Cuando toda virtud se rinde inerte,
Cuando todo rencor fermenta insano!

Cuando al débil oprime inícuo el fuerte,
Horroriza pensar, Dios soberano,
Lo que fuera la vida sin la muerte.

F. Balart.





Aspecto exterior de la Basílica que empezó a edificarse
en 1890

QUINTA PARTE

LA VIRGEN DE LUJAN

DESDE EL PRINCIPIO DEL

NUEVO SANTUARIO

1890 - 1910

"Et cœpit ædificare Salomon Domum Domini."

Y empezó Salomón a edificar la casa del Señor.

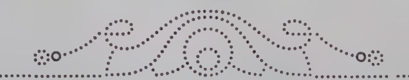
(PARAL. III. 1).



RDO. P. JORGE M SALVAIRE

Apóstol del Culto de Ntra. Sra. de Luján. — Su historiador. — Promotor de su Coronación. — Iniciador del proyecto de la Basílica. — Constructor del Colegio de Luján. — Fundador de la revista "La Perla del Plata", del primer hospital, del Círculo de Obreros Católicos y de la Conferencia de las Damas de S. Vicente. — trabajó en Luján más de 25 años.









CAPITULO I

Nombramiento del P. Salvaire como Cura y Capelián de Luján. — Orden que recibe de empezar el nuevo Santuario. — Trabajos preliminares. — Organización de las contribuciones.



UANDO en Octubre de 1888 el Padre George hubo renunciado el Curato de Nuestra Señora de Luján, el Ilustrísimo y Reverendísimo Señor Arzobispo, de quien dependía todavía este Santuario, no juzgó oportuno nombrar sucesor inmediato de aquel, al Padre Salvaire, sino que confió interinamente el Curato al R. P. Jorge Revelliére, quien, al venirse a Luján el P. Freret en 1872 había sido nombrado Visitador Provincial de los Hijos de San Vicente en la Argentina, Uruguay y Paraguay.

El Padre Salvaire a su regreso de Montevideo, fué destinado, mientras tanto, a acompañar al señor Arzobispo en sus visitas pastorales en la campaña de Buenos Aires, donde aprovechó toda ocasión favorable para aumentar la devoción a María de Luján y disponer el pueblo a cooperar a la magna obra del nuevo Santuario.

Sólo fué a principios de 1889 cuando el P. Salvaire recibió su nombramiento definitivo. El despacho que lo investía de sus nuevas funciones, fué leído a los feligreses de Luján, en plena fiesta patria, el 25 de Mayo, por el señor Doctor Don Agustín Boneo, en aquel entonces, Vicario General y Provisor del Arzobispado y actualmente Obispo Diocesano de Santa Fe. Encareció la magna obra confiada al nuevo cura en honor de María y en bien de la

población, y recordó los méritos y la preparación que éste tenía para llevar a cabo su cometido tan difícil.

El Padre Salvaire a su turno tomó desde entonces el título tan simpático de "Cura y Capellán de Nuestra Señora de Luján", y trató de merecerlo, tomando paulatinamente sus posiciones en vista del tercer Monumento que le faltaba aún levantar a María, en cumplimiento de su voto.

A pesar de que todos los sacerdotes que han tenido a su cargo la custodia de la Virgen y su Santuario, han sido siempre señalados a la estimación pública por sus virtudes, su piedad y su constancia, el Padre Salvaire puede presentarse como un ejemplar complejo, que ha reunido en sí solo, todo el fervor y celo en pro de María de Luján, que señala la historia al Capellán don Pedro de Montalbo, y todas las energías y esperanzas que distinguieron a don Juan de Lezica y Torrezurí.

Si se estudian los dichos y hechos de esos dos ilustres y esclarecidos varones, y se comparan con los que más tarde, ha realizado el Padre Salvaire, se comprenderá que es completa la similitud entre la obra de aquellos, reunidos, y la obra individual de este capellán del Santuario.

Como don Juan de Lezica y Torrezuri, puede reclamar para su memoria la gloria de haber construído un grandioso templo a María, y como don Pedro de Montalbo, puede reclamar para su nombre la aureola de cultor eximio de la Virgen de Luján.

Sobre estos dos hombres el P. Salvaire tenía además la ventaja de poseer un genio verdaderamente artístico y la preparación de todo un profesional: era un corazón lleno de nobles entusiasmos y un cerebro repleto de ideas generosas y grandiosas.

Pero por de pronto, le faltaba el terreno material en que realizar sus ideas magníficas. En la manzana destinada al futuro Santuario había tres casas que comprar aún para poseerla toda entera, pues toda entera se necesitaba. Dos íntimos amigos del Padre Salvaire se le habían anticipado para comprarle cada uno una de ellas, respectivamente: el doctor Domingo Fernández, la de don Joaquín Mugica en la esquina Este, y don José Manuel Estrada, la del doctor Máximo Eréscano, que acaso en tiempos de Rivadavia se había insertado entre los dos sitios primitivos del Oeste, pues según las leyes de Indias, no podía haber más de cuatro en cada cuadra, y el Santuario y el Cura respectivamente ocupaban las dos del centro. La casa de la esquina Oeste que ya había sido donada al Padre Salvaire por su dueño; pero, a condición de que la siguiera usufructuando hasta su muerte doña Eufemia Peñalva de Maldonado, su esposa; y como esta vivió hasta el 25 de Mayo de 1902, síguese de allí que si se hubiese querido poner el nuevo Santuario en el medio de la cuadra, sin atención al sitio del antiguo tan sagrado por las oraciones y lágrimas de nuestros antepasados, se habría retardado de 12 años el principio de las obras, pues éstas empezaron en 1890, como vamos a ver.

Según esto, el proyecto de la gran Basílica tenía ya sus decididos partidarios; pero era mucho mayor el número de sus adversarios, o más bien, de los que no tenían fe en su posible realización. El entusiasmo suscitado por la solemne Coronación de la Virgen se había apagado con el andar del tiempo; la República pasaba por una de las mayores crisis económicas que jamás haya habido; y finalmente, se cernía sobre la obra proyectada, la fatídica "Vista del Fiscal eclesiástico", quien llamado a pronunciarse sobre los planos presentados a la Curia Arzobispal, había dicho en resumidas cuentas: "Esto nunca se hará: es una locura pensar que esto se pueda hacer con los recursos que tenemos o podemos allegar". Y al expresarse así oficialmente, no dejaba de decir en privado que este era el parecer de todos los colegas en general.

Felizmente, el Señor Arzobispo estaba contaminado con la santa locura del Padre Salvaire, y por una de esas intuiciones propias de los gobernantes que prueba la existencia de las "gracias de estado", se mantuvo firme por la afirmativa, y dijo al Padre Salvaire: Hijo mío, sigue adelante en nombre de Dios y de María Santísima de Luján. Si tus propios hermanos en religión desconfiaran, yo te exhonero a tí y a ellos de toda responsabilidad al respecto, tomándola toda entera sobre mí, personalmente; y con fecha de 29 de Noviembre de 1889, le expide el siguiente documento liberador:

"Reverendo Padre: Después de tantas contradicciones por las que quiso Dios infinitamente sabio pasase nuestra proyectada obra del Santuario Nacional de Nuestra Señora de Luján, la proximidad de las solemnes fiestas de la Inmaculada Concepción de María, que siempre se han celebrado con tanta pompa y devoción en ese Santuario, me parece ocasión la más oportuna para dar principio a los trabajos preliminares conducentes a la realización de tan importante proyecto.

Deseo pues, y pido a usted terminantemente, que poniendo toda su confianza en Dios y en María Santísima, para gloria de quienes es la obra tan deseada, acometa esta empresa que será la digna coronación de todos los trabajos que usted ha emprendido, y de un modo evidentemente providencial llevado a feliz éxito, para glorificación de nuestra portentosa Efigie de Luján.

Aunque parece supérfluo manifestar a usted que se entiende que todos los gastos que ocasionase la realización de este magno proyecto, corren por cuenta de la obra misma, y que en ningún tiempo, ni usted, ni la respetable Congregación de la Misión, a que usted pertenece podrán ser responsables de dichos gastos, esto no obstante, me hago un deber de conciencia, tanto por su propia seguridad, como para satisfacer las justas exigencias de sus dignísimos superiores, en manifestarle que es mi voluntad terminante que el Arzobispo se hace exclusivamente responsable de todos los gastos que ocasionare ahora y en lo sucesivo la ejecución del Santuario Nacional de Luján.

En consecuencia, recomiendo a usted encarecidamente la mayor prudencia y tino en la dirección de la obra, y que trate cons-

tantemente de proseguir los trabajos solamente según la medida de los recursos que llegue usted a reunir, dándome cuenta prolija y periódicamente del estado de la caja y de las obras.

Dios Nuestro Señor y su dulce Madre María, den a usted luces y fuerzas para acometer tan grandes trabajos, y le concedan sus más abundantes bendiciones, como por mi parte, con tanto gusto bendigo a usted con toda la efusión de mi corazón. — León Federico, Arzobispo de Buenos Aires''.

Después de recibir el Padre Salvaire este importante documento alentador, escribía a su turno:

''Los tiempos eran y siguen angustiosísimos; sin embargo, fija la vista en María que nos sirve de estrella polar en medio del mar proceloso en que efectuamos el penoso viaje de nuestra mortal existencia, y fiados como siempre en la palabra del Divino Espíritu que promete victoria a los que saben obedecer, aún cuando todo se manifestara contrario, no vacilamos en poner manos a la obra, y desde luego dimos principio a los trabajos preliminares conducentes a la realización del importante proyecto que nos está confiado.

Por de pronto, convencidos de que es indispensable un periódico que sea al mismo tiempo el propagador y el órgano autorizado del movimiento popular que impela a los pies de la milagrosa Protectora de la Nación Argentina, a los pueblos y a los individuos sedientos de vida espiritual, porque el materialismo los tiene hastiados, fundaremos bajo los auspicios de la Inmaculada Señora y de su ilustre devoto el Exmo. Señor Arzobispo de Buenos Aires, ''La Perla del Plata'', revista Mariana, que desde luego será favorablemente acogida y protegida por los innumerables amantes de Nuestra Señora de Luján.

Nos hemos dirigido a la Honorable Corporación Municipal de la Villa, en solicitud de un terreno municipal, donde nos fuera posible levantar los extensos galpones y construir los hornos de ladrillos que exige la erección de una obra tan considerable, y los lectores de ''La Perla del Plata'' podrán ver allí la respuesta satisfactoria de la Honorable Corporación Municipal.

Hemos ya solicitado y recibido no pocos donativos y promesas de valiosas limosnas que nos permitirán llevar a cabo paulatinamente la obra proyectada, y estamos ya al habla con personas respetables de la Sociedad Bonaerense, con el fin de formar un Comité Central y Comisiones Seccionales, que alleguen recursos abundantes para la realización de la Basílica Nacional.

Finalmente, estamos organizando en la actualidad un bazar en el que se pondrán en rifa durante las próximas festividades de la Coronada Virgen, los innumerables objetos, algunos de ellos de mucho valor, con que los devotos de la Virgen se complacen en favorecer el principio de las obras; y nos proponemos con la ayuda de Dios Nuestro Señor y de su Inmaculada Madre María, abrir los cimientos del insigne templo mariano en aquellos mismos días de la Virgen de Luján.

De esta manera creemos cumplir con la indicación que para nosotros es terminante mandato de nuestro Prelado; y ahora esperamos la bendición de nuestra Augusta Protectora y la generosa cooperación de sus numerosos devotos''.

Desde Diciembre del 89 hasta Mayo del 90, el Padre Salvaire lo pasa en estudios preliminares, trabajos preparatorios, construcción de galpones, instalación de maquinarias, perforaciones de pozos semi-surgentes, habilitación de hornos de ladrillos y compra de una cantera de piedra en Colón de Entre Ríos para asegurarse esa misma clase de material hasta la conclusión de la obra.

El 6 de Mayo a las 4 de la tarde se empieza a abrir los cimientos del abside. Una persona de gloriosa memoria se nos presenta aquí otra vez al iniciar los trabajos, es el inolvidable nombre del ferviente católico y vecino de Luján, Don Domingo Fernández, siendo uno de los primeros donantes que regaló 5.000 pesos para dar principio a la monumental Basílica.

Con esto el Padre Salvaire ya tiene empezado su vía crucis, glorioso por un lado, pero muy mortificante por otro ¿cuántas veces hacia el fin de la semana, le veremos tomar su maletita para ir a golpear a la puerta de sus amigos de la Capital, con el fin de poder pagar a sus operarios?

¡Cuántos sacrificios, privaciones y disgustos no representan estas magnas obras para el corazón que debe alimentarlas, y la inteligencia que las dirige! Sólo los que vivieron con el señor Padre Salvaire y compartieron sus penas y trabajos pueden saberlo!

Unicamente cuando los muros salgan de tierra y puedan continuarse con piedras sillares, que permitan esculpir en ellas el nombre de los piadosos donantes, se abrigará la esperanza de disminuir la gran preocupación de tener que buscar semanalmente con que pagar a los obreros; pero entonces, ésta, renacerá bajo otra forma: el laboreo de las piedras necesita obreros especialistas, que no abundan en el país, y que es preciso pagar más caro, aunque su trabajo abulte menos.

Entonces será cuando veremos al Padre Salvaire empuñar valerosamente el bordón del peregrino durante semanas y meses enteros, en busca de piedras en Entre Ríos para los muros, de mármoles en Córdoba para las gradas macisas del Camarín, de ónix de San Luis para el pasamanos de las mismas.

Felizmente que encuentra entre sus mismos compañeros unos entendidos y abnegados sobrestantes de la obra. El mismo lo reconocerá francamente, alentará paternalmente esa buena voluntad, y desde el segundo informe que eleva a la consideración del señor Arzobispo, se complace en decírselo oficialmente en los términos siguientes:

''Habiendo notado que tenía en mi digno compañero el Padre Santiago Scarella un inteligente alarife de la empresa, y que por consiguiente no necesitaba de un maestro de obras, me determiné a agradecer al ingeniero que había anteriormente inspecciona-

do las obras y ganaba un sueldo de 200 pesos mensuales; así que en estos cuatro últimos meses, hemos hecho sobre el particular una economía de 800 pesos''...; lo cual durante 6 años que esto duró forma una suma no despreciable en aquellos tiempos de penuria extraordinaria.

Lo mismo podrá decir el Padre Salvaire del segundo colaborador que tuvo en los dos últimos años de su vida, el Padre Luis Naón. quien después edificó la Iglesia parroquial de San Vicente de Paúl en la Capital Federal.

El Padre Santiago por su lado, planeó y empezó el ensanche de la Iglesia parroquial de Nogoyá, construyó por completo la hermosa Iglesia gótica de Empedrados, delineó y empezó la Catedral de Corrientes, que debió suspender por falta de recursos.

Así es, cómo las obras del Santuario de Luján formaron escuela y tuvieron su feliz repercusión, material y moral en varios puntos del país, y aún fuera de él.

No terminaremos este capítulo sin reproducir la metodización, ideada por el Padre Salvaire para la debida percepción de las limosnas que al iniciarse las obras, circuló profusamente entre el público y que viene a ser algo así como un número o síntetesis de los significados místicos de la gran Bretaña y de los medios conducentes a su realización.

¡La obra de predilección!

1.—Fin de la obra. 1o. Levantar un nuevo Santuario que sea digno trono de María Santísima. Patrona de las tres Repúblicas del Plata, bajo la advocación de Nuestra Señora de Luján.

2º — Recordar con un grandioso monumento nuestra filial gratitud por los beneficios sin número recibidos de esta buena Madre durante los siglos de nuestra vida colonial e independiente.

3º—Hacer manifestación pública, solemne, nacional, de nuestros sentimientos de fe y amor a Jesucristo y a María, su Madre tan sólidamente arraigados en estos pueblos;

4º — Suplicarla, por medio de nuestros votos y generosa cooperación a esta obra, se digne María alcanzar de Dios el triunfo de la Santa Madre Iglesia y de su Augusto Jefe, así como la restauración del Reinado de Nuestro Señor Jesucristo, en la sociedad.

En una palabra, el Santuario Nacional será la plegaria de nuestras necesidades, el himno de nuestras aclamaciones, el poema de nuestras glorias, el testimonio de nuestra gratitud y amor, el símbolo finalmente, de nuestras esperanzas.

II. — Sus medios o recursos. 1º — La Oración: está en vías de instalarse en el Santuario una Archicofradía o asociación de oraciones con el fin de alcanzar más seguramente los fines susodichos y los favores personales que se pidiesen.

2o. — La Limosna: no siendo la obra individual sino colectiva, nacional, puede conseguir inmensos recursos con la adición del óbolo del pobre al importante donativo del rico.

3º—La acción: se designarán personas que recojan a la puerta del Santuario las limosnas sueltas y anónimas de los fieles; así como se establecerán acaso en las otras localidades grupos de personas que bajo la inspección del prôpio Cura hagan lo mismo.

III. — Bases de contribución.—Habiendo de resplandecer en la futura Basílica el simbolismo religioso y patriótico, las contribuciones voluntarias serán nacionales, provinciales, parroquiales, domésticas e individuales. Así por ejemplo:

La nave central estará reservada a la República Argentina, el crucero oriental del Uruguay y el occidental al Paraguay.

Los catorce arcos laterales con sus correspondientes ventanales cuádruples que los superan, donde están respectivamente los catorce Escudos de las Provincias Argentinas, serán reservados a cada una de ella.

La nave lateral Este estará a cargo de la ciudad de La Plata, y la del Oeste, a la de Buenos Aires y suburbios.

Las capillas absidales con altar propio estarán reservadas a las parroquias de la capital y campaña, y las costaneras sin altar a las comunidades de varones o mujeres.

Las diversas columnas más o menos importante de fuerza viva o de puro adorno serán costeadas por las familias más o menos pudientes.

A los individuos estarán reservados los metros cúbicos de mampostería, las piedras sillares con inscripción o sin ella, los diversos escalones o gradas, las lozas del pavimento.

Las puertas por donde todos todos pasan, los techos y bóvedas que a todos recubren, y las torres que a todos muestran el camino que conduce a María, serán costeados igualmente por todos.

Finalmente, las limosnas sueltas e indeterminadas se dedicarán a la mano de obra de los operarios, sueldo de arquitecto y maestros, compra de útiles y maquinarias, alumbrado y luminaria, gastos de culto, ornamentación, conservación del edificio y descanso de peregrinos, limpieza de los mismos y demás servicios imprevistos.

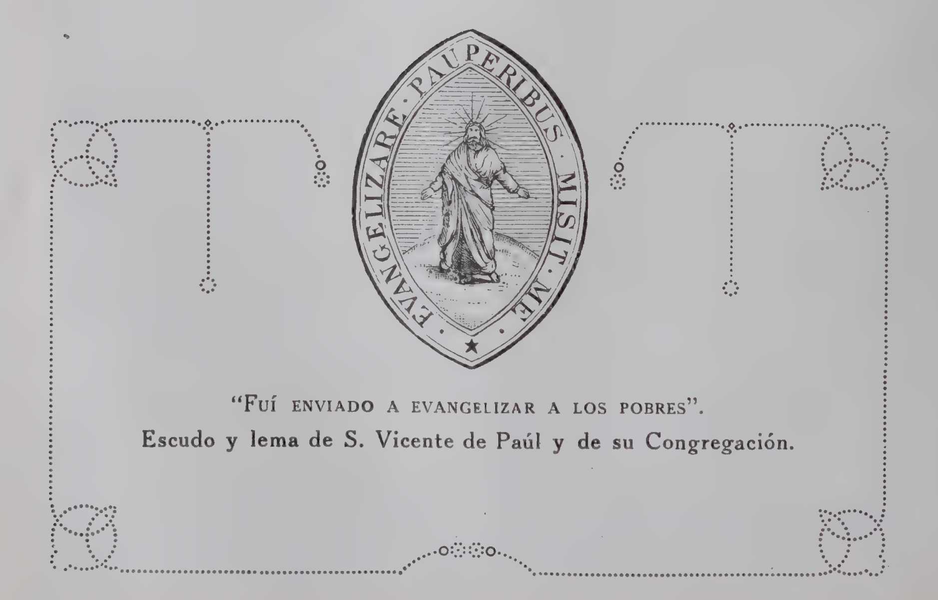
Este plan no será tan rígido que no pueda sufrir alguna modificación según sea necesario o conveniente; al contrario tendrá toda la flexibilidad requerida como para acomodarse a las diversas circunstancias de tiempo, lugar y personas, pues lo que se intenta es coadunar los ánimos y asegurar la marcha de la "Obra de predilección" o sea la construcción y conservación de la gran Basílica o Trono de las bondades de María, sin que pierda en ningún caso su hermoso significado de Santuario Nacional, monumento religioso y patriótico que sea el trasunto de las plegarias de nuestras necesidades, el himno de nuestras aclamaciones, el poema de nuestras glorias, el testimonio de nuestra gratitud y amor, el símbolo de nuestra esperanza, y en una palabra la gloria de la Nación Argentina, Uruguaya y Paraguaya, que tienen canónicamente a María de Luján por Patrona y Protectora.

¡Oh Católicos del Río de la Plata, tiernos devotos de la Virgen de Luján, levantad pues un Santuario digno de vuestra excelsa Patrona y Protectora; y sus muros majestuosos narrarán a las generaciones venideras así como las misericordias de María, el tradicional amor que le guardais. *¡Lapides Clamabunt!*

¡LAPIDES CLAMABUNT!

Quisiera, oh Virgen de Luján piadosa
En el bronce y la piedra ver labrada
La cifra de tu nombre poderosa
Cual en mi ardiente pecho está grabada;
Ya ver quisiera, oh Virgen sacrosanta,
        Surgir desde la planta
Hasta la aguja de la cumbre airosa
        La Basílica hermosa
Que la piedad cristiana te levanta!
        Traed, traed hermanos
Vuestro óbolo al Santuario de María.
No deis reposo, obreros, a las manos:
Muerda el cincel la piedra gigantea
Y en el aire lanzándose ligera
Lleve hasta el cielo la graciosa ojiva
La suprema belleza de la idea.
Y del recinto en el espacio inmenso,
Entre espirales de oloroso incienso,
Del órgano sonoro entre raudales
Todo, líneas, colores, melodía,
Subiendo a la región de lo divino
Canten tu loor, dulce María,
El **hosanna** inmortal del Argentino!

Vir desideriorum.



"Fuí enviado a evangelizar a los pobres".

Escudo y lema de S. Vicente de Paúl y de su Congregación.



Como curiosidad presentamos un antiguo grabado del Camarín de la Virgen, cubierta la Imagen con su primitiva vestimenta colonial.



Vista panorámica de la Villa Ntra. Sra. de Luján en la que se destaca la construcción de la Basílica.



CAPITULO II

Fundación de la Revista Mariana "La Perla del Plata". — Luctuosa situación porque pasa la República en 1890 y siguientes. — Peregrinación a Luján en busca de amparo y remedio.



NTRE los trabajos preparatorios para levantar la magna Basílica, el P. Salvaire enumera uno de orden intelectual y religioso que había de ser palanca poderosa para el efecto: nos referimos a la Revista Mariana que bajo el título sobremanera poético y simpático de "La Perla del Plata" había de ser el órgano oficial del Santuario, destinado a cantar semanalmente las glorias de María y dar a conocer el estado de las obras.

El primero en aplaudir ese proyecto fué el Sr. Arzobispo.

Reverendo Padre: Veo con sumo placer, que disponiéndose ya a emprender la importante y tan esperada obra de nuestro Santuario Nacional de Luján, trata Vd. de publicar los anales que vulgaricen cada día más y más la historia y los hechos admirables de esta milagrosa Señora, publicación que, a no dudarlo, es el preámbulo obligado de la proyectada obra.

Así que, no puedo menos de aprobar la publicación de "La Perla del Plata", y de bendecir con toda la efusión de mi corazón. a todos los hijos devotos de María Santísima de Luján que se sus cribieren a este Semanario y lo propagaren, y con más afecto a los que, como Vd., mi Rdo. Padre, toman parte en la fundación y redacción de tan intreesante periódico.

Reciba mis sinceras felicitaciones y créame siempre, etc., etc.". Buenos Aires, Diciembre 30 de 1889.

En la semana siguiente ya salía el primer número de esa publicación mariana, bien presentada y bien repleta de un material abundante y escogido, siendo muchos los que se suscribieron a ella, a pesar de las circunstancias tan poco favorables.

No pudiendo el P. Salvaire correr con la administración de La Perla del Plata encargó de ella al P. Brignardello, quien durante varios años la dirigió consiguiendo un establecimiento propio y completo de tipografía con sus maquinarias para la impresión de la revista Mariana, alcanzando a una suscripción de más de 5.000 abonados

y donando en varios años por cuotas a favor de las obras de la Basílica, el importe de más de 20.000 $ m|n., según consta en los informes.

El P. Brignardello se entregó a la propaganda de dicha revista cual si fuera su obra predilecta.

No faltará seguramente quien recuerde todavía la triste situación porque pasara esta República en los años de 1890 y siguientes, los negros nubarrones que se levantaron en el cielo de la patria poco antes tan sereno, la crisis monetaria en el terreno económico, la lucha de clases en el orden social, la seca persistente en la agricultura, el desconcierto en los de arriba y la desesperación en los de abajo, el paloteo de las armas en la política, la nave del Estado pronta a estrellarse en los escollos de la anarquía. ¡Eran las funestas consecuencias de los desaciertos pasados!

En tan aciagas circunstancias levantó la voz el común padre y pastor de nuestras almas, para invitarnos a acudir a Aquel que aplaca los vientos y los mares y hace la bonanza en la más deshecha tempestad, y a Aquella que los cristianos suelen invocar con el dulce nombre de Estrella de la Mar y los argentinos con el de Taumaturga del Plata.

Con fecha 28 de Octubre de 1891, el inolvidable Mons. Aneiros, Arzobispo de Buenos Aires, publicó una sentida Pastoral invitando a todos los fieles a mayor prudencia, resignación y espíritu de sacrificio, y a acudir para ello en Peregrinación General el 29 de Diciembre, primer Domingo de Adviento, al Santuario de Ntra. Sra. de Luján, paladión de la Nación Argentina, con el fin de aplacar el cielo y volverlo propicio a la patria atribulada.

En su apremiante invitación él decía textualmente lo siguiente:

''Por demás aflictiva, como cada uno de vosotros bien lo sabe y lo lamenta, es la situación de nuestra patria, desde un tiempo ya harto considerable, en el orden moral como político, en el orden social y en el económico.

Disensiones, discordias, revoluciones, odios, crisis, sangre; una espantosa confusión de ideas un cúmulo imponderable de crímenes, miserias cada vez más intolerables en las almas y en los cuerpos, tal es el estado horroso a que nos ha llevado la borrascosa política, social y religiosa que ha venido a poner a duras pruebas a los hijos y a los moradores todos de esta Nación, en otros tiempos tan venturosa.

Por otra parte doloroso en extremo para todo corazón verdaderamente católico, es el estado en que se halla la Iglesia santa, nuestra madre, y la misma humana sociedad casi en todas las naciones del mundo como en nuestra propia patria...

Todo lo sensual se apetece con frenesí en este siglo: los honores, las riquezas, los placeres, la mentira, el engaño, la venganza, el yo todo menos Dios. Estamos en pleno paganismo.

Ha llegado el día en que los hombres culpables viendo sus vicios acariciados por los poderosos y esos poderosos mismos entregándose a todo género de excesos se ierguen orgullosos y desafían alti-

vos a la virtud o insultan a los hijos de la luz, y hasta levantan su ingrata voz y vomitan blasfemias contra el Señor de los señores, y niegan su poder, y niegan su dulce Providencia, y niegan su sabiduría eterna, y niegan su admirable legislación y hasta en su delirio niegan la existencia de su mismo Creador...

Por lo que a nosotros toca, nuestro deber primordial hacia la sociedad y nuestra muy amada e infortunada patria, el concurso verdaderamente eficaz y patriótico con que debemos coadyuvar al supremo esfuerzo que tientan los buenos ciudadanos amantes de su patria y ansiosos por el porvenir de la sociedad, es el aplicarnos a propiciarnos sinceramente la misericordia del Señor justamente irritado contra nosotros por el uso criminal que en mil maneras hemos hecho de sus dones.

Hemos pensado que de ningún modo podríamos hacerlo más eficazmente que interponiendo el inmenso valimiento de la Reina y Madre de las Misericordias, María Madre de Dios, en nuestra antigua, tantas veces bien probada y tan genuinamente nacional advocación de Nuestra Sra. de Luján.

No importa, exclama San Efrén, que el mal parezca incurable, precisamente por este motivo, María se encargará de nuestra causa, si se la remitimos...

En virtud de todo lo que acabamos de exponer y en el deseo de interesar a la Inmaculada Virgen María en nuestro auxilio, a fin de que se digne librarnos de tantos males espirituales, sociales y temporales que nos agobian o amenazan, nos proponemos ir en peregrinación al Santuario de Nuestra Sra. de Luján, el primer Domingo Adviento, que cae en este año el 29 del próximo mes de Noviembre, e invitamos a todas las personas devotas de esta Ciudad de Buenos Aires y de nuestra dilatada Arquidiócesis, a acompañarnos en tan piadosa romería...

Quiera María Santísima de Luján devolvernos una mirada de misericordia en los atribulados días porque atravesamos, y en el nombre del Señor os concedemos a todos, hermanos e hijos amadísimos con toda la efusión de nuestro corazón, la Bendición pastoral. — León Federico, Arzobispo de Buenos Aires."

La Peregrinación General tan encarecidamente pedida por el ilustre Metropolitano se realizó en efecto, en el día señalado, con mucha religión y piedad, y puede decirse que obtuvo un feliz resultado.

En las circunstancias anormales porque atravesaba el país, triunfó el buen sentido y el patriotismo de sus hijos, quienes recordando el antiguo axioma de los Romanos: *Salus pópuli suprema lex*, confiaron a una Asamblea de Notables compuesta en su mayor parte de antiguos Presidentes y Ministros, sin distinción de partidos, la importante misión de designar al futuro candidato a la Presidencia de la República. Esta designación recayó en la persona del ilustre ciudadano Don Luis Sáenz Peña, hombre recto y de mucho prestigio, que prefirió dimitir a los 3 años de nombrado, es decir

el 23 de Enero de 1895, antes que cometer una irregularidad en la administración nacional.

A los pocos días se presentó con su familia a visitar el Santuario de la Virgen de Luján para ponerse bajo su amparo y protección.

Pero no por eso quedó todo perdido, pues cabe decir en honor a la verdad que este ilustre ciudadano, con aceptar el Supremo Gobierno de la República paró el golpe mortal que la amenazaba, y con renunciarlo después, legó a la posteridad un ejemplo inolvidable de civismo y de integridad administrativa.

¡SALVA A LA PATRIA MADRE MIA!

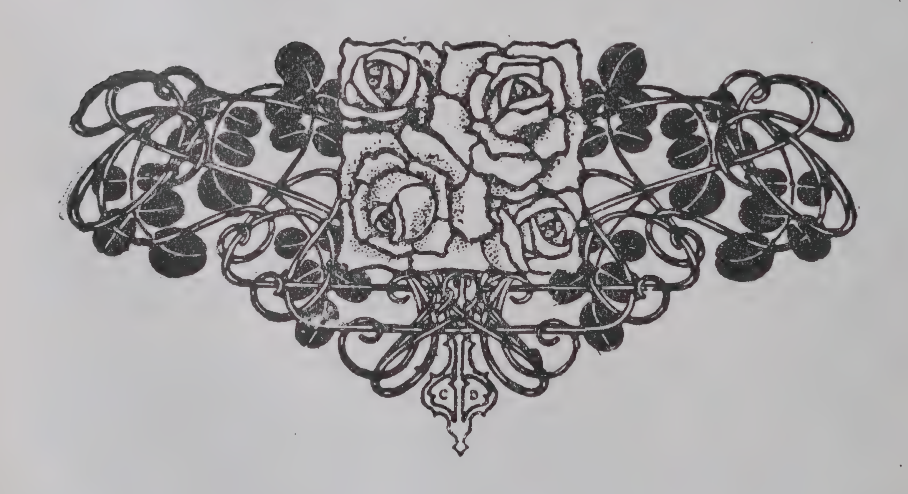
Faro de salvación en el océano!
Salva a la Patria del abismo horrendo
Donde camina; donde va cayendo
La Patria de Alvear y de Belgrano!

La gracia del Eterno está en tu mano;
La Patria se derrumba con estruendo;
Calma, Señora, el huracán tremendo
Que asola a un pueblo de pendón cristiano.

Y tú le salvarás: siempre has tenido
Para el náufrago, tabla bienhechora,
Senda segura al timonel perdido.

Y tú le salvarás: y en esa aurora
La Patria exclamará; que siempre ha sido
La Virgen de Luján su Protectora.

E. I. del Castillo.







Mons. Jacinto Vera
1er Obispo de Montevideo.

Mons. Inocencio Jéregui
[2o Obispo de Montevideo

Mons. Doctor Mariano Soler
1er Arzobispo de Montevideo



Lámpara votiva ofrecida por los orientales a la Virgen de Luján



CAPITULO III

Preludios de la Primera Peregrinación Uruguaya. — Monseñor Soler y la lámpara votiva. -- Partida de Montevideo. — Llegada a Buenos Aires y Luján. — Ceremonias en el Santuario.



A peregrinación Uruguaya tuvo su preludio en 1892, en ocasión de asistir el Ilmo. y Rmo. Mons. Soler, Obispo de Montevideo, al V aniversario de la memorable Coronación de Ntra. Sra. de Luján.

Venía el buen Padre y Pastor de la Iglesia Uruguaya a impetrar de la Milagrosa Virgen del Plata la cesación de las luchas fratricidas que incesantemente renacían entre sus diocesanos.

Al día siguiente de las fiestas, esto es el 16 de Mayo, el Ilmo. Señor Obispo, subió al púlpito del Santuario y después de haber recordado las glorias de la celestial Protectora de las tres Repúblicas hermanas, Argentina, Paraguay y Uruguay, pasó a comunicar a sus innumerables oyentes, que estaban todos suspensos de sus labios, los votos que su corazón episcopal había formulado ante la sagrada Imagen de Ntra. Sra. de Luján, y entre los cuales mencionó el de que cada una de las tres Repúblicas hermanas colocara en el Santuario una monumental "lámpara votiva" que ardiera perennemente ante la venerable y secular Imagen de Luján, y cuya lumbre inextinguible simbolizara la constante oración de los tres pueblos hermanos, que a una voz no cesan de impetrar del cielo la cesación de los pasados males que los agobian y la unión y concordia perdurable de las tres naciones hijas de una misma Madre.

Y como, en el entusiasta Prelado Uruguayo, la voluntad una vez manifestada no tardaba en traducirse en hechos tangibles, ofreció en el acto mismo iniciar la obra de la lámpara votiva del pueblo Oriental con sus propias joyas episcopales.

De regreso a su amada Diócesis, Mons. Soler prestó una atención preferente a la realización de su hermoso designio. Al efecto comunicó oficialmente a sus amados diocesanos el voto que en nombre de su pueblo había hecho de colocar en el devoto Santuario de Ntra. Sra. de Luján una lámpara monumental que fuera símbolo eficaz con su luz perenne, de la constancia de los Uruguayos en el amor

y en el agradecimiento, así como de su perseverancia en su fervor y culto.

Al propio tiempo nombraba una Comisión Diocesana encargada de recoger la suscripción necesaria y los donativos adecuados a la realización del gran proyecto y compuesta de las personas que habían acompañado al digno Prelado en peregrinación al Santuario de Luján, en las festividades de la Santísima Virgen.

En un principio, el Ilmo. Señor Obispo de Montevideo que se hallaba en vísperas de emprender un nuevo viaje a Roma, había pensado aprovechar esta oportunidad para encargar en la Ciudad Eterna la construcción de la lámpara monumental; pero reflexionó que, no faltando en Montevideo orfebres capaces de traducir en una obra de arte el grandioso pensamiento que había concebido, sería más justo e interesante mandar fabricar en el seno de la patria aquella lámpara que debía simbolizar el alma misma de la patria Uruguaya.

Ya en vías de terminarse la monumental lámpara, el Señor Obispo formó el proyecto de traerla a este Santuario en el VI aniversario de la Coronación.

Con tal motivo, el 21 de Marzo de 1894, publicó una pastoral, admirable como todo lo que salía de su pluma privilegiada, pero superior tal vez en delicadeza y ternura a cuanto ha escrito, sin duda porque contaba en esas páginas su amor a María, esa Madre celestial a quien siempre amara, y porque, como para San Bernardo, el solo nombre de María era para él fuente de dulzura, de melodías y de cantos inefables.

Pero, por no haberse podido concluir la lámpara votiva en la fecha convenida como lo indicó oportunamente el artífice, acordó el Señor Obispo diferir la proyectada peregrinación a una fecha posterior.

La fecha definitiva de la peregrinación fué fijada el 6 de Septiembre de 1895. Ese día el Sr. Obispo celebró en la Catedral a las 8 de la mañana una misa, a la que asistieron los peregrinos, quienes se aprestaron para embarcarse a las 4.30 p. m. en el Tritón y el Helios fletados expresamente, pues los peregrinos no bajaban de 750 a 800.

Los dos vapores, convertidos en capillas, navegaban a la par enviándose el eco del "Ave, Maris stella", del "Ave María" de Luzzi, del "Magnificat" y varios otros cantos, que entonaban los peregrinos.

A las 5.50 de la mañana del día 7, fondearon los dos vapores en la Dársena Sur de Buenos Aires, y desembarcaron los pasajeros a las 7, después de recibida la visita sanitaria, y oído el discurso de bienvenida que les dirigiera el Dr. Casabal, Presidente de la Asociación Católica de Buenos Aires.

El Canónigo Honorario Don Luis de la Torre Zúñiga, se multiplicaba poniendo su casa y su Iglesia de la Concepción a disposición de sus compatriotas.

El Sr. Obispo Soler celebró allí una Misa con Cánticos. Luego la banda del batallón de Infantería de Marina, la del Colegio del Carmen y la de Policía tocaron a un tiempo los himnos Oriental y Argentino.

A las 9 se ponían todos en marcha hacia el Once, en donde encontraron una delegación de la Comisión de La Plata, así como una gran muchedumbre de personas que venían a unírseles en piadosa peregrinación a Luján, adonde llegaron a las 12.30 minutos, desgraciadamente con fuerte lluvia.

El pueblo de Luján los esperaba con sus casas profusamente embanderadas y arcos de triunfo en medio de las calles y gallardetes por todos lados.

Hechas en la estación las primeras presentaciones y pronunciados los discursos de bienvenida, encamináronse todos en coche, en tranvía o a pie, como podían. a la iglesia, en cuya puerta se veía un gran arco, con los escudos oriental y argentino unidos por un lazo que decía: "Argentinos y Orientales, hermanos para siempre". Este lema fué acogido con verdaderos aplausos por ambas clases de peregrinos. Otro arco monumental se levantaba a la entrada de la calle principal, y por un lado se leía esta inscripción: "El pueblo de Luján saluda a los peregrinos orientales", y por el otro: "Virgen de Luján, proteged al pueblo oriental".

El interior del templo estaba profusamente adornado con cenefas blancas y azules, colores de las dos Repúblicas hermanas y al mismo tiempo de la Inmaculada Virgen de Luján.

A las 4 de la tarde del Sábado, se llenó el Santuario para asistir a la bendición de la preciosa lámpara votiva, que ofreció Monseñor Soler con toda solemnidad.

Al recibirla el P. Salvaire como Cura y Capellán del Santuario, subió al púlpito y dirigió la palabra a los peregrinos saludándolos y agradeciéndoles con sentidas y muy apropiadas palabras.

El día Domingo amaneció espléndido: el rutilante sol hizo olvidar a los peregrinos las nubes y lluvias del Sábado.

El Santuario estaba constantemente lleno de peregrinos; el ascenso al Camarín era continuo.

El Ilmo. Mons. Espinosa dijo Misa a las 8, y dió la Sagrada Comunión a más de 1500 personas; pronunciando durante ese tiempo dos alocuciones llenas de unción, el piadoso Capellán de la Penitenciaría de Montevideo el Dr. Lorenzo Pons y Pons.

A las 11 Pontificó solemnemente la Misa Mons. Soler, estando frente a él Mons. Espinosa, y a la derecha de éste, el Sr. Williams, Secretario del Gobernador de la Provincia de Buenos Aires, quedando a su izquierda el Mayor del Ejército Uruguayo, Sr. Barriola, Edecán y representante del Uruguay.

Acompañaban a Mons. Soler en las augustas ceremonias, los sacerdotes Orientales Iriarte, Clavel, Oyasbehere, Semería y el Sr. Capobianco, párroco de la Florida, en la República Oriental, cuya Patrona es la Virgen de Luján, y donde oraron los célebres Treinta y Tres que libertaron su patria de los brasileros invasores.

El panegírico, a cargo de Mons. Luquese, Secretario del Obispado Montevideano, fué una verdadera joya oratoria de circunstancia, en la que recordó el amor y cariño de ambos pueblos a María de Luján, y las causas que originaron la peregrinación: la paz entre hermanos y la entrega de la lámpara votiva, que quedará como súplica ardiente que solicite incesantemente de María el favor pedido.

A las 2, se dió principio al *Te Déum*, haciendo la guardia de honor el batallón de milicias, que formado enfrente de la Iglesia, presentó las armas a la Patrona de las tres Repúblicas del Plata.

Al salir de la Iglesia, el Prelado Oriental, profundamente conmovido dirigió a los soldados una patriótica alocución.

Dijo que comprendía el entusiasmo del ejército por la Virgen de Luján, a la que veneraron Belgrano y San Martín, y ante la cual fueron bendecidos los soldados y las banderas que dieron libertad e independencia a la América del Sur; así como se explicaban las simpatías entre naciones que conmemoraban jornadas tan gloriosas como la de Ituzaingó, en la que Argentinos y Uruguayos unidos derramaron su sangre para la libertad de un pueblo. Indicó por fin que la Religión y el Patriotismo hacen heroicos a los pueblos.

De noche en los salones del Seminario, y por los alumnos, hubo una hermosa velada lírico-musical que tuvo un éxito tanto más celebrado cuanto que se estrenaba un drama titulado "Los Treinta y Tres Héroes Orientales", compuesto por el P. Brignardello. Casi todo el periodismo de Buenos Aires y Montevideo se ocupó con elogios de esa velada.

El día 9 amaneció, como el anterior, esplendoroso. Desde temprano, llenóse el Santuario de piadosos peregrinos que deseaban renovar la santa Comunión y hacer una última visita al Camarín de la Virgen.

A las 8 Mons. Soler celebró la misa de acción de gracias, durante la cual, el Cura de Durazno, Don Pedro Oyazbehere, pronunció un último adiós a la Virgen de Luján.

A las 11 y 30 salían del Santuario los numerosos peregrinos orientales para regresar llenos de sentimientos de amor y cariño a sus queridos hogares, no sin haber oído los frenéticos vítores con que el pueblo de Luján los despedía mientras se alejaban los wagones embanderados que los conducían a Buenos Aires.

Posteriormente se notó que antes de separarse de Luján, uno de los miembros del clero Oriental, por orden del Ilmo. Señor Obispo de Montevideo dejó escrita en el "Libro de la Virgen" la siguiente deprecación que fué firmada por el distinguido Prelado, el clero y demás peregrinos.

"¡Reina del Plata! Los peregrinos orientales, al cumplir, en su primera romería nacional, el voto ferviente de la patria, formulada por S. Ilmo. y Rmo. Señor Obispo Diocesano Dr. D. Mariano Soler, póstranse llenos de fe y patriotismo ante tu veneranda Imagen, te recomiendan los destinos de la religión y de su patria y juran erigir el trono de tu gloria en el corazón de la herencia de Artigas,

de los Treinta y Tres y de los Convencionales de la Florida. — Luján, Septiembre 8 de 1895."

Asimismo, como recuerdo imperecedero de tan fausto acontecimiento, la peregrinación oriental depositó una gran placa de mármol, con el Escudo episcopal de Mons. Soler.

Toda la prensa, la liberal como la católica, simpatizó desde un principio con el proyecto y la ejecución de la peregrinación, y podemos asegurar que durante varios días éste fué el tema obligado y preferido del periodismo bonaerense.

Tanto que "La Nación" escribía en aquellos días: "Es imposible dejar de reconocer que en la Provincia de Buenos Aires y en la Capital, se ha revelado en esta ocasión mucho más catolicismo latente del que se sospechaba. Dejamos constancia del hecho, porque es innegable, y juzgándolo con un espíritu libre y despreocupado, diremos desde luego que nos ha causado más bien satisfacción."

"La Prensa" por otra parte dijo:

"El acontecimiento del día es, sin duda, la gran peregrinación de los católicos de Montevideo al Santuario Nacional de Luján, realizada en medio de los inconvenientes de un tiempo crudo, que ha hecho su viaje bastante penoso.

Respetamos profundamente las ideas y sentimientos que mueven a las sociedades hacia los Santuarios donde se veneran, en Imágenes consagradas por la tradición y la fe, las personificaciones de la divinidad, la religión de sus antepasados; y reconocemos con íntima satisfacción que la Iglesia de Luján, que a su tiempo ostentará los primores de la arquitectura, sirve de nuevo vínculo entre los pueblos de ambas orillas de nuestro río.

"Así, con razón los oradores y escritores sagrados de ambas orillas consideran que sea la Virgen de Luján protectora de las dos naciones hermanas, y nos digan que ella guió las huestes vencedoras durante la guerra de la Independencia americana."

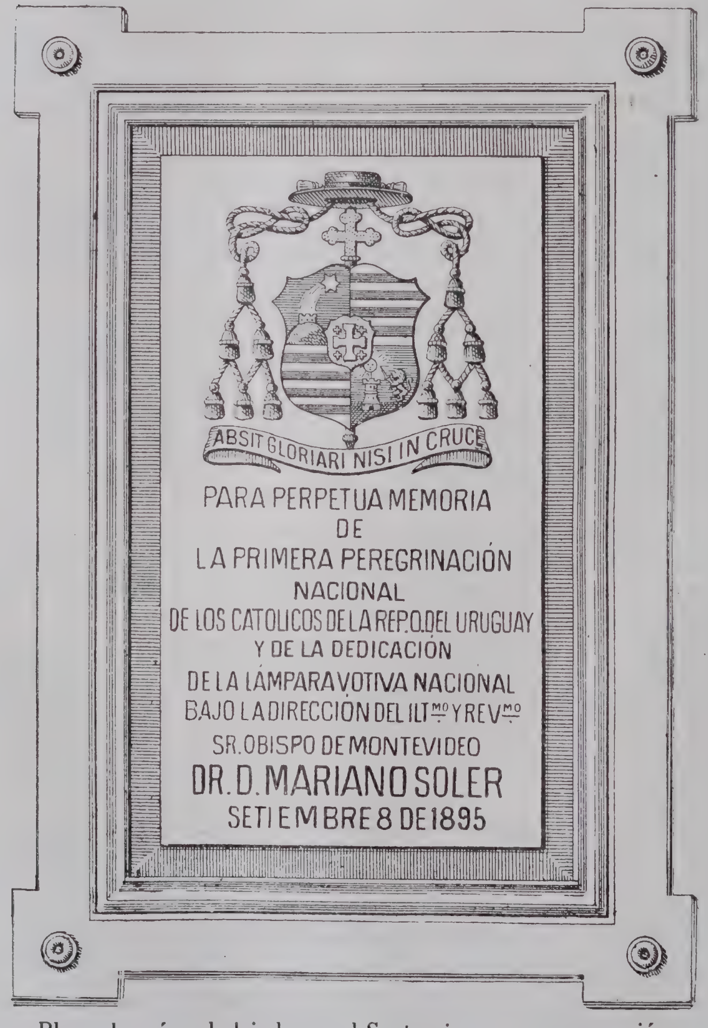
Y como para completar la obra empezada, al año siguiente, venía a Luján, en la misma forma que la primera, una segunda peregrinación de Orientales trayendo la Bandera patria para entrelazarla con la Argentina.

Como la primera vez, dejaron constancia de este hecho memorable en una placa de mármol que dice:

"Los Católicos Uruguayos en su segunda Peregrinación Nacional, presidida por el Ilmo. y Rmo. Señor Obispo de Anemuro y Auxiliar de la Diócesis de Montevideo Mons. Dr. D. Ricardo Isasa, depositan a los pies de María de Luján la Bandera de la Patria, y dejan esta placa para perpetua memoria. — Mayo 3 de 1896."

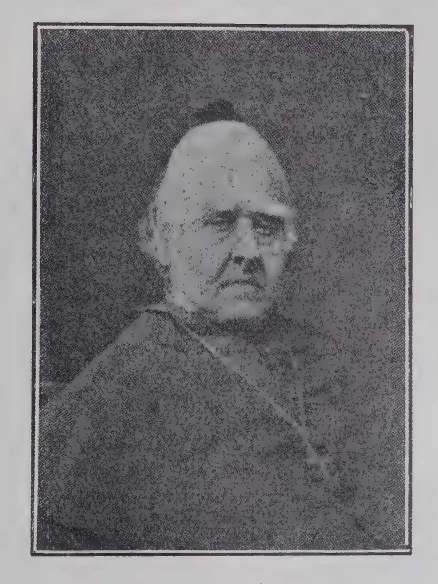
¿Sería arriesgado creer que estas demostraciones de dos pueblos hermanos tuvieran una feliz repercusión en el terrible conflicto que iba a surgir entre Chile y la Argentina?

En Septiembre de 1895 el Ilmo. Diocesano de Montevideo depositaba a los pies de María de Luján la Lámpara Votiva Uruguaya que había de iluminar la mente de los pueblos de Sud América y caldear los corazones; y en Diciembre de ese mismo año el Ilmo. Diocesano de Chile venía a poner a los pies de aquella misma Virgen de Luján, el ramo de olivo que había de sellar la paz entre Chile y la Argentina; y sus acompañantes Mons. D. Angel Ramón Jara, entrelazaba allí mismo el fraternal abrazo de las dos banderas Chilena y Argentina.



Placa de mármol dejada en el Santuario en conmemoración de la 1.ª Peregrinación Oriental.



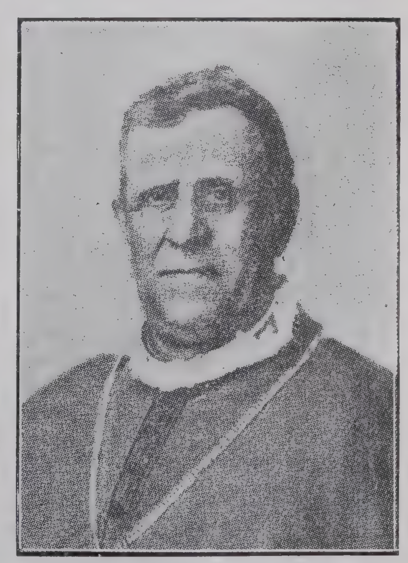


Mons. MARIANO JOSÉ ESCALADA
1er. Arzobispo de Buenos Aires





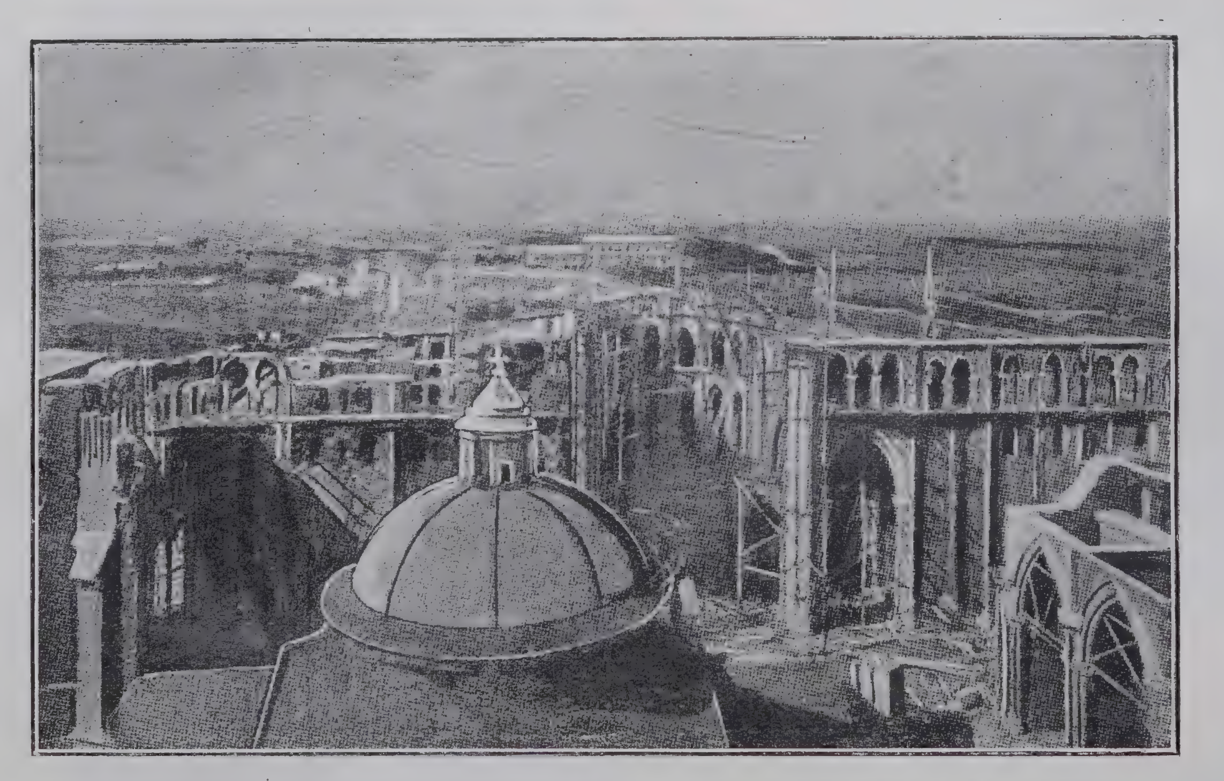
Mons. León Federico Aneiros
2º Arzobispo de Buenos Aires



Mons. Dr. Uladislao Castellanos
3er. Arzobispo de Buenos Aires

Los tres Prelados fueron fervientes devotos de Nuestra Señora de Luján, visitando amenudo su Santuario.





Obras de la Basílica con el Camarín antiguo en el centro de la misma,



CAPITULO IV

Profundo duelo en Luján por el sensible fallecimiento del Ilmo. Arzobispo Mons. Aneiros. — Solemnes funerales. — Primera visita de su sucesor el Ilmo. Dr. Uladislao Castellano al Santuario.



principios de Septiembre de 1894 la "Perla del Plata" registra el siguiente artículo necrológico:

"La tristísima y sensible noticia de la repentina muerte del virtuoso, ilustre y querido Prelado, el Excmo. e Ilmo. Señor Arzobispo de Buenos Aires, Dr. Don Federico Aneiros, acaba de enlutar a la Iglesia como a la Nación Argentina.

Si la República entera llora con justa causa, la irreparable pérdida de tan benemérito hijo y celoso Pastor; no hay duda, que una gran participación de este inmenso dolor, le toca al simpático Santuario de Nuestra Sra. de Luján, en cuyo favor mostró siempre verdadera admiración y no menor fidelidad. El Santuario de Ntra. Sra. de Luján, era para el digno Prelado el centro de las más finas atenciones de su esclarecido espíritu. Cuantos fieles han tenido la dicha de conocer y tratar al bondadoso extinto, no han podido menos de avalorar las bellas prendas de santidad e ilustración con que veíase adornada su alma noble y sencilla. El vacío inmenso que deja en el ilustrado clero argentino, como en nuestra querida Patria, es altamente reconocido y significado por toda la prensa de la República, tanto extranjera como nacional, de cualquier color político que sea su bandera, como igualmente con toda justicia lo proclama unánime la distinguida sociedad de nuestra gran Nación...

La República llora en la persona del finado señor Arzobispo a uno de sus más tiernos hijos queridos; pero, el Santuario Nacional ha perdido a su protector y padre, que con su animada voz engendró en cierto modo la nueva obra de la colosal Basílica, que hoy se construye merced a la aprobación del proyecto presentado a S. Señoría Ilma. por el R. P. Jorge M. Salvaire, Capellán del Santuario. Con el poderoso influjo y ascendiente del venerable Arzobispo, los muros de sillares de la nueva Basílica ya se elevan a más de quince metros sobre el pavimento...

El distinguido Pastor lamentando la decadencia del ilustre Santuario Nacional y culto de la milagrosa Efigie de Luján, quiso confiar la asistencia y veneración de la secular Imagen a la custodia y esmero de los Hijos de San Vicente. Conocía perfectamente que a una Comunidad siempre le sería más fácil atender con esmerada solicitud las imperiosas necesidades que un Santuario reclama. En el actual Capellán del Santuario, tuvo el extinto una confianza y amistad íntima, que no se desmintió un momento, desde que el activo y celoso Capellán acometió la grandiosa empresa de levantar la magna Basílica, cuyo monumento será ciertamente el primero en su género de todo el nuevo mundo. Solícito animaba con sus prudentes consejos y fervorosas pastorales a llevar a cabo tan inmortal obra, no tanto al benemérito Capellán, como a todos los argentinos para que fijasen sus miradas en el Santuario de la Inmaculada Madre del Verbo Divino, cual resplandeciente faro en medio de nuestra pampa, para guiarnos a todos al puerto de la salvación social en este mundo, y de la salvación eterna en el otro...

En el modesto dormitorio del Prelado se veía a la cabecera de su lecho un cuadro de Nuestra Señora de Luján a la que momentos antes de espirar, había encendido una vela para rezar la novena, en cuyo cuadro fijó su postrer mirada en la tierra para ir a contemplarla eternamente en el cielo, el día 3 de septiembre de 1894.

¡Oh, feliz héroe! Tu muerte ha sido la recompensa de tu tranquila y morigerada vida y de tus raras virtudes. La sin par Reina del cielo corone tus afanes y colme de bendiciones cuantos sacrificios generosos hiciste en su favor. Ciña tus sienes con la inmarcesible corona de la gloria eterna y te devuelva el ciento por uno de cuantos trabajos emprendiste para dilatar la devoción y culto de la bendita Madre de Dios.

Tu memoria permanecerá eterna en el pueblo argentino, como eterno será el honor que tuviste de haber coronado a la Virgen Inmaculada de Luján y puesto la primera piedra fundamental de su admirable Basílica''.

Por disposición del Cura y Capellán de la Villa, se celebraron solemnes funerales el miércoles 18 de Septiembre en el Santuario, para el eterno descanso del ilustre Prelado difunto. Estaban presentes todas las autoridades del pueblo y la mayoría de los feligreses.

Terminada la misa de ''Requiem'' y antes del responso final, ocupó la cátedra sagrada el R. P. Salvaire, capellán del Santuario. Tomó por texto estas palabras tan apropiadas de la sagrada Escritura: ''El judicium Matris acquirens firmavit in filios'', y celoso del culto de la Madre, se empeñó en arraigarlo en el corazón de los hijos''.

Es difícil delinear su improvisada oración fúnebre, porque jamás la letra muerta le daría la fuerza y la vida unidas al senti-

miento sincero con que fué pronunciada por el orador sagrado, confidencial amigo del Ilustrísimo Señor Arzobispo: era un hijo que lloraba en alta voz la muerte de un padre.

No pocas lágrimas rodaron por las mejillas de los asistentes ante el lenguaje inspirado del P. Salvaire que demostró a los hijos de Luján cuanto los quería y apreciaba el ilustre difunto.

Duerma en paz, el sueño de los justos, el elegido de Dios, el varón fuerte, el augusto Prelado del pueblo argentino.

"En medio de la profunda tristeza que amarga nuestro corazón, ocasionada por la cruel perdida de nuestro amadísimo e inolvidable Arzobispo, recibe nuestro espíritu un lenitivo y como una sonrisa del Cielo con la tan acertada elección del Vicario Capitular de la Arquidiócesis, recaída en la persona del dignísimo Obispo de Arsinoé, doctor don Juan Agustín Boneo, quien formado a la escuela del virtuoso Arzobispo finado, será en el Gobierno de la Arquidiócesis la misma continuación de Monseñor Aneiros.

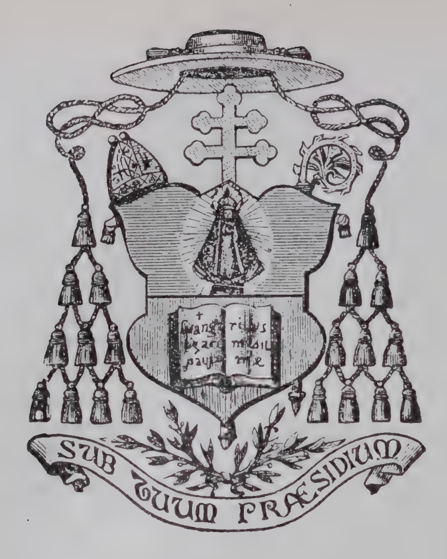
El domingo 30 de Septiembre el Ilmo. Vicario Capitular venía en Peregrinación a este Santuario para implorar los auxilios de María sobre los actos de su Gobierno; le acompañaban unos 3.000 caballeros de varias sociedades y de los Círculos de Obreros, capitaneados por el intrépido P. Federico Grotte.

Con fecha 6 de Marzo de 1895 el Presidente de la República, señor Uriburu, presenta al Santo Padre al Ilmo. Obispo titular de Ankhialo, Provisor y Vicario General de la Diócesis de Córdoba, Doctor Don Uladislao Castellano para Arzobispo de Buenos Aires.

En 1º de Diciembre el Ilmo. Señor Castellano instituído ya Arzobispo, preside la peregrinación anual de la Arquidiócesis acompañado del Obispo de Montevideo y de todos los de la República reunidos para el acto de la imposición del Palio al nuevo Metropolitano, que deberá hacer el Ilmo. Arzobispo en Chile, Monseñor Casanova, invitado por el agraciado para el efecto.

En esta primera peregrinación oficialmente hecha por el Ilmo. Monseñor Castellano, el digno Prelado implora el auxilio de María de Luján para su gobierno, y se digna comunicar al señor capellán del Santuario que, puesto no le era posible pontificar en la Metropolitana, el día de San Martín de Tours, con suma complacencia aceptaba la invitación que había recibido de pontificar, en el Santuario de Luján en el día de la Purísima Concepción "celebrando así su primer pontifical como Arzobispo de Buenos Aires en este Santuario internacional".





ESCUDO DE MONS. ULADISLAO CASTELLANOS, 3ER. ARZOBISPO DE BUENOS AIRES

LA FIESTA DE MARIA EN LUJAN

Solemne es la fiesta. La hermosa Basílica
Contiene en sus naves inmenso gentío.
La Virgen escucha los férvidos votos
Del pueblo Argentino.

Filial regocijo lo apiña a sus plantas
Y lo hace, a sus ojos, tan grato, tan digno...
La Reina desciende del trono... La Madre
Regala a sus hijos...

¡Oh día de gracia! Los cielos sonríen,
Derraman mercedes, revocan castigos;
Así corresponde María al afecto
Del pueblo Argentino.

S. Fernández.





Mons. Mariano Casanova

Arzobispo de Chile, que impuso el Palio al Arzobispo Castellanos en la Catedral de Buenos Aires.



Mons. Ramón Angel Jara

Obispo de Ancud y después de la Serena, eximio orador de la Paz, en Luján.

Los dos eminentes Prelados, Apóstoles de la Paz que presidieron la grandiosa peregrinación Chilena a Luján para la entrega de su Bandera Nacional a la Taumaturga del Plata.



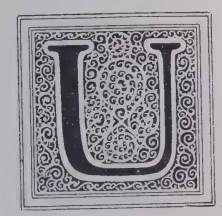


Célebre peregrinación por la paz con Chile. — 1895
En ella se ofrendó la Bandera Chilena a la Virgen de Luján.



CAPITULO V

Amenaza de guerra entre Chile y la Argentina. — Un poco de historia y otro poco de religión. — Discurso del Canónigo Monseñor Jara. — Beso de reconciliación ante el trono de María de Luján.



N día las faldas de la Cordillera que separa Chile de la Argentina, caldeadas por el ardoroso fuego de la codicia humana, se cubrieron de una espesa bruma, que borrando los límites de ambas naciones hermanas, amenazaba estallar en relámpagos y truenos de muerte y exterminio.

De ambas partes el pueblo creyéndose ofendido en sus derechos, se aprestaba a dirimir la cuestión con las armas a principios de 1895.

Felizmente que las autoridades tanto civiles como religiosas de ambas naciones, mirando con ojo más sereno aquellos áridos pedregales, dijeron en sus adentros que ellos no valían la pena de ensangrentar dos pueblos hermanos, de sembrar la desolación y la muerte en los campos feraces que les diera la Providencia, de aumentar el número de viudas y huérfanos y retrotraer de varios lustros el grado de civilización y progreso que habían alcanzado.

Pero ¿qué hacer?... el pueblo con razón o sin ella está excitado y no es fácil cambiar de un momento a otro su mentalidad, cuando se trata de honor y patriotismo.... ¿qué hacer?...

La cuestión de honor se resuelve con trazar de común acuerdo la verdadera línea divisoria entre ambas naciones, y la de patriotismo se tranquiliza con un poco de historia que ilumine la mente, y un poco de religión que toque el corazón.

El haber conjurado la guerra en una forma tan sencilla y decorosa, será siempre un timbre de gloria para las autoridades civiles y religiosas que en ello intervinieron, tanto de un lado como del otro.

Un poco de historia que ilumine la mente. La damos tal como la publicó la "Perla del Plata" de aquellos tiempos; aunque algo más reforzada con nuevas consideraciones:

"Los pueblos de la América latina, por su origen común y por su tradición histórica, son esencialmente católicos, y ya hemos

visto, no ha mucho tiempo, reunidos ante la venerada Imagen de la Virgen de Luján, a dos Repúblicas del Plata.

Hoy, acaso por secreta disposición de la Madre de Dios, miembros distinguidos de la República Chilena con su digno Prelado al frente se aprestan a venir aquí para arrodillarse ante la Imagen sagrada, en busca de fraternal consorcio.

Las Repúblicas de América y la Europa misma tan vinculada por intereses comerciales a Chile y la Argentina, contemplarán con fruición esta visita considerada como un arco-iris, la señal bíblica de paz, en este cielo oscurecido por densas nubes de desconfianza e iluminado a intervalos por los destellos fatídicos del acero bruñido de fusiles y cañones.

¿La mole inmensa de los Andes constituye por ventura una barrera que separa a los pueblos que baña el Pacífico, de los que baña el Atlántico?

Cuando la ciencia penetra al través de los Alpes con la construcción del túnel de San Gotardo, uniendo a pueblos separados por enormes montañas; cuando ella misma en Suez desliga el Africa del resto del antiguo continente para aproximar las naciones entre sí; cuando la palabra escrita y aún hablada es trasmitida a largas distancias por la telegrafía, no son ya las montañas barreras que separan a los pueblos hermanos.

En el génesis de la libertad de América, la Argentina y Chile han sido los dos países de acción más complementaria.

Los argentinos, redimidos por su propio esfuerzo, no se consideraban seguros, en tanto que veían al enemigo posesionado al otro lado de los Andes; mientras que los hijos de Chile después de su infructuosa tentativa para libertarse, se encontraban diseminados por las Provincias Andinas.

El genio militar de San Martín comprendió que su patria no sería libre mientras el poder real la amenazara a través de los Andes, y de aquí la feliz inspiración de libertad a Chile para libertar a América.

A la sombra de la bandera azul y blanca y combatieron argentinos y chilenos en Chacabuco, y Chile fué libre. Llega poco después la lóbrega noche de la Cancha Rayada, y es en tierra chilena, donde sobre la base de la división salvada por el bravo General Las Heras, se reconstruye el ejército libertador, para afianzar un mes después, con una nueva victoria en los llanos de Maipú, la independencia americana.

Pero la anarquía se apodera de las provincias argentinas, y sus hombres dirigentes, en el afán de conservar la unidad aunque fuese con vínculos de hierro, ordenan al general San Martín que abandonando la causa de América, regrese a sofocar los disturbios de la patria.

Desde entonces aquel general de esclarecido genio queda abandonado a sí mismo, y resuelto a libertad a América, aún con el sacrificio de su propia fama, desobedece al Gobierno que le

manda, y asesorando su conducta con el acta de Rancagua, avanza en su plan libertador en procura de Lima.

Pero ya no es la bandera azul y blanca la que garantiza y afianza sus actos de guerrero, es la tricolor de Chile a cuya sombra combaten nuevamente argentinos y chilenos.

No hay pues, dos pueblos en América, a quienes en la hora de la independencia ligaran lazos más fraternales; por la libertad combatieron los chilenos bajo la bandera argentina, y por ella combatieron los argentinos bajo la insignia chilena.

En la guerra de la Independencia han sido comunes sus glorias y sus desastres: Chacabuco, Maipú, Cancha Rayada, Lima; hermanos, los héroes de una y otra república: San Martín, O'Higgins, Las Heras, Freire, Lavalle.

Los chilenos han hecho suyas las glorias americanas, nacidas en tierra argentina; a San Martín le tributan honores; nos disputan las cenizas de Las Heras: reconocimiento y disputa elocuentes.

Hombres beneméritos en la historia argentina tomaron por esposas a hijas de Chile, o dieron sus hijos a aquella patria, constituyendo así familias hermanas, de las cuales quedan dignos sucesores en ambos países. Las Heras, Guido, Olazábal, Levalle y tantos otros, de quienes encontramos descendientes en ambas naciones.

Y sin remontar tan lejos ¿quién no recuerda la fraternal invasión de argentinos a Chile en tiempo de Rosas, y recíprocamente de chilenos a la Argentina en tiempos de Balmaseda?

¿Y es posible con estos antecedentes históricos y sociales la guerra chileno-argentina?

¡Nó! Exageraciones localistas pueden excitar los ánimos de los pueblos, pero ellas no alcanzan a las mentes pensadoras de los hombres que gobiernan las naciones.

Los derechos discutidos serán deslindados sin menoscabo de la dignidad de ambas repúblicas hermanas.

A los pies de la Virgen de Luján, se reunirán los católicos de los pueblos del Plata y de Chile, representados por sus dignos Prelados, apóstoles de caridad cristiana, a implorar de tan Excelsa Señora la felicidad y la paz de su respectiva grey.

¿Desoirá tan bondadosa Madre la ferviente súplica de sus hijos?

¿No es ante Ella donde vinieron a postrarse los ejércitos argentinos para recibir su bendición antes de emprender su acción libertadora aquende y allende los Andes?

¿No son estos los dos pueblos que pelearon juntos, tan luego bajo una bandera y tan luego bajo otra, para reportar una victoria común contra un común enemigo?

¿No son estas las dos naciones que después aplanaron las nevadas cumbres y frías barreras que las separaban una de otra, para avanzar respectivmente su férreo brazo carrilero y darse un fuerte apretón de mano?

No es en vano que el escudo argentino ostenta en su centro dos manos entrelazadas: ellas no unen solamente las provincias confederadas, sino también todas las naciones vecinas y amigas.

Pero también recíprocamente el color rojo que excepcionalmente se vé en la bandera chilena, fuera del azul y blanco que son comunes a las respectivas enseñas, no indica sangre vertida entre hermanos, sino fuego del amor que los une; así como el azul significa el hermoso cielo occidental que los cobija a las dos, y el blanco indica la fuerza de su proceder, la paz y justicia que las distingue.

¡Oh! bajo el manto grandioso de la Santísima Virgen de Luján o de Andacollo, que siempre es la misma con distinta advocación, como Chile y la Argentina son siempre un mismo pueblo con diversa denominación, cabe por cierto, junto a los Soles Argentino, Oriental y Paraguayo, la Estrella de Chile!

Después de este poco de historia, pasemos a otro poco de religión, y veamos la forma en que intervino esta bendita hija del cielo.

Damos por sabido que el Ilmo. y Rmo. Monseñor Uladislao Castellano, llamado a suceder al difunto Monseñor Aneiros en la Sede Arzobispal de Buenos Aires, plenamente de acuerdo con las ideas más arriba expresadas, tuvo la deferente atención de invitar al Ilmo. y Rmo. Mons. Mariano Casanova, Arzobispo de Santiago de Chile, para imponerle el sagrado Palio, insignia de su nueva dignidad; y que éste sumamente agradecido, aceptó la invitación y efectuó la solemne ceremonia en la Iglesia Metropolitana de Buenos Aires en presencia de todas las autoridades religiosas, civiles y militares.

Sabemos también que el nuevo Arzobispo ha determinado poner los actos de su Arzobispado bajo la protección de Nuestra Señora de Luján, organizando al efecto una gran peregrinación al histórico Santuario, para el primer domingo del próximo mes de Diciembre de 1895, concurriendo a ella además del señor Arzobispo de Buenos Aires, con sus dos auxiliares los Obispos Boneo y Espinosa, el Ilmo. Señor Arzobispo de Chile y su comitiva, y los Señores Obispos Toro, de la Lastra, Padilla, Achával, de la Reta, Cagliero, Costamagna y los dos Obispos de Montevideo, Monseñores Soler e Isasa.

El señor pro - vicario, que lo era entonces el canónigo doctor Terrero, por encargo del nuevo Arzobispo ha nombrado una comisión de caballeros y sacerdotes encargada de organizar debidamente esta gran peregrinación nacional.

En atención a la brevedad, nos permitimos pasar por encima de toda actuación de comisiones, discursos de recepción, embanderamientos de calles y plazas, adornos del Santuario, y demás cosas por el estilo, que sólo serían una fastidiosa repetición de lo dicho y hecho en la precedente peregrinación nacional uruguaya, con más, lo que la importancia de esta imponía.

Sólo diremos que en vista de la innumerable concurrencia, se resolvió celebrar la ceremonia en el ámbito de la nueva Basílica en construcción, teniendo por bóveda el firmamento azul del cielo y por púlpito una de las grandes columnas del crucero, de pocos metros aún de elevación y rodeada de su correspondiente barandilla, desde donde el reputadísimo orador chileno, canónigo Ramón Jara debía hablar sobre el tema candente de la paz entre las dos naciones vecinas.

Difícil sería pintar el entusiasmo con que la concurrencia numerosísima apiñada en todas partes, saludó la llegada del doctor Jara al aparecer en el púlpito.

Acallados los aplausos, se presenció por de pronto un espectáculo inesperado que impresionó hondamente a la concurrencia. Una comisión de caballeros chilenos, compuesta de los señores Matías Errázuris, Alberto Ossa, Julio Guerrero y Enrique García de la Huerta, se presentó mientras se tocaba el himno chileno, escoltando una hermosa bandera chilena, toda de seda, con la estrella bordada en plata. El abanderado era el niño Luis del Solar Dorrego, con parientes en ambas naciones, y que por sus cortos años significaba el candor y la sinceridad de su ofrecimiento. A iniciativa del doctor Jara dicha bandera chilena había de ser ofrecida a la Virgen de Luján como garante y custodia de la fraternidad de ambos pueblos.

Estruendosos aplausos saludaron a la bandera chilena.

Luego empezó a hablar el orador:

"Mostra te esse Matrem". Muestra que eres nuestra Madre. ¡Oh, Virgen pura de Luján! Hermanos:

Por la vez primera de mi vida siento hoy sacudida el alma por una extraña y violenta tentación de las grandezas humanas. No acierto a comprender si es miseria que me humilla o es pasión que me ennoblece esta rebelión de mi pequeñez y de mi nada, al presentarme en este sitio que por circunstancias providenciales se ha trocado en este instante de venerale Santuario en un Parlamento de eterna recordación en la historia, porque a los pies de este trono de María van tal vez a sellar su alianza las misericordias del cielo con los destinos del continente americano.

En hora tan solemne, señores, se acumulan sobre mi espíritu los ardimientos de la fe cristiana y cuantos amores nobilísimos puso Dios en el corazón humano. Lejos de mi patria, paréceme que se encuentran mis ojos con los suyos en cada rayo de luz que me envía el cielo. Extranjero en esta tierra y sin embargo de tal modo me encadenan hacia ella la gratitud y el cariño, que daría gustoso mi vida para la salvación de sus hijos. En presencia del venerado Metropolitano de esta Iglesia Bonaerense, que a semejanza de aquellos hidalgos caballeros que no partían al combate sin que primero noble dama les ciñera al cinto la pujante espada, así baja hoy del trono en que ayer ha sido colocado para llegar a los pies de la Madre de Dios y rogarle que bendiga su mitra y su cayado, repitiendo ante esta imagen sagrada de Luján la

plegaria de su escudo, "Sub tuum proesidium": Que Ella dirija y proteja su gobierno pastoral.

Empuñando el bordón de los peregrinos, aquí vienen, formando corona al jefe de la Iglesia el benemérito Episcopado argentino, como para decirle a María que la aspiración de sus almas es que entre pastores y rebaños no haya sino "cor unum et anima una", un solo espíritu y un solo corazón. Y como hermana afectuosísima que se goza en el abrazo de aquellos que tras de larga separación se encuentran, se reconocen y se estrechan en el seno del hogar, así la hermosa República Oriental, la mimada del cariño, nos manda al príncipe ilustre de su Iglesia para que sea testigo del abrazo que nos hemos dado argentinos y chilenos.

Y para que a tan sublime cuadro no faltara un escenario digno de las virtudes que han sabido dibujarlo, esta egregia nación ha convocado aquí magistrados y sacerdotes, legisladores y guerreros, representantes de todas sus provincias y una muchedumbre de todas clases, condiciones y edades, a la que no alcanzan a medir mis ojos, porque ella se desborda en las calles y plazas de esta histórica ciudad.

¿Qué tiene entonces de extraño, señores, que la gloria de Dios y la gloria de mi patria aguijoneen en esta hora mi espíritu con deseos insaciables de dar a mi discurso las aspiraciones del genio y a mi voz las armonías de las arpas celestiales? ¿Por qué, Dios mío, si encendisteis en el corazón humano esta llama de orgullo nacional, no repetís a veces la admirable conversión del agua, que nada vale, en el vino generoso que constituye el lujo de las mesas regaladas?

¡Ah! Si así fuese, mi alma volaría al suelo querido de mi patria, golpearía a las tumbas de sus talentos más preclaros, pidiéndole a Valdivieso su doctrina, a Salas su elocuencia, a Tocornal su brillo y a Bello su inspiración, y entonces sí que tornaría satisfecho para dar lustre en este sitio al nombre chileno y corresponder a la distancia que se me ofrece con un homenaje digno del pabellón argentino.

Mas ¿qué estoy haciendo, señores? ¿He olvidado acaso que nos hemos congregado aquí, en piadosa romería, para elevar nuestros pensamientos de los horizontes estrechos de este mundo, que pasa como sombra, a las regiones de nuestros destinos inmortales, donde el hombre se pierde en el mar infinito de las grandezas de Dios?

¿No hemos venido acaso a rendir tributo de alabanzas, veneración y cariño a esa excelsa Mujer Bendita que se levanta entre el cielo y la tierra, cual arco iris de paz y señal de nueva alianza entre ambos?..."

Después de haber historiado la Virgen de Luján como la salvación de estas tierras, y haber mostrado extensamente los beneficios sociales y religiosos de la paz, el orador prosigue:

"¿Cómo queréis entonces, señores, que ante el peligro inminente de ver perdida la paz no ya entre dos hombres ni dos fa-

milias, sino entre dos naciones que juntas nacieron a la vida, con una misma fe, con una misma lengua, con una misma raza; que juntas, prestándose sus héroes, sus soldados, y sus cañones, conquistaron la libertad; que juntas han hecho el camino del progreso; que han hecho comunes sus tribulaciones y sus alegrías; que al través de sus montañas se transmiten la sangre de sus venas y que con las chispas del telégrafo hasta se comunican las palpitaciones del propio corazón; ¡ah! como queréis, repito, que los ministros de Dios de paz no nos arrojemos al medio de la arena con la cruz en la mano para exclamar con poderoso grito: ¡Atrás la guerra!.... ¡Paso al amor!....

Madre de la América Española es la Iglesia, y las madres aunque desdeñadas a veces por sus hijos, no conocen vallas ni peligros cuando se trata de salvar a los que se han formado al calor de sus entrañas. Por eso, señores, cuando el Pastor de la grey chilena respondía al llamado del Metropolitano argentino, transmontaba las cumbres coronadas de nieve, era la Iglesia que corría trayendo en sus manos el bálsamo que cura las más profundas heridas; cuando los dos ilustres pontífices, en presencia de magistrados y pueblo se daban estrecho abrazo y ofrecían en el altar sus vidas, era la Iglesia, que hoy como ayer y como siempre está dispuesta a dar su sangre por la felicidad de sus hijos y hoy día cuando obispos, sacerdotes y fieles se congregan en este sitio para elevar esta pública oración en favor de la paz, es la Iglesia que viene a hacer violencias al corazón de María clamándole una y mil veces: "Dona nobis pacem". ¡Oh, Madre, concedenos la paz!

Si no me engaño, señores, el pueblo argentino y el pueblo chileno hoy se aman como nunca por la misma razón que el aire está más puro y el cielo más hermoso un día después de alejarse la tormenta. En uno y otro pueblo un voto unánime pide la paz. Una hora de serenidad ha sido suficiente para comprender que sólo la paz y la unión garantizan la prosperidad de las naciones, sean grandes o pequeños, pues si es cierto que la guerra a manera de un torrente arranca los peñascos, también arrastra consigo los granos débiles de arena para hundirlos en el abismo de que no salen jamás.

Y yo me felicito, no sólo como sacerdote sino como patriota, de que este voto de paz, anticipándose a los tratados que friamente se elaboran en los gabinetes, haya brotado de los templos, de las plazas, de los salones y de los círculos sociales, hasta de los cuarteles, donde-quiera que nos hayamos encontrado argentinos y chilenos, porque eso probará al mundo entero que unos y otros podemos discurrir, más no pelear: que nuestras diferencias son efímeras como efímeros, son los intereses que las provocan; que no apetecemos otras luchas que las luchas pacíficas con las armas de la libertad; que serán estables nuestras instituciones y que nada tienen que temer los capitales extranjeros que

fomentan nuestros adelantos y comparten con nosotros la tarea de engrandecer nuestros países.

Dios bendecirá este triunfo de los nobles sentimientos sobre las asperezas del amor propio. Dios no ama la guerra; por eso la guerra es un castigo y a David el más santo y más amado de los reyes, no le concedió la gloria de edificar el templo, por la sola razón de que aún en guerra justas, "había derramado mucha sangre".

Nos bendicirán las madres y esposas afligidas que anegadas en llanto ya estrechaban al corazón sus hijos para decirles: "No rehusamos hacer el sacrificio de vuestras vidas cuanlo la libertad de la patria así lo exija, pero es crueldad de fieras arrancarnos de nuestro seno y derramar vuestra sangre por áridos peñascales".

Nos bendicirán las generaciones venideras, porque sería vergüenza que en este siglo llamado de progreso, no hubiéramos sabido encontrar un medio de impedir que por disputarnos las cumbres en que cuelgan las águilas sus nidos, hubiéramos consentido que dos pueblos hermanos, dulcísimos en la paz pero feroces en la guerra, se batieran hasta morir desangrados en una lucha que sería de exterminio y que excitaría la codicia de aquellos que quisieran dominar después sobre el vasto cementerio.

Odiemos, señores, la calamidad de la guerra. Para librarnos de ella agotemos los recursos que la prudencia y la previsión emplean cuando se trata de cerrar las puertas a naves infectadas por mortífera epidemia.

La guerra, por lo general, es un crimen, y a ella se va como al naufragio, sin preverlo, ni evitarlo, sólo con la esperanza de llegar al puerto tranquilo. La guerra por la guerra, no se hace ya sino en las tribus bárbaras que se revuelven en los fondos de los desiertos por resistir al viento de la civilización que las empuja.

Es cierto que en la guerra se siegan laureles de victoria; pero ¡ay! qué largo es el cortejo de infortunios, y de lágrimas que forman carrera al vencedor!...

¡Oh, sabios y políticos, magistrados y estadistas, que vais a decidir de la paz o de la guerra entre dos repúblicas hermanas! ¡Pesad la responsabilidad que vuestras resoluciones envuelven, ante Dios y ante los hombres! Agotad los recursos de la diplomacia y de la ciencia, si no queréis que la historia americana escriba con letras de fuego aquel juicio pavoroso que ha merecido a un sabio la guerra franco-prusiana de 1870: "Ambas naciones deseaban ardientemente la paz; pero el interés de los unos y la indolencia de los otros las arrastró criminalmente a la guerra".

¡Que Dios os ilumine: que los ángeles tutelares de la Argentina y Chile, presidan vuestros consejos; que tomen asiento en vuestros gabinetes las sombras augustas de San Martín y O'Higgins que juntos pelearon en los campos de batalla para que a la sombra de la libertad creciésemos unidos y nó despedazados en lucha fratricida! Moved los hitos; estudiad el curso de las aguas; fijad

límites a nuestro suelo; pero juradnos primero por la vida de vuestros hijos que dejaréis inconmovible esa columna de granito que descuella sobre las altas cumbres, levantada por los padres de la patria para que fuese eterno monumento de paz!

Inspírense en ella nuestros gobiernos, mediten en el porvenir que aguarda a las naciones de la América del Sur, y quiera el cielo aconsejarles legar a sus pueblos en herencia aquel haz de mimbre que el célebre Sertorio antes de morir legó a sus hijos como símbolo elocuente de la necesidad de la unión y del poder que encierran las pequeñas fuerzas y las resistencias unidas...

Basta, señores. Sellemos estos votos de paz, dándonos Argentinos y Chilenos un abrazo estrecho ante la imagen de María. Como hijos agrupados en torno de su madre, pidámosle que agregue a los prodigios que han hecho venerable en el mundo este Santuario, el beneficio de la paz americana. Por nuestras infidelidades e ingratitudes pasadas, merecimos tal vez el azote espantoso de la guerra. Pero, oh Virgen soberana de Luján "mostra te esse Matrem": muévanse a piedad tus entrañas maternales, acuérdate de las plegarias que tantas generaciones han vertido ante estas aras; acuérdate que al pie de tu Imagen rogó por la unión de nuestros pueblos un ilustre peregrino que más tarde con el nombre inmortal de Pío IX, ciñó a tu frente la corona de la Concepción Inmaculada. Acuérdate que ayer nomás el Pastor inolvidable de esta Iglesia seguido de su sacerdocio y de su pueblo, te pedía los tesoros de la paz, en cambio de la diadema que en representación del Vicario de Jesucristo, colocó sobre tu frente. Acuérdate, en fin, que estas repúblicas americanas se distinguen por el amor que te profesan, y que en estos momentos no hay un solo hogar ni un solo templo en la Argentina y Chile donde no se alce tu imagen sobre montañas de flores para que escuches la oración incesante con que te piden paz.

Y ¿cuál será la ofrenda que los peregrinos de Chile presentaremos a María como recuerdo de nuestra visita al Santuario de Luján? ¿Qué joya o qué ornamento podríamos depositar en estas aras cuajadas de oro y de diamantes y qué mejor simbolizará el amor nacional de mi patria por María y la sinceridad del abrazo que nos hemos dado con nuestros queridos hermanos del noble pueblo argentino? ¡Ah, señores! Para los hijos de Chile no hay bajo del cielo un tesoro mayor que su bandera! Como guardan los esposos el anillo de sus bodas, como rinden culto los guerreros a su espada, como cubren de besos los amantes hijos el retrato de su madre, así nosotros en nuestro tricolor querido lo encerramos y lo llevamos todo: el puro amor de la patria, el testamento de la libertad sellado con la sangre de nuestros héroes, el cielo azul de nuestras glorias y como faro de luz que nos conduce, clavada está en sus pliegues la estrella esplendorosa de la fe...

Aquí la tenéis, hermanos argentinos, sostenida por los brazos de mis queridos compatriotas. La traemos acá sobre nuestros corazones con el mismo respeto con que los israelitas conducían el

arca santa de sus divinas tradiciones. La alzamos aquí con todos sus laureles y coronas, para devolver, como cumplidos caballeros, el saludo de las armas y del gloriosísimo pabellón argentino. La desplegamos al viento para agredecer en su nombre los homenajes tributados a mi patria por magistrados y pueblo en la persona del Jefe de nuestra Iglesia y la entregamos al Pontífice de manos consagradas, para rendirla sólo a Dios en sus altares...

Recibidla, Reverendísimo Señor, en cambio del ósculo de amor que quisisteis darnos; suspendedla ante la imagen de María, y sea eterna la memoria de este día en que los chilenos abrimos el camino a las naciones del continente americano, para que todas ellas reunan sus banderas en esta Basílica de Luján, como homenaje de respeto a la Reina de los cielos y como espléndido trofeo de la paz americana.

Ahora, señores, podemos despedirnos. Y mientras suben al cielo nuestras últimas plegarias, y resunan los espacios con nuestros himnos nacionales y confundidos nuestros vivas y aplausos a la Virgen Bendita de Luján, vosotros, pastores de la Iglesia cruzad vuestros báculos sobre el ara del altar y entonad el "Te Deum" de la acción de gracias para bendecir a Dios que por una senda de ócultos y maravillosos designios, hoy repite el prodigio de calmar los vientos, de ahuyentar las tormentas y dejar bogando nuestras naves sobre aguas bonancibles que sólo rizan las auras de la paz".

Terminado el discurso, todas las bandas allí reunidas tocaron a un mismo tiempo el himno chileno, durante el cual inesperadamente y como movidas por un secreto resorte las dos banderas chilena y argentina se saludaron, se cruzaron y a manera de tierno abrazo quedaron entrelazadas hasta el fin.

La ovación que se hizo al final al doctor Jara cuando prorrumpió en estos gritos: "¡Viva la República Argentina! ¡Viva la Bendita Virgen de Luján!", no es para describirla. Quince mil personas, todas a una, expontáneamente, aclamando, vitoreando a un solo hombre, es cosa más fácil de oir que describir.

Concluiremos recordando simplemente una reflexión que Monseñor Castellano hiciera ese día en círculo de amigos: Monseñor Echagüe, dijo, atrajo oportunamente la atención sobre el lema del Arzobispo tan a propósito para dar la paz: "Pax multa"; y lo ha enlazado con cadena de oro al mío: "Sul tuum prosidium"; pero se olvidó decir que el mío no es menos a propósito para poner esa misma paz bajo el amparo y protección de María de Luján.

El segundo lema es completamente obligado del primero: "Pax multa sub tuum proesidium". Mucha paz bajo tu amparo, ¡oh Virgen pura de Luján!

Con esto se realizó una vez más el primer deseo de Jesús al venir al mundo: "Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad".

En 1898 durante la segunda presidencia del general Roca, se solucionó la cuestión de límites con Chile; y más tarde con ocasión de empezarse el nuevo siglo, por iniciativa de Monseñor Benavente, Obispo de Cuyo, cuya Diócesis confinara con Chile, se

levantó a Cristo Redentor una estatua colosal de bronce en la cumbre de los Andes, sobre la línea divisoria de Chile, a 3.500 metros de altura sobre el nivel del mar.

El Redentor en actitud de bendecir, es un hermoso símbolo y segura prenda de confraternidad entre ambas naciones.

En la placa alegórica colocada a los pies, se lee: ''Fecit ex utraque unam'', de ambas naciones hizo una sola.

Un facsímile de esta estatua por iniciativa de una dama argentina se levanta en el Palacio de la Paz, en la Haya, y los norteamericanos han solicitado también un ejemplar para darle una preferente colocación en su tierra.

SUPLICA A MARIA DE LUJAN

Escucha ¡oh Madre! el ruego
del tierno corazón de tus devotos;
escúchale, y en fuego
de dulce amor enciéndeles; que votos
hacen para que haya fraternal sosiego.

Aleja ¡oh Madre! aleja
de humanos corazones el veneno
de iracundia, que deja
la extraviada pasión, y odio en el seno
del pueblo que labra, que el rencor refleja.

Cese el clamor infando
que a contiendas mortíferas convoca:
deponga cada bando
el acero homicida, y a cada boca
calle el tema que viene proclamando.

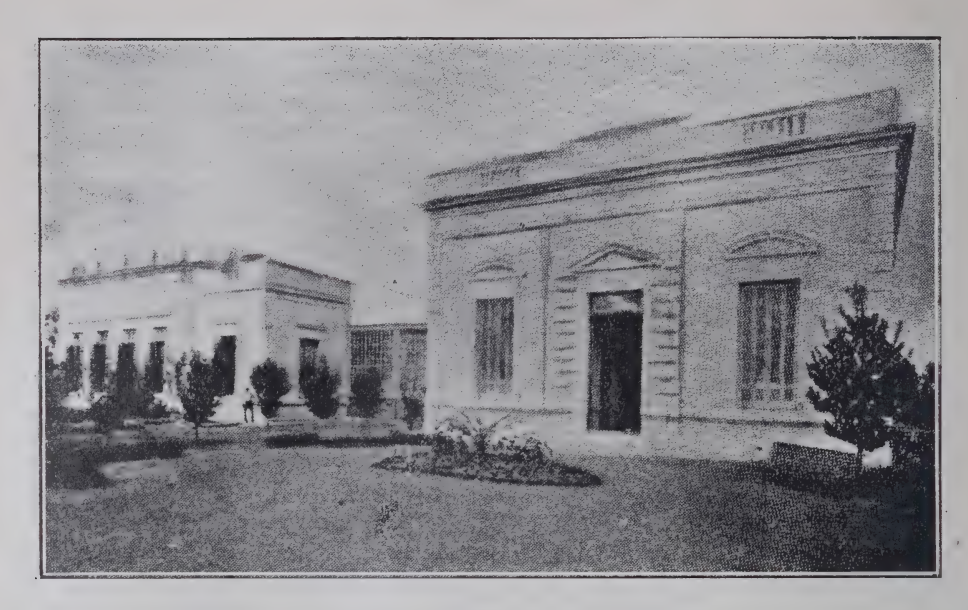
Domine la cordura,
en cuestión de pueriles intereses;
la paz, con su ventura,
¿no es mejor que exponerse a los reveses
de cruenta lid que malestar augura?

¡Oh! cese, cese el grito
de guerra y muerte, indigno del cristiano,
y plegue al Infinito
no estalle lucha, en suelo Americano,
que deje su baldón con sangre escrito.

Hay que evitar dolores
lágrimas, orfandad, miseria, ruina;
en guerras vencedores:
¿no es verdad que la aurora que ilumina
vuestro triunfo es de lúgubres colores?

Dejad, pues, el acero;
mudo el cañón tened que ruge y mata;
con abrazo sincero
estrechaos ¡oh varones! y que lata
en el pecho el cariño verdadero.

C. Becchi.



Frente del Hospital, Nuestra Señora de Luján.

Sala de enfermos

CAPITULO VI

Bendición de la piedra fundamental del nuevo Colegio de Nuestra Señora de Luján. — Hospital del mismo nombre. — Conferencia Vicentinas de Damas. — Círculo de Obreros Católicos



OMO si no fueran bastante las numerosas e importantes obras emprendidas por el valeroso y activo P. Salvaire, el 10 de Mayo de 1896, aniversario de la Coronación de la Virgen, quiso añadir un florón más a su corona, poniendo la piedra fundamental de otro templo dedicado a la ciencia y educación de la juventud lujanense, cuyos muros se levantan ahora a la sombra benéfica de este Santuario, pero al otro lado del río por no poder seguir en el mismo sitio de antes. ¡Ah! Sí, necesitábanse jardines y flores para ser ofrecidos a la Reina del Plata, y ¿qué más bellas flores que los juveniles corazones de la juventud creyente y piadosa?

Ya tendrá a su rededor donde ejercer más de cerca su acción de madre, la Virgen Madre de Dios y de los hombres; y siguiendo el ejemplo del que dijo: "Dejad que los niños vengan a mí, pues de los tales es el Reino de los Cielos", María como Madre cariñosa dirá: "Mi reino está en el corazón de los niños angelicales, acercadlos a mí, pues yo los amo como los amó Jesús".

Me parece que le oigo exclamar al P. Salvaire en sus momentos de fervor: "No me basta presentarle un templo material a la digna Protectora del Plata, debo formar también templos vivos para que ensalcen y canten un día sus glorias en la Jerusalén celestial.

La bendición de la piedra fundamental de ese nuevo templo revistió toda la solemnidad que era de esperarse.

Llegados todos procesionalmente al sitio destinado, el Ilmo. Arzobispo, previas las oraciones de rúbrica, colocó la primera piedra, siendo padrinos el General Roca, representado por el General Donovan, y su hija Elisa.

Concluída la ceremonia, usó de la palabra, en nombre del pueblo de Luján, el director de "La Razón" don Nicanor M. Comas, cuyo discurso no publicamos íntegro por su mucha extensión, mereciendo algunas de sus partes los aplausos del auditorio y la aprobación del señor Arzobispo, el Ilmo. Monseñor Castellanos.

He aquí, parte de él:

"La felicidad de las naciones no la forman, ni la sola fecundidad del suelo, ni el valor legendario de sus hijos; está cimentada en la educación, que es la savia vigorosa que nutre el organismo de esos grandes pueblos destinados a perpetuarse en la historia, a dejar en la tierra la huella de su peregrinación.

Privad al hombre de la parte psicológica y lo condenaréis a la impotencia, al servicio exclusivo de la materia; y confundidos con el bruto, inclinará su cerviz hacia la tierra, despojado de esa vida que tiene esplendores de genio en su pupila, y que da a su frente la altivez propia del rey de la creación.

Cultivad su espíritu, sediento siempre de aspiraciones propias de su esencia inmortal, y habréis conseguido un doble fin: el perfeccionamiento del sujeto y los frutos fecundos de la inteligencia, que semejante a las águilas, buscará siempre cumbres y espacios para acrecentar la fuerza de sus alas.

Este ideal, señores, es el que impulsa a los autores de esta grandiosa empresa, coronada hoy por el primer triunfo, la colocación de la piedra fundamental del nuevo templo levantado a la enseñanza que señalará un progreso más en la histórica Villa de Luján.

Levantado a la sombra de la Basílica Nacional, ella lo envolverá como en los pliegues de una colosal bandera; será un árbol que nacido a orillas de fecundo río, lo alimentarán las corrientes internas, que emanarán de ese Santuario admirado y bendecido por tres repúblicas hermanas; aún más, si lo queréis, señores, será un pequeño santuario en donde se enseñará juntamente con los principios de la ciencia armonizada con la fe y la razón, la historia y el culto de esa gloria de nuestra patria, que se venera con el dulce nombre de María de Luján".

Enseguida tomó la palabra el P. Salvaire, quien insistió sobre la necesidad de establecimientos de educación cristiana, sobretodo en este tiempo de abyecto materialismo.

"Algunos se admirarán que teniendo ya entre manos una obra tan colosal como es la Basílica Nacional, emprenda sin embargo la construcción de un grandioso Colegio Seminario.

Pero, — agregó — este magno templo no es otra cosa más que un símbolo de la grandeza del culto tan benéfico, tan socialmente saludable a María.

Y a ese culto era preciso también elevarle un templo en el alma de la niñez; y es por este motivo que al lado y a la sombra del Santuario Nacional, me sentía poderosamente impulsado a levantar este santuario de la educación cristiana.

Dijo también que de la misma manera que había, con la ayuda de Dios, demostrado firmeza y decisión para erigir la nueva Basílica que a la vista estaba, también así, se sentía animado de incontrastable valor para emprender y proseguir la obra de la enseñanza que miraba como de primera importancia.

Cuando se trató — dijo — de designar a un padrino que tomara bajo su protección esta nueva empresa, me pareció deber elegir precisamente a aquel que en tiempos anteriores había podido cometer errores, porque "errare humanum est", pero que estaba dispuesto a enmendarlos, y en cuyo patriotismo nunca desmentido todos confiaban en los días angustiosos de la patria, olvidando sus agravios y sus rencores pasados".

Terminó pidiendo al Exmo. Señor Arzobispo se dignara invocar las bendiciones del cielo sobre este nuevo establecimiento educacional.

El Exmo. Señor Arzobispo, dijo que la invocaría con gusto sobre él; sostuvo con energía y lucidez la necesidad del mismo, extendiéndose sobre las dificultades para sembrar la fe y la ciencia, en las ciudades esparcidas en las inmensas llanuras argentinas, con tanta mayor razón cuanto que la geografía del país se altera de año en año por la creación de nuevas ciudades y pueblos, que surgían cual si las construyeran genios misteriosos.

Recomendó especialmente la recaudación de vocaciones para aumento y brillo del clero argentino. Terminó pidiendo la cooperación de todos los presentes para esta obra, agradeciendo a la concurrencia su asistencia y dándole su bendición.

Acto continuo, entregó al P. Salvaire su primer óbolo para el efecto consabido.

El general Dónavan en representación del padrino Teniente General Roca, pronunció breves palabras, cuya síntesis es la siguiente:

Refiriéndose al P. Salvaire, dijo que dirigió la palabra en nombre de un antiguo compañero suyo del desierto; que la acción del soldado de la patria y del soldado de Cristo, eran complementarias y civilizadoras, pero que las tribus errantes y salvajes habían desaparecido, quedando la extensa pampa reclamando pobladores, escuelas y templos.

Solicitó la atención del auditorio sobre las dos construcciones magnas de Luján: la Basílica y el Colegio. Agregó que el General Roca le había pedido manifestara al P. Salvaire que podía contar enteramente con su cooperación. Concluyó con algunas palabras de elogio para nuestro Director, por su discurso anterior.

En conclusión, las fiestas celebradas el último día de la novena han sido coronadas dignamente y la numerosa concurrencia que asistió a ellas conservará un hermoso recuerdo que perdurará en los fastos de la población.

En Junio de 1892, el incansable P. Salvaire había intentado levantar otro templo con la ayuda del acaudalado vecino don José María Muñiz, era un templo al dolor y enfermedad del pobre, para aliviarlo en esa triste situación; pero, después de haber construído parte de él, como se puede ver todavía en el Bulevar Humberto I, entre San Martín y Lavalle, se dejó ganar de mano por la benemérita sociedad "Hermanas de los pobres", que fundó el hermoso "Hospital de Nuestra Señora de Luján", para demostrar

ellas también el espíritu altruista que las animaba al contacto de su buen cura párroco. Este hospital está al Este de la población, acaso demasiado apartado de ella, a lo menos mientras no se mejore la viabilidad.

El P. Salvaire se dedicó entonces al mayor cuidado de los enfermos a domicilio, para los que estableció las Conferencias de Damas Vicentinas. Para instalarlas y presidir sus primeras elecciones, vino de la Capital doña Isabel Armestrong de Elortondo, presidenta general del Consejo Central, y la distinguida señora de Galbraith, presidenta de la Conferencia del Salvador. La Conferencia de Luján quedó constituída con fecha 3 de Julio de 1892, e hizo desde luego mucho bien en la población, como era de esperarse de su celo y contracción.

El edificio empezado por el P. Salvaire para Hospital, fué dedicado algún tiempo después a Asilo maternal bajo la dirección de las Hijas de la Caridad, y por último fué convertido en Escuela pública, cuando aquellas trasladaron el Asilo a su Colegio de la calle Lavalle; quedando así definitivamente establecida esta nueva repartición en favor de la infancia desvalida.

En manos de las Hermanas de los pobres, el Hospital "Nuestra Señora de Luján" fué gradualmente progresando. No se tardó en dotarle de una buena capilla sumamente útil para los feligreses del apartado barrio de la estación Luján. La bendijo en su debido tiempo el Ilmo. y Rmo. Monseñor Terrero, felicitando a las Damas por pensar en el bien no sólo del cuerpo sino también del alma de sus enfermos y de los vecinos.

El Album del Centenario confeccionado en Luján por distinguidos caballeros, nos dice de este Hospital lo siguiente:

"De sencilla y elegante construcción, edificado en un paraje pintoresco, completamente rodeado de árboles y jardines, nuestro hospital ofrece un aspecto de belleza y de quietud, que predispone el espíritu a dulces reflexiones, y que hace apreciar en todo su valor, el esfuerzo continuado y fecundo de las almas buenas, que bregaron con laudable empeño, para ofrecerlo a los enfermos desgraciados que sin hogar ni familia, van allí a buscar el bendecido socorro que manos piadosas le brindan.

Solamente un corazón de bondad infinita y un carácter de temple superior, como los que posee la distinguida matrona señora Sara Baraondo de Ogando, fundadora y principal sostenedora del asilo, han podido sobreponerse a las indecibles tareas y preocupaciones que ha demandado la conservación y adelanto de esa hospitalaria casa. Solamente así, con la sublime virtud del amor intenso al prójimo que sufre, ha conseguido esta generosa dama, y las señoras y niñas que dignamente supieron secundarla en todo tiempo, llegar a implantar en Luján un hospital que cuenta ya con todos los elementos necesarios, para prestar tan buenos servicios como los mejores de la provincia.

En el asilo "Nuestra Señora de Luján" se han venido agregando paulatinamente, importantes accesorios para la más esme-

rada asistencia médica, muchos de los cuales fueron costeadas por vecinos que conocían a fondo las necesidades de la casa, y que comprendieron lo meritorio que es cooperar al adelanto de aquel caritativo refugio de los enfermos desgraciados sin hogar, abrigo ni ventura.

La sala de operaciones está enriquecida por infinidad de aparatos de cirugía. Posee rayos X y cuanto se requiere para intervenciones que son en ella, bastante frecuentes".

La importancia que fué tomando cada vez más este hospital, hizo que se llamaran a las Hijas de la Caridad fundadas por S. Vicente de Paúl, para atenderlo con aquella proligidad que todos les reconocen.

Con el tiempo, la señora Mariana Lahunsembarne amplió el hospital adjuntándose una sala de maternidad, y el señor don Juan Barnech, cuya esposa doña Teresa Bertoletti, es digna directora actual de la comisión directiva, lo dotó de un departamento separado para infecciosos.

Bien, por las damas del hospital "Nuestra Señora de Luján".

Otra institución se debe también al P. Salvaire, la del Círculo de Obreros Católicos. La mencionamos con antelación para agruprl con sus demás obras anteriores.

El domingo 16 de Agosto de 1896, a la hora indicada tuvo lugar en el antiguo hotel de Peregrinos la reunión de obreros con objeto de elegir la comisión directiva que debía actuar en su carácter de permanente.

Después de ejecutar la banda del pueblo varias piezas, se abrió el acto que fué presidido por el señor Alejandro Calvo, enviado especial del Círculo Central, ocupando un lugar de honor el P. Salvaire y los miembros de la comisión provisoria.

El presidente explicó en breves palabras la importancia de las asociaciones de obreros, la necesidad de cooperar a su estabilidad, afirmando entre muchas consideraciones oportunas, que se sentía orgulloso al presidir una asociación de obreros que se levanta a la sombra de la Basílica Nacional. Se hicieron los trámites reglamentarios, y se eligió la Comisión Directiva.

Proclamado el escrutinio, el señor Calvo dirigió nuevamente la palabra a la Asamblea, añadiendo que la valiosa cooperación del P. Salvaire como director era más que una simple promesa de prosperidad.

Finalmente en este mismo año de 1896 el P. Salvaire escribió una extensa solicitud dirigida al H. Congreso de la Nación, con el objeto de recabar algún subsidio con que acelerar las obras de la Basílica Nacional.

El H. Congreso quedó en que estudiaría el caso en tiempo oportuno. Pero era de Dios que la Basílica debía levantarse exclusivamente con el óbolo popular, sin socorro oficial alguno del Gobierno.





Obras de la Basílica en 1897. — Parte interior del ábside y cruceros



Obra de la Basílica en 1897. — Parte exterior del ábside y cruceros



Lámpara Votiva Argentina de plata y la artística Custodia de oro, trabajadas en el país, con las ofrendas de oro y plata recolectadas en la Nación Argentina.



CAPITULO VII

La Lámpara votiva de los argentinos. — La gran Custodia. — Robo sacrílego de la corona de la Virgen. —Recuperación de la misma. — Peregrinación de desagravio.



L incansable P. Salvaire en su informe de 1896 dirigido al señor Arzobispo, le decía entre otras cosas:

"Creo que ha llegado el momento de llevar al terreno de la práctica la confección de la Lámpara Votiva Argentina, que ha de arder perennemente ante la sagrada imagen de Nuestra Señora de Luján. No ignora V. E. que últimamente nuestros hermanos los uruguayos han traído a este Santuario su Lámpara votiva, obra de arte de grandísimo valor, tanto por la materia que la compone, cuanto por lo perfecto de su ejecución.

No parece justo que mientras ellos han depositado en este Santuario la prenda que simboliza el ardor de su fe y devoción, la República Argentina que es la más directamente favorecida con la posesión de este célebre Santuario cada día más visitado y venerado, deje de tener aquí también su lámpara votiva y simbólica.

Nada más razonable que, puesto que el ilustrado y devoto Prelado Uruguayo había sido el autor de la simpática y hermosa idea de las tres lámparas votivas, en representación de las tres Repúblicas hermanas respectivamente, fuesen los Orientales los primeros en confeccionar y dedicar su lámpara; pero ahora deben los Católicos Argentinos preocuparse en el presente año, de fabricar y dedicar la suya.

Ya he recibido una cantidad bastante considerable de chafalonía de plata destinada a la realización de nuestro proyecto, cuyo plano también he mandado diseñar, consultando en su confección igualmente la inspiración religiosa y patriótica.

Pero falta todavía para poder prudentemente empezar esta obra que será muy considerable, reunir otra cantidad igual de chafalonía, amén de los recursos que exigirá el pago de su construcción.

No dudo que V. E. sabrá, con el celo que la distingue, iniciar de la manera más eficaz y en el momento oportuno, el movimiento nacional que dará por resultado la reunión de materiales suficientes para la construcción de la Lámpara Votiva Argentina.

Finalmente, como el pensar en la Madre no debe impedirnos pensar también en el Hijo, haré presente a V. E. que, enterado cada día mejor de los deseos de los generosos devotos de Nuestra Señora de Luján, he pensado de acuerdo con el ilustre finado vuestro antecesor, que tantas alhajas de oro y piedras dispersas donadas por los devotos, debían destinarse a la construcción de una grande alhaja común. Por esto he ideado y mandado diseñar una custodia votiva que se fabricaría con todas esas alhajas y las que en adelante se juntarán.

Y si acaso V. E. tenía intención de formular una invitación pastoral o circular, ya a los demás Prelados de la República, ya al clero bonaerense o a su pueblo con motivo de la proyectada lámpara votiva, no sería demás mencionar cuál ha de ser el destino que ha de llevar tanto la chafalonía de plata como de oro y las piedras preciosas que puedan juntarse''.

Al año siguiente el P. Salvaire, vuelve sobre el mismo asunto en carta dirigida al Señor Arzobispo con fecha 14 de Julio de 1897, y dice entre otras cosas:

''Ilmo Señor: Circunstancias imprevistas y especiales no nos permitieron el año pasado proseguir en la ejecución de esos proyectos.

Pero hoy ha llegado el caso de promover nuevamente la realización de tan anhelado designio, y con tal motivo, tengo la satisfacción de poder presentar a la aprobación de V. E. el dibujo de la Lámpara y de la Custodia votivas, en cuyos proyectos se ha tratado de aunar la inspiración religiosa y la patriótica.

No fatigaré la atención de V. E. con la repetición de las apreciaciones con que robustecía en otras circunstancias, mi opinin sobre este particular.

V. Ilma. conoce los elementos reunidos ya para ambas obras y los que faltan aún, como así mismo los medios que se emplearon con tan feliz éxito en la República del Uruguay para la ejecución de su lámpara votiva''.

La respuesta a esta nueva exposición, fué la Pastoral que con fecha 26 de Julio de 1897, expidiera Monseñor Castellano para que se juntaran chafalonías de plata y oro; y el resultado es la hermosa y colosal Lámpara Votiva de los argentinos que pende actualmente de la bóveda del Santuario, y la rica custodia en que se expone a Jesús-hostia a la veneración de los fieles en las festividades de mayor solemnidad.

Pero... ¡ay! que, como dice el proverbio: ''Mientras unos congregan otros dispersan!''

En la noche del 15 de Septiembre, miércoles y octava de la Natividad de María, tuvo lugar el robo sacrílego de la preciosa Corona de la Virgen.

La prensa entera de la República Argentina, Uruguay y Paraguay, ha levantado un grito inmenso de indignación, condenando el enorme sacrilegio y la ofensa hecha a los generosos donantes de la materia prima de tan preciosa joya. En Sudamérica y en

toda la cristiandad produjo honda sensación de dolor tan inícuo atentado.

Daremos los detalles más ciertos acerca de como se efectuó este horrendo sacrilegio.

¿Cómo se efectuó el robo? Sería difícil dar los datos con exactitud. Sin embargo, ciertos indicios nos permiten deducir que los ladrones penetraron en el terreno del Santuario por la calle General Pintos, o sea por el lado del puente. En esa parte se encontraron rastros del delito. Mientras uno de los ladrones cuidaba espiando la policía, otros penetraron en la Basílica en construcción, llevando un hilo que tendieron al rededor del ábside, desde el espía apostado afuera hasta la ventanilla que da luz a la escalera del Camarín. Ese hilo así tendido fué hallado en las primeras horas de la mañana y pasaba por debajo de la puerta que cierra el interior de la Basílica. Tomada esta precaución, los ladrones hizándose sobre unos ladrillos, cortaron con una sierra dos barrotes de fierro de la ventanilla, y después con un mechinal haciendo palanca, torcieron los barrotes dando fácilmente paso a un hombre. Luego quebraron los vidrios para abrir la ventana y para más comodidad la hicieron saltar.

Al entrar al camarín encendieron una vela del altar, que fué encontrada prendida por el Hermano Lego en su registro matinal, y según cálculo de lo consumido, se fija en dos horas la duración del tiempo empleado para efectuar el robo, el cual tuvo lugar de la 1 a las 3 de la mañana. Para escaparse con más prontitud escalaron la pared, según lo hicieron notar las huellas encontradas en la tierra.

Apenas se divulgó la noticia del robo, la policía de La Plata y la de la Capital, pusieron en movimiento toda una red de empleados y pesquisas que recorrieron todo el partido; de esta medida tomada con precaución se esperaba un buen resultado.

Sin embargo ese buen resultado se hacía esperar. Los días iban pasando sin traer ningún rayo de luz por más indagaciones que se hicieran en todas partes.

Por fin, en el sexto día de tristeza y dolor, amaneció la hora feliz, y, cosa providencial, de tres a cuatro de la mañana, hora después de efectuarse el robo, fueron capturados los ladrones.

El cuerpo del delito se encontró en Rodríguez en el ángulo existente entre la pared y el techo de un galpón que sirve para engordar los animales del establecimiento del señor Tasso, quien ha prestado de su parte todo el concurso necesario para el caso.

A los pocos días "La Perla del Plata", decía:

¡Felicitaciones mil! Sean dadas a todos los que contribuyeron al feliz hallazgo de las alhajas robadas. La palma de tan gloriosa campaña se debe no hay duda a los señores comisarios Belisario Otamendi, de la Capital, y Arturo Giró, de la Provincia, este último fué el primero que vino al local del suceso y quien secuestró las piedras de valor; en cambio al señor Otamendi le cabe la gloria de haber sido el primero que escribió de antemano los nom-

bres y apellidos de los probables delincuentes, lo que no sirvió poco para dar con ellos.

Tomados éstos, se encerraron en un absoluto mutismo; pero con ello nada consiguieron, pues las declaraciones de Josefina Yesvase, mujer de Cleto Mezzadri, las de Pedro Mezzadri y más tarde las de Barba, arrojaron la luz necesaria para dar con el paradero de las piedras preciosas, que estaban escondidas como hemos dicho en el establecimiento del señor Tasso en Rodríguez, y con el resto de la corona que, toda machucada, se encontró un poco más tarde, no muy lejos del primer escondite.

Apenas se esparció la noticia del feliz hallazgo de la Corona robada, llovieron de todas partes, de la Capital, campaña y provincias, telegramas de felicitaciones. El Arzobispo desde Jujuy donde estaba, escribe: "Recibí telegrama remitido desde Santuario participando fausta noticia del hallazgo y joyas recuperadas. Mi corazón rebosa de alegría, felicito al señor Capellán, nuevamente bendigo, dando gracias al Omnipotente y a nuestra bendita Madre de Luján por el triunfo obtenido en favor de su culto.

De regreso a la Capital, el Arzobispo publicó una sentida Pastoral invitando los fieles a una peregrinación de desagravio al Santuario de Luján, durante la cual se había de coronar nuevamente a la bendita imagen. Esta peregrinación debía efectuarse el 7 de Noviembre, con aquella solemnidad que podía esperarse después de tantos días de tristeza y dolor.

Demasiado largo sería describirla en todos sus pormenores; preferimos dar a conocer escuetamente su programa, dejando a cada cual hacer su composición de lugar y vestirlo con aquella pompa que sabemos daba el P. Salvaire a estos actos religiosos.

El programa dice así:

La gran peregrinación de ese día de desagravio hará época en la historia argentina.

De todas partes se han recibido adhesiones de los que no podían asociarse en persona al imponente movimiento de amor y desagravio a la Soberana Protectora del Plata. Ese día la histórica Villa de Luján contará en su seno más de treinta mil almas, cuyo solo y noble fin es protestar contra el nefando robo cometido en la secular y milagrosa imagen de la Virgen de Luján.

La víspera a las doce se harán las salvas y repiques generales. Por la tarde, la Comisión popular irá en corporación a la Estación del ferrocarril a recibir al Exmo. Señor Arzobispo, y se pronunciará el discurso de circunstancia.

A la caída del sol, repique general y salvas de bombas.

Domingo 7, al despuntar el sol, salvas y repiques saludando el grandioso día.

Desde las cuatro de la mañana habrá misas en el Santuario y a toda hora se dará la Santa Comunión a los fieles; habrá misas también en la Basílica en construcción.

A las 9.30, hora en que todos los peregrinos habrán llegado a Luján, el Exmo. Señor Arzobispo, celebrará la misa solemne en el

estrado erigido en la puerta del Santuario, frente a la plaza, donde estará la Virgen.

Terminada la misa, los peregrinos tendrán un corto descanso para almorzar.

A las 11.30, dado el primer repique cada grupo que formará en la imponente procesión se hallará en los siguientes puestos: El colegio de varones — a la boca, calle de San Martín; Colegio de niñas, Hijas de María y Cofradías de Señoras, en la calle 9 de Julio, frente a la plaza; El Círculo de Obreros de Luján y demás círculos con las sociedades y cofradías de caballeros, ocuparán la plaza.

A las 12 m. tendrá lugar la Coronación de la prodigiosa imagen por manos del Exmo. Señor Arzobispo. En el acto de la Coronación habrá salvas de bombas y repiques de campanas, rompiendo a un tiempo todas las bandas con la marcha de Ituzaingó. Se lanzarán palomas blancas, entonándose el ''Regina Coeli'' a toda orquesta.

Terminada la Coronación, se organizará la procesión según instrucciones recibidas del primer comisario general, R. P. Brignardello, del segundo, señor don Jaime A. López y respectivamente, de otros seis comisarios de órdenes.

Los comisarios de la procesión llevarán como distintivo a más de las medallas, una roseta blanca.

Todos los comisarios de la peregrinación general para la procesión estarán bajo las órdenes del comisario general y demás comisarios de órdenes de Luján.

La procesión recorrerá la calle General San Martín, hasta la plaza y calle Colón, por donde doblará a Libertad y de ahí seguirá a la Iglesia pasando por frente al Cabildo.

Las banderas, estandartes e insignias de cada sociedad o cofradía irán en el centro de la columna formada de a dos personas a los costados de la calle.

Al regresar la procesión, los colegios de varones y de niñas e Hijas de María formarán en la calle 9 de Julio. Las corporaciones de obreros y cofradías de hombres ocuparán la calle San Martín, frente al Santuario. El seminario Conciliar y Clero parroquial, el costado Este del átrio. Las autoridades nacionales, provinciales y municipales, el costado Oeste; el Ilmo. Señor Arzobispo rodeado del Honorable Cabildo Metropolitano, en el centro, y detrás de ellos, en la vereda, las comisiones populares de la Capital y de Luján.

Terminada la procesión y repuesta en su lugar el anda de la Virgen, el R. Padre Fr. Marcolino Benavente, pedida la bendición, subirá al púlpito junto al estrado y pronunciará el discurso correspondiente al acto, después de haber tocado todas las bandas juntas el himno nacional.

En seguida el Exmo. Señor Arzobispo hará la entrega oficial de las medallas de agradecimiento a los señores jefes de policía de

la Capital y Provincia, a los señores comisarios Otamendi y Giró, y a los demás subalternos oficiales que tomaron parte en la pesquisa del robo.

Al concluirse la distribución de las medallas conmemorativas, cada peregrino podrá tomar el tren correspondiente para su regreso.

Las dos placas conmemorativas de tan solemne fiesta, una de bronce y otra de mármol con inscripciones alusivas al acto, serán colocadas en la monumental Basílica para perpetua memoria.

El pueblo de Luján se hallará completamente embanderado y tapizados todos los frentes de las casas por donde pasará la procesión.

Todo prometía ser grandioso, y todo lo fué así, en efecto. Fray Marcolino, en su discurso, rayó en lo sublime, y añadió una nota más al concierto de unánime desagravio realizado por todo el pueblo.

¡Día feliz!.... Sobre la frente virginal de María, Madre de Dios y Madre nuestra, hoy torna a brillar la valiosa corona de oro, prenda del agradecido amor de tres naciones que se consagraron a la bondad y cariño maternal de la Excelsa Protectora del Plata.

¡Día feliz!.... Alma mía despierta de tu letargo: la aurora de gloria hoy sonriente despunta en el corazón de todos los devotos de María Santísima de Luján!

¡Cuántas reflexiones se agolpan al espíritu del firme creyente ante tamaña sacrílega acción!

María Santísima de Luján sigue siendo la Protectora de las naciones, aclamada hoy más que nunca en su milagrosa imagen. El culto de nuestra Reina aumentó rápidamente y creció en estos pocos días cual si un volcán de amor se abriera en cada corazón de sus hijos que la invocan con fe y ternura.

¡Cuántos corazones indiferentes se han horrorizado! Cuántos incrédulos exclamaron: ¡Es una iniquidad! Cuántas almas frías o tibias lanzaron un grito de dolor y golpeándose el pecho pedían perdón! Cuántas almas fervorosas han redoblado sus plegarias y penitencias! ¡Oh! Quién pudiera entrar en las evoluciones secretas de los corazones para darse cuenta de los cambios y afectos santos que brotaron con fuerza de los pechos cristianos!

Los infelices criminales al poco tiempo de cometer el sacrílego robo arrasados los ojos en lágrimas pidieron perdón por sus culpas y pecados y volvieron a resipisencia.

¡Ah! Bien se vé en lo sucedido la mano de la infinita Sabiduría que no permite un mal sino para sacar un bien mayor!



LA CORONA ROBADA

¡Ceñid, ceñid nuevamente,
Bella y eximia Corona,
Ceñid la célica frente
De nuestra excelsa Patrona!

¡Volved, volved, exornada
Con más arte y gentileza,
A brillar, joya sagrada,
Sobre su augusta cabeza!

Ayer, en la sien egregia
De esta imagen de María,
Simbolizabais su regia
Y amable soberanía.

Pero tal significado
No es el único que abona
Vuestro nombre celebrado,
Triunfal, insigne corona.

¡Hay tantas memorias bellas
Que están a vos vinculadas!
¡Oh, son infinitas ellas
Para ser enumeradas!

Una al menos, la más alta,
La que más os engrandece,
La que entre todas resalta
Y entre todas resplandece:

No puede omitir mi pluma
Ni callar mis labios saben,
Aunque en su rudeza suma,
Ni la pesen, ni la alaben.

Y desandando un momento
Dos lustros, el vasto oceáno,
Traspasa mi pensamiento,
Y os veo en el Vaticano.

Y veo que, no sin muestra
De adhesión ¡hora felice!
Alzando su augusta diestra
El Santo Padre os bendice.

¡Oh! que alto honor merecisteis,
Aurea Corona, aquel día,
¡Oh, cuanto ilustre adquiristeis
Para lustre de María!

En ese instante de grata
Como indeleble memoria,
La Taumaturga del Plata,
Fué coronada de gloria.

Y vos, que desde esa hora,
Sois de su gloria infinita
La señal encantadora,
Vos, oh Corona bendita;

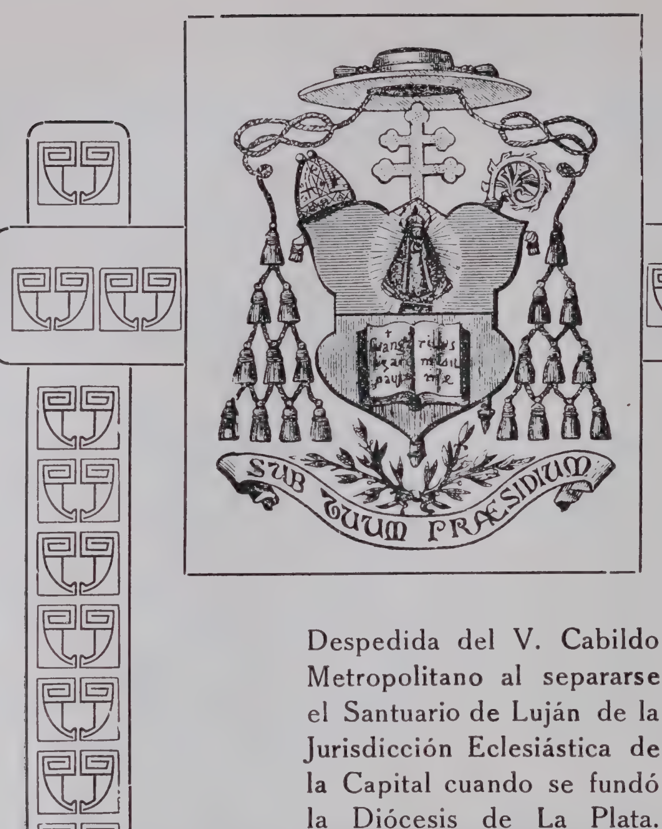
En busca de ella llegasteis
A la ribera Argentina,
Y dos lustros descansasteis
Sobre su sién peregrina...

Despues... ¡Oh!... después... Callemos
Sacrílegos atentados,
Y al recordarlos temblemos,
Y oremos por los culpados...

S. Fernández.



Fotografía sacada en el momento de la Procesión de desagravio después de ser coronada la Imagen. — (7 de Noviembre 1897).



Despedida del V. Cabildo Metropolitano al separarse el Santuario de Luján de la Jurisdicción Eclesiástica de la Capital cuando se fundó la Diócesis de La Plata.

NOMINA

DE LOS DIGNÍSIMOS DIGNATARIOS DEL CABILDO QUE FUERON EN PIADOSA ROMERÍA A PRESENTAR SUS HOMENAJES A LA

TAUMATURGA DEL PLATA

EL DIA 20 DE MAYO 1897.

Dean, Feliciano Castrelos; Arcedean, Jacinto Balan; Prechantre, Guosdenovich; Maestrescuela, Marcos Escurra; Tesorero, Milciades Echagüe; Archipreste, Mariano A. Espinosa; Teologal, Juan N. Terrero; 1.ª Merced, Francisco Arrache; 2.ª Merced, Luis Duprat; Penitenciario, Eustaquio Izaguirre.





CAPITULO VIII

El Cabildo Metropolitano se despide del Santuario.— Fundación de la Diócesis de La Plata. — Primera visita oficial de su primer Obispo al Santuario, Monseñor Mariano Antonio Espinosa



EMOS dicho que el solo hecho de construirse la ciudad de La Plata para Capital de la Provincia de Buenos Aires, había de traer por concomitancia la creación de un nuevo Obispado en La Plata con jurisdicción en toda la Provincia, menos la Capital Federal y sus contornos que pertenecerían al Arzobispado.

Las cosas debían estar ya bastante adelantadas en 1897, cuando en 20 de Mayo, el Venerable Cabildo Metropolitano, resuelve ir al Santuario en solemne peregrinación para despedirse de él.

Al arribar al átrio del Santuario el P. Salvaire, acompañado de los demás padres, haciendo uso de su fácil palabra, dió la bienvenida al ilustre Cabildo, recordando los íntimos y antiguos lazos que le unía al Santuario, dijo que el Cabildo de Buenos Aires, sede vacante, lo había erigido en Parroquia y que varios de los capellanes del Santuario, como ser don Bernardino Verdún de Villayán, José de Andújar y Miguel González de Leiba, habían llegado por sus méritos y virtudes a ser Deanes de ese Cabildo y Gobernadores del Obispado del Río de la Plata, en Sede vacante.

Terminó diciendo que había llegado a sus oídos, que esta visita era de despedida del V. Cabildo antes de la separación del Obispado de La Plata, y dijo que no admitía esta explicación, porque aunque el territorio de Luján deba pertenecer al nuevo Obispado, el Santuario Nacional, sería siempre el templo del Cabildo Metropolitano, y que así esperaba que cuando, Dios mediante, se inaugurase la primera parte de la Basílica, el Cabildo de Buenos Aires acompañaría en corporación al Venerable Metropolitano Argentino.

Entre las armonías que del órgano se desprendían, penetró el dignísimo Cabildo al sagrado recinto. Acto continuo el Venerable Deán doctor Feliciano Castrelos se dispuso a celebrar solemnemente la Santa Misa a la que asistió la distinguida comitiva y gran concurso de fieles.

A las dos p. m. se congrega nuevamente el V. Cabildo en el Santuario. Contra el altar-mayor contémplase una hermosa placa de mármol que mide 1.50 de alto por 0.80 de ancho; es una obra

de arte elaborada aquí en Luján. La inscripción de dicha placa está dividida en tres partes; a la cabeza está grabado el escudo o sello del Cabildo metropolitano; en el centro se lee la dedicatoria escrita en estilo lapidario y más abajo, el nombre de los señores canónigos.

La lápida traducida del latín, dice así:

"Los Canónigos del Venerable Cabildo de la Metropolitana de Buenos Aires, deseando imitar la piedad de sus antecesores para con la Virgen de Luján, vienen a visitar en piadosa romería este muy célebre Santuario, implorando de corazón su auxilio, para ejemplo y edificación del pueblo cristiano. Mayo 20 de 1897".

Antes de ser depositada la marmórea placa, Monseñor Jacinto Balán, Arcediano del V. Cabildo, hizo uso de la palabra, leyendo un importante discurso en que recordaba los lazos que los unía al Santuario, y sobre todo, el haberlo declarado parroquia en 1730, en sede vacante, y finalmente añade:

"Consecuente con estos precedentes históricos, y en vísperas de que este célebre Santuario ha de pasar a ser parte integrante de la nueva Dóicesis de La Plata, este V. Cabildo ha querido patentizar a la excelsa Virgen de Luján, de un modo oficial, con esta peregrinación y dejando aquí aquella placa, su amor filial y su inquebrantable fe religiosa...."

Terminado el discurso del señor Arcedeán, el ilustre Cabildo, haciendo un acto oficial recitó las Vísperas en el Santuario como acostumbra hacerlo en el coro de la Catedral.

Después se expuso S. D. Majestad, el Deán ofició la Bendición y se cantó un *Te Deum* en acción de gracias.

El Cabildo al despedirse hizo la entrega de 5000 pesos para costear una columna del templo.

He aquí la nómina de los dignos Canónigos:

Feliciano Castrelos, Deán; Jacinto Balán, Arcedeán; Esteban Gusdenovich, Prechantre; Marcos Escurra, Maestrescuela; Milciades Echagüe, Tesorero; Mariano A. Espinosa, Archipreste; Juan N. Terrero, Teologal; Francisco Arrache, 1ª Merced; Luis Duprat, 2ª Merced; Eustaquio Izaguirre, Penitenciario.

Gloria y honor al ilustre y venerable Cabildo Bonaerense. La Santísima Virgen de Luján eternice sus nombres en el tiempo y en la eternidad feliz. Amén.

—Con fecha 24 de Abril de 1898, leemos en la "Perla del Plata" lo siguiente, referente a la toma de posesión de Monseñor Mariano Antonio Espinosa, como primer Obispo de la Plata:

"En este día memorable en los fastos de la Iglesia Argentina, va a tomar posesión de su sede Episcopal últimamente erigida por SS. León XIII, el dignísimo Prelado, cuyo solo nombre evoca toda una vida de virtudes apostólicas y exclusivamente consagrada a la eterna salvación de las almas y al mayor lustre de la insigne iglesia de Buenos Aires.

No es nuestro ánimo trazar aquí la biografía y menos tejer el elogio del primer Obispo de la Iglesia de La Plata. Plumas mejor cortadas que la nuestra han llenado ya esta tarea y no faltará la

oportunidad de dar a conocer mejor a nuestros lectores las prendas con que la divina Providencia se ha complacido en adornar el alma del virtuoso y celosísimo Pastor, bajo cuya jurisdicción pasa desde ahora nuestro Santuario Nacional de Luján. Por otro lado su elogio está sobre los labios de cuantos han tenido el honor y la dicha de tratarlo.

No podemos sin embargo dejar pasar esta fecha tan memorable y sin duda tan trascendental para el porvenir de este Santuario, sin asegurar a nuestros lectores que Monseñor Espinosa siguiendo las tradiciones de los piadosos Metropolitanos que le precedieron en el gobierno, sabrá prestar a la obra de la Basílica Nacional toda la preferente atención que se merece.''

La confianza que abrigaba el P. Salvaire sobre este particular, la confirma Monseñor Espinosa en su primera Carta Pastoral de fecha 24 de Abril de 1898, en la que se leen estas significativas palabras:

''Por nuestra parte, venerados y queridos hijos, venimos con un corazón amante y ansioso de serviros, dispuestos con la gracia de Dios, a sacrificarnos por vosotros.

Con estos sentimientos desempeñaremos nuestro cargo pastoral en esta querida Diócesis de La Plata, bajo la Augusta protección de la Inmaculada Madre de Dios y del glorioso San Martín, que por disposición de nuestro venerable Metropolitano, al erigirla, con autoridad apostólica, sigue siendo el Patrono de esta esclarecida Provincia de Buenos Aires, que tantos beneficios le debe. Pero si de San Martín Obispo, nos prometemos auxilio y protección, ¿qué no debemos esperar de nuestra Madre y Señora, la Virgen de Luján, cuyo Santuario tenemos la dicha de poseer en nuestra Diócesis? Acostumbramos a invocarla, desde niño, ahora lo haremos con mayor fervor; a Ella levantaremos nuestras manos suplicantes; a Ella peregrinaremos gustoso; a Ella abriremos nuestro corazón; sus solemnidades serán las nuestras, y en unión del virtuoso e ilustrado sacerdote que la Divina Providencia le ha dado por Capellán, nada omitiremos para acrecentar su culto, fomentar su devoción y llevar a cabo la obra monumental de su futura Basílica''...

Con esta disposición de ánimo, Monseñor Espinosa no debía tardar mucho tiempo en hacer al Santuario de Luján su primera visita en calidad de Obispo Diocesano, para poner su gobierno bajo el amparo de María Santísima.

De ahí las siguientes palabras del Cura y Capellán de Luján a sus feligreses, con fecha 30 de Abril de 1898:

''El día sábado, 7 de Mayo, a la 1 p. m. llegará a esta localidad, para visitar por primera vez en su calidad de primer Obispo de la nueva Diócesis de La Plata, el Ilmo. y Rvmo. Señor Doctor Don Mariano Antonio Espinosa.

Es un deber al mismo tiempo que es tradición invariable de los pueblos cristianos y cultos hacer a los Prelados cuando por primera vez visitan un pueblo de su Diócesis, una recepción digna de la alta jerarquía que invisten y de los nobles sentimientos del pueblo.

En las circunstancias actuales nos ha sido dado enterarnos de las demostraciones de respeto y veneración que pueblos y gobiernos han tributado a porfía a los nuevos Obispos que acaban de tomar posesión de sus sedes episcopales.

¿Sería posible que olvidando sus tradiciones y desoyendo sus propios sentimientos, el religioso pueblo de Luján no dispusiera al tan querido y simpático Prelado que hoy rige los destinos de la Iglesia a que pertenece este partido, un recibimiento que dejara una vez más plenamente evidenciada la fidelidad de este vecindario a las tradiciones de religiosidad y de cultura a que en todo tiempo han sido el mejor timbre de gloria de este noble pueblo?

El Ilmo. y Rmo. Señor Obispo Espinosa, a los muchos títulos que tenía ya al afecto de este vecindario acaba de añadir uno nuevo, pues, la primera Pastoral que ha dirigido a sus amados diocesanos, no solamente ha hecho una mención especial de nuestro amado Santuario, sino que ha querido empeñar su palabra que aquí peregrinará gustoso, que nuestras solemnidades serán las suyas y que nada omitirá para acrecentar el culto de nuestra querida Virgen, fomentar su devoción y llevar a cabo la obra monumental de su futura Basílica.

Muy justo es pues, que demostremos todos nuestro sincero agradecimiento a un Prelado que demuestra tan decidida voluntad de cooperar al engrandecimiento de nuestro Santuario y por consiguiente al progreso de nuestro pueblo.

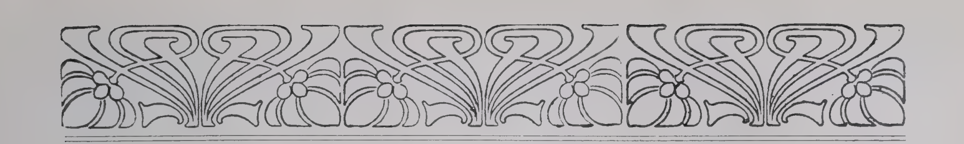
Por todos estos motivos, vuestro Cura Párroco, os invita a todos, sin distinción, católicos vecinos de Luján, a asociarnos a la recepción del Ilmo. y Rmo. Señor Obispo, Doctor Don Mariano Antonio Espinosa, que como ya se ha dicho, tendrá lugar en esta localidad el próximo sabado, 7 de Mayo, a la 1 p. m.

Oportunamente la comisión de vecinos que se ha formado para tomar las disposiciones conducentes al mejor éxito de la fiesta, publicará el programa de los diversos actos del recibimiento. — Luján 30 de Abril de 1898".

Llegado el día indicado, el recibimiento que se hizo a Monseñor Espinosa tanto en la estación, como en la plaza Colón y por fin en el Santuario, fué verdaderamente espléndido y tal como se podía esperar del empeño del P. Salvaire y de la generosa correspondencia del pueblo de Luján. Lamentamos que los límites que nos hemos prescrito y que ya tantas veces hemos ultrapasado no nos permitan entrar en pormenores.

Regocíjate en el Señor, ciudad predilecta de María. Al undécimo aniversario de la coronación de la augusta Bienhechora, se asocia el nombre del primer Obispo de La Plata, que presidirá las solemnidades con que festejas el histórico y fausto acontecimiento.





HONOR A LA VIRGEN CORONADA

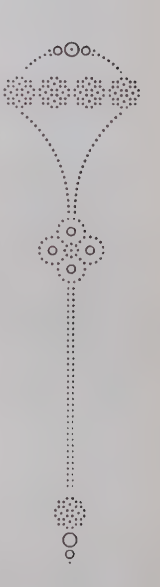
¿Quién es esta que ostenta con gallardía,
La primera corona que en fausto día
Bendijera, sapiente, la augusta diestra
Del Jerarca que rige la Grey cristiana
Para honrar a una Imagen Americana?
Es, oh Pueblo Argentino, la Virgen nuestra!

Sus magníficas fiestas hoy celebramos,
Y por eso en su Villa nos congregamos
Y a su Templo acudimos con vivo anhelo;
Confesando que es ella, la Virgen pura
De Luján, inefable sol que fulgura
Siempre igual, de la amada patria en el cielo.

¡Compatriotas! en fecha tan placentera,
Inclinemos ante Ella nuestra bandera,
Que el matiz de su traje feliz retrata,
Y: "¡Viva!" repitamos con voz sonora:
"¡Viva de nuestro Pueblo la Protectora!"
¡Viva la coronada Reina del Plata!

S. Fernández.





Estado de la Basílica en 1899 al morir el P. Salvaire.





CAPITULO IX

Fallecimiento inesperado del P. Salvaire. — Honda impresión de dolor en el pueblo y la Capital. — Sepelio en la Basílica. — Documento poco conocido.



OCAS veces ha sido impresionado un pueblo como el sábado, 4 de Febrero de 1899, lo fué Luján, a las 10.35 p. m. con la inesperada noticia del fallecimiento casi repentino del ilustrado y querido Capellán del Santuario Nacional.

Hacía 4 días que el P. Salvaire había regresado de Guardia del Monte, adonde fué a adelantar los trabajos de la Historia de la Virgen de Itatí, en casa del conocido vecino de aquel pueblo, señor Benedetti Urquiola.

Nada hacía prever que su naturaleza aún robusta dotada de tanta energía, tuviese contadas las horas de existencia. El sábado a las 9 p. m., después de reunirse como de costumbre en el despacho parroquial con los demás Padres guardianes del Santuario y dar las órdenes para el día siguiente en lo relacionado con el culto y rezar las oraciones nocturnas, se retiró a su pieza situada en el 2º piso de la antigua casa parroquial.

Una vez en el lecho que lo componía una humilde cama de hierro, a la que servía de dosel un gran cuadro de la Virgen de Luján, se sintió seriamente indispuesto, y como no ignoraba el mal que amenazaba sus días, se incorporó y tuvo fuerzas para abrir la puerta del cuarto y llegar al lateral que ocupa por el P. Briguardello, quien atendió a su primer llamado, conduciéndolo en brazos a su pieza.

Inmediatamente llegaron los demás Padres del Santuario, corriendo uno en busca del médico del enfermo, el doctor Alcibiades Reyna, quien acudió sin pérdida de tiempo a prestar sus servicios profesionales al querido enfermo.

Este, conociendo la gravedad del mal, sin perder en aquellos momentos la entereza y serenidad de las almas que cruzan el mundo sin que manche sus alas el fango del camino, pidió al P. Brignardello que lo absolviera, encerrando toda su fe y esperanza en estas sublimes palabras: "Creo en Dios, amo a Dios y espero en tí, Madre mía de Luján".

La absolución lavó la culpa si la hubo en aquella alma privilegiada, y sus labios enmudecieron, para llevar como tesoro valioso

ante el trono del Dios justiciero una vida abnegada, sus sufrimientos como apóstol y el inmenso celo que poseía como devoto y constante hijo de la Madre del Creador.

Pocos momentos después y en presencia del médico, recrudeció el ataque, siendo inútiles los recursos de la ciencia, los cuidados y afanes de los compañeros de comunidad, para remediar un mal que estaba decretado por la Providencia, debía cortar el hilo de aquella existencia tan necesaria, tan amada por los católicos argentinos.

El momento había llegado, y el P. Salvaire entregaba su alma al Creador en brazos de su médico, de su amigo el señor Vicente Comas, rodeado de todos los Padres custodios del Santuario.

—Hacía seis meses o más, el Padre Salvaire había tenido igual ataque, y ante los mismos que le asistieron en sus últimos momentos, el doctor Reyna manifestó que la enfermedad del virtuoso sacerdote era grave y que su repetición sería fatal.

El 4 de Febrero a las 10 35 p. m. se repetía el ataque y todo terminaba.

La escena que se produjo en el cuarto mortuorio puede imaginarla el lector. Allí se abrieron los corazones de sus hermanos y de los pocos amigos presentes. ¡Cuántas lágrimas mojaron la frente veneranda y prematuramente encanecida del que hacía poco rato se despedía de todos con el contento y la dulzura que le eran familiares!...

Media hora después se bajó el cadáver y se colocó en la pieza contigua al despacho parroquial, donde se había preparado la capilla ardiente.

La noticia que había circulado con la rapidez del rayo, llevó al Santuario gran número de vecinos respetables y no pocas familias que llegaban a cerciorarse de tan grande desgracia.

El domingo a las 5 a. m. ofició la misa primera el P. Brignardello, y al terminar el sagrado oficio, comunicó al público entre lágrimas y sollozos, la desgracia sufrida. La mayor parte que ignoraban el fallecimiento, pasaron a la capilla ardiente y allí se produjeron escenas conmovedoras que probaron el cariño que supo captarse el cura y capellán de nuestro Santuario.

Desde esa hora hasta las 2 p. m. no se interrumpió un sólo instante el desfile ante el cadáver, de todo el pueblo de Luján y de las numerosas familias que llegaron de la Capital.

—De 9 a 10 p. m. se rezaron los oficios de difunto, por los sacerdotes venidos de la Capital, entre ellos el Vicario General de la Diócesis de La Plata, don Francisco Alberti.

La concurrencia a este acto fué numerosísima. Durante el resto de la noche el cadáver, previamente embalsamado, fué acompañado por sacerdotes y miembros de la Congregación de la Misión.

—El lunes, día que recordará por mucho tiempo la Villa histórica, por cuyo adelanto moral y material luchó sin cesar el inolvidable capellán, fué fijado para la inhumación de sus queridos restos mortales.

En las primeras horas de la mañana llegó el Ilmo. Señor Obispo de La Plata, Monseñor Espinosa, en compañía de varios sacerdotes. La impresión sufrida por el Prelado al contemplar el cuerpo inanimado del que fué su compañero de "misiones" y por quien abrigó particular respeto y cariño, fué grande, y le arrancó exclamaciones del justo dolor que embargaba su alma.

—La afluencia del pueblo cada vez fué más grande, y a las 9.30, hora en que comenzó el solemne funeral, no había lugar en el templo para contener tan crecida concurrencia. Había a lo menos 40 sacerdotes.

El señor Obispo presidió el rezo del oficio de difuntos, teniendo a su derecha al doctor Arrache, Secretario del Arzobispado, y a su izquierda al Visitador de los R. P. Lazaristas. En seguida cantó la misa el Señor Vicario General, Pbro. Don Francisco Alberti.

A las 11 ocupó la cátedra sagrada el Ilmo. Obispo electo de San Juan, Fray Marcolino del C. Benavente.

La oración fúnebre estuvo a la altura del reputado orador. Trazó a grandes rasgos la vida del capellán desde sus primeros años, haciendo resaltar su abnegación, como misionero en las pampas argentinas; su talento y contracción como historiador de la Virgen de Luján; su genio al idear la grandiosa Basílica; las luchas y los sufrimientos que supo vencer para llevar adelante abnegadamente su empresa. Todo lo afrontó, según la frase del orador, hasta la calumnia esgrimida por plumas mercenarias, por aquellos mismos que comieron el pan de su mesa. Conoció todos los planes y maldades que se emplearon contra su persona, y para sus autores sólo tuvo el contento y la sonrisa que reflejaron siempre la nobleza de su gran corazón.

La oración del afamado orador sagrado fué notable, y en más de un pasaje arrancó lágrimas a su numeroso auditorio.

Terminado el funeral se organizó en la plaza principal, frente al templo, el cortejo fúnebre que lo formaban no menos de tres mil personas. En él se veían todas las asociaciones piadosas y las sociedades de socorro mutuo de las diversas nacionalidades.

A la 12 a. m. se sacó el féretro por la puerta principal de la iglesia, siendo conducido por varios sacerdotes, las autoridades locales y conocidos caballeros de la Capital, y custodiado por una guardia de agentes venidos de La Plata, que veló el cadáver durante el funeral.

Detrás del féretro seguía el Ilmo. Obispo con sus insignias episcopales, sacerdotes, Hijas de la Caridad y todo el pueblo de Luján.

El cortejo dió vuelta a la plaza principal y penetró por la puerta de la casa parroquial en dirección a la Basílica, en cuya cripta debía ser sepultados los restos del P. Salvaire, hasta tanto fueran enterrados en la iglesia superior donde está ahora, en el crucero Oeste.

Rezados por el Obispo los últimos responsos de práctica, hablaron los doctores Reyna, José M. Estrada y Juan B. Barnech.

Concluídos los discursos, se bajó el féretro a la tumba, en medio del silencio más solemne y significativo de todo un pueblo que rendía el último tributo al más ilustre y querido de los capellanes del histórico Santuario de Luján.

Las cartas y telegramas de pésame que se recibieron de dentro y fuera del país, fueron innumerables y no hubo diario o revista que no le dedicara algunas palabras de encomio.

Solo citaremos las de la "Voz de la Iglesia":

"¡El P. Salvaire ha muerto!.... He ahí un sacerdote grande en el templo del Señor, cuya inesperada muerte enlutará, no lo dudamos, a tres repúblicas sudamericanas, a las que estaba vinculado por lazos de afecto y en las que su nombre era pronunciado con respeto y veneración, cual se lo merecía el intérprete diligente de las aspiraciones de los fieles de estas regiones, de las tradiciones filiales del culto de la Santísima Virgen, el celoso e infatigable propagandista de los prodigios y glorias de la Soberana Protectora de las naciones hermanas.

El R. P. Salvaire no había nacido en este suelo; pero en los designios del Altísimo estaba que aquí, en nuestras playas, encontrara el escenario propio de su vocación.

El distinguido sacerdote de la Misión, muy joven aún, casi apenas sacerdote, vino a establecerse entre sus hermanos de congregación, poniendo sus aptitudes, su clara inteligencia, su seleccionada erudición y especialmente su gran voluntad para el estudio y su carácter emprendedor al servicio de la vasta Arquidiócesis de Buenos Aires.

A diferencia de otros, era un hombre múltiple, lo mismo misionero que periodista, historiador, cura e iniciador de obras benéficas para la religión y para el país, como la monumental Basílica que hoy se levanta en Luján, y cuyas magnas proporciones jamás le hicieron vacilar, sobreponiéndose a las críticas aún de ciertos piadosos que no comprendían como él, lo que debe ser un Santuario Nacional, dedicado a la Reina de los Cielos, bajo una advocación que simboliza esperanzas seculares y genuinamente argentinas.

La vida privada del P. Salvaire era la de un religioso austero, que tiene que vivir y actuar en el mundo haciéndose accesible lo mismo al católico fervoroso, que al indiferente, al despreocupado y refractario a nuestras creencias.

Por eso, por sus dotes especiales, por el don de gentes que les distinguía, por su carácter expansivo y franco, uniendo a la cultura exquisita un tino especial para mantenerse a una altura digna en las diversas circunstancias, todas las puertas le estaban abiertas, alternaba en todas las esferas sociales, y lo mismo era querido entre los humildes moradores de nuestra campaña que en el seno de las familias más distinguidas de esta metrópoli, en las ciudades y pueblos del interior y del litoral, del Uruguay y del Paraguay, buscando, persiguiendo la unión íntima, de estas Repúblicas a la nuestra por medio del vínculo indisoluble de las creencias.

Apenas designado por el Exmo. Señor Aneiros, de feliz memoria, para desempeñar su ministerio en Luján, concibió la gran idea

de reavivar, por decirlo así, el culto hasta entonces casi rutinario a la Virgen Santísima bajo la simpática advocación.

Esta era algo así como un precioso tesoro escondido a la gratitud nacional, que esperaba el hombre providencial para hacerlo brillar en todo su esplendor.

El P. Salvaire, con singular disposición para revolver archivos, confrontar documentos, depurar tradiciones y escudriñar el fondo de verdad de relatos acaso ya adulterados, con un criterio crítico notablemente ilustrado, escribió la Historia de la Virgen de Luján, ofreciendo al país en esa obra, cuyo mérito han significado en honrosísimos testimonios nuestros primeros hombres de letras, un valioso trabajo, tan importante del punto de vista religioso, que era su principal objeto, como política y socialmente considerado, por la abundancia de noticias las más interesantes que aquel contiene, relativas a nuestro génesis y evolución nacional, muchas de las que nos eran hasta entonces completamente desconocidas.

No seguiremos el minucioso relato de los trabajos y de las fatigas del querido sacerdote.

Esa será la tarea de su biógrafo, quien por cierto, encontrará como desenvolverse holgadamente en vida tan fecunda.

Duerme en paz, alma privilegiada, corazón magnánimo... Si a las tumbas de los poetas geniales dan sombra y tristeza las desmayadas ramas de los sauces; si los sepulcros de los guerreros guardan las armas de las luchas gloriosas; tu fosa abierta en el corazón de tu obra colosal recibirá la sombra de sus muros, escuchará las plegarias de los pueblos, y allá en la penumbra del altar sacrosanto, velarán cual eternos centinelas tu sueño inmortal, las tres banderas americanas que recogieron tus manos para depositarlas al pié de María de Luján.

Duerme en paz, obrero infatigable del progreso nacional.... Allí donde seguirán escuchando el ruído del martillo y la piqueta que continuarán tu obra gigantesca.... A través de sus arcos y góticas ojivas, el sol de la tarde tendrá un rayo para besar la lápida que guarda tus restos venerados.

Duerme para siempre... No interrumpirán ya tu sueño eterno, ni la envidia, ni la calumnia, ni los oídos del sectario que lentamente desgarraron tu noble y generoso corazón...

...El Angel del Señor ha abierto sus blancas y vaporosas alas y él velará tu reposo e impedirá que lleguen a tu sepulcro aquellos que acortaron los días de tu existencia.

Anticipándose a la corona que Dios tenía preparada al P. Salvaire en el cielo, daremos a conocer la que los Obispos Ríoplatenses, solicitaban de León XIII, le fuera concedida en la tierra; pero que la prematura e inesperada muerte del humilde sacerdote, ha dejado sin efecto:

Beatísimo Padre:

Los infrascriptos Prelados de las Repúblicas del Plata de la América Meridional, postrados humildemente a los pies de V. Santidad imploran la siguiente gracia: cual es conseguir de la benig-

nidad de la Santa Sede la promoción a Obispo Titular el actual Capellán del Santuario de Nuestra Señora de Luján, el R. P. Jorge M. Salvaire, lazarista, a título "mensae communis".

Es en verdad altamente benemérito ese virtuoso sacerdote, tan ejemplar e ilustrado y universalmente apreciado. Además de haber sido un misionero infatigable entre los indios, desde 1875 a 1884, ha contraído grandes títulos a nuestra gratitud y al aprecio de los fieles por sus constantes y extraordinarios esfuerzos y ardoroso celo en levantar y propagar de una manera prodigiosa la devoción a Nuestra Señora de Luján en las Repúblicas del Plata, constituyéndose su Apóstol más esclarecido sin ahorrar trabajos y sacrificios de ninguna especie, habiendo conseguido con su celo infatigable e ilustrado, reanimar de tal modo esa devoción, que es hoy día notable y extraordinario el concurso de visitantes y de peregrinos regionales y nacionales a dicho Santuario.

Además de esto ha contraído el insigne mérito de componer una historia monumental de la Virgen de Luján; ser el promotor y organizador de la Solemne Coronación de dicha imagen; el iniciador del proyecto de la Basílica monumental en construcción, llevada al estado de adelanto actual por sus esfuerzos indecibles y constantes.

Tantos y tan grandes méritos contraídos por este esclarecido hijo de San Vicente de Paúl, nos han movido a pedir a Vuestra Santidad, como premio a sus esclarecidos servicios y como un honor para el Santuario de Nuestra Señora de Luján, que su actual Capellán sea promovido a la dignidad de Obispo Titular.

Hemos querido aprovechar la ocasión de la inauguración quizás próxima del crucero de la Basílica-Santuario; y también porque creemos que, revestido de tan alta dignidad el R. P. Salvaire, será más eficaz su acción e influencia en las gestiones de allegar recursos para la terminación de la hermosa Basílica, que sin duda será la más notable de América y para el más fructuoso ejercicio de su celo de misionero. En gracia, etc.

(Firmados): Uladislao Castellano, Arzobispo de Buenos Aires.— Mariano Antonio Espinosa, Obispo de La Plata. — Juan Nepomuceno Terrero, Obispo tit. de Delcos y Aux. de B. A. — Juan Agustín Boneo, Obispo de Santa Fe. — Mariano Soler, Arzobispo de Montevideo. — Juan Sinforiano Bogarín, Obispo del Paraguay. — Matías Linares, Obispo de Salta. — Rosendo de La Lastra, Obispo de Paraná. — Pío Stella, Obispo de Amysón y Aux. de Montevideo.





IN MEMORIAM

Era llegado el día
En el que al justo la eternal Justicia
Su terminante fallo le daría
Y con su voz propicia
A su selecto hijo,
La Virgen de Luján así le dijo:

"Basta, basta, hijo amado,
"De ese afán por el bien, que no se calma,
"De esas ansias tan vivas y tan raras,
"En cuyas nobles aras
"Tu hermoso corazón han inmolado,
"Ven a tomar la inmarcesible palma
"Por mis manos tejida
"Oh, ven, alma escogida
"Que harto tu fino amor tengo probado!

"Deja la oscura tierra,
"Donde si el bien y la verdad cuidaron
"De abrirte siempre generoso paso,
"Y ante tí con respeto se inclinaron;
"Más cuidaron, acaso,
"De hacerte vil, abominable guerra,
"En su negra porfía,
"La envidia ruín y la calumnia impía!

"¡Ven! Ya la eterna Sión te ha reclamado!
"Cual madre a su hijo fiel, te reconoce,
"Pide y exige tu inefable goce,
"Que cuanto ahora cobres lo has ganado
"Una, cien y mil veces,
"En el más noble y santo apostolado,
"Donde cual astro magno resplandeces.

"Ven a la eterna Sión, a cuyas puertas
"De par en par abiertas,
"Se agolpan sus felices moradores,
"Ven que esperan con ávida mirada,
"Tu amistosa llegada,
"Multitud de esforzados confesores,
"De apóstoles sagrados y doctores,
"De mártires y púdicas doncellas,
"Ven, que te espero yo, la Reina de ellas!

"Ven y recibe mi ósculo materno,
"Cual preludio bendito
"De aquel bien infinito
"Que hallarás en el seno del Eterno!...
"Al que **debe mi culto** su victoria,
"Victoriarán los coros celestiales,
"Y en himnos inmortales
"Enlazarán su gloria con mi gloria!

Dijo la Virgen de Luján, y al cielo,
De aquel hijo escogido,
Voló el alma serena y luminosa,
Dejando en nuestro suelo
De su paso por él la acción grandiosa,
La que burlando al tiempo infatigable,
Que todo lo carcome o lo derrumba,
Librará de las sombras del olvido,
Su nombre venerable
Su memoria y su tumba!...

Al derramar las lágrimas del duelo,
Que a todos nos alcanza,
Que a todos ¡ay! nos hiere y nos abruma,
Será nuestro legítimo consuelo,
Saber que ciñe el lauro merecido,
Que ha colmado su altísima esperanza,
Que halló la dicha suma,
Que a la gloria ha nacido,
Que goza de la eterna bienandanza!

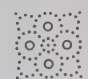
S. Fernández.

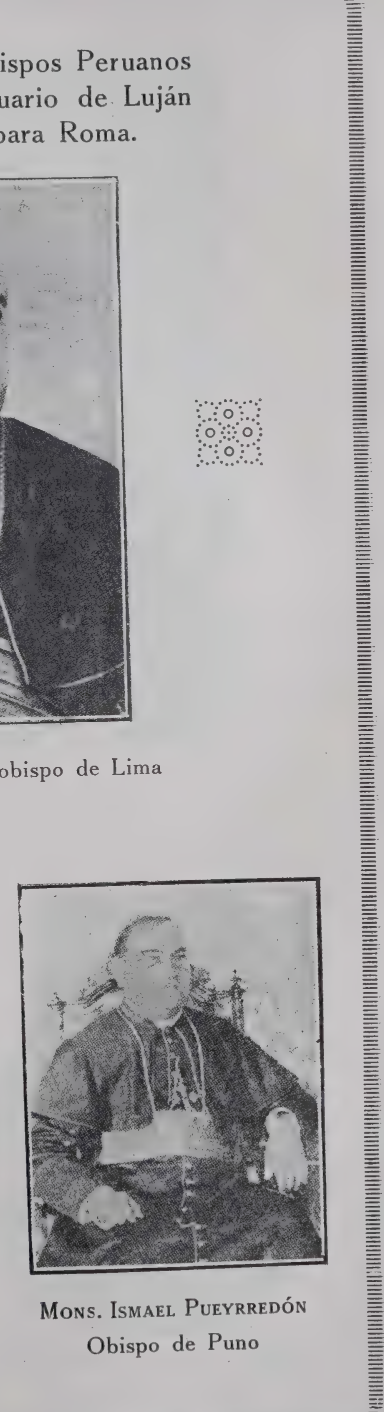
VIAJE DE LOS PRELADOS A ROMA



Ilmos. y Rvmos. señores Obispos argentinos que visitaron el Santuario de Ntra. Sra. de Luján antes de embarcarse para ir a Roma y asistir al Concilio Plenario Americano.

Ilmos. y Rvmos. Sres. Obispos Peruanos quienes visitaron el Santuario de Luján antes de embarcarse para Roma.





Mons. Manuel Tovar, Arzobispo de Lima



Mons. Juan F. Falcón
Obispo de Cuzco

Mons. Ismael Pueyrredón
Obispo de Puno

MONS. SINFORIANO BOGARIN, Obispo del Paraguay.
Visitó muchas veces el Santuario de Ntra. Sra. de Luján.



Ilmos. Sres. Obispos Chilenos que visitaron el Santuario
al partir para Roma.





MONS. PLÁCIDO LABARCA
Obispo de Concepción

MONS. FLORENCIO FUENTECILLA
Obispo de La Serena



CAPITULO X

El P. Antonio Brignardello es nombrado Cura de Luján. Peregrinación colectiva de varios Obispos Sud-Americanos antes de emprender viaje para Roma. — Corona Mariana.



L R. P. Antonio Brignardello, nacido en Buenos Aires, cursado sus estudios en el Seminario Conciliar, habiendo secundado activa y cariñosamente en vida al difunto P. Salvaire como su teniente cura desde el año 1893; el Ilmo. Señor Obispo de la Plata, Monseñor A. Espinosa en presencia del P. Visitador de los Lazaristas, R. P. Godofredo Heck lo nombró Cura y Capellán del Santuario de Nuestra Señora de Luján, regenteando dicha parroquia desde el 6 de Febrero de 1899, hasta el 17 de Marzo de 1901.

Durante su actuación se realizaron varios acontecimientos importantes y dignos de eterna recordación.

El primero fué la peregrinación a Luján de los señores Obispos Río-Platenses, Chilenos y Peruanos con objeto de postrarse ante el trono de María, consagrarle sus afectos, poniéndose bajo su maternal protección, antes de emprender viaje a Roma para asistir al Concilio Plenario Americano convocado por el Sumo Pontífice León XIII.

Efectuóse esta célebre y memorable peregrinación episcopal el 16 de Abril de 1899. Ese día la calle Real amaneció completamente embanderada, ofreciendo un aspecto festivo extraordinario.

El Santuario se hallaba profusamente adornado de colgaduras y banderas de todas las naciones sud-americanas. En el presbiterio se habían eregido dos tronos, uno para el Arzobispo, doctor don Uladislao Castellano y otro para el ilustre Diocesano, Monseñor Mariano Antonio Espinosa, y rodeando a ambos, preciosos reclinatorios para los demás Obispos nacionales y extranjeros.

Al frente de la Iglesia se destacaban los Escudos del Romano Pontífice, León XIII y de su antecesor Pío IX, y en un arco formado por los colores patrios, esta inscripción: "Leva in circuitu óculus tuos, et vide: filii tui de longe venient".

Coronaban dicho arco cuatro escudos entrelazados: el argentino, el chileno, el uruguayo y el paraguayo, y sobre ellos esta inscripción: "Paz y unión".

Alrededor del Santuario y de la Basílica en construcción; se habían colocado multitud de banderas de todas las naciones.

A la entrada de la Iglesia, esperaban a los distinguidos visitantes las congregaciones aquí establecidas, con sus correspondientes estandartes, y un numeroso pueblo.

Al descender aquellos del adornado coche en compañía de los que habían ido a recibirlo a la estación, la Banda de música hizo oir sus acordes, ejecutando escogidas piezas de su repertorio.

Al instante penetraron en el templo bajo una lluvia de flores, y en el siguiente orden: Monseñor Castellano, Arzobispo de Buenos Aires; Monseñor Fontecilla, Obispo de la Serena y Monseñor Labarca, Obispo de la Concepción, ambos chilenos; Monseñor Espinosa, Obispo de La Plata; Monseñor Boneo, Obispo de Santa Fe; Monseñor Linares, Obispo de Salta, y Monseñor de la Lastra, Obispo de Paraná. Acompañaban a los señores Obispos sus correspondientes familiares y secretarios, y un notable número de sacerdotes.

Una vez en el Santuario, dióse principio a la Misa que celebró al Altar Mayor el Ilmo. y Rmo. Señor Arzobispo Castellano al mismo tiempo que los demás Obispos en los altares laterales, mientras que en el coro se cantaban varios motetes religiosos.

Terminada las Misas y pasados al salón parroquial el Comisionado Municipal Don Juan Barnech, hizo uso de la palabra, y en un hermoso discurso como los que suele hacer, les dió la bienvenida en nombre del pueblo de Luján, haciendo votos para que su viaje fuese próspero y tranquilo, y su estada en Roma de mucho provecho para las respectivas diócesis.

Después los Obispos le felicitaron y agradecieron efusivamente, y visitaron con él las obras de la nueva Basílica, quedando muy satisfechos por su adelanto. Visitaron también la tumba del malogrado P. Salvaire, recitando fervorosos responsos, por el descanso de su alma. A las once llegaba el querido y apreciado Mons. Jara, Obispo de Ancud, y el 13 de Abril, Monseñor Bogarín, Obispo del Paraguay, quienes no pudieron unirse a la anterior comitiva por causas particulares.

Posteriormente vinieron también en piadosa romería antes de emprender su viaje a Roma, tres eminentes Prelados del Perú, los Ilmos. Tovar, Arzobispo de Lima, Pueyrredón y Falcón, Obispos de Puno y Cusco, respectivamente.

Tal es en breves palabras la noticia de estas honrosas visitas que rara vez el pueblo de Luján habrá presenciado, en circunstancias tan especiales.

Estando ya a punto de embarcarse para Roma, el Ilmo. Monseñor Espinosa, con fecha 23 de Abril de 1899, publica una última Pastoral en que demuestra una vez el interés que toma en favor de María de Luján.

"Cuando apenas terminábamos nuestra pastoral de despedida, dice, y próximos ya a dejar las playas de la patria, para dirigirnos a la Capital del orbe católico, cuando aún fresca la herida de nuestro corazón, al dejaros para responder al llamado del sumo Pastor de los pastores, y cuando aún repercuten los ecos de aquella demostración de cariño, al abandonar la Diócesis y ausentes ya de vuestro

lado, nos sentimos obligados por el amor y la gratitud a dejaros una última palabra, en el día de nuestra partida, en pro de aquella Madre, solícita y cariñosa, a quien os hemos confiado en nuestra reciente peregrinación al secular Santuario de Luján.

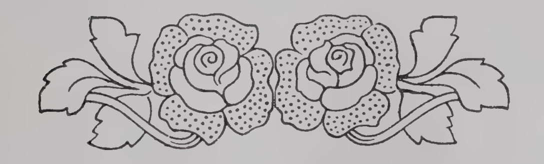
Acercándose el glorioso duodécimo aniversario de su Coronación que dentro de ocho días celebrará con pompa extraordinaria todo el pueblo; y próximo a expirar ya el siglo diez y nueve, nuestro corazón, se ha sentido conmovido en sus más delicadas fibras, en pro de esa monumental Basílica cuyos elevados picos publican a la faz de la tierra; que aún hay fe y devoción en el pueblo argentino, hacia la Emperatriz del cielo, la gloriosa Protectora de las Repúblicas del Plata, la milagrosa Virgen de Luján.

Sin embargo al separarnos hoy de nuestra Madre, quisiéramos hacer un último esfuerzo para con ella, a fin de que cuanto antes podamos contemplar terminada esta obra gigantesca que encierra el testimonio más sincero de nuestro amor y filial entrega a la gran Madre de Dios''.

Después de este preámbulo, pasa S. S. Ilma. a manifestar su deseo de que se constituya una ''Corona Mariana'' consistente en donativos de mil pesos por parte de cada una de las familias más pudientes y devotas de María Santísima, con el fin de poder adelantar las obras de la Basílica e inaugurar alguna parte de ella en el siglo XX próximo a empezarse.

Lástima grande fué que esos 100 florones de la ''Corona Mariana'' no se hayan podido labrar en la forma ideada, sino paulatina y fraccionadamente, como lo veremos más adelante.

Sea como fuere, siempre le quedará el doble mérito, al Ilmo. Monseñor Espinosa, de haber intentado labrar esta hermosa ''Corona Mariana'' y de haber empezado la suscripción con los primeros mil pesos para el primer florón antes de embarcarse.



DESPEDIDA DEL PASTOR A MARIA

Adiós, oh Madre de la patria mía,
Divina estrella que suaviza el llanto,
Cobijando a los pueblos con tu manto
Gloriosa Reina, celestial María!...

Debo partir, oh lirio inmaculado;
Debo dejarte ya, Madre querida,
Ostentando mi pecho cruel herida
Porque es triste alejarse de tu lado!...

La voz de la obediencia que es mi lema,
Me señala otro campo y otra esfera;
Voy a partir envuelto en tu bandera,
Sin otro escudo que tu sacro emblema!

Oh Virgen de Luján, cuando mi mente
Recuerda tu caricias maternales
Se adormece en tus brazos virginales
Para llegar a Dios Omnipotente.

Hoy que debo partir Madre del alma,
Vuelvo a postrarme ante tus pies de hinojos
Y bañando una lágrima mis ojos,
Vengo a buscar en tí la dulce calma.

Tú me amas lo sé, eres mi Madre...
Tú me trajiste a tu Santuario un día
Y hoy me dices que corra, Madre mía,
Tras el mandado de mi dulce Padre.

¿Me negarás, oh Emperatriz del Cielo,
Tu dulce bendición, tu tierno abrazo?
Yo sé que no, porque un eterno lazo
Me ha unido con tu amor que es mi consuelo!...

Adiós pues Madre, mi eternal consuelo!...
Debo partir lejano de tu lado,
Mas de mi pecho, acento entrecortado
Has de escuchar antes de alzar mi vuelo.

Voy a luchar cual luchan los soldados
Sin otro escudo que tu Imagen bella;
Oh Madre de Jesús, mi frente sella
Con tu nombre bendito y venerado.

Recibe, oh Madre, mi oración postrera...
Hoy la voz de mi Padre me reclama;
Es la voz del Eterno que me llama,
Donde la ley de la Obediencia impera!

J. B. L.





Los Prelados sud-americanos que concurrieron al Concilio Plenario celebrado en Roma (1899-28 de Mayo)

CAPITULO XI

Monseñor Alberti es consagrado Obispo Auxiliar y nombrado Gobernador Eclesiástico de La Plata. — Celebra en Luján su primer pontifical. — Visita del General Julio Roca, Presidente de la República.



UE doblemente fiesta en Luján el Domingo 7 de Abril de 1889: primero por ser el duodécimo aniversario de la solemne Coronación de la Virgen, y en segundo lugar por oficiar ese día de Pontifical por primera vez el nuevo Obispo titular de Siunía y Auxiliar de la Diócesis de La Plata Monseñor Don Francisco Alberti asistido de varios sacerdotes de la Capital Federal.

El Ilmo. y Rmo. Monseñor Espinosa al dejar a tan digno sacerdote al frente del gobierno de su Diócesis durante su larga ausencia a Roma, había tenido la feliz idea de aureolar su frente con la dignidad episcopal; y el nuevo Obispo a su turnò al hacerse cargo de su difícil tarea, había querido poner su gobierno bajo los auspicios de Nuestra Sra. de Luján, a quien tanto amara desde sus juveniles años.

Desde entonces se decía, que Monseñor Alberti, joven de edad, pero anciano en la virtud, estaba llamado a ser una de las columnas inconmovibles que se levantan en nuestra Iglesia, como un faro de luz para iluminar con sus resplandecientes rayos a sus hermanos y conducirlos por el sendero de la verdad y del deber con sus relevantes méritos.

Conocedor de estos méritos, el Ilmo. Monseñor Espinosa sacóle del Curato de San Isidro, donde el joven sacerdote se había ya ilustrado por su acción pastoral, y por haber edificado allí el suntuoso templo que hoy llena de hermosura aquel pueblo.

Trasladado a la nueva Diócesis de La Plata para desempeñar el honroso cargo de Vicario General, cautivóse en poco tiempo a todos los diocesanos, dando muestras de una prudencia y don de gobierno notables.

No es extraño pues que, al ausentarse para Roma, el Ilmo. Monseñor Espinosa le nombrara Gobernador Eclesiástico, para regir su Diócesis durante su larga ausencia, y que las esperanzas que había puesto en el joven Prelado no salieran fallidas.

Ayer eran numerosos Obispos, representantes de la Iglesia, los que venían a postrarse al pie del trono de María, para impetrar un

feliz viaje; hoy es el General Julio Roca, Presidente de la República, el más alto representante de la autoridad civil, que viene también a postrarse a los pies de María de Luján, para implorar luz y acierto en su gobierno.

El General Roca que siempre profesó un cariño especial a la patria, tampoco olvidó a la Virgen Americana, cuyo poder para el pueblo Argentino no ignoraba, y al efecto, el Domingo 21 de Mayo de 1899, invitado a presenciar la colocación de la primera piedra de la Colonia de Alienados en Luján, sintió revivir en su corazón la memoria de su ilustre padre que tanto lustre dió a la República, defendiendo sus derechos con la palabra y el ejemplo, y en compañía del Obispo titular de Delcos, Gobernador de la Arquidiócesis en ausencia del Arzobispo y oficiante en la ceremonia aludida, así como de sus ministros y muchos diputados y senadores, se vino al Santuario de Luján para cumplir con la Virgen.

Recibido en la Estación por las autoridades civiles y religiosas así como por una gran parte del pueblo se dirigió en carruaje hasta la Plaza Colón en medio de vivas, música, cohetes y bombas. Allí se detuvo bajo un arco de triunfo que decía: ''A Su Excelencia el Sr. Presidente de la República, el pueblo de Luján'', y al reverso: ''A los distinguidos iniciadores del Hospicio de Alienados''. Bajóse del coche y quiso desde allí dirigirse a pie hasta el Santuario, donde encontró otro arco de triunfo que decía: ''Bienvenido sea el primer Magistrado de la República'', y al reverso: ''A los distinguidos visitantes, salud y felicidad''.

Adelantándose entonces el Comisionado, Sr. Barnech, dióle con frase galana y apropiada un hermoso saludo de bienvenida, y el Señor Cura P. Brignardello le invitó a penetrar en el Paladión argentino que guarda la Taumaturga del Plata.

Allí presenció con gusto los colores que adornan el vetusto templo y allí también contempló los millares de ex-votos que tapizan sus muros, pruebas inequívocas de la milagrosa protección de María al pueblo Argentino.

Los venerandos restos del P. Salvaire se habrán conmovido en el fondo de su sepulcro en presencia del antiguo compañero del desierto que venía a ver su magna obra en favor de la Taumaturga Argentina, y darle una nueva e inequívoca aprobación.

Esta visita y este hecho que tanto dignifica al General Roca, será un nuevo fasto glorioso para los anales de este pueblo, y María de Luján al recibir su visita habrá derramado sobre la frente veneranda del patricio sus maternales bendiciones a fin de que su gobierno sea próspero y de mucho porvenir para nuestra noble Patria.

Terminado este acto de piedad filial, la comitiva se trasladó en carruaje al terreno donde debía bendecirse la piedra fundamental del nuevo edificio humanitario, distante dos leguas del pueblo y con una extensión de 535 hectáreas.

Una vez allá, el Dr. Cabred pronunció un extenso discurso, donde explicó el nuevo sistema ''open-door'', y los medios adscriptos

al nuevo establecimiento. Contestóle el General Roca, demostrando que la obra que se inauguraba representaba para el país un verdadero progreso, haciendo justicia al Dr. Cabred, por la grande obra bienhechora de que era emprendedor, haciéndose digno de la gratitud del país, y terminó haciendo votos porque sobre esa piedra que se bendecía a la sombra del gran Santuario de Luján, cayera la bendición del Altísimo llenando los fines humanitarios que ha tenido entre sus manos él y todos los que le han prestado su cooperación.

Acto continuo, Monseñor Terrero bendijo la piedra, siendo padrinos el mismo General Roca y la respetable Sra. Sara Arana de Menéndez en representación de la Sra. del Dr. Quirno Costa, que no pudo asistir.





Medalla o insignia de la Archicofradía de
Ntra. Sra. de Luján
fundada en su Santuario el 5 de Noviembre 1899.



CAPITULO XII

Visita de Monseñor Espinosa a su regreso de Roma. — Erección canónica de la Archicofradía. — Confirmación de las "Damas de Nuestra Sra. de Luján. — Publicación de varias Indulgencias.



ONSEÑOR Mariano Antonio Espinosa, Diocesano de La Plata, el apóstol y devoto de María de Luján, viene hoy 10 de Septiembre de 1899, a postrarse a los pies de su excelsa Madre, después de su regreso de Roma.

Fiel consecuente con sus ideas, manifestadas en su último documento de despedida, colocando en el regazo de la Madre de Dios a su grey querida, ha sido su primer pensamiento visitar a esa Madre de bondad, y agradecerle cariñoso los solícitos cuidados en pro de sus hijos.

Vuelve de Roma cargado de privilegios admirables en favor del Bendito Santuario de Luján y de los devotos de la gran Taumaturga del Plata.

Por fin ha quedado ya erigida de una manera definitiva la Archicofradía de Nuestra Sra. de Luján en este Santuario, como consta por el siguiente Auto de erección:

"Nos, Mariano Antonio Espinosa, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de La Plata.

Por las presentes y en virtud del Breve de Nuestro SSmo. Padre León XIII, del 29 de Julio del presente año, para mayor gloria de Dios y honra de la SSma. Virgen declaramos canónicamente erigida la Archicofradía de Nuestra Sra. de Luján en el Santuario de su nombre en esta Diócesis, pudiendo ganar las Indulgencias y agregar Cofradías en toda la República Argentina que lo solicitaren conforme a dicho Breve. Encargamos al Sr. Cura Capellán del Santuario, que haga un proyecto de Reglamento de la Archicofradía que someterá a nuestra aprobación a la brevedad posible, y nos indique las personas piadosas que deberán formar parte del primer Consejo de la Archicofradía, para nuestra aprobación. Dado en nuestro Palacio Episcopal de La Plata, a los diez y siete días del mes de Octubre de 1899. — Mariano Antonio, Obispo de La Plata.—Jeús Imaz, Pro-Secretario."

El Auto anterior de erección de la Archicofradía recibió posteriormente su pleno cumplimiento durante la primera peregrinación de La Plata, que tuvo lugar el 5 de Noviembre de 1899, y que fué el punto de partida de las que la Capital de la Provincia hace cada año.

Ante una concurrencia extraordinaria y hallándose presentes el señor Capellán y Cura del Santuario P. Brignardello y las dignas matronas que habían de constituir el primer Consejo Superior, apareció Monseñor Espinosa en la Basílica y después de dirigirles breves palabras de aliento y felicitación, impuso la medalla a las nuevas dignatarias cuya nómina había sido propuesta al Sr. Obispo por el Capellán del Santuario. Momentos después de terminada la piadosa ceremonia, levantóse un acta que firmaron juntamente con el Sr. Obispo, las presentes.

Dicha acta está concebida en los términos siguientes:

"En la Villa de Nuestra Sra. de Luján, a cinco de Noviembre de mil ochocientos noventa y nueve, el Ilustrísimo Señor Obispo de la Diócesis de La Plata, Dr. Don Mariano A. Espinosa, instituyó canónicamente la Archicofradía de Nuestra Señora de Luján, conforme al Breve de Su Santidad León XIII del 20 de Julio de 1899 y al Auto aprobando el reglamento presentado por el Capellán y nombrando como Director al mismo Capellán y Cura Vicario del Santuario, Rvdo. P. Antonio F. Brignardello; Presidenta, Sra. Enriqueta F. Fernández; Vice-Presidenta 1ª, Sra. Catalina B. de Kassey; Vice-Presidenta 2ª, Fanny B. de Gache; Secretaria, Silvia Fernández; Pro-Secretaria, Sra. Fanny G. de Fernández; Tesorera, Sra. Margarita D. de Cordiviola; Pro-Tesorera, Sra. Angélica C. de Rosselli; Consejeras, María S. de Dillón y Sra. Manny de Savage; exhordándolas a propagar con empeño la devoción y Culto de Nuestra Señora de Luján y pronta realización de la obra de su Santuario y a aumentar el número de las congregantas y agregar las otras Cofradías de la República a esta Prima-Primaria, pidiendo a la Virgen Inmaculada se digne ampararlas con su maternal bendición.

En testimonio de lo cual, firmamos las presentes en Luján, fecha *ut supra,* juntamente con el Capellán del Santuario y las dignatarias de la Asociación".

María de Luján bendiga a todos los miembros de esta piadosa Asociación Mariana, y esa bendición sea siempre el feliz augurio de plena prosperidad para todos los devotos de esta Excelsa Señora.

Al lado de la Archicofradía de Nuestra Señora de Luján habíase formado en ausencia de Monseñor Castellano y Mons. Espinosa, pero con intervención de Monseñor Terrero y Mons. Alberti, Gobernadores Eclesiásticos respectivos de la Arquidiócesis y de La Plata, una comisión de respetables señoras que bajo el título de "Damas de Nuestra Señora de Luján", tenía por fin primario y exclusivo de allegar recursos para la más pronta terminación de la Basílica Nacional, en consonancia con la pastoral lanzada por Mons. Espinosa al marcharse a Roma. Cuanto haya sido

esto del agrado de ambos Prelados Diocesanos a su regreso, consta por las repectivas cartas de felitación y ratificación que se escribieron ellos con fecha 15 de Setiembre d 1899.

La primera mesa definitiva de esta noble Comisión, tuvo por Presidenta a la distinguida dama Carolina Lagos de Pellegrini; por secretaria, a Doña Inés Ortiz Basualdo de Peña; y pro-secretaria a Doña Jerónima Lezica de Cramer.

Creáronse también seis sub-comisiones a fin de hacer más fáciles y provechosos los trabajos: una central, y otras, al Norte, Sud, Este, Oeste, Flores y Almagro.

Una vez terminados los trabajos preliminares se determinó que las presidentas de dichas subcomisiones formarían el Consejo Superior, presidido por la Presidenta General de la Comisión, Señora de Pellegrini.

Después las damas insinuaron el deseo de, coadyuvar a la terminación de la "Corona Mariana" instituída por Monseñor Espinosa para habilitar una parte de la nueva Basílica con el nuevo siglo, el año próximo, y consistente cada florón de esta Corona en la donación de 1000 pesos moneda nacional por cuotas mensuales en el plazo de un año; sin embargo ,cambiaron después de parecer y se resolvieron por una suscripción mensual de cincuenta pesos que denominaron "Corazón de oro", como así mismo en listas populares y funciones religiosas en los templos, en honor de la Santísima Virgen de Luján.

La patria quedará eternamente agradecida al sacrificio que se impusieron tan desinteresadamente dichas damas, y la religión tendrá siempre palabras de aliento y alabanzas para ellas.

—Además del privilegio de la erección canónica de la Archicofradía de Nuestra Señora de Luján, Monseñor Espinosa había traído de Roma otro, cual es el de que los fieles puedan ganar una Indulgencia Plenaria cuatro veces al año en días a determinar de una vez por todas, y también a recibir una vez al año la Bendición Papal, que implica también otra Indulgencia Plenaria.

Por Auto de 23 de Octubre de 1899, Monseñor Espinosa indica para las 4 Indulgencias: el 8 de Diciembre, día de la Inmaculada; la Octava de la fiesta de Nuestra Señora de Luján, o sea la 5ª Domínica después de Pascua; el día de la peregrinación diocesana; y la peregrinación anual de los Círculos de Obreros. Para la Bendición Papal, el día mismo de la fiesta de Nuestra Señora de Luján. Las condiciones para el logro de las 4 Indulgencias Plenarias anuales, son: Confesión, Comunión, Visita al Santuario, y rogar por las intenciones del Sumo Pontífice.



LA ARCHICOFRADIA
DE NUESTRA SEÑORA DE LUJAN

Llenando el deseo ardiente
De los fieles ¡oh, María!
Tu hermosa Archicofradía,
Se levanta floreciente.

Y si el Vicario Romano
De indulgencias la enriquece,
Con las cuales fortalece
La esperanza del cristiano;

Tú, derramas a porfía
Sobre ella gracias y dones,
Y es fuente de bendiciones,
Tu hermosa Archicofradía.

Ella fué en tu templo santo
Solemnemente fundada,
Al calor de tu mirada,
Y al abrigo de tu manto.

¿Que patrocinio más tierno
Pudiera caberle en suerte?
¿Dónde naciera más fuerte
Que en tu regazo materno?

Es ella ¡Reina del Plata!
De tu amor prenda sagrada,
Es obra por tí inspirada,
Que tus bondades retrata.

Y en tanto su lustre tienes,
Que a los que en ella se alistan,
Para que al vicio resistan
Confortas, guías, sostienes,

Su insignia, son los colores
De tu manto y tu vestido,
Y el blanco al azul unido,
Simboliza tus candores.

Con que gozo los cofrades
Sobre el pecho la ostentamos,
Cuando en unión te invocamos
Demandando tus piedades;

Cuando, dulces regocijos
Nuestras almas rebozando,
No ves, tu Imagen rodeando
Cual a una madre sus hijos;

Cuando son santo ardimiento
El Pan del alma buscamos,
Y a recibir avanzamos
El divino Sacramento.

¡Cómo entonces, oh María,
Confirmando cuanto puedes,
Nos alcanzan mil mercedes
De la Santa Eucaristía!

S. Fernández.



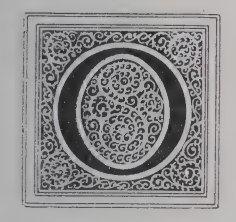


León XIII de perenne memoria para con la Sma. Virgen de Luján. Autorizó su Coronación y después la proclamó Patrona Principal de la nueva Diócesis de La Plata.



CAPITULO XIII

La Virgen de Luján es declarada y jurada oficialmente Patrona de la Provincia de Buenos Aires. — Pastoral preparatoria. — Solemne ceremonia que se efectua en el Santuario.



TRO favor muy grande que Monseñor Espinosa había solicitado y alcanzado de Su Santidad León XIII y que merece capítulo aparte por su extraordinaria importancia, es que la Virgen de Luján fuera declarada canónicamente Patrona de la Diócesis de La Plata y de toda la Provincia de Buenos Aires.

Era este uno de los más ardientes deseos de Monseñor Espinosa, que dejara ya entrever en su primera Pastoral de toma de posesión de la Diócesis, diciendo:

"Con estos sentimientos desempeñaremos nuestro cargo pastoral en esta querida Diócesis de La Plata, bajo la Augusta protección de la Inmaculada Madre de Dios y el glorioso San Martín, que por disposición de nuestro venerable Metropolitano, al erigirla, con autoridad apostólica, sigue siendo Patrono de esta esclarecida Provincia de Buenos Aires, que tantos beneficios le debe. Pero si de San Martín Obispo nos prometemos auxilio y protección, ¿qué no debemos esperar de nuestra Madre y Señora de Luján, cuyo Santuario tenemos la dicha de poseer en nuestra Diócesis?"

Con esta disposición de ánimo Monseñor Espinosa no debía tardar mucho en hacer que sea un hecho lo que tan ardientemente deseaba; y por esto una vez alcanzado, publica una Pastoral para anunciarlo a los devotos de María y preparar una gran solemnidad para celebrar dignamente tan fausto acontecimiento:

"Amados hermanos y queridos hijos nuestros:

Desde el fausto día en que nos fué comunicada la feliz nueva de haber sido declarada Patrona de la Diócesis de La Plata la Santísima Virgen de Luján, formamos el propósito de dirigiros la presente Carta Pastoral para invitaros a dar gracias con nosotros al Señor por tan señalado beneficio.

Y no sólo para dar gracias al Señor en una forma común y acostumbrada, sinó excepcional y extraordinaria, tanto para que la expresión de nuestra gratitud estuviese en lo posible, a la altura

de la merced otorgada, como para que todos se diesen cuenta de la importancia de tan singular concesión.

Ved por qué, Venerables Hermanos y amados hijos, al aproximarse el día trece de Mayo, fiesta de Nuestra Señora de Luján, se deja oir entre nosotros nuestra voz para comunicaros nuestros designios y propósitos.

El Pontífice Supremo, el Sabio y Bondadoso León XIII, felizmente reinante, accediendo benignamente a nuestras súplicas, que fueron la expresión de nuestros más vivos deseos, declaró, con fecha 29 de Noviembre del año pasado, Patrona Principal y Protectora de la Provincia de Buenos Aires y de todo el territorio de nuestra Diócesis de La Plata a la Santísima Virgen de Luján.

Esta declaración solemne, Venerables Hermanos y amados hijos, hecha por el Soberano Pontífice, es la más autorizada aprobación que pudiéramos todos anhelar, en favor de nuestro culto, de nuestro entusiasmo, de nuestro amor ardiente a María de Luján, por cuya mediación alcanzó siempre nuestro pueblo las misericordias del Señor...

Por tanto y en ejecución del mencionado Breve de Nuestro Santísimo Padre León XIII del 29 de Noviembre de 1899, declaramos y nombramos Patrona Principal de esta Diócesis de La Plata a Nuestra Señora de Luján con todos los honores litúrgicos que como a tal le corresponden y en unión de las autoridades supremas de la Provincia y de las locales del pueblo querido que tiene la dicha singular de tenerla en su seno, la juraremos como tal, en el día de su próxima solemnísima fiesta después de la Bendición Papal.

Poneos todos, amados hermanos y queridos hijos nuestros, una vez más, bajo la protección de este Excelsa Patrona, encomendad a Ella al Exmo. Sr. Presidente de la República y a los que comparten con él las tareas del Gobierno de la Nación, al ilustre Magistrado que rige los destinos de esta Provincia querida y a sus dignos cooperadores que nos han prometido acompañarnos a la bella fiesta y a nuestro Pastor, que nadie quede excluído de nuestra plegaria en ese día de bendición.

Pero sobre todo, tened muy presente al Sumo Pontífice, el sabio León XIII, a quien debemos tan insigne favor; que el Señor le conserve, lo vivifique y lo mantenga sano y feliz largos años aún aquí en la tierra y no permita que caiga en manos de sus enemigos.

La Bendición de Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo descienda sobre vosotros y permanezca para siempre. Amén''. —7 de Abril de 1900.

—Llegado el día tan deseado del 13 de Mayo, han tenido lugar en el Histórico Santuario las solemnes festividades tan ansiadas.

Se trataba pues, de un verdadero acontecimiento religioso que ha congregado en el Histórico Santuario todo lo que tiene de más distinguido la Provincia de Buenos Aires: sus mandatarios como su pueblo, sus matronas como sus niñas; el rico como el po-

bre; todos acudieron como impulsados por un sentimiento uniforme, grande y nobilísimo: el amor a María de Luján.

Desde la víspera, la llegada de Monseñor Alberti fué la señal de animación que siguió creciendo hasta el momento en que este ilustre Prelado ofició las Vísperas solemnes con asistencia de numeroso clero.

Los fuegos artificiales de la noche hicieron las delicias de numeroso pueblo, que ha hecho ya una tradición de su asistencia a estos festejos.

Pero, al día siguiente, todos los semblantes reflejaban profunda pena al creer que la pertinaz lluvia de las primeras horas impediría la realización del anunciado programa.

La noticia de que, a pesar de la lluvia, salía de La Plata la peregrinación y que venían al frente de los peregrinos el Iltmo. Señor Obispo Diocesano, doctor Espinosa, y los representantes del gobernador, doctor Bernardo de Irigoyen, que debió asistir sólo en espíritu y no de cuerpo, por hallarse indispuesto, circuló rápidamente, comunicando entusiasmo y alegría.

El tren de los peregrinos dirigido por los presbíteros Ussher, Imaz, Yanora, secundados por varios miembros de la comisión organizadora, partió de La Plata con toda exactitud a las 6.10. Hay en el convoy como 700 personas de todos los órdenes sociales.

Llegaron a Luján a las 9, cuando la lluvia había cesado, pero apesar de eso, se vieron en la necesidad de salvar el camino que media entre la estación y el Santuario, en coches y tranvía, pues el tránsito a pié era de todo punto imposible.

Una vez en la Iglesia esos peregrinos oyeron la Santa Misa, acercándose muchos al altar eucarístico, y llenada esta primera parte del progama esperaron la hora del Solemne Pontifical.

A las 10 y 10 llegó el tren oficial en que venía el Iltmo. Diocesano, el Ministro de Gobierno doctor José M. Calderón, el Ministro de Obras Públicas doctor Adolfo Saldías, Miembros de la Suprema Corte, de las Cámaras de Apelaciones, Senadores y Diputados y de un núcleo distinguido de caballeros, juntamente con los presbíteros Santiago Ussher, secretario general de la Diócesis; Guillermo Etchevertz, fiscal eclesiástico; Donato Rodríguez, notario y otros más.

Fueron recibidos a la estación por Monseñor Alberti, el señor Capellán P. Brignardello, el señor Intendente Juan R. Pizarro, los miembros de la Comisión popular tan dignamente presidida por el doctor Reyna y vecinos caracterizados de la parroquia. La banda de música del Colegio de Artes y Oficios de la Provincia, ejecutaba las más escogidas piezas de su repertorio, hábilmente dirigida por su director Luis Lizoli.

Dió realce a este acto el escuadrón de seguridad de La Plata.

Su entrada a la población, la hizo el ilustre Prelado en coche de gala, acompañado del Iltmo. Monseñor Alberti y de los señores ministros Saldías y Calderón, escoltados por soldados de caballería del escuadrón de seguridad. Al paso del Prelado un pueblo inmenso esperaba la bendición pastoral.

Las calles empavesadas con vistosos gallardetes ofrecían un golpe de vista admirable, amenizado con el estampido de bombas y los acordes de la banda de música. A la puerta del templo esperaban la comitiva oficial, todas las asociaciones piadosas y los colegios parroquiales con sus estandartes.

El Pontifical comenzó a las 11, siendo asistido Monseñor Espinosa en el trono por los Pbros. Rodríguez, Alcoba y Bertolini y en el altar, por los Pbros. Miranda y Frasca. Los dos Ministros estaban en dos sitiales colocados frente al Obispo, rodeados de los diputados y senadores.

Después del Evangelio ocupó la Cátedra del Espíritu Santo Monseñor Alberti, cuya palabra elocuente y autorizada pintó con destreza y sabiduría el más hermoso cuadro, demostrando que por cuanto al culto de María satisface las exigencias del corazón humano y por cuanto bajo el título de Luján fué la Protectora del pueblo argentino, hacíamos bien en jurarla por Patrona.

Hizo resaltar el poder de María de Luján, verdadera áncora de salvación para el individuo, la familia y la sociedad. Afirmó que la jura de la Protección de María como Patrona de la Provincia de Buenos Aires venía a confirmar una vez más que esa milagrosa Virgen había mirado siempre por los intereses bien entendidos del pueblo argentino.

Evocó de una manera conmovedora, el recuerdo de los héroes de nuestra independencia, quienes ante el altar de María de Luján hermanaron tan sabiamente la religión y el patriotismo.

Invitó a seguir tan noble ejemplo a los que hoy día manejan las riendas del gobierno, valiéndose del Patrocinio de Nuestra Señora de Luján. Ello era más que nunca oportuno, puesto que se la proclamaba canónicamente y de un modo oficial Patrona de la noble y rica Provincia de Buenos Aires. Su discurso fué conceptuoso, su frase precisa, su declamación, como siempre, acomodada al tema.

Terminada la misa, Mons. Espinosa dió la Bendición Papal. Luego subió al púlpito el Capellán del Santuario, P. Brignardello, quién leyó el Decreto Pontificio que concede por Patrona de la Diócesis Platense a la Virgen Santísima bajo la advocación de Luján, la nota por la que el Obispo pide al gobernador de la Provincia su concurso y presencia en la ceremonia, y la contestación afirmativa del último.

Acto continuo, comparecieron ante el Ilmo. Señor Obispo los Ministros de Gobierno y de Obras Públicas a quienes preguntó si juraban por Patrona de la Provincia a la Virgen de Luján a lo que contestaron asintiendo. Elevando entonces la voz el Sr. Obispo, hizo tres veces la misma pregunta al pueblo, el cual cada vez respondió con entusiasmo: "Sí, la juramos".

Un ¡viva! resonó en el ámbito de la iglesia, las campanas se echaron al vuelo, las bombas atronaron los aires, la banda ejecutó el himno nacional, mientras el Sr. Obispo acompañado del Clero se dirigía al altar para entonar el "Te Deum" de acción de gracias.

Al final, el Señor Obispo leyó el siguiente documento con el corazón conmovido en medio de los gritos de: ¡Viva María de Luján! y las lágrimas de muchos circunstantes:

"Para mayor gloria de Dios, honra de su Santísima Madre y provecho del Pueblo Cristiano, en virtud de la Autorización que se acaba de leer del Sumo Pontífice, declaramos, nombramos y constituímos Patrona Principal de la Diócesis de La Plata a la Santísima Virgen bajo el título de Nuestra Señora de Luján, con todos los honores, perrogativas y privilegios que como a tal le corresponden y mandamos que como tal sea tenida por todos". — Así sea, respondieron a una voz todos los circunstantes.

El espectáculo ha sido grandioso y sublime, de esos que no solamente hieren la imaginación y levantan el espíritu humano a las regiones de la luz, si no que graban en el corazón los recuerdos imperecederos de las impresiones más gratas en la vida de los cristianos.

Formulemos un voto íntimo del alma, porque su amor perenne sea en el presente y el porvenir el centro de gravedad del sentimiento argentino y la fuente perpetua donde vayan a beber raudales de inspiraciones las generaciones futuras.

A LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES AL JURAR POR PATRONA A MARIA DE LUJAN

De laureles y de rosas
Que acrecienten tus donaires
Y tus gracias primorosas,
Ciñe tus sienes hermosas
¡Noble y gentil Buenos Aires!

Y en mil grupos fraternales,
Entre santos regocijos
A Luján, donde sus reales
María asentó, leales,
¡Corran hoy todos tus hijos!

Allí, a la dulce sombra
De su Santuario eminente,
Que con respeto se nombra,
Donde todo nos asombra
Porque todo es sorprendente;

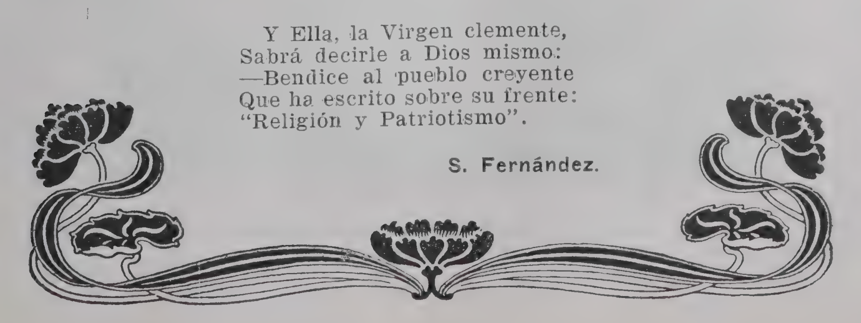
Ante ese trono de gloria,
Donde a María invocaron
Los que honran la Patria-historia,
Los que al grito de ¡Victoria!
La libertad te alcanzaron;

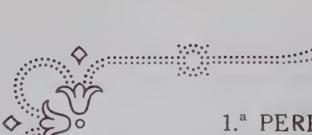
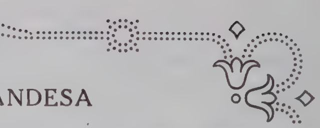
Tus hijos, ¡oh tierra amada
Oh, Buenos Aires, sus preces,
Su amor y su fe acendrada
A María Inmaculada,
Rindan hoy, cien y mil veces.

Y que al jurarla en su fiesta
Por su Patrona divina
Formulen noble protesta
De siempre ostentar, en hiesta
La Cruz que al mundo ilumina.

Y Ella, la Virgen clemente,
Sabrá decirle a Dios mismo:
—Bendice al pueblo creyente
Que ha escrito sobre su frente:
"Religión y Patriotismo".

S. Fernández.



1.ª PEREGRINACION IRLANDESA



Congregación de Hijas de María - Colegio Irlandés.



Peregrinos que van a tomar el tren.



Los peregrinos irlandeses en la Basílica de Luján.

CAPITULO XIV

Traslado de Monseñor Espinosa al Arzobispado de Buenos Aires. — Peregrinación de despedida a Luján. — Nombramiento de Monseñor Terrero. — Su primera visita oficial al Santuario. — Primera peregrinación general de los irlandeses



UERE inesperadamente en Córdoba el Ilmo. Monseñor Castellano, y como si María de Luján no quisiese tardar mucho en recompensar a Monseñor Espinosa por todo lo que él hiciera en su honor, con fecha 28 de Mayo de 1900, se ve éste en el caso de dirigir al ministro de Relaciones y Culto, doctor Amancio Alcorta, la nota siguiente:

Excmo. Señor: He tenido el honor de recibir la nota de V. E. del 23 del corriente y al mismo tiempo copia legalizada del decreto dado en la misma fecha por el Excmo. Señor Presidente de la República disponiendo que mi humilde persona, que figura en primer lugar en la Terna del H. Senado de la Nación, sea presentada a la Santa Sede para el Arzobispado de la Arquidiócesis de Buenos Aires.

El conocimiento de mi propia insuficiencia y de las esclarecidas virtudes que adornaron a los grandes Arzobispos Escalada, Aneiros y Castellano, me hubiera inducido ciertamente a declinar tan honrosa designación si las palabras de aliento que me han dirigido mis Venerables Hermanos en el Episcopado, el clero y ciudadanos espectables de toda la República, y en especial de la Capital Federal corroboradas con los deseos del Excmo. Señor Presidente de la República y de V. E. manifestadas en la referida nota y que juzgo intérpretes de los del H. Senado Nacional, no me hubiesen obligado a sobreponerme a mis vacilaciones, aceptando como desde ya acepto, que se promuevan ante la Santa Sede en mi favor las gestiones necesarias para la provisión del Arzobispado.

Si el Sumo Pontífice estima conveniente revestirme de tan alta dignidad, veré en ello una prueba de la voluntad de Dios que exige de mí este nuevo sacrificio en servicio de la Santa Iglesia a quien amo y por cuya gloria he hecho cuanto he podido, y de El esperaré fuerzas iguales a la necesidad y a los débiles medios de que quiere disponer para sus altos fines.

Quiera V. E. poner en conocimiento del Excmo. Señor Presidente de la República el contenido de la presente con los sentimientos de mi más profunda gratitud por el honor que inmerecidamente me ha discernido y aceptar las seguridades de mi más distinguida consideración. Dios guarde, etc.

—Con fecha 10 de Noviembre, Monseñor Espinosa ya puede nombrar al Ilmo. Obispo de Siunía, don Francisco Alberti, Vicario Pro Capitular de la Diócesis de La Plata, para que la gobierne mientras no tome posesión de ella el futuro nuevo Obispo Diocesano.

Finalmente el domingo 18 de Noviembre, Monseñor Espinosa, en medio de numerosos Obispos nacionales y extranjeros, recibe en la Catedral de manos del Internuncio, Monseñor Sabatucci, el sagrado Palio, insignia de su dignidad de Metropolitano.

El jueves 22 de Noviembre, Monseñor Espinosa viene a Luján en piadosa peregrinación para poner el gobierno de la Arquidiócesis bajo los auspicios de su buena Madre María de Luján. Le acompañan en tan piadoso acto: Monseñor Soler, Arzobispo de Montevideo; Monseñor Marcelino Benavente, Obispo de Cuyo; Monseñor Francisco Alberti, Vicario Pro-Capitular de La Plata; Monseñor Costamagna, Obispo Titular de Colonia; Monseñor Aquilino Ferreira, Obispo Auxiliar de Córdoba; Monseñor Nicolás Luquese, Provisor de Montevideo; varios Provinciales de Ordenes religiosas y Congregaciones, entre los que estaba el P. Revelliére de los Lazaristas, y una multitud de sacerdotes seculares y regulares.

El Arzobispo celebró la misa de Comunión que fué muy concurrida; y por la tarde ocupó el púlpito Monseñor Benavente, Obispo de Cuyo, quien hizo un discurso apropiado al acto, teniendo pasajes que conmovieron a los oyentes. Expuso con su elocuencia y naturalidad conocidas la importancia del Culto de la Virgen de Luján en la familia, en la sociedad y en la historia argentina desde el punto de vista civil y religioso.

En el libro de la Virgen se encontró escrita la siguiente declaración: "Luján, Noviembre de 1900: Madre y Señora de Luján: Al dejar la Diócesis de La Plata, vine a daros las gracias por los beneficios que con ella me habéis dispensado. Ahora, al ser promovido al Arzobispado de Buenos Aires, vengo de nuevo a implorar vuestra protección para la nueva y difícil tarea que emprendo, confiado en vuestro patrocinio jamás invocado en vano. — Mariano Antonio, Arzobispo de Buenos Aires".

Monseñor Espinosa en su Pastoral de despedida de la Diócesis de La Plata, le decía a ésta que se consolara por cuanto su viudez no sería muy larga. En efecto, con fecha 3 de Mayo de 1901, Monseñor Doctor Juan Nepomuceno Terrero tomaba posesión de la Diócesis de La Plata y publicaba una hermosa Pastoral, al fin de la cual volviendo naturalmente sus ojos hacia la Virgen de Luján, decía:

"No podemos ni deseamos terminar esta nuestra primera Carta Pastoral, sin manifestaros que la Madre de Dios, la cual ha amado con predilección a la Provincia de Buenos Aires, eligiendo en ella

un sitio predilecto, para desde el Santuario de Luján y por medio de la milagrosa Imagen, que recuerda le misterio de su Inmaculada Concepción, derramar a manos llenas sus gracias y misericordias, no sólo sobre el pueblo argentino, sino sobre las Repúblicas Hermanas del Uruguay y Paraguay, es nuestra esperanza: en Ella hemos puesto toda nuestra confianza, a Ella hemos pedido ilumine y guíe todos nuestros pasos, que se muestre verdaderamente Madre y Patrona de esta vasta Diócesis, para que obligando nuestra gratitud, corramos al olor de sus perfumes, a visitar su santa morada en piadosas peregrinaciones, como la que han de realizar en breve los hijos de la Católica Irlanda y sus descendientes argentinos, siempre tan adictos hijos de la Iglesia y cuyo ejemplo sirve de gran edificación''.

La peregrinación de los Irlandeses a que alude aquí Monseñor Terrero debía efectuarse el domingo, 17 de Marzo de 1901; y el piadoso Obispo sin más tardar la aprovecha para venir también a postrarse ante nuestra buena Madre de Luján y encomendarle su gobierno espiritual, invitando a Monseñor Espinosa con ese mismo objeto. El Ilmo. Monseñor Terrero celebró la misa en la Iglesia antigua, y Monseñor Espinosa, ofició de Pontifical a las 10, asistido por los sacerdotes irlandeses, en la nueva Basílica. Durante la función cinco respetables caballeros de la Colonia Irlandesa, hacían la guardia de honor junto al altar, a la bandera Argentina y al lado del Evangelio, y a la Irlandesa al lado de la Epístola.

Los peregrinos eran como unos 9.000 y todos ellos estuvieron profundamente recogidos en espíritu durante toda la ceremonia.

Terminado el Evangelio el R. P. Patricio O'Grady ocupó la cátedra sagrada, presentando en inglés con vivos colores la vida apostólica de San Patricio, y describiendo con lenguaje conmovedor las desgracias de Irlanda y la constancia admirable de sus hijos para mantener su fe y su religión.

Desde aquel día, la antigua bandera irlandesa, con su Arpa y su Trébol de oro, sobre campo enteramente verde, como la Verde Erín, figura ante Nuestra Señora de Luján en su Camarín, como suplicando su independencia y autonomía, cosas que ya consiguió e nparte notable, como todos sabemos.

A los pocos días los irlandeses enviaban al Santuario una hermosa placa de bronce, conmemorativa de su primera peregrinación general. Está escrita en dos lenguas, y dividida en dos columnas distintas; en la de derecha, junto a la imagen simbólica de la República Argentina, está escrita en español, y a la izquierda junto a la de Irlanda está en celtico, primitivo idioma de la Verde Erín. En ambas dice:

''En recuerdo de la primera peregrinación general irlandesa de 9.000 personas al Santuario de Nuestra Señora de Luján, presidida por el Excmo. Señor Arzobispo de Buenos Aires, doctor Espinosa y el Ilmo. Obispo de La Plata, doctor Terrero, el 17 de Marzo de 1901, fiesta de San Patricio, primera del Siglo XX. — Testimonio de fe y patriotismo.

LA PEREGRINACION IRLANDESA

¿A qué, este clamoreo,
Eco fiel de emociones populares?
¿A do vuelan en alas del deseo
Esas gentes que dejan sus hogares?
¿Qué furor los arrastra?
¿Qué fuego las anima?
¿Es la ciega pasión o el heroismo?
¿Corren de la virtud a la ardua cima
O a arrojarse del crimen al abismo?

Desechad el temor de vuestro seno:
Esa ondulante multitud que avanza
Con sesga frente y corazón sereno,
No es el pueblo que corre a la venganza;
No es el monstruo cruel, que a los mortales
Dicta insensato del terror las leyes;
No es la sierpe de anillos colosales
Que derriba los tronos de los reyes;

Más noble ardor el pecho les inflama
Más noble objeto sus pisadas guía;
La voz de Dios los llama
Y el dulcísimo acento de María.
¡Ved cuán majestuoso se levanta!
¡Cuál enarbolan sus alzadas manos
De verde y gualda la bandera santa!
¡Cómo amoroso canta
El solo anhelo que su pecho encierra:
Posar los labios en la misma tierra
Donde la Virgen afirmó la planta!

¡Salve! ¡salve! animosos peregrinos,
Ricos de amor y de valor no escasos:
Seguid vuestros caminos,
Que los ángeles cuentan vuestros pasos,
Y si os lanzan sus hordas mundanales
Las huestes infernales,
Si a abriros calle la impiedad se niega,
Decidles con nobleza y valentía:
¡Paso! infelices que el orgullo ciega,
¡Paso! falange impía
¡Paso a la Religión, paso a María.

Verde Erín.





CAPITULO XV

El Ilmo. y Rmo. Monseñor Terrero hace su primer acto administrativo a los pies de la Virgen de Luján y para ella nombrando al P. Dávani, cura de esta parroquia. Sus primeros trabajos.



L primer acto administrativo del Ilmo. Monseñor Terrero fué nombrar al P. Davani, cura y capellán de Nuestra Señora de Luján. Hizo ese nombramiento el mismo día en que se efectuaba la peregrinación de los irlandeses, a la que había acudido el Visitador o Provincial de los Lazaristas, como hemos dicho; siendo el P. Brignardello designado ya para misionar en Montevideo, como sucediera con sus ilustres predecesores el P. Salvaire y el P. George.

Nombrado el P. Davani con fecha 17 de Marzo de 1901, sólo pudo tomar posesión del Curato el 14 de Abril por compromisos ineludibles anteriormente contraídos. Su despacho fué leído ese domingo a la misa cantada de las 10.

El P. Vicente María Davani no era un desconocido en Luján; había estado aquí bajo el P. Salvaire, y conocía perfectamente bien todas sus ideas y proyectos. Era verdaderamente el hombre de la situación del momento, como sus predecesores lo habían sido del suyo. Tenía todo lo preciso para llevar adelante la obra del Santuario: gran penetración de espíritu, extraordinaria fuerza de voluntad y salud a toda prueba; era una mano de hierro aunque no siempre metida en un guante de terciopelo, como lo quisiera el proverbio. Pero esto no era del todo malo en aquellas circunstancias: soplaban vientos de tempestad en el terreno social; el espíritu de los trabajadores empezaba a malearse y surgían huelgas en todas partes, con gran perjuicio de las obras.

Era preciso salvar de este peligro las del Santuario a todo trance. Como buen psicólogo y diestro administrador, se adelantó al movimiento: repartió mejor las horas del trabajo y aumentó en algo la paga de los jornaleros; pero hecho lo que estimaba ser justo y equitativo, se mostró inflexible para cualquier otra cosa, que no fuera un acto transitorio de caridad en circunstncia excepcional.

Sabido es que la Basílica debía edificarse en dos fracciones sucesivas para no interrumpir en ningún tiempo los cultos parroquiales. La primera comprendía la mitad posterior del nuevo San-

tuario, esto es, el ábside con las once capillas que lo circundan, los dos grandes cruceros y seis capillas del cuerpo de la Iglesia, tres a cada lado; la segunda fracción comprendía el complicado frente flanqueado de sus dos torres principales y todo lo restante del cuerpo de la Iglesia, en cuyo costado oriental estaba todavía en pie el antiguo Santuario para el culto.

Cuando el P. Dávani se hizo cargo de la obra, el ábside y el crucero Occidental habían alcanzado la mitad de los ventanales superiores; el crucero Oriental estaba solo en parte construído, por internarse en él parte del antiguo Santuario, y las 6 capillas, 3 a cada lado estaban solo empezadas.

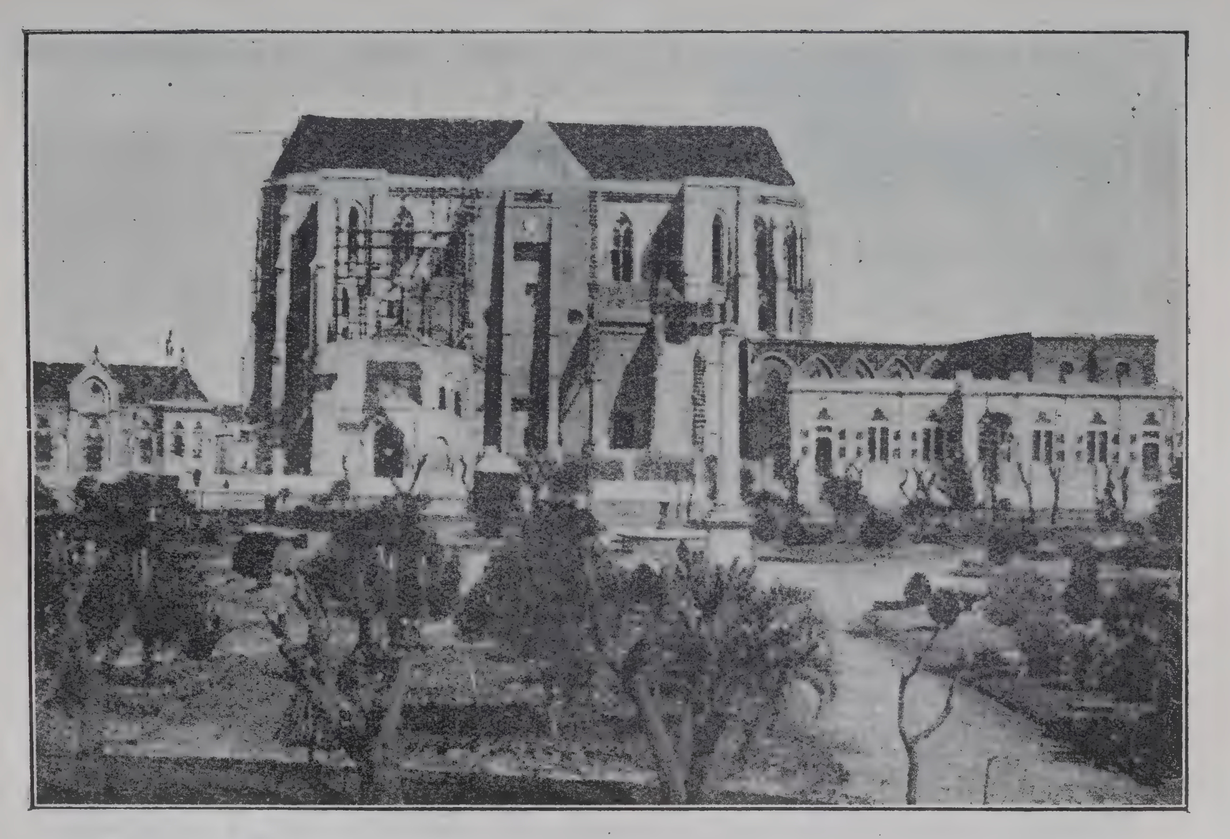
En el primer informe que el P. Dávani eleva a la consideración del Señor Obispo, anuncia que el crucero Oriental, que en su construcción obligó la demolición parcial del antiguo Santuario, estaba casi terminado, pudiéndose admirar sus elevados muros, la elegancia y las proporciones de sus ventanas tanto altas como medias y bajas, así como su gran capacidad''.

El día 23 de Mayo de 1902 pasó a mejor vida la respetable matrona doña Eufemia Peñalva, viuda de Maldonado, el generoso donante al Santuario de la casa y terrenos de la esquina Oeste, que le faltaba todavía para tener la manzana entera y desenvolverse debidamente.

Inmediatamente el P. Dávani entrando legalmente en posesión del viejo caserío, procedió a su demolición, y levantó un poco más adentro con frente a la plaza la mitad que aún faltaba del cuadrilatero que forma la casa parroquial y que el P. Salvaire no había podido construir por entero por no disponer del terreno necesario.

Los terrenos donados por la benemérita familia de Maldonado, se extendían al Oeste hasta la barranca del Río Luján, limitada ahora por el terraplén de resguardo que mandó construir el Gobierno. En esos terrenos es donde el P. Dávani levantó más tarde el ''Descanso de Peregrinos'' manzana entera rodeada de edificios entre los que se cuenta un gran Salón de Actos, varias dependencias del Santuario, y que ofrece gratuitamente a los peregrinos, arboleda, mesas, bancos, claustros y agua fresca semi-surgente.





Conclusión e inauguración de la parte posterior de la Basílica. — 1904

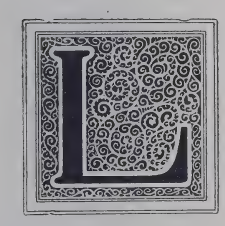


Grandiosa manifestación de fe y amor a la Sra. Virgen de Luján, asistiendo más de 30.000 devotos a la traslación de la Venerable Imagen al nuevo Camarín el día 4 de Diciembre de 1904.



CAPITULO XVI

Traslación de la Bendita Imagen a su nuevo Camarín. —Pastoral preparatoria. — Narración del fausto acontecimiento. — Tercera Conferencia del Episcopado Argentino.



A Iglesia Católica en Diciembre de 1904, estaba en vísperas de celebrar el quincuagésimo aniversario de la solemne proclamación del Dogma de la Inmaculada Concepción de María, hecha el 8 de Diciembre de 1854, en pleno Concilio Vaticano por el inmortal Pío IX, llamado por eso el Papa de la Inmaculada, a cuyo Misterio está dedicado nuestra Bendita Virgen de Luján, y cuya milagrosa Imagen, este mismo Papa, cuando era todavía simple Canónigo, de viaje para Chile con el Nuncio Monseñor Juan Muzzi, en 1824, había tenido ocasión de venerar en su piadoso Camarín.

¿Qué circunstancia más favorable para inaugurar la parte ya concluída de nuestra magna Basílica de Luján?

Tan feliz coincidencia no podía pasar desapercibida a los ojos de Monseñor Terrero, tan devoto de nuestra gran Taumaturga Argentina.

Y por eso, con fecha 25 de Noviembre de ese mismo año de 1904, publica una Carta Pastoral en que su corazón rebosa de júbilo, al anunciar a los fieles la conveniencia que existe de unir para siempre con cadena de oro estos dos grandes acontecimientos.

"Amados hijos, dice. Si hay una ocasión en que un Pastor hable a sus hermanos e hijos con el corazón henchido de alegría y lleno de gratitud hacia el Altísimo, es sin duda ésta; porque desea recordarles una de las glorias de María e incitarlos a celebrar con muestras elocuentes de devoción el quincuagésimo aniversario de la definición del dogma de la Inmaculada Concepción de la Madre de Dios y Madre de los hombres.

Rebosando de júbilo nos dirigimos a vosotros en esta circunstancia, porque al meditar en el singular privilegio, no sólo contemplamos la grandeza, la hermosura y la predilección de que ha sido objeto Aquella a quien, al compararla con las almas justas, se le puede decir con verdad "como el lirio entre las espinas así es mi amiga entre mis hijas": sino que vemos significada y sublimada en ella nuestra naturaleza, ya que por ser escogida para Madre de Dios y en atención a los méritos de su Divino Hijo, fué preservada

de la culpa de origen en que incurrimos por la desobediencia de nuestros primeros padres...

Con razón, pues, nos vemos obligados a exclamar, en presencia de los libros sagrados de los escritos de los Santos Padres y doctores de la Iglesia, de la tradición unánime y constante, del sentimiento de los fieles y de la palabra infalible del Vicario de Jesucristo, que resonó hace cincuenta años en la Basílica de San Pedro: "Eres toda hermosa y no hay en tí la mancha original".

Como un hijo se siente orgulloso al proclamar las excelencias de su madre, así los católicos hijos de María, poseídos de un santo orgullo y de un justo júbilo, ofrecemos a la Reina de los cielos las flores de la naturaleza, nuestros cánticos, los latidos de nuestro corazón, las virtudes de nuestras almas, los anhelos de nuestro espíritu y por fin *"un trono hermoso"* donde repose para siempre su milagrosa Imagen, tesoro inapreciable que conservamos en Luján, don inefable del cielo y muestra evidente de la predilección de María por el pueblo que la recibió con amor y la conserva con gratitud.

Pusimos todo nuestro empeño a fin de depositar con pompa digna de María, la venerable Imagen que se halla en el Santuario Nacional y desde la cual la Virgen Inmaculada ha escuchado y atendido tantas súplicas, enjugado muchas lágrimas, confortado numerosos corazones, convertido un sin número de almas extraviadas, y sostenido siempre a los débiles que acuden a Ella en busca de fuerza para el combate; y nos complacemos en declarar que encontramos la más decidida cooperación de parte de las personas, cuyo óbolo solicitamos animados del amor a la Madre de Dios, y convencidos de que esas generosas dádivas se traducirán en beneficios espirituales y temporales, otorgados a manos llenas por la que es Tesorera de las gracias del cielo.

Nuestras esperanzas se han realizado y como un homenaje a la Purísima Concepción de María, su Imagen que en este misterio es venerada en ese Santuario, "será trasladada definitivamente a su nuevo trono, el día 4 de Diciembre". La Diócesis de La Plata que la reconoce por Patrona debe asociarse a estos solemnes cultos y asistir en devota peregrinación a Luján, donde nos espera María como otras veces, para llamarnos sus hijos y colmarnos de favores...

Para conmemorar debidamente este fausto aniversario hemos resuelto:

1º Asistir el día 4 de Diciembre al Santuario de Nuestra Señora de Luján, y recibir allí la Bendición Papal, que dará el Venerable Metropolitano.

2º Celebrar de Pontifical, predicar y dar la Bendición Papal en nuestra Iglesia Catedral seguida del Te Déum, el día 8 de Diciembre y asistir a la solemne procesión que saldrá del templo de S. Francisco por la tarde.

3º Bendecir la Imagen de Nuestra Señora de Luján que se venera en el antiguo Camarín anexado a la Iglesia de San Ponciano, el día 11.

4º Asistir a la procesión que partiendo de San Ponciano se detendrá en la Catedral, para presenciar la bendición de la piedra

fundamental del monumento que las Hijas de María de la República dedican a la Inmmaculada Concepción; y el mismo día consagrar la Diócesis a la Madre de Dios en este misterio que es una de sus mayores glorias.

Deseamos que todos nos acompañen en estos actos de amor, devoción y gratitud a nuestra Excelsa Reina y Madre, y les enviamos nuestra Pastoral Bendición. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo".

Los deseos paternales de Monseñor Terrero fueron cumplidos: la concurrencia a Luján fué enorme. Mons. Isasa había traído numerosos peregrinos de Montevideo; el Ilmo. Señor Arzobispo los feligreses de la Capital Federal, el Ilmo. Mons. Alberti encabezaba los de La Plata y Mons. Romero llegó a las 9 con gran número de peregrinos, que habían faltado al primer tren.

El interior del Santuario ofrecía un aspecto hermosísimo a pesar de no haberse podido recibir con tiempo el Altar-Mayor prometido, que fué reemplazado con un altar provisorio exquisitamente adornado y suplía admirablemente a aquél.

En el antiguo Santuario desde donde debía salir la procesión se agolpaban todos los que debían tomar parte en ella. Los sacerdotes dirigentes no se daban momento de reposo, señalando a cada Asociación, precedida de su estandarte, el puesto que le correspondía.

Figuraban en primer término la Cruz parroquial a la que seguían 150 seminaristas de V. Devoto y numerosos sacerdotes con sobrepelliz, formando largas filas. A continuación la Venerada Imagen, llevada en andas y bajo precioso dosel por cuatro sacerdotes con capas pluviales. Detrás el Excmo. Sr. Arzobispo de Bs. Aires, Mons. Mariano A. Espinosa, quien llevaba a su derecha a Mons. Terrero y Mons. Isasa, y a su izquierda, a Mons. Romero y Mons. Alberti.

Formaban en seguida las Sociedades diversas de la localidad con sus hermosas banderas, las Cofradías con sus estandartes y por fin, un pueblo inmenso que se calculó por lo bajo en 20.000 personas y que se movía, naturalmente, con mucha dificultad.

Imposible explicar el entusiasmo que reinó durante el solemnísimo acto. Todo el mundo dobla la rodilla en el momento de salir la Milagrosa Imagencita; las banderas se inclinan en señal de respecto, las bombas atruenan los aires, óyense las armoniosas dianas que ejecutan las bandas de música, y en todos los rostros se refleja el sentimiento de júbilo que era la característica dominante.

Miles de personas rodeando la Imagen de María de Luján la acompañan alrededor de la plaza Belgrano y palpitantes de emoción, arrebatados en transportes de alegría, penetran en el templo y llenan las amplias naves, los cruceros, el presbiterio, el Altar-Mayor... ¡Solemnísimo instante, de ventura lleno! El Ilmo. Sr. Obispo de La Plata, visiblemente afectado, humedecidos sus ojos por tiernas lágrimas, reflejo de los profundos sentimientos que le embargan, aparece en lo alto del Altar llevando en sus manos la prodigiosa Imagen, que no se sabe cómo no fué estrujada, pero que

él con suaves cuidados coloca en el suntuoso nicho, auxiliado por el Sr. Capellán del Santuario, Rdo. P. Davani; y desbordando después todo su amor inicia con grandioso entusiasmo un aplauso, que es repetido por toda la multitud, mientras los aires repercuten con vivas prolongados a Nuestra Señora de Luján; y entre sollozos y plegarias, suspiros y flores, e iluminado por una artística aureola de luz eléctrica, aparece ya en su Trono nuestra amadísima Madre, derramando copiosas bendiciones sobre el pueblo que la invoca con ardorosa piedad.

Duran varios minutos esas devotas manifestaciones de la multitud que acudió ansiosa y anhelante a rendir este homenaje de cariñoso afecto a la celestial Señora.

A las 10.20 minutos, comienza el solemne Ponfical oficiado por el Excmo. Arzobispo Mons. Espinosa, asistido por las mayores dignidades presentes del clero, presenciado por María de Luján desde lo alto de su trono, rodeado de los señores Obispos en sus respectivos sitiales, y estando a un lado del Presbiterio las Damas de Nuestra Señora de Luján y del otro, las diversas autoridades y distinguidos caballeros..

Puso, finalmente, término a la brillante ceremonia la Bendición Papal impartida por Mons. Espinosa al pueblo que, postrado de hinojos, recibía tan bondadosa prueba de cariño del Vicario de Jesucristo N. S. Padre León XIII.

A la 1 p. m., congregáronse otra vez los romeros al pie de María para coronarla con las místicas rosas del santo Rosario. Después ocupó la sagrada cátedra Mons. Romero, quien con su acostumbrado apostólica elocuencia glosó la ceremonia del día: mostró la influencia que el culto de Ntra. Sra. de Luján ejerce en la República. Hizo resaltar la piedad de nuestros antepasados, y probó que las gloriosas demostraciones de hoy, se dirigen a acrescentar en el pueblo aquella fe y aquella devoción de que tanto alarde hacían nuestros padres. Coronó aquella ceremonia la Bendición con S. D. Majestad, oficiada por el Sr. Arzobispo, Espinosa.

A las 3 comenzó el desfile de los peregrinos y pocos momentos después salían los trenes conduciendo a los piadosos romeros. El repique de las campanas, el estallido de las bombas, las aclamaciones incesantes de la multitud que daba rienda suelta a sus sentimientos, ofrecían un aspecto verdaderamente maravilloso.

El espléndido acto terminó colmando ampliamente las esperanzas de todos; Prelados, sacerdotes, peregrinos y pueblo de Luján han visto satisfechos sus anhelos con las conmovedoras ceremonias de la entronización de María.

—¿Nos extrañaremos, después de esto, que el Episcopado Argentino resolviera celebrar en Luján su próxima conferencia colectiva, en que estudia lo que mejor conviene a esta Provincia Eclesiástica?

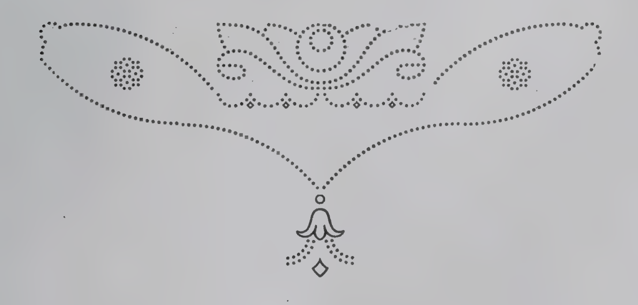
No, por cierto: es la cosa más natural. Aquí vinieron, pues, en 1909, a conferenciar y a orar al pie del trono de la que es el asiento de la Sabiduría "Sedes sapienciae": El Ilmo. Metropolitano Mons. Espinosa, el Ilmo. Mons. Padilla de Tucumán, el Ilmo. Mons. Boneo

de Santa Fe, el Ilmo. de La Lastra del Paraná, el Ilmo. Linares de Salta, el Ilmo. Terrero de La Plata, el Ilmo. Benavente de San Juan y el Ilmo. Bustos de Córdoba.

La consiguiente Pastoral colectiva que publicaron después para dar a conocer sus decisiones, empieza diciendo:

"Cumpliendo lo ordenado por Santa Sede y dispuesto por el Concilio Plenario Latino Americano, encontrándonos reunidos en este célebre e histórico Santuario de Ntra. Sra. de Luján, con el fin de celebrar la tercera Conferencia trienal. A los pies de esta veneranda Imagen de la Inmaculada Madre de Dios y nuestra, la primera de las coronadas en ambas Américas; hemos querido venir a pedir luz y inspiración para conocer la extensión y profundidad de los males que afligen a los pueblos, confiados a nuestra vigilancia pastoral, los peligros que amenazan agravarlos, y los remedios que debemos oponer para salvar y conservar la fe, la integridad de las costumbres y asegurar la tranquilidad del orden en la sociedad"...

No es este el lugar de dar a conocer las resoluciones que adoptaron los Obispos para conseguir los fines que se proponían; pero, sí lo es de consignar el hecho glorioso de reunirse ellos aquí, a la sombra de este Santuario venerando, pues, añade un florón más a la ya tan preciosa corona de María de Luján.



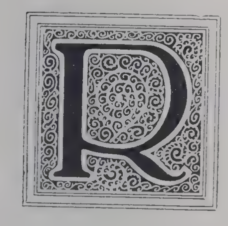


Inauguración del Colegio de Nuestra Señora de Luján. — 1906



CAPITULO VIII

Inauguración del nuevo "Colegio de Nuestra Señora de Luján". — Los Hermanos Maristas se hacen cargo de su dirección. — Fundan a la sombra del Santuario su Casa Central de formación.



ECORDEMOS que el P. Salvaire, después de haber echado los cimientos de la Basílica dedicada a María de Luján, había puesto también los de otro templo dedicado a la ciencia y educación de la juventud, siempre tan amada de María.

A la verdad, el Colegio de Nuestra Señora de Luján existía ya anteriormente a la sombra del Santuario y había conquistado allí brillantes laureles; pero al tener que separarlo del bullicio de las nuevas construcciones e incesantes peregrinaciones, convenía darle una morada propia, más en armonía con la nueva situación de la Basílica; de ahí que en 10 de Mayo de 1896 se empezaba a construir, al otro lado del río Luján, el hermoso edificio de cuya piedra fundamental fueran padrinos el Presidente de la República General Roca y su hija Elisa.

La inesperada muerte del P. Salvaire vino a interrumpir los trabajos durante unos cuantos años; pero el Rdo. Padre Dávani los reanudó para darlos por concluídos en 1906.

El cuerpo docente, que tanto venía preocupando al P. Dávani desde mucho tiempo atrás, fué provisto del modo más inesperado.

Por los años de 1903, el P. Visitador de los Lazaristas, llegando a carecer de personal para atender un colegio de segunda enseñanza así como una escuela gratuita contigua, a su Casa de la calle Cochabamba en Buenos Aires, tuvo la feliz idea de llamar a los Hermanos Maristas que había conocido en Europa y que le parecían muy a propósito para el efecto.

Estos, seguros de ser acogidos paternalmente, respondieron inmediatamente al llamado, viniendo en número de 11, de éstos alguno se trasladaron a este pueblo invitados por el P. Dávani, al año siguiente, para hacerse cargo del Colegio de Nuestra Señora de Luján.

Empezaron a dar clases provisoriamente en las dependencias del Descanso de Peregrinos, hasta que en 1906 se inauguró el nuevo local con gran solemnidad.

El acto presidido por el Ilmo. Sr. Obispo de La Plata, Dr. D. Juan N. Terrero, llevóse a cabo le domingo 22 de Julio, en el gran patio interior del Colegio y ante una concurrencia extraordinaria.

Próximamente a las 2 de la tarde salió de la casa parroquial S. S. Ilma acompañado por las autoridades y distinguidos vecinos, en dirección al lugar donde en la margen del río se alza el nuevo edificio. Presidía la marcha una banda de música y formaban en ella los alumnos del Colegio, llevando su preciosa bandera. Con entusiastas aclamaciones fué recibido el virtuoso Prelado, quien se detuvo en el gran patio central, teniendo a su derecha al Sr. Intendente Don Juan B. Barnech, antiguo discípulo del Colegio, y al Sr. Cura y Capellán, a su izquierda.

Un joven alumno del Colegio saludó a Mons. con un elocuente discurso apropiado que mereció muchos plácemes, y al que contestó S. S. Ilma. con frases de cariño y aliento, poniendo de relieve la importancia del gran acontecimiento que celebraban, pues el Colegio que se inauguraba y cuyo edificio iba a bendecir, recordaba el antiguo Colegio-Seminario, que dirigían los P. P. Lazaristas, donde habíanse educado tantos jóvenes que hoy ocupaban los primeros puestos de la comuna los unos, y otros varios han llegado también a un envidiable porvenir por su contracción, tacto, prudencia y aplicación.

Al terminar el Sr. Obispo su discurso, hizo uso de la palabra el Sr. Intendente, pronunciando el suyo, brillantísima pieza cuajada de bellas imágenes que recordaban su niñez en este mismo Colegio. Con magistral pincel pintó lo que significaba la enseñanza y los grandes beneficios que reportan al alma juvenil estos centros de educación donde se les prepara a emprender, sanos de espíritu, el camino de la vida, sin temor de que pueda sorprenderles, esa desmoralización que por desgracia cunde, convirtiéndose en calamidad pública. Con nutridas salvas de aplausos de la numerosa concurrencia fueron recibidos los discursos de S. S. Ilma. y del Sr. Intendente.

Pocos minutos después, S. S. Ilma. vestido ya con los ornamentos sagrados procedió a la bendición del local, recorriendo y rociando con el agua bendita sus principales reparticiones.

Los Hermanos Maristas han realizado las esperanzas que de ellos con fundamento se habían concebidos. Poco a poco fueron aumentando el número según lo iban requiriendo las atenciones del Colegio, hasta llegar a ser éste un plantel de educación que cuenta ya, entre sus antiguos alumnos, a distinguidos doctores en medicina, en derecho, ingenieros, farmacéuticos oficiales de la Armada, del Ejército y de la Aviación, y excelentes cristianos y ejemplares ciudadanos.

Lo sano de este lugar y la proximidad del Santuario de María de Luján, ha inspirado a los Hermanos Maristas de establecer aquí su casa de formación, desde donde irradían después su benéfica

influencia intelectual y religiosa en los diversos puntos de la República. No podían haber elegido un mejor lugar los Maristas para desarrollarse que este histórico pueblo Mariano de Luján, donde están más inmediatamente bajo el amparo y protección de la gran Taumaturga del Plata, solemnemente declarada y coronada como tal por autoridad Pontificia.

JUNTO A MARIA DE LUJAN

Junto al Santuario do tu Imagen pura
Admira el Orbe con anhelo santo,
Allí donde fulgura
Con diamantina claridad tu encanto
Y viertes el raudal de tu cariño
Allí mi cuna fué de endeble niño,
Fueron allí mis paternales lares,
Allí bebí tus auras deliciosas
Y respiré al perfume de las rosas
Que adornaban tus ínclitos altares;
Y apenas supe hablar, oh Virgen pia,
Tu nombre balbucía en mi plegaria
Que, en himnos inefables de armonía
A los cielos volaba solitaria,
Me lo enseñó otra madre,
A quien me liga indestructible lazo,
Cuyo nombre querido
En la tierna ansiedad de un abrazo
Con el tuyo yo llevo confundido
Ambas objeto fiel de mis anhelos,
Ella madre en la tierra, tú en los cielos!
Por eso leo tu inmortal historia
Con entusiasmo ardiente,
Y contemplo los lauros de tu frente
Y me admiran los fastos de tu gloria!

J. M. Z.





CAPITULO XVIII

Demolición total del antiguo Santuario. — Construcción de la segunda parte del nuevo. — Inauguración del órgano monumental. — Varios otros trabajos.



ON el deseo ardiente de inaugurar una primera parte de la Basílica en 1904, en ocasión de celebrarse el quincuagésimo aniversario de la proclamación del Dogma de la Inmaculada Concepción, había sido motivo de imprimir una actividad febril a los trabajos de construcción de esa parte; después, el deseo de inaugurar la segunda parte en 1910 para las fiestas del Centenario patrio, fué un nuevo motivo de seguir los trabajos con la misma actividad.

Era fácil de prever sin embargo que para esta nueva fecha no se podría concluir ni el frente ni las dos torres principales que la acompañan. El solo frente independientemente de éstas, siendo de pura piedra, más complicado y más delicadamente labrado, ofrecía de suyo una gran dificultad; y si se añade que las dos torres son también de pura piedra más complicada y delicada todavía, y que cada de ellas tienen cuatro frentes, los cuales puestos en fila equivalen a todo un costado de una nueva Basílica más alta que la primera, se comprenderá fácilmente que el frente total de la obra, debía limitarse por entonces a una simple pared de ladrillos sin revestimiento exterior y con arranques en toda su superficie la continuación ulterior de la obra.

Lo primero que se ofrecía hacer, era demoler todo lo que quedaba del antiguo Santuario, puesto que ocupaba parte del sitio que debía tomar el nuevo.

Desde el principio de 1905, desaparecía pues totalmente el antiguo Santuario, y se utilizaban sus materiales para volver a entrar en el nuevo ya sea como cascotes en los cimientos, ya sea como polvo de ladrillo en lo restante de la construcción, entre otras razones por el espíritu de piedad que respiraban y les habían imprimido las pasadas generaciones.

Después se empezaron a levantar las columnas y paredes costaneras con una tal rapidez, que los muchos visitantes, de un año para otro, no daban crédito a sus ojos, viendo lo que veían. La misma actividad se desplegaba en la ornamentación y complemento de la parte ya concluída. Se colocaron los altares que faltaban tanto ma-

yores como menores, llegando en su totalidad al número de 15. El presbiterio se adornó con dos tronos episcopales uno a cada lado del Altar-Mayor. Se colocaron dos púlpitos uno para la predicación, otro para el rezo de las novenas, rosario y demás devociones. Se aumentó el número de confesonarios y de bancos-reclinatorios y se construyó un órgano regular de acompañamiento para el Camarín y las funciones menores de la Basílica.

Mientras tanto reciben la última mano, en el Descanso de Peregrinos, las salas que faltaban así como el gran Salón de Actos, y las extensas galerías que circundan el patio interiormente.

Más tarde, levantadas ya las paredes costaneras de la nueva parte del Santuario, así como las capillas laterales correspondientes, se procede a la colocación de las grandes cabriadas de fierro que han de sostener el techo. Se hace desaparecer el gran paredón provisorio que separaba la parte a construir de la ya construída. Concluído el techo, se procede a la construcción sucesiva de cada una de las grandes bóvedas centrales; para lo que, se establece a la altura del tríforio un carril, sobre el cual, el armazón de las bóvedas se desliza de una a otra sucesivamente, sin molestia alguna para los fieles que están abajo. Se recibe de Burdeos la segunda remesa de vitrales polícromos que corresponde a esta nueva parte de la Basílica, y se van colocando con todo orden y cuidado como los primeros anteriormente recibidos. Se revocan con imitación piedra interiormente todas las partes donde esta falta, y se colocan en el pavimento las grandes y majestuosas losas de mármol blanco y gris, con sus filetes correspondientes, en los ejes de una columna a otra.

Finalmente se instala y se arma en el coro alto el gran órgano que causa la admiración de todos por su imponente fachada, su centenar de juegos distintos, y la finura del timbre y sonoridad de cada uno de ellos. Es un obsequio del finado Pbro. Monseñor Don José León Gallardo, quién estuvo personalmente en la fábrica de Cavalier Coll en París para concertar y presidir el principio de este hermoso trabajo.

Tal ha sido la labor de este nuevo período de incesantes luchas, para poder inaugurar esta segunda parte del Santuario, en los días gloriosos del Centenario patrio. Al contemplar esta labor, brota naturalmente del corazón como un grito de contento y alivio esta dulce exclamación: ¡Bendita sea Dios y la Santísima Madre María, Nuestra Señora de Luján!

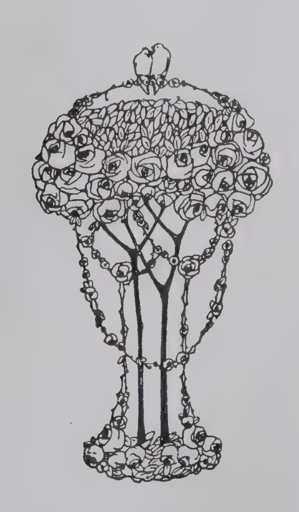
No queremos concluir este capítulo, sin consignar aquí para perpetua memoria, un sincero agradecimiento para tantas y tan buenas almas, que con su noble y a veces heroica generosidad han contribuído a la erección de tan sublime monumento.

Entre esas almas las hay que se destacan de un modo especial por el sumo interés que han demostrado para alentarlo y gran desinterés para ayudarlo; nombraremos en primer lugar a los Exmos. Arzobispos Monseñor Aneiros, Monseñor Castellano y Monseñor Es-

pinosa; a los Ilmos. Obispos de La Plata, Monseñor Terrero y Monseñor Alberti que tienen por su Santuario querido un amor de predilección. No omitiremos tampoco las sucesivas comisiones nombradas cada año por el Señor Obispo Diocesano para revisar las cuentas de las obras y que tan abnegada como concienzudamente llenan su delicado cometido.

Finalmente mencionaremos la ya tan célebre comisión "Damas de Nuestra Señora de Luján", que ha contribuído en modo eficacísimo al progreso rápido de las obras, convirtiéndose en celosos apóstoles de la Virgencita, y reuniendo sumas considerables que puntualmente remitían al Capellán del Santuario.

Que a todos ellos Dios y la Virgen Inmaculada los llene de bendiciones, no sólo en la otra vida, donde han sabido prepararse una corona de gloria imperecedera, sino también en este suelo. Sí, bendecidos sean todos ellos en sus personas, en sus familias y en sus empresas.







Palacio Municipal del Pueblo de Luján



CAPITULO XIX

Bendición de la piedra fundamental de la nueva Casa Municipal. — Inauguración de la misma. — Mirada retrospectiva sobre el Antiguo Cabildo abandonado. — El puente histórico sobre el Río Luján.



IENDO este libro la historia de la Virgen, de su Santuario y de su pueblo, no podemos pasar en silencio como éste último se preparó a celebrar la gran fecha Centenaria al punto de vista edilicio.

Con el andar del tiempo, el Consejo Municipal se encontró estrecho y molesto en el Antiguo Cabildo colonial que compartía a medias con la Policía, ocupando ésta los bajos y él los altos de ese antiguo edificio.

A la estrechez del local añadíase el deseo de tener una casa más apropiada y más céntrica, pues se sabe que el antiguo Cabildo está al extremo occidental del pueblo, cerca del Río, en la Plaza, hoy día. General Belgrano.

El terreno que eligió la Municipalidad para levantar su nueva casa, fué el mismo que en 1887 eligiera el P. George en la Plaza Colón, para edificar el nuevo Santuario que se proyectaba ya en aquel entonces. Ese terreno estaba completamente desahogado, y militaban en su favor las mismas razones que guiaron después a los municipales para eligirlo, pues el Santuario estaba también cerca del Río, en la dicha Plaza Belgrano como el antiguo Cabildo.

No recordaremos aquí las razones que tuvo el P. Salvaire para abandonar la idea de levantar el Santuario en este nuevo sitio y preferirle el primitivo: ellas fueron plenamente expuestas en su debido tiempo y lugar, y por cierto que no eran nada despreciables según podemos recordarlas.

La bendición de la primera piedra de la nueva Casa Municipal se efectuó el domingo 13 de Mayo de 1906, revistiendo todos los contornos de un gran acontecimiento. Se trataba de levantar la casa solariega del vecindario a la que se interesaban por igual los nacionales y extranjeros.

Habían venido a realzar la ceremonia con su presencia el Señor Gobernador de la Provincia, Don Ignacio de Irigoyen, acompañado de sus Ministros de Gobierno y de Hacienda, del Diputado de la localidad doctor Reyna y de un gran número de ilustres ciudadanos.

Bendijo solemnemente la piedra fundamental el Ilmo. y Rmo. Monseñor Terrero, Obispo de La Plata, acompañado de su familiar y demás sacerdotes del Santuario; siendo padrinos del acto el Señor Gobernador y Doña Elena Torres de Muñiz representada por la señora María Elena M. de Toscano.

Acto continuo, el ilustre padrino colocó la piedra en el sitio preparado, procediendo a empotrarla en los cimientos del edificio a levantarse.

Después, tomó la palabra en los términos siguientes: "Señores: Siempre me hubiera sido grata la invitación de ser huésped de esta ciudad ligada por tradiciones íntimas al pueblo entero de la República, y hoy me es gratísima la hospitalidad por el acto solemne cuya significación se elevan en el ánimo del gobernante, a la majestad de un símbolo antiguo".

Desarrolló el Señor Gobernador este su pensamiento y concluyó diciendo:

"Señores: Los cimientos de la obra nueva están asegurados: elevadla ahora muy alta y decoradla de justicia, de sabiduría y de prosperidad, con el corazón, con el cerebro y con el brazo de todos.

No olvidéis que en el municipio ha balbuceado la raza nuestra la primera estrofa de nuestra epopeya que se llama progreso humano; no olvidéis que en el comicio comunal surgió siempre el grito redentor de todas las patrias y de la nuestra más que ninguna; y no olvidéis por último que en la comuna está el arsenal inagotable para todas las conquistas.

Y si en un momento triste os faltara el recuerdo de las palabras de hoy para el cumplimiento del deber cívico, dirigid vuestra mirada al Monumento Nacional que embellece esta ciudad. Creyente o no en la tradición respetada de los pueblos, sentiréis todos, como yo siento ahora, la fé en algo que no es dable expresar, pero que es gratísima poesía en el alma de todos los porteños; esto es, que la hermosa tierra de Buenos Aires es fecunda en glorias y permanece inmaculada como la Virgen del culto cristiano, hasta cuando la salpica la sangre de sus hijos en el martirio de las redenciones. He dicho".

La concurrencia prorrumpió al terminar en estruendosos aplausos que sólo se acallaron cuando empezó a hablar el Intendente Municipal, señor Don Juan Barnech, quien lo hizo con su acostumbrada galanura de frase y profundidad de concepto, que les valieron muchas felicitaciones de sus oyentes.

Se dió con esto por terminada la ceremonia pasando toda la comitiva al salón de la Sociedad Española donde se sirvió un abundante lunch, y desde donde el Señor Gobernador y su séquito se trasladaron en compañía de Monseñor Terrero a la monumental Basílica Nacional para saludar a la Inmaculada Taumaturga del Plata, visitar las obras y felicitar a los PP. del Santuario por el adelanto de las mismas.

Un año próximamente después se inauguró la nueva Casa Municipal, para cuyo acto, la colonia italiana regaló las dos estatuas

de bronce que decoran la entrada; la española, el reloj que domina el edificio, y la francesa, las arañas de electricidad que iluminan el interior.

Fué este un día de regocijo para las autoridades y el vecindario de Luján, que vieron coronados de este modo, sus esfuerzos y aspiraciones de muchos años atrás.

El abandono que el Consejo Municipal ha hecho del antiguo Cabildo Colonial para trasladarse a su nueva casa, nos invita a lanzar una mirada retrospectiva sobre la historia del mismo, para ligar sus glorias pasadas a las presentes que harán de él el Museo Colonial e Histórico, precioso acervo de las reliquias de la Patria.

El Cabildo de Luján fué decretado el 17 de Octubre de 1755, por el Señor Gobernador de la Provincia del Río de la Plata, Don José de Andonaegui, al mismo tiempo que en nombre del Rey de España daba a este pueblo el honroso título de "Villa de Nuestra Señora de Luján, por ser esta Milagrosa Señora su primera Fundación y el atractivo de su cristiana común devoción".

Como edificio material es uno de los mejores de aquella época remota, y como entidad moral siempre ha gozado de gran fama y reputación, siendo notables los muchos pleitos que sostuvo y ganó contra el Cabildo mismo de Buenos Aires, demasiado celoso de sus fueros y prerrogativas.

Se instaló oficialmente el 7 de Enero de 1756 y celebró ese mismo día su primera sesión "en la interina casa que ha tomado en esta Villa para sus juntas y acuerdos... y trató la urgente necesidad que hay de edificar una Sala Capitular y cárcel pública en el solar y sitio asignado en la demarcación que se hizo en la jurisdicción de esta Villa; y no hallando este Ayuntamiento fondos, arbitraron se le representase a la piedad del Rey Nuestro Señor, tuviese a bien conceder en el paso preciso de esta Villa una pensión moderada, para sus propios, como es la de dos reales en cada carreta forastera cargada y un real en las vacías.... así como por cada diez mulas siendo cargadas dos y medio reales, siendo vacías un real; obligándose esta Villa a hacer un puente de madera sobre el Río"...

Este mismo puente y estos derechos de peaje habían sido ya anteriormente pedidos al Señor Gobernador por Don Juan de Lezica "por un espacio de 10 años para adornar el Santuario de Luján quedando después a favor de los propios de la misma ciudad".

El Señor Gobernador había concedido ambas cosas; pero éstas no debieron ser del agrado del Cabildo de Buenos Aires, que tenía todavía jurisdicción sobre estos pagos, cuando, en su acuerdo del 27 de Marzo de 1754 resuelve "que el puente se procure hacer de cal y ladrillo por la más permanencia, atendiendo la ninguna que tenía la madera; y que de no poderlo hacer así, por algún inconveniente, dé cuenta dicho Señor Don Juan de Lezica a este Cabildo para inteligencia y acordar sobre ello lo que convenga".

Ahora bien, ¿qué es lo que debía acordar y convenir según los Cabildantes de Buenos Aires?

Ya lo podemos suponer, puesto que dos años más tarde el Cabildo de Luján en su primer Acuerdo, vuelve a pedir aquello mismo, resolviendo esta vez dirigirse directamente al Rey.

Es de creer, sin embargo, que Don Juan de Lezica hiciera también lo propio, pues, sólo así se explica la existencia de una Real Cédula expedida en Aranjuez con fecha 11 de Junio de 1755, en la que Fernando VI mencionando especialmente a Don Juan de Lezica, concede lo pedido "por 12 años, debiendo empero informar con toda individualidad y especificación, y en la posible brevedad el importe que produjere el pontazgo en los primeros, para tomar con esta instrucción, la resolución conveniente en cuanto a que quede o no este efecto por propio de la ciudad".

Esto mismo se deduce de otra Real Cédula expedida por Carlos III en 19 de Julio de 1761, por la que este Rey, mencionando otra vez especialmente a Don Juan de Lezica, se dá por enterado de lo producido por el pontazgo, y lo aplica "para propios de esta Villa, cumplidos que sean los 12 años por que está concedido al Santuario de Nuestra Señora de Luján".

Sea lo que fuere, es indudable que con estos documentos el Cabildo de la Villa debió darse por satisfecho, pues no se sabe que volviera a insistir en su petición de 7 de Enero de 1756.

El puente en cuestión se hizo, y se hizo de madera, conforme se había proyectado, a pesar de la oposición del Cabildo de Buenos Aires. Se colocó a proximidad del pueblo en derechura de la que es hoy Calle Ituzaingó, camino carretero en aquel entonces.

Durante 12 años el derecho de pontazgo fué cobrado a favor del Santuario, de conformidad con la voluntad Real, quedando después para propios de la Villa y para edificar la casa Capitular del Cabildo; la cual sin embargo, no esperó los 12 años, sino que se empezó en 1759, quedando interrumpida algún tiempo para concluirse en 1770, gracias al empeño y poderosa ayuda de Don Juan de Lezica.

Durante muchos años, aún después de la época colonial, las autoridades de la Villa, siguieron cobrando el derecho de pontazgo, valiéndose para ello de las casas de comercio colocadas a la cabeza del puente como lo hemos visto todavía nosotros personalmente por los años de 1872. Este derecho desapareció con la implantación de las Leyes de Municipalidades.

Cábenos hacer notar de paso, que este puente de Luján fué el primero que se construyó en toda la campaña de Buenos Aires, y que durante mucho tiempo fué mentado como una especialidad de esta Villa Mariana.

Más tarde, en 1891, fué en gran parte renovado y trasladado a continuación de la calle General Mitre, donde se encuentra actualmente. Este traslado lo hizo el Gobierno Provincial, quien lo consideró como un complemento obligado del gran terraplén que levantara a orillas del Río Luján, para resguardar el pueblo de las grandes inundaciones tan frecuentes antes de cultivarse los campos, tanto como hoy día.

Bajo la administración comunal de Don Juan Barnech, en 1898, se adjuntó al costado del puente el alto pasadizo que tiene hoy día en bien de los peatones.

No seguiremos ocupándonos de los otros pleitos ganados por el Cabildo de Luján sobre el de Buenos Aires, porque no ofrecen como este del puente un tema que sigue siendo de actualidad para este pueblo. Los únicos pleitos que podrían ofrecer todavía algún interés son los de jurisdicción territorial entre ambos Cabildos, por tratarse de pueblos aún existentes en nuestra campaña; pero nos bastará saber al respecto, que después de 50 años de continuos litigios, S. M. el Rey Fernando VII concluyó con estos desacuerdos en 1806, enviando al Virrey Marqués de Sobremonte una Real Orden por la que reconoce "nuevamente los derechos y privilegios conferidos a esta Villa de Nuestra Señora de Luján, y prohibe terminantemente al Cabildo de Buenos Aires inmiscuirse en el nombramiento de Alcaldes de Santa Hermandad y demás empleados correspondientes a los Partidos del Pilar, Cañada de la Cruz y Escobar por depender del Cabildo de Luján".

No recordaremos aquí la caballerosidad e hidalguía con que este ilustre Cabildo defendió siempre los intereses de la Virgen, cual correspondía a la noble Dama de su corazón; ni el sincero patriotismo desplegado en las guerras de la Reconquista y de la Independencia, que le llevó hasta dar su propio Pendón a los reclutas levantados a su sombra, por carecer éstos de bandera especial; ni de la fidelidad y gentileza con que custodió los ilustres y numerosos políticos que le fueron confiados.

Unicamente mencionaremos aquí que en el año 20, cuando en Buenos Aires la anarquía se había apoderado de todos los resortes del mando y había adquirido sus formas más desalentadoras, cuando el Gobernador elegido a la mañana, era destituído a las doce por otro Gobernante que a su vez dejaba de serlo por la noche, el Cabildo de Luján, cansado de tanta anarquía y desorden, resolvió asumir por sí y ante sí personería suficiente como representante de los intereses generales del país, y nombró al Brigadier Don Miguel Soler, acampado en Luján, Gobernador y Capitán General de la Provincia, logrando finalmente imponerlo como tal a la Junta de Buenos Aires, para mayor bien del país.

Pero ¡ay! que esta gloriosa hazaña debía ser el último canto del cisne para nuestro ilustre Cabildo. Se dice que el cisne no canta más que una sola vez, y esto al fin de sus días. Nuestro valiente Cabildo había cantado muchas veces, pero nunca como esta última: él debía pues morir, al par de todos los demás Cabildos, bajo los golpes de la Ley de 28 de Diciembre de 1821, que suprimía de una vez todas estas instituciones reales, para reemplazarlas por los Jueces de Paz, llamados a hacer sus veces en la campaña, hasta haberse dictado las Leyes de Municipalidades.

Empero la blancura inmaculada de nuestro cisne no deja de atestiguar, aún después de muerto, la pureza de su intención patriótica con ese acto de enérgica valentía.

Desde entonces nuestro ilustre Cabildo de Luján cesó de existir como entidad moral, sin dejar por eso de subsistir como monumento físico destinado a atestiguar sus glorias del pasado y pronosticar sus venideras.

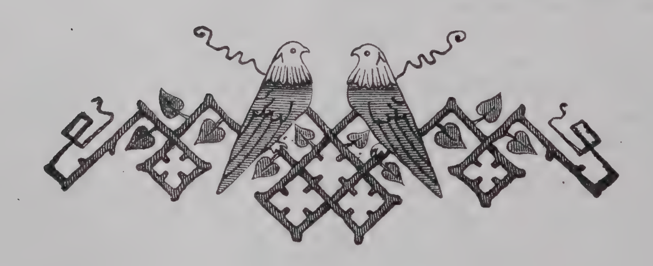
Sirvió sucesivamente de asiento a los Juzgados de Paz, las Municipalidades y las Comisarías de Policía, hasta que finalmente en 1922, fué oficialmente transformado en Museo Colonial e Histórico de la Provincia, estando ésta en manos del Interventor don Luis Cantilo, y la Comuna en las del Comisionado Don Domingo Fernández quienes mandaron refaccionar el viejo edificio para este fin.

Más tarde en 1922 cuando Don Luis Cantilo fué Gobernador efectivo de la Provincia estableció y luego inauguró el Museo; habiendo tenido el inestimable acierto de poner a su frente, como Director Honorario, al abnegado y competente Señor Don Enrique Udaondo, quien en breve tiempo lo levantó a una altura admirable.

En resumidas cuentas no podía caber mayor gloria a nuestro ilustre Cabildo tanto en lo pasado como en lo venidero. Nació del culto tributado a María de Luján en su bendito Santuario, y seguirá viviendo del que se rinde a las reliquias de la Patria en el Museo Colonial.

La Religión y la Patria se han dado en él desde un principio un fraternal abrazo bajo la mirada cariñosa de María, y es de esperar que esos dos factores poderosos, permanecerán siempre íntimamente unidos, para mayor suerte y felicidad del pueblo Argentino, que se ha dado a María de Luján por Reina y Patrona solemnemente jurada y coronada, en días de eterna memoria.

¡Faxit Deus!



SEXTA PARTE

LA VIRGEN DE LUJAN
DESDE LA
INAUGURACION DE LA BASILICA
EN EL
CENTENARIO PATRIO

1 9 1 0 - 1 9 2 5

"Nunc igitur Domine consurge in requiem tuam.

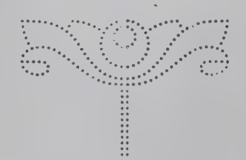
Ahora Señor afírmate en el lugar de tu descanso.

(PARAL. IV - 41)





La Infanta Isabel con su cortejo al salir de la Basílica de Luján después de ofrendar a la Taumaturga del Plata la Bandera Española bendecida en el Santuario de Zaragoza, por el Primado de España.











Bendición e inauguración de la segunda parte del Santuario. —1910



CAPITULO I

Las fiestas del Centenario patrio en Luján. — La gran Peregrinación jubilar. — La Infanta Isabel ofrenda la Bandera Española a María de Luján. — Discurso del Señor Obispo Ramón Jara.



ENTENARIO Patrio!

Las fiestas del Centenario tuvieron en Luján una doble repercusión: la una más especialmente cívica, el 25 de Mayo, día clásico para el efecto; la otra el 8 de Diciembre, fiesta tradicional de la Inmaculada, en que se inauguró y se bendijo todo el interior del nuevo Santuario.

En un escrito solicitado por la Revista Eclesiástica de Buenos Aires a todos los Obispos argentinos para que expresaran sus ideas con respecto al Centenario patrio, el Ilmo. Señor Arzobispo se expresó del siguiente modo:

"A medida que se aproxima la fecha grandiosa de nuestro Centenario patrio, sentimos penetrar en nuestra alma cierta misteriosa alegría y parécenos respirar en el mismo ambiente que nos rodea, una atmósfera de gloria. Inundados ya por los suavísimos albores de la fiesta clásica, en nuestra imaginación se aviva y se agiganta el sentimiento de la grandeza de las hazañas de nuestro pueblo, en los momentos de la iniciación de su Independencia política. Y en nuestro corazón de sacerdote y de Obispo se reaniman principalmente y adquieren proporciones inusitadas esos sentimientos ante el recuerdo de la acción benéfica de nuestro primitivo

Clero Nacional y ante la consideración de su influencia decisiva en la marcha triunfal de los acontecimientos que iban perfilando nuestra Nacionalidad.

Sobre todo cuando en la observación de esa conducta y de esa participación de nuestro Clero, a la cual gracias a las circunstancias de aquella época debe atribuirse en gran parte la fortuna del éxito, encontramos que ese Clero fiel a su misión y a su carácter y elevándose a la altura de sus responsabilidades, el independizarse de su Rey tomaba, según la bella frase de Avellaneda, todas las precauciones para no emanciparse de su Dios''...

Posteriormente la Comisión nombrada por el Ilmo. Señor Arzobispo para determinar en que forma la Arquidiócesis tomaría parte en los festejos del Centenario, resolvió que habría: 1º Una gran Peregrinación al Santuario de Nuestra Señora de Luján el día 15.

2º Un solemne funeral en sufragio de las almas de los próceres y demás patriotas de la Independencia en la Iglesia Metropolitana el día 23 a las 9 horas.

3º Un solemne Pontifical en acción de gracias en la misma Santa Iglesia Catedral, el día 25 a las 9 horas.

4º La solemne procesión del Corpus Christi el día 26 a la 1 y media p. m.

Estos cuatro actos fueron aceptados e incluídos por el Superior Gobierno en la lista de los actos oficiales. De ese modo la Iglesia y el Estado se dieron la mano para conmemorar unos hechos gloriosos que 100 años antes se habían producido con el común concurso de ambos.

Se empezaba por rendir homenaje a la Taumaturga del Plata, que tanto había contribuído al éxito feliz de aquellos acontecimientos, y se terminaba por rendir un solemne culto de acción de gracias a Jesús - Eucaristía, Rey inmortal de los siglos.

No podía ser de otro modo: no podía quedar olvidada la gran Taumaturga del Plata, el Paladión Argentino, la Virgen de Luján, a la sombra de cuyo Santuario habían germinado las ideas de Independencia al calor de la inspiración de los prisioneros ingleses de la Reconquista: el General Beresford, el Comandante Gillespie, el Teniente Muray, el Capitán O'Gilbie y muchos otros algún tanto despechados pero convencidos del valor de los Patricios. No es un secreto para nadie que estas ideas de Independencia fueran gustosamente recogidas allí por los ilustres argentinos Don Saturnino Rodríguez Peña, Guillermo White, el Coronel Don Antonio Olavarría, Don Manuel Aniceto Padilla y otros que tenían entonces con los prisioneros ingleses conferencias trascendentales para el porvenir del país, y que podrían también acaso arrojar mucha luz sobre la misteriosa evasión de esos ilustres prisioneros ingleses, como hemos visto ya en su debido lugar.

La Peregrinación Nacional del Centenario se verificó el 15 de Mayo, es decir, al principio de los festejos oficiales, como para ofrecer las primicias a la Augusta Madre de Dios, a los pies de cuya

Imagen milagrosa habían venido a arrodillarse casi todos los Padres y Fundadores de la Nación Argentina.

El Gobierno Nacional se hizo representar por el Excmo. Señor Ministro del Interior, Doctor Gálvez; y el de la Provincia de Buenos Aires, por el Señor Doctor Bunge, Secretario de la Gobernación.

La peregrinación fué presidida por Monseñor Espinosa, Arzobispo de Buenos Aires, acompañado de Monseñor Terrero, Obispo de La Plata, de Monseñor Romero, Obispo Titular de Jasso y de Monseñor Costamagna, Obispo Titular de Colonia, de muchísimos sacerdotes y del Seminario Conciliar. El número de fieles de toda condición social fué muy grande, como era de esperar. El pueblo lujanense con sus autoridades municipales al frente se asoció al acto. En ese día todos los corazones latían al unísono, todos los labios modulaban las mismas plegarias de amor y agradecimiento a la Excelsa y divina Patrona y Protectora de la Patria; en los semblantes de todos se reflejaban la alegría, la piedad y el entusiasmo, indicios manifiestos de los sentimientos que embargaban sus almas.

Se rezó con fervor; las comuniones fueron numerosas; las ceremonias, imponentes; la misa admirablemente ejecutada; y finalmente la procesión alrededor de la plaza Belgrano, llevando en andas a la Milagrosa Imagen de Nuestra Señora de Luján, fué solemnísima. En resumen, la peregrinación tuvo un éxito completo y fué una grandiosa manifestación de fe y de patriotismo.

En el banquete, que después de la Misa solemne el Doctor Arturo Bunge ofreció en nombre del Señor Arias, Gobernador de la Provincia, a las altas personalidades que concurrieron a la peregrinación, se cambiaron discursos siendo el del Doctor Ricardo Bunge, como sigue:

"Cábeme el alto honor de representar en este acto solemne, en que el sentimiento religioso se asocia en expansión jubilosa al sentimiento patriótico, al Señor Gobernador de la Provincia de Buenos Aires en cuyo nombre os ofrezco la presente demostración.

Esta peregrinación, señores, este gran movimiento religioso, es el exponente de esa fe tradicional que alimentó el alma argentina, tanto en las horas indecisas y sombrías de nuestras luchas, como en las que marcaron nuestros triunfos y glorias imborrables.

El espíritu cristiano participó siempre en los grandes hechos de nuestro desenvolvimiento histórico, alentando a nuestros Mayores con su soplo inspirador y fecundo; lo vimos fulgurar en las decisiones del Cabildo abierto de 1810, en las primeras luchas de la Independencia, en el Congreso de Tucumán, iluminando después la frente de nuestros heroicos soldados, cuando al jurar la bandera de la patria, juraban también su devoción a la Virgen tutelar de sus hazañas.

El culto de la Virgen de Luján está arraigado ya de una manera firme e indestructible, y su influencia benéfica infunde la virtud en el pensamiento, la fortaleza en la acción.

Por bondadosa decisión de la Providencia, toca a la Provincia de Buenos Aires ser la guardadora feliz de tan preciosa reliquia, ante la cual venimos hoy, clero y pueblo, unidos como siempre, desde los memorables días de Mayo, a rendirle el homenaje de nuestra respetuosa devoción en vísperas solemnes de nuestra Centuria.

Y es oportuno señalar aquí, señores, la acción eficiente del sacerdote argentino, desde los albores de nuestra emancipación, recordando los nombres ilustres de fray Cayetano, de Alberti, de Valentín Gómez, del Deán Funes, de fray M. Esquiú y tantos otros.

Señores: Estrechemos las filas, hoy que individuos sin patria, sin fe, sin ley, pretenden mancillar los colores de la enseña nacional y reiteremos a la Virgen la invocación de Belgrano para que siga prodigando su protección divina a nuestra bandera inmaculada y sean de ésta, como lo dijo uno de nuestros grandes estadistas, "el honor su aliento, la gloria su aureola, y la justicia su empresa". (*¡Muy bien!*)

Las fiestas particulares con que el pueblo de Luján ha solemnizado el Centenario de la Independencia han sido muy brillantes.

El 22 de Mayo se inauguraron dichos festejos asistiendo la Comisión del Centenario y las Autoridades a la Misa solemne que se cantó a las 10 a. m. Después del Evangelio ocupó la cátedra sagrada el Ilmo. Monseñor Alberti. Su oración patriótica fué todo un himno magnífico de agradecimiento al Supremo Hacedor. Antes y después de la Misa los alumnos del Colegio "Nuestra Señora de Luján" y los novicios de los Hermanos Maristas cantaron el hermoso y patriótico canto "Salva al Pueblo Argentino, acompañados por la banda "Santa Cecilia".

En los días 23, 24 y 25 hubo misa especial para orar por la patria, en cumplimiento de una disposición oportuna del Señor Obispo Diocesano.

El día 25, a las 10, se cantó un solemne *Te Deum* y el canto "Salva al pueblo Argentino".

A las 2 p. m., tuvo lugar la grandiosa procesión cívica, en la que tomaron parte centenares de niños y niñas de los colegios del estado y de particulares, que fueron a ocupar los sitios designados frente a la columna del General Belgrano tan devoto de María de Luján. Luego acompañados por la banda entonaron el himno patrio. En seguida se pronunciaron muchos discursos, muchas poesías fueron declamadas por los niños y niñas de los diversos colegios. El de Nuestra Señora de Luján, se destacó de una manera especial. El discurso pronunciado por uno de sus alumnos fué muy hermoso y arrancó repetidos y estruendosos aplausos con la evocación de las glorias pasadas, y más todavía cuando se particularizó con las de Luján, su Cabildo, su Santuario y su milagrosa Imagen. Terminó diciendo:

"Entre los ilustres huéspedes de Luján hay uno que está en la boca de todos y que es inútil nombrar. Esta columna conmemorativa está aquí para perpetuar su inmortal recuerdo y tengo entendido que la Municipalidad que preside los intereses de nuestra histórica

Villa no quiere dejar para las generaciones futuras el honor de levantar en esta plaza un monumento digno del gran héroe de la Independencia. A ella, pues y al Señor Intendente un ¡Viva! — Viva y aplausos sin fin''.

La honrosa visita de la Infanta Isabel al Santuario de Luján con el objeto de agraciarlo con la bandera de la Madre Patria tiene antecedentes que es bueno conocer antes de presenciarla.

En la revista Mariana titulada ''El Pilar de Zaragoza'', se leía con fecha 5 de Abril de 1910, el siguiente suelto:

''Bandera Española para la República Argentina. — Fresco está todavía en nuestro espíritu el dulce e indeleble recuerdo de la presencia de España y Zaragoza de los esclarecidos Prelados de Buenos Aires, La Plata, San Carlos de Ancúd, Córdoba y otros más, que con ocasión de celebrarse en Zaragoza el primer Centenario de sus sitios gloriosos, vinieron con las banderas de las 19 repúblicas del Sud América para ofrecerlas como trofeos de afecto filial a nuestra querida patria, en el templo metropolitano de Nuestra Señora del Pilar, en cuyos muros interiores se ven artísticamente colocadas y entrelazadas también con la bandera nacional española.

Y ahora que marchará pronto a la Argentina una lucida comisión de la nación española, presidida por su Alteza la Serenísima Señora Infanta, doña Isabel de Borbón, para dar realce a las fiestas que han de celebrarse allí con motivo del Centenario de su independencia, parece propio que una vez más en señal de reciprocidad de afectos y nuevo vínculo religioso, patriótico y comercial, la misma nación Española, madre fecunda de aquellas nobles hijas, que hoy son legítima y purísima gloria de la civilización cristiana de nuestra raza en aquellas regiones, envíe también el estandarte de España para que sea colocado en el Santuario y Basílica Nacional de ''Nuestra Señora de Luján'', en Buenos Aires, como los de la América latina se hallan puestos en el Santuario y Basílica de Nuestra Señora del Pilar; estrechándose así los vínculos que en religión, lengua, costumbres e intereses nos unen a Españoles y Americanos....

En su virtud, nos proponemos que España, y en particular Zaragoza, contribuya con algunos céntimos para confeccionar una rica bandera Española, que será llevada por la comisión que irá a la Argentina''...

He aquí ahora la carta del Arzobispo de Zaragoza que acompañaba la Bandera Española:

Excmo. e Ilmo. Señor Arzobispo de Buenos Aires: Mi venerable Hermano: Por especial superior indicación, he tenido la complacencia de llevar la dirección en el encargo de remitir a V. E. I. la Bandera Española, emblema sagrado que la Madre Patria envía a una de sus hijas predilectas, la República Argentina, en el Centenario de su independencia, pagando así en algún modo la deuda de gratitud que España, y singularmente esta ciudad de Zaragoza, tiene contraída con las Repúblicas hispano-america-

nas, cuyas Banderas fueron traídas por los Ilmos. Prelados de La Plata, San Carlos de Anced y Córdoba, en representación de todos los demás con ocasión de celebrarse aquí el Centenario de los gloriosos Sitios, y cubren y adornan desde entonces los muros del Santo Templo Metropolitano de Nuestra Señora del Pilar, confundidos con la de esta nación Española.

Es portadora de la Bandera la Comisión presidida por su Alteza Real, la Serenísima Señora Infanta Doña Isabel de Borbón, que va a esa República para dar realce a las fiestas que han de celebrarse con el expresado motivo; habiendo escrito hoy a su Alteza participándole el envío de la Bandera adquirida con el óbolo de todas las Diócesis de España y especialmente de esta de Zaragoza para que disponga sea entregada a V. E. Ilma. con la solemnidad que estime oportuna, a fin de que sea colocada en la Basílica de Nuestra Señora de Luján; esperando que V. E. Ilma. recibirá con agrado esta prueba de amor maternal de la Metrópoli gloriosa hacia sus hijas predilectas las Repúblicas Sudamericanas, y que se dignará participar convenientemente a los respectivos Rdmos. Prelados, con el objeto de que puedan hacer saber a todos sus diocesanos este acto de afectuosa correspondencia y amor que la Iglesia Española y la Nación toda ha realizado y envía gustosísima en su obsequio. Con expresivo saludo, soy siempre de V. E. Ilma. affmo. Hermano y Capellán, etc.

A tan atenta y honrosa carta del Ilmo. Soldevilla, Arzobispo de Zaragoza, el Ilmo. Monseñor Espinosa correspondió con otra no menos atenta pero mucho más extensa, con fecha 30 de Mayo de 1910, en la que le cuenta en sus mínimos detalles toda la ceremonia de la entrega y recepción de la Bandera.

Antes de empezar aquí el relato de esta misma ceremonia haremos notar de paso el altísimo honor que le cupo al Santuario de Luján de ser el primero y único agraciado de los tantos y famosos Santuarios Marianos como existen en Sudamérica, y como debía ser para todos ellos el portavoz oficial del Santuario del Pilar de Zaragoza.

—Día grande ha sido el domingo 29 de Mayo para la histórica Villa de Luján, sede de la Soberana espiritual del Plata que albergó por algunas horas a la ilustre Infanta de España, Doña Isabel de Borbón, cuya venida a la República ha sido la reconstrucción del hogar de nuestros mayores, donde el honor español dió relieve siempre a las grandes concepciones del espíritu.

La sede de la Virgen de Luján estaba de gala. Sus calles embanderadas, sus verédas repletas de gente, porque todo el mundo esperaba la regia visita con los corazones abiertos: en las ventanas y en las puertas, en las calles y en las plazas, vale decir también todos los hogares abiertos, como que venía una ilustre descendienta de los descubridores de los que pusieron los primeros cimientos de esta heredad sagrada; de los que trajeron la luz del Evangelio, germinadora de todas las grandezas, de todos los progresos actuales, así como del culto bienhechor de la Gran Taumaturga de Luján.

A las 9 emprendía marcha el tren oficial que conducía a la Infanta y su comitiva con la Bandera destinada al Santuario bendito. La máquina estaba profusamente adornada con los colores patrios entrelazados con los españoles. En la estación había numerosas personas presenciando jubilosas la partida del tren oficial; y una salva de aplausos y grandes aclamaciones se produjeron a la llegada de su Alteza a la estación.

Doña Isabel de Borbón, después de agradecer esas manifestaciones de simpatía, con su sonrisa perenne y saludos de mano, se dirigió al tren, teniendo la gentileza de permanecer de pié cerca de la plataforma, hasta que la campana anunció la partida del convoy.

Llegado que hubo éste a Luján con toda felicidad, pero bajo una finísima garúa, que en algo deslució la manifestación, la ilustre Señora fué recibida entusiastamente por el Señor Juan Kaiser, intendente municipal y demás autoridades locales, tocaron las bandas de música la marcha real española, al fin de la cual el pueblo prorrumpió en vivas a su Alteza, a la República Argentina y a España.

En un espléndido landó enguirlandado de flores y cintas patrias, tomó asiento Doña Isabel de Borbón en compañía de la marquesa de Nájera, Conde de Gadagua y el Intendente de Luján.

En otros carruajes tomaron asiento las demás personas que componían el séquito oficial, siendo todas ellas escoltadas del escuadrón de seguridad de la policía provincial, en dirección a la Basílica.

El trayecto fué una verdadera marcha triunfal en la que se mesclaban los ¡Vivas!, los estruendos y las notas de la banda de música.

La Infanta y comitiva fueron recibidas por el Señor Arzobispo, demás Obispos y Padres del Santuario, con Cruz. Apenas podía abrirse calle, pues la multitud deseosa de ver de cerca a su Alteza se apiñaba en las gradas. Era aquello algo así como acto de simpatía íntima que se reflejaba en todos los rostros.

Por fin llegó la Infanta frente al Altar-mayor. La bandera Española, después de besada por la Infanta, fué colocada del lado de la Epístola, frente a la bandera Argentina con aplausos de todos los circunstantes, que no podían ver sin profunda emoción el encuentro oficial en estas dos banderas: la de la Madre y la de la Hija.

Esa entrega oficial de la bandera Española a la nación Argentina en el Santuario de Nuestra Señora de Luján era como una dulce sonrisa de la Madre Patria a la Hija aprovechada, bajo la mirada cariñosa de la Madre Celestial de ambas, que sucesivamente las agraciara con su protección en este mismo país, primero como Colonia Española y después como Nación Independiente.

Después de la entrega tan simbólica de la bandera, la Infanta tomó colocación con la marquesa de Nájera, el Ministro de España y los Prelados en las sillas-reclinatorios colocadas de antemano, y el séquito de su Alteza, en las otras sillas que seguían detrás.

Enseguida Monseñor Espinosa comenzó el Santo Sacrificio, durante el cual los Hermanos y Novicios Maristas cantaron hermosos cantos alusivos. Su Alteza oyó misa con sumo fervor valiéndose de su devocionario, y permaneciendo arrodillada la mayor parte del tiempo.

En el instante de la Comunión el recogimiento de los millares de fieles que se hallaban en el Santuario era sublime, y el Altar mayor radiante de luz, cubierto de flores, y ostentando en sus costados muchas banderas extranjeras, que se habían asociado al acto, presentaba un aspecto, a la par que severo y majestuoso, deslumbrante y fascinador.

Millares de cabezas sumidas en profunda reflexión se alzaban para rezar con un fervor acaso olvidado desde mucho tiempo atrás.

Desde el Altar-Mayor dirigió la palabra Monseñor Jara, Obispo de Ancúd, quien no podía faltar en esta circunstancia, puesto que había sido el iniciador de las banderas a España.

Fué una alocución impresionante, sentida y con pasajes históricos de mucha intimidad, alusivos al acto de la entrega de la bandera:

"Serenísima Señora: Cuando nosotros, los Obispos de las Repúblicas Hispano-Americanas, atravesando los mares, fuimos a depositar nuestros Pabellones a las plantas de la Virgen del Pilar, no nos figurábamos que la Madre Patria nos devolviera tan pronto el homenaje, enviándonos a su vez su gloriosa bandera: esta bandera que flameó en Covadonga, en las Navas, en Lepanto; que salvó a Europa de la invasión musulmana y que durante 800 años sostuvo la fe del pueblo cristiano. Y la portadora de tan rico tesoro, sois vos, Serenísima Señora... Una Isabel, al desprenderse de sus joyas y preseas, empujó las carabelas de Colón, otra Isabel, vuestra Augusta madre, contribuyó a consolidar los vínculos de unión entre los pueblos de América y España; y hoy, otra Isabel viene a traernos, no ya sus joyas que son fruto de la tierra, si no sus virtudes y la expresión del cariño y amor de la Nación Española!...

Yo te saludo, noble pendón, y no sé lo que me detiene para abalanzarme hacia ti y abrazarte como un hijo abraza a su madre. Yo te saludo en nombre de toda la América Española y en nombre particularmente de la República Argentina, que desde hoy te custodiará a los pies de la Virgen de Luján. Si algún día, manos osadas pretendieran ultrajarte, los pueblos todos de América formarían orgullosos, con sus pechos, una coraza a tu derredor.

Así como una madre se debilita al dar a luz a un hijo, así España, señores, se debilitó y desangró al dar a luz a un mundo. Agotó sus tesoros, sus ejércitos, su ingenio para civilizarnos, y encaminar a los pueblos del Nuevo Mundo en las sendas del progreso. Y si Vos, Serenísima Señora, por disposición divina, no habéis tenido hijos que gozaran de vuestra ternura, es que la divina Providencia os reservaba para que en este instante alumbrárais a todo un Continente que os contempla agradecido y admirado. Así como la bandera tricolor de mi Patria, traída por mi mano a los pies de la

Virgen de Luján en momentos en que las dos Repúblicas hermanas por querellas fronterizas se aprestaban a una guerra fratricida, tuvo el privilegio de acallar los enojos; que este pendón sagrado depositado a los pies de esta Virgen excelsa, tenga también el poder de estrechar más y más los vínculos que unan siempre a España y a sus hijas de América.

Decid a vuestro Rey y a vuestro pueblo que en este Santuario, honrados con la presencia de nuestros más grandes héroes, la bandera Española tendrá el lugar de honor; decidles que en este Santuario, donde vino San Martín cubierto aún con el polvo de las victorias, donde rogó Belgrano y donde se han postrado las generaciones de varios siglos, cuando vengan los pueblos de América, verán gozosos la bandera que Vos misma habéis traído y recordarán con gratitud interesada vuestro nombre y el de la heróica Nación Española. Decid a vuestro Rey, que aquel Obispo Chileno a quien él honró con estas preseas, y en cuyo pecho colocó él mismo estas insignias, ha salido al encuentro de este Pabellón para prestarle sus homenajes.

Ya rogaremos todos, a fin de que la Virgen os corone con la corona del Cielo y con la gratitud de todos los pueblos de América''.

Terminada la alocución la Infanta, dando el brazo al Intendente de la localidad, señor Kaiser y seguido de un séquito, después de agradecer a Mons. Jara sus conceptos, se abrió paso por medio de la multitud que llenaba las naves del Santuario de bote a bote y regresó a la puerta de entrada, dirigiéndose por el interior de la verja al Salón de la Basílica donde suscribió en el libro de oro de la Virgen, la siguiente Acta con los Obispos y demás autoridades presentes:

''El día veintinueve del mes de Mayo del año del Señor mil novecientos diez, S. A. R. la Serenísima Infanta doña Isabel de Borbón, visitó esta Villa y Basílica de Nuestra Señora de Luján, haciendo entrega de una bandera de la Madre-Patria, la noble España, en nombre de aquella gloriosa nación. Esta bandera fué bendecida por el Excelentísimo e Ilustrísimo señor Arzobispo de Zaragoza, por delegación de S. Santidad el Papa Pio X. — Para constancia firmamos: — Isabel de Borbón, Infanta de España''. (siguen las firmas).

Esta acta fué suscrita además por las Presidentas de la Archicofradía y de las Damas de Nuestra Señora de Luján, Sras.: Vivot y Pellegrini, respectivamente, a manera de constancia histórica del singular acontecimiento.

En seguida se despidió de los Padres del Santuario y se ordenó la marcha de regreso, la cual fué tan entusiasta como la venida.

Con ese sublime y hermoso acto de piedad unido a la Peregrinación jubilar del principio, los festejos patrios de la Independencia han quedado como inpregnados de espíritu religioso, como los fueran los actos de 1810. Y a causa de ello diremos nosotros, hijos de la fe, que Dios, por María ha bendecido visiblemente a la República durante todos estos días, concediéndole un tiempo hermosísimo y no permitiendo que ningún percance desagradable vi-

niera a turbar y empañar el brillo de sus fiestas. La Argentina sale de esta prueba más conocida del mundo entero y sobre todo más engrandecida incluyendo en su mayor conocimiento y engrandecimiento al Santuario y a la Virgen de Luján.

Como final de esta crónica, publicamos el despacho recibido por el Intendente:

"Señor Kaiser: Intendente Municipal de Luján. — Su Alteza Real la Serenísima Señora, Infanta Doña Isabel de Borbón, me ordena dé a usted las más sentidas y expresivas gracias, que le ruego trasmita a ese Consejo de su digna presidencia y al pueblo todo de Luján por el recibimiento que le han tributado. — El Ministro de España: El Conde de Cadagua".

FOEDERIS ARCA
EN EL CENTENARIO PATRIO

Bendita de Luján, Virgen María,
Violeta de los campos, que perfumas
El llano inmenso de la Patria mía,
La que disipas del pesar las brumas,
Aurora virginal del mejor día;
Yo vengo a Tí; la patria entusiasmada
Canta alegre en sus fiestas jubilares,
¿Y no habrá para Tí una clarinada
De amor, oh Madre de los patrios lares?
Tú el Arca de la alianza, Tú heroina,
Que encendiste el valor de los guerreros
De la Patria Argentina,
Que defendieron con honor sus fueros.
¿No habrá un himno entusiasta,
Que cante tus proezas,
Virgen Madre inmortal, divina y casta
Madre de las patrióticas grandezas?
No fuera justo; en la paterna historia
No hay página sin Tí, no hay una hazaña
Que no lleve tu nombre o tu memoria:

Alza tu frente inmaculada y pura
Destiéndela en el llano solitario
Y verás una ondada de ternura
que vuela con afán a tu Santuario.

Son los cantos de amor de los patriotas,
que entonando los salmos jubilares,
Hacen llegar los ritmos de sus notas
Hasta el pie secular de tus altares.

Son los creyentes; los de fe nervada
Que se acuerdan de Tí, Oh Arca de alianza,
Es la generación que en Tí no duda
Y puso en Tí su férvida esperanza.

Mira allá; de la aurora a los reflejos
La audaz locomotora serpentea,
Tus hijos son, que vienen desde lejos
Remedando el rumor de la marea.

Son sus himnos de amor, son sus cantares
Son sus votos, sus gritos, sus plegarias,
Unidos a los cantos jubilares
De las fraternas fiestas Centenarias.

Vienen a Tí! Magnífica teoría
Que cruza nuestras pampas sin linderos
Con la resina de su fe bravía
Del alma en los vivientes pebeteros.

¡Paso a la caravana de los buenos!
¡Paso a los justos de la Patria mía!
De amor de Dios y de la Patria llenos,
Que buscan los altares de María.

Son tus hijos, magnífica Señora,
Los hijos son de la Argentina raza,
Que vienen a decir con voz sonora,
Que no pasa su fé, si todo pasa.

Ese es, oh Madre, el pueblo verdadero,
Esa es la encarnación pura y genuina
De aquel pueblo guerrero
Que hizo grande e inmortal a la Argentina.

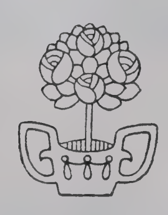
No mires a los otros, los impuros,
Los de la causa santa traicioneros;
Esos no son los nuestros, son perjuros
Que aunque en su patria estén, son extranjeros.

¿No los mires?... ¡Ah nó! Que tu mirada
Llegue a su corazón, queme ese hielo,
E ilumine su senda desgraciada
La pura luz de tu mirar de cielo.

Vengan ellos a Tí, como venimos,
Canten ellos a Tí, como cantamos,
Que vivan de tu amor, como vivimos,
Para que todos en tu amor muramos.

Es el voto del pueblo, es la esperanza,
Que estriba en tu cariño legendario,
Salva a la Patria, oh Arca de la Alianza
Brille en su cielo plácida bonanza,
Como aurora feliz del Centenario.

Pbro. A. Calcagno.





Vista de la nave central inaugurada. — 1910



CAPITULO II

Bendición e inauguración solemne de toda la Basílica —Pastoral preparatoria de Monseñor Terrero. — Llegada de los ilustres padrinos. — Demostración de afecto y agradecimiento al Señor Obispo y al Cura Párroco.



L acercarse el 8 de Diciembre en que la Iglesia celebra la fiesta de la Inmaculada Concepción a cuyo misterio está dedicada nuestra Sagrada Imagen de la Virgen de Luján, el interior de la Basílica estaba ya bastante adelantado como para procederse a su solemne bendición e inauguración tal como se había proyectado para solemnizar el fin del Centenario Patrio.

Para el efecto el Ilmo. Monseñor Terrero publica una segunda Pastoral con fecha 7 de Noviembre en que invita a los fieles devotos de María a tomar parte en este fausto acontecimiento:

''No queremos que termine este año del Centenario de nuestra emancipación política, les dice, sin que a imitación de nuestros mayores, vayamos al Santuario de Luján, sitio predilecto de la Madre de Dios, en nuestra amada Diócesis, y donde ella distribuye sus más especiales favores, presidiendo una piadosa peregrinación de la ciudad de La Plata.

Y no es solamente el deseo de que esta ciudad, Sede del Obispo, envíe allí su representación en este año memorable, como lo han hecho ya con muy laudable celo y piedad edificante muchos pueblos de esta vasta Provincia, sino que nos proponemos ofrecer el domingo 4 de Diciembre, a la Sma. Virgen en su advocación de Luján, y en el misterio de su Inmaculada Concepción, de una manera solemne este grandioso templo, erigido sólo por la piedad de los fieles estimulados por el amor a María, el cual será bendecido por Nos ese día, inaugurándolo oficialmente con esta ceremonia precursora de su consagración.

Son tan gratas al Corazón de María estas piadosas peregrinaciones, con las cuales se manifiesta el amor que le profesan sus hijos y la confianza que tienen en su protección y nos han convencido de lo mucho que ellas influyen en la conservación y aumento de la Fe, en la reforma de las costumbres y en la vuelta de muchas almas a Dios, que una de las cosas que más nos interesan y llenan de consuelo nuestro corazón de Pastor, son estas manifestaciones co-

lectivas, donde se manifiesta la Fe, venciendo el respeto humano, y donde se ora en común, para que la oración sea más eficaz y las gracias más abundantes.

Quedarían satisfechos Nuestros más vivos deseos si ella fuera muy numerosa, tomando parte en ella todas las congregaciones piadosas de ésta y concurrieran muchos niños a quienes tanto ama María, ya que son los predilectos de su Divino Hijo.

El éxito de esta gran manifestación de fe, piedad y devoción a la excelsa Madre de Dios, sería más grandioso, si los pueblos y los fieles que todavía no han realizado en este año peregrinaciones al Santuario de Luján, se dieran cita en ese lugar santo, el día indicado''.

A continuación el Ilmo. Señor Obispo nombra una Comisión de sacerdotes y piadosos seglares que aseguren el éxito de sus piadosos deseos. Como cumplieron ellos con su cometido, nos lo da a conocer el relato de la fiesta ansiada.

El tiempo que no cesó de reinar en todo el día del sábado, víspera del día tan suspirado, fué de calor sofocante, de viento y polvo. Al caer de la noche el viento disminuyó de violencia, el cielo se cubrió de densas nubes que pronto se vieron surcadas por el rayo siniestro. El trueno hizo oir su voz formidable y la lluvia comenzó a caer.

¿Qué día nos reserva mañana? La buena Madre del Cielo velaba. Proporcionó a sus hijos que a honrarla venían, un día verdaderamente agradable, sin barro y sin calor excesivo.

Son las 7 y 20. Los feligreses de San Ponciano de La Plata, con su digno pastor Monseñor Rasore al frente y la banda lisa del batallón infantil de Huérfanos, atraviesan las calles de Luján y llegan al Santuario, donde oyen la misa que para ellos se dice inmediatamente.

A distancia de media hora, llegan las peregrinaciones de San Justo a los acordes de la banda ''Santa Cecilia'' y la segunda de La Plata, con la hermosa banda de la policía provincial. Vino mucha gente también en los trenes ordinarios. Los coches y el tranvía vuelcan incesantemente peregrinos deseosos de tomar parte en el acto de la Bendición del Templo en cuyo interior se están celebrando muchas misas, pues grande es el número de sacerdotes que han acudido. Los confesonarios están asediados de fieles ansiosos de reconciliarse con su Dios y recibir el Pan de los Angeles que se distribuye sin cesar.

Frente a la Basílica la banda de la policía de La Plata y los niños del Asilo de huérfanos de la misma, han formado en la calle a la espera del Señor Obispo y del ilustre Gobernador.

De pronto pasa a galope el escuadrón de seguridad formado por hombres altos y fornidos que vienen montados sobre briosos corceles.

Son las nueve pasadas. A lo lejos óyese el estampido de las bombas que anuncian la llegada de los ilustres personajes a la plaza Colón, donde está la Municipalidad.

Monseñor Terrero con su familiar y otros sacerdotes se dirigen directamente a la Basílica, mientras que el Señor Gobernador y sus acompañantes, invitados por el Intendente Municipal, Señor Kaiser, bajan en la Intendencia donde las Autoridades comunales, las Sociedades y el pueblo lujanense aguardaban al primer Magistrado de la Provincia para darle la bienvenida.

El Intendente en conceptuosas frases, ofreció al General Arias el homenaje de la población de Luján, agradeció la visita al palacio municipal, formulando votos por que fuese grata su permanencia en la localidad.

El Señor Gobernador contestó afectuosamente, declarando comprometida su gratitud por aquel acto, y expresó sus mayores deseos en favor del porvenir local.

Desde el palacio municipal el Gobernador y su comitiva se pusieron en marcha a pié hacia la Basílica. Formándose una columna encabezada por la banda ''Santa Cecilia'' y en la que iban las autoridades comunales, las sociedades españolas, italiana de Socorros Mutuos, Príncipe di Nápoles, Figli di Lavoro y Círculo de Obreros, con sus banderas o estandartes y numeroso pueblo.

Al paso de la columna los niños de las escuelas arrojaban flores y agitaban banderitas.

Esperaban al Señor Gobernador, en el atrio, Monseñor Terrero, la Señora de Pellegrini, el clero parroquial y muchos sacerdotes, que acompañaron al General Arias y su comitiva al interior del templo.

La Basílica ofrecía en ese momento un golpe de vista espléndido. Ya de por sí la arquitectura ojival llamaba la atención con sus columnas esbeltas, sus dimensiones grandiosas y bien proporcionadas, sus vitrales magníficos y mil otros detalles que sería muy largo enumerar. Pero para la fiesta el templo había sido adornado con exquisito gusto.

A ambos lados del Altar erguíanse las Banderas Argentina y Pontificia; luego, en conveniente distancia, las banderas de España y de Chile, del Uruguay y de Irlanda, de Francia e Italia, etc. Detrás de los sillones reservados a los padrinos hallábanse suspendidos el hermoso estandarte de las Damas Nuestra Señora de Luján, y el de la heroina Juana de Arco, donado por las Madres Cristianas del Colegio Lacordaire.

Más de 4.000 personas llenaban las vastas naves y los cruceros. Ambos triforios estaban ocupados por los alumnos de los colegios, y el coro, por los cantores y los Novicios y Juniores de los Hermanos Maristas. En el presbiterio habían tomado asiento el Señor Ministro de Obras Públicas, doctor Tomás Sojo, los senadores Dalmiro, Sáens, Mariano de la Riestra, Alberto Barceló y Juan Malcon; los diputados Monseñor Piaggio y Monasterio, así como las autoridades municipales de la ciudad de Luján, una representación de la comisión ''Damas Nuestra Señora de Luján'' y muchas otras personalidades.

Tan pronto como los padrinos de la ceremonia, que debía realizarse, estuvieron reunidos, se inició la Bendición del Templo, recorriendo Monseñor Terrero y padrinos todo el interior orando y rociando con agua bendita el pavimento, paredes y columnas principales. Llegado que hubo otra vez ante el Altar Mayor, Monseñor Terrero entonó el "Te Déum" de acción de gracias, que el órgano y cantores prosiguieron. Monseñor fué a ocupar el trono del lado del Evangelio, mientras que hacia al de la Epístola se dirigieron el General, padrino, y la Señora Lagos de Pellegrini, madrina.

Durante el "Te Déum" la madrina y demás Damas de Nuestra Señora de Luján se adelantaron hacia el Altar Mayor para recibir en sus corazones al divino Hijo de Aquélla por quién tanto habían ellas trabajado. La hora avanzada y la sencillez con que lo hicieron fué un ejemplo verdaderamente grande de piedad y edificación para todos los presentes.

No bien los cantores hubieron acabado el cántico sagrado, comenzó la misa solemne oficiada por el Pbro. Calcagno, ayudado por el Cura de Mercedes y el franciscano fr. Cuello. Actuaron como diáconos de honor Monseñor Rasore y el Pbro. Copello y como asistente, el Pbro. Machioli. Monseñor Terrero vestía de medio pntifical, capa pluvial, mitra y báculo.

Terminado el Evangelio, Monseñor Terrero se vuelve hacia el pueblo y con voz conmovida pronuncia una de esas alocuciones cuyas palabras van derecho a tocar las fibras más sensibles del corazón. Toma por texto estas palabras de María Santísima en su cántico de acción de gracias del Magnificat: "Fecit mihi magna qui potens est". Desarrolla este texto, cantando las glorias de María; enumera los prodigios que ha obrado y sigue obrando aún la Madre de Dios al través de los siglos y en todas las generaciones. Más, exclama, ¿para qué mirar tan lejos y salir de nuestro suelo? Estudiemos un poco la historia de este Santuario de Luján; y en efecto, Monseñor, lo muestra vinculado a todos los acontecimientos de las naciones del Plata y en especial de la República Argentina. Hace desfilar los nombres de los Próceres de la patria, todos los cuales acudieron fervorosos a rendirle culto y homenaje con singular devoción.

Recordó que en 1900, siendo Obispo de La Plata, Monseñor Espinosa y Gobernador de la Provincia el doctor Bernardo de Irigoyen, éste rodeado de sus ministros, senadores y diputados, había jurado a la Virgen de Luján como Patrona de la Provincia, y que esta vez con el General Arias, Gobernador también de la misma Provincia y acompañado de sus ministros, senadores y diputados, venía él también a bendecir solemnemente este templo erigido por la piedad de los fieles devotos de María.

Hizo notar que era justo inaugurarlo en 1910, año de las más grandes efusiones cívicas, por cuanto próceres como Belgrano, French, Soler y otros muchos habían demostrado hasta que punto llegaba en los fundadores de la nacionalidad argentina su devoción a la Imagen portentosa de la Inmaculada Madre de Jesús.

Finalmente ponderó con delicadas frases el sentimiento de fe del Gobernador Don José J. Arias que prestigiaba con su presencia ese acto, dando así un ejemplo digno de ser imitado. Tuvo también elocuentes palabras de agradecimiento para la Comisión "Damas Nuestra Señora de Luján", y para el pueblo que tan eficazmente habían cooperado a la erección del Santuario.

En la tarde de ese mismo día la "Comisión pro homenaje" que se había venido formando desde algún tiempo atrás entre las autoridades y los vecinos más caracterizados de la localidad, vinieron a buscar con la banda de música al Ilmo. Señor Obispo, al Señor Cura Dávani y demás Padres del Santuario para conducirlos al local de la Sociedad Española, donde ya se encontraba el General Arias y demás ilustres acompañantes, con objeto de ofrecer a aquéllos una medalla de oro y brillantes, como tributo de afecto que en esa hora de íntimas satisfacciones les hacía el pueblo de Luján.

Allí el Doctor Chaves, presidente de la Comisión y antiguo condiscípulo del Señor Obispo, en bien sentidas frases reseñó los méritos de los obsequiados, solicitando del General Arias prendiera del pecho del digno Prelado la medalla que le estaba reservada.

Así lo hizo el Señor Gobernador manifestando que se sentía honrado de colocar esta medalla sobre el pecho de tan distinguido Prelado.

Agradeció Monseñor Terrero el obsequio declarándose hondamente conmovido por las palabras de su antiguo condiscípulo del Colegio San José, que le recordaban años de pura alegría y amistades profundas. Agradeció de lo íntimo de su alma esas muestras de afecto que le venían de los habitantes de un pueblo para él tan amado y finalmente enalteció los méritos del celoso e infatigable Cura de esta parroquia que con energía extraordinaria le había procurado la satisfacción de ver llegar a buen término la gran obra comenzada por el P. Salvaire de imperecedera memoria.

Del mismo modo se entregó la medalla al R. P. Dávani. Habló luego el Intendente, Señor Kaiser, historiando en una bellísima pieza oratoria las obras de la Basílica, haciendo resaltar que al creación y desarrollo de este pueblo se debe principalmente a la Imagen portentosa de la Madre de Dios y a su culto, abundando en merecidos elogios para el P. Salvaire y para el P. Dávani incansables obreros del magno proyecto.

Estas fiestas del Centenario en Luján quedarán gravadas en letras de oro en la historia de la Nación Argentina y atraerán sobre ella las bendiciones de lo alto. Empezarán con la Gran Peregrinación del 15 de Mayo; prosiguieron con la entrega de la Bandera Española por la Infanta Isabel, y terminaron con la Solemne Bendición e inauguración de la casa solariega de María.

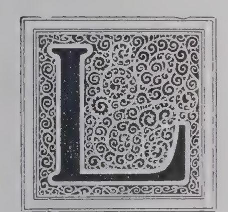
Las generaciones que vengan en adelante proclamarán que el pueblo Argentino de 1910 es digno por su fe y valor de los héroes que en 1810, le dieron patria y libertad.

Vista del Descanso de Peregrinos.



CAPITULO III

Continuación de los trabajos de la Basílica. — Modificaciones importantes en el Descanso y en el Camarín. — Muerte del buen Hermano Antonio, émulo Negrito Manuel.



AS fiestas del Centenario Nacional sirvieron de acicate al P. Dávani para proseguir con más ahinco los trabajos de la Basílica y demás dependencias.

La experiencia había demostrado que la antigua entrada del Descanso de los Peregrinos resultaba demasiado estrecha durante los meses de grandes peregrinaciones. Era preciso hacer un gran hall en la esquina para dar acceso fácil a las diversas reparticiones ya sea del patio ya sea de la imprenta, ya sea, por fin, del gran salón de Actos. A este salón había que agregarle un escenario y tribunas, a fin de apropiarlo más al fin porque se había construído esto es para conferencias, proyecciones luminosas, pequeñas representaciones, etc.

Las dos grandes puertas laterales de la Basílica han sido también objeto de una modificación importante debida a la dificultad de armonizar un exterior de tres accesos con un interior de cinco naves; ello obligó a construir dos puertas en cada entrada lateral, aunque sólo una de ellas sea practicable. Las dos puertas simétricamente colocadas ofrecen un conjunto muy hermoso y dejan espacio suficiente, para el tránsito, aún en las más grandes aglomeraciones de fieles. Esas diversas puertas y los cielo-rasos de las dos entradas laterales en la que se han formado artísticos artesonados, son todo de roble viejo norteamericano.

En el Camarín debióse también hacer una modificación bastante importante dictada por la experiencia.

El piadoso afán de poner a la Virgencita de Luján tan a la vista como posible, había inspirado en un principio la idea de poner muy alto el piso del Camarín detrás del Altar Mayor; pero la experiencia vino después a demostrar que lo que era un consuelo para los jóvenes y sanos, era una desesperación para los ancianos y enfermos; por lo que resolvióse bajar ese piso de 5 a 6 metros, construyéndose en su lugar una galería circular que siguiera dando motivo a las primitivas aperturas de los muros absidales, como si nunca hubiera habido retoque alguno posterior.

Todos los peregrinos, arquitectos y personas entendidas que visitan la Basílica han expresado a este respecto su plena conformidad; entre ellos Monseñor Federico Rasore, Cura de San Ponciano, en un magistral artículo publicado en ''La lectura del Domingo'', y reproducido por varios diarios y revistas, como nosotros lo reproducimos aquí:

''Al acercarme al Altar Mayor, me apercibí que este había sido traído hacia adelante y colocado de tal manera que fácilmente se pueden ver los oficios desde el crucero, cosa que antes no era posible. Esto me impresionó favorablemente, comenzaba a sentir las ventajas de la reforma del Camarín. También me pareció más bajo; pregunté si se le había restado algo a la altura que tenía, y me dijeron que efectivamente, había sido bajado un metro o dos, más o menos, con el objeto de que la Imagen de suyo ya muy pequeña no resultara aún más, debido a la altura. Otra ventaja dije para mis adentros, y tanto más plausible, cuanto que la estética nada ha sufrido. Esos altares altísimos que suben desde el suelo hasta la bóveda del templo no son siempre los más elegantes.

Comencé a subir una de las escaleras laterales del Camarín y grande fué mi sorpresa al encontrarme, a los diez peldaños con la puerta del mismo. Penetré en él, lo recorrí rápidamente con la mirada, y no pude menos que exclamar: ''Inspiración de la Virgen''. Así lo conceptúo yo; ha sido la Virgen Santísima la que inspiró al querido Obispo, en cuyos dominios está el Santuario, el pensamiento de la reforma introducida; ha sido la Virgen, porque a no ser Ella, a nadie se le hubiera ocurrido una cosa que a primera vista hubiera parecido inaceptable.

Es el Camarín de la Virgen algo que atrae, que electriza; no hay un solo peregrino que no quiera visitarlo; es un anhelo tan propio del peregrino visitar el Camarín, que parecería ridículo ir a Luján y no visitarlo.

Ahora bien, la altísima escalera que era preciso subir anteriormente para llegar a él, era un obstáculo a la realización de ese anhelo; muchos peregrinos se veían obligados a retirarse de Luján con una pena profunda, la de no haber visitado el Camarín.

A Luján van enfermos, personas débiles, que se fatigan fácilmente, ancianos, niños de corta edad no acostumbrados a subir altas escaleras. Y bien; todas esas personas se veían obligadas cruelmente a no visitar el Camarín; la alta y empinada escalera que le servía de acceso se lo estorbaba. Ahora no es así; esa dificultad ha desaparecido; unos cuantos escalones y estamos en el Camarín.

Pero, ¿habrá perdido el Camarín su carácter propio, el de ser ese lugar apartado, recogido, devoto, que nos figuramos cuando se nos habla de un Camarín de la Virgen? Muy lejos de eso: el Camarín no ha perdido nada, absolutamente nada de ese carácter, y no sólo nada ha perdido, sino que ha ganado mucho. En cuanto a ser un lugar de recogimiento, claro que nada ha perdido. Se comprende fácilmente que el Camarín no ha de ser más o menos devoto, porque esté a mayor o menor altura del suelo. Es ahora tan recogido como antes; y más aún. Su altar es ahora más elegante;

rodea todo el Camarín a la altura como de 5 metros una preciosa galería de nogal, estilo gótico, primorosamente tallada y sobre esta galería se ven banderas y escudos que hablan de las glorias de la Virgen, que cantan sus misericordias. Los muros están ricamente decorados. Ahora tiene el Camarín tres puertas, de manera que el acceso es más fácil, y también, es más rápida la salida; el Altar Mayor está ahora en comunicación con el Camarín, de manera que al propio tiempo se puede atender a uno y otro. El Camarín, como estaba antes no tenía sacristía, hoy tiene la misma de la Basílica, pues de la sacristía al Camarín, solo hay unos cuantos pasos.

Hay otra ventaja de orden completamente artístico que nos obliga a aplaudir la reforma introducida; y es que ahora, pues el Camarín a la altura en que está, luce admirablemente el ábside de la hermosa Basílica, el que cortado por el Camarín antiguo, había perdido toda su hermosura''.

¿Quién no conoce el santo Camarín
De la graciosa Virgen de Luján?
Dulce mansión
De bendición,
Donde Ella sabe con su amor sin fin
Honrar a todos los que a honrarla van.

Cuando a él se asciende en busca de la luz
Que esparce allí la Estrella matinal
Huye veloz
La duda atroz
Con cuyo denso y lóbrego capuz
Ciega Luzbel los ojos del mortal.

Con que filial confianza el corazón
Busca precioso refrigerio en él,
Do halla la paz
Sordo al falaz
Mundo, que mezcla en loca confusión;
Pesares, goces, amargor y miel.

—Pero el cambio de que hemos hablado no es el único que experimentara el bendito Camarín por los años de 1917: hubo también otro que, acaso menos ostentoso en sí mismo, habrá sido sin embargo más notado por una cierta clase de peregrinos: nos referimos a la muerte del santo Hermano Antonio, quien se había impuesto la regla de hablar poco y orar mucho, haciendo las veces de estatua orante en el Camarín. ¿Quién no lo recuerda? ¿Quién no lo ve todavía arrodillado sobre el reclinatorio izquierdo del altar, con el que se había casi identificado?

Muchos decían que él era en nuestros tiempos el émulo del célebre Negrito Manuel de los albores del Culto a María de Luján. Como a aquel, le llegó por fin el día feliz, de ir a gozar, en el Cielo, del Excelso Original, cuya Imagen Bendita tanto cuidara y sirviera en la tierra durante más de 40 años.

Falleció este querido Hermano de la Congregación de la Misión el día martes 27 de Noviembre, fiesta de la Aparición de la Medalla Milagrosa a una hija de San Vicente, de quien él también era hijo.

La triste noticia sorprendió al pueblo, pues, aunque el finado contaba una edad avanzada, varias veces había convalecido de sus achaques y vuelto a sus piadosas tareas.

Nacido el 23 de Noviembre de 1836, entró en la Congregación el 19 de Setiembre de 1870.

Estaba en Luján, consagrado al servicio de la Virgen, desde 1874.

"Era el Hermano Antonio la figura simpática, silenciosa que envuelta en su ambiente de oración, discurría por la Basílica, atento siempre al ornato de los altares y en especial al cuidado del Camarín. Era muy estimado de los Padres, y conocido de todos los peregrinos, algunos de los cuales se encomendaban a las oraciones del fervoroso religioso, pues gozaba fama de santidad.

Los Padres del Santuario repartieron al pueblo de Luján una tarjeta mortuoria, invitando a presenciar los últimos homenajes que se iban a tributar al virtuoso finado. El pueblo respondió al llamamiento, pues una inmensa muchedumbre asistió a la misa de cuerpo presente que se cantó el jueves.

Conseguida la autorización pedida a la autoridad eclesiástica y civil competentes, fué sepultado en la Basílica, junto a sus antiguos superiores, el P. Emilio George y el P. Jorge María Salvaire.

Comunicado el fallecimiento a los Rmos. Señores Arzobispo de Buenos Aires y Obispo de La Plata, contestaron respectivamente, con los siguientes expresivos telegramas:

"Lamento profundamente fallecimiento hermano Antonio y ruego a Dios por él. — † Mariano Antonio, Arzobispo de Buenos Aires".

"Lamento fallecimiento del santo Hermano Antonio y ruego por él. Sepúltenlo en el Santuario. — †El Obispo".

"Ruego por el querido Hermano Antonio y acompaño a sus hermanos en su justa pena. — † Francisco Alberti, Obispo Titular de Siunía".

Infinitas gracias sean dadas a todos los que se interesaron por el buen Hermano Antonio.

EL HERMANO ANTONIO

Fué el guardián, siempre despierto,
Del templo. Para él vivía
Y en el Camarín tenía
De sus delicias el Huerto.

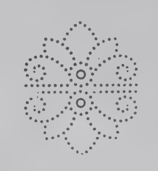
Fué en la virtud muy experto
De cerca a Cristo seguía,
Siempre mirando a María
Que lo esperaba en el Puerto...

El alma del santo lego
Ya no ante su Imagen ora:
¡Ora con gozo y sosiego

Ante la misma Señora!
Y Luján llora, entre tanto,
¡Luján, que ha perdido un santo!...

S. Fernández.

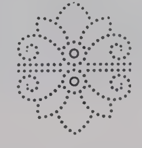




El Hermano Antonio
(el Silencioso)

Sirvió de Sacristán más de 40 años en la Basílica de Luján

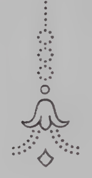




El último esclavo de la Virgen de Luján; Don Esteban Pérez.
Murió en 1892.





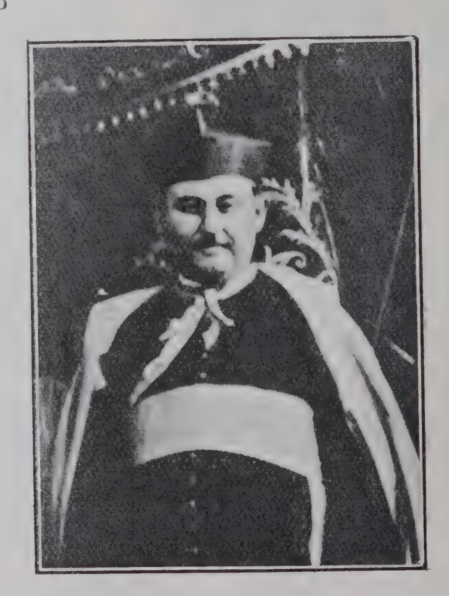




Mons. Dr. Santiago Côpello
Obispo Auxiliar
de La Plata







Mons. Claudio Burdet
Provisor y Vicario General
de la Diócesis de La Plata





CAPITULO IV

Vienen a implorar el auxilio de María de Luján los nuevos dignatarios de La Plata, Monseñor Burdet y Monseñor Copello. — Grave enfermedad del Señor Obispo Diocesano Monseñor Terrero. — Su fallecimiento en Buenos Aires. — Su inhumación en Luján.



fines de 1917 la larga y penosa enfermedad del Ilmo. Arzobispo Monseñor Espinosa llevó a Monseñor Alberti a Buenos Aires como Obispo Auxiliar del Arzobispado, y para llenar el gran vacío que dejaba en La Plata, el Señor Obispo Diocesano Monseñor Terrero echó mano de Monseñor D. Claudio Burdet, como Provisor y Vicario General y de Monseñor Doctor Santiago Copello como Obispo Auxiliar.

Ambos muy dignos de acompañarle en sus delicadas funciones: y sacerdotes de acrisolada virtud, de sólidos conocimientos y de larga experiencia en los asuntos eclesiásticos; su designación fué una garantía para la buena marcha de la Diócesis.

Monseñor Burdet se hizo cargo de su puesto el 1º de Enero de 1918, y vino en compañía del Ilmo. Monseñor Terrero el domingo 10, a poner bajo el amparo de María de Luján la parte que le cabía en la administración de la Diócesis de La Plata.

Monseñor Copello quedó a la espera de sus Bulas, las que llegaron el 8 de Noviembre del mismo año.

A pedido del Ilmo. Monseñor Terrero la Santa Sede ha concedido al nuevo Obispo Electo el Título episcopal de Aulón, tan recordado en el país por haber sido sucesivamente el de los Ilmos. y Rmos. Monseñores Medrano, Escalada y Aneiros, siendo por consiguiente Monseñor Copello el cuarto Obispo de ese nombre en la Provincia eclesiástica Argentina, cosa rara en la historia de la Iglesia y muy digna de ser notada y celebrada entre nosotros, por cuanto todos los que llevaron ese título se han distinguido por su celo pastoral.

De acuerdo con lo solicitado por el Señor Cura de San Isidro, en nombre de esa población donde nació Monseñor Copello, la consagración tuvo lugar en esa Iglesia parroquial, el domingo 30 de Marzo; y el 10 de Abril venía a su turno a poner bajo el amparo de María de Luján las árduas funciones a que debía dedicarse en bien de esta querida Diócesis de La Plata.

¡Ad multos annos!

El dignísimo Obispo Diocesano de La Plata necesitaba de esos dos poderosos cooperadores, pues tenía ya bastante comprometida su salud por su múltiple y largo apostolado.

El Ilmo. Monseñor Don Juan Nepomuceno Terrero y Escalada llevaba admirablemente bien todos sus nombres y apellidos: de San Juan tenía el candor y la caridad; de Nepomuceno, la reserva y prudencia; de los Terrero y Escalada, la nobleza e hidalguía; y había heredado de su tío carnal, el Ilmo. Mariano José Escalada, primer Arzobispo de Buenos Aires, un don de gobierno sumamente paternal.

"La bondad fué la virtud característica de toda su vida: todo su ser y su persona derramaba bondad, como las rosas exhalan las emanaciones de su propia esencia.

Era bondad natural pero afinada, depurada, acrisolada en la práctica de las virtudes cristianas y sacerdotales, que florecieron en su alma con la floración de las buenas obras con que llenó su vida.

El lema de su escudo: "*Omnia ómnibus*" todo para todos, no tiene nada de vanidad, como no la tuvo en los labios de San Pablo de donde lo recogió, impregnado al contrario de una sentida franqueza evangélica, no ha sido una frase ornamental de sus armas de Pastor: es la síntesis acabada de las inspiraciones de su corazón y la realidad de su vida, votada por entero al bien espiritual y material de sus amados diocesanos".

En su *ómnibus*, decía acertadamente alguno, todos pueden entrar y viajar a gusto de ricos y pobres, sabios e ignorantes, justos y pecadores; pero sobretodo los pobres: a ellos legó por disposición testamentaria todas sus alhajas episcopales.

A principios de 1918, Monseñor Terrero, empezó a sentir los amagos de una cruel enfermedad cardíaca que tras las alternativas propias de la dolencia, terminó con su vida mortal el 10 de Enero de 1921, en casa de su hermano Federico, residente en Buenos Aires, adonde se le aconsejó que fuera en los últimos días, a fin de que pudiese ser mejor atendido, y donde murió santamente, después de recibir los Santos Sacramentos con gran edificación de todos los presentes.

Por una disposición del dignísimo Obispo, los restos fueron llevados desde la Capital Federal hasta La Plata, asiento de su Diócesis para ser velados en la Catedral y ser conducidos después de los funerales a Luján para inhumarse en la Basílica de la Patrona de la Diócesis, a cuyo efecto había mandado preparar un sepulcro en el crucero del lado Oriental, al pié del altar del Sagrado Corazón de Jesús.

El acto del traslado de los restos de la capilla ardiente a la carroza fúnebre que debía conducirlos a la estación Constitución, asistió una numerosa concurrencia, destacándose el Excmo. Señor Presidente de la República, el señor Ministro Torello, el Intendente, Señor Cantilo, el representante del Excmo. Señor Nuncio Apos-

tólico, los Obispos Alberti, Bazán, de Andrea, Orzali y altas personalidades eclesiásticas y civiles, tanto de la Capital Federal, como de La Plata.

Al llegar a La Plata el féretro fué colocado en una carroza funeraria tirada por cuatro caballos, y en llegando a la Catedral se le depositó en el presbiterio donde Monseñor Copello rezó un responso, y los fieles empezaron a orar.

Al día siguiente, cantados los Maitines, se celebró la Misa de Pontifical, pronunciando Monseñor Alberti la oración fúnebre. Sus párrafos, conmovieron profundamente al auditorio. Comenzó diciendo que venía en nombre de los fieles y del Clero de la Diócesis a elevar una plegaria, a esparcir flores y derramar lágrimas sobre el féretro que guardaban los queridos restos del segundo Obispo de La Plata...

Recordó con lágrimas en los ojos la disposición de su última voluntad, de que se le enterrara en la Basílica de Luján, donde serán conducidos sus restos.... Y después de haber esparcido flores y derramado lágrimas como lo había prometido, concluyó elevando oraciones, diciendo: "Virgen de Luján, acoge benigna, a la sombra de tu manto, al hijo predilecto que quiso dormir su último sueño en tu regazo maternal. Acoge esa alma purificada por el dolor y haz que sea trasladada por tu misericordia a la región de la luz y de la paz eterna. *"Fac eam Domine de morte transire ad vitam. Amén"*.

El miércoles, 13 de Enero, el féretro fué trasladado de La Plata a Luján, en cuyo Santuario se le depositó en el sepulcro que él mismo había mandado hacer, junto al altar del Sagrado Corazón de Jesús, previos los oficios fúnebres consiguientes.

El Excmo. Señor Arzobispo a pesar de sus graves dolencias se acordó de su hermano en el Episcopado, dirigiendo al P. Dávani el siguiente telegrama: "Señor Cura Vicario: Me asocio de todo corazón, al doloroso espectáculo de hoy. Ruego a Dios por el eterno descanso del querido Obispo y el consuelo de los suyos. — Mariano Espinosa, Arzobispo de Buenos Aires".

¡Requiescat in pace!

Descanse en paz el virtuoso Prelado. ¡Que la Santísima Virgen de Luján premie con la gloria eterna la tierna devoción que le profesó en vida!





EN LA MUERTE DEL PASTOR

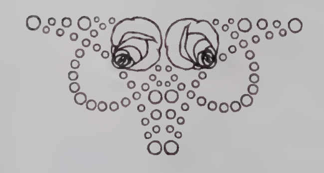
¿Que hará la grey sin el Pastor amado?
¡Te lo llevaste ¡ay Dios! y así la dejas
Sumida en el dolor!.... ¿No oyes sus quejas,
Sus gemidos de amor desconsolado?

Pastor como él, amante y desvelado,
Por cuyo santo medio la protejas,
Si manos cual las suyas no aparejas,
No hallará, la que huérfana ha quedado.

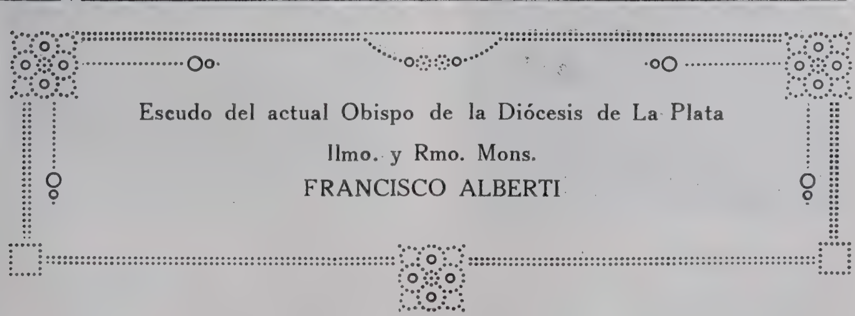
En hacérnoslo amable te gozabas,
Y si era tan amado como amante,
Fué por que en él, Señor, te retratabas

¡Dános otro Pastor a él semejante!
¡Y dale a él los lauros de tu cielo!
Solo así tendrá alivio nuestro duelo.

S. Fernández.



ADVENIAT REGNUM TUUM



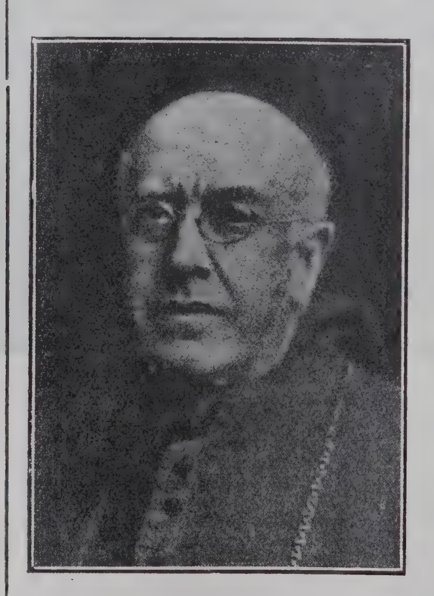
Escudo del actual Obispo de la Diócesis de La Plata

Ilmo. y Rmo. Mons.

FRANCISCO ALBERTI



Ilmo. y Rvmo. Sr. Dr. D. MARIANO ANTONIO ESPINOSA
Primer Obispo de La Plata en 1898, hasta 1900, que pasó a ocupar la Sede Arzobispal de B. Aires. Proclamó Patrona Principal a la Virgen de Luján y fundó su Archicofradía.



Ilmo. y Rvmo. S. D. JUAN N. TERRERO

2° Obispo de La Plata en 1908 y murió en 1921. Inauguró la nave Central y trasladó la Taumaturga del Plata a su nuevo grandioso Camarín en 1904, y en 1910, año del Centenario de la Independencia inauguró toda la Basílica.



Ilmo. y Rvmo. Sr. FRANCISCO ALBERTI

3er, Obispo de La Plata, el 12 de Octubre de 1921 tomó posesión de la Diócesis. Díos quiera y la Virgen de Luján nos lo conserve por muchos años "ad multos annos".



CAPITULO V

El Ilmo. Monseñor Francisco Alberti vuelve a La Plata como Obispo Diocesano. — Regocijo general que esto ocasiona. — Su primera peregrinación al Santuario de Luján, para implorar a la Virgencita.



RA de Dios que el Ilmo. y Rmo. Monseñor D. Francisco Alberti, quién había colaborado durante veinticinco años como Vicario General y Obispo Auxiliar de La Plata, volviera a ella como Obispo Diocesano, después de una ausencia de cuatro años, como Auxiliar del enfermo Monseñor Espinosa, Arzobispo de Buenos Aires.

El día 3 de Julio de 1921, Su Santidad Benedicto XV, expidió las Bulas de institución, y el 12 de Octubre se efectuó la toma solemne de posesión de su Sede.

En la cariñosa Pastoral que dirige ese día a sus diocesanos, Monseñor Alberti no podía olvidar a Nuestra Señora de Luján, y manifestar la plena confianza que en ella tiene para cumplir debidamente con sus delicadas obligaciones pastorales:

"Designios inescrutables, dice, nos vuelven hoy a la ilustre Iglesia de La Plata, campo de nuestro apostolado durante veinticinco años, para que desempeñemos, ahora, en ella el oficio de Pastor de vuestras almas...

Es costumbre, entre los que son destinados para regidores de pueblos, presentar a sus súbditos un programa de gobierno, con declaraciones de lo que han de hacer, en bien de los mismos, desde las alturas del poder. El programa de un Obispo Católico está formalizado de antemano, en la Sagrada Escritura y en los Cánones. Pero si se quisiera saber más en particular nuestro programa, remitiríamos al que lo deseara, a la lectura del lema de nuestras armas episcopales: "Adveniat regnum tuum". Que Nuestro Señor Jesucristo reine, como Soberano, en la inteligencia y en la voluntad, que el espíritu de su Evangelio informe la vida de la familia, la enseñanza de las leyes y todas las instituciones. Que a sus preceptos se ajuste la conciencia de los fieles en sus deberes públicos y privados. Estos son, en síntesis, venerables hermanos y amados hijos, los propósitos que Nos animan y que Nos proponemos realizar.

Para hacerlo cumplidamente ponemos ante todo, nuestra confianza en el Señor. Conocemos, como San Pablo, que nosotros nada

podemos, pero sabemos también como él, que todo lo podemos en Dios. Confiamos además, y mucho en nuestra Madre, la Santísima Virgen María, Patrona jurada de nuestra Diócesis, en su advocación dulcísima de Luján, y en el Glorioso Patriarca San José, Patrono de la Iglesia universal. Del Corazón Sacratísimo de Jesús, donde se guardan los tesoros de la divinidad, esperando sacar principalmente, todo cuanto necesitamos para el mejor desempeño de nuestra delicada misión; y en su caridad infinita hemos de inspirar todos nuestros procederes para el gobierno de nuestros hijos espirituales".

El doce de Octubre era el día designado para que Monseñor Alberti tomara solemnemente posesión de su Sede Episcopal de La Plata.

Como era de esperar, el pueblo de La Plata y de la Diócesis tributó a S. S. Ilma. y Rma. Monseñor Francisco Alberti, una recepción solemne y grandiosa. Fué unánime la opinión de eclesiásticos y civiles, que jamás presenció aquella ciudad una manifestación de tan grandes proyecciones.

Una enorme concurrencia saludó el paso del virtuoso prelado por las calles de La Plata para tributarle el homenaje a que lo hacen acreedor sus sólidos y bien conquistados prestigios.

—El sábado, 15 de Octubre, S. S. Ilma. Monseñor Alberti, hizo su primera visita a Nuestra Señora de Luján, para poner bajo su amparo y protección los actos de su gobierno.

Llegó a la estación en el tren de las 19.

En el andén esperaban a S. S. Ilma. las autoridades eclesiásticas y civiles de la localidad, comisiones de diversas Asociaciones lujanenses y distinguidas personalidades. Cambiados los primeros saludos, el Ilmo. y Rmo. Monseñor Alberti tomó asiento en un auto acampañado del Señor Cura, del Intendente Municipal; el Señor Vicario General Monseñor Burdet ocupaba otro, acompañado de los doctores Chaves y Merlo. Llegados a la Plaza Colón, se apeó S. S. Ilma. y llegó a nuestra Basílica acompañado de numeroso público y a los acordes de la banda. Durante el trayecto se dispararon bombas y desde los balcones se arrojaron flores al paso del Prelado.

En el atrio de la Iglesia donde estaba reunida la mayor parte de la feligresía, hubo un momento de alboroto pretendiendo todos ser los primeros en besar el anillo pastoral del amado Prelado. El Señor Secretario de la Intendencia dió la bienvenida al ilustre huésped, a la que contestó éste con palabras llenas de afecto y cariño. Dijo en síntesis, que no aceptaba las demostraciones de aprecio, sino en cuanto iban dirigidas a la cruz que ostentaba en el pecho: que venía a postrarse ante la misma Virgen, ante quien se postraron los grandes próceres argentinos, antes de dedicarse a la cruzada que la Iglesia le había confiado.

El domingo 16, Monseñor Alberti celebró la santa Misa a las 6.30, y a ella asistieron los dos Colegios de los Hermanos y de las Hermanas, así como toda la Comunidad Marista y varias Asociaciones piadosas. Las comuniones ofrecidas en esta Misa para el buen acierto en el Gobierno de Monseñor Alberti fueron innume-

rables. Después de la Misa todos acudieron al salón parroquial para ofrecer sus obsequios al amado Prelado, quien supo encontrar para todos y cada uno la palabra apropiada de aliento y edificación.

Más tarde llegó la peregrinación de La Plata, que venía también a rogar por su buen Padre y Pastor.

A ellos se unieron las peregrinaciones de San Juan Evangelista, de la Boca, las varias congregaciones piadosas de los PP. Pasionistas, las Hijas de María de la Medalla Milagrosa, de la calle 24 de Noviembre; en resumen unas 24 mil personas que unían sus plegarias a las del bondadoso Prelado, Monseñor Francisco Alberti.

¡Deus exaudiat!

BUSCANDO AMPARO

Pastor y Padre cariñoso tiene
La Santa Iglesia de mi patrio suelo,
A tus pies, Virgen de Luján, hoy viene
A demandar la protección del cielo.

Bajo tu amparo, invulnerable escudo,
Se acoge el corazón agradecido:
Bajo tu empuje destrozado y mudo
Caerá Satán con infernal rugido.

¡Oh Virgen de Luján! feliz amparo,
En la vida, en la lucha, en la agonía,
El nimbo brille de tu amor preclaro
Mensajero de paz y de alegría,

El tierno Padre por sus hijos vela.
Penas, fatigas, inquietud no siente.
La viva llama de su amor anhela
Del fiel rebaño la oración ferviente.

Late feliz su corazón amante,
Siendo María de Luján su gloria,
Esencia pura del amor constante.
La Cruz de Cristo su inmortal victoria.

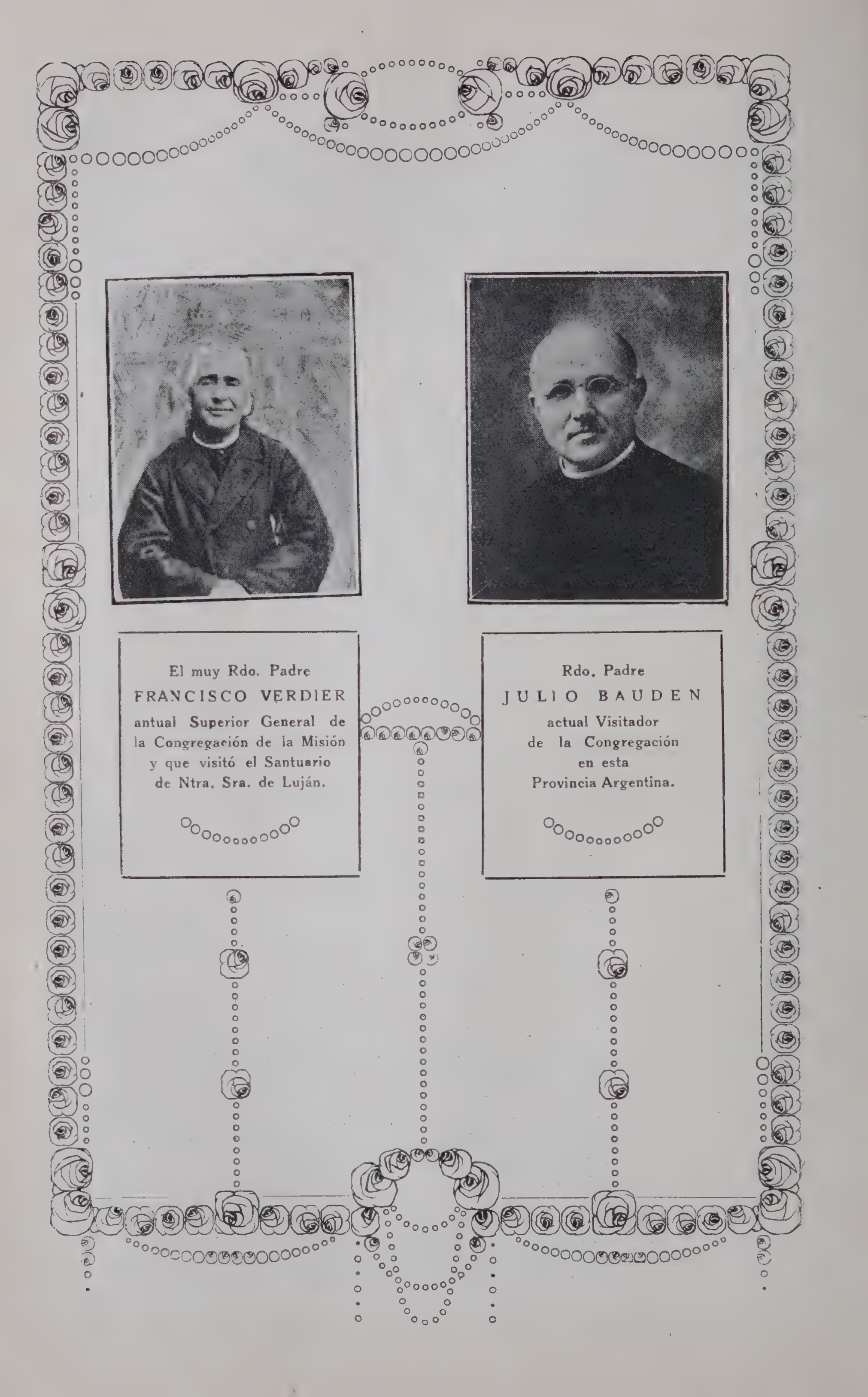
Luján bendito! de la patria mía
La mejor perla en tu Santuario mora
Luce la estrella que las almas guía,
Al cielo eterno donde Dios se adora.

La hora sonó en la eternal morada
Que el buen pastor consagre en este día
Su corazón, la nueva grey confiada,
Bajo el amparo santo de María.

El timón de la patria está en su mano,
Libre la nave de zozobrar mantiene;
Brama furioso el huracán en vano,
Al menor seño su furor detiene.

El Argentino pueblo con ternura
Formando un corazón con su Prelado
En el regazo de la Madre pura
El cielo busca del amor soñado.

A. B.



El muy Rdo. Padre
FRANCISCO VERDIER
antual Superior General de la Congregación de la Misión y que visitó el Santuario de Ntra. Sra. de Luján.

Rdo. Padre
JULIO BAUDEN
actual Visitador de la Congregación en esta Provincia Argentina.



CAPITULO VI

Bodas de oro de los Hijos de San Vicente con la parroquia y Santuario de Nuestra Señora de Luján. — Cincuentenario de la venida de las Hijas de Caridad, y de la fundación de las Hijas de María en la parroquia.

PARA no volver repetidas veces sobre temas análogos vamos a juntar en este capítulo tres Cincuentenarios que si bien no se celebraron al mismo tiempo, se relacionan íntimamente entre sí.

Los Hijos de San Vicente de Paúl se habían hecho cargo de esta parroquia de Luján el 2 de Febrero de 1872; por lo que el 2 de Febrero de 1922 les cabía celebrar sus bodas de oro con la misma.

Apenas conocida la noticia empezaron a llover cartas y telegramas de felicitación de dentro y fuera del país, y en Luján, se nombraron comisiones de respetables vecinos, con el objeto de celebrar el fausto acontecimiento en señal de cariño y gratitud para con los Padres del Santuario.

De las innumerables cartas recibidas no podemos menos de reproducir la del Ilmo. Obispo Diocesano de quien depende ahora el Santuario, y la del Excmo. Señor Arzobispo de quien dependía cuando lo recibieron en 1872.

La de Monseñor Alberti está fechada el 27 de Enero de 1922 y dice así: "Rdo. P. Dávani: Compromisos ineludibles nos privan de tomar parte en las fiestas con que ha de celebrarse el quincuagésimo aniversario de la instalación de los beneméritos Padres Lazaristas en esa querida ciudad de Luján y Santuario de nuestra predilección.

Por eso escribimos esta carta asociándonos de todo corazón al santo júbilo de este día, dando gracias a Dios por los beneficios recibidos, proclamando bien alto, los títulos que la Congregación de la Misión tiene a la gratitud de la Diócesis de La Plata, y del país entero, por la dedicación con que ha servido sus intereses religiosos en ese Santuario Nacional, y evocando la memoria de los grandes Lazaristas que se llamaron Freret, George, Salvaire con otros muchos no menos recomendables, vivos y difuntos que vincularon su nombre a la obra magna de la Basílica, y a la evangelización de Luján y su partido.

Por todo damos gracias, sí, muy rendidas al Señor, y al pedirle para V. R. y sus compañeros de apostolado en el Santuario, sus más selectas bendiciones, le suplicamos que conserve mucho tiempo todavía su preciosa existencia para que pueda terminar la magna obra, en que tanto ha trabajado, con el aplauso de todos los buenos, y la aprobación de sus Prelados.

Pidiéndole me encomiende a la Santísima Virgen, lo saludo afectuosamente y lo bendigo de corazón. — † Francisco, Obispo de La Plata''.

''Reverendo P. Vicente Dávani: Mariano Antonio, arzobispo de Buenos Aires, bendice con el mayor afecto a su querido hijo, el R. P. Vicente Dávani, y a cada uno de los RR. PP. de la Congregación de la Misión a cuyos solícitos cuidados está encargada la custodia de nuestro templo nacional.

Quiera la Virgen de Luján colmar con sus bendiciones a los RR. PP. en el quincuagésimo año de su estada en Luján, en donde han hecho tanto bien al templo material y espiritual de la parroquia.

Testigo he sido en esos 50 años desde que Monseñor Aneiros, de feliz memoria, tuvo la buena inspiración de encargar a los RR. PP. de la Misión la custodia de ese Santuario de su obra. ¡Cuánto han hecho Ustedes por acrecentar la devoción hacia la Santísima Virgen, bajo el glorioso título de Luján!

Sus predecesores, los padres Salvaire y George, sonríen desde el cielo en tan grato aniversario, y se unen a nosotros para pedirle a Dios por la conservación de la preciosa vida del Cura actual y de sus compañeros.

Quiera Dios escucharnos, colmándolos de sus gracias y bendiciones: son nuestros votos en este felicísimo aniversario, en que una vez más nos encomendamos a sus santos sacrificios y oraciones.

Diculpen estas mal trazadas líneas que un moribundo les manda. — Mariano Antonio. — Arzobispo de Buenos Aires''.

¿Podía darse un momento de mayor sinceridad?

La celebración de las Bodas de oro de la Congregación de la Misión con la parroquia de Luján, que tuvo lugar en los primeros días del mes de Febrero, revistió toda la solemnidad de los grandes acontecimientos. Esta fecha memorable pasa a la historia de Luján con caracteres indelebles.

El programa de los festejos se cumplió en todas sus partes, sin que hubiese una nota discordante en ese verdadero himno de alabanzas que en honor de Dios y homenaje a los Padres entonaron multitud de corazones agradecidos.

El sermón de circunstancia estuvo a cargo del Rdo. P. Víctor Lledó, capellán del Hospital de la localidad, revistiendo con esto la fiesta un aire de mayor intimidad y de familia, circunscrito a Luján.

El orador sagrado llevó al ánimo de sus oyentes el convencimiento de que los Sacerdotes de la Misión han atendido con todo esmero las necesidades espirituales de su parroquia bajo todas

sus formas; que tendieron por sobre todo el pueblo, mediante asociaciones diversas y proporcionadas a toda edad y condición, las finas redes de su celo, y si bien es verdad que hay almas que no han quedado aprisionadas, es porque se "han escapado rompiendo las redes", según expresiones evangélicas.

La solemne función terminó con el canto del Te Déum y la bendición dada con el Santísimo.

Igual éxito alcanzó la fiesta literario-musical realizada por la tarde en el Salón de Actos del "Descanso de Peregrinos". El auditorio formado por lo más representativo y culto de la sociedad lujanense llenaba el salón espacioso, y premió con merecidos aplausos los números de un variadísimo programa.

Diremos sólo dos palabras del discurso del Doctor Chaves, por ser el presidente de la Comisión de festejos.

El doctor Octavio Chaves hizo una espléndida y entusiasta reseña de la actuación sucesiva de los Padres Freret, George, Salvaire, Brignardello y sobre todo, Dávani; pero como si temiera que le tacharan de parcialidad acudió oportunamente a un suelto reciente de "La Nación", diciendo:

"Tratándose de la personalidad de nuestro respetable y querido Cura Párroco, voy a permitirme presentar la opinión autorizada de afuera, no la nuestra: voy a leer lo que dice "La Nación" sobre el R. P. Dávani en su interesante artículo que dedica a esta fiesta: habla "La Nación":

"La labor realizada por este sacerdote es demasiado conocida para extendernos en mayores consideraciones, bastando expresar tan sólo que durante el tiempo que desempeña ese cargo, las obras de construcción de la Basílica se han acelerado tanto, que sólo falta colocar las torres del frontispicio para que el templo quede terminado.

Se han construído también obras complementarias de mucha importancia, como el gran edificio para descanso de los peregrinos y la gran casa de dos pisos para el Colegio de Nuestra Señora de Luján, dirigido por los Hnos. Maristas". — El doctor Chavez añadió después:

"Puede decirse sin exageración que los Rdos. Padres de la Congregación de la Misión, han realizado una misión inspirada por el Cielo, al erigir el Santuario de la Virgen de Luján, convertir una aldea colonial en ciudad importante, y de la pequeña Villa de Luján, hacer una segunda Roma cristiana por su religión e ilustración.

Razón pues, poderosa y bien fundada ha inspirado al pueblo de Luján el presentar a los Padres del Santuario un sincero homenaje de respecto y gratitud, por los numerosos beneficios recibidos día por día y siempre.

La placa de mármol colocada en la Basílica al lado de la de bronce dedicada a los sacerdotes próceres en el Centenario de nuestra Independencia, habla elocuentemente de la consideración respetuosa de este vecindario hacia los socerdotes del gran templo. Homenaje, señores, que no se limita en los pequeños contornos de

la ciudad de Luján: este homenaje responde y podemos decirlo bien alto, al sentimiento cristiano de toda la Nación y lo dicen bien claro y en forma elocuente, las 200.000 personas que anualmente visitan nuestro Santuario en las grandes y frecuentes peregrinaciones"...

Anteriormente a esta fecha, esto es el 23 de Septiembre de 1917, las Hijas de la Caridad, fundadas también por San Vicente de Paúl, celebraron el quincuagésimo aniversario de su llegada a Luján. Aquel fué también un día muy festejado en la población, donde hubo un gran reparto de comestibles y vestuarios a los pobres.

En la Misa predicó el dignísimo Obispo, Monseñor Alberti, quién, con su elocuencia y unción acostumbradas pasó admirablemente en revista las diversas obras locales de las Hermanas, desde el pequeñuelo que recogen del arroyo en la calle, hasta las niñas ya más grandecitas que educan en el santo temor de Dios, las Hijas de María que agrupan a los pies de la Madre Inmaculada para que guarden intacto el lirio de su pureza, y finalmente la visita de los enfermos a domicilio tan provechosa para los moribundos.

Algún tiempo antes ya, una antigua discípula de ese colegio, dama distinguida hoy, que posee dotes intelectuales, espíritu selecto, y acendrada gratitud a las aulas en que aprendiera a ser virtuosa y buena, escribió en un periódico local, un conceptuoso artículo, recordando esa querida escuela y expresándose al respecto en los términos siguientes:

..."En el sagrado recinto del Colegio local de las Hermanas hemos visto deslizarse tranquilos nuestros años, en la infancia, días apacibles, venturosos, llenos de dulces y tiernos recuerdos! En su hermosa Capilla aprendimos a adorar a Dios y adorándole hemos formulado allí nuestras primeras plegarias y súplicas. Ellas, las generosas Hermanas, inculcaron en nuestras almas virtudes que perduran, y en el corazón sublimes sentimientos que no se olvidan!....

A través de muchos años, vividos al calor de las afecciones del hogar y soportando congojas con que las alternativas de la existencia ponen a prueba el temple de las almas, mi pensamiento ha cruzado veloz el espacio y ha ido a posarse, como buscando dulcísimo alivio en aquel amado Colegio, en que las santas mujeres me inculcaron resignación y paciencia cristiana.

Que el cielo premie la generosa acción de las Hermanas de Caridad, le pido siempre al Dios que en mis tiernos años me enseñaron a adorar en el humilde oratorio de aquella escuela".

El 2 de Marzo de 1923, era la Asociación de las Hijas de María Inmaculada que celebraba el cincuentenario de su fundación. Ellas también tuvieron la dicha de oir las melífluas palabras del Ilmo. Monseñor Alberti en esa solemne circunstancia. El no era para ese jardín mariano un obrero desconocido: varias veces se había dignado predicarles los ejercicios anuales; así que, muy

sinceras podían ser en este caso sus palabras de felicitación y muy acertados sus paternales consejos.

La fiesta cincuentenaria fué realzada con una delegación de las Hijas de María Inmaculada de la Capital Federal, quienes obsequiaron a las de Luján, na hermosa placa de plata sobre un fondo de mármol, que conmemora el fausto acontecimiento en estos términos: "Las Hijas de María Inmaculada de la Providencia en las bodas de oro de las Hijas de María Inmaculada de Luján. — 1873 - 2 de Marzo - 1923."

LA HIJA DE MARIA

Si la Madre de Jesús
No lo fuera también mía
¿Con quién, con quién contaría
Que aligerara mi cruz?

Del dolor bajo el capuz
Por este destierro, iría
Sola, errante, sin María,
Sin María que es mi luz.

¡Bendito el Eterno Padre
Que la creó tan sublime,
Y el Hijo que me redime

Y me la deja por Madre,
Y el Paráclito que inflama
Corazón que así me ama!

S Fernández.





CAPITULO VII

Ofrenda a María de la bandera mejicana. — Fallecimiento del R. P. Vicente María Dávani. — Manifestación de duelo. — Inhumación de sus restos mortales en la Basílica.



A fama cada vez mayor de nuestra bendita Taumaturga del Plata, movió en 1922 a las Damas Mejicanas a dirigirse a ella contra las incesantes revoluciones civiles y persecuciones religiosas experimentadas por su amada tierra tan digna por cierto de mejor suerte.

A las súplicas que ellas dirigían allá sin cesar a su gloriosa Patrona la Virgen de Guadalupe, quisieron que los Mejicanos residentes en nuestro país, unieran las suyas ante Nuestra Señora de Luján, y más aún quisieron que la bandera de su querida patria fuera colocada a la par de otras tantas en su piadoso Camarín, como perpetuando sus plegarias.

Aprovechando la venida a ésta del Señor Malbrán, Ministro de la Argentina en aquel país, le entregaron la susodicha bandera y un hermoso pergamino firmado por las principales de entre ellas, afán de que fueran depositadas ambas cosas, en su nombre, en el Santuario. Al hacerlo el Señor Malbrán pronunció un sentido discurso que lamentamos no poder reproducir. El pergamino dice así:

"Las Damas Mejicanas envían su bandera como un homenaje a la bendita Virgen de la Basílica de Luján. — Buenos Aires. — República Argentina. — Méjico. — Enero 6 de 1922."

La bandera Mejicana fué oficialmente recibida por el R. P. Dávani en nombre del Ilmo. Monseñor Alberti, Obispo Diocesano.

Puede decirse que este acto oficial y la celebración de las Bodas de oro de los Padres de la Misión con el Santuario fueron los últimos acontecimientos de alguna trascendencia en que actuó el P. Dávani, como Cura y Capellán de Luján, pues rindió su alma al Creador el viernes 27 de Octubre de 1922 a las 11 horas del día, a los 60 años de edad y 21 de Curato.

Hacía ya algún tiempo que el árduo e incesante trabajo que se había impuesto en favor de María de Luján y su Santuario, venía minando poco a poco sus fuerzas.

En los principios de su enfermedad varios amigos le instaban repetidas veces a que se alejara temporalmente del teatro de su acción para descansar de sus fatigas y cuidar de su precaria salud. Y él, mirando cada vez a sus interlocutores con la extrañeza de quien oye un mal consejo, replicaba al instante: eso sería mi muerte indefectiblemente; en ninguna parte que no sea el Cielo me encontraré más a gusto y mejor que aquí en mi obra.

El alma del P. Dávani se encuentra hoy mejor que aquí en su obra: está en el Cielo reservado a los que trabajaron por la gloria de Dios y la salvación de sus hermanos.

Tan luego se vió obligado a guardar cama definitivamente, pidió frecuentemente la Santa Comunión, y llegado el caso recibió devotamente también la Extremaunción, rodeado de sus colaboradores a quienes se esforzaba por hablar y pedir perdón, por si la vivacidad de su genio había podido ofenderlos alguna vez.

Producido el fatal desenlace, una sensación de dolor embargó a todo el vecindario ante el lúgubre tañido de las campanas que anunciaban su desaparición de entre los vivos.

A la hora de haber fallecido, ya estaba revestido de los ornamentos sacerdotales y expuesto en un sencillo ataud en el salón de la casa parroquial. Allí acudieron a presentarle el homenaje de su veneración y de sus plegarias los Padres del Santuario, los Hermanos Maristas, las Hijas de la Caridad, el doctor Reyna su médico de cabecera y muchos de los feligreses más próximos al Santuario.

A las 16 horas se procedió a la traslación del féretro ante el Altar de la Virgen de la Medalla Milagrosa de la Basílica, donde se había de encontrar con los restos de sus ilustres predecesores, el P. Salvaire, el P. George y el humilde lego hermano Antonio, de imperecedera memoria.

A este acto asistieron los Padres de la Parroquia, los Hermanos Maristas, los Juniores de la casa de San José, las Hermanas de Caridad con su colegio y numerosos fieles.

El cortejo fúnebre estaba presidido por el R. P. Dupeux, Visitador de los Lazaristas. Los Padres del Santuario llevaban a pulso el féretro. Durante el trayecto cantóse el Miserere por los Hermanos Maristas y sus alumnos; y al entrar al templo por la puerta mayor, dejáronse oir los fúnebres acordes del gran órgano. El cortejo siguió por la nave lateral Oriental de la izquierda dando vuelta por el ábside, y llegando frente a la puerta de entrada al Camarín, se detuvo un momento como para recibir una última bendición de María de Luján, quien desde lo alto de su trono seguiría con maternal cariño este piadoso movimiento. Luego continuó hasta llegar frente al Altar de la Medalla Milagrosa, donde terminó la ceremonia religiosa con un responso final, quedándose el cadáver en la capilla ardiente.

Enorme fué el gentío que desfiló hasta la hora de oración, testimoniándose así el gran aprecio que supo conquistar el virtuoso ministro del Señor.

Mientras tanto, empezaron a venir de la Capital, de La Plata, y diversas localidades de la provincia, numerosos miembros de comunidades religiosas y sacerdotes seculares de varias categorías, entre ellos los Ilmos. y Rvmos. Obispos Don Francisco Alberti y Don Santiago Copello, así como gran número de conocidos y amigos, que venían a verter lágrimas de dolor y elevar preces al cielo por el eterno descanso del difunto.

El sábado a las 9.30, se cantaron las exequías asistiendo al trono el Ilmo. Monseñor Alberti acompañado del P. Visitador y del P. Gimalac, y al Altar, el Ilmo. Monseñor Copello acompañado del P. Varela y del P. Graff.

En atención a estos oficios religiosos, el Intendente Municipal asociándose al duelo producido por el fallecimiento del P. Dávani, había dictado previamente un decreto disponiendo que durante el acto del sepelio permanecieran cerradas las oficinas municipales, invitando al personal a concurrir a dichos actos religiosos.

Después del funeral, ocupó la tribuna sagrada el Pbro. Dr. Andrés Calcagno de la Curia de La Plata, pronunciando una patética oración fúnebre, que terminó con estas palabras:

"El P. Dávani pasó los mejores días de su vida en la construcción de esta magna Basílica, que canta el misterio de la Santísima Trinidad en la triple puerta de su entrada; a Jesucristo Redentor en sus cruceros que fingen con el resto de la Iglesia la cruz de nuestra salud y de nuestra gloria; a Jesús-hostia en su rico tabernáculo a la Madre de Dios en el Camarín, verdadero trono de las misericordias de María de Luján; a las alturas del cielo en sus elevadas bóvedas a la luz de la divinidad en sus devotos ventanales; a las aspiraciones del cielo en sus pináculos, y que perenniza en sus nervados arbotantes los brazos de los católicos argentinos, que lo apuntalan con su fe y con su munificencia.

"Para esta Basílica vivió el Padre Dávani como viven las madres para sus hijos, la vida de un perenne sacrificio. El contó una a una, con fruición de niño, las piedras de esta casa de Dios y de la Virgen, durante más de veinte años.

"Paz en tu tumba, santo sacerdote, religioso ejemplar que has vivido para la casa de Dios.

"Cesaron para tí los trajines de las obras. Doblegado bajo el peso de tus méritos has caído a la sombra de la Basílica de tus afanes y bajo el manto de María de Luján de tus amores. Abre la primera las losas de su pavimento para dar albergue a tus despojos mortales. Abre la segunda sus brazos maternales para entregarte a Jesucristo nuestro Divino Redentor.

"Pie Jesu Domine,
"Dona ei requiem".

El Ilmo. Monseñor Alberti rezó después el último responso, y se dió por concluída la ceremonia fúnebre.

Como según el nuevo código eclesiástico, solo pueden enterrarse en los templos a los Señores Obispos Diocesanos, Monseñor

Alberti se dirigió telegráficamente al Vaticano solicitando permiso especial para inhumar los restos del benemérito P. Dávani en la Basílica al lado de sus ilustres predecesores, muertos también en la brecha luchando por la gloria de Dios y María de Luján.

Concedida la licencia de ambas autoridades civil y religiosa, se ha dado comienzo a construir el sepulcro al pié del Altar de la Virgen de la Medalla Milagrosa, en el crucero Occidental, donde descansarán en paz. Interín se concluya el sepulcro, el féretro fué trasladado a la Capilla privada de los Padres del Santuario.

Al fallecer el P. Dávani al final de este año jubilar, en que se ha concluído la parte principal de la gran Basílica, parece como que Dios le hubiese dado la dulce misión de irla a presentar a Jesús y María en la mansión de los Bienaventurados, y recibir él también su suprema jubilación, terminando estas bodas de oro terrenales, con las eternales de la Gloria celestial.

ORACION SUPREMA

Grande será mi pavor
Al entrar en agonía,
¡Para entonces, Madre mía,
Pido, imploro tu favor!

Entonces ni aún podrá
Mi lengua, ya entorpecida,
Balbucear, Madre querida,
Tu nombre que aliento dá.

En aquel punto ¡ay de mí!
Turbado mi entendimiento
Ni un piadoso pensamiento
Podré elevar hacia tí.

Se irán de mi corazón
Apagando los latidos,
Y apagando mis gemidos,
Y a la vez mi pulsación.

Mi alma entonces sostendrá
Aquél combate postrero,
Con el enemigo artero,
Que impío la asediará.

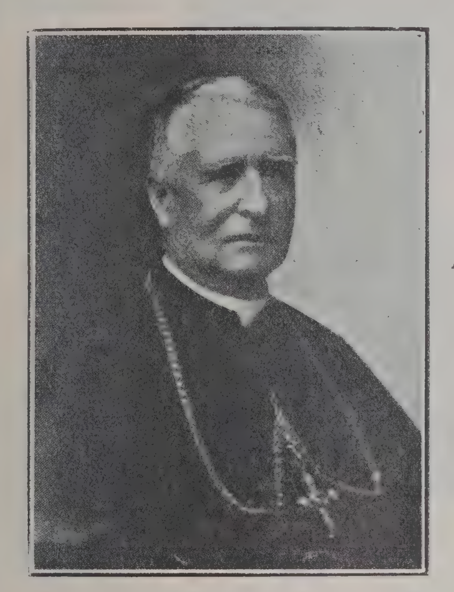
¡Oh, mi Madre celestial!
En ese instante aflictivo
El supremo, el decisivo,
Que por tí triunfe del mal!

¡Que no trepide mi fe,
Ni mi esperanza se acorte!
¡Que con la cruz me conforte!
¡Que de ella te vea al pie!

Que tu dulce intervención
Me libre de angustia eterna!
¡Madre pía, Madre tierna,
No desoigas mi oración.

S. Fernández.



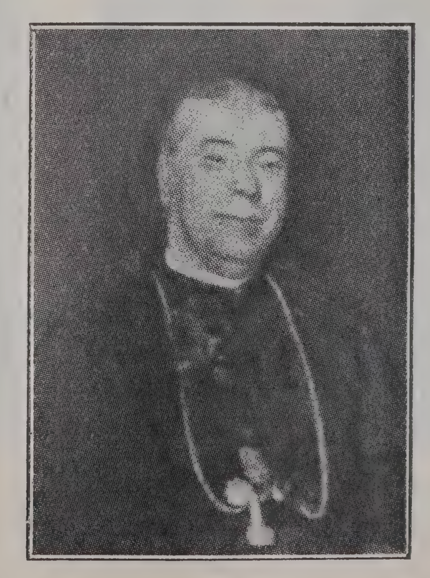


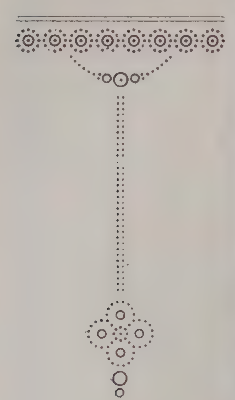
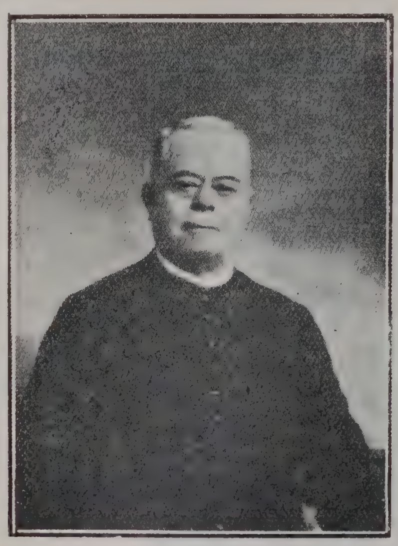
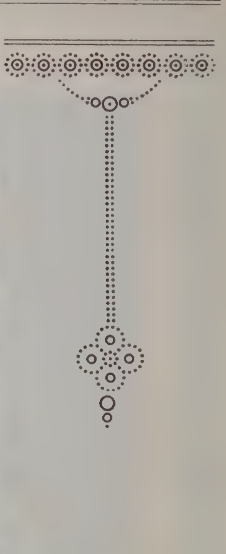
Eminentísimo Cardenal
AIDAN GASQUET
que visitó el Santuario
el 1°. de Octubre
de 1922.



Eminentísimo Cardenal
BENLLOCH y VIVÓ
Arzobispo de Burgos
visitó el Santuario el
28 de Septiembre
de 1923.



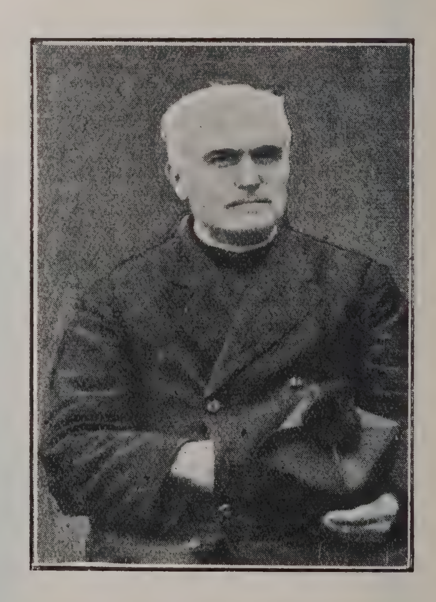


Rdo. P. ANTONIO BRIGNARDELLO
Sucedió al P. Salvaire
6 de Febrero de 1899 al 17 de Abril de 1901.



Rdo. P. VICENTE DAVANI
Nombrado Cura el 17 de Abril de 1901. Murió en 1922, el 27 de Octubre.



Rdo. P. JOSE M GIMALAC
Sucedió al P. Davani en 1922 siguiendo actualmente regenteando el Santuario.



CAPITULO VIII

Nombramiento del R. P. Gimalac como Cura y Capellán del Santuario. — Continuación de los trabajos. — Honrosa visita de un General y dos Cardenales al Santuario de Luján.



L día siguiente de haber fallecido el P. Dávani, S. S. Ilma. Monseñor Alberti nombró al P. José María Gimalac, Cura y Capellán del Santuario, y el R. P. Dupeux, Visitador de la Misión, leyó su despacho el 1º de Noviembre, fiesta de Todos los Santos, durante la Misa cantada de las 10.

Este nombramiento fué generalmente bien recibido tanto dentro como fuera de Luján. Sin haber pertenecido nunca definitivamente a esta parroquia, el P. Gimalac había pasado en ella varias temporadas en distintas circunstancias y conocía perfectamente bien la situación. Cuando joven había misionado durante muchos años en el Uruguay en compañía del P. George, ex cura de Luján en 1901, cuando fuera nombrado Cura de esta feligresía.

La santa obediencia le sacaba ahora del superiorato de la casa central de los Padres de la Misión en Buenos Aires para trasladarlo de Cura y Capellán a la parroquia de Luján.

La santa obediencia le sacaba ahora del superiorato de la casa central de los Padres de la Misión en Buenos Aires, para trasladarlo de Cura y Capellán a la parroquia de Luján.

Después de la Misa cantada en que fué leído el título del P. Gimalac, pasaron a saludarle en el salón parroquial la mayor parte de los feligreses presente, las diversas Asociaciones piadosas de la parroquia, así como la Comunidad de los Hermanos Maristas, las Hijas de la Caridad y los niños y niñas de los diversos colegios católicos. Al anochecer se presentaron para el mismo efecto las autoridades locales, acompañadas de la banda de música, la que dedicó al nuevo Cura algunos números de su hermoso repertorio.

A los pocos días de estar en Luján el P. Gimalac, estaba enteramente al corriente de las obras y podía continuarlas sin mayor tropiezo. Por lo demás, los trabajos de construcción no le tomaban

de sorpresa, pues, estando de Cura y Superior en la parroquia de la Unión en Montevideo, tuvo que empezar la reconstrucción de su iglesia que amenazaba ruina a causa de la pesada bóveda con que la habían cargado antiguamente.

Aquí en vez de seguir levantando las dos torres principales a la par, como se había empezado a hacer, el P. Gimalac prefirió concentrar toda su actividad en una sola de ellas, la del Este, destinada a recibir el gran carrillón o juego de campanas llegado de Milán en 1921, y que ocupaba desde entonces tres capillas laterales de la iglesia.

Con el mismo objeto mandó construir el gran castillo de madera o armazón que metido en la torre debe sostener las campanas e impedir que sus vibraciones se comuniquen a la mampostería. Este castillo es todo un bosque de sólidos y gruesos maderos artísticamente colocados, unos de punta, otros de plano, otros en forma de cruz de San Andrés, formando cuatro pisos distintos, donde deberán balancearse las poderosas lenguas de bronce que cantarán las glorias de María de Luján.

En su conjunto esas campanas forman dos octavas musicales seguidas y completas con sus tonos y semitonos, de modo de poder expresar cualquier melodía comprendida entre esos extremos. Se manejarán desde la sacristía mediante combinaciones eléctricas muy ingeniosas y de última invención, y se podían tocar a voluntad, ya sea a percusión ya sea a vuelo utilizando un teclado o un rodete mecánico como el de las pianolas. Bastará poner un determinado rodete y establecer la corriente eléctrica para que las campanas toquen indefinidamente un determinado cántico sagrado, acaso el que canten los peregrinos al dirigirse al Santuario en procesión.

—No debemos tardar por más tiempo en consignar aquí la honrosa visita que últimamente hicieran al Santuario de Luján tres personajes ilustres muy agasajados en el país.

El domingo 11 de Julio de 1922, tuvimos el honor de saludar a una de las figuras más salientes del ejército italiano: el General Caviglia, quien regresaba del Perú donde había sido enviado en representación de su patria a las fiestas del Centenario de la Independencia de aquella nación.

El héroe de Vittorio Véneto visitó nuestro Santuario, orando fervoroso ante la Bendita Imagen de María de Luján, que ya conocía por referencia de los conscriptos que de aquí habían ido a la guerra europea. El Padre Dávani, que aún vivía, obsequió al ilustre visitante con una hermosa medalla de oro de la Virgen, quien después de besada, la colocó junto a las que adornaban su pecho de valeroso militar.

Seguidamente pasó el General a visitar el Colegio confiado a los Hermanos Maristas, donde fué recibido con un hermoso discurso en italiano pronunciado por un hermano marista y alusivo a la actuación del General durante la guerra. Caviglia se creyó por un momento en la bella Italia y abrió su corazón agradeciendo los

honrosos conceptos vertidos y el buen momento que le hicieron pasar.

El 1º de Octubre de ese mismo año, fué el Eminentísimo Cardenal Aidan Gasquet quien venía a postrarse reverente a los pies de nuestra buena Madre María de Luján.

El hecho de haber venido a la Argentina simplemente de paso y de incógnito, sin otro distintivo especial que el solideo rojo, restó mucho al entusiasmo que había despertado la noticia de su venida. Sin embargo, la fe cristiana se sobrepuso muy pronto al pequeño desengaño sufrido y no tardó en verse invadido el salón parroquial por la multitud de fieles que venían a besar el anillo de su Eminencia y perdirle la santa bendición.

El buen Cardenal se mostraba sumamente agradecido por todas estas demostraciones de simpatía y no cesaba de felicitar al pueblo por haber levantado a María un templo tan grandioso que era testimonio inequívoco de su fé y generosidad para con la Reina de Cielos y Tierra.

Por fin, el 28 de Setiembre de 1923 venía al Santuario el ilustre Cardenal Benlloch y Vivó, Arzobispo de Burgos, quien fuera invitado por los Mercedarios de Santiago de Chile a presidir la consagración de la nueva Basílica de esa Orden religiosa.

Dícese que era designio de su Eminencia ir a la República trasandina por vía Panamá; pero que el deseo de conocer la gran urbe Sudamericana, de dos millones de habitantes, con todo el progreso que ostentan las mejores capitales europeas; de recorrer sus inmensos territorios, que constituyen uno de los mejores graneros del mundo; de palpar el auge asombroso del catolicismo en las regiones del Plata y de estrechar con áureas cadenas de sincero afecto los vínculos entre la madre y su hija mayor, la República Argentina, le obligó a cambiar de rumbo y venir hacia nosotros.

Desde luego su visita al Santuario de Luján se imponía, y bastante se la había aconsejado la Serenísima Infanta Isabel de Borbón quién había venido a realzar con su real presencia las fiestas de nuestro Centenario en 1910.

Era preciso que él orase donde ella había orado, que le llevase noticias de la hermosa bandera que ella había traído a la Hija emancipada, en nombre de la Madre-patria, que él renovara el tierno beso que ella había estampado en sus pliegues gloriosos al dejarla en tan remotas tierras.

Todo esto debía hacer el Eminentísimo Cardenal Benlloch, y todo esto hizo en efecto maravillosamente, después de haber celebrado el santo Sacrificio de la Misa en el Altar Mayor, frente a la Sagrada Imagen de la Virgen de Luján. Se dice que sobre su frente centelleaban dos aureolas, dos realezas, la del egregio Pontífice Pío XI y la del Monarca español Alfonso XIII, y pudo demostrar que esto era cierto, pues al bajar del Altar encontrándose con la bandera pontificia de un lado y la española del otro se fué a ellas sucesivamente y las besó con amor y estrechó contra su pecho con santo entusiasmo.

Volvió después a subir las gradas del Altar y nos abrió su corazón. Nos dijo, en su mágico lenguaje, que no le parecía cierto estar tan lejos de su tierra, que se le hacía estar en medio de los suyos. Que la misma Virgen de Luján aquí presente, antes de ser Argentina había sido española, que no dejó de ser tal por haber pasado en herencia a la Hija mayor emancipada de España, que la Argentina no era más que un hermoso girón de España trasportado en América, y que él volvía a encontrarlo con su misma religión y piedad, su civilización cristiana, su lengua castellana, su docta legislación, sus costumbres morales, su espíritu caballeresco y su buen corazón siempre pronto a vibrar por todo lo grande, noble y generoso. Que ese magnífico templo levantado en honor de María de Luján era una prueba inequívoca de todo ello. Que muchas veces, durante su viaje, mirando a lo lejos las brumas del mar por encima de la borda, le había parecido ver la hermosa silueta del bendito Santuario, pero que ahora lo veía en realidad de verdad y que lo encontraba más hermoso de lo que se había imaginado. Que su existencia en los albores de nuestra nacionalidad y su desarrollo sucesivo a través del tiempo, era para la misma una prenda segura de incesante adelanto material y bendición espiritual. Que esto mismo había pedido a Dios en el Santo Sacrificio de la Misa, y que iba ahora a confirmarlo dándonos a todos la especial bendición que traía para nosotros de Roma. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

VENITE POST ME

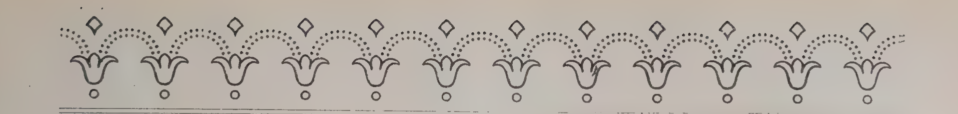
¿Oís su dulce voz? Desde el Sagrario
A todos llama con acento amigo,
Id a El, id a El, no hay otro abrigo
Que preste tan purísimo calor.

Id, id a El, los que al umbral del mundo
Recién llegáis, del mundo fementido
Que encantará muy luego vuestro oído,
Como sirena de melíflua voz.

Id, antes que el mundo con sus mallas
De doradas y hermosas ilusiones
Enrede vuestros tiernos corazones
E infiltre en ellos su ponzoña atroz.

Oid, oid su paternal acento....
¡Y aún habrá quién su corazón no le abra!
¡A todos nos dirige su palabra
Como flecha de amor el buen Jesús!

S. Fernández.



CAPITULO IX

Confiando en Dios y María de Luján el Ilmo. y Rmo. Monseñor Alberti funda en La Plata el Seminario Menor. — Los primeros alumnos empiezan eventualmente sus estudios a la sombra del Bendito Santuario.



PENAS el Ilmo. y Rmo. Monseñor Alberti hubo tomado en manos las riendas de su vasta Diócesis, cuando empezó luego a realizar el sueño dorado cada vez más apremiante de Monseñor Terrero su ilustre antecesor, de fundar el "Seminario Menor de La Plata" y la "Obra de las Vocaciones".

Para el efecto expide respectivamente, con fecha 10 de Enero y 19 de Marzo de 1922; dos preciosos Autos en los que expresa calurosamente lo mucho que confía en Nuestra Señora de Luján para el feliz éxito de esas obras tan necesarias y meritorias.

En el interés de las mismas, y para que el piadoso lector los tenga fácilmente presente, vamos a hablar aquí de estos Autos, persuadidos de que los fieles no podrían hacer cosa más grata a María que tomar parte en esas obras tan necesarias e importantes.

En el Auto que se refiere a la fundación del Seminario Menor, después de haber encarecido la importancia, excelencia y magnitud de la obra, Monseñor Alberto se dirige hacia nuestra buena Madre, diciendo:

"Emprendemos esta obra tan árdua, costosa y de tanta responsabilidad, confiados en el favor de Dios, que saca fuerzas de flaqueza, y en la Protección de la Patrona de Luján, Reina del Clero, a cuyas plantas descansan los restos mortales de su S. S. Ilma. Monseñor Terrero, nuestro ilustre predecesor, quién al palpar las necesidades que acabamós de apuntar, tuvo el pensamiento de dotar a nuestra ciudad episcopal de un Seminario, pero, la falta de recursos, le obligó a desistir de tan laudable propósito con honda pena de su corazón".

En el Auto de la "Obra de las Vocaciones" destinada a llenar los incesantes vacíos que la muerte hace en las filas del clero y a dotar de celosos pastores a la infinidad de poblaciones, que surgen como por encanto en nuestra dilatada campaña, Monseñor Alberti se la pone bajo el Patrocinio de Ntra. Sra. de Luján, diciendo:

"Necesitando nuestra Diócesis mayor número de celosos Ministros del Santuario, que la edifiquen con sus ejemplos y palabras, creemos que nos ayudarán para obtenerlos del Señor, las oraciones y las limosnas del clero y de los fieles, y por lo tanto, hemos resuelto erigir, como en efecto erigimos por las presentes, la Obra de las Vocaciones eclesiásticas de este Obispado, bajo el Patrocinio de la Santísima Virgen de Luján y de San José".

El resultado de esos calurosos llamamientos a la generosidad del clero y de los fieles de la Diócesis no se hizo esperar, y el día 26 de Noviembre de ese mismo año 1922, se bendecía y se colocaba solemnemente en La Plata la piedra fundamental del Seminario Menor, actuando como Oficiante el mismo Obispo Diocesano Monseñor Alberti, y como padrinos y madrinas, el Señor Gobernador Don José Luis Cantilo y su señora esposa Doña Josefina Achával de Cantilo. Intendente municipal Don Félix Pachano y señora Carmen G. de Sal, ingeniero Rómulo Ayerza y señora Dolores Elortondo de Anchorena, arquitecto Eduardo Lanús y señora María Unzué de Alvear, Señor Luis F. Terrero y señora Concepción Unzué de Casares, Doctor D. Plácido Marín y señora Peña de Urribelarrea.

En breve se dará comienzo al edificio que se espera terminar en parte al menos, durante el año venidero. Entre tanto, a propuesta del P. Dávani, Cura de Luján, y desde primeros del próximo Marzo los aspirantes al Sacerdocio que no pueden ingresar al Seminario de Villa Devoto, por falta de local, comenzarán su primer año de latín junto al bendito Santuario, que vendrá a ser para ellos como una segunda casa de Nazaret, donde bajo la inspiración de María y José empezarán a formarse a su divina misión.

Al terminar este capítulo haremos notar la feliz coincidencia de habérseles dado como Rector, al digno Presbítero Doctor Zenobio Guilland, quien ha sido formado él también, en sus juveniles años, a la sombra de este bendito Santuario de Luján.





La antigua residencia de los Virreyes en Luján, anexada al Museo Colonial.—1922



El histórico Cabildo de Luján restaurado en 1922 para servir de Musso Colonial,



CAPITULO X

El antiguo Cabildo de Luján nacido al calor de la devoción a la Virgencita para esforzardo paladín de su Santuario y de su pueblo es transformado en Museo Colonial e Histórico, precioso acervo de las reliquias de la Patria.



L 12 de Octubre de 1923 fué un gran día de fiesta para Luján, pues, no sólo se celebraba el aniversario del descubrimiento de América, donde María se dignó sentar tantos tronos de sus bondades como Santuarios privilegiados cuenta; sino que también se inauguraba oficialmente el Museo Colonial e Histórico, establecido en el antiguo Cabildo, nacido al calor de la devoción a María de Luján para esforzado paladín de su Santuario y de su pueblo.

Este Cabildo, en efecto, como lo recordamos sin duda, nació al ser decorado este pueblo con el honroso título de "Villa de Nuestra Señora de Luján, por ser esta Señora su primera fundación y el atractivo de su común devoción".

Al dar a este pueblo el título de Villa, Fernando VI, le concedía el inherente privilegio de formar Cabildo y tener un territorio propio. Por eso el Cabildo de Luján juró a la Virgencita por Patrona, por eso puso su Imagen en su Escudo de Armas, por eso vemos ahora esa misma Imagen representada en el frontispicio del Museo Colonial e Histórico. María de Luján sigue siempre íntimamente ligada al nuevo destino que se ha dado a ese antiguo edificio. Ella que lo creó en tiempos remotos para tutelar sus derechos, lo conserva ahora para ser el precioso acervo de las reliquias de aquellos tiempos, y de la nueva Patria que ella misma contribuyó tanto a fundar.

No intentaremos hacer la crónica de la recepción que el pueblo de Luján hizo al Señor Gobernador, Ministros, Diputados, Senadores y demás ilustres personajes que vinieron de la Capital Federal y de La Plata para realzar con su presencia ese gran acontecimiento, pues ya sabemos como sabe portarse el pueblo de Luján en esas circunstancias.

Estando toda la selecta comitiva en el Museo, el Señor Ministro dió a conocer en su discurso el intento que había tenido el Gobierno al crear el Museo:

"El Gobierno de la Provincia, dijo, ha creído solemnizar debidamente la inauguración de este Museo, nunca en mejor sitio establecido que aquí, en el viejo Cabildo de la Villa de Luján, el edificio público de mayor antigüedad, significación histórica y de más puro estilo colonial que encierra dentro de sus límites la Provincia de Buenos Aires.

Creado a iniciativa del entonces Interventor Nacional de la Provincia y hoy Gobernador don José Luis Cantilo, por decreto de 31 de Diciembre de 1917, en el deseo y con el fin de velar por la conservación y respeto de tradiciones que enaltecen a la provincia desde sus orígenes, decidió convertir la antigua casa del Cabildo en Museo Colonial e Histórico, en el cual pudieran reunirse todos aquellos objetos y documentos olvidados y dispersos que por su origen tuvieran atingencia con el pasado, cuyo recuerdo se deseaba mantener latente como ejemplo y enseñanza.

Después de seguir algún tanto más sobre ese mismo tema, terminó diciendo:

"Señor Gobernador habéis tenido en esta obra el honor de iniciarla. El éxito ha coronado vuestros esfuerzos.

"Señor Director, habéis hecho honor a vuestra designación y desempeñado la tarea que patrióticamente os impusiérais".

El Señor Director Honorario, que lo es Don Enrique Udaondo, reseñó entonces los trabajos ejecutados hasta la fecha, designando el nombre dado a cada repartición y los principales objetos que ellas contienen.

Después de la prolija exposición que hizo con toda claridad y seguridad, que revela su gran competencia y su dedicación a la obra desinteresada de su amor y cariño, el Señor Udaondo agradeció el habérsele confiado una obra de tanto interés para la historia patria.

Terminados los discursos la banda de música, del 6º de Infantería, venida con el Señor Gobernador, ejecutó el Himno Nacional, iniciándose luego por frente de los balcones del Museo ocupados por el Gobernador y selecta comitiva el desfile de los Colegios del Estado y particulares. A la terminación del desfile se firmó el *Acta inaugural*, que decía así:

"En la ciudad de Luján, a los doce días del mes de Octubre de mil novecientos veintitrés, se labró y firmó la presente acta como recuerdo de la inauguración del Museo la que fué subscripta por el Exmo. Gobernador de la Provincia de Buenos Aires, Don José Luis Cantilo y las personas que asistieron al acto".

Aproximadamente a las 16, volvió a organizarse la columna a la puerta del Museo para acompañar al Señor Gobernador y su comitiva hasta mitad de camino de la estación, donde iba a inaugurarse un monumento a Don José Manuel Estrada para perpetuar en Luján la memoria de este ilustre tribuno Argentino.

Después de esto, el Señor Gobernador y su ilustre comitiva, prosiguieron hasta la Estación para tomar el tren, mientras que

en torno del monumento seguían los discursos, los vivas, las bombas y la música durante largo rato todavía.

Bien merecía esta pequeña demostración póstuma, aunque tardía el ilustre ciudadano argentino que había sido en vida esclarecido patriota, gran carácter, pensador profundo, eximio maestro y luchador como pocos; el nervudo periodista, insuperable orador y bandera de los creyentes; el que en días aciagos para la Religión y la Patria había promovido la Primera Asamblea de todos los Católicos eminentes de toda la República para estudiar los medios de poner coto a los avances del liberalismo oficial en 1880, y que vino después en 1º de Agosto de 1884, con la mayor parte de los Asambleístas para poner bajo el amparo de Nuestra Señora de Luján las decisiones tomadas para bien de la Religión y de la Patria.



El patio de la Casa Parroquial con sus corredores y galerías.



Homenaje de caracterizados Sacerdotes y Caballeros de la Capital Federal al Ilmo. Sr. Obispo Mons. Alberti en sus Bodas de Plata Episcopales. — Dirigido y organizado por la Sociedad de S. Vicente de Paúl de Caballeros.

CAPITULO XI

Bodas de plata episcopales del Ilmo. Monseñor Don Francisco Alberti. — Su venida al Santuario en agradecimiento a la excelsa Patrona de la Diócesis. — Manifestación de amor y cariño de los pequeños Seminaristas.



L anunciar estas preciosas bodas "La Prensa", decía:

"No es común el hecho de que un Obispo cumpla 25 años de episcopado, y cuando el que se halla en tales condiciones es un sacerdote de los méritos de Monseñor Alberti, entonces el acontecimiento adquiere singular relieve... El actual Obispo de La Plata, es uno de los miembros más ilustres y reputados sobre todo por sus virtudes apostólicas".

Por su parte "El pueblo" añadía en su número del 9 de Abril de 1924: "Llega a sus bodas de plata episcopales el ilustre Diocesano de La Plata, Monseñor Francisco Alberti, rodeado del cariño y veneración de cuantos frecuentaron su trato exquisito o se hallan colocados bajo su gobierno pastoral.

"La celebración de este fausto acontecimiento se llevará a cabo solemnemente el domingo 27 del corriente por hallarnos hoy dentro de la semana de la Pasión"...

"El Ilmo. Señor Vicario General de La Plata, Monseñor Claudio Burdet, intérprete fidelísimo de un anhelo que flotaba en el ambiente, encargó a una Comisión Central de sacerdotes y caballeros de la misma ciudad, asiento del Obispado, la simpática tarea de organizar el homenaje. Fácil tarea sin duda. No residía el éxito de la comisión en sus propios prestigios. Cualquiera que hubiese tomado a su cargo la iniciativa le diera cima con insospechada lucidez. Eran los méritos del homenajeado los que aseguraban los halagüeños resultados obtenidos.

El mismo soberano Pontífice Pío XI, no había querido silenciar su satisfacción ante el fausto acontecimiento; y en carta autógrafa se congratuló con el ilustre festejado, dándole con ello una prueba inequívoca de su paternal benevolencia. Lo mismo hizo el Cardenal Gasparri, Secretario de Estado de S. Santidad. Esas cartas que sellan con la más grande autoridad, los méritos del dignísimo Prelado y rubrican gloriosamente las empresas de

mayor aliento emprendidas en la Diócesis desde su fundación, vinieron a poner un timbre de justicia en el grandioso homenaje proyectado.

Atestiguaron lo mismo el concurso edificante del Gobierno Provincial, el resultado de la colecta y la infinidad de telegramas y cartas de felicitación que recibiera el Ilmo. Señor Obispo y las expresiones de viva complacencia con que la prensa de toda la Diócesis se asoció a las solemnidades jubilares de sus bodas de plata con el episcopado.

Pero lo que no estaba en los propósitos ni en la previsión de los organizadores del homenaje, fué la trascendencia y la resonancia que fausto tan feliz debía tener fuera del Obispado de La Plata.

Y así se vió una verdadera peregrinación de caracterizados caballeros de la Capital Federal, quienes con el talentoso Ex-vicario General Monseñor Duprat a la cabeza, vinieron a rendir su homenaje de admiración y simpatía al que compartiera con aquel el gobierno de la Arquidiócesis de Buenos Aires''.

Al dirigir oficialmente la palabra al homenajeado, Monseñor D. Luis Duprat, empezó diciendo:

''Ilmo. y Rvmo. Señor: En este fausto día en que vuestros súbditos espirituales festejan con unánime entusiasmo y regocijo el 25º aniversario de vuestra consagración episcopal, perdonad, Señor, que también queramos los Católicos de la Capital Federal, tomar una participación en vuestra casa, para disputarle el derecho de celebrarlas ellos solos, como exclusiva cosa suya.

''Sois un hijo preclaro de la Arquidiócesis y una joya de su clero. Pero además de esto, vuestro nombre salva los límites de vuestra misma diócesis, y de un extremo al otro del país, es conocido y pronunciado con respeto. Vuestro prestigio moral, asentado sobre las bases más sólidas del talento y de la virtud, fruto de una larga carrera ejemplar, os han conquistado una notoriedad merecida y vuestra figura de gran Obispo, se ha impuesto a la opinión general.

Continuó así durante algún tiempo más Monseñor Duprat, desgranando perlas y terminó diciendo:

''Señor: sois ya un Obispo viejo; pero sois todavía joven. Vuestras energías no están gastadas y vuestra experiencia está madura. Y cualesquiera que sean los designios de la Divina Providencia sobre vos, para el futuro incierto, desde la altura a que habéis llegado, sois un maestro y conductor, en Israel, con todo el prestigio y la autoridad necesarios para que todos escuchen con docilidad vuestra palabra y vuestros consejos.

Rogamos fervorosamente a Nuestro Señor que prolongue vuestros días; aparte de vuestra senda las amarguras y las espinas, y, en recompensa de vuestras virtudes y de vuestra labor, que os permita recoger el fruto de vuestra siembra, en este campo donde habéis abierto hondo surco *in sudore et dolore*''.

Siguióle en el uso de la palabra el Doctor Atilio dell'Oro Maini, en nombre de los Católicos de Buenos Aires y lo hizo con la

elocuencia y el acierto que eran de esperarse de su preparación y gran corazón.

"Cuando en esa tarde dulce y cálida del 27 de Abril, el Ilmo. Señor D. Francisco Alberti de pie, y desde la tribuna erigida ante el palacio episcopal de La Plata, abarcaba con su afable y siempre paternal mirada la inmensa plaza que se extendía ante su vista, y que resonaba con los vítores dirigidos a su persona, abrió sus labios y dominando con dificultad la emoción, apenas pudo pronunciar otras palabras que éstas:

"Debo afirmar que yo no he podido despertar esta extraordinaria exteriorización de sentimientos hacia mí".

"Este pensamiento tan sencillo, que es el aliento de un alma profundamente humilde, es también la revelación de una vida y la clave que explica los efectos que esa vida humilde, laboriosa y abnegada en el servicio de Cristo y de su Iglesia, aún desde los altos puestos jerárquicos que le ha tocado ocupar, ha producido en el pueblo cristiano, el cual gracias al certero instinto que engendra la fe, aprecia casi siempre como es debido el verdadero valor de la virtud.

El Ilmo. Señor Alberti afirmó solemnemente, en aquella tarde memorable, que no había podido despertar la explosión de sentimientos hacia él que se manifestaba, con motivo de la celebración de su Jubileo Episcopal; pues precisamente porque él afirmó que no pudo despertarla, la despertó. Porque ¿que saben los humildes, los abnegados, los sacrificados, los que, como Monseñor Alberti, no tienen en cuenta para nada sus miras personales, los que, como él, solo viven para sembrar bondades y hacer felices a los que les rodean, que saben, repetimos, del efecto mágico que producen en los demás?"

El 29 y 30 de Mayo encontramos al Ilmo. Monseñor Alberti a los pies de María de Luján en su bendito Camarín, ofreciendo ante la excelsa Patrona de su Diócesis el Santo Sacrificio de la misa en acción de gracias por haber alcanzado a celebrar tan felizmente sus bodas de plata con el Episcopado.

¿Qué le diría a la buena Madre de Luján en circunstancia tan solemne? ¿Qué votos formularía en el *memento vivorum y mortuorum?* Sin duda que se agolparía a su mente el recuerdo del Ilmo. Monseñor Terrero, su ilustre predecesor con el que tanto había colaborado, y tanto se habría alegrado en el momento presente. ¡Cómo se acordaría Monseñor Alberti de tantas buenas almas que le habían felicitado y obsequiado con tanto afecto y cariño!... ¡Secretos del corazón!

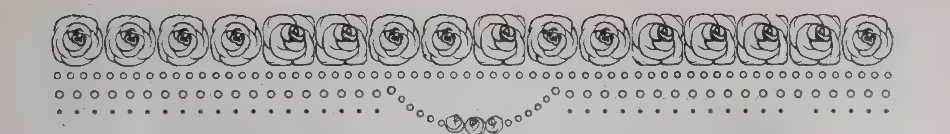
Pero en Luján estaban sus benjamines, los jóvenes levitas sobre quienes había hecho recaer todos los obsequios y dádivas recibidos en tan fausto día. Monseñor Alberti, en efecto, esquivo siempre a la glorificación personal, quiso que el provecho del homenaje recayera todo en la obra más urgente de la Diócesis, la predilecta de su corazón de Obispo: el Seminario Menor.

"Esa actitud de generoso desprendimiento, esa reversión de bienes en favor de los mismos festejantes, que son llamados a percibir los grandes beneficios espirituales de esa institución, encendieron más, si cabía, el entusiasmo de los fieles, que, aunque reclamados por mil obras de beneficencia, respondieron generosamente a las solicitaciones de la Comisión Central".

Sabedores de todo esto los benjamines que estaban momentáneamente en Luján, se unieron al Santo Sacrificio del Prelado amante y amado, y comulgaron con él a una misma Hostia-santa sacrificada a los pies de María, y más tarde al anochecer manifestaron en una pequeña velada literario-musical, todo su agradecimiento por tantos favores recibidos y tanto cariño paternalmente prodigado por el Pastor.

¡Qué dulces momentos fueron aquellos de una parte y otra! Dios conserve y aumente siempre más y más esta íntima unión de afecto y cariño entre la naciente tribu levítica y su Prelado experimentado y bueno.

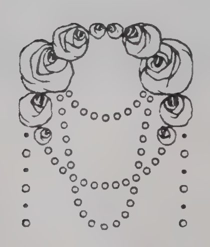


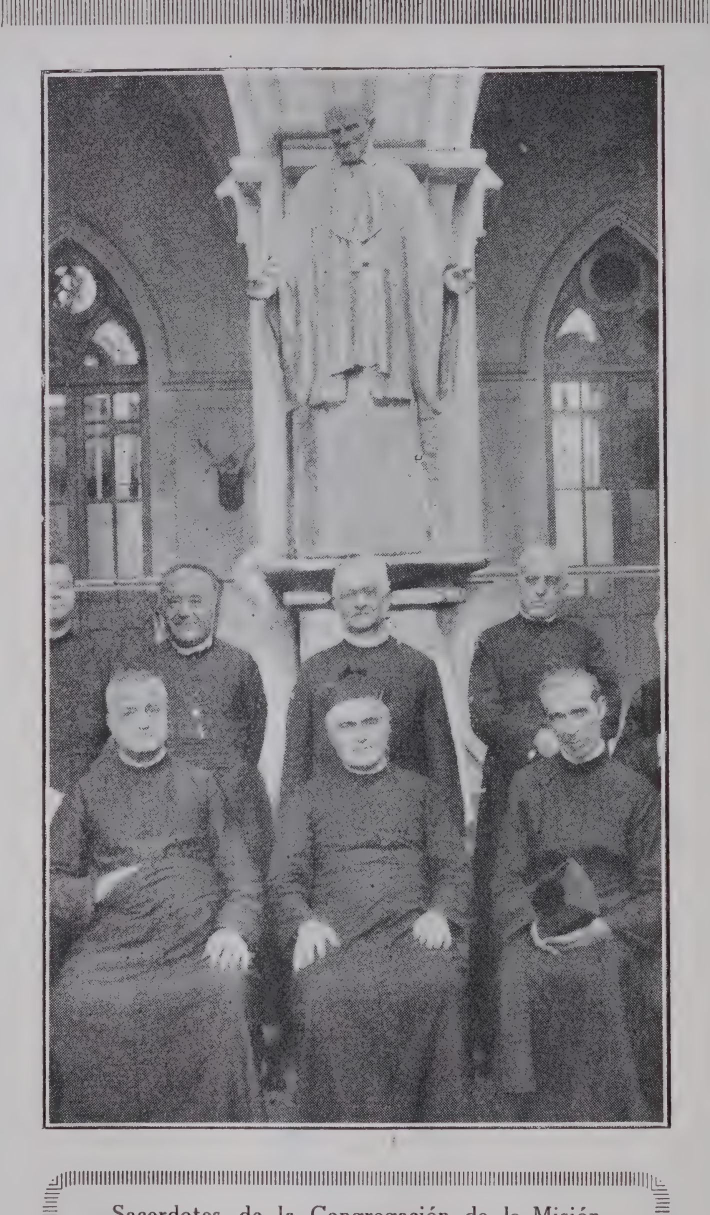


LA PALOMA MENSAJERA

¡Oh! yo soy la embajadora de los niños....
Y en un gesto de inocente pleitesía
A dejar vengo a las plantas del Obispo,
Con un cúmulo de albricias,
Un racimo de apretados corazones,
Y un manojo de sedosas siemprevivas
Y un augurio, que, hace tiempo,
Ya no puede en nuestro pecho hallar cabida:
Que las clásicas violetas
De esa túnica querida
Se conviertan pronto en rosas,
Se conviertan pronto en rosas encendidas,
Que destaquen la escarlata de sus pétalos,
Sobre el ampo de esas canas bendecidas,
Para gloria del Pastor que nos conduce,
Para orgullo del ocaso de sus días,
Para prez de nuestra tierra,
Para honor de la República Argentina.

A. Calcagno.





Sacerdotes de la Congregación de la Misión
que actualmente regentean el Santuario
de Nuestra Señora de Luján.



CAPITULO XII

Bodas de plata de la Archicofradía de Nuestra Señora de Luján. — Hermosa carta de adhesión y felicitación del Señor Obispo Diocesano Monseñor Alberti. — Función religiosa en la Basílica. — Velada literaria y musical en el Descanso de Peregrinos.



N 1924 las fiestas tradicionales de la Inmaculada que se celebran en el mes de Diciembre revistieron un brillo especial por coincidir con otros sucesos dignos de especial mención.

Vienen en primer lugar las Bodas de plata de la Archicofradía de Ntra. Sra. de Luján. Erigida canónicamente esta piadosa asociación el 17 de Octubre de 1899 y solemnemente divulgada el 8 de Diciembre del mismo año por el Ilmo. Monseñor Antonio Espinosa, primer Obispo de La Plata, siendo Cura y Capellán del Santuario el R. P. Antonio Brignardello, venía ya a tener cinco lustros de existencia, y era justo, como de costumbre, se celebrara tan fausto acontecimiento y se dieran gracias al cielo por los beneficios recibidos.

Estas Bodas de plata se celebraron más especialmente el Domingo 7 de Diciembre, tanto para conservarles mayor intimidad, como para evitar la gran afluencia de extraños que suelen venir al día siguiente y reclaman la atención de todo el personal de la Basílica.

He aquí la cariñosa carta que en esta circunstancia se dignó enviar el Obispo Diocesano a la Presidenta de la Archicofradía, y que fué solemnemente leída por el Cura y Capellán, llenando de alegría a todos los interesados, consolándolos algún tanto de la ausencia del digno Prelado.

"Señora Presidenta: La Archicofradía de Nuestra Señora de Luján, establecida en el Santuario bendito de su nombre, celebra hoy sus bodas de plata, y es justo que, en tan fausta ocasión, nos asociemos al regocijo que experimentan los miembros de la Archicofradía predilecta de nuestra Madre del cielo.

Fundada la Archicofradía en hora feliz, con el fin principal de fomentar la devoción a la Santísima Virgen en la advocación más cara para el pueblo argentino, fué agraciada, desde sus comienzos, con singulares bendiciones de Dios, y pudo así llenar cumplidamente su misión promoviendo eficazmente numerosas peregrinaciones al Santuario de Luján, arbitrando fondos para proseguir los trabajos de la Basílica Nacional, y haciendo ella misma

donativos valiosos al Santuario. Ni olvidó las necesidades espirituales y materiales de muchos de sus asociados, socorriendo con mano pródiga al necesitado ,proporcionando los auxilios espirituales a los enfermos, y haciendo celebrar anualmente sufragios por sus muertos. Uno de los trabajos más profícuos y de mayor trascendencia de la benemérita Institución fué el de la fundación de Cofradías de Luján en muchos pueblos de la República, contándose algunas, y muy florecientes en nuestra Diócesis.

Al pedir a la Santísima Virgen de Luján gracias más selectas para la Archicofradía, hacemos votos fervientes para que ésta pueda difundir en todos los centros de nuestra Diócesis inmensa su devoción salvadora, sin que quede, a ser posible, ningún templo de nuestra Provincia sin la imagen y la Cofradía de nuestra Madre y Señora de Luján.

Con estos votos y esperanzas, felicito a Ud. distinguida Señora Presidenta y a todas las asociadas a la Archicofradía y de todas me suscribo A. S. C. — Francisco Alberti, Obispo de La Plata''.

Galantemente invitado el P. Antonio Brignardello como primer Director a presidir estas fiestas, se trasladó gustoso desde la víspera a Luján donde fué muy felicitado y agasajado por los miembros de la asociación en general y más especialmente por los ingresados en los primeros tiempos.

Desde la fundación ejercieron la presidencia las Señoras Enriqueta F. de Fernández Beschtedt, Fanny C. de Gache, Margarita S. de Barbieri, Virginia C. de Castrovillari y Paula L. de Dufour que actualmente la preside desde 16 años, y que con la colaboración decidida de las demás asociadas que forman el Consejo superior, patrocinadas por el R. P. José M. Gimalac, trabajaron con entusiasmo para festejar este 25º aniversario de su fundación.

A las 8 horas hubo Misa de Comunión general, oficiada por el R. P. Antonio Brignardello, y a las 10, Misa cantada, seguida de un solemne *Te Déum* de acción de gracias, por los frutos de bendición alcanzados durante estos primeros 25 años de existencia de la Archicofradía y de las varias Cofradías establecidas en la República, representadas por alguno de sus respectivos miembros en este acto religioso.

A las 15 horas se realizó en el salón del Descanso de peregrinos un acto literario-musical organizado por la Archicofradía, y finalmente a las 19.30 se efectuó una solemne procesión con antorchas, en la que se llevó en triunfo a la Virgencita de Luján, en andas iluminadas con electricidad.

De regreso a la Basílica, el elocuente orador sagrado Pbro. Rafael Cabo Montilla, de la Curia de La Plata, entusiasmó a su numeroso auditorio con palabras de felicitación y aliento, por haber la Archicofradía alcanzado óptimamente los fines de la misma y tener por lo tanto pleno derecho a celebrar sus Bodas de plata.

Al día siguiente, 8 de Diciembre, concurrieron más de 30 mil personas, hecho que desde 15 años atrás no se había vuelto a producir.

Por la noche renovóse el entusiasmo popular al encenderse sendos fuegos y castillos de artificio alusivos a la historia de la Virgencita, de su Villa y de su culto tradicional en los hogares argentinos.

ARCHICOFRADIA
DE NUESTRA SEÑORA DE LUJAN

(Piadosa invitación)

Pueblo fiel, fieles devotos
De María Inmaculada
Que bendice alborozada
La lealtad de vuestros votos;

Infatigables romeros,
Amad su Archicofradía,
Que en ella quiere María,
Desea, alistados veros!

Vestid su divisa hermosa
Y luego ¡erguíos ufanos!
Porque hoy deben los cristianos
Lucir su fe religiosa.

Hoy que con negra imprudencia
La impiedad alza su frente,
Justo es que hagamos patente
Nuestra divina creencia.

Hoy, que en teatros y liceos,
Se veja la Fe divina,
Y se aplaude la doctrina
De perversos corifeos;

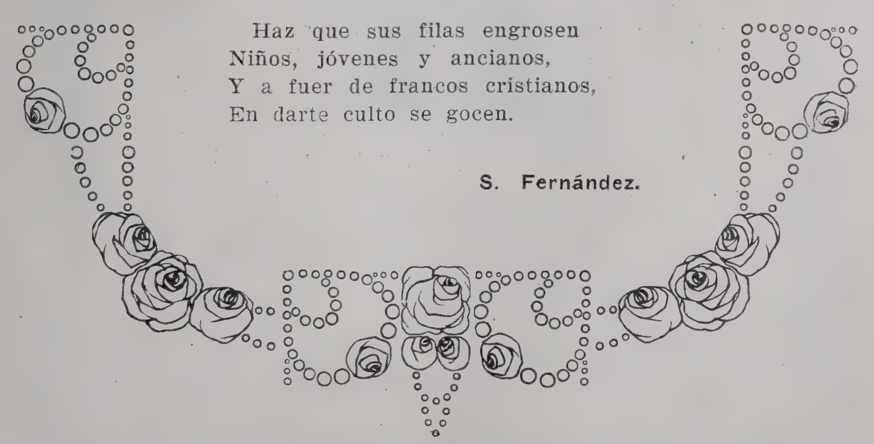
Cada creyente, a despecho
Del mal, con noble denuedo,
Debe confesar su Credo,
Con la palabra y el hecho.

Hoy que con miras rastreras,
Proponen leyes atroces,
¡Quién no es católico a voces,
No es católico de veras!...

¡Virgen de Luján, María!
Que en tu Santuario afamado,
Viste nacer con agrado,
Tu hermosa Archicofradía;

Haz que sus filas engrosen
Niños, jóvenes y ancianos,
Y a fuer de francos cristianos,
En darte culto se gocen.

S. Fernández.







El Campo de Batalla de Chacabuco en que se obtuvo la última victoria de la Independencia Sud - Americana.



Casa Histórica
en que se firmó la paz y libertad
del
Continente Sud-Americano





CAPITULO XIII

Centenario de la batalla de Ayacucho. — Su repercución en Buenos Aires, en Luján y su antiguo Cabildo o Museo. — Visita del Señor Gobernador don Luis Cantilo y demás acompañantes distinguidos al Santuario.



L día 9 de Diciembre del mismo año de 1924, la América Española celebraba una de sus más gloriosas fechas: el Centenario de la batalla de Ayacucho, que fué el epílogo de la guerra de la Independencia sudamericana.

En tierras Peruanas, en los campos de Ayacucho, Bolívar y Sucre, los dos grandes paladines del Norte, el 9 de Diciembre de 1824, habían vencido y quebrantado por siempre jamás, la última resistencia bélica que la España conquistadora y colonizadora opusiera al esfuerzo emancipador de 16 de sus hijas, ya adultas, que anhelaban vivir su propia vida.

Cien años después, el 9 de Diciembre de 1924, el Perú tierra de glorias y héroes, festejaba con orgullo y entusiasmo este día de América. La histórica y gloriosa ciudad de los Incas tenía reunidas en su seno a las embajadas del mundo entero, representantes de las naciones de todas las latitudes que se unían para celebrar juntas la etapa final de una de las jornadas más valiosas de la historia contemporánea universal.

La Argentina que por boca del intrépido General San Martín había ido a lanzar el grito de Independencia en la Plaza de Armas de Lima, estaba llamada a ocupar un lugar preferente en esta cita de honor. Lucida embajada fué enviada allá, presidida por el Ministro de Guerra, General de Brigada Agustín P. Justo, quien supo oportunamente recordar a aquella Nación hermana, los íntimos lazos que desde antiguo unían inquebrantablemente a ambos países.

En Buenos Aires esos festejos tuvieron su natural repercusión, declarándose feriado el glorioso día 9 de Diciembre, efectuándose en él varios actos adecuados.

Contornos de mucha importancia y significación, alcanzó una misa de campaña que por iniciativa del Comité Nacional de la Juventud se celebró el día 8 en la Plaza San Martín, al pie de la estatua equestre del Gran Libertador, rodeada ese día de Granaderos a caballo en representación de todos los cuerpos del ejército.

Una vez terminado el acto religioso en que oficiaba el Señor Vicario general castrense, éste se dió vuelta e improvisó una elocuente alocución, en la que dijo que si bien solo cincuenta soldados argentinos habían tomado parte en aquella acción gloriosa, sin em-

bargo ella era la consecuencia lógica de las anteriores batallas ganadas de común acuerdo.

Después tomó la palabra el Señor Ministro del Perú, Don Manuel de Freire y Santander, quien recordó la brillante actuación de las tropas de San Martín en una de las fases de la independencia de su país, y terminó diciendo gentilmente para la madre-patria, que en aquella batalla de Ayacucho no hubo ni vencedores ni vencidos, sinó la simple evolución de un hecho que estaba en el ambiente y que debía producirse naturalmente un día u otro para mayor bien de entrambos combatientes.

Estas palabras atenciosas para la madre-patria fueron frenéticamente aplaudidas por el Ministro de Instrucción Pública allí presente, Doctor Sagarna, los secretarios de la embajada, Doctores Emilio del Solar y Manuel E. Sánchez Concha, y el Ministro plenipotenciario de Colombia, Doctor Laureano Gómez.

Luján finalmente, ante cuya Taumaturga bendita, vinieran a postrarse tantos próceres y soldados de la Independencia americana antes de emprender su vuelo a la cumbre de los Andes y de la gloria, debía también celebrar especialmente el fausto acontecimiento de Ayacucho.

La Basílica Nacional y el Museo Colonial fueron los dos polos que más atrajeron la atención de las numerosas muchedumbres llegadas de la Capital y de varios puntos de la Provincia, además del vecindario de la localidad allí reunido.

La presencia del Señor Gobernador de la Provincia, Doctor José Luis Cantilo, y de los miembros del Poder Ejecutivo, con una selecta comitiva, dió mayor realce a la fiesta.

Formaban parte de la misma, además de los altos funcionarios de la Provincia, la señora esposa del Gobernador, Doña Josefina Achával de Cantilo y otras damas de la sociedad, quienes precedidos todos de una escolta se trasladaron desde la estación al Museo Colonial en medio de las aclamaciones del pueblo y de los acordes de la música militar.

Allí fué ejecutado por la banda de música de Luján el Himno Nacional, y luego, los oradores hablaron desde el balcón interior del Cabildo histórico.

El Intendente municipal Señor D. José M. Pérez, dió el saludo de bienvenida en nombre de las autoridades y del pueblo al primer Magistrado de la Provincia.

Dijo que la Ciudad de Luján, tan progresista y de tanto movimiento actualmente, se complacía mucho en la visita y creía que de ella podían esperarse resultados benéficos para la localidad.

Enunció las obras realizadas últimamente en Luján por los Gobiernos de la Nación y de la Provincia y por la Municipalidad, y señaló las que ahora son reclamadas por el espíritu de prosperidad del vecindario, especializándose por la grande y meritoria obra del Museo Colonial que es como el acervo de reliquias históricas, gracias a la dedicación inteligente del Señor Don Enrique Udaondo, su actual director honorario y primer organizador.

Este caballero pronunció entonces un breve y elocuente discurso, refiriéndose a las 3 nuevas salas del Museo, principalmente

a la que recibió el nombre de Don Clemente Onelli, por contener la colección hagiográfica que este naturalista reuniera en sus escursiones científicas por el interior del país. Reseñó el contenido de la Sala Independencia recién construída, según antiguo estilo, entre la casa del Virrey y el Histórico Cabildo. Aludió a la Sala del General José María Paz, que definitivamente instalada ahora, es la misma que él habitó durante cuatro años como prisionero de Rosas, en tiempos de dolorosa recordación, y finalmente se refirió al nuevo pabellón construído para guardar en sitio definitivo la histórica locomotora "La Porteña", la primera que corrió el país en 1857.

Después de una disertación histórica y filosófica que Don Juan Rómulo Fernández, de la redacción de "La Prensa" hiciera sobre la acción de Ayacucho, y que fué muy aplaudida por la concurrencia, la banda de música ejecutó varias piezas de su escogido repertorio y acompañó la ilustre comitiva a la Basílica Nacional, donde fué recibida por el Señor Cura y demás sacerdotes, al son del órgano mayor.

El Señor Gobernador, respetuosamente recogido ante la bendita Patrona jurada de la Provincia de Buenos Aires, le encomendó los actos de su administración y la felicidad de la Patria.

La comitiva oficial se trasladó luego en automóvil, al castillo "San José" en la estancia del Señor José Roque Naveira, donde en el Salón comedor fué servido un espléndido lunch; volviendo luego a tomar el tren a las 18 para regresar a la Capital, encantados todos de la excursión y fina atención de los dueños de casa.

En la tarde y por la noche se realizó un programa de actos populares en la plaza Belgrano.

El frente del Museo fué adornado al estilo colonial y por la noche iluminado con candiles a usanza de aquellos tiempos.

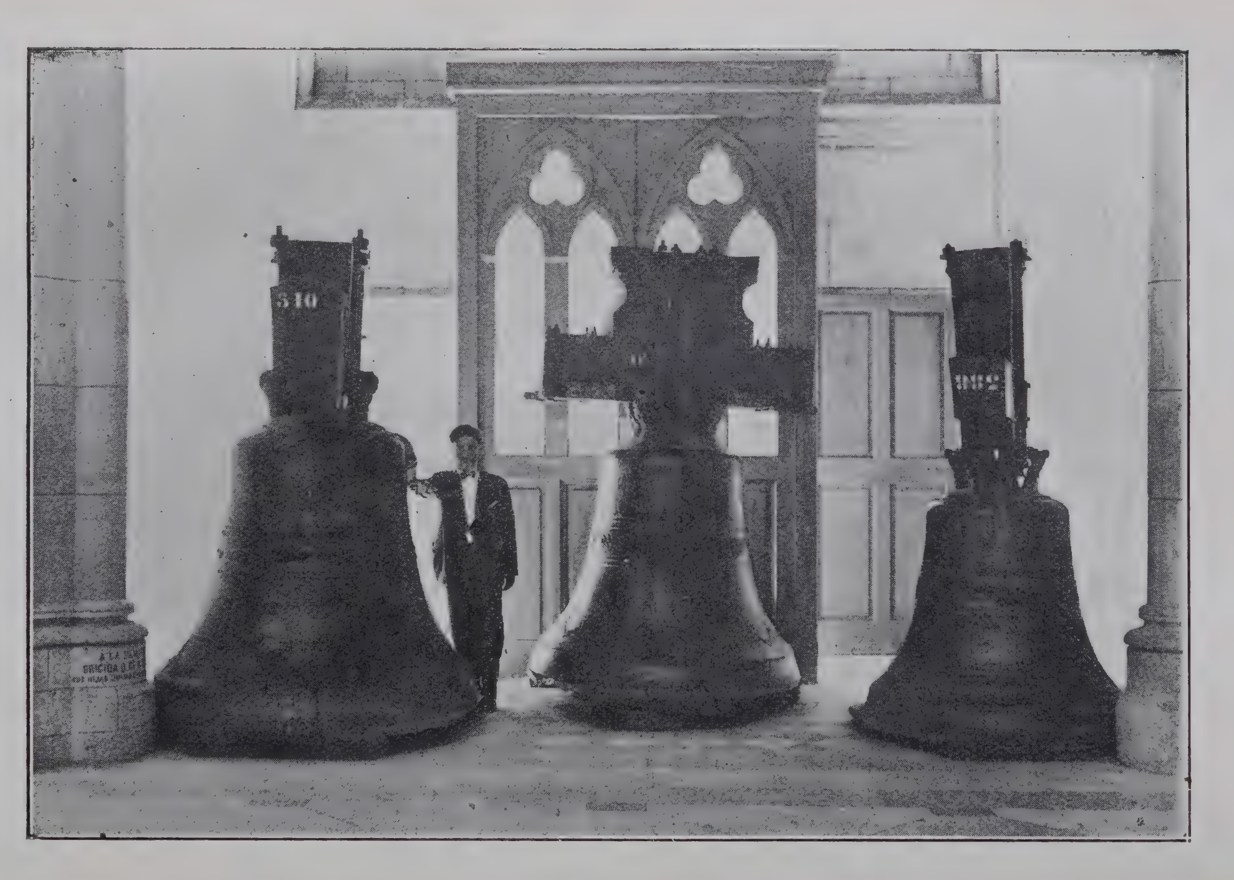
La banda de música dejada galantemente por el Señor Gobernador a la población contribuyó a dar mayor realce al entusiasmo público, alternando con la de Luján.

RECUERDOS DE GLORIA

. . . .
Miradlos ellos son!.... Están luchando
Al pié del Ayacucho!... Dos banderas
Como las aves del vivac flotando
Se ven en las fantásticas laderas;
Y atruenan la colina
Acentos de victoria,
Rumores de cadenas que se rompen,
Gritos de maldición, himnos de gloria!

Es que dos pueblos luchan! Hoy se juega
La corona de un mundo en la batalla:
Es que ante el grito de dolor que llega
Hasta el amor de nuestras madres calla.
Es que al fin han vencido
Nuestros soldados bravos!....
Hoy nos legan su ejemplo. "Sed", nos dicen,
"Mártires, sí, pero jamás esclavos!"

L. Palma.

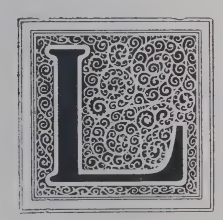


Las tres campanas más grandes del Santuario: 3.400 k., 2.430 k. y 1.610 k.



CAPITULO XIV

Consagración de las nuevas campanas de la Basílica. — Inauguración del Oratorio del Castillo "San José".— Reflexiones que suscita esta ceremonia. — Nueva puerta cancel del Santuario.



UJAN estaba otra vez de fiesta el domingo 21 de Diciembre de este mismo año 1924; se trataba de consagrar solemnemente las nuevas campanas destinadas al Santuario.

Esta ceremonia no había vuelto a producirse en el pueblo desde 1874, en que el R. P. Emilio George, Cura Vicario del Santuario, debidamente autorizado por el Ilmo. Arzobispo Monseñor Aneiros, consagró las tres campanas que han servido hasta ahora, y fueron ofrecidas por "los vecinos de Luján a su gloriosa Patrona" según reza la inscripción esculpida en una de ellas, pues las otras dos tuvieron que refundirse ya anteriormente por deterioros sufridos en las múltiples andanzas de un campanario a otro.

A cincuenta años de distancia volvía pues, a repetirse esta ceremonia en el mismo lugar que entonces, con la misma o mayor solemnidad, y con la misma fe también que entonces del catolicismo argentino en la tradicional Virgen de Luján.

Aún fuera de esto, no era un espectáculo común y ordinario el que iba a producirse: se trataba del bautizo de quince campanas pertenecientes a un hermoso *carrillón* de dos escalas en La bemol, bajando gradualmente desde un peso de 3.400 kilos hasta 55, y de varias otras campanas destinadas al reloj de las nuevas torres, formando en conjunto 19 piezas de un peso total de 12.156 kilos.

Todas estas campanas se habían suspendido a lo largo de la nave Oriental sobre unas cabriadas, formando caballetes, habiéndose además colocado un cordón para que el público no pudiera impedir el desarrollo de la ceremonia.

En la víspera del gran día, por la noche, llegaron los Señores Obispos y demás oficiantes, y fueron recibidos a la puerta del templo por los sacerdotes del Santuario y numerosos vecinos, al son de las nuevas campanas que tañían todas juntas como queriendo festejar la llegada de los ilustres consagrantes, al mismo tiempo que su propia y próxima dedicación al culto divino.

Al día siguiente afluyó de la Capital un importante contingente de peregrinos que, aparte de los que viajaron en los tre-

nes ordinarios y de excursión, ocuparon un convoy especial que, salido de la estación Once a las 6.45, llegaba a la Basílica dos horas después.

En ese momento el Santuario ofrecía un aspecto imponente, dada la enorme multitud congregada en el mismo, ocupando totalmente la nave central, los dos cruceros y la nave Oriental.

He aquí como "La Opinión", diario de la localidad, relata bastante exactamente el curso de la ceremonia:

Se efectuó el domingo 21 la consagración de las campanas de la Basílica Nacional, ceremonia que revistió magníficos e imponentes relieves, a pesar de no asistir a ella el Señor Presidente de la República y el Señor Gobernador de la Provincia, como en un primer momento se había pensado.

El templo, adornado con sus mejores galas, rebosaba de gente desde mucho antes de la hora fijada para la realización del acto sagrado.

Ante la vista de la enorme multitud, aparecían las campanas graciosamente adornadas con tules, flores y azahares, destacándose en el conjunto las banderas de las tres naciones protegidas por la Virgencita: la Argentina, Uruguay y Paraguay, juntamente con la del Papa, y de la Madre patria. Completaban el adorno multitud de estandartes y atributos religiosos con inscripciones alusivas al acto.

Un cordón de agentes de policía correctamente uniformados, hacían guardia de honor e impedían el acceso del público, que por minutos aumentaba al lugar de la celebración.

A las nueve horas, los Ilmos. Prelados salieron procesionalmente de la sacristía acompañados de sacerdotes asistentes, diáconos y subdiáconos, maestro de ceremonia y demás ayudantes, dirigiéndose a la nave del Evangelio donde se hallaban las campanas. Inicióse la ceremonia con el rezo litúrgico de siete salmos y el canto de antífonas que celebran el poder, la gloria, la justicia y bondad de Dios.

En seguida los Señores Obispos procedieron respectivamente a la bendición del agua lustral; de ella se sirvieron los diáconos para purificar interior y exteriormente los bronces sagrados. Inmediatamente los Obispos hicieron las unciones de rúbrica con los santos Oleos, formando siete cruces en la parte exterior, en memoria de las siete veces que las campanas suelen llamar a los prebendados al rezo del Oficio divino: *Septies in die laudem dixi tibi,* y formando cuatro cruces al interior, con el santo Crisma, recordando la gloria de Dios que ellas deben esparcir a los cuatro vientos del mundo.

Todos estos ritos iban acompañados de rezos alusivos a estos y otros oficios que las campanas están llamadas a desempeñar, y que están admirablemente contenidos en estos dos versos latinos:

"*Laudo Deum verum, plebem voco, congrego clerum,*

"*Defunctos ploro, pestem fugo, festa decoro.*

Vale decir: Alabo a Dios, llamo al pueblo, congrego al clero, lloro a los difuntos y ahuyento las calamidades y alegro las fiestas.

Las campanas, en efecto, interpretan todos los sentimientos del alma humana: en los días solemnes de la Religión y de la Patria acompañan y sostienen el entusiasmo, la alegría, la devoción y gratitud; en las horas a Dios consagradas llaman al pueblo y clero ante los altares para la oración colectiva; al amanecer, al medio día y al anochecer nos recuerdan la salutación del Ave María que dió al mundo un Redentor, y más tarde con el toque de Animas nos invitan a rogar por nuestros queridos difuntos.

Nadie ni nada escapa al religioso influjo del bronce sagrado. Napoleón el Grande solía decir que no podía oir la campana de la más pequeña aldea sin sentirse profundamente emocionado. Y Campoamor, concretando más este pensamiento añadía: "No hay ateo que de vuelta de sus excursiones materialistas, no sienta correr por sus venas el frío remordimiento al oir la campana de su aldea".

Con razón el gran poeta Núñez de Arce, en sus horas de prueba, se complacía en escuchar:

"El místico clamor de la campana
"que sobre el alma humana
"de las caladas torres se despeña,
"y anuncia y lleva en sus aladas notas
"mil promesas ignotas
"al triste corazón que sufre y sueña".

¡Benditas pues, sean las campanas consagradas por las manos de nuestros Prelados! Llenarán con sus ondas sonoras la ciudad y los campos para recordarnos nuestro origen divino y nuestros destinos inmortales.

Para no alargar demasiado la ceremonia, las campanas a consagrar o simplemente bendecir, según su destino, fueron repartidas en cinco grupos distintos confiados a otros tantos oficiantes.

El primero, que comprendía las tres mayores: Jesús, María y José, fué consagrado por el Ilmo. Obispo Diocesano Monseñor Alberti, asistido por el P. Gray y Pbro. Ratto, siendo padrinos de la primera el Señor Naveira y Señora, y de las dos otras, el Señor Intendente José María Pérez y Señora.

Correspondió el segundo grupo, compuesto de S. Miguel, S. Juan Bautista y S. Pedro, al Ilmo. Obispo Auxiliar Monseñor Copello, asistido por el P. Mariani y Pbro. Trotta, y fueron padrinos el Señor Fernández Beschteld y señora.

El Vicario General de la Diócesis Monseñor Burdet, auxiliado por el maestro de ceremonia, bendijo el tercer grupo: S. Pablo, S. Juan Evangelista y S. Francisco, siendo padrinos Don Francisco Morgan y Señora.

El cuarto grupo: S. Jacobo, Santo Tomás y San Luis, fué bendecido por el mismo oficiante anterior, siendo padrinos Don Tomás Geoghegan y Doña Paula L. de Dufour, presidenta de la Archicofradía de Nuestra Señora de Luján.

Finalmente el quinto grupo: Santa Rosa, San Enrique, Santo Toribio, San Antonio, Santa Rita, Santa María y San José, fué

bendecido por el Cura Capellán del Santuario, José María Gimalac, siendo padrinos Don Enrique Udaondo y la Señorita Luisa de la Cruz, secretaria de la Archicofradía.

Terminada la ceremonia los consagrantes y los padrinos hicieron resonar las respectivas campanas para indicar los dulces lazos espirituales que los unían a ellas, y pasaron luego al presbiterio para ocupar aquéllos su sitial respectivo y éstos el asiento especial que se les había preparado.

Acto continuo ofició la Misa cantada el Rector del Seminario Menor, Pbro. Guilland, asistido del Pbro. Ratto, familiar de Monseñor Alberti y del P. Mariani de la Basílica, a título de Diácono y Subdiácono, respectivamente.

La música alusiva de Perosi, fué ejecutada por el maestro Marenzi, desempeñando el canto la *Schola* de los Hermanos Maristas. Durante el Sanctus y la elevación resonaron todos los bronces sagrados a la vez inaugurando así la misión que recibieron de alabar a Dios.

El panegírico de circunstancia lo hizo, al fin de la Misa, el Pbro. Doctor Andrés Calcagno, quien supo con sus palabras apropiadas y pintorescas emocionar a más de uno de sus oyentes.

Al terminar la Misa volvieron a resonar los bronces sagrados poblando de alegría el santo recinto. Minutos después, se retiraban las medidas de previsión que se habían tomado para evitar la afluencia del público a la nave Oriental y la concurrencia invadíala con deseos de admirar y palpar las nuevas campanas de nuestra gran Basílica.

Después de la función religiosa los consagrantes, los padrinos y demás invitados se reunieron para un almuerzo fraternal en el Hotel de la Paz, donde se dieron a conocer los motivos, que a última hora, impidieron la presencia de Monseñor Piceda, Vicario Capitular de la Arquidiócesis, de Monseñor Devoto su Vicario General, y de Monseñor Ezcurra Deán de la Metropolitana, quienes habían aceptado oficiar en la ceremonia, sin poder cumplir como lo desearan.

El 25 de Diciembre de ese mismo año, fué el día elegido por el Señor Naveira para inaugurar solemnemente el Oratorio doméstico de su Castillo "San José", disponiendo se cantara en él una Misa con Diácono y Subdiácono, estrenándose para el efecto un rico terno de ornamentos digno de figurar en la mejor catedral.

No se podía elegir un día más propicio que el de Navidad para hacer los honores del Castillo al Divino Infante y desagraviarle así del grosero establo en que le recibieran los Judíos en Belén, María Santísima, Patrona de la comarca, y San José, Patrón del Castillo, debieron estar muy contentos, de ofrecer esta vez al niño Jesús una morada más digna de El.

Tuvimos ese día plena libertad de visitar el suntuoso Castillo "San José" en todos sus detalles. Es verdaderamente interesante estudiar esta notable construcción que recuerda tan vivamente ciertas mansiones medioevales de la vieja Europa con sus

nobles castellanos todo corazón y bondad para sus vasallos y sus huéspedes eventuales.

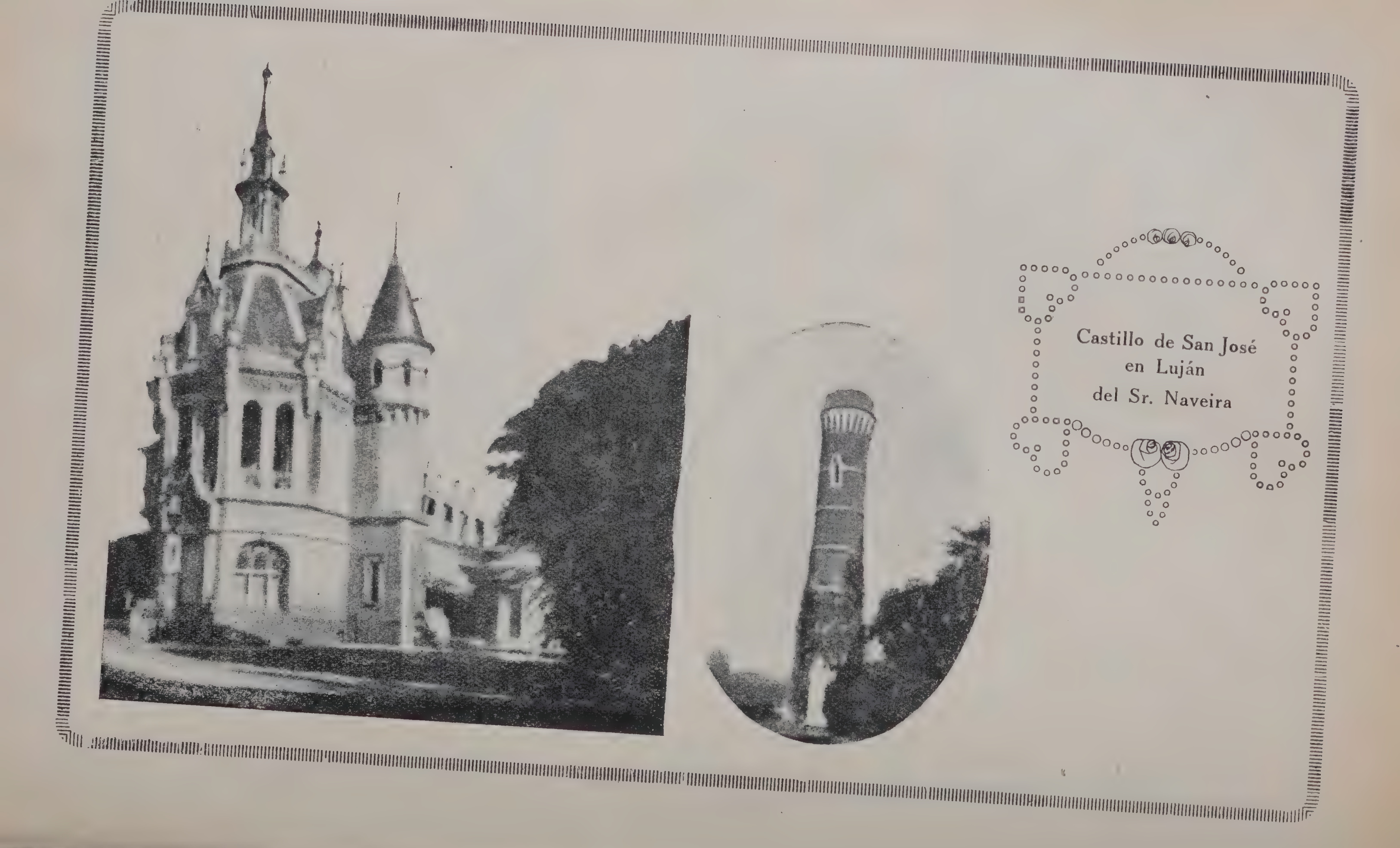
El Castillo "San José" está muy en su lugar a proximidad del Santuario de María: son dos perlas de gran valor nacidas en Luján como en una sola y misma valva nacarada, a la que honran sobremanera. Construídos ambos edificios con arreglo al estilo gótico, ellos demuestran los múltiples recursos que ofrece ese estilo tanto en lo civil como en lo religioso.

A fines de Diciembre de este mismo año 1924 y como para ser inaugurada el primer día del año, dábase por terminada la nueva puerta cancel del Santuario. Es esta una valiosa donación del doctor Naveira a su excelsa Madre del Cielo en nombre de su finado padre de la tierra. El que tanto había honrado al Niño Jesús y a San José en su propia casa, no podía haber olvidado a María Santísima en la suya: así lo exigía la Sagrada Familia cuya protección buscaba para su hogar cristiano.

Nada diremos de esta nueva obra de arte salida de los mismos talleres que los artesonados de roble que adornan el Camarín y las dos primeras capillas de las naves laterales de la Basílica: basta echar una mirada a esos trabajos para apreciarlos en su justo valor.

Posteriormente hemos sabido que el Señor Naveira, ampliando su generoso donativo en favor del Santuario, piensa hacerse cargo de las dos puertas canceles costaneras del mismo. Sea por ello doblemente bendita su piadosa familia por la de Nazaret, tipo y modelo de todo hogar cristiano.





Castillo de San José
en Luján
del Sr. Naveira



LAS CAMPANAS DEL SANTUARIO DE LUJAN

¿Oís?.... Del Santuario las graves campanas
Sus lenguas agitan,
Y en místico idioma le dicen al alma:
"Rendid alabanzas y honor a María!"

Y luego prosiguen: "¡oh pueblo creyente!
Venid con presteza,
Venid a la casa del Rey de los reyes,
Que en ella María propicia os espera,

"Ya están sus altares cubiertos de flores,
De luces henchidos,
Venid a formarla solícita corte,
Ancianos, mancebos, doncellas y niños.

"Venid a rendirla cantares y rezos,
Nacidos del alma,
¡Que envueltos en humo de místico incienso,
Asciendan los himnos, las tiernas plegarias!

"¡Oh fieles, abierto se os muestra el Santuario,
Llegad sin tardanza,
No os duela una hora del mundo apartaros,
¡Del mundo que acaso del bien os aparta!

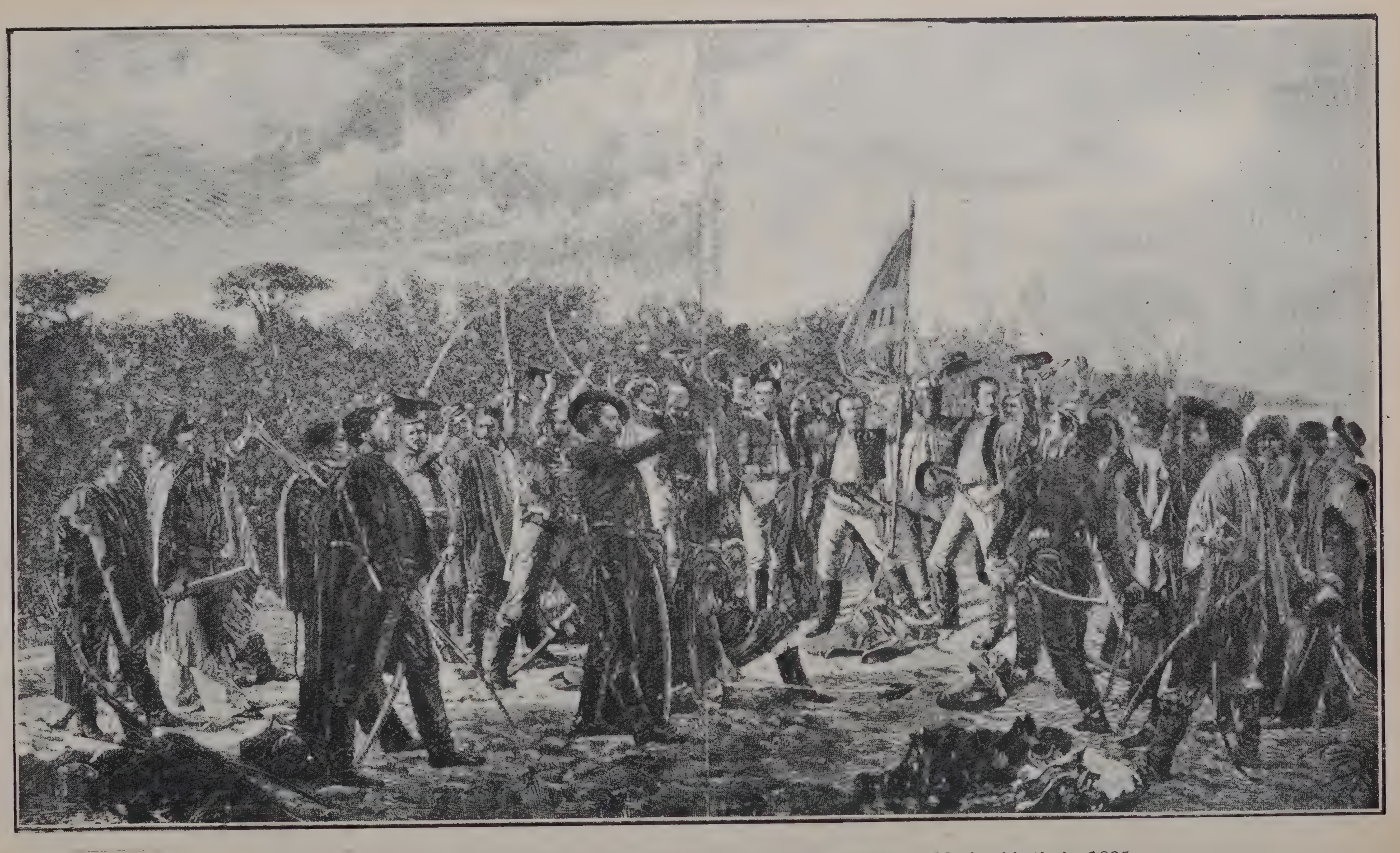
"Venid, oh cristianos; el alma y la mente
Volved hacia arriba,
Rendid, olvidando pasiones terrestres,
Honor y alabanzas sin fin a María!

¡Campanas benditas! Reclamos del cielo!
Yo siento al oiros,
La fe y la esperanza que alientan mi pecho,
Crecer, ensancharse, cobrar nuevos bríos.

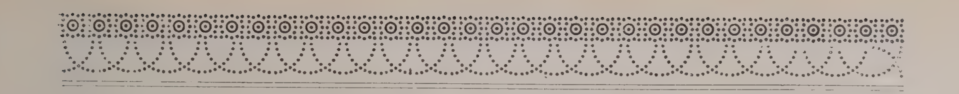
Y al vuestro mezclando mi débil acento,
¡Campanas benditas!
Repito, llevando mis pasos al Templo:
Honor y alabanzas sin fin a María!

S. Fernández.





Juramento de los 33 Orientales al desembarcar en la Agraciada. — 19 de Abril de 1825.



CAPITULO XV

Centenario de la Independencia Uruguaya. Influencia de María de Luján en ese acontecimiento. — Festejos de la Colonia Oriental y de los Argentinos en esta Villa histórica.



L 19 de Abril de 1925 la Colonia Uruguaya en unión con los Argentinos de Luján, celebraban en esta Villa, el primer Centenario de la partida, desde el pueblo de San Isidro en Buenos Aires, de los inmortales Treinta y Tres patriotas, que encabezados por don Antonio Lavalleja, emprendieron la heroica cruzada de libertar su patria de los Portugueses.

Era este el primer paso de una marcha ascendente que debía culminar el 25 de Agosto en la Asamblea Gloriosa de La Florida, en que el pueblo oriental hizo solemne declaración ante el Universo de que entendía ser enteramente libre e independiente de todo poder extraño.

Esta fiesta en la histórica Villa no es de extrañar para quien conoce la antiquísima devoción de los Orientales a la Virgen de Luján y la gran parte que ella tuvo en aquella epopeya emancipadora.

Para mayor gloria de María y satisfacción de nuestros queridos hermanos los Orientales, vamos a poner en plena evidencia esta verdad, a trueque de repetir algo de lo que hemos dicho ya en el curso de esta historia.

Cuando la Divina Providencia, que todo lo dispone con tanta sabiduría y maternal solicitud, quiso por medio del portentoso origen de la veneranda Imagen de Nuestra Señora de Luján, levantar en medio de las llanuras, entonces poco menos que desiertas y continuamente disputadas entre el salvaje y el hombre civilizado, el trono de las misericordias y la piscina de los prodigios, para consuelo y remedio de las dolencias espirituales y corporales de los moradores de estas tierras, una y otra banda del gran estuario se hallaban bajo un mismo gobierno eclesiástico y civil, el del Gobernador, y el del Obispo del Río de la Plata.

La noticia de la maravillosa detención, a márgenes del Río Luján, de la santa Imagen, corrió muy pronto en todas las comarcas hasta las más lejanas de una y otra banda con esa rapidez que prestan siempre a los acontecimientos las circunstancias sobrenaturales que los acompañan a la fe ardiente de los pueblos. Así

que no tardó en atravesar el gran Río, y allende y aquende del mismo. Nuestra Señora de Luján se vió invocada con extraordinario fervor por los moradores de aquellas apartadas regiones, que ponían en ella toda su confianza en las tribulaciones, enfermedades y conflictos por que pasaban; no contribuyendo poco a esparcir su fama y su culto; la narración de innumerables devotos que habían alcanzado insignes favores y portentos con su sola invocación.

Entonces Montevideo, la futura perla oriental, capital de la libre e independiente República del Uruguay, no existía todavía. Frente a Buenos Aires, en la otra banda se levantaba la Colonia del Sacramento, esa eterna manzana de discordia entre Españoles y Portugueses.

A todo trance y por todos los medios posibles, los Portugueses pretendían levantar, frente a la ciudad de Buenos Aires, una plaza fuerte bien artillada que les entregara las llaves del inmenso estuario del Río de la Plata. Ellos se daban cuenta de la ventajosa situación de Buenos Aires, edificada a la puerta misma, por decirlo así, de esas dos colosales arterias fluviales que son el Paraná y el Uruguay, y cruzan, fertilizándola, toda esta parte privilegiada del continente sudamericano. Envidiaban, con razón, tan importante ventaja, y de ahí su obstinada porfía para detener la plaza de la Colonia del Sacramento. Pero, a pesar de su reiterada imposición y malgrado todos los tratados ajustados en las cortes europeas, los escasos moradores de aquellas comarcas, mejor aconsejados que los diplómatas, jamás quisieron reconocer el cetro de Portugal: así que tan pronto como alguno de los Gobernadores del Río de la Plata se levantaba en armas contra aquella nación, al momento formaban esos valientes y sufridos vecinos, milicias voluntarias y se alistaban, bajo el comando de los Gobernadores, con el fin de desalojar a los tenaces adversarios, de esa plaza tan estratégica de la Colonia y por ende tan codiciada.

Pues bien, en ese largo y difícil conflicto de la Colonia del Sacramento, que viene a ser como el génesis de la nacionalidad uruguaya, la historia nos demuestra que tanto los soldados y milicianos voluntarios, fieles a la corona de España, como los Gobernadores del Río de la Plata, y más tarde los Próceres de la Independencia, no cesaban de implorar la protección de Ntra. Sra. de Luján en quien ponían toda su confianza del triunfo final, acudían fervorosos a su Santuario, le consagraban los trofeos de sus victorias, y hasta le enviaban prisioneros de guerra, en señal de su reconocimiento.

Es así que en 1680 vemos al Gobernador del Río de la Plata, Don José de Garro, armarse contra el Gobernador de Río de Janeiro Don Manuel Lobo, quien había implantado la Colonia, y arrojado victoriosamente del territorio, después que las tropas españolas se hubieron puesto bajo la protección de Nuestra Señora de Luján, y le ofrecieron parte del botín que tomaron al enemigo, si salían victoriosos.

Y cumplieron su promesa.

Los documentos históricos nos muestran que «en la primitiva iglesia edificada en 1677 por el primer Capellán del Santuario de Luján Don Pedro de Montalbo, existía en los colaterales un altar con retablo pintado de varios colores, el cual había sido tomado en los años anteriores a los Portugueses, entre los despojos de la Colonia del Sacramento, y dedicado por los vencedores, en acción de gracias a Nuestra Señora de Luján».

En 1704, los Portugueses, gracias a la debilidad de Carlos II, habíanse apoderado nuevamente de la Colonia del Sacramento. Gobernaba entonces esta Provincia el valiente Maestre de Campo Don Alfonso Valdez - Inclán, quién dió orden al Sargento Mayor Don Baltasar García de Ros, de desalojar a los intrusos. El ejército se movió el 8 de Octubre, y a principios de Noviembre ya estaba frente a la Colonia, a cuyo gobernador, Sebastián Veiga Cabral, se le pidió se retirara, so pena de tomar la plaza por asalto. El Portugués respondió que «dejaba la palabra al cañón»; y los de García de Ros, que solo esperaban esto atronaron los aires. Después de no pocas alternativas la plaza cae en poder de los españoles, embarcándose el gobernador Veiga Cabral en una escuadra portuguesa, después de pegar fuego a gran parte del litigado caserío del Sacramento.

Ahora bien, que el Sargento Mayor García de Ros fuera un gran devoto de María de Luján, consta por la visita que le hizo más tarde en la víspera de recibirse de Gobernador de esta Provincia en 23 de Mayo de 1715, y por el empeño que puso en acompañar al Ilmo. Obispo Diocesano Don Fray Pedro de Fajardo, en la peregrinación que éste hiciera en Abril de 1718 al recibirse del Obispado de Buenos Aires.

En cuanto a que sus tropas tuvieran esa misma devoción, y la conservaron los que en la Colonia del Sacramento se quedaron, consta por la siguiente carta, que en 17 de Abril de 1730, escribiera el Comandante de aquella Colonia al Cura de Luján:

...«Después que partí de esa Ciudad, no he tenido la oportuna ocasión de dar cumplimiento a mi palabra de remitir el manto y hábito de Nuestra Señora de Luján, lo que hago ahora por manos de José Magallanes que va en compañía del Alférez Don Francisco, como también, oro, velas de media libra, y me he visto precisado para dejar la túnica que traje, para consolación de muchos devotos. Si Vuestra Merced así lo hallare por bien, lograremos la dicha de tener con nosotros esa prenda tan milagrosa y cuando nó, con su aviso, la remitiré. Y aseguro a Vuestra Merced que si no hubiera tantos embarazos, iría mucha gente en romería a la Soberana Señora de Luján, por la mucha fe que todos tienen con sus milagros».

Los piadosos Orientales no debían tardar mucho en buscar remedio a tantos embarazos.

«A mediados del siglo antepasado, un número bastante crecido de vecinos, habíanse agrupado en forma de población al pié de la sierra o cuchilla del Pintado, poniéndose bajo la protección de Nuestra Señora de Luján, valiéndose para el efecto de una preciosa

estatuita de la Inmaculada, tallada en cedro de las misiones, según toda probabilidad, y traída de aquellas regiones por los Jesuítas.

En los primeros años del siglo pasado los vecinos de aquel pago, encontrándose bastante numerosos, solicitaron de la autoridad eclesiástica la erección de su partido en parroquia, jurando por su Reina y Patrona a la Santísima Virgen de Luján.

El Obispo del Río de la Plata, que lo era a la sazón el Ilmo. Señor D. Benito de Lué y Riega, había venido a consagrar la Iglesia Matriz de Montevideo, y visitando la población del Pintado, aprobó todo lo hecho por aquellos vecinos, y poco después, en 8 de Febrero de 1805, decretó la erección de aquel partido en Parroquia, bajo la advocación de Nuestra Señora de Luján».

Puesta a concurso esta nueva parroquia, la ganó por oposición el joven, inteligente y activo sacerdote doctor Don Santiago Figueredo, quien, al tomar posesión de ella en 1808, la encontró tan decaída de su primer esplendor, que solicitó y obtuvo de ambos poderes, facultad de trasladarla a sitio más propicio, lo cual fué concedido por cédula real expedida el 11 de Agosto de 1811, en favor del lugar que ocupa hoy villa Florida.

Pues bien, ¿quién no admirará aquí los designios de la Divina Providencia? ¡Este nuevo pueblo de la Florida con su antigua Virgen de Luján por Patrona, debía ser un día la cuna de la joven República Oriental del Uruguay!

Pero antes, sigamos viendo la asistencia y protección de la excelsa Reina del Plata en favor de las fuerzas unidas de ambas orillas del gran Río de ese nombre, en contra de sus enemigos comunes.

Fué a la sombra del Santuario de María y con la poderosa ayuda del Cabildo de Luján que Pueyrredón empezó a juntar las fuerzas, que unidas después a los Orientales traídos por Liniers, debían efectuar la Reconquista de Buenos Aires. Pero es preciso recordar que no teniendo Pueyrredón un estandarte que dar a sus tropas bisoñas, aceptó el propio Pendón Real de esta Villa, que llevaba a un lado el retrato de la Virgen en su misterio de la Inmaculada Concepción, y al otro, las armas del Rey de España.

¿Quién no admirará aquí la Divina Providencia que dispone luchen juntos Argentinos y Orientales para llevarlos a una común victoria bajo el estandarte de Nuestra Señora de Luján, tan querida de unos y otros?

Empero puede asegurarse que las luchas emprendidas para arrojar a los ingleses, no fueron más que el ensayo y como el preámbulo de esfuerzos próximos y mayores, cuyas consecuencias debían ser imponderables para los combatientes de ambas márgenes del Río de la Plata.

Desde aquel momento, los pueblos rioplatenses concibieron la conciencia de sus propias fuerzas; y el pensamiento de la Independencia absoluta de estas provincias, del dominio de los monarcas españoles, no cesó de ganar terreno, hasta que, el movimiento de Mayo de 1810, vino a ser como el estallido de la voluntad general largos años comprimida.

Los pueblos orientales, secundando el pensamiento de Buenos Aires, se adelantan mientras tanto a la obra de la Revolución, declarándose por sí y ante sí libres de todo poder extraño.

La Junta de Buenos Aires notificada de esta resolución, ya sea porque no le diera un alcance absoluto, ya sea porque viera en ese movimiento un buen medio de acallar las ansias de los portugueses, con respecto a la Banda Oriental, resolvió prestar a aquellos hermanos el auxilio de siempre.

El General Carlos María de Alvear va a sitiar la plaza de Montevideo enérgicamente defendida por el General Vigodet, a la cabeza de un ejército de 6.000 españoles.

En tan solemne coyunturas, el piadoso Coronel French, que, en su campamento cerca de Luján, había proclamado a aquella Excelsa Señora como Patrona de sus bizarros soldados, al ser llamado a Montevideo para unir sus fuerzas a las de Alvear, recordando el poder y bondad de la Patrona de su Regimiento número 3, hace voto a la Santísima Virgen de Luján de donarle y traerle personalmente a la cabeza de sus tropas las dos banderas de sus famosos batallones y las que por su mediación conquistara al ejército realista, si llegase la plaza de Montevideo a caer en poder de los patriotas.

Pues bien, aquí en donde se vé nuevamente la benéfica influencia de la Virgen de Luján en favor de los Orientales. El 20 de ese mismo mes de Junio de 1814, en que el voto de French había sido hecho, capituló la plaza de Montevideo, y el 23 entró en la ciudad el Regimiento número 3, juntamente con las fuerzas del General Alvear, quedando en su poder 5.500 prisioneros y 8 banderas, de las cuales 1 cayó en poder del Coronel French.

Después de la toma de Montevideo, transcurrieron ese año de 1814 y los siguientes en una anarquía deplorable y bajo el régimen de un despotismo militar que se recuerda con pena.

Prevaliéndose el gobierno portugués de ese estado de cosas, invocando por causa la necesidad de defender el orden en el limítrofe Brasil amenazado por las desavenencias de los caudillos, hizo venir tropas de Lisboa, alistó otras en el Brasil, encomendó su mando a Lecor y ordenó a éste que procediera a ocupar la plaza de Montevideo y su territorio.

Pero llegó finalmente el día en que los Orientales debían redimir a su amada patria de la ignominia de la esclavitud y elevarla al rango que le correspondía entre las otras naciones americanas.

Reunidos en Buenos Aires varios patriotas orientales concibieron la idea de realizar una cruzada libertadora. Se pusieron de acuerdo, atrajeron a otros hasta completar el número de 33, y embarcándose en San Isidro se dirigieron a su tierra para arribar a la Agraciada, bajo las órdenes de Juan Antonio Lavalleja el memorable día 19 de Abril de 1825.

«Como el río estaba cruzado por buques de guerra brasileros, la navegación tenía que hacerse con muchas precauciones; empero a pesar de ello llegó un momento en que los lanchones que conducían a los inmortales Treinta y Tres se encontraron con dos buques

enemigos, uno a babor y otro a estribor, distinguiendo los faroles a muy poca distancia. Felizmente no se notó la aparición de los dos lanchones, y como el viento que reinaba era Sur muy lento, hicieron uso de los remos apartándose muy pronto de aquellas naves enemigas tan peligrosas.

A las once de la noche, ambos lanchones atracaron al suelo patrio que los expedicionarios besaron enternecidos, enarbolando una bandera tricolor con este lema que pregonaba todo su programa: «Libertad o muerte».

En la Agraciada, concluído el desembarco, Lavalleja despachó los dos lanchones, que volvieron a Buenos Aires. Este acto del jefe de los Treinta y Tres, dice M. Antuña sólo puede compararse al de Cortés quemando sus naves tras de sí. Se necesitaba un alma heroica, con temple de acero para realizar este hecho. Allí quedaban aislados, sin esperar auxilio de nadie, sin medios de movilidad, pues los caballos que esperaban de Tomás Gómez acompañado de Cheveste y Manuel Lavalleja no habían llegado todavía, debido a diversos inconvenientes: estaban pues allí sólo treinta y tres hombres para luchar con las formidables fuerzas del Imperio.

Era el caso de decir: *Audaces fortuna juvat.*

«Si bien es cierto que el valor mesurado, prudente y reflexivo de los hombres ha escrito la mayor parte de las páginas en la historia guerrera de la humanidad, no puede negarse sin embargo, que las acciones más heroicas, han sido la consecuencia de aquellas explosiones de audacia, rayanas con la locura, con que se ha desbordado casi siempre, magnífico en su irreflexión, el genio de los iluminados».

Este espléndido cuadro de arrojo y de valor fué el que inspiró al poeta Aurelio Berro, la siguiente estrofas tan expresivas:

Pisan los héroes la humillada tierra,
Y al primer esplendor del sol naciente,
Con voz robusta y ánimo valiente,
El grito arrojan de venganza y guerra.

¡Ciegos! ¿A dónde van? El alta sierra,
El bosque umbrío, la llanura ardiente,
Hierven cuajados de enemiga gente
Y el henchido cañón la muerte encierra.

¡Que importa, ¿no es la patria que los llama?
De la orilla cercana a la remota
La sublime locura se derrama;

¡Patria es el nombre que a los labios brota:
El caro acento al Oriental inflama,
Y lanza al viento la cadena rota!

Dios desde lo alto del cielo debió mirar con ojos de compasivo interés a estos Treinta y Tres adalides del amor patrio y de la justicia internacional, y María de Luján debió sonreirles de satisfacción desde su Santuario de La Florida.

Pues en efecto, las rápidas victorias de San Salvador, Rincón y Sarandí, conseguidas por ellos tan rápidamente, levantaron pron-

to el espíritu de los Orientales comprimido por la dominación brasilera, de modo que no tardaron en agruparse, bajo la bandera tricolor, algunos miles de patriotas, que ansiaban la libertad de la patria.

Lavalleja había llegado de triunfo en triunfo, a la cabeza de los inmortales Treinta y Tres, a la Villa de la Florida. Comprendiendo entonces el General en jefe de la revolución oriental la necesidad de constituir un gobierno patrio que trabajara en barrer al enemigo en todas direcciones, convocó a los pueblos con el fin de elegir los Delegados que debían formar el primer Gobierno Oriental.

Las elecciones se efectuaron como entonces fué posible; y de acuerdo con la convocación expedida desde la Florida, en 14 de Junio de 1825 por el General en Jefe, los elegidos se reunieron en esa Villa en la casa habitación de doña Ana Hernández, inmediata a la iglesia de Nuestra Señora de Luján, declarándose establecido el Gobierno.

En seguida pasaron a la iglesia en cuyo altar se veneraba la Imagen de la Virgen bendita, para celebrar tan fausto acontecimiento con el canto de un solemne *Te Deum* en acción de gracias, asistiendo a ese acto, además de todos los delegados, el Jefe de los Treinta y Tres, General Lavalleja, con la mayor parte de sus compañeros, llevando la gloriosa bandera que había peleado triunfadora en el Arenal Grande, en San Salvador y Sarandí, e inclinándola, ceñida de gloria ante el altar de la Virgen de Luján.

No se contentaron con estos los insignes patriotas.

A corta distancia de la Villa de la Florida, y a márgenes del río Santa Lucía chico, en medio de un bosque de árboles siempre verdes, se halla la histórica Piedra Alta, que es una peña como de 40 metros de largo sobre 8 de ancho. Allí en aquel mismo año de 1825, estuvo acampado el General Lavalleja, y allí también se juntaron los Convencionales del año 25, después de haber invocado la protección de la Patrona de la Independencia, la Virgen de Luján; reunidos junto a esta Piedra Alta, determinaron jurar allí la Independencia del primer Gobierno patrio, y como no tuvieran en ese momento en manos una Cruz sobre cuyo signo sagrado pudieran hacerlo, uno de los convencionales con la punta de su espada grabó en la piedra una cruz y el nombre de Jesús; y sobre ese signo y ese nombre adorable fué donde todos juraron trabajar hasta rendir el alma por la «Independencia o la muerte».

Esta Piedra Alta, existe siempre en las inmediaciones del pueblo de La Florida, y en ella se distingue bastante claramente todavía la mencionada Cruz y el dulce nombre de Jesús. Ningún Oriental que llegue a La Florida deja de hacer su peregrinación a la Piedra Alta.

Así quedó definitivamente fundada la cuna de la pequeña y gentil República Oriental del Uruguay en medio de sus colosos vecinos la Argentina y el Brasil.

De todo cuanto hemos dicho desde el principio, es evidente que, como lo proclamó solemnemente en este Santuario el Ilmo. y Rmo.

Monseñor Soler, primer Arzobispo de Montevideo: para los Uruguayos es imposible pensar en la patria, sin que se agolpe a su mente el recuerdo de Nuestra Señora de Luján: Ella aparece protegiéndola en todas las fechas más gloriosas y principales de su historia: durante las luchas del coloniaje, la cruzada de los Treinta y Tres y la proclamación de la Independencia nacional.

Era natural, pues, que los Orientales residentes a la sombra de este Santuario de Luján, se acordaran de la celestial Protectora que el cobija, y acudieran a reverenciarla en el Centenario de su amada patria.

A aquella memorable fecha del 19 de Abril de 1825, debía corresponder aquí la de 1925.

A los cultos rendidos a María de Luján en aquel Santuario filial de la Florida, debían responder los que se le tributan ahora aquí en su Santuario originario de Luján.

A aquel primer *Te Deum* cantado por los Uruguayos en la cuna de su nacimiento nacional, debía hacer eco jubiloso éste cantado aquí por los Argentinos y Uruguayos reunidos, en su Centenario de vida libre e independiente.

Con prudencial anticipación el Vice Cónsul oriental, Don Aquiles Isacchi en unión con los dos diputados vecinos de esta localidad, las Autoridades civiles y religiosas y los más caracterizados vecinos, habían lanzado un manifiesto invitando al pueblo a embanderar el frente de sus casas y adherirse a los festejos.

A la salida del sol hubo dianas, disparos de bombas y vivas a ambas nacionalidades, repitiéndose esto mismo a las doce y a la noche.

La Basílica amaneció adornada con sus mejores galas, pendiendo desde lo alto de la bóveda central cuatro grandes cenefas bicolores recogidas graciosamente en los cuatro pilares principales, formando así un espléndido pabellón sobre los hijos de ambas Repúblicas, que debían reunirse ahora en un mismo recinto como antes lo habían estado bajo unas mismas autoridades civiles y religiosas: el Gobernador del Río de la Plata y el Obispo de Buenos Aires.

Al pie del altar estaban las respectivas banderas de las dos Repúblicas hermanas, recordando que más tarde habían nacido cada una de ellas a una vida libre e independiente.

Notábase con especial agrado que ambas ostentaban los mismos colores, y que estos eran precisamente los de María Inmaculada de Luján, su excelsa Protectora en la lucha de la Independencia. Bien estaban allí esas dos banderas blancas y azules: blancas, como la pureza de intención que tuvieron al levantarse en armas contra todo poder extraño: azules, como el hermoso cielo que las cobijara y las iluminara con un mismo sol esplendente y radiante: el Sol de Mayo.

A las 14 horas empezó el solemne *Te Deum* ante la sagrada Imagen de Nuestra Señora de Luján, con asistencia del Canciller del Consulado General del Uruguay, Don Alfredo Varzi, del Vice cónsul, Diputados, Autoridades locales, algunos descendientes de

Don Andrés Spikermann, uno de los Treinta y Tres orientales, y un gentío inmenso.

Antes de entonarse el *Te Deum*, como preparación y motivo del mismo, el maestro Marenzi preludió y ejecutó el hermoso Himno Nacional Uruguayo que todos escucharon con deliciosa fruición. Siguióle el Himno de acción de gracias magistralmente coreado por los Hermanos Maristas de Luján, y por fin el Himno Argentino.

A las 14 y 30 hubo recepción en el Museo Colonial, donde se guardan tantas reliquias del pasado, y que ocupa el Histórico Cabildo que diera su real estandarte a las tropas argentinas y uruguayas que reportaron la victoria de los mataderos del "Miserere" y libertaron a Buenos Aires de manos de los ingleses, y a Montevideo de los Portugueses.

En el Museo se ejecutaron los Himnos Argentinos y Uruguayos y se pronunciaron discursos relativos al célebre acontecimiento. Hablaron sucesivamente don Enrique Udaondo, director del Museo, Don Alfredo Varsi, canciller del Consulado General del Uruguay, Doctor Aquiles Sachi, Vice Cónsul de la localidad, Don Manuel Obarrio, diputado residente en San Isidro de donde salieron los célebres Treinta y Tres con destino a la Agraciada, y finalmente el joven Rosendo Leiba, presidente del Centro de estudiantes católicos de la localidad; desempeñándose todos ellos como era de esperarse de su preparación y de tan solemne circunstancia.

Por la noche se iluminó con candiles el frente del histórico Cabildo y se enguirlandaron sus balcones y cornisas a usanza de los antiguos tiempos del coloniaje.

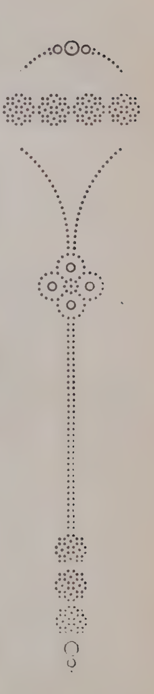
Y ahora, al concluir este largo capítulo cariñosamente dedicado a nuestros hermanos orientales, les recordamos las hermosas palabras tan oportunas con que su insigne vate nacional termina su poema inmortal:

LA LEYENDA PATRIA

"En las viriles arpas de tus bardos
"Palpiten las paternas tradiciones,
"Y despierten las tumbas a sus muertos,
"A escuchar el honor de las canciones.
"Y siempre piensa que en tu heroico suelo
"No mide un palmo que valor no emane;
"Pisas tumbas de héroes....
"¡Ay del que las profane!
"Protege, ¡oh Dios! la tumba de los libres;
"Protege a nuestra patria independiente.
"Que inclina a Tí tan solo,
"Sólo ante Tí la coronada frente".

J. Zorrilla.







La Peregrinación Boliviana llega al Santuario de Luján para ofrendar su bandera a la Taumaturga del Plata.



CAPITULO XVI

Centenario de Bolivia. — La adhesión de la República Argentina. — Los festejos en Sucre y La Paz. — Repercusión de los mismos en Luján. — Entrega oficial de una Bandera Boliviana a nuestra Taumaturga.



L día 6 de Agosto de 1925 le tocaba a la vecina República de Bolivia celebrar el Centenario de su vida independiente y libre de la metrópoli española.

Este fausto acontecimiento de la República hermana, no podía menos de repercutir entre nosotros, ligados a ella por tan antiguos lazos políticos, intelectuales y religiosos.

En virtud del acuerdo prestado por el Senado, el Poder Ejecutivo dió el 18 de Julio un decreto por el Ministerio de Relaciones Exteriores, nombrando Embajador Extraordinario y Planipotenciario en misión especial para que represente al Gobierno Argentino en la celebración del Centenario de la Independencia de Bolivia al Doctor Horacio Carrillo, actual Ministro en la Paz.

Para integrar la Embajada fueron designados el Consejero de Legación adscripto a la Presidencia de la República, Doctor Alberto Figueroa, con la categoría de Ministro Plenipotenciario; el Doctor Leónidas Anastasi, Don Julián E. Portela, en el carácter de secretario, y los señores Manuel Serrey, Arturo B. Carranza y Teófilo Sánchez de Bustamante (hijo), como agregados civiles.

En representación del Ejército formaron también parte de la Embajada el General de Brigada Gil Suárez, quien llevó como ayudante al Mayor Ricardo Miró y el Agregado Militar a la Legación de La Paz, Capitán Manuel Alvarez Pereyra.

Por su parte, la comisión argentina constituída con el propósito de organizar los actos conmemorativos del Centenario de Bolivia en nuestro país, lanzó el manifiesto siguiente sumamente instructivo:

«Hace un siglo el 6 de agosto de 1825 la Asamblea Nacional del Alto Perú, presidida por uno de sus patriotas que suscribieron la declaración de nuestra Independencia en Tucumán, declaraba bajo los auspicios y estímulos del libertador Bolívar, representado por el mariscal Sucre, y con el asentimiento generoso de las Provincias Unidas, representadas por el Mariscal Arenales, la creación de la República de Bolivia, con la expresa constancia de que la nue-

va entidad y la nuestra no eran dos divergencias que se disgregaban, sino dos hermanas que se avecinaban cada una en su casa, pero conservando una franca y leal amistad.

Jamás podremos olvidar los argentinos que antes de este hecho histórico, convivimos con los altoperuanos dentro de la misma unidad administrativa del dominio español, y para emanciparnos del mismo nuestros patriotas derramaron su sangre a raudales en el territorio de aquellas provincias cuyos campos de Suipacha, Huaquí, Vilcapugio, Ayohuma y Sipe-Sipe son el martirologio glorioso y abnegado de nuestra epopeya por el Norte. En la vida azarosa de la democracia uno y otro país comulgaron en los mismos ideales de fraternal hospitalidad que ofrecieron a los proscriptos que atravesaron sus fronteras perseguidos por el furor de las guerras civiles.

Muchos jóvenes bolivianos frecuentaron nuestras Universidades, como durante el coloniaje los argentinos iban a nutrir su mente en la docta ciudad de Charcas a Chuquisaca. (Allá fué en efecto, entre otros, para terminar sus estudios y doctorarse en teología y ambos derechos, el ilustre presbítero Don Antonio Sáenz, quien de regreso a nuestro país, desempeñó importantes cargos civiles y militares, y finalmente inició la Universidad de Buenos Aires, de la que fué primer Rector y catedrático de Derecho de gentes por muchos años).

Durante el siglo transcurrido, una suerte desigual ha presidido el desarrollo político-económico de ambos países y circunstancias especiales presentan a Bolivia enclaustrada en las montañas de América. La Comisión argentina considera que estas circunstancias son un motivo más para que nuestro pueblo grande y justo, se asocie al Centenario de la República hermana, que aunque independiente políticamente, conserva indisolubles lazos sentimentales y múltiples intereses comunes que la ligan estrechamente a la patria de San Martín y de Belgrano, que hoy debe ponerse de pie, como un solo hombre, para saludar a Bolivia y augurarle días felices de mayor prosperidad y justicia.

Al pueblo de la Ciudad de Buenos Aires se le invita a adherirse a los festejos rememorativos de este acontecimiento de la historia de América, embanderando los frentes de sus casas y concurriendo a la gran manifestación popular que tendrá lugar el día 6 de Agosto a las 10 de la mañana, siendo el punto de reunión la Plaza del Congreso''.

El pueblo de Buenos Aires respondió entusiasta a esta invitación: el día 6 de Agosto fué declarado feriado por el Gobierno, las calles y plazas fueron profusamente embanderadas y por la noche iluminadas; se colocaron placas conmemorativas y se acuñaron estampillas especiales; se dispuso que tres días antes del aniversario se den en las escuelas públicas clases alusivas a la Independencia Boliviana; que se denomine una de ellas con el nombre de ''República de Bolivia'', y que concurran los alumnos de todas ellas a la solemne y pública manifestación en la Plaza del Congreso.

Por su parte el representante diplomático de Bolivia invitó al Presidente de la Nación, Doctor Alvear, a que presencie el desfile

desde los balcones de la Legación, invitación que hizo extensiva a los miembros del Poder Ejecutivo Nacional, Intendente Municipal, Presidente de ambas Cámaras, Representantes diplomáticos, Autoridades del gobierno educacional, etc.

Ese mismo día realizóse allá en Bolivia una exposición internacional en la cual figuraron con pabellones casi todas las Repúblicas. Nuestro país no concurrió en esa forma. Ha preferido sustituir el pabellón con finalizar la cuestión de límites poniendo término a una larga y casi no interrumpida labor diplomática, y enviando a ese país un abundante convoy, qu al propio tiempo inaugurara la línea del ferrocarril a La Paz, y fuera a su vez un exponente del trabajo argentino.

Es con estos dos sucesos decisivos en la historia de sus vinculaciones que Bolivia y la Argentina celebraron principalmente el fausto acontecimiento. Con esto religaban con hilo de oro el tiempo presente a un pasado ya muy remoto.

Cuando el General Don Jerónimo Luis de Cabrera, después de haber conquistado los valles de Ica y de la Vaca, como refiere Lozano; y después de fundar el pueblo de San Jerónimo de Valverde en uno de esos valles, y desempeñar dignamente el alto puesto de Corregidor y Justicia Mayor de la provincia de Charcas y Villa de Potosí, fué nombrado por el Virrey del Perú, Gobernador de la vasta Provincia de Tucumán, no tardó en bregar por abrirse un camino a través del desierto en dirección al Río de la Plata, con el fin de establecer allí un puerto más a proximidad de España.

Entonces fué cuando en 1575 resolvió fundar en su vasta Gobernación la ciudad de Córdoba, como primera etapa y punto de arranque del largo y azaroso camino proyectado; sin sospechar que esa nueva población, sería un día un gran centro de ilustración y cultura, gracias a la célebre Universidad, que en ella había de fundar el Ilmo. Obispo Fr. Fernando de Trejo y Sanabria, en 1613.

Con respecto a la creación de la ciudad de Córdoba, el erudito Fr. Zenón Bustos, hasta hace poco Obispo de la misma, en un folleto que escribiera en 1896, dice que encuentra muy plausible la antigua tradición, según la cual, el piadoso Gobernador al trazar las calles del nuevo pueblo, dispuso que la Imagen de la Virgen de Copacabana tan venerada en el Alto Perú o Bolivia, fuese traída en andas sobre el terreno y colocada a la sombra de un árbol, para presidir el importante trabajo.

Esto explicaría el por qué durante mucho tiempo se siguió cantando anualmente una misa al pie de ese árbol memorable; el motivo por que en las primeras Actas del Cabildo civil de aquella ciudad, la Virgen de Copacabana, aparece como Patrona de la misma, mandándosele rezar Novenario y Misas en las calamidades públicas; y finalmente, la razón de habérsele erigido un oratorio especial y dado su nombre a la Conferencia Vicentina más antigua de Córdoba.

¿Quién le hubiera dicho en aquel entonces al piadoso Gobernador del Tucumán, que algún día, el largo y escabroso camino por él iniciado a través del desierto de la Pampa, había de reco-

rrerse en alas del vapor, y que su querida Bolivia, transformada en Nación libre e independiente se valdría de ese medio de locomoción para traer su triunfante Bandera Nacional à la bendita Taumaturga del Plata en su Santuario de Luján, en agradecimiento por la protección dispensada por ella a las armas americanas; como prenda de fraternal cariño hacia los Argentinos, hermanos suyos gemelos en la grande epopeya de la emancipación americana; y como fina y atenta retribución por haber los Argentinos tenido la gentileza de depositar su bandera a los pies de Nuestra Señora de Copacabana, en ocasión de celebrarse este Centenario Nacional?

Esto fué, sin embargo, lo que sucedió: María Santísima que bajo la advocación de Nuestra Señora de Copacabana, tan amada de los Bolivianos, había intervenido en los principios de este camino, debía en la última evolución del mismo, recibir sus primicias bajo el título de Nuestra Señora de Luján, tan querida de los Argentinos.

Era de Dios que, a 188 años de distancia, la Bandera Boliviana debía recorrer el mismo camino que efectuara una primera vez Don Juan de Lezica y Torrezuri en demanda de salud a nuestra bendita Taumaturga del Plata; y que debía renovarlo en breve una segunda vez, para hacerse cargo de la construcción de su Santuario.

Hé aquí como Dios sabe trazar sus líneas rectas a través de las líneas curvas de los hombres.

Attingit usque ad finem fortiter,
et disponit omnia suaviter

L'homme s'agite et Dieu le méne.

¿Quién no admirará aquí las disposiciones de la divina Providencia? sin haberlo pensado nadie de antemano, María Santísima, bajo advocaciones distintas pero, siempre igualmente querida de una parte y otra, aparece de hecho a los dos extremos del camino a inaugurarse, como tomándolo bajo su protección, y como un lazo sagrado de unión entre ambas naciones.

Y para que en todo esto, María concurriera bajo una y otra advocación en igualdad de condiciones, la Virgen de Copacabana debía recibir de Roma el privilegio de la solemne Coronación en nombre del Soberano Pontífice, tal como lo alcanzara anteriormente la Virgen de Luján.

Este privilegio excepcional que sólo se concede a Imágenes insignes por su respetable antigüedad o mayor devoción, fué concedido a la Virgen de Copacabana en ocasión de celebrarse el Centenario de Bolivia y fué como el preludio de los festejos, que los puso así a todos bajo los auspicios de María.

Para asistir a tan solemne ceremonia que debía efectuarse el día 1º de Agosto, partieron el 30 de Julio, desde La Paz y sus contornos en dirección a Copacabana, numerosos trenes conduciendo innumerables peregrinos, y el 31 se fué allá el Señor Presi-

dente de la República, doctor Bautista Saavedra y su dignísima esposa, Julia Bustillos, padrinos de la Coronación, con sus ministros y una gran comitiva oficial, compuesta de Diputados, Senadores y demás Magistrados. Iban también en esa comitiva oficial el Ilmo. Nuncio Apostólico Monseñor Gaetano Cicognani, quien debía coronar la sagrada Imagen en nombre de Pío XI, y nuestro representante diplomático en La Paz, Doctor Carrillo, quien durante la ceremonia, debía depositar a los pies de la misma una hermosa bandera argentina en nombre de nuestras connacionales residentes en aquella capital, pronunciando con tal motivo un discurso alusivo al interesante acto religioso.

En su brillante discurso, dijo el Doctor Carrillo:

"Los Argentinos residentes en Bolivia, hemos querido testimoniar nuestra simpatía por la Virgen de Copacabana, trayéndole el homenaje de esta bandera que ostenta los colores de la pátria lejana, que son los de Santa María de los Buenos Aires. Simbolizan también la pureza de nuestros ideales, puestos siempre muy altos como si fuesen ese reflejo de Illampu en las aguas azuladas de este lago sobre el que resplandece la beatitud del Santuario erigido en estos alcores sagrados del imperio que fué.

Hace un siglo, también vinieron hasta estas márgenes los mismos colores traídos en el primer impulso libertador. En nombre de ellos ya hablaba Castelli en Tihuanacu cuando proclamaba en medio de ruinas fantásticas y misteriosas, nuestros principios democráticos. No se habían materializado aún en la seda gloriosa, pero ya cubrían con unción la escena desde el cielo, desde el lago, desde las cumbres blancas, desde las nubes ingénuas, desde los pechos viriles henchidos de emoción.

Queremos que esta bandera, que es símbolo de nuestra liberación y reflejo vigoroso de la argentinidad actual, sea quién como en todas partes, el anuncio de la paz, de la concordia, de la paternidad americanas, porque así se aspira en nuestras faenas tranquilas por el progreso y la felicidad de todos".

Concluyó el Doctor Carrillo con una súplica lírico-mística que le valió una prolongada ovación.

Las fiestas del Centenario Boliviano fueron matizadas por actos religiosos de especial interés. En primer lugar hubo un solemne *Te Deum* de acción de gracias cantado en la iglesia metropolitana de Sucre, con asistencia de todos los Obispos sufragáneos, del Gobierno en pleno, del Cuerpo Diplomático y demás invitados oficiales. En él tomó la palabra el Ilmo. Arzobispo Doctor Francisco Pierini, historiando magistralmente la primera Centuria de la República; consagrando después solemnemente la Nación Boliviana al Sagrado Corazón de Jesús. En La Paz, el Obispo Diocesano Monseñor Sieffert, inauguró la nueva Catedral y el monumento levantado al Deífico Corazón en la Ceja del Alto, siendo padrinos el Señor Presidente y su digna señora. Finalmente hubo la celebración del primer Congreso Eucarístico Nacional, que no desmereció en nada de los que suelen celebrarse en otras partes con tanta pompa y esplendor.

En ese Congreso fué que se resolvió traer la bandera Boliviana a Nuestra Señora de Luján en retorno de la Argentina a la Virgen de Copacabana, y en testimonio de fraternal cariño entre ambos pueblos.

Esa entrega se hizo el 5 de Septiembre de 1925, en ocasión de pasar para Roma una lucida Peregrinación Boliviana con el objeto de ganar la Indulgencias del Año Santo, que coincidió con las fiestas Centenarias de la Nación hermana.

Desde la víspera la Bandera Argentina estaba al pié del Trono de María, esperando la Boliviana para darle un estrecho abrazo.

Traía procesionalmente la Bandera el Ministro de Bolivia, Doctor Cornelio Ríos, turnándose con el Secretario de la Legación D. José M. Vázquez Paz, y el Cónsul Señor Lema; y sosteníanla a un lado el Señor Arzobispo de Sucre, Monseñor Pierini y al otro el Señor Obispo de Cochabamba, Monseñor Garret.

Los aguardaba a la entrada del Santuario el Obispo Auxiliar de La Plata, Monseñor Copello, representante del Obispo Diocesano Monseñor Alberti, impedido por anteriores compromisos, los padres del Santuario con cruz parroquial y los Hermanos Maristas con sus alumnos formados en dos alas en la escalinata.

Monseñor Pierini ofició la Misa al principio de la cual el órgano tocó magistralmente el Himno Boliviano. Al fin de la misma en medio de un impresionante silencio, teniendo en sus manos la bandera el Ministro de Bolivia, pronunció Monseñor Pierini el siguiente discurso ante el Altar Mayor a cuya derecha se hallaba la Bandera argentina:

''Dos pueblos acaban de estrecharse, una vez más las palmas, confundiendo en una común aspiración, los propios anhelos.

La Argentina y Bolivia, que recorriendo el camino ascencional que la Providencia Divina les tiene trazado han vuelto a encontrarse y al hacerlo, han estrechado los lazos de la antigua confraternidad.

Dentro del régimen colonial, los unió el Virreinato y la Audiencia; conglutinó su espíritu la Universidad de Charcas y la de Córdoba; sus destinos se confundieron en los campos de las luchas libertarias y hoy, las paralelas de hierro que se tienden desde Buenos Aires a Potosí y Sucre, a Oruro y a La Paz y Cochabamba, acaban de reunirlos en un mismo abrazo.

Después aludió a los hermosos actos religiosos con que Bolivia celebró recientemente su Centenario, y agregó:

''Esta peregrinación trae en sus manos una tricolor. Es el símbolo de la Patria boliviana que venimos a depositar a los pies de la Virgen argentina''.

Terminado el discurso del Señor Arzobispo, recibió la Bandera el Obispo Monseñor Copello, diciendo que se había de custodiar con amor de hermanos.

En ausencia del Párroco titular, agradeció la ofrenda el Ex-Cura P. Antonio Brignardello, quien recordó que el Santuario existente de su tiempo había sido levantado por Don Juan de Lezica y Torrezuri, vizcaíno de origen, que vivía en Bolivia, donde

casó con Doña Elena de Alquiza. Se refirió a los dos viajes que el Señor Lezica efectuó a Luján en petición de su salud quebrantada, a la propaganda que habiendo curado, hizo del culto de la Virgen de quien fué sincero devoto, al Santuario que le levantó en agradecimiento, a la íntima amistad que le liga al Ilmo. Obispo Marcellano y Agramont su colaborador, que fué trasladado en 18 de Abril de 1759 a la Metropolitana de Charcas, donde juntó en su corazón el culto de la Virgen de Luján y al de Nuestra Señora de Copacabana. Recordó la ida de San Martín a lanzar allá el grito de Independencia, y la venida de Don Cornelio de Saavedra, boliviano de nacimiento, para ser aquí el primer Presidente de la Junta formada el 25 de Mayo de 1810; y terminó diciendo:

"He aquí por qué, Ilmo. Señor, es de felicitarse que la bandera boliviana esté junto con la argentina a los pies de María de Luján, que tanto ha cooperado a la Independencia de las Naciones Americanas".

Cuando terminó el discurso del P. Brignardello, se organizó una procesión conduciéndose la Bandera al Camarín de la Virgen, donde quedó todo el día a la vista y contemplación de todos los peregrinos.

A BOLIVAR Y BOLIVIA

.. ..
Salud, ¡oh Vencedor! ¡Oh Sucre! vence,
Y de nuevo laurel orla tu frente,
Alta esperanza de tu insigne patria,
Como la palma al margen de un torrente
Crece tu nombre.... Y sola, en este día
Tu gloria sin Bolívar, brillaría.
Tal se ve Héspero arder en su carrera;
Y del nocturno cielo
Supo el imperio sin Luna fuera.

Por las manos de Sucre la Victoria
Ciñe a Bolívar lauro inmarcesible;
¡Oh Triunfador! la palma de Ayacucho,
Fatiga eterna al bronce de la Fama,
Segunda vez Libertador te aclama.

Esta es la hora feliz. Desde aquí empieza
La nueva edad del Inca prometida,
De Libertad, de Paz y de Grandeza.
Rompiste la cadena aborrecida:
La rebelde cerviz hispana hollaste:
Grande Gloria alcanzaste;
Pero mayor te espera, si a mi Pueblo
Así cual a la guerra lo conformas,
Y a conquistar su libertad te empeñas;
La rara y árdua ciencia
De merecer la paz y vivir libre,
Con voz y ejemplo y con poder le enseñas.

J. J. Olmedo.



Las Hijas de María de la Providencia desfilando procesionalmente en la gran Plaza de Mayo, al celebrar su 60º aniversario de su fundación — no bajando de 5.000 las que tomaron parte en la espléndida manifestación de fe.





CAPITULO XVII

Ofrenda de la Bandera Libanense a María de Luján.— Peregrinación de las Hijas de María del Colegio de la Providencia, en las Bodas de Diamante de su fundación. — Ampliación del Museo Colonial para inaugurarse el 8 de Diciembre.



A peregrinación arquidiocesana de este año de 1925 que tuvo lugar el 25 de Septiembre, se vió reforzada con los Misioneros Libanenses, los alumnos del Colegio San Marón Siro-Argentino, los ex-alumnos del mismo y un crecido número de personas pertenecientes a la colectividad de esa nación, que venían a ofrendar a María de Luján la Bandera Libanense en nombre del Patriarca del Líbano, que ejerce la representación espiritual y patriótica de aquel país.

El acto constituyó un verdadero acontecimiento que fué presenciado con agrado por los miles de peregrinos que habían acudido al Santuario.

Una vez llegada a la Basílica, la Bandera Libanense llevada por los alumnos del Colegio, y acompañada de la enseña nacional Argentina, fué enarbolada junto con ésta, ante el Altar Mayor y custodiadas ambas por un piquete de honor de ex-alumnos uniformados.

Terminada la Misa cantada oficiada por Monseñor Fortunato Devoto, Delegado del Administrador Apostólico, el celebrante procedió a la solemne bendición de la Bandera Libanense; luego tomado asiento en su sitial rodeado por el clero y en presencia de la gran muchedumbre de peregrinos, el Superior de la Misión Libanense en el país, el R. P. Elías María Gorayeb, subió las gradas del Altar y pronunció un sentido discurso alusivo al acto.

La Bandera Libanense es exactamente lo que la francesa, salvo que en la franja blanca del medio se destaca un hermoso cedro del monte líbano. De aquí tomó pie el orador para tejer su discurso, demostrando a los asistentes la sinceridad y pureza de intención con que ofrendaban los libanenses su bandera a María, y recordando a éstos la fe siempre firme de sus connacionales a través de los siglos a pesar de los embates y vendavales de la impiedad social. Dijo también que en la firmeza y lozanía del cedro veía representados el amor y cariño que los libanenses

tienen a la hospitalaria tierra argentina, cuya correspondencia era simbolizada por la respectiva bandera que se había unido a ellos en esta demostración. Finalmente agregó que los libanenses ofrendando la insignia de su patria a Nuestra Señora de Luján no hacen sino reproducir el acto análogo de los próceres argentinos, cuando entregaban la insignia de su patria a la Virgen, como lo había hecho Belgrano y French a la de Luján y San Martín a la de la Merced y del Carmen en Mendoza; terminó diciendo que los libanenses quieren que su bandera, estando en el Camarín de la Virgen, sea eterna súplica que implore protección sobre el Líbano, y por el progreso de la Nación Argentina, segunda patria de adopción para ellos.

Terminado el discurso, fué llevada la bandera en procesión al Camarín de la Virgen, donde el Cura y Capellán del Santuario el P. José M. Gimalac la recibió en nombre del Señor Obispo Diocesano, Monseñor Don Francisco Alberti, pronunciando el discurso correspondiente. La bandera quedó todo el día ante el Altar del Camarín, y fué admirada por los concurrentes.

Con motivo de celebrarse el 60º aniversario de su fundación, las Hijas de María de la Providencia, en Buenos Aires realizaron el Sábado 7 de Noviembre, una peregrinación general al Santuario de Ntra. Sra. de Luján, que resultó todo un acontecimiento, pues participaron de ella todas las Asociaciones similares de la Capital y contornos, las que habían sido especialmente invitadas por la Comisión organizadora, presidida por la Señora Adelia María Harilaos de Olmos, Presidenta de las Hijas de María del taller del Colegio de la Inmaculada de la Calle Moreno, y quien se constituyó generosa Camarera de las fiestas a celebrarse con tan fausto acontecimiento.

La Asociación del Colegio de la Providencia que a su título de ser la primera fundada en Buenos Aires, une otras muchas que la colocan en lugar prominente entre las Hijas de María, merecía esta cariñosa atención de sus hermanas.

Presidieron esta numerosa y simpática peregrinación el Venerable Deán de la Metropolitana, Monseñor Doctor Marcos Ezcurra y el R. P. Visitador Don Julio Bauden y demás Padres de la Misión. El primero celebró la Misa de Comunión, a las 8, y el segundo ofició la Misa cantada, asistido por dos padres del Santuario. El sermón de circunstancia estuvo a cargo del Señor Cura de la parroquia de San Nicolás, el Pbro. Doctor Fermín Lafitte, quien con palabra llena de unción felicitó a la Asociación agraciada y puso de relieve las importantes obras de apostolado social emprendidas por ella desde el principio y llevadas a cabo hasta el día de hoy, sin clarinadas estrepitosas e ignorando la mano izquierda lo que hacía la derecha, según la recomendación bíblica.

Por la tarde las Hijas de María de Luján, agasajaron a sus hermanas de la Capital y contornos con un interesante acto literario-musical en el salón del Descanso de Peregrinos, en el que representaron varios cuadros vivos referentes a la aparición de

la Virgen de la Medalla Milagrosa a sor Catalina Labouré en 1830, y finalmente entregaron a las Hijas de María de la Providencia un artístico pergamino hecho por una de ellas y firmado por todas, como recuerdo de tan hermoso día.

Después, reunidas todas nuevamente en la Basílica se dió principio al mes de María que debía proseguirse en la Capilla del Sagrado Corazón de la Providencia para terminarse el 8 de Diciembre en la Metropolitana, con nueva invitación de todas las Asociaciones similares.

El desfile hacia la estación de las tres mil piadosas peregrinas entrecortado por sus 30 diversos estandartes respectivos, ofrecía un golpe de vista imponente que impresionó sobremanera a los lujanenses tan acostumbrados sin embargo a estas grandiosas manifestaciones de fe.

La peregrinación que la colectividad Eslava Católica, realizara el domingo 2 de Noviembre al Santuario de Nuestra Señora de Luján ha dejado gratísimos recuerdos en todos sus participantes.

La piedad característica de la raza se puso ampliamente de manifiesto en la compostura guardada durante las ceremonias religiosas y en todos los actos realizados. La comunión fué numerosísima y puede decirse que en ella participaron todos los peregrinos, cuyo número era superior al de novecientos.

Llamó justamente la atención el acto de la entrega de la bandera de Croacia a la Virgen Santísima de Luján, durante el cual se cambiaron conceptuosos discursos, en los que se pusieron de manifiesto las altas virtudes de la raza, su devoción a la Iglesia Católica y la providencial protección dispensada por el Todopoderoso a la fidelísima nación Croata "avanzada de la Iglesia y antemuralla contra las naciones infieles" que tales son sus nobilísimos renombres.

La bandera estuvo todo el día expuesta ante la imagen de la Virgen en su camarín, en el cual permanecrá para perenne testimonio de la devoción de los croatas a María y como impetratorio poderoso de las bendiciones del cielo sobre la nación eslava.

Todas las diversas peregrinaciones que llegaron este año al Santuario, quedaron agradablemente sorprendidas por el adelanto del mismo, y sobretodo por el arreglo definitivo del atrio de entrada. Es que, en efecto, habiendo disminuído en mucho la necesidad de aglomerar materiales de construcción al pie de las torres, había llegado por fin el momento de satisfacer aquella necesidad. Hoy día el acceso al Santuario es mucho más fácil que antes, y con haber rebajado la primitiva escalinata del frente, el atrio parece más desahogado, más amplio y grandioso, y será mucho más cómodo para las tradicionales procesiones del 8 de Diciembre, fiesta de la Inmaculada Concepción a cuyo misterio está dedicada nuestra insigne Imagen de la Virgen de Luján.

Para ese día los peregrinos se encontrarán con otra novedad de mucha importancia para los que unen en su corazón el culto de María de Luján al del recuerdo de las glorias patrias del pasado. El Histórico Cabildo que naciera siglos ha al calor de la devoción

a María para salvaguardia y tutela de sus intereses, y que vemos ahora convertido en Museo Colonial e Histórico, precioso acervo de las reliquias del pasado, se encontrará grandemente ampliado, habiéndose construído a su costado izquierdo un edificio igual a la antigua casa del Virrey que está a su derecha. Con esto, a más de tener mayor cabida para las reliquias históricas, y el antiguo Cabildo quedará admirablemente encuadrado por dos edificios idénticos que realzarán su venerable aspecto.

Terminados estos trabajos se estudiará la construcción de un gran salón de estilo colonial para guardar varios coches de gran valor histórico que le han sido ofrecidos al Museo y que con los existentes constituirán una interesante colección de transportes que será la única que existe en el país.





CAPITULO XVIII

Proyecto de una gran Avenida frente al Santuario. —Traslado de la Estación Basílica. — Mejor disposición de la Plaza Belgrano para dar al monumento la perspectiva que le es debida.



S sucesiva pero constante la elevación del grandioso frente de nuestra sin par Basílica, al mismo tiempo que ha revelado paulatinamente los artísticos detalles de su labor en la piedra sillar, ha dado a conocer también sus colosales proporciones y la necesidad de armonizar con ella cuanto le rodea, que resulta hoy achicado y empequeñecido por la misma grandeza de las dimensiones que tiene la obra imponente.

No pasó esta necesidad desapercibida a los ojos de los arquitectos y directores de la obra que pronto se dieron cuenta que la colocación del Santuario, tomado de costado por las principales vías de acceso, no era la más a propósito para que pudiera abarcarse de un solo golpe de vista en su armónico conjunto, cual lo merece su belleza arquitectónica.

El plano urbano de Luján, que como el de todas las poblaciones argentinas está basado en el sistema regular y uniforme de calles que cruzándose perpendicularmente forman cuadros perfectos, de áreas idénticas, y sobre las cuales los edificios o las plazas han venido a establecerse, es el principal causante de que la Basílica carezca de la perspectiva necesaria. No existe en efecto fuera de la Plaza Belgrano hacia la que su frente recae, punto alguno que podamos llamar *de mira*; punto desde el cual, a la vez que los arcos apuntados de sus puertas, podamos ver los policromos vitrales de su rosetón central, los cantrafuertes de su crucero, las agudas flechas de sus torres y la armonía del conjunto.

La dirección de las obras estudió detenidamente el asunto, y en vista de la grande altura que ya va alcanzando la fachada de la Basílica, ha creído llegado el momento de ofrecer al público el fruto de ese estudio, a saber, el proyecto de una gran Avenida, delineada ya en la plaza Belgrano, con miras de prolongarla hacia el Norte a través de las tres o cuatro manzanas que existen frente a la Basílica.

Desde luego se ve que este proyecto afecta la zona comprendida entre el Parque actual a la izquierda, y la calle 9 de Julio a la derecha; zona abandonada hoy y que sufrirá mañana una com-

pleta transformación, convirtiéndose en la más hermosa e higiénica de Luján. A partir del frente a la Basílica y con un eje perpendicular al de la misma, empezaría una espléndida Avenida de 40 metros de ancho, con grandes aceras, sombreadas por nutrida plantación de árboles, que atravesando la plaza Belgrano terminaría a las 3 o 4 cuadras en un *rond-point*, al que convergirían ferrocarriles, tranvías, etc., etc. A la derecha, en la Avenida, quedarían solares de 10 metros de ancho por 30 de largo, que tendrían un frente a la Avenida proyectada y un contrafrente a la calle de 9 de Julio; y a la izquierda solares de iguales dimensiones con un frente a la Avenida y un contrafrente al Parque. Todos estos solares por sus excelentes condiciones han de ser muy solicitados para negocios, villas, chalets, etc.

Hay más todavía, la plaza Belgrano se uniría con el Parque proporcionando así a la Villa un paseo digno de ella, y desaparecerían todas las casuchas viejas que afean el lado izquierdo de la plaza mencionada, donde está el Museo Colonial e Histórico, y quedaría a disposición del mismo y del público una extensa zona arbolada, desde esa Plaza hasta el terraplén del Río, con todas las ventajas que esas grandes masas de árboles proporcionan dentro de los núcleos de población.

Abonan la conveniencia del proyecto a grandes rasgos descriptos y justifican su realización razones de estética, respecto a la Basílica. Por el inconveniente antes aludido, la Basílica, dada la disposición actual de las calles y edificaciones, carece de perspectiva y de vía de acceso en relación con la magnitud de su obra y del número de peregrinos que la visitan; y si el autor de cualquier monumento que se erige en una plaza pública, se preocupa grandemente de la situación y aspecto de los edificios y jardines que lo han de rodear, porque de ser de un modo o de otro, agregarían o restarían belleza a su obra, ¿con cuánto mayor motivo, no nos hemos de preocupar nosotros de que el Monumento religioso del país, aquél que da nombre y fama a esta Ciudad y al que ella tiene ligado su presente y su porvenir, esté en condiciones de ser presentado y admirado dentro del marco que legítimamente le corresponde?

Con esto quedaría también grandemente disimulada la forzosa anomalía de haberse construído el primitivo Santuario a un costado de la cuadra que ocupaba, en vez del medio; y quedaría también respetada la piadosa razón que se tuvo después, de no corregir esa anomalía al levantar el nuevo Santuario.

Abonan finalmente la conveniencia de este proyecto razones de pública utilidad comunal; Luján tiene hoy casi abandonada y por completo desvalorizada esa importante zona de su planta urbana; su principal paseo, el hermoso Parque, por extenderse hacia esa zona huérfana del favor oficial y del interés particular, sufre sus consecuencias y no es tan concurrido como debiera serlo. Con este proyecto, el cambio operado en ella sería completo; las antiguas viviendas actuales que están allí, se transformarían rápidamente en elegantes edificios y alegres chalets; los coches, autos

y tranvías favorecidos por la amplitud de la Avenida circularían con más facilidad; y sus calles hoy hundidas en el fango e intransitables, se convertirían en vías modernas con afirmados de piedra y con rasantes racionales que hicieran imposible el estancamiento de las aguas.

El *rond-point* establecido en el extremo Norte de la Avenida vendría a ser el término natural de un hermoso paseo, al mismo tiempo que el punto de convergencia de los múltiples trenes especiales que traen peregrinos al Santuario de Luján. La empresa ferrocarrilera tiene dada su palabra formal que de realizarse el proyecto de la Avenida, ella traería a su extremidad Norte la Estación Basílica tan mal ubicada en la actualidad y levantaría allí un elegante cobertizo en cuyo costado Este podrían colocarse hasta 10 trenes de frente, según fuere menester. Desde el elegante cobertizo los peregrinos podrían divisar a las 3 o 4 cuadras la espléndida fachada de la Basílica con sus tres grandes portadas abiertas para recibirlos.

Este es el proyecto, y es tan grande, tan hermoso que parece un sueño, una ilusión; y sin embargo no lo es: estúdiese y medítese por las personas amantes de nuestra histórica Villa, por aquellas que deseen que Luján progrese, y pronto se convencerán de su necesidad y de su bondad; y lo que ahora parece sueño, pronto podía pasar a ser realidad. Recuérdese lo que hace treinta años atrás sucedía con la obra de la Basílica. ¿Eran muchos acaso lo que dada la magnitud con que se proyectaba esa obra, creían factible su realización? No, y sin embargo la prueba irebatible de los hechos, ha venido a dar la razón a los llamados visionarios e ilusos de aquel entonces.



A la mayor gloria de Dios...
y de la Taumaturga del Plata
Protectora de las Tres Repúblicas
del Antiguo Virreinato Platense.

APENDICE

Como complemento de esta obra damos a continuación la monografía del Santuario, publicada ya anteriormente en ocosión de celebrarse las bodas de oro de los Sacerdotes de la Misión, hijos de San Vicente de Paúl con la parroquia y Santuario de Nuestra Señora de Luján, pero con algunos retoques para ponerla al día.

Lápides clamabunt
Las piedras hablarán
Luc. XIX. 40

EN MEMORIA

DE LAS BODAS DE ORO

DE LOS

SACERDOTES DE LA MISION

HIJOS DE SAN VICENTE DE PAUL

CON LA

PARROQUIA Y SANTUARIO

DE NUESTRA SEÑORA

DE

LUJAN

Monografía del Santuario

1872 - 1922



BASÍLICA
DE
NUESTRA SEÑORA
DE
LUJAN



INTRODUCCIÓN

DOMUS MEA
DOMUS ORATIONIS VOCABITUR
MATT, XXI, 13

EN el Santo Evangelio nos dice Jesucristo, que la casa de Dios es casa de oración.

La casa de Dios es la Iglesia, donde reside la Majestad divina de un modo especial, como en el Templo de Jerusalem, y donde mora Jesucristo personalmente en cuerpo, alma y divinidad en el Santísimo Sacramento del Altar. La Iglesia es, pues, la casa de oración por excelencia: todo en ella debe elevar el alma a los sublimes pensamientos de Dios, de la Inmortalidad y del Cielo, supremo destino del hombre.

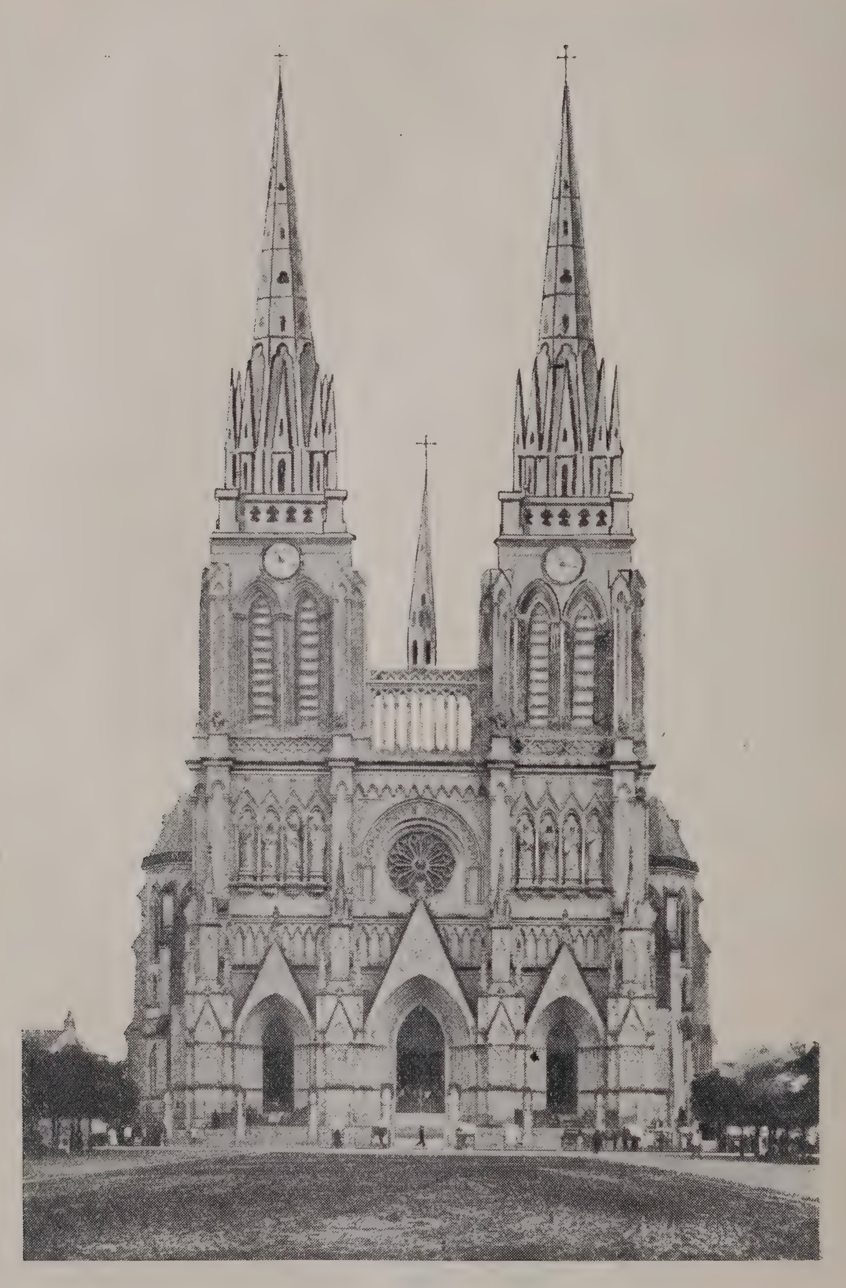
Ningún estilo arquitectónico, responde mejor a ese sublime ideal, como el gótico-ojival, por los múltiples significados místicos que encierra en todas partes. La iglesia gótico-ojival, dice muy a propósito el erudito P. Salvaire con sus imágines ingenuas, sus pinturas, los emblemas sembrados por doquier y los hermosos vitrales policromos, es un libro siempre abierto, donde aún los más indoctos y sencillos, pueden a todas horas leer los más sublimes misterios de nuestra santa Religión, los ejemplos de virtud dados por Cristo, por su Santísima Madre, por los Santos y héroes del Cristianismo, cuya sola consideración impulsa al hombre de buena voluntad a imitarlos.

Vista de lejos, sobre todo al atardecer de un brumoso día de otoño, cuando la naturaleza lo envuelve todo en un vaporoso velo,

la Iglesia gótico-ojival con su forma alargada y esbelta, sus botareles, sus altísimas flechas o agujas, los inflados arbotantes costaneros y sus mil torrecillas y remates, se parece a un navío de alto borde, empavesado, con sus palos, los mástiles, los cordajes y sus armoniosos juegos de velas, surcando plácida y tranquilamente el vasto océano en busca del puerto ansiado. La ilusión es mayor todavía cuando esta Iglesia surge de entre el caserío de una vasta ciudad que se extiende a diestra y siniestra: la diversa altura de los edificios que la circundan y que medio ocultan su base, se parece a las olas de un mar agitado, en que se mueve el bajel a merced del líquido elemento. De todos modos siempre es la vieja nave de Pedro, pero con los aderezos que el progreso y el tiempo le dieran, la que sigue avanzando plácida y tranquila, en el mar borrascoso del mundo, llevando su precioso cargamento de fieles cristianos, al suspirado puerto de la Eterna Salvación.

Tal es la bendita Basílica de Luján, pues no se ha creído poder levantar un trono digno de María y del pueblo argentino, sino acudiendo a ese maravilloso estilo, que es el religioso por excelencia. Inspirado en el arte por la fe religiosa, erige en todos los países del mundo, sometidos al imperio de la Cruz, esos maravillosos monumentos, esas inmensas Catedrales, esas suntuosas Basílicas que causan el asombro y la admiración de las generaciones. Todas esas obras arquitectónicas creadas por la fe y a las cuales contribuye en gran escala la caridad, revelan la sublime y austera gravedad de las doctrinas que irradiaron divinos resplandores desde la cumbre del Gólgotha. Y la Nación Argentina, cuyos habitantes, llenos de fe en la Santísima Virgen, la invocan con el hermoso título de Nuestra Señora de Luján, no podían sustraerse a la necesidad imperiosa, de ofrecer a tal excelsa Protectora, un testimonio vivo y perenne de su acrisolada fidelidad, construyendo el grandioso Santuario trazado con arreglo al estilo *ojival primitivo o lanceolado* (siglo XIII), que se levanta airoso cerca del río Luján, y cuya primera piedra fué colocada el 15 de Mayo de 1887, en medio de las más vivas demostraciones de alegría, por el inolvidable Excelentísimo Sr. Arzobispo de Buenos Aires Dr. Federico Aneiros, para dar principio a la delineación de los cimientos en 6 de Mayo de 1890. Labor emprendida con empeño entusiasta por el fervorosísimo devoto de María de Luján, insigne sacerdote de la Congregación de la Misión y capellán del santuario R. P. Jorge M. Salvaire, y continuada por sus activos sucesores, R. R P. P. Antonio Brignardello, Vicente M. Dávani y José M. Gimalac de la misma Congregación.





Aspecto exterior de la Basílica que empezó a edificarse en 1890.

1.—ASPECTO EXTERIOR

Vista de cerca, nuestra Basílica no desdice de sus hermanas medioevales de Europa, las más afamadas por su magnitud y su forma arquitectónica: es de buena dimensión, y está como aquéllas, toda revestida de piedras sillares, cual corresponde a su clase y categoría; y si las condiciones actuales de la vida moderna, no han permitido a los piadosos peregrinos, consagrar a su construcción algunos años de su personal existencia, como se hacía en aquel entonces, no dejaron ellos por eso de consagrarle algún tanto el fruto de su trabajo en otra forma igualmente eficaz, como lo dicen las diversas inscripciones de sus múltiples sillares. Asombra la suma de esfuerzos y sacrificios que representa una obra de semejante aliento, teniendo en cuenta que en el país sólo se trabaja en ladrillo, y que las piedras debieron ser expresamente arrancadas, traídas de lejos, y labradas con habilidad poco común.

El frente es majestuoso e imponente: está flanqueado por dos elevadas torres puntiagudas, de las que a una regular altura, cual centinelas avanzados y metidos en otras tantas garitas o nichos, se destacan dieciséis estatuas de 6 metros de alto, representando a los Apóstoles y Evangelistas, heraldos de Jesús en las alma cristianas. En la torre occidental están: San Pedro, San Andrés, Santo Tomás, Santiago el Mayor, siguiéndoles en el costado: San Matías, San Bernabé, San Judas Tadeo y San Simón; en la oriental: San Pablo, Santiago el Menor, San Felipe, San Bartolomé, y en el costado: San Mateo, San Marcos, San Lucas y San Juan. Entre ambas torres, a esa misma altura se expande un soberbio rosetón de 10 metros de diámetro, el cual visto desde el interior, con sus vitrales radiados y su Virgencita de Luján en el medio, parece ponerla en una verdadera gloria. Finalmente al destacarse las torres, un poco más arriba, hay una esbelta galería "a giorno", que las reune hasta cierta altura, disimulando de ese modo las dos grandes vertientes del techo que están más atrás. En los cuatro ángulos de cada torre se ven unas quimeras de estilo, especies de animales grotescos y fantásticos, que representan a los demonios ensañándose en vano contra la santa Iglesia de Dios: *Et portae ínferi non praevalebunt adversus eam.*

Las tres entradas principales, son verdaderamente imponentes: cada una de ellas está acompañada de cada lado por un gracioso manojo de pequeños pináculos, y tiene su correspondiente piñón triangular agudo, horadado en su base, donde está la serie de columnitas y archivoltas concéntricas de estilo que van disminuyendo de diámetro y que dan entrada a la Iglesia. Las puertas son de bronce con adecuados y simbólicos relieves ejecutados con suma maestría. La del centro tiene en su frontón ojival una Virgencita de Luján entre ángeles y nubes, con esta significativa inscripción al pie: "Ave María, félix coeli porta". Es lo más natural que entrando en casa ajena, se empiece por saludar a su dueña y señora: "Ave María", le decimos, porque así la saludó el Angel Gabriel en su casa de Nazaret, el día de la Anunciación: "Felix coeli porta', añadimos con la Iglesia, porque María nos ha dado a Jesús, que es la llave del Cielo, nuestra mansión eterna.



2. — Aspecto interior de la Basílica.

2.—ASPECTO INTERIOR

El interior del Santuario visto desde la puerta mayor, con sus tres espaciosas naves, sus capillas laterales y su crucero, ofrece un conjunto de grandeza y sencillez, de gracia y severidad, de ligereza y solidez que encanta. Nada aquí de esas pesadas moles, de esos gruesos cornisones, de esas múltiples líneas horizontales, tan comunes en los otros estilos, que parecen arrastrarse paralelamente al suelo, como para aferrarse siempre más a lo terreno y caduco de este mundo: al contrario, todo aquí es esbelto y vertical, todo va hacia arriba, hacia el Cielo, suprema aspiración del alma cristiana. Sorprende sobremanera el ver cómo esas altas y espaciosas bóvedas están sostenidas por simples manojos de delgadas columnas, las que enfrentándose unas a otras parecen olvidar su fin material, para seguir subiendo hasta el Cielo a guisa de fervientes plegarias, las cuales encontrándose en presencia del Altísimo, se inclinan reverentes, a manera de palmas, para reunirse en las claves de los arcos, como hermanas piadosas que se unieran para dar más fuerza a su petición. El circuito del templo no es menos admirable y sorprendente: el espíritu se asombra y estremece ante la delgadez de esos muros, tan horadados que parecen endebles celosías levantadas en torno del Santuario.

La Basílica afecta en su planta la forma de una gran cruz latina; recordando con esto, que Jesucristo fundó su Iglesia muriendo en la Cruz. Esa forma se conserva en los tres cuerpos superpuestos del edificio, significando así las tres partes integrantes de que se compone la Iglesia moral, sociedad de los fieles cristianos: la primera, triunfante en el Cielo; la segunda, paciente en el Purgatorio; y la tercera, militante en la Tierra.

La triunfante en el Cielo, está representada por el cleristory o cuerpo superior del edificio, desde el triforio para arriba, donde todo es luz y claridad, donde siempre sube el incienso símbolo de la oración, y donde campean los santos y santas, refulgentes de gloria en sus vitrales policromos, que todo lo inundan de un resplandor misterioso.

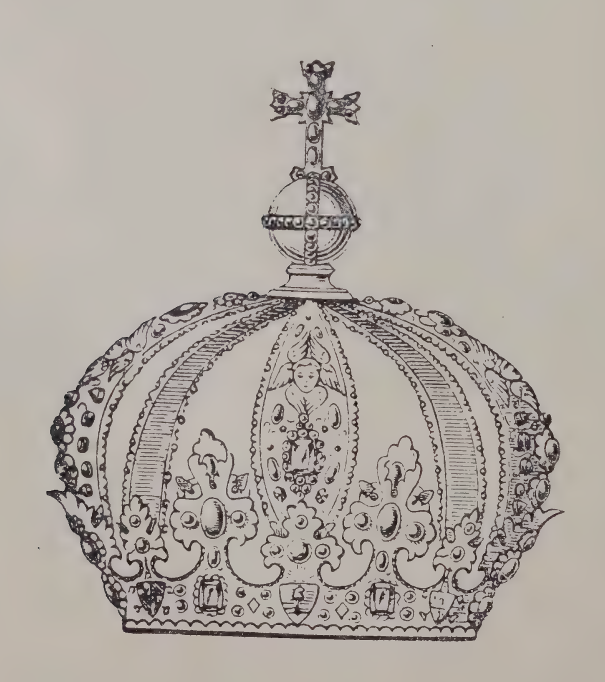
La militante en la Tierra, se ve en el plan terreno o pavimento del templo, vasto teatro de nuestras idas y venidas, de nuestras luchas diarias con sus respectivas derrotas o victorias. Entre la Iglesia triunfante y la militante, se encuentra el Triforio, larga y estrecha galería, que nos recuerda lo largo y estrecho que es el camino del Cielo.

La paciente en el Purgatorio, la tenemos por fin en la cripta subterránea, tan lúgubre y oscura de suyo. Lástima grande es que sea además completamente húmeda e inservible, a causa de la proximidad del río y las capas de agua del subsuelo; pero esto mismo añade un rasgo más a su místico significado, dándonos a entender que el Purgatorio es un lugar poco agradable y del cual es preciso salir lo más pronto posible.

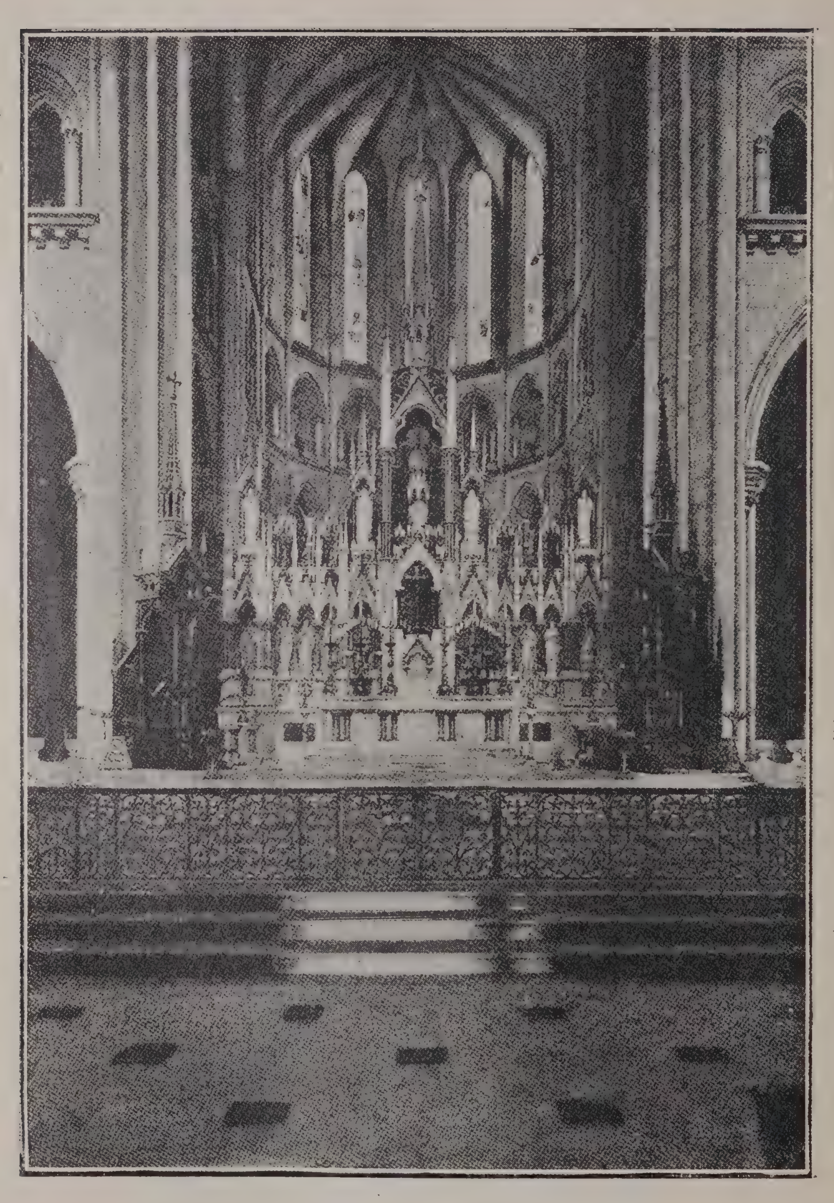
La Basílica es también en su planta la imagen de Jesús crucificado. El Altar mayor que está en el centro y donde más se ofrece

el Santo Sacrificio de la Misa, es su dolorida cabeza. Un poco más atrás, en el relablo, está María su Madre, como queriendo sostener en sus brazos a su divino Hijo. Los varios altares menores que en el ábside circundan el mayor, le forman como una corona de espinas que destilan la sangre redentora. Los dos altares del crucero son sus manos extendidas y horadadas que chorrean también sangre divinal. Entre ambas manos, a la altura del corazón, está el comulgatorio, donde Jesús se da a los fieles en el Sacramento de su amor. Más abajo, la nave principal enteramente horadada por los arcos laterales, es el cuerpo de Jesucristo todo llagado que envía sangre purificadora a los diversos confesionarios que están a los costados. Finalmente las fuentes bautismales junto a la puerta de entrada, son las sagradas llagas de sus pies, que borran el pecado original y habilitan para andar camino del Cielo.

Remontando con la vista hacia el altar mayor, se ve la figura alegórica de las tres etapas que recorre el alma cristiana en su mística ascensión hasta Dios: la vía purgativa, se ve en los múltiples confesionarios que purifican del pecado; la iluminativa, en los dos púlpitos que disipan las tinieblas del error irradiando la luz de la Verdad; finalmente la vía unitiva, en el Tabernáculo donde el alma y Dios se dan un ósculo de amor, que es el preludio de su unión definitiva en el Cielo por toda la Eternidad.







3.—Vista del Altar Mayor.

3.—ALTAR MAYOR

El altar mayor se impone a nuestra atención desde el fondo de la nave central por su magnitud y esplendidez; es desde allí que conviene estudiarlo una primera vez, en el marco natural que le forman los arcos torácicos de la bóveda, así como los dos tronos y los dos púlpitos del presbiterio, cuyos remates armonizan tan bien con los del altar.

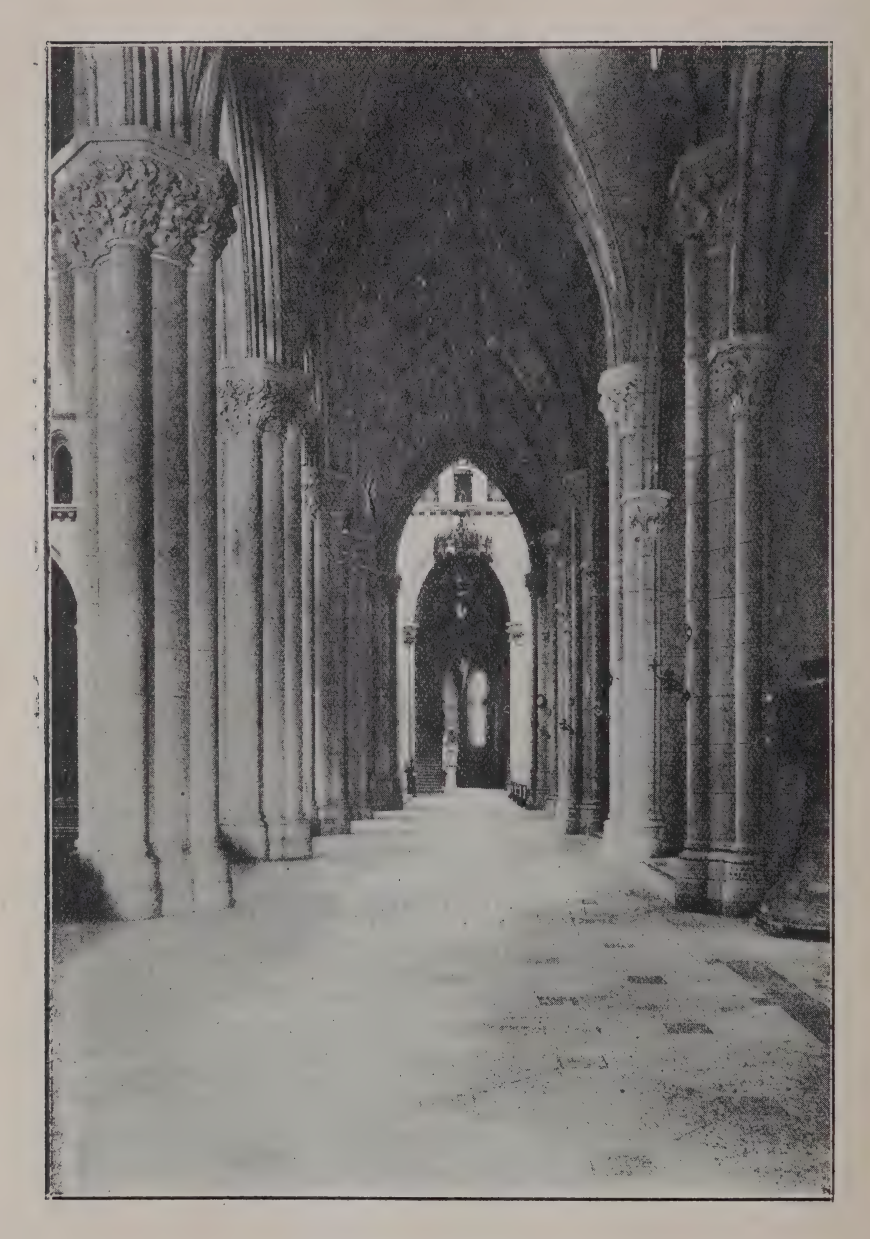
Es un conjunto de mármol blanco y bronce de una forma admirable y apropiadísima, que llama siempre la atención de los entendidos. Ocupa el centro de la gran cruz latina, cual si fuera la cabeza del divino Crucificado hermosamente nimbada por los altares circulares del ábside, y contiene las dos joyas más preciosas del Santuario: Jesús en su dorado Tabernáculo, y María en su trono de gloria: "Vidi Agnum tanquam occisum, et apparuit Mulier amicta sole et luna sub pédibus ejus".

Jesús está allí en primer plano, rodeado de su Santa Madre y de sus Apóstoles, como durante su vida mortal; en cuatro nichos elevados, dos de un lado y dos de otro, están los cuatro Evangelistas: San Mateo, San Marcos, San Lucas y San Juan; y en el medio de cada dos de ellos, hay un ángel dorado que toca la trompeta de la fama. Los otros Apóstoles están más abajo, en una serie de nichos formando retablo: de un lado, está San Pedro seguido de San Simón, Santo Tomás, San Felipe y San Andrés; del otro, está San Pablo seguido de Santiago el Mayor, Santiago el Menor, San Bartolomé y San Judas Tadeo.

María está más arriba, en segundo plano, ocupando entre los cuatro Evangelistas un gran templete dorado y descansando sobre una peana giratoria, que le permite darse vuelta hacia la nave central o el camarín según convenga. Se encuentra a su turno muy bien acompañada: a través de su gran templete, se ve en el fondo del ábside un rosetón policromo con la imagen de la Santísima Trinidad. Esta Divinal Familia no podía estar muy lejos de aquella Excelsa Señora que es respectivamente Hija del Padre, Madre del Hijo y Esposa del Espíritu Santo. Al lado, en otros tantos rosetones alrededor del ábside, están los Profetas que la vaticinaron y otros santos de especial relación, los cuales, si bien no se pueden ver sino de más cerca, los nombraremos sin embargo aquí como formando la corte especial de María. A diestra están sucesivamente: Moisés, Jeremías, Daniel, San Basilio y San Juan Nepomuceno, este último en obsequio a Monseñor Terrero, quien llevaba este nombre y tanto se preocupó de las cosas del Santuario; a siniestra están: David, Isaías, Ezequiel, San Benito y la Beata Luisa de Marillac, que a una hija suya en relgión Sor Catalina Labouré se le apareció la Medalla Milagrosa.

Encima de este altar, la bóveda central adopta la forma Tudor, como para dar más espacio a las preciosidades que ella recubre y más libertad a los hermosos vitrales que cantan sus glorias.

Este espléndido altar es donación de la familia Armstrong, representada por el señor Dose y su hermana, la señora de Lariviere,



4.—Nave lateral Occidental.

4.—NAVE LATERAL OCCIDENTAL

(A la derecha entrando).

1ª Capilla:—Bautisterio Parroquial.—Ventana: San Juan bautizando a Nuestro Señor, y Este dando al agua, por su divina contacto, la virtud de borrar el pecado original.—En el trilóbulo superior, símbolo de la Trinidad, se ven representadas las tres Divinas Personas que intervienen en este bautismo. El Bautisterio no podía estar mejor situado, puesto que es el primer sacramento y la puerta de todos los demás. La parte inferior de esta capilla está revestida de un hermoso artesonado de roble, que la adorna sobremanera y le da un tono cálido y recogido que se desearía poder extender a toda la Basílica para armonizarla con los confesionarios de las otras capillas y con los tronos y púlpitos del presbiterio. Clausura finalmente el Bautisterio una hermosa verja de fierro colado de puro estilo gótico.

Mirando ahora desde aquí lo que hay encima de la capilla Oriental de enfrente, por no poder ver lo que hay encima de ésta y viceversa, veremos allá en lo alto un gran ventanal cuadripartido que arroja en la Iglesia raudales de luz; ese ventanal representa a los cuatro Evangelistas que derraman la luz evangélica en el mundo: predican sobre todo los dos principales misterios de la Religión Cristiana: la Trinidad y la Redención, como se ve por los trilóbulos y el cuadrilóbulo en forma de cruz que llevan encima y que son los emblemas respectivos de esos dos misterios.

Por un delicado sentimiento de piedad filial, se ha puesto en la cruz alta de los catorce ventanales de la nave central, el escudo respectivo de las catorce Provincias Argentinas, como para que ellas reciban más directamente los efluvios de la Redención, y sean como los preciosos florones de una gran corona que circunda el Santuario de María de Luján.

Finalmente un poco más abajo empiezan los rosetones que muestran sucesivamente a los Doctores y Escritores sagrados, que más han cantado las glorias de María: brillan en lo alto, cuales astros de primera magnitud en el firmamento de la Iglesia. Aquí tenemos:

En la cruz alta de enfrente: el escudo de La Rioja.—Rosetón: San Hilario Pictaviense.

2ª Capilla Occidental:—Un confesionario.—Ventana: El Emperador Constantino, tenido por santo en la Iglesia Griega: Se le aparece en los aires una cruz luminosa, que adoptada por él en su lábaro o bandera, le da la victoria sobre Maxencio. El Emperador Carlomagno, tenido por santo en la diócesis de Colonia: Es coronado por el Papa León III.

En la cruz alta de enfrente:—El escudo de Tucumán.—Rosetón: San Juan Crisóstomo de Constantinopla.

3ª Capilla:—Puerta de comunicación con el claustro de la casa parroquial. Más arriba: Un pequeño rosetón con el monograma

del Ave María, rodeado de 5 lóbulos que recuerdan los 5 misterios gozosos del Santo Rosario.

En la cruz alta de enfrente:—El escudo de Buenos Aires.—Rosetón: San Basilio de Cesaréa.

4ª Capilla:—Un confesionario.—Ventana: Santo Toribio. Arzobispo de Lima. Preside uno de los más célebres Concilios Provinciales. San Francisco Solano, misionero de Sud América. Bautiza a un indio del Chaco.

En la cruz alta de enfrente: el escudo de Santiago del Estero.—Rosetón: San Gregorio Papa.

5ª Capilla:—Un confesionario.—Ventana: San Bernabé Apóstol. Rechaza la adoración que le quieren tributar los paganos como a un Dios. San Matías Apóstol. Rehusa quemar incienso a los ídolos.

En la cruz alta de enfrente:—el escudo de Corrientes.—Rosetón: San Isidro Labrador, en vez de Isidoro de Sevilla, por equivocación del artista.

6ª Capilla:—Un confesionario.—Ventana: San Cirilo de Alejandría. Proclama el dogma de la Maternidad divina de María y se le aparece ésta con su divino Hijo en los brazos en señal de aprobación.—San Pascual Bailón, Patrono de los Congresos Eucarísticos. Está en adoración delante del Santísimo Sacramento.

En la cruz alta de enfrente:—el escudo de Santa Fe.—Rosetón: San Bernardo, Abad de Claraval.

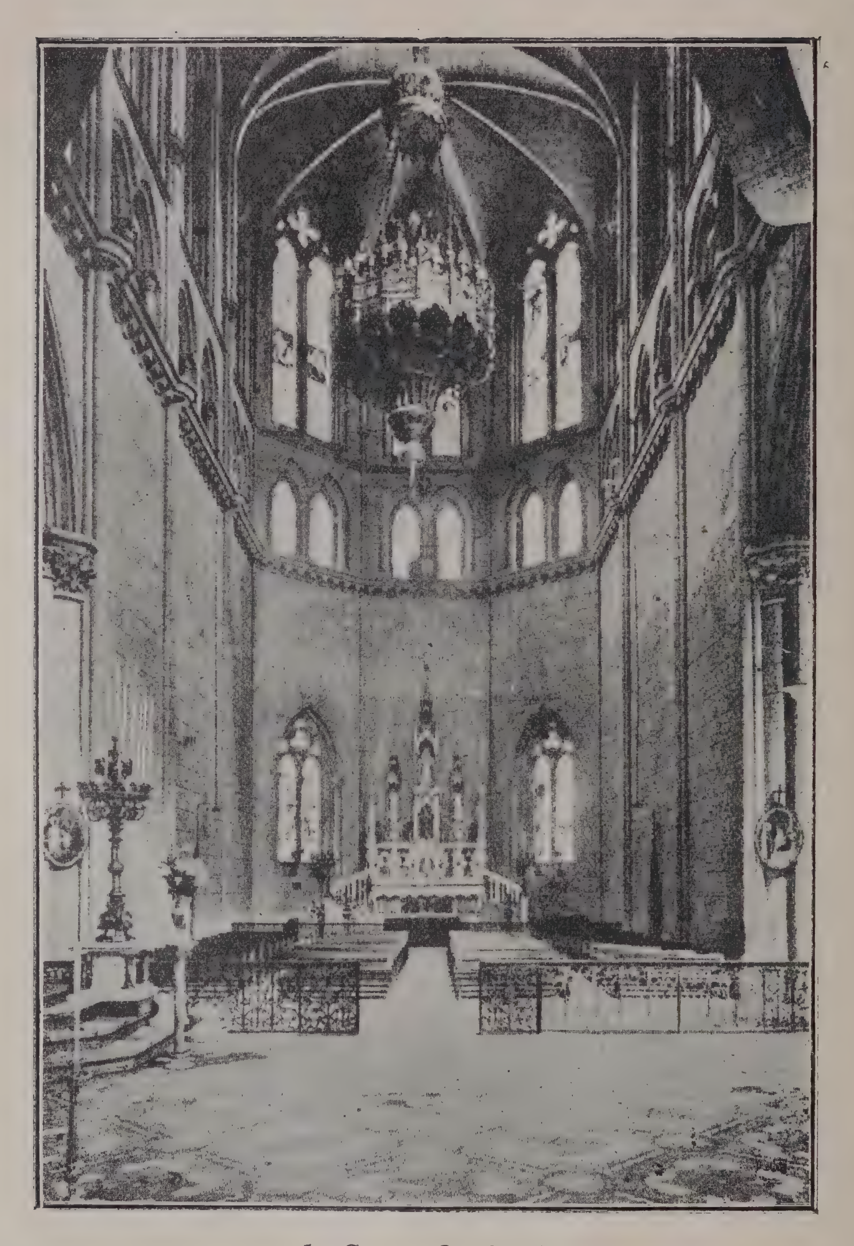
7ª Capilla:—Altar de San Antonio de Padua, con San Francisco Solano y San Martín de Porres a siniestra; San Roque y San Pedro Claver a diestra. Este hermoso altar de mármol blanco, con delicadas incrustaciones de otros mármoles, es donación de doña Margarita M. de Morgan en memoria del presbítero Antonio Fahy, quien fué gran patrocinador de los irlandeses en estas tierras, y en bien de San Antonio de Areco, donde dicha señora tiene su principal residencia.

Esta capilla no tiene ventana por tener detrás una de las cuatro torres que enclavan y refuerzan los altos muros del crucero.

En la cruz alta de enfrente:—el escudo de Catamarca.—Rosetón:—San Anselmo de Cantorbery.

La provincia de Catamarca, donde hay el célebre Santuario de la Virgen del Valle al Norte de la República, al tener casualmente su escudo en este último ventanal tan cerca del trono de la Virgen de Luján, ¿no parecería indicar que María estrecha en sus brazos a todo el país para darle un ósculo de amor?





5.—Crucero Occidental.

5.—CRUCERO OCCIDENTAL

Arriba al entrar se ve la Lámpara Votiva de los Argentinos. Se llama así, porque resulta de la refundición de todos los pequeños exvotos de plata, que en forma de brazos, cabeza, piernas y demás fueron acumulándose con los años. Un poco más adentro se ve la Lámpara Votiva de los Uruguayos. Esta es el resultado de un voto que hizo de ella aquí mismo Monseñor Soler, primer Arzobispo de Montevideo, en una peregrinación general que hiciera en 1892 para implorar la paz y prosperidad de su amada Patria, en momentos de lucha fratricida por que atravesaba.

Las altas ventanas costaneras tienen:

La 1ª a siniestra:—San Vicente de Paul y San Francisco de Sales.—Enfrente: Santa Rosa de Lima y Santa Lucía Mártir.

La 2ª a siniestra:—San José y San Juan Bautista.—Enfrente: Santa Filomena y San Fermín.

La 3ª a siniestra:—San Joaquín y Santa Ana.—Enfrente: Nuestra Señora de las Gracias.

Todas estas ventanas, traen en el centro de su cruz alta, el monograma de Jesús Salvador de los hombres, y unas rosas coloradas en sus cuatro lóbulos extremos: el monograma del centro indica que Jesús murió crucificado para salvar a los hombres, y las rosas coloradas, significan que esto lo hizo por el grande amor que les tenía.

Ventanas del fondo.—En el centro:—La Aparición de la Medalla Milagrosa a Sor Catalina, novicia de las Hijas de la Caridad en 1830.—A la izquierda: Nuestra Señora del Carmen, socorriendo a las benditas ánimas del Purgatorio.—A la derecha: Nuestra Señora de las Nieves, mostrando con ellas, la ubicación del nuevo Santuario a levantarse con este nombre en el monte Exquilino de Roma.

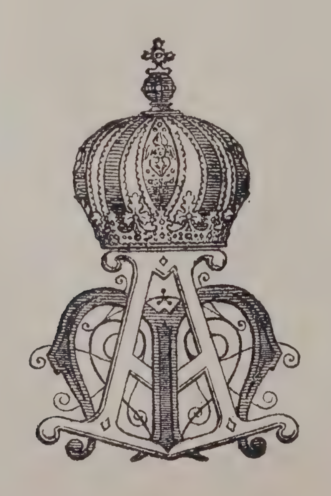
Estas tres ventanas tienen respectivamente en su cruz alta el escudo de la Argentina, del Uruguay y del Paraguay, en representación de las Hijas de María de la Medalla Milagrosa pertenecientes a estas tres Repúblicas del Plata.

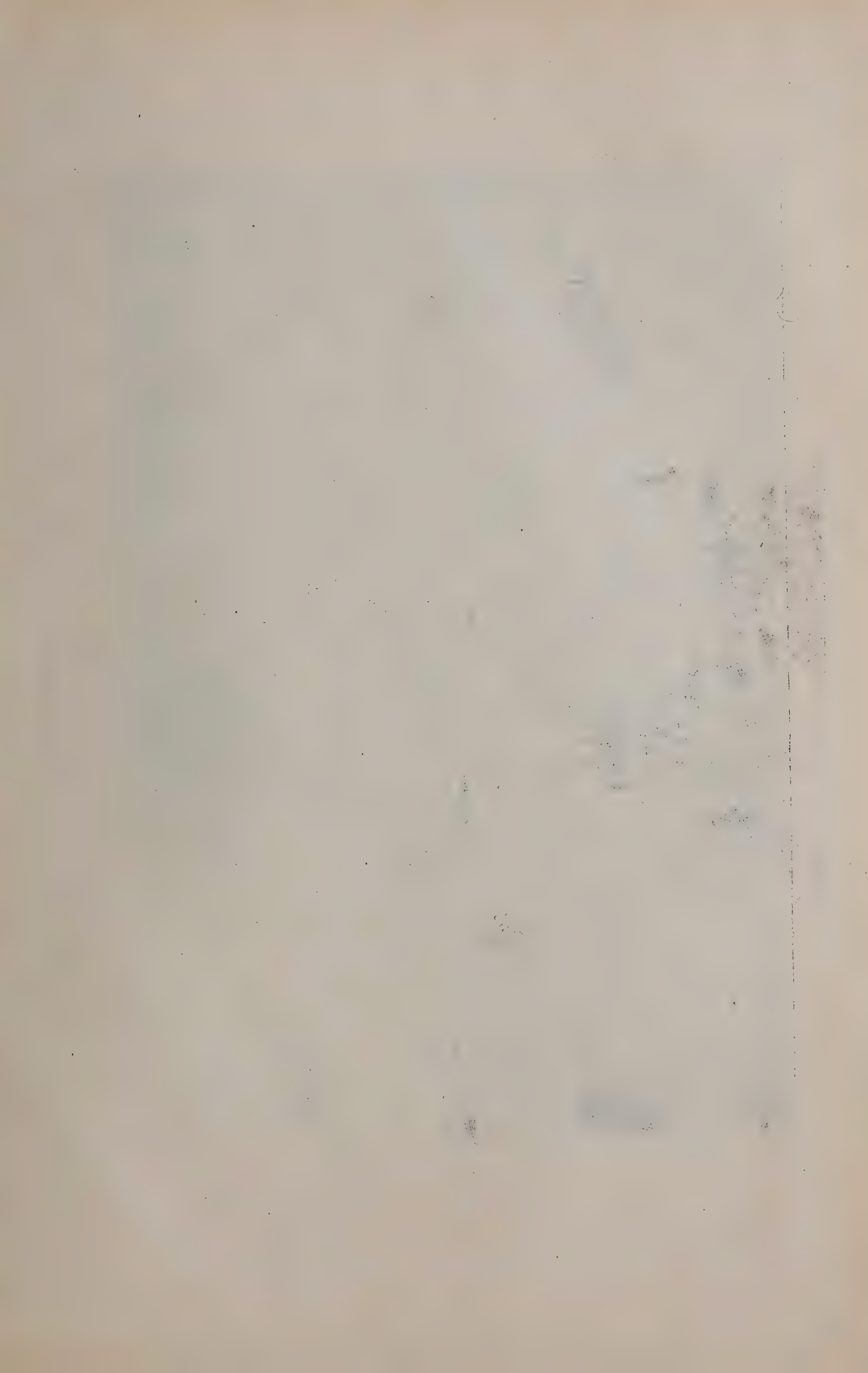
Las dos ventanas bajas que están al lado del altar, representan respectivamente a María coronando a sus Hijas en el cielo; y la Aparición de la Virgen de la Medalla al judío Alfonso de Ratisbona, en Roma en 1842.

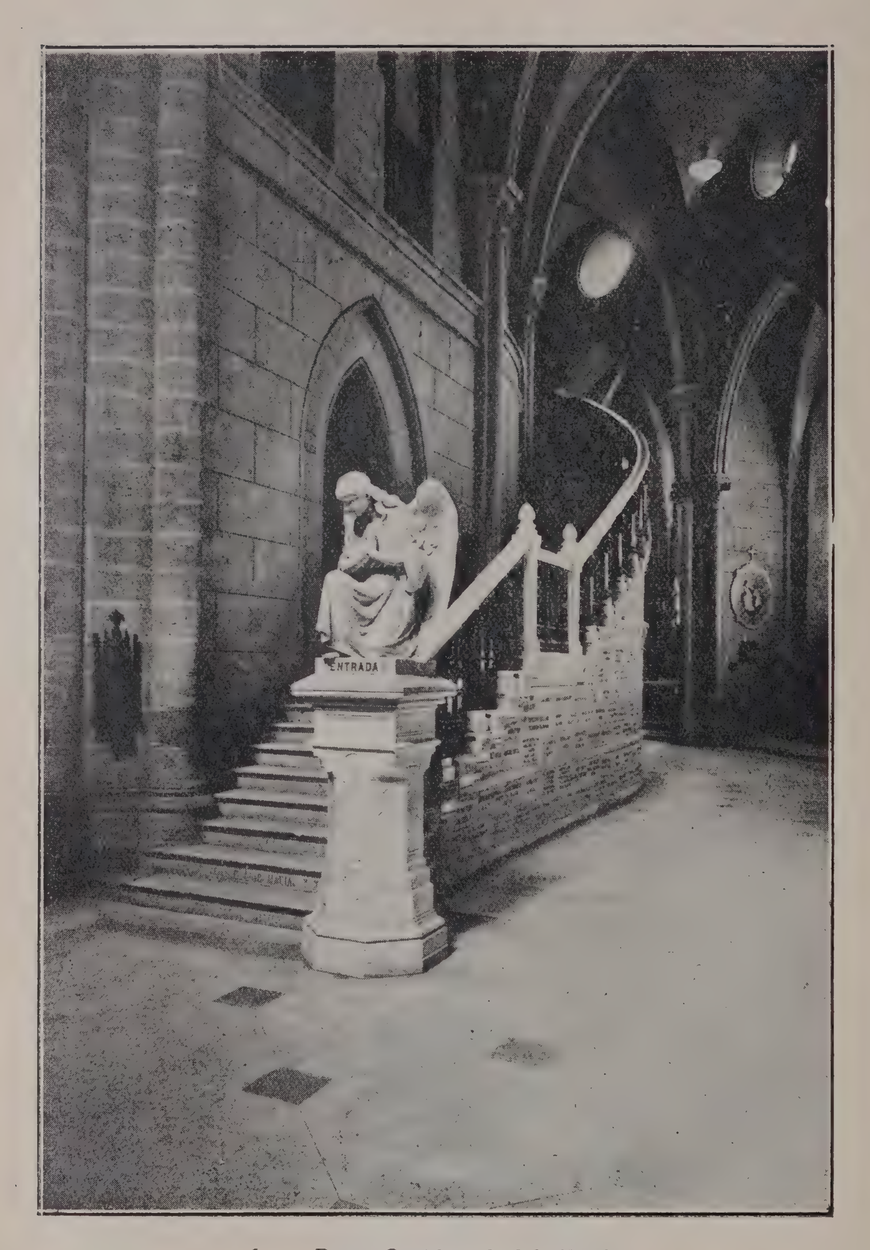
El altar está consagrado a la Virgen de la Medalla Milagrosa, la cual ocupa el templete del centro, teniendo a su lado a San Vicente de Paul y a la Beata Luisa de Marillac, ambos cofundadores de la comunidad a que pertenece la piadosa vidente. Es de mármol blanco con hermosos bajorrelieves y demás aplicaciones de bronce dorado. Ha sido ejecutado en París según planos premiados en la Exposición Universal, y fué costeado por las Hijas de María Inmaculada de las tres Repúblicas del Plata. Es sumamente elegante y cómodo. Se llega a la mesa del Sacrificio por una escalinata de cinco gradas, la cual se prolonga y sube graciosamente de cada lado en forma semicircular, abrazando un pequeño retablo,

hasta llegar por detrás del mismo al nicho de la Exposición del Santísimo que domina el Tabernáculo. El retablo así abrazado tiene en sus dos extremidades un gracioso pilar de regular altura que soporta un ángel dorado tocando la trompeta, y en su frente, entre los candeleros, cuatro pequeños bajorrelieves alusivos a la Virgen, son: la Torre de David, la Rosa Mística, la Torre de Marfil y el Arca de la Alianza. La mesa sobre la cual se inmola a Jesús-hostia en la misa, tiene en su parte inferior un gran bajorelieve de bronce que la abarca casi por completo, representando la Resurrección de Jesucristo. Por el lugar que ocupa al pie del Altar, y por los personajes que trae, nos recuerda que Jesucristo sepultado al pie del Calvario, sale de allí resucitado, triunfante y glorioso con gran espanto de las guardias que huyen y gran contento de los ángeles que se aproximan.

Las cuatro sepulturas que hay al pie del Altar, son las de cuatro grandes servidores de María de Luján: la primera a la izquierda, es la del R. P. Vicente María Dávani muerto en 1922, después de haber regido esta feligresía durante 21 años, en los que edificó una gran parte de este Santuario. La segunda es la del R. P. Emilio George, quien fué Cura de esta feligresía durante quince años, en los que refaccionó el antiguo Santuario y puso la piedra fundamental del nuevo. La del medio es del R. P. Jorge María Salvaire, sucesor del segundo de quien fuera teniente. Fué el más entusiasta propagador del culto de María de Luján, el autor de su Monumental Historia, el que logró su solemne Coronación en nombre de León XIII, y el que ideó y comenzó el nuevo Santuario. Permaneció en Luján como Teniente Cura y Capellán del Santuario durante 25 años. La de la derecha es del hermano lego Antonio Wermter, humilde sacristán que puede considerarse como el esclavo de la Virgen, a quien sirvió abnegadamente durante cuarenta y tres años de su vida, siendo en esto el digno émulo del famoso negrito Manuel en los albores de la devoción a María de Luján.







6. — Parte Occidental del ábside.

6.—PARTE OCCIDENTAL DEL ABSIDE

1ª Capilla.—No tiene Altar todavía, pero se espera que lo tendrá, y estará dedicado a San Vicente de Paúl y a sus dos hijos en religión, los Beatos Juan Gabriel Perboyre y Francisco Regis Clet, martirizados en la China.

Enfrente: Una de las tres escaleras del Camarín. Tiene como punto de arranque un hermoso pedestal de mármol blanco sobre el que está un devoto ángel adorador. Síguenle a modo de pasamano unos tableros góticos de bronce dorado, separados entre sí por elegantes columnitas de ónix San Luis, con capiteles y bases de bronce Bernini antiguo. Las gradas son de un mármol blanco de Córdoba durísimo, pero muy quebradizo.

2ª Capilla. — Altar de Santa Rosa de Lima, con San Francisco de Asís y San Guillermo; San Eduardo y San Jeremías. Es una hermosa donación de Doña Margarita M. de Morgan, en honor de los Santos Patrones de sus cuatro hijos, y de la Patrona de la América del Sud, y de su patria argentina.

Ventana:—Cuatro escenas recordando la autoridad de los Papas en circunstancias históricas para la Iglesia.—Arriba: San Pío V, rezando el Santo Rosario, ve proféticamente en lontananza la Armada Cristiana derrotando a los mahometanos en el golfo de Lepanto.—Al lado: San Urbano predica la Santa Cruzada para reconquistar la tierra santa.—Abajo: San Gregorio VII recibe en Canossa la sumisión de Enrique IV de Alemania.—Al lado: San León retiene al invasor y bárbaro Atila a las puertas de Roma.

Vía Crucis.—1ª Estación: Jesús es llevado al tribunal de Pilatos, quien se desentiende de su muerte lavándose las manos.

3ª Capilla.—Altar de San José. Es sencillo pero cómodo y elegante. Fué donado por Monseñor Terrero, quien tenía al Santo Patriarca una devoción especial. El escudo de armas del Obispo figura en la parte anterior de la mesa, con su bella divisa ''Omnia omnibus'' que supo muy bien practicar durante su largo episcopado.

Ventanas.—En el centro: San José de Calasanz. Se le aparece la Virgen mientras enseña el Catecismo a los niños.—A siniestra: San Gabriel Arcángel. Anuncia a María su divina Maternidad.—A diestra: San Rafael Arcángel. Libra al joven Tobías de un enorme pez que le acomete en su viaje.

Vía Crucis.—2ª Estación: Jesús carga con la pesada cruz.—3ª Estación: Jesús cae por primera vez bajo el peso de la cruz.

4ª Capilla.—Altar de San Luis Gonzaga. Su relato imita los trípticos plegables de remotos tiempos, y tiene cuatro pinturas al óleo referentes a la vida del Santo; su primera comunión, su vida de oración y mortificación, su divina vocación a la Compañía de Jesús y su muerte en el Señor. La parte anterior de la mesa tiene un enchapado de un mármol muy raro y curioso de Africa. Es donación de Doña Enriqueta L. de Dorrego en memoria de su esposo Don Luis Dorrego.

Ventanas.—En el centro: Santa Teresa de Jesús. Escribe sus obras con asistencia del Espíritu Santo.—A siniestra: Santa Rosa de Viterbo. Siendo todavía niña y enseñando el Catecismo, se eleva la piedra que la sostiene para dominar a su auditorio.—A diestra: Santa Magdalena de Pazzis. Se le aparece el Sagrado Corazón de Jesús.

Vía Crucis.—4ª Estación: Jesús se encuentra con su Santa Madre.—5ª Estación: Jesús es ayudado por Simón Cirineo a llevar la cruz.

5ª Capilla.—Altar de San Jeremías, con San Lorenzo O'Toole y San Querado, dos santos irlandeses. Fué donado por Doña Margarita M. de Morgan, para interesar a dichos santos en bien de su hijo Jeremías.

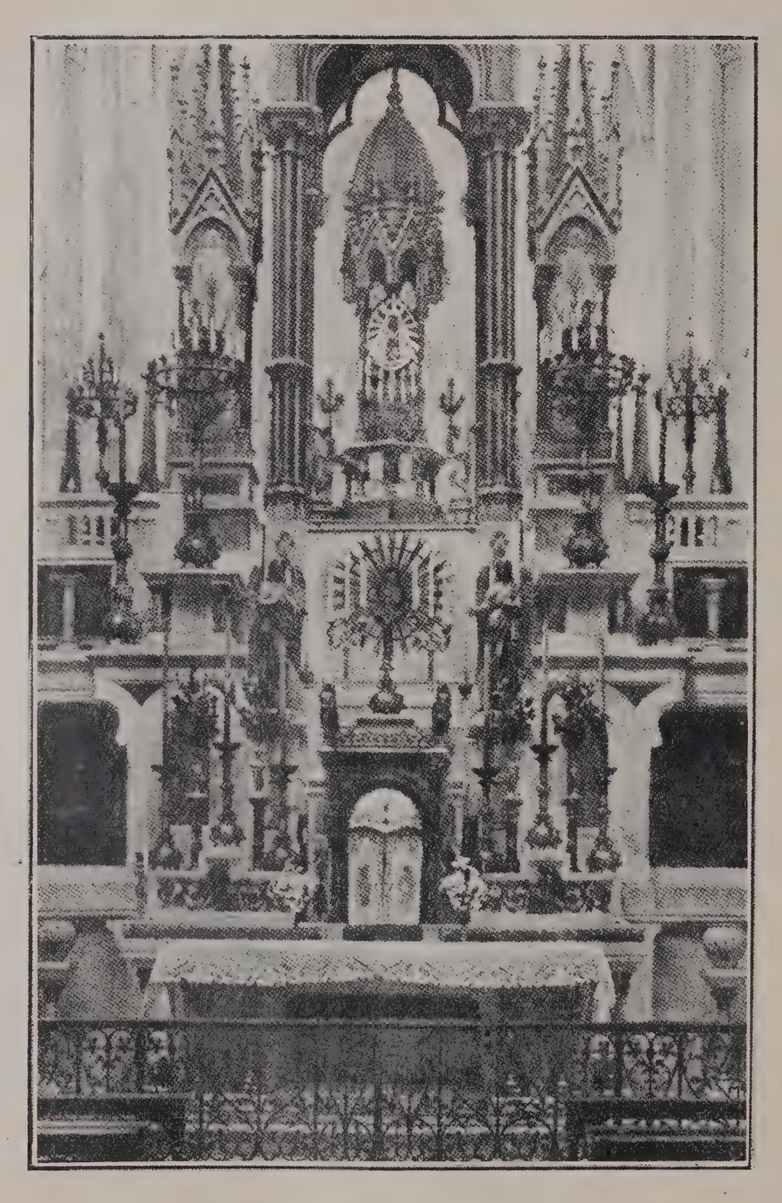
Ventanas.—En el centro: S. Bruno, fundador de los Cartujos. Muere en olor de santidad rodeado de sus monjes. A siniestra: San Antonio Abad. Asiste a la muerte de San Pablo, primer ermitaño. —A diestra: San Camilo de Lelis. Solicita del Papa Sixto V, la aprobación de las Reglas de su Comunidad.

Vía Crucis.—6ª Estación: La Verónica enjuga el rostro de Jesús lleno de sangre, polvo y saliva.—7ª Estación: Jesús cae por segunda vez por la llaga mortal que se hace en el hombro.

Enfrente: Estatua de San Juan Evangelista, a cuyo cargo quedó la Virgen, a la muerte de su divino Hijo.

Capilla absidal del fondo y eje de la Iglesia.—A mano derecha: Entrada a la Sacristía, con ventanas que veremos más adelante.—A mano izquierda: Entrada principal al Camarín.





7 — Camarín de la Virgen.

7.—CAMARIN DE LA VIRGEN

El Camarín, como lo indica su nombre, es la estancia o cámara íntima de la Virgen de Luján: es el lugar predilecto de los fieles que visitan el Santuario, y donde oran con más fervor, viendo la Sagrada Imagen más de cerca.

El Altar del Camarín, es una acertada combinación con el Altar Mayor que está a sus espaldas, y cuya parte superior es común a los dos. Desde allí la Sagrada Imagen, se vuelve a uno u otro lado según lo requiere el culto. Este Altar es el más precioso del Santuario y el de mayor movimiento arquitectónico, sin apartarse por esto de las reglas del más estricto buen gusto. A los pies de María hay dos ángeles dorados con incensario en las manos, indicando con esto que éste es el lugar por excelencia de la oración, la cual debe brotar siempre de un corazón abrasado en amor, para elevarse hasta el trono de María en olor de suavidad, como las espirales del incienso.

Para el efecto, a la derecha del retablo, hay un gran bajorelieve dorado que representa a Jesús agonizando en el huerto de Getsemaní, como para excitarnos al dolor de nuestros pecados.—A la izquierda hoy otro bajorrelieve que representa la cena de Emmaús, en que Jesús se dá en alimento a sus discípulos, como para indicarnos el premio de nuestro sincero dolor.—Finalmente en el frontal de la mesa del Altar, hay otro gran bajorrelieve que representa la muerte de San José en los brazos de Jesús y María, para indicarnos la gran dicha, que nos espera al final de la vida si permanecemos fieles a María y recibimos a Jesús por viático al morir.

Este hermoso y simbólico Altar es donación del señor Juan Esteban Anchorena, quien quiso patentizar con esto su gran devoción a María de Luján.

Ventanas.—Las altas ventanas gemelas que están a ambos costados del Altar, completan la piadosa enseñanza de los bajorrelieves, mostrándonos que podemos tener la más grande confianza en María de Luján, por haber ella elegido este lugar para ser el tronos de sus bondades, como lo reza el Ofertorio de su Misa propia: ''Elégi et santificávi lócum istum ut perméneant óculi mei et cor meum ibi cunctis diebus''.

Advertiremos que en todas estas ventanas del Camarín, hay que ir siempre de abajo para arriba, y de una ventana a la correspondiente de enfrente.

1ª Ventana, a mano derecha, abajo: — Los bueyes que llevan el cajón de la Sagrada Imagen, se detienen junto a la estancia de Rosendo de Oramas, sin que nadie ni nada pueda hacerlos adelantar, 1630. — Arriba: Al abrir el cajón se descubre la Bendita Imagen de la Virgencita, y se resuelve dejarla en estos parajes.

Enfrente, abajo: La Bendita Imagen es llevada a la casa de Rosendo de Oramas. — Arriba: Primera Ermita construída allí mismo, quedando a cargo del célebre Negrito Manuel, quien se constituye su camarero y sacristán perpetuo.

2ª Ventana, a mano derecha, abajo: — Solemne Traslación de la Imagen al primer Santuario levantado a la orilla derecha del río Luján, en terrenos donados por Doña Ana de Mattos, 1677. — Arriba: El Negrito Manuel sana a varios enfermos con el aceite de la lámpara de la Virgen.

Enfrente, — abajo: El General Belgrano ofrece a la Vírgen dos banderas arrancadas al enemigo en la batalla de Salta, 1813. — Arriba: Solemne Coronación de la Imagen Bendita efectuada por el Arzobispo Monseñor Aneiros en nombre de Su Santidad León XIII, el 8 de Mayo de 1887.

Estas cuatro ventanas llevan en su cruz alta o cuadrilóbulo superior el monograma de María en el centro y una corona imperial en sus cuatro extremidades; lo cual significa que María es soberana Emperatriz de la Iglesia triunfante en el Cielo, de la Iglesia Paciente en el Purgatorio, de la Iglesia Militante en la Tierra, y en particular de la Iglesia Argentina, que la coronó tan solemnemente como tal.

Quedando así plenamente acreditado nuestro recurso a la Santísima Virgen bajo su advocación especial de Luján, y siendo el Rosario la oración que más le agrada, fáltanos recordar aquí sus diversos misterios.

Las ventanas lanceoladas del fondo del Camarín, tienen precisamente este objeto: pero se les añadirá un misterio más a cada cinco, tanto para lograr los seis medallones exigidos por cada dos ventanas, como para completar más la historia de la Virgen.

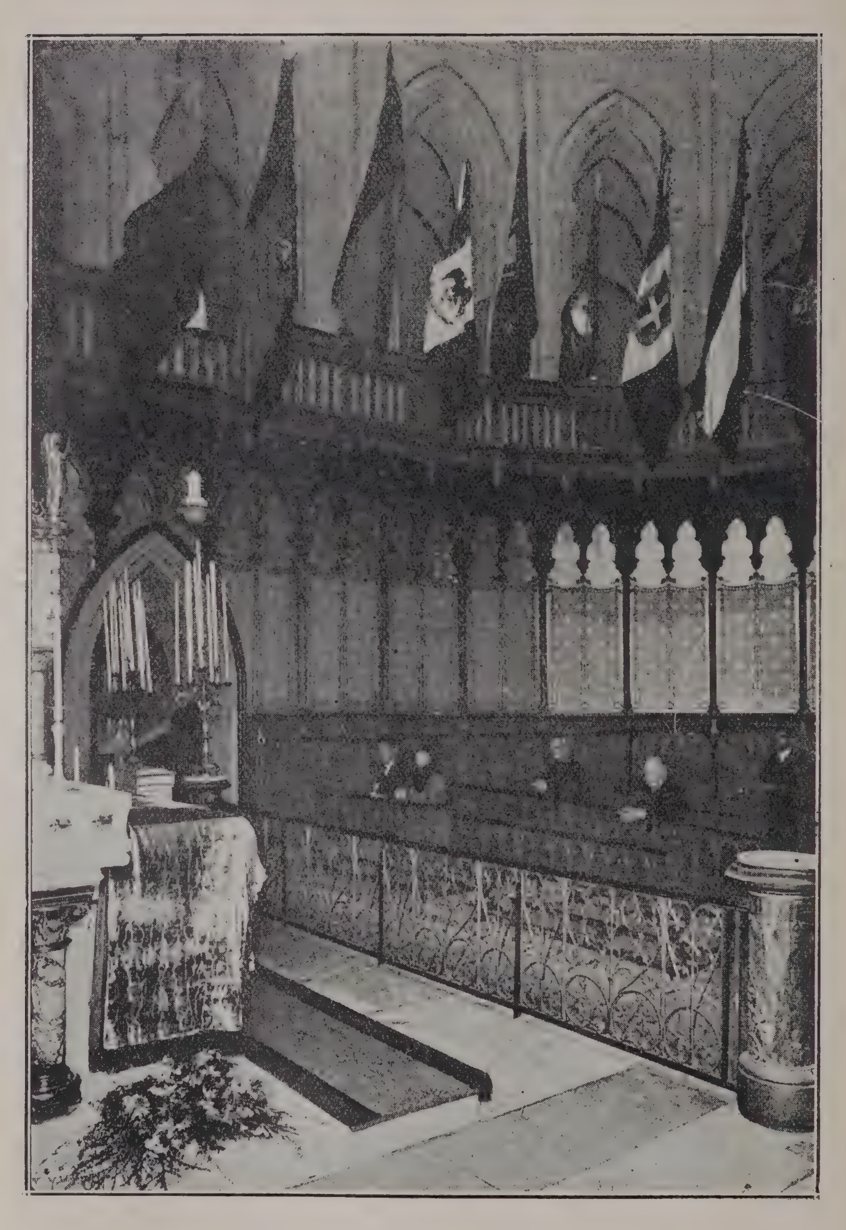
1ª Ventana, a mano izquierda, — abajo. — Misterios Gozosos: La Presentación, la Anunciación, la Visitación. — Enfrente: El Nacimiento de Jesús, la Purificación, Jesús hallado en el Templo.

2ª Ventana, a mano izquierda, — abajo. — Misterios Dolorosos: La Oración del huerto, la Coronación de espinas, la Flagelación. — Enfrente: La Cruz a cuestas, la Crucifixión, el Descendimiento.

3ª Ventana, a mano izquierda, — abajo. Misterios Gloriosos: La Resurrección, la Ascensión del Señor, la Venida del Espíritu Santo. — Enfrente: La muerte de María, su Asunción, su Coronación en los cielos.

5ª Ventana al centro: — Solemnemente coranada María como soberana Emperatriz de Cielo y Tierra, y proclamada especial Reina y Patrona de la República Argentina por autoridad pontificia, Ella se nos aparece aquí como tal, rodeada de nubes y querubes, en medio de esplendorosos rayos de luz y ceñida su frente con espléndida corona imperial. A sus plantas se desliza entre rocas y peñas el río Luján, como símbolo del raudal de gracias y favores que ella derrama sobre nosotros, como prenda segura de eterna Salvación.





8. — Galería alta del Camarín.

8.—GALERIA ALTA DEL CAMARIN

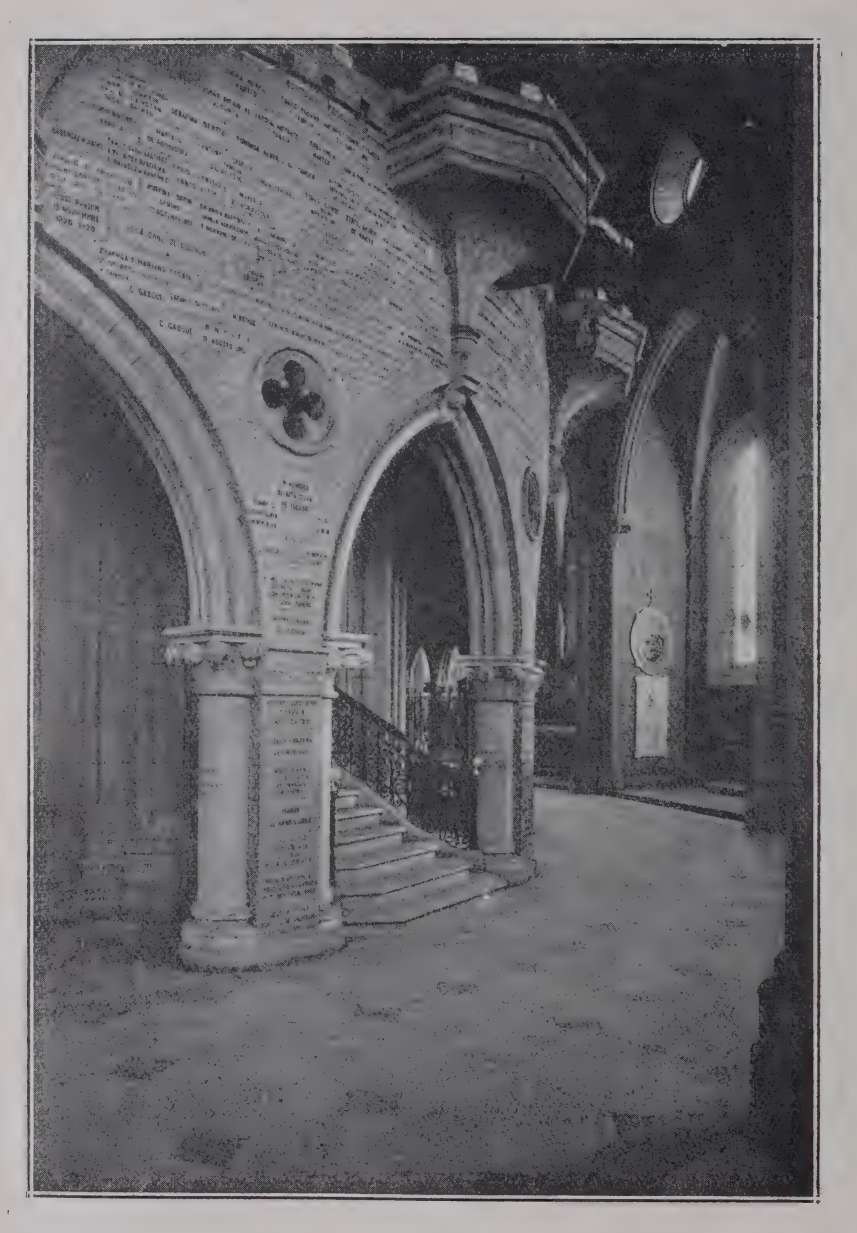
El contorno interior del Camarín está revestido de un rico y delicado artesonado de roble estilo gótico, con fondo celeste recamado con cruces y flores de lis dorados; terminando a los 6 metros de altura con una hermosa galería saliente, de cuya elegante barandilla penden numerosos estandartes y banderas, que perpetúan allí la presencia de los piadosos donantes, y son un perenne testimonio de confratrenidad cristiana.

De esas banderas, algunas son particularmente notables por las especiales circunstancias de su entrega. Tal es la de España, traída por la Infanta Isabel de Borbón en las fiestas del Centenario patrio en 1910. Esta bandera es como una dulce sonrisa de la Madre Patria a su Hija aprovechada, bajo la mirada cariñosa de la Madre celestial de ambas, que sucesivamente las agraciara en este mismo país, primero como Colonia española y después como Nación independiente.

Vienen después la Chilena y la Argentina, las que en vísperas de entrar en guerra en 1895 se dieron aquí mismo en Luján el ósculo fraternal de paz, tremoladas por los dos respectivos Arzobispos Monseñores Casanova y Castellano. Vienen también las del Uruguay y Paraguay, traídas juntas a la Argentina, por sus respectivos Prelados, por ser María de Luján la Patrona de las tres Repúblicas del Plata. — Finalmente viene la Irlandesa, traída en la primera peregrinación general que hicieran los hijos de la Verde Erín en 1901, dando con esto un alto ejemplo de patriotismo y religión, que fué seguido por los Italianos en 1909, por los Franceses, los Polacos, los Alemanes, los Austriacos en 1910, y por los Españoles en 1912, bien que ya tuvieran aquí su bandera. También enviaron su bandera los Mejicanos en 1922, los Portugueses en 1923, los Bolivianos y los Libanenses en 1925.

Saliendo ahora del Camarín, por donde hemos entrado, volvemos a la capilla absidal del fondo y eje de la Basílica, donde está la puerta de la sacristía. Hay también allí tres ventanas con sus respectivos vitrales policromos: la del centro — presenta a San Francisco Javier, misionero y Nuncio Apostólico en las Indias Orientales. Bautiza a un indiano recién convertido. — A diestra: Santa Agueda. Se le aparece San Pablo en la cárcel para curarle las heridas hechas por los verdugos. — A siniestra: San Roque. Sana a un enfermo con la señal de la cruz.

Todo lo que se ve desde esta capilla absidal del fondo y eje de la Basílica, es verdaderamente artístico, y no se sabe qué admirar más, si el conjunto feliz de tantas bellezas o cada una de ellas en particular; llaman especialmente la atención los tres grandes arcos que sostienen la escalera circular que conduce a la galería superior del Camarín, con sus tres repisas o descansos salientes correspondientes a las tres puertas, la graciosa curva del deambulatorio con las chapas del pavimento bien calculadas, por fin la delicada arquería y columnata de las capillas absidales con sus chapiteles tan primorosamente esculpidos.



9. — Parte Oriental del ábside.

9.—PARTE ORIENTAL DEL ABSIDE

1ª Capilla (5ª) — Altar de San Ignacio, con San Enrique y Santa Emilia. Tiene buenos enchapados de ónix de San Luis y bronces imitando lo antiguo. — Es donación de Doña Emilia N. De Ramos Otero, en memoria de su esposo Ignacio.

Ventanas. — Centro: San Juan de la Cruz. Recibe la cruz de manos de Nuestro Señor. — A siniestra: San Juan de Dios. Es coronado de agudas espinas por la Virgen. — A diestra: San Pedro de Alcántara. Por espíritu de mortificación recibe el Santo Viático y también muere estando de rodillas.

Vía Crucis. — 8ª Estación: Jesús se encuentra con las santas mujeres. — 9ª Estación: Jesús cae por la tercera vez bajo la Cruz.

Enfrente: Deliciosa estatua de Santa Helena, obra artística del célebre maestro argentino Héctor Giménez. — Es donación de Doña Helena Torres de Müñiz.

2ª Capilla (4ª) — Altar de San Carlos Borromeo. Se distingue por la incrustación de unos mosaicos que permiten el lavado sin que se pierda el dorado. — Es donación de Doña Magdalena D. de Ortiz Basualdo y de su hija Inés.

Ventana. — Centro: Santa Inés, noble romana de singular hermosura. — Izquierda, de abajo para arriba: Inés rehusa la mano del hijo de Sinfronio, Prefecto de Roma. — Sinfronio la cita a su tribunal y la amenaza encerrar y despojar para que pierda el pudor. — En el centro, abajo: Viene un ángel que la viste y la guarda. — A la derecha, de abajo para arriba: El hijo del Prefecto viene a tentarla y cae muerto; pero ella implora su vuelta a la vida. — Atribuído todo a hechicería, la mandan quemar, pero las llamas la respetan. — La degüellan y alcanza así la doble corona de Virgen y Mártir.

Vía Crucis. — 10ª Estación: Jesús es despojado de sus vestiduras. — 11ª Estación: Jesús es clavado de pies y manos en la cruz.

3ª Capilla (3ª) — Altar del Santo Rosario. La Virgen y el Niño Jesús dan respectivamente el Rosario a Santo Domingo de Guzman y a Santa Catalina de Sena. — Es donación de la Asociación de las Madres Cristianas del Colegio Lacordaire.

Ventanas. — Centro: Santo Domingo fundador de la Orden de Predicadores. — A siniestra: Santa Cecilia Patrona de los músicos. Toca el órgano y canta con los ángeles. — A diestra: Santa Catalina Virgen y Mártir. Con su oración despedaza una rueda armada de garfios destinada a martirizarla.

Vía Crucis. — 12ª Estación: Jesús expira en la cruz. — 13ª Estación: Jesús es bajado de la cruz.

4ª Capilla (2ª) — Altar de San Patricio, con San Malaquías y Santa Brígida; Santa Clara y Santa Escolástica. — Tiene ricos fondos verdes y hojas de trébol y harpas doradas, distintivos

especiales de Irlanda. Es donación de Doña Margarita M. de Morgan, en bien de la Colonia Irlandesa del país.

Ventana. — San Patricio predicando a los Celtas, primitivos habitantes de Irlanda. Niño aún es arrebatado por los Ulsterianos quienes le dedican a guardar rebaños. Espera para morir, que Santa Brígida le entregue la mortaja que le estaba preparando en secreto.

Vía Crucis. — 14ª Estación: Jesús es depositado en el sepulcro.

5ª Capilla (1ª) — Organo de acompañamiento para los oficios menores. Es un buen instrumento, sistema tubular, con varios juegos, y fuelles movidos por electricidad.

A mano izquierda: Otra escalera del Camarín en todo igual a la de la parte occidental ya descrita.





10.—Crucero Oriental.

10.—CRUCERO ORIENTAL

La lámpara que se ve arriba al entrar, ha sido donada anónimamente por una persona de la Provincia de Buenos Aires; por lo que puede decirse que representa a esta Provincia. — La de más adentro es donación de Doña Margarita M. de Morgan, en nombre de Irlanda de donde vino expresamente. — Las ventanas costaneras tienen:

1ª ventana, a siniestra: — Santa Catalina de Sena y Santa Angela. — Enfrente: Santa Clara y San Francisco de Asís, ambos fundadores de una comunidad respectiva.

2ª ventana, a siniestra: — San Eladio y Santa Julia. — Enfrente: San Alfonso María de Ligorio y Santo Domingo de Guzmán, fundadores respectivos de una comunidad.

3ª ventana, a siniestra: — El beato Gabriel Perboyre y el beato Francisco Regis Clet, ambos sacerdotes de la Misión martirizados en China. — Enfrente: San Carlos Borromeo Arzobispo de Milán y San Felipe Neri fundador.

Todas estas ventanas laterales tienen en su cruz alta el Sagrado Corazón de Jesús, por estarle dedicado este crucero.

Las tres ventanas altas del fondo tienen: la del centro: — La aparición del Sagrado Corazón a Santa Margarita María. — La de siniestra: San Pablo y San Miguel Arcángel. — La de diestra: Santo Tomás de Aquino y San Agustín.

Estas tres ventanas tienen en su cruz alta respectivamente: el Escudo de Pío IX, quien consagró la Iglesia Universal al Sagrado Corazón de Jesús; el de León XIII quien tanto facilitó esta devoción, y el de la Argentina que supo tan bien aprovecharse de ella.

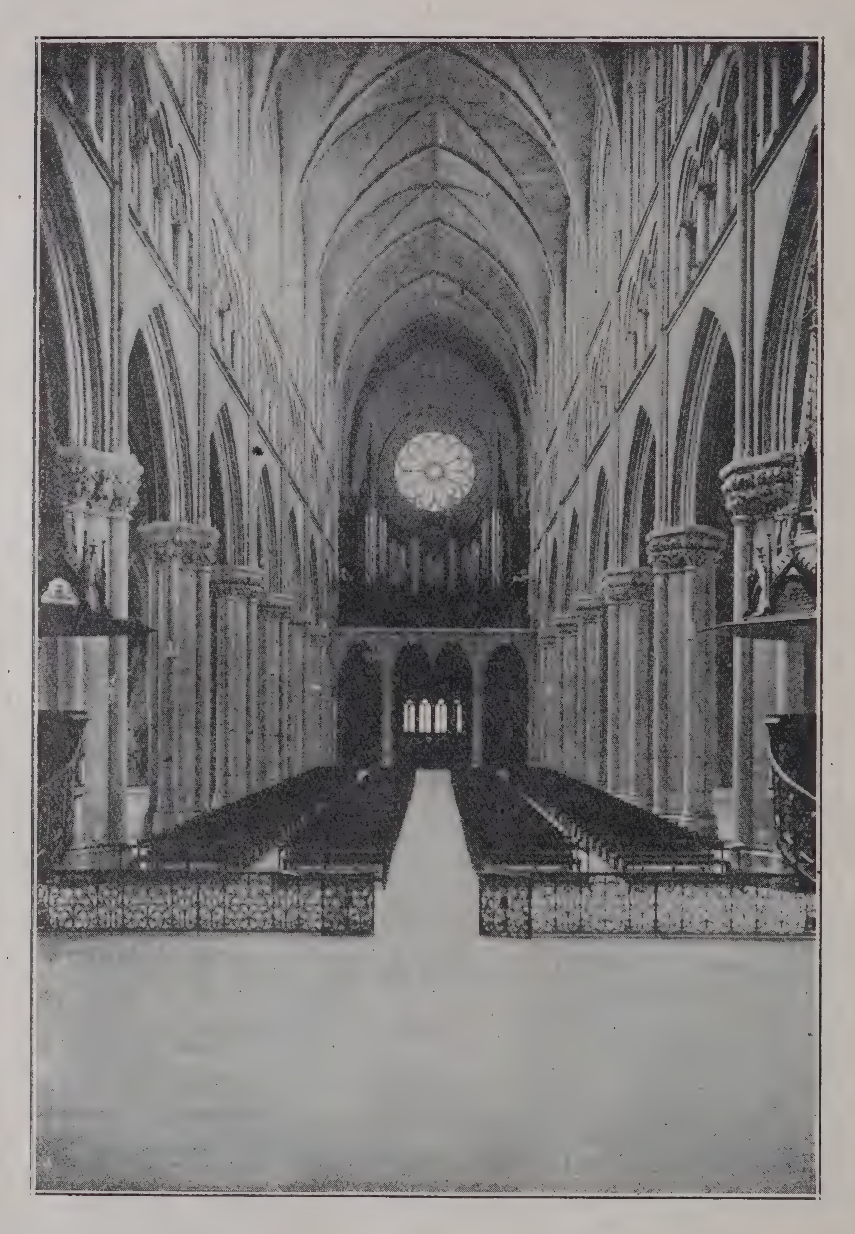
Las dos ventanas bajas, al lado del Altar, a diestra: Pío IX consagrando la Iglesia Universal al Sagrado Corazón de Jesús. — A siniestra: El mismo Sagrado Corazón amparando a los afligidos que acuden a él.

El Altar de este crucero, reproduce exactamente el de enfrente ya descrito, sólo que tiene el Sagrado Corazón en el nicho del medio, y al lado a San Francisco de Asís y a Santa Clara, por ser este el lugar de reunión de la Venerable Orden Tercera de San Francisco.

Los cuatro pequeños bajorrelieves del retablo entre los candeleros, aluden a la Pasión de Nuestro Salvador y son: El Ecce Homo; Jesús llevando su cruz; Jesús crucificado, entre San Juan y María; y Jesús en los brazos de María después del descendimiento. — El gran bajorrelieve que ocupa casi toda la parte anterior de la mesa del Altar, representa a Jesús llevado al sepulcro nuevo y cavado en la roca viva; nos enseña que Jesús-hostia, sacrificado en el Altar, debe ser recibido en un corazón nuevo o renovado por la penitencia y vivificado por la Caridad.

Este magnífico y artístico Altar es donación de Doña Margarita M. de Morgan, por su gran devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

La sepultura que está al pie del Altar, es la del inolvidable Monseñor Terrero, segundo Obispo de La Plata, quien tanto se desveló por este Santuario.



11. — En el presbiterio.

11.—EN EL PRESBITERIO

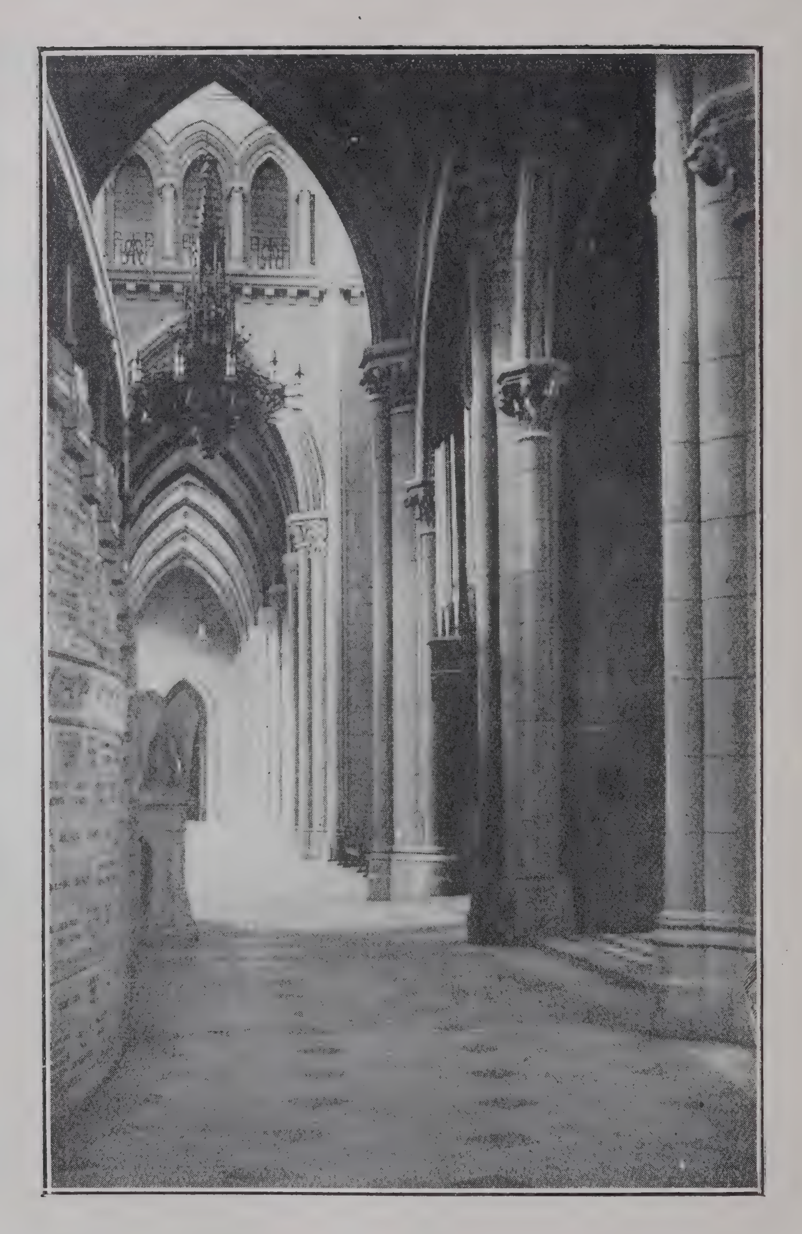
Trasladarse desde el Crucero Oriental al centro del presbiterio, es lo que se le ocurre a cualquiera antes de seguir adelante y bajar por la nave oriental.

Desde el centro de la gran cruz latina formada por la Basílica, a cualquier lado que se dirija la mirada, el alma se siente hondamente impresionada: delante tiene la esplendidez del Altar Mayor; a diestra y siniestra, los grandes cruceros con sus artísticos Altares en el fondo; detrás, las elevadas naves con su magnífico rosetón que pone en una verdadera gloria a María de Luján que está en el medio; un poco más abajo, el órgano monumental, con sus 50 juegos distintos y cuya construcción fué atendida personalmente en París por su generoso donante Monseñor José León Gallardo: todo, en fin, embarga el alma y eleva el espíritu a sublimes pensamientos.

Acudimos a estas naves en busca de emociones estéticas en la hora en que los fieles están ausentes, dijo hermosamente alguno, y las hemos encontrado en abundancia. Las naves iluminadas por la luz que atraviesa los pintados vitrales pueblan el espíritu de una dulce emoción. Es preciso ver esas rasgadas ventanas góticas y esos rosetones divididos y subdivididos en frágiles remajes de piedra, a ciertas horas del día, cuando el sol arrojando sus dorados rayos en los vitrales policromos, llena el templo de esa claridad misteriosa e indefinible que coloca con tintes suaves los múltiples objetos cuyos perfiles realza con los cambiantes y las ilusiones de la óptica, y siembra por doquier mares centelleantes de esmeraldas, topacios, rubíes, diamantes y mil otras piedras preciosas, o bien extiende a manera de alfombra transparente sobre el pavimento, un espléndido mosaico enteramente engastado de oro, púrpura y de todas las magnificencias del arco iris.

Como quiera que sea, de los ventanales gigantescos desciende siempre por los arcos un venturoso silencio y una especie de halo refrigerante que conforta y alienta. Hay algo en el ambiente, hay algo de indefinible que pasa en torno nuestro como un roce de alas ligeras, algo que se siente y no se alcanza a percibir, algo que nos penetra de un santo temor, y convierte el recogimiento y la oración en una necesidad y un consuelo; bajo esas majestuosas bóvedas se respira un perfume especial de paz y piedad que embelesa el alma: allí el menor latido del corazón encuentra siempre un eco armonioso que lo repite y prolonga a porfía; y la plegaria parece abrirse un camino misterioso por los dilatados espacios para llegar hasta el trono de la divinidad.

Si a la sugestión que emana de las majestuosas bóvedas y de la misteriosa penumbra de las capillas, se agregan las ceremonias rituales, las espirales del incienso que se elevan lentamente hacia el cielo, la luz trémua de los cirios, el oro de los altares y las ráfagas del órgano que desliza sus notas graves y profundas sobre las cabezas prosternadas de los fieles, se comprende que haya quien evolucione religiosamente, sobre todo en los umbrales de la vejez; porque el armonioso conjunto de todas estas cosas, tiene un lenguaje sutil que habla misteriosamente al alma por los sentidos, cuando ésta no está empecinada por la pasión. — ¡Bendito sea Dios!



12.—Nave lateral Oriental.

12.—NAVE LATERAL ORIENTAL

1ª Capilla (7ª) — Altar de Santa Ana, con Santa Rita y San Joaquín de un lado; San Expedito y San Juan Bautista del otro. Es gemelo del de San Antonio que está en la parte opuesta, y es también donación de Doña Margarita M. de Morgan. — No hay ventana por la razón antedicha en la parte occidental.

En la cruz alta de enfrente: El escudo de Entre Ríos. Rosetón: San Jerónimo Doctor.

2ª Capilla (6ª) — Un confesionario. — Ventana: San Antonio de Padua. Prueba la divinidad de la Eucaristía haciendo que un jumento doble las rodillas ante ella. — San Cayetano. Recibe al niño Jesús de manos de la Virgen.

En la cruz alta de enfrente: El escudo de Córdoba. Rosetón: San Pedro Damián.

3ª Capilla (5ª) — Un confesionario. — Ventana: San Esteban diácono de Jerusalén. Es apedreado por los judíos por ser cristiano. San Lorenzo diácono de Roma. Preguntado por los tesoros de la Iglesia, muestra la turba de necesitados que están a su cargo.

En la cruz alta de enfrente: El Escudo de Salta. Rosetón: San Bernardo, Abad de Claraval.

4ª Capilla (4ª) — Un confesionario. — Ventana: El santo cura de Ars. Enseñando el catecismo a sus feligreses. — S. Martín, obispo de Tours. Siendo todavía militar y catecúmeno divide su manto para abrigar a un mendigo.

En la cruz alta de enfrente: — El Escudo de Mendoza. Rosetón: San León Papa.

5ª Capilla (3ª) — Puerta lateral para el público. — Más arriba, un pequeño rosetón con el monograma de María rodeado de 5 lóbulos que recuerdan los 5 misterios gloriosos del Santo Rosario.

En la cruz de enfrente: — El Escudo de Jujuy. Rosetón: San Cirilo de Alejandría.

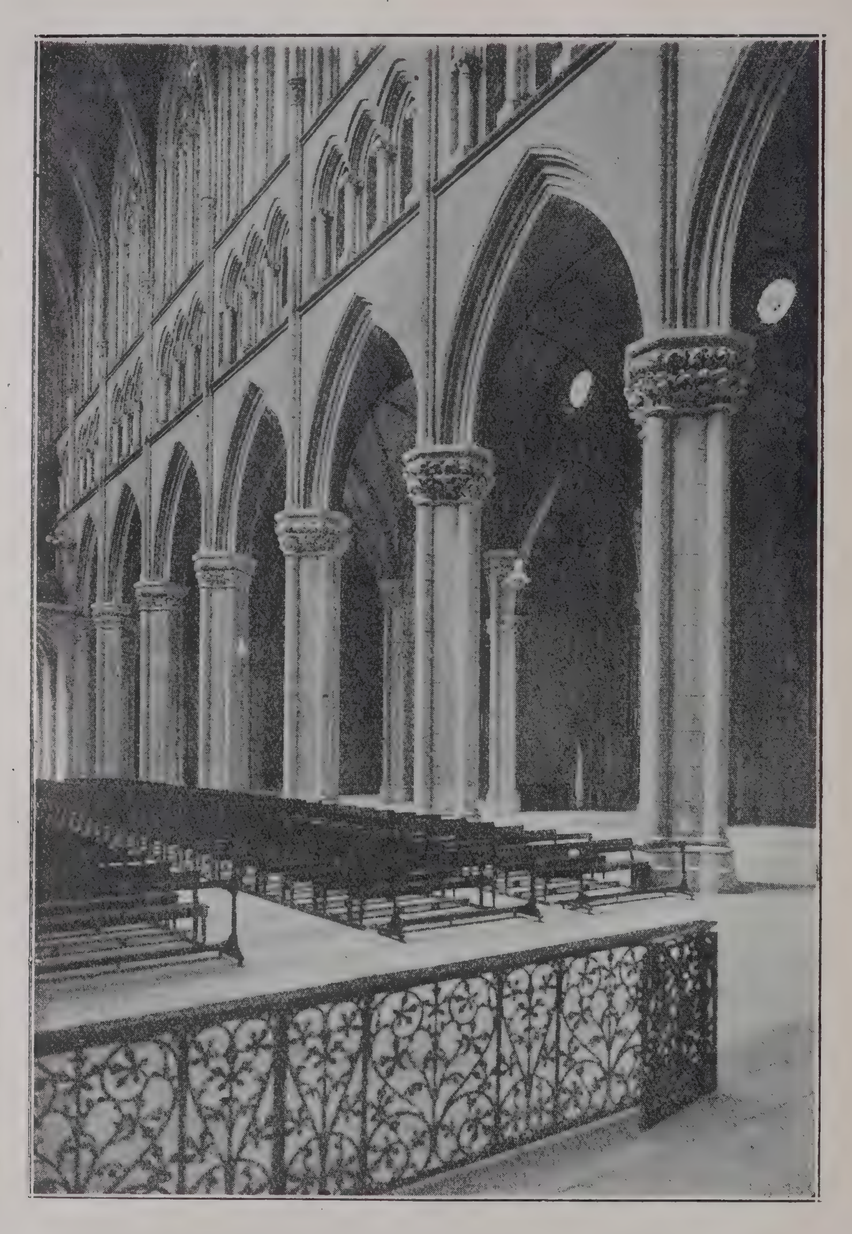
6ª Capilla (2ª) — Un confesionario. — Ventana: La Virgen de los Desamparados, patrona de Valencia. Ampara a una multitud de desgraciados. — S. Nicolás Obispo. Devuelve la vida a tres niños despedazados por un malvado y puestos en una tina.

En la cruz alta de enfrente: — El Escudo de San Juan. Rosetón: San Cirilo de Alejandría.

7ª Capilla (1ª) — Está consagrada al misterio de la Pasión de Cristo Redentor. — No tiene altar, pero sí un gran Crucificado, con San Juan y la Dolorosa al lado. — La Ventana representa a la Comunidad Redentorista arrodillada ante Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, tan amada y divulgada por esa benemérita Comunidad, que costeara este hermoso vitral.

En su parte inferior esta capilla tiene el mismo artesonado de roble que la de enfrente, y la clausura también una igual verja de fierro colado de estilo gótico.

En la cruz alta de enfrente: — El Escudo de San Luis. Rosetón: San Ambrosio, Arzobispo de Milán.



13. — Mirada retrospectiva.

13.—MIRADA RETROSPECTIVA

La vuelta que hemos dado por el interior de la Basílica, nos ha mostrado que ella en efecto, viene a ser, como un libro siempre abierto donde aún los más indoctos, pueden leer a todas horas los sublimes misterios de nuestra Santa Religión y los ejemplos de virtud que nos legaron los Santos.

No hay duda que los hermosos vitrales polícromos contribuyan mucho a alcanzar este buen resultado; pero no debemos olvidar sin embargo, que las solas ventanas gótico-ojivales, independientemente de lo que pueden decir sus vitrales, tienen un lenguaje propio que mana exclusivamente de la disposición de sus partes arquitectónicas. Así, las ventanas gemelas o bipartidas de las capillas laterales, con su trilóbulo en la parte superior, nos enseñan que la Santísima Trinidad, único Dios verdadero, impera y domina tanto en el Paganismo como en el Cristianismo. Del mismo modo las ventanas bipartidas del crucero dominadas por su cuadrilóbulo en forma de cruz, nos enseñan que Jesucristo, Rey inmortal de los siglos, divide con su cruz el Antigua y el Nuevo Testamento, y que en ambos reina como Soberano Señor: en el Antiguo, por las figuras y profecías que lo veticinaron, y en el Nuevo por su vida en que ambas se realizaron. Finalmente, ya sabemos que los ventanales cuadripartidos de la nave central que arrojan tantos raudales de luz, significan los cuatro Evangelistas que derraman la luz de la Fe en el mundo, predicando sobre todo los dos principales misterios de la Religión: el de la Trinidad y el de la Redención, por el trilóbulo y cuadrilóbulo que llevan en su parte superior.

El triforio que corre más abajo de estos ventanales, tiene también su enseñanza particular, que emana del número y forma de los arquitos de que se compone. Estos arcos son ordinariamente tres, como lo indica el nombre de Triforio, y son además perfectamente iguales entre sí; por donde vienen a ser también ellos el símbolo de la Santísima Trinidad, cuyas personas son tan iguales en todo. Esta Trinidad colocada aquí a la base del ventanal cuadripartido, como quien dijera a la base de toda predicación, significa que el Misterio de la Santísima Trinidad es la base fundamental de todo el cristianismo: en efecto, sin Trinidad de Personas, no hay Hijo que redima a las almas, ni Espíritu Santo que las santifique, ni Padre que las reciba en su seno.

Cuando estos arquitos del triforio son sólo dos, como sucede junto al Altar de ambos cruceros y junto al Altar-Mayor, que es donde más se ofrece el Santo Sacrificio, ellos indican las dos naturalezas que hay en Jesucristo, mediante las cuales el Sacrificio viene a ser posible y eficaz: por su naturaleza humana, Jesucristo en efecto, puede sufrir y morir, y por su naturaleza divina, puede dar a su muerte el valor infinito que exige la reparación del pecado, infinito en su ofensa.

Finalmente cuando el triforio consta de un solo arquito, significa la unidad de naturaleza en Dios, a pesar de sus tres personas,

o la unidad de persona en Jesucristo, a pesar de sus dos naturalezas. Esto es lo que sucede casualmente en el fondo del Camarín donde los vitrales superiores, pintando tan espléndidamente la apoteosis de María, exigen alguna atenuación para salvar la verdad religiosa del dogma católico. Nunca viene más a propósito la afirmación de la unidad de Dios: María con todo ser la más excelsa de las mujeres, no es más que una simple criatura: reconocemos en ella a la Madre y Protectora más poderosa después de Jesús, quien nos la dió por tal desde el árbol de la Cruz; pero no la divinizamos, como falsamente nos lo reprochan nuestros hermanos disidentes: María no es para nosotros una diosa: no tenemos más que un solo Dios a quien tributamos adoración y culto de latría: es el Soberano Creador y Señor de Cielos y Tierra.

Las doce luminarias frente a otras tantas cruces que se ven diseminadas en las columnas costaneras de la Basílica, tienen un significado místico que emana de la Solemne Consagración que de ella se piensa hacer. Serán un recuerdo de la misma al mismo tiempo que una enseñanza perdurable. Las doce luminarias representan a los doce Apóstoles que esparcieron la luz evangélica en el mundo, y las doce cruces significan que ellos no predicaron otra doctrina que la de Jesús crucificado. Ambas cosas constituirán un indicio seguro de que esta Basílica mereciera el honor insigne de la Consagración Solemne; cosa que sólo se concede a las Iglesias de alguna importancia, ya sea por su ilustre antigüedad, ya sea por su mérito intrínseco. Esta Solemne Consagración vendrá a ser como un último sello que acredite todo cuanto de bueno hemos dicho de nuestra Basílica, y como un rico broche de oro que cierre este gran cofre de místicas preciosidades.





Estado actual de la Basílica. — 1922



24. Lapides Clamabunt. — Estado actual de las obras.

14.—LAPIDES CLAMABUNT

Las piedras hablarán, había dicho el iniciador de esta Basílica, en el epílogo de la monumental "Historia de la Virgen de Luján", que escribiera para el efecto. Una imagen tan maravillosa en su origen; un Santuario tan afamado y visitado por tantos ilustres personajes; teatro sucesivo de tantos acontecimientos interesantes para la historia nacional; todas esas variadas demostraciones de un culto intensísimo y cuya fidelidad se transmite inconcusa de generación en generación, en medio del pueblo Argentino, cual herencia la más preciosa que los padres pueden legar a sus hijos; tanto portentos finalmente, realizados sin interrupción, con la sola evocación de Nuestra Señora de Luján, en favor de innumerables enfermos, desvalidos, afligidos, atribulados: todo eso era digno, a buen seguro, de atraer sobre este antiguo Santuario, las miradas predilectas de los buenos argentinos, que juntamente con el culto de las glorias de la Patria, saben guardar en su corazón, el respeto a las tradiciones religiosas de sus mayores. De ahí que naciera en la mente de no pocos habitantes de esta República, la noble idea de erigir en este sitio, tan providencialmente elegido por María para el fomento de los sentimientos religiosos, un Santuario que por su disposición, su magnificencia y el simbolismo místico y patriótico que en todas sus mínimas partes campeara, no menos que por sus preciosos recuerdos, mereciera el título de Santuario Nacional.

Lápides clamabunt; las piedras hablarán, había dicho el iniciador de esta obra en 1890, en medio de la más terrible crisis económica, porque haya atravesado la Argentina y, sin embargo, las piedras han hablado en efecto, cuando era menos posible que lo hicieran. Cuéntase que los Canónigos de la famosa Catedral de Sevilla, reunidos en Capítulo para delinear los planos de aquella obra estupenda, confesaban la ambición que los movía diciendo: "la queremos tan grande y tan bella que los que la vean concluída digan que éramos locos". Algo por el estilo tuvo que suceder con nuestra Basílica. Consultado un ilustre Prelado, por el Arzobispo Mons. Aneiros, sobre los planos que habían trazado, exclamó: "Esto nunca se hará: es una locura pensar que esto se pueda hacer aquí, con los recursos que tenemos o que podemos allegar". Ese mismo Prelado llamado más tarde a regir durante veinte años el Obispado de La Plata, bajo cuya jurisdicción cayera el Santuario , por desmembración que se hizo del Arzobispado en 1898, solía decir graciosamente más tarde: "¿Ha visto cómo la Virgen ha querido que yo tomara parte activa en la locura de aquel tiempo? Sin embargo, se lo agradezco, pues acaso sea este mi mayor timbre de gloria en este mundo, y la causa de mi mayor recompensa en el otro".

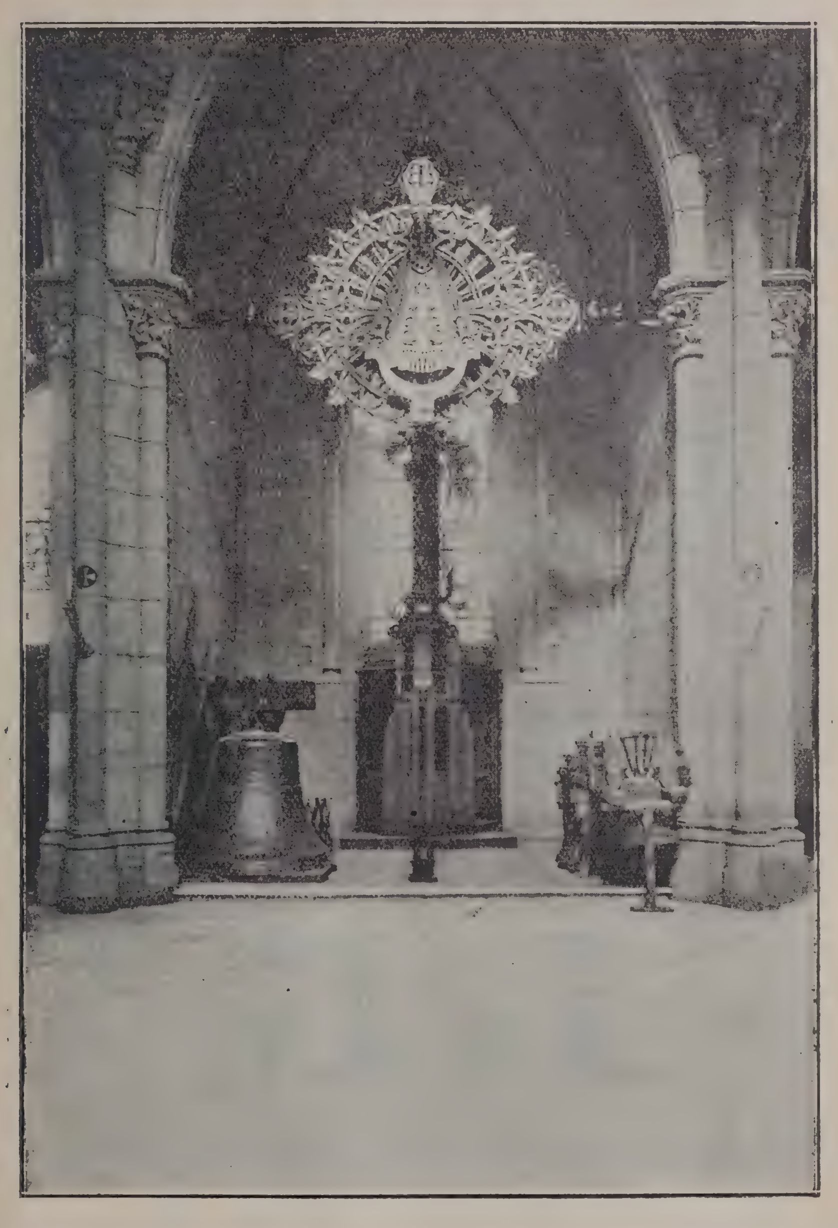
Lápides clamabunt; se había dicho, y en efecto hablaron tan alto, que la magna obra está casi concluída, no faltando más que terminar las torres, plantarle sus altísimas agujas, rodear las naves con sus graciosas arbotantes, poner los diversos parapetos de piedra que faltan todavía, y dar finalmente el último retoque al con-

junto de la obra. ¡La locura de aquel entonces está por terminarse! ¡Ojalá la veamos pronto concluída del todo! Bendito, mil veces bendito el día en que veamos levantadas esas torres tan atrevidas que parece intentaran elevar hasta el Cielo, en la punta de su afiligranada aguja, la Santa Cruz de Cristo, homenaje universal de la plegaria, del amor y de la fe victoriosa del Cristiano.

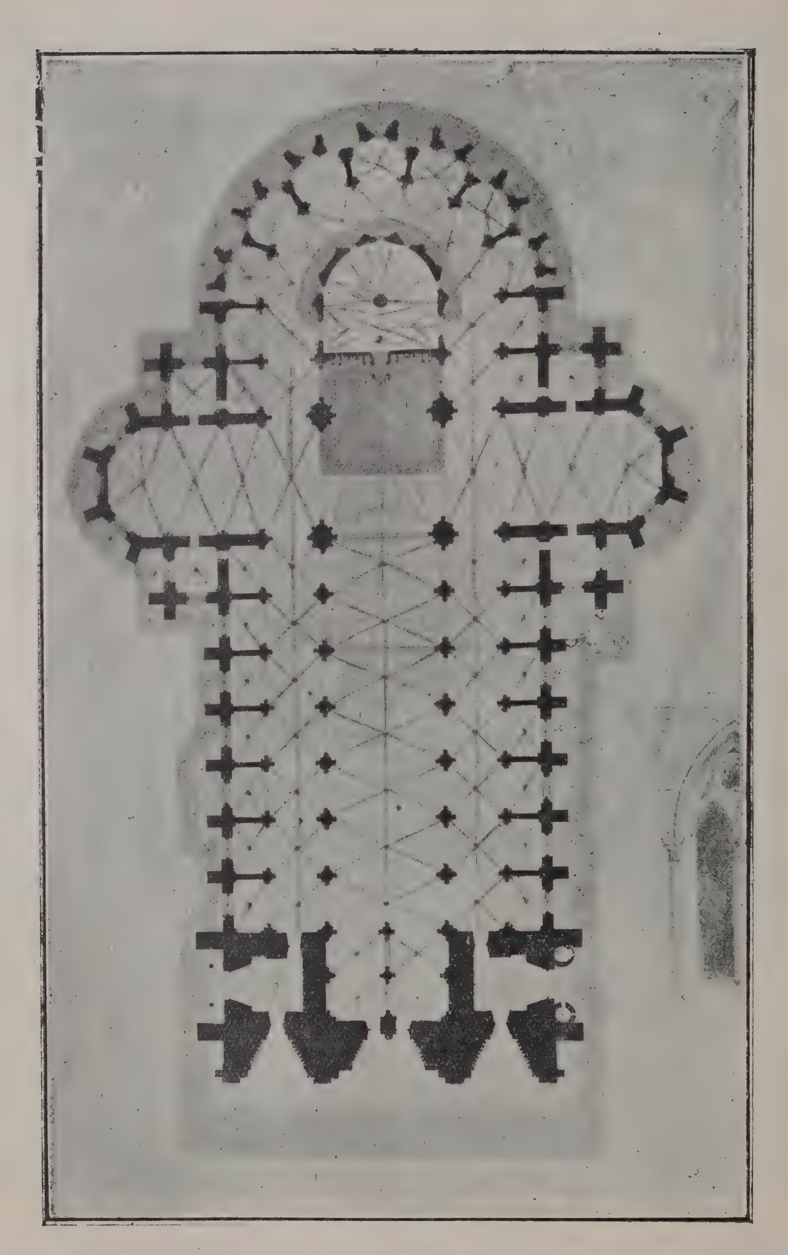
Los que hayamos contribuído a levantar, en cualquier forma que sea, este monumento a María de Luján, no nos cansaremos de mirar sus torres con amor, y de ver en ellas, algo así como unos inflexibles dedos incesantemente levantados hacia el Cielo, indicando a la vez el término de las invictas aspiraciones de nuestra alma, la suprema y eterna recompensa de nuestra piadosa generosidad.

¡Amen, Amen! ¡Así sea!





Cruz de 6 metros de altura que coronará la flecha de una de las dos Torres del frente.



15.—Planta y medidas de la Basílica.

15 PLANTA Y MEDIDAS DE LA BASILICA DE LUJÁN

EXTERIOR

ALTO	Desde la vereda hasta destacarse las torres, metros	31.10	Total
	Las torres destacadas	21.35	de
	Flechas o agujas	47.60	metros
	Cruz del remate	6.—	
	Altura total de las torres		106.05
ANCHO	—Frente principal, incluyendo los contrafuertes costaneros		42.—
	Las tres naves con sus capillas y contrafuertes costaneros		38.70
	El crucero con sus respectivos contrafuertes a cada extremo		68.50
Largo	—Incluyendo las portadas y los contrafuertes traseros		104.—

INTERIOR

ALTO	Nave central: Columnas toráxicas y equivalentes	19.50	
	Desarrollo de la bóveda	10.50	30.—
	Naves laterales: Columnas generales y comunes	8.—	
	Desarrollo de la bóveda	5.—	13.—
	Capillas: Columnas	4.75	
	Desarrollo de la bóveda	4.—	8.75
ANCHO	—Nave central: metros	13.10	
	Cada nave lateral 6, las dos son	12.—	
	Capilla lateral 3.95, las dos son	7.90	33.—
	Extensión del crucero del fondo, de un altar al otro		61.40
	Ancho del crucero delante de cada altar correspondiente		11.50
Largo	—Desde la puerta de entrada hasta la de sacristía		97.—
Capillas	Número de capillas junto a cada nave lateral: 7		14.—
	Número de capillas en torno del ábside		11.—
Altares	Número de altares habilitados contando el Mayor por dos, por su doble frente		15.—



Las tres campanas más grandes del Santuario: 3.400 k., 2.340 k. y 1.610 k.

CAMPANAS DE LA BASILICA DE LUJAN

Nota, nombre, lema y peso

Lá bemol.—Jesús Salvator.—**Haurietis aquas in gaudio de fontibus Salvatoris.** De las fuentes del Salvador sacaréis agua con alegría.—3.400 K.

Sí bemol.—María Puríssima.—**Tota púlchra es María et mácula non est in te.**—Toda hermosa eres María y no hay mancha alguna en ti.—2.430 K.

Dó natural.—Joseph vir justus.—**Custos Dómini, ora pro nobis.** San José, custodio del Señor, rogad por nosotros.—1.610 K.

Ré bemol.—S. Michael Arc.—**Príncеps gloriosíssime, esto mémor nostri.** Príncipe glorioso, acuérdate de nosotros.—1.610 K.

Mí bemol.—S. Joannes Baptista.—**Vox clamantis: parate viam Dómini.** Soy la voz que clama: preparad el camino al Señor. —967 K.

Fá natural.—S. Petrus Apost.—**Super hanc pétram aedificativi Ecclesiam meam.** Sobre esta piedra edifiqué mi Iglesia.—670 K.

Sól natural.—S. Paulus Apost.—**Tu es vas electionis praedicator veritatis.** Tú eres vaso de elección predicador de la verdad.—486 K.

Lá bemol.—S. Joannes Ap. et Ev.—**Hic est discípulus cui revelata sunt secreta coelestía.** Este es el discípulo a quien fueron revelados los secretos celestiales.—385 K.

Sí bemol.—Jacobus Apost.—**Visitavit nos per sanctum Apóstolum.** Nos visitó por su Apóstol.—275 K.

Dó natural.—S. Thomas Apost.—**Dóminum confessus: Dominus meus et Deus meus.** Confesó al Señor diciendo: Mi Señor y mi Dios.—195 K.

Ré bemol.—S. Rosa Limana.—**Rosa odorífera spárgens virtutum odcrem.** Rosa odorífera que esparce el olor de las virtudes. —148 K.

Mí bemol.—S. Turibuis Epíscopus.—**Quasi thus rédolens et ignis fúlgens.** Oloroso como el incienso y refulgente como el fuego. —108 K.

Fá natural.—S. Antonius de Padua.—**Lucerna lucens et ardens.** Lámpara ardiente y luciente.—82 K.

Sól natural.—**Sancta María, ora pro nobis.—Santa María,** rogad por nosortos.—68 K.

Lá bemol.—**Sancte Joseph, ora pro nobis.** San José, rogad por nosotros.—55 K.

A LA VIRGEN DE LUJAN
EN LOS DIAS DE PEREGRINACION

Tonada:
Los cielos, la tierra

Coro:
Ave, Ave, Ave María

1 Venid, almas santas:
Con cantos de gloria.
Cantemos la historia
Hermosa sin par.

2 Quería la Virgen
Fundar una Villa,
Fundarla en la orilla
Del río Luján.

3 Por eso un buen día,
De marcha a Sumampa
Cruzando la Pampa,
Detúvose allí.

4 En vano del carro
Los bueyes tiraron:
Allí la dejaron
Cansados por fin.

5 ¡Qué buena la hallaron
Los gauchos errantes!
Alzáronle amantes
Ermita y altar.

6 Y en torno a sus gradas
Cubiertas de flores
Dijéronle amores
Y alzaron su hogar.

7 Belgrano piadoso
Sus glorias exalta:
Trofeos de Salta
Depone a sus pies.

8 Corona de perlas
Del Papa merece,
Mandando León trece
Ceñirle la sien.

9 María sus ojos
Dirige a la tierra
E impide la guerra
De Chile con nos.

10 En tanto sus hijos
Le erigen un templo,
Altísimo ejemplo
Del santo fervor.

11 ¡Oh Virgen! ¡Oh Madre!
¡Oh cándida estrella!
¡Cuán pura, cuán bella
El mundo te vió!

12 Las ondas del Plata
Sus perlas te dieron:
De luz te ciñeron
Los rayos del sol.

13 El cóndor del Ande
Te rinde su vuelo;
La Patria su cielo
De nieve y zafir.

14 Te prestan gorjeos
y cantos las aves
Matices suaves
Y aroma el pensil.

15 Los hijos del Plata
Su madre te dicen,
Ensalzan, bendicen
Tu nombre sin par.

16 Pues eres la joya
Que el cielo nos diera
Allá en la ribera
del río Luján.

17 ¡Oh excelsa Señora!
Postrados de hinojos
Alzamos los ojos
Clamando hacia ti.

18 Da siempre a tus hijos
Paz, dicha y consuelos.
Y verte en los cielos,
Por siglos sin fin.

INDICE

PARTE PRIMERA

Origen de la de la bendita Imagen de Nuestra Señora de Luján, su Santuario y su pueblo

1630-1730

PARTE SEGUNDA

La Virgen de Luján durante la época colonial
1730 - 1806

PARTE TERCERA

La Virgen de Luján durante la Reconquista e Independencia 1806 - 1860

CAPITULO I

CAPITULO II

CAPITULO III

CAPITULO IV

CAPITULO V

CAPITULO VI

CAPITULO VII

CAPITULO VIII

CAPITULO IX

CAPITULO X

CAPITULO XI

PARTE CUARTA

La Virgen de Luján en los principios de la era constitucional 1860 - 1890

PARTE QUINTA

La Virgen de Luján desde el principio del nuevo Santuario 1890 - 1910

PARTE SEXTA

La Virgen de Luján desde la Inauguración de la Basílica en el Centenario patrio

1910 - 1925



